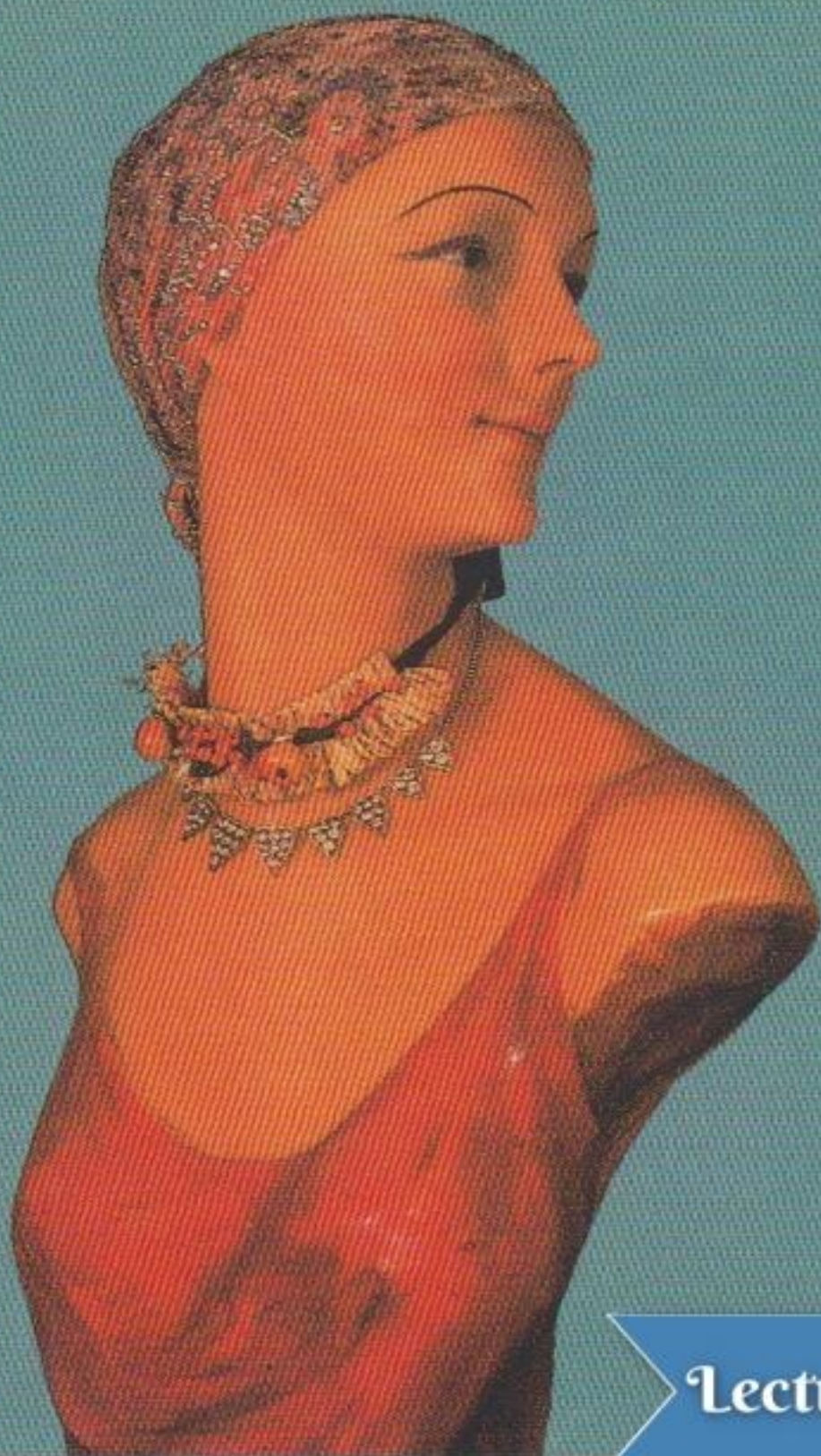


John Irving  
ORACIÓN POR OWEN



Lectulandia

John Wheelwright, hoy ya maduro, anglicano y virgen por convicción, recuerda cómo, a los once años, él y su mejor amigo, Owen Meany, un extraño niño enclenque y bajito, de voz quebradiza y una excepcional facultad de predicción, jugaban al béisbol en una pequeña ciudad cuando éste, tras una pelota fuera, mata a la madre de aquél. A partir de ahí, Irving nos introduce en una extraordinaria historia, tierna y terrible, cómica y amarga a la vez, llena de acontecimientos anómalos y a veces hasta milagrosos. Y, poco a poco, descubrimos por qué la provocadora fortaleza de Owen, que se hace llamar «el instrumento de Dios», ejercerá de por vida una mágica fascinación espiritual sobre los actos y sentimientos de John, cuya visión del american way of life se encarna en un pequeño armadillo mutilado y en un maniquí sin brazos, vestido de rojo, remedo de la adorada y hermosa madre muerta, imágenes las dos de un mundo impotente falto de apoyos.

**Lectulandia**

John Irving

# **Oración Por Owen**

ePub r1.0

Ariblack 17.10.14

Título original: *A Prayer for Owen Meany*

John Irving, 1989

Traducción: Iris Menéndez Sallés

Editor digital: Ariblack

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Este libro está dedicado a  
Helen Frances Winslow Irving  
& Colin Franklin Newell Irving,  
mi madre y mi padre.

Por nada estéis afanosos; sino sean notorias vuestras peticiones  
delante de Dios en toda oración y ruego, con hacimiento de gracias.

*Epístola de Pablo a los filipenses*

No es el menor de mis problemas que apenas logre imaginar  
qué clase de experiencia sería una genuina experiencia religiosa  
que se legitimara a sí misma.

Sin destruirme de alguna manera en el proceso,  
¿cómo podría Dios revelarse de modo que no quedara lugar para la duda?

Si no hubiese lugar para la duda, no habría lugar para mí.

FREDERICK BUECHNER

Todo cristiano que no es un héroe, es un cerdo.

LÉON BLOY

## Pelota fuera

Estoy destinado a recordar a un chico de voz estridente... no a causa de su voz, ni porque fuera la persona más pequeña que he conocido, ni siquiera por haber sido el instrumento de la muerte de mi madre, sino porque a él le debo creer en Dios; soy cristiano gracias a Owen Meany. No pretendo vivir en Cristo o con Cristo... ni mucho menos *para* Cristo, como he oído afirmar a algunos fanáticos. No soy muy perfeccionista en el conocimiento del Antiguo Testamento y no he leído el Nuevo Testamento desde mis tiempos de la escuela dominical, excepto los pasajes que me leen en voz alta cuando voy a la iglesia. Estoy algo más familiarizado con los pasajes de la Biblia que aparecen en el Libro de Liturgia Anglicana; he leído a menudo este libro de oraciones, y la Biblia únicamente en los días de precepto... el libro de oraciones es mucho más metódico.

Siempre he sido un practicante bastante corriente. Fui congregacionista; me bautizaron en la Iglesia Congregacional y después de algunos años de confraternidad episcopaliana (me confirmaron en la Iglesia Episcopal), mi religión se tornó bastante imprecisa: durante la adolescencia asistí a una iglesia «aconfesional». Luego me hice anglicano; la Iglesia Anglicana de Canadá ha sido mi Iglesia —desde que abandoné los Estados Unidos, hace unos veinte años. Ser anglicano es muy parecido a ser episcopaliano, tanto más cuanto que siendo anglicano a veces sospecho que he vuelto a ser, sencillamente, episcopaliano. Sea como fuere, dejé a los congregacionistas y a los episcopalianos —y a mi país de una vez por todas.

Intentaré que cuando muera me entierren en New Hampshire —junto a mi madre —, pero la Iglesia Anglicana celebrará el oficio necesario *antes* de que mi cadáver sufra la indignidad de intentar ser pasado furtivamente por la aduana de los Estados Unidos. Los fragmentos del Orden del Entierro de los Muertos que he seleccionado son del todo convencionales y pueden encontrarse, dispuestos tal como los haré leer —no cantar— en el Libro de Liturgia Anglicana. Casi toda la gente que conozco estará familiarizada con los pasajes de Juan que comienzan por: «... y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente». Y más adelante: «... en la casa de mi Padre muchas moradas hay; de otra manera os lo hubiera dicho». Y siempre he apreciado la franqueza expresada en el pasaje de Timoteo que dice: «... porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar». Será un servicio anglicano con todas las de la ley, uno de esos que harán agitarse en los bancos de la iglesia a mis antiguos correligionarios congregacionistas. Ahora soy anglicano y anglicano moriré. Pero de vez en cuando me salto un oficio dominical: no pretendo ser particularmente piadoso; mi fe eclesiástica es desordenada, de esas que necesitan alimentarse todos los fines de semana. Toda mi fe se la debo a Owen Meany, un chico con el que crecí. Fue Owen quien me hizo creyente.



En la escuela dominical perfeccionamos una forma de entretenimiento consistente en maltratar a Owen Meany, quien era *tan* pequeño que no sólo sus pies no tocaban el suelo cuando se sentaba, sino que sus rodillas no llegaban hasta el borde del asiento; por tanto, sus piernas sobresalían derechas, como las de un muñeco. Era como si Owen Meany hubiese nacido sin articulaciones.

Owen era tan diminuto que nos encantaba alzarlo; de hecho, no podíamos resistirnos a hacerlo. Nos parecía un milagro lo poco que pesaba. Y también esto era incongruente, porque Owen pertenecía a una familia que trabajaba el granito. La Meany Granite Quarry era una gran cantera, y los equipos de perforación y corte de bloques eran pesados y de aspecto peligroso; el mismo granito es una roca áspera y consistente. Pero lo único que se le había pegado a Owen de la cantera granítica era la tierra granulosa, el polvo gris que soltaba su ropa cada vez que lo levantábamos. Owen tenía el color de una lápida de sepulcro; la luz era al mismo tiempo absorbida y reflejada por su piel, como ocurre con las perlas, de modo que a veces parecía translúcido —sobre todo en las sienes, donde se veían sus venas azules a través de la piel (como si, además de su anómalo tamaño, hubiese otras evidencias de que había nacido prematuramente).

Sus cuerdas vocales no se le habían desarrollado plenamente, o su voz había sido dañada por el polvo rocoso de la empresa familiar. Tal vez tenía una lesión en la laringe, o la tráquea destruida; tal vez un trozo de granito le había golpeado la garganta. Para hacerse oír, Owen tenía que gritar por la nariz.

Sin embargo lo adorábamos; «muñequito», le decían las chicas, mientras se retorcía para apartarse de ellas, y de todos nosotros.

No recuerdo cómo comenzó nuestro juego de alzar a Owen.

Aquello ocurría en Christ Church, la Iglesia Episcopal de Gravesend, New Hampshire. Mrs. Walker, nuestra maestra de la escuela dominical, era una mujer envarada y de aspecto desdichado. El que su apellido significara caminante le cuadraba bien ya que su método de enseñanza incluía muchas salidas del aula. Mrs. Walker nos leía un pasaje instructivo de la Biblia. Después nos pedía que pensáramos muy a fondo en lo que habíamos oído.

—En silencio y a fondo, así es como quiero que penséis —decía—. Ahora os dejaré a solas con vuestros pensamientos —agregaba en tono amenazador, como si nuestros pensamientos pudieran volvernos locos—. Quiero que penséis *mucho* —agregaba Mrs. Walker. Entonces salía del aula. Sospecho que era fumadora y evitaba fumar delante de nosotros—. Cuando vuelva, hablaremos de eso.

Por supuesto que cuando volvía habíamos olvidado todo lo que tuviera algo que ver con *eso*, pues en cuanto salía nos poníamos a jugar frenéticamente. Como estar a solas con nuestros pensamientos no era divertido, alzábamos a Owen Meany y nos lo



íbamos pasando de uno a otro por encima de nuestras cabezas. Lo hacíamos sentados en nuestros pupitres: ése era el incentivo del juego. Alguien —he olvidado quién— se levantaba, cogía a Owen, se volvía a sentar con él y se lo pasaba al siguiente, que a su vez se lo pasaba a otro, y así sucesivamente. Las chicas estaban incluidas en el juego y debo decir que a algunas les entusiasmaba. Cualquiera era capaz de alzar a Owen. Teníamos mucho cuidado: nunca lo dejamos caer. Quizá se le arrugaba un poco la camisa. Su corbata era tan larga que Owen se la remetía en los pantalones —para que no le colgara hasta las rodillas— y a menudo acababa por desanudársele; a veces se le caían las monedas del bolsillo (en nuestras caras). Siempre le devolvíamos el dinero.

Si llevaba las fichas de béisbol, también se le caían del bolsillo. Esto sí que le contrariaba, porque las fichas estaban alfabetizadas, u ordenadas bajo algún otro criterio... todos los tercera base juntos, quizá. No sabíamos cuál era el sistema, pero evidentemente lo tenía, pues cuando Mrs. Walker volvía al aula —cuando él regresaba a su asiento y le devolvíamos las monedas y las fichas—, Owen reagrupaba las tarjetas con furia torva y callada.

No era un buen jugador de béisbol, pero naturalmente su zona de strike era minúscula y en consecuencia a menudo lo alineaban como bateador sustituto para casos de apuro, y no porque alguna vez golpeará la pelota con eficacia (de hecho, tenía instrucciones de no bascular ante la llegada de la pelota), sino porque se podía confiar en que consiguiera un avance, una base con toques de bola. En los partidos de la liguilla escolar se tomó a mal esta explotación y en cierta ocasión se negó al relevo a no ser que le permitieran bascular en los lanzamientos. Pero no había un bate lo bastante pequeño como para que lo basculara sin que su cuerpecito saliera arrojado detrás —que no le golpeará la espalda sacándolo del emplazamiento de bateador y dejándolo tendido en el suelo—. Así, tras la humillación de bascular el bate en algunos lanzamientos, y errar cada uno de ellos, y perder pie, Owen Meany eligió *otra* humillación: permanecía inmóvil y agazapado en la base de meta, en tanto el lanzador *apuntaba* la pelota a su zona de strike... y casi siempre fallaba.

Sin embargo, Owen adoraba sus fichas de béisbol... y era evidente que por alguna razón le encantaba el juego propiamente dicho, aunque fuera cruel con él. Los lanzadores contrarios lo amenazaban. Le decían que si no basculaba en sus lanzamientos, le darían un buen pelotazo.

—Tu cabeza es más grande que tu zona de strike, chico —le dijo un lanzador. De modo que Owen Meany se encaminaba a la primera base después de recibir, además, pelotazos.

Una vez en la base, era una estrella. Nadie corría de una base a otra como Owen. Si nuestro equipo podía retener lo suficiente el bate, Owen Meany tenía robada la meta. También lo utilizaban como corredor sustituto en las últimas entradas; corredor sustituto y bateador sustituto Meany; *andarín* sustituto Meany, lo llamábamos. En el

diamante era una calamidad. Le tenía miedo a la pelota; cerraba los ojos si la veía acercarse. Y si por milagro lograba cogerla, no podía arrojarla; su mano era demasiado pequeña para sujetarla bien. Pero no era un quejica común y corriente; si en él había autocompasión, su voz era tan original en su expresión de protesta que lograba volver encantador un quejido.

En la escuela dominical, cuando lo teníamos en el aire —¡especialmente en el aire!—, se rebelaba de manera singular. Lo torturábamos, creo, con el propósito de oír su voz que, pensaba yo entonces, venía de otro planeta. Ahora estoy convencido de que su voz no pertenecía a este mundo.

—¡BAJADME! —decía, en un enfático falsete estrangulado— ¡PARAD DE UNA VEZ! NO QUIERO SEGUIR HACIENDO ESTO. YA BASTA Y SOBRA. ¡BAJADME! ¡IMBÉCILES!

Pero seguíamos pasándonoslo de uno a otro. Owen se volvió cada vez más fatalista al respecto. Ponía el cuerpo rígido, no forcejeaba. Una vez que lo teníamos en el aire cruzaba los brazos, desafiante, sobre su pecho; miraba al techo con el entrecejo fruncido. A veces se agarraba a su silla en cuanto Mrs. Walker salía del aula; se aferraba a ella como un pajarito al columpio de su jaula, pero era fácil hacer que se soltara porque tenía cosquillas. Una compañera, Sukey Swift, era especialmente hábil para hacerle cosquillas; Owen estiraba instantáneamente los brazos y las piernas y volvíamos a alzarlo en el aire.

—¡COSQUILLAS NO! —decía, pero las reglas de ese juego las imponíamos nosotros. Nunca le hicimos caso.

Mrs. Walker volvía al aula, inevitablemente, cuando Owen estaba en el aire. Dada la naturaleza bíblica de sus instrucciones: «pensad *mucho...*», podría haber imaginado que por un acto supremo de nuestros más intensos pensamientos combinados habíamos logrado hacer levitar a Owen Meany. Podría haber tenido el ingenio de sospechar que Owen se acercaba al cielo como resultado directo de habernos dejado a solas con nuestros pensamientos.

Pero la respuesta de Mrs. Walker era siempre la misma: brutal, poco imaginativa e increíblemente torpe.

—¡Owen! —lo regañaba—. ¡Owen Meany, vuelve a tu asiento! ¡Baja de allí!

¿Qué podía enseñarnos Mrs. Walker acerca de la Biblia si era tan estúpida como para pensar que Owen Meany se encontraba en el aire por su propia voluntad?

Owen siempre fue digno a este respecto. Nunca dijo: «¡FUERON *ELLOS!* ¡LO HACEN *SIEMPRE!* ME ALZAN Y PIERDEN MI DINERO Y DESORDENAN MIS FICHAS DE BÉISBOL... Y ¡*NUNCA* ME HACEN CASO CUANDO LES PIDO QUE ME BAJEN! ¿QUÉ CREE USTED, QUE HE VENIDO *VOLANDO* HASTA AQUÍ?».

Aunque Owen se nos quejaba a nosotros, jamás se quejó de nosotros. Si cuando

estaba en el aire en ocasiones era capaz de ser estoico, siempre lo era cuando Mrs. Walker lo acusaba de conducta infantil. Nunca nos delató. No era un chivato. Owen Meany nos demostró, tan vívidamente como muchas de las historias de la Biblia, lo que era ser un mártir.

Aparentemente no albergaba resentimientos. Aunque reservábamos nuestros ataques más rituales para la escuela dominical, también lo alzábamos en otros momentos... de forma más espontánea. Una vez, en el salón de actos de la escuela primaria, alguien lo colgó de un perchero por el cuello de la chaqueta; aun entonces, aun así, Owen no se debatió. Se quedó suspendido y esperó a que alguien lo desenganchara. Otro día, después de la clase de gimnasia, alguien lo colgó en el interior de su taquilla del vestuario y cerró la puerta.

—¡NO TIENE GRACIA! ¡NO TIENE GRACIA!, —se desgañitó, hasta que alguien debió de aparecer por allí y lo liberó de la compañía de su suspensorio, del tamaño de un tirachinas.

¿Cómo podía saber yo que Owen era un héroe?

Permítaseme decir de entrada que yo era un Wheelwright. Ese era el apellido que contaba en nuestra ciudad: Wheelwright. Y los Wheelwright no solían estar bien dispuestos hacia los Meany. Nosotros éramos una familia matriarcal, porque mi abuelo murió joven, dejando que mi abuela siguiera adelante, lo que ella hizo espléndidamente. Por parte de mi abuela desciendo de John Adams (su apellido de soltera era Bates y su familia llegó a los Estados Unidos en el *Mayflower*); sin embargo, en nuestra ciudad, el apellido que tenía influencia era el de mi abuelo, y ella esgrimía su apellido de casada con tal posesividad que muy bien podría haber sido una Wheelwright y una Adams y una Bates.

Se llamaba Harriet, pero era Mrs. Wheelwright para casi todos... y sin la menor duda para todos los miembros de la familia de Owen Meany. Para mi abuela, cualquiera que se apellidara Meany debía estar relacionado con George Meany el laborista, el fumador de cigarros. La combinación de sindicalismo y cigarros no sentaba bien a Harriet Wheelwright. (Por lo que sé, George Meany no está emparentado con los Meany de mi ciudad.)

Me crié en Gravesend, New Hampshire; allí no teníamos sindicatos... sí algunos fumadores de cigarros, pero no sindicalistas. La ciudad donde nací fue comprada a un indio sagamore en 1638 por el reverendo John Wheelwright, cuyo nombre heredé. En Nueva Inglaterra, los jefes indios y otros dirigentes recibían el nombre de sagamores, aunque de pequeño el único sagamore que conocí era el perro de un vecino, un labrador macho llamado Sagamore (*no* por su linaje indio, creo, sino por la ignorancia de su amo). Nuestro vecino Mr. Fish —el dueño de Sagamore— siempre me dijo que su perro llevaba el nombre de un lago en el que él nadaba todos los

veranos, «cuando era joven», decía. Pobre Mr. Fish: ignoraba que el lago era tocayo de los jefes indios y otros dirigentes... y que dar el nombre de «Sagamore» a un estúpido labrador no presagiaba nada bueno. Lo que se confirmó más adelante.

Pero los estadounidenses no son buenos historiadores y así, durante años — educado por mi vecino—, creí que sagamore quería decir lago en idioma indio. Una furgoneta de pañales mató al Sagamore canino y hoy creo que fueron responsables los dioses de las aguas turbulentas de ese ultrajado lago. Supongo que la historia sería más atractiva si la furgoneta de pañales hubiese atropellado a Mr. Fish... pero todos los estudios sobre los dioses, sobre los dioses de todos, son reveladores de la venganza contra el inocente. (Ésta es una parte de mi credo personal que encuentra oposición entre mis amigos congregacionistas, episcopalianos y anglicanos.)

En cuanto a mi antepasado John Wheelwright, desembarcó en Boston en 1636, sólo dos años antes de comprar nuestra ciudad. Venía de Lincolnshire, Inglaterra —de la aldea de Saleby—, y nadie sabe por qué dio el nombre de Gravesend a nuestra población. No había tenido ningún contacto con su homónima británica, aunque con toda seguridad el nombre proviene de allí. Wheelwright se había graduado en Cambridge; había jugado al fútbol con Oliver Cromwell, cuya estima hacia Wheelwright (como futbolista) era a un tiempo devota y paranoide. Oliver Cromwell opinaba que Wheelwright era un jugador zafio, incluso sucio, que había perfeccionado el arte de meter zancadillas a sus adversarios para luego caer sobre ellos. Gravesend (la británica) está en Kent, a una buena distancia del radio de acción de Wheelwright. Quizá tenía un amigo oriundo de Gravesend... un amigo que quería hacer el viaje a Norteamérica con él, pero que no pudo dejar Inglaterra o murió en el viaje.

Según la *Historia de Gravesend, N. H.* de Wall, el reverendo John Wheelwright había sido un buen pastor de la Iglesia de Inglaterra hasta que comenzó a «poner en duda la autoridad de ciertos dogmas»; se convirtió en un puritano y a partir de entonces fue «silenciado por los poderes eclesiásticos en virtud de su anticonformismo». Creo que mi propia confusión religiosa y mi testarudez deben mucho a mi antepasado, que no sólo sufrió las críticas de la Iglesia de Inglaterra antes de partir al nuevo mundo; cuando llegó, chocó con sus correligionarios puritanos de Boston. Junto con la famosa Mrs. Hutchinson, el reverendo Mr. Wheelwright fue desterrado de la Massachusetts Bay Colony por alterar «la paz civil»; en realidad, no hizo nada más sedicioso que postular algunas opiniones heterodoxas respecto de la representación del Espíritu Santo... pero Massachusetts lo juzgó severamente. Se vio privado de sus armas y, con su familia y varios valerosos adeptos, zarpó de Boston con rumbo norte, hasta Great Bay, donde debió de pasar por dos puestos avanzados de New Hampshire, lo que entonces se llamaba Strawberry Banke, en la desembocadura del Pascataqua (hoy Portsmouth), y la colonia de Dover.

Wheelwright siguió el curso del río Squamscott saliendo de Great Bay; llegó hasta la cascada donde el río de agua dulce confluye con el río de agua salada. En esa época el monte debía de ser denso; los indios debieron de mostrarle lo estupenda que era allí la pesca. Según la *Historia de Gravesend* de Wall, había «extensiones de prados naturales» y «marismas colindantes con los terrenos bajos del litoral».

El sagamore local se llamaba Watahantowet; en la escritura de venta, en lugar de su firma, puso una marca con la forma de su tótem, un hombre sin brazos. Más adelante hubo cierta disputa —no muy interesante— referente a la escritura india, y muy interesantes especulaciones en cuanto a *por qué* el tótem de Watahantowet era un hombre doblemente manco. Algunos dijeron que así hizo sentir al sagamore la renuncia a esas tierras —como si le hubieran cortado los brazos— y otros apuntaron que «marcas» anteriores hechas por Watahantowet ponían de relieve que la figura, aunque sin brazos (y por ende desarmada), sujetaba una pluma entre los labios, lo que indicaría la frustración del sagamore por no saber escribir. Pero en otras versiones del tótem atribuido a Watahantowet, la figura tiene un hacha de guerra en la boca y parece completamente loco... a no ser que esté haciendo un gesto de paz: sin brazos, el hacha de guerra en la boca; las dos cosas juntas, están destinadas a dar a entender, quizá, que Watahantowet no pelea. En lo que respecta al acuerdo de la controvertida escritura, se puede estar seguro de que los indios *no* fueron los beneficiarios de la solución de esa diferencia de criterio.

Y más tarde aún, nuestra ciudad cayó bajo la autoridad de Massachusetts; lo que acaso explica por qué los residentes de Gravesend, hasta nuestros días, detestan a la gente de Massachusetts. Mr. Wheelwright se trasladó a Maine. Tenía ochenta años cuando habló en Harvard, solicitando contribuciones para reconstruir una parte del college destruida por un incendio... demostrando que tenía a los ciudadanos de Massachusetts menos antipatía que cualquier otro habitante de Gravesend. Wheelwright murió en Salisbury, Massachusetts —donde era líder espiritual de la iglesia—, cuando rondaba los noventa años.

Pero presta atención a los nombres de los padres fundadores de Gravesend: no encontrarás a un solo Meany entre ellos.

- Barlow
- Blackwell
- Cole
- Copeland
- Crawley
- Dearborn
- Hilton
- Hutchinson
- Littlefield

- Read
- Rishworth
- Smart
- Smith
- Walker
- Wardell
- Wentworth
- Wheelwright

No sé si mi madre nunca renunció a su apellido de soltera porque era una Wheelwright; creo que su orgullo era independiente de su ascendencia Wheelwright y que habría conservado su apellido de soltera aunque hubiera nacido Meany. Y en aquellos tiempos nunca sufrí por llevar su apellido; yo era el pequeño Johnny Wheelwright, de padre desconocido, y —en esa época— me bastaba. Algún día, pensaba siempre, mi madre me hablaría de eso... cuando yo tuviese edad suficiente para conocer la historia. Aparentemente era el tipo de historia para la que había que tener «edad suficiente». Sólo cuando murió —sin haberme dicho una sola palabra sobre quién era mi padre— sentí que me había privado de una información que yo tenía derecho a conocer; sólo después de su muerte sentí una levísima ira hacia ella. Aunque la identidad de mi padre y su historia fuesen dolorosas para ella, aunque su relación hubiese sido tan sórdida como para que *cualquier* revelación arrojase una constante luz desfavorable sobre mis dos progenitores —¿no fue egoísta mi madre al no decirme nada sobre mi padre?

Naturalmente, como me dijo Owen Meany, yo sólo tenía once años y mi madre treinta cuando murió; con toda probabilidad pensaba que le quedaba mucho tiempo para narrarme la historia. No *sabía* que iba morir, me hizo notar Owen Meany.

Owen y yo estábamos arrojando guijarros en el Squamscott, el río de agua salada, el río de marea; mejor dicho, yo estaba arrojando guijarros en el río; los de Owen aterrizaban en las marismas porque había marea baja y el agua estaba demasiado lejos para el brazo pequeño y débil de Owen Meany. Nuestra pedrada había perturbado a las gaviotas de arenques que picoteaban el fango, y se pasaron a las hierbas pantanosas de la otra orilla del Squamscott.

Era un bochornoso día de verano; el olor de la bajamar en las marismas subía más salado y malsano que de costumbre. Owen Meany me dijo que mi padre se enteraría de que mi madre había muerto y que —cuando yo tuviese edad suficiente— se daría a conocer.

—Si está vivo —dije mientras seguía arrojando guijarros—. Si está vivo y si le importa ser mi padre... si *sabe* siquiera que es mi padre.

Y aunque entonces no le creí, ese fue el día en que Owen Meany inició su prolongada contribución a mi creencia en Dios. Owen arrojaba guijarros cada vez

más pequeños pero tampoco llegaban al agua; había una ínfima satisfacción con el sonido que hacían las piedras al golpear las marismas, pero el agua era más satisfactoria que el barro en todo sentido. Y casi como de pasada, con una seguridad en sí mismo que se yuxtapuso sorprendente e irracionalmente con su diminuta talla, Owen Meany me dijo que tenía la certeza de que mi padre estaba vivo, que sabía que era mi padre, y que *Dios* sabía quién era mi padre; aunque mi padre nunca se presentara para identificarse, me dijo Owen, *Dios* me lo daría a conocer.

—TU PADRE PUEDE OCULTARSE DE TI —dijo—, PERO NO PUEDE OCULTARSE DE DIOS.

Con este anuncio, Owen Meany gruñó mientras lanzaba una piedra que llegó al agua. Los dos nos sorprendimos; fue el último guijarro que uno de los dos arrojó ese día; nos quedamos observando los círculos ondulados que se expandían desde el punto de entrada, hasta que incluso las gaviotas se dieron cuenta de que habíamos dejado de entrometernos en su universo y regresaron a nuestra margen del Squamscott.

Durante años, en nuestro río la pesca de salmón fue muy próspera; ahora no cogerías uno allí ni loco; de hecho, los únicos salmones que hoy podrías encontrar en el Squamscott *estarían* muertos. En aquel entonces también abundaban unos pececillos en forma de sábalos, pequeñísimos como alevines... y todavía abundaban cuando yo era un crío; Owen Meany y yo los cogíamos. Nunca los comimos; ni siquiera los primeros colonos los comían. Los sabalitos se usaban para abonar la tierra cultivada, truco aprendido de los indios, que tampoco se los comían.

Gravesend está apenas a quince kilómetros del mar. Aunque el Squamscott nunca fue el Támesis, en otros tiempos los transatlánticos se abrían paso hasta Gravesend por su cauce; desde entonces el canal ha quedado tan obstruido por rocas y bajíos que ningún barco de gran calado podría navegarlo. Y aunque la amada Pocahontas del capitán John Smith terminó su desgraciada vida en suelo británico —en el cementerio parroquial del Gravesend original—, el espiritualmente desarmado y desmembrado Watahantowet no fue enterrado en *nuestro* Gravesend. El único Sagamore que recibió sepultura oficial en nuestra ciudad fue el labrador negro de Mr. Fish, atropellado por una furgoneta de pañales en Front Street y enterrado —con la solemne asistencia de algunos chicos del barrio— en la roaleda de mi abuela.

Durante más de un siglo, el gran negocio de Gravesend fue la madera, que ha sido el primer gran negocio de New Hampshire. Aunque a New Hampshire se le denomina «Estado del Granito», este material —granito para la construcción, granito para adoquines de bordillos, granito para lápidas— fue negocio después que la madera y nunca tuvo tanto auge como ésta. Seguro que cuando todos los árboles hayan desaparecido, seguirá habiendo rocas; pero en el caso del granito, en su mayor



parte permanece bajo tierra.

Mi tío estaba en el negocio maderero. Tío Alfred, de la Eastman Lumber Company, se casó con la hermana de mi madre, mi tía Martha Wheelwright. De niño, cuando viajaba al norte para visitar a mis primos, vi armadías y atascos de troncos; incluso participé en algunos concursos de transporte de leños, aunque sospecho que me faltaba experiencia para competir con mis primos. Pero hoy el negocio de tío Alfred, que está en manos de sus hijos —el negocio de mis primos, debería decir—, es el sector inmobiliario. Los inmuebles son lo único que te queda para vender en New Hampshire después que has talado los árboles.

Pero siempre habrá granito en el Estado del Granito, y a eso se dedicaba la familia del pequeño Owen Meany... a un negocio que nunca fue recomendable en nuestra reducida zona costera de New Hampshire, aunque la Meany Granite Quarry estaba emplazada sobre lo que los geólogos llaman el Plutón Exeter. Owen Meany solía decir que los residentes de Gravesend nos encontrábamos encima de un auténtico afloramiento de roca ígnea intrusiva; lo decía con una reverencia implícita... como si el consenso general de la comunidad de Gravesend fuese que el Plutón Exeter era tan valioso como el filón aurífero «Mother Lode».

Mi abuela, tal vez porque descendía de los tiempos del *Mayflower*, se inclinaba más por los árboles que por las rocas. Por razones que nunca me fueron explicadas, Harriet Wheelwright opinaba que el negocio de la madera era limpio mientras que el negocio del granito era sucio. Dado que el negocio de mi abuelo era el calzado, aquello no tenía ningún sentido para mí; pero mi abuelo murió antes de que yo naciera y sólo conozco de oídas su famosa decisión de *no* sindicarse su empresa. Mi abuela vendió la fábrica con beneficios considerables, y yo crecí con sus opiniones respecto de lo benditos que eran quienes asesinaban los árboles para ganarse la vida y lo malditos que eran quienes manipulaban rocas. Todos hemos oído hablar de los magnates de la madera —mi tío Alfred Eastman fue uno de ellos—, ¿pero quién ha oído hablar de un magnate de la piedra?

Ahora la Meany Granite Quarry de Gravesend está inactiva; la tierra llena de depresiones, con sus profundos y peligrosos lagos graníticos, ni siquiera es valiosa como bien raíz... ni nunca lo fue, según mi madre. Me contó que la cantera estuvo inactiva a lo largo de los años en que *ella* se crió en Gravesend, y que su período de reactivación, en tiempos de Meany, fue irregular y estaba condenado al fracaso. Todo el granito bueno, decía mi madre, había sido extraído del suelo antes de que los Meany se radicaran en Gravesend. (En lo que respecta a *cuándo* se asentaron los Meany en Gravesend, siempre me fue descrito como «aproximadamente en la época en que tú naciste».) Además, sólo vale la pena sacar una pequeña porción del granito subterráneo; el resto tiene defectos o, en caso de ser bueno, está a tanta profundidad que es difícil extraerlo sin resquebrajarlo.

Owen siempre hablaba de piedras angulares y monumentos... monumentos CORRECTOS, solía decir, explicando que lo que se requería era una pieza de granito considerable, uniformemente cortada, lisa y carente de imperfecciones. La delicadeza que Owen aplicaba al tema, y su propia delicadeza física, presentaban un absurdo contraste con los enormes y pesados bloques de roca que veíamos en las plataformas de los camiones, y con el violento estrépito de la cantera, el sonido penetrante de los cinceles en la máquina de acanalar —la BARRA DE CANAL, la llamaba Owen— y de la dinamita.

Siempre me extrañaba que Owen no fuese sordo; que algo funcionara mal con su voz y su tamaño era tanto más sorprendente si considerabas que no tenía ningún defecto auditivo, dado que el negocio del granito es estruendoso.

Fue Owen quien me introdujo en la *Historia de Gravesend* de Wall, aunque no lo leí en su totalidad hasta cursar el último año en la Gravesend Academy, donde el libraco era de lectura obligatoria como parte de un proyecto de historia de la ciudad; Owen lo leyó antes de cumplir los diez años. Me comentó que el libro estaba LLENO DE WHEELWRIGHT.

Nací en casa de los Wheelwright, en Front Street; solía preguntarme por qué mi madre decidió tenerme y no dar nunca la menor explicación... ya sea a mí mismo, o a su madre y su hermana. Mi madre no era una descocada. Su embarazo y su negativa a hablar de ello debieron de sorprender a las Wheelwright con inusitada intensidad, precisamente a causa de su naturaleza tranquila y recatada.

Había conocido a un hombre en el ferrocarril Boston & Maine: eso es todo lo que dijo.

Tía Martha estaba terminando el *college* y ya se había prometido en matrimonio cuando mi madre anunció que ella ni siquiera solicitaría su incorporación. Mi abuelo agonizaba y tal vez la concentración de mi abuela en este hecho la distrajo de exigirle a mi madre lo que la familia le había impuesto a tía Martha: una educación universitaria. Además, argumentó mi madre, podía ser útil en casa, con su padre moribundo... y la carga y tensión que esto significaba para su madre. Asimismo, el reverendo Lewis Merrill —pastor de la Iglesia Congregacionalista y maestro de coro de mi madre— había convencido a mis abuelos de que su vocalización merecía una formación profesional. Que tomara lecciones serias de voz y canto, dijo el reverendo Mr. Merrill, era una «inversión» tan sensata, en el caso de mi madre, como una educación universitaria.

Yo percibía un conflicto de motivaciones en esta etapa de la vida de mi madre. Si las lecciones de vocalización y canto eran tan importantes y serias para ella, ¿por qué arregló las cosas para tomarlas una sola vez por semana? Y si mis abuelos aceptaron la evaluación de Mr. Merrill con respecto a la voz de mi madre, ¿por qué pusieron

tantos reparos a que pasara una noche por semana en Boston? A mí me parecía que tenía que haberse *mudado* a Boston para tomar lecciones todos los días. Pero pensé que la fuente del conflicto era la enfermedad terminal de mi abuelo... el deseo de mi madre de ayudar en casa y la necesidad de mi abuela de contar con ella.

La lección de vocalización o de canto era a primera hora de la mañana y por eso tenía que pasar la noche anterior en Boston, que estaba a una hora y media de distancia de Gravesend, en tren. El maestro de canto y vocalización era un hombre muy solicitado y sólo podía atenderla a primera hora de la mañana. Y era una suerte que la hubiese aceptado, había dicho el reverendo Lewis Merrill, porque normalmente sólo daba clases a profesionales; aunque ella y tía Martha habían cantado muchas horas en el coro de la Iglesia Congregacionista, mi madre no era una «profesional». Tenía una voz encantadora, sencillamente, y se empeñó —en su estilo nada rebelde y casi tímido— en cultivarla.

La decisión de mi madre de interrumpir su educación académica fue más aceptable para sus padres que para su hermana; tía Martha (que es una mujer entrañable) no sólo la desaprobaba, sino que le guardaba un ligerísimo resentimiento. Mi madre tenía mejor voz, era más bonita. Durante su adolescencia en la gran casa de Front Street, era tía Martha la que llevaba a los chicos de Gravesend Academy para que conocieran a mis abuelos... Martha era mayor, y fue la primera en llevar «pretendientes», como los llamaba mi madre. Pero en cuanto los chicos veían a mi madre —incluso antes de que tuviera edad suficiente para salir con ellos—, se acababa su interés por tía Martha.

Y ahora, para colmo, esto: ¡un embarazo inexplicado! Según tía Martha, mi abuelo «ya estaba más allá del bien y del mal»: su muerte estaba tan cercana que ni se enteró del embarazo de mi madre, «aunque ella no se esmeró en ocultarlo», decía tía Martha. Mi pobre abuelo, según me dijo tía Martha, «murió preocupado porque tu madre estaba engordando demasiado».

En tiempos de tía Martha, criarse en Gravesend significaba entender que Boston era una ciudad pecaminosa. Y aunque mi madre se alojaba en un hotel residencial unánimemente aprobado y con señoras de compañía, había logrado «echar una cana al aire», como decía tía Martha, con el hombre que había conocido en el Boston & Maine.

Mi madre era tan serena, tan impasible ante la crítica o los infundios, que no le molestaba que su hermana utilizara la expresión «echar una cana al aire»... de hecho, la escuché en sus propios labios con tono tierno.

—Mi cana al aire —me llamaba en ocasiones, con gran afecto—. ¡Mi canita al aire!

Por mis primos supe que a mi madre la consideraban «un tanto simplona»; probablemente se lo habían oído decir a su madre. Cuando oí por primera vez esta

insinuación —«un tanto simplona»—, ya no había animosidad en estas palabras: hacía más de diez años que había muerto.

No obstante, mi madre era algo más que una beldad natural con una voz privilegiada y dudosa capacidad de raciocinio; tía Martha tenía buenos motivos para sospechar que mis abuelos malcriaron a su hermana. No sólo porque era el bebé de la familia, sino por su temperamento: nunca se enfadaba ni se ponía mohína, no era dada a las rabietas ni a la autocompasión. Su temperamento era tan dulce que resultaba imposible enojarse con ella. Como decía tía Martha: «Nunca pareció ser tan resuelta como era». Sencillamente hacía lo que le venía en gana y luego decía, con su habitual simpatía: «¡Siento *tantísimo* que lo que he hecho te haya disgustado, que te colmaré de cariño y me perdonarás y me querrás tanto como me querrías si hubiese hecho las cosas bien!». ¡Y *funcionaba!*

Funcionó, al menos, hasta su muerte... en que no pudo prometer que remediaría *este* disgusto; no tenía manera de compensarlo.

E incluso después de seguir adelante y tenerme, sin dar explicaciones, y de ponerme el nombre del padre fundador de Gravesend, aun después de que lograra volver todo esto aceptable para su madre y su hermana y la ciudad (sin hablar de la Iglesia Congregacionista, donde siguió cantando en el coro y participando a menudo en diversas funciones parroquiales)... aun después de salir airoso de mi nacimiento ilegítimo (para satisfacción de todos, o al menos eso parecía), *siguió* cogiendo el tren a Boston todos los miércoles, *siguió* pernoctando todos los miércoles en la sospechosa ciudad, a fin de estar resplandeciente y bien despierta para su lección de vocalización y canto.

Cuando me hice un poco mayor, en ocasiones me resentía de eso. Una vez que tuve paperas, y otra que cogí la varicela, canceló el viaje y se quedó conmigo. Y otra vez, cuando Owen y yo habíamos estado pescando alevines en la alcantarilla del agua de marea que desembocaba en el Squamscott debajo de la carretera a Swasey, y resbalé y me rompí la muñeca, tampoco cogió el Boston & Maine. Pero todas las otras veces —hasta que tuve diez años y se casó con el hombre que me adoptaría legalmente y sería un padre para mí, hasta entonces— siguió yendo a pasar la noche en Boston. Hasta entonces, siguió cantando. Nadie me dijo nunca si su voz había mejorado.

Por eso nací en el hogar de mi abuela, un monstruo de casa estilo federal, enorme, de ladrillos. De pequeño, la casona se calentaba con una caldera de carbón; la rampa se encontraba bajo el ángulo de la casa en forma de L donde estaba mi dormitorio. Como siempre entregaban el carbón muy temprano, su retumbo al bajar por la rampa solía ser el sonido que me despertaba. Si por rara coincidencia lo entregaban un jueves a la mañana (día en que mi madre estaba en Boston), me despertaba el sonido

del carbón e imaginaba que, en ese preciso instante, mi madre comenzaba a cantar. En verano, con las ventanas abiertas, despertaba con los gorjeos de los pájaros en la rosaleda de mi abuela. Y ahí radicaba otra de las opiniones de mi abuela, tan arraigada como sus opiniones respecto de las rocas y los árboles: cualquiera era capaz de cultivar flores o verduras, pero un auténtico jardinero cultivaba rosas; ella era una auténtica jardinera.

Gravesend Inn era el único otro edificio de ladrillos, en Front Street, de dimensiones comparables a la casona de mi abuela; por cierto, los viajeros que seguían las instrucciones que habitualmente les daban en el centro de la ciudad («Busque la gran casa de ladrillos a su izquierda, después de la academia»), solían confundirla con la posada.

Aquello irritaba sobremanera a mi abuela, que no se sentía nada halagada de que confundieran su casa con una posada.

—Esto *no es* una posada —informaba a los viajeros perdidos y desorientados, pues esperaban que saliera a recoger su equipaje alguien más joven—. Ésta es mi casa —anunciaba la abuela—. La posada es más allá —agregaba, moviendo una mano en la dirección aproximada de Gravesend Inn. «Más allá» es bastante específico en comparación con otras formas de orientar en mi tierra natal; en New Hampshire no nos gusta dar orientaciones: solemos pensar que si no sabes adónde vas, no estás donde tendrías que estar. En Canadá somos más generosos a la hora de orientar a la gente —a cualquier sitio, a cualquier persona que pregunte.

En nuestra casa federal de Front Street también había un pasadizo secreto, una librería que en realidad era una puerta que, bajando una escalera, llevaba a un sótano con suelo de tierra, totalmente separado del sótano donde estaba la caldera de carbón. Y eso era exactamente: una librería que era una puerta que llevaba a un lugar donde no ocurría nada de nada —sólo era un lugar para esconderse. ¿De *qué?*, solía preguntarme en mi fuero interno. No me parecía divertido que en nuestra casa existiera este pasadizo secreto hacia la nada; más bien me llevaba a imaginar qué podía haber lo suficientemente amenazador como para tener que ocultarse... lo que nunca es reconfortante.

Una vez llevé al pasadizo al pequeño Owen Meany y allí lo dejé perdido, en la oscuridad, dándole un susto de campeonato; en realidad hacía lo mismo con todos mis amigos, por supuesto, pero asustar a Owen Meany siempre era más llamativo que asustar a cualquier otro. Su voz, esa voz de timbre destemplado, era la que volvía singular su temor. He estado tratando de imitar la voz de Owen Meany, en privado, durante más de treinta años, y esa voz me impedía imaginar que alguna vez podría *escribir* sobre Owen, porque es imposible trasladar ese sonido a una página. Y me impidió imaginar que alguna vez pudiera hacer participar a Owen de la historia *oral*, porque la idea de reproducir su voz —en público— resulta sumamente embarazosa.

Me ha llevado más de treinta años reunir el coraje suficiente para compartir la voz de Owen con desconocidos.

Mi abuela se alteró tanto al oír la voz de Owen Meany, protestando por el trato recibido en el pasadizo secreto, que después de que mi amigo se fuera a su casa, resolvió hablarme.

—No quiero que me describas, jamás, lo que le estabas haciendo a ese pobre chico para que emitiera semejantes sonidos, pero si alguna vez lo repites, haz el favor de taponarle la boca con la mano —dijo mi abuela—. ¿Has visto a un ratón cogido en una trampa? —me preguntó—. Quiero decir *cogidos*, con sus pescuecitos *rotos*, quiero decir absolutamente *muertos*. Bien, la voz de ese chico... ¡la voz de ese chico es capaz de resucitar a los ratones!

Y ahora se me ocurre que la voz de Owen *era* la voz de todos esos ratones asesinados, que resucitaban... con toda su alma y sus deseos de venganza.

No quiero que se piense que mi abuela era una persona insensible. Tenía una criada llamada Lydia, una nativa de la isla Prince Edward que fue nuestra cocinera y ama de llaves durante años y años. Cuando debido a un cáncer le amputaron a Lydia la pierna derecha, mi abuela contrató a dos criadas: una exclusivamente para que cuidara a Lydia, que nunca volvió a trabajar. Tenía su propia habitación y sus rutas predilectas en la silla de ruedas a través de la enorme casona, y se convirtió en la inválida servida hasta en sus menores necesidades en que, mi abuela había imaginado, algún día se convertiría ella misma... bajo el cuidado de alguien como Lydia. Con frecuencia los repartidores e invitados confundían a Lydia con mi abuela, pues la antigua criada tenía una figura regia en su silla de ruedas y eran aproximadamente de la misma edad; todas las tardes tomaba el té con mi abuela, y jugaba a las cartas en el club de *bridge* con las mismísimas señoras a las que en otros tiempos servía el té. Poco antes de la muerte de Lydia, hasta mi tía Martha se asombró de su parecido con la abuela. Sin embargo, a los invitados y repartidores Lydia siempre les decía, con cierta indignación en el tono de voz que había copiado de mi abuela:

—Yo *no soy* Missus Wheelwright, soy la antigua criada de Missus Wheelwright —y ese era exactamente el estilo en que mi abuela afirmaba que su casa *no era* la Gravesend Inn.

O sea que mi abuela no carecía de sentido humanitario. Y si bien trabajaba en su rosaleda vestida como para ir a una fiesta, utilizaba vestidos que no tenía la intención de volver a llevar a ninguna fiesta. No quería que la vieran desarreglada ni siquiera en su rosaleda. Si los vestidos se ensuciaban demasiado cuando trabajaba en el jardín, los tiraba a la basura. Una vez mi madre le sugirió que podía hacerlos limpiar, y mi abuela respondió:

—¿Qué dices? ¿Quieres que la gente de la tintorería se pregunte qué estuve

haciendo con el vestido para ensuciarlo *tanto*?

De mi abuela aprendí que la lógica es relativa.

Pero en realidad este relato *trata* de Owen Meany, de cómo me convertí en aprendiz de su voz. Su voz de dibujos animados ha producido en mí una impresión más fuerte aún que el autoritario sentido común de mi abuela.

Hacia el final de su vida, a mi abuela empezó a fallarle la memoria. Como muchos ancianos, recordaba mejor su propia infancia que la vida de sus hijas, o sus nietos, o sus bisnietos. Lo que más la eludía era la memoria reciente.

—Te recuerdo de pequeño —me dijo no hace mucho—, pero cuando te miro ahora, no sé quién eres.

Le respondí que en ocasiones yo sentía igual con respecto a mí mismo. Y en una conversación sobre su memoria, le pregunté si recordaba al pequeño Owen Meany.

—¿El obrero? —me preguntó— ¡El sindicalista!

—No, me refiero a *Owen Meany* —aclaré.

—No —dijo—. Claro que no.

—La familia del granito. La Meany Granite Quarry. ¿No te acuerdas?

—Granito —dijo con asco—. ¡Claro que no!

—¿No recuerdas su voz? —pregunté a mi abuela, cuando era casi centenaria.

Pero se puso impaciente conmigo y meneó la cabeza. Yo estaba juntando valor para imitar la voz de Owen.

—Apagué las luces del pasadizo secreto y lo asusté —le recordé a mi abuela.

—Siempre hacías eso —contestó, indiferente—. Hasta se lo hiciste a Lydia... cuando tenía las dos piernas.

«¡ENCIENDE LA LUZ!», había dicho Owen Meany. «¡ALGO ME ESTA TOCANDO LA CARA! ¡ENCIENDE LA LUZ! ¡ALGO QUE TIENE LENGUA! ¡ALGO ME ESTA LAMIENDO!», había gritado Owen Meany.

«Sólo es una telaraña, Owen», recuerdo que le respondí.

—«¡ESTA DEMASIADO HÚMEDO PARA SER UNA TELARAÑA! ¡ES UNA LENGUA! ¡ENCIENDE LA LUZ!». —rememoré en voz alta.

—¡Basta! —exclamó mi abuela—. Lo recuerdo, lo recuerdo... por Dios, ¡*Nunca* vuelvas a hacer eso! —me dijo. Pero de mi abuela adquirí la seguridad de que podía imitar la voz de Owen Meany. Aunque estaba desmemoriada, recordaba la voz de Owen; si lo tenía presente como el instrumento de la muerte de su hija, no lo dijo. Hacia el final, la abuela no recordaba que me había hecho anglicano... y canadiense.

Según el léxico de mi abuela, los Meany no eran del linaje del *Mayflower*. No descendían de los padres fundadores, ningún Meany se remontaba hasta John Adams. Eran descendientes de inmigrantes posteriores; eran irlandeses bostonianos. Los Meany se trasladaron a New Hampshire desde Boston, que nunca fue Inglaterra;



también vivieron en Concord (New Hampshire) y en Barre (Vermont), parajes mucho más de clase obrera que Gravesend. Ésos eran auténticos reinos graníticos de Nueva Inglaterra. Mi abuela estaba convencida de que la minería y la cantería —del tipo que fuesen— eran trabajos *rastreros*, y que mineros y picapedreros estaban más vinculados a los topos que a los hombres. En cuanto a los Meany, ningún miembro de la familia era especialmente pequeño, excepto Owen.

Sólo una vez se desquitó de las trastadas que le hacíamos. Teníamos permiso para nadar en una de las canteras de su padre, con la condición de que entráramos y saliéramos del agua de uno en uno y con una cuerda resistente atada a la cintura. En realidad, no se *nadaba* en esos lagos graníticos, que según se rumoreaba eran tan insondables como el océano; eran tan fríos como el mar, incluso bien entrado el verano, y tan negros y calmos como pozos de petróleo. Y no era el frío lo que te impulsaba a salir en cuanto te zambullías, sino el abismo inconmensurable, el temor a lo que había en el lecho y a lo lejos que estaba el fondo.

El padre de Owen insistía en lo de la cuerda, *insistía* en lo de de uno en uno y en lo de entrar y salir. Ésta fue una de las pocas normas paternales de mi infancia que nunca quebrantamos, salvo una vez... y lo hizo Owen. Era una regla que a ninguno de nosotros le interesaba infringir; nadie quería desatarse la cuerda y hundirse hacia ese ignoto lecho sin esperanzas de ser rescatado.

Pero un hermoso día de agosto, Owen Meany se desató la cuerda una vez sumergido y nadó bajo el agua hasta alguna hendidura de la orilla rocosa mientras esperábamos su aparición. Al ver que no salía a la superficie, tironeamos de la cuerda y como pensábamos que era prácticamente ingrátido, nos negamos a creer lo que nuestros brazos nos decían: que no estaba en el extremo de la cuerda. No lo creímos hasta que sacamos del agua el nudo abultado del extremo de la cuerda. ¡Qué silencio reinó, sólo interrumpido por las gotas de agua que caían de la cuerda en la cantera!

Nadie pronunció su nombre; nadie se zambulló para ir a buscarlo. ¡En esas aguas no se veía nada! Me gustaría creer que *habríamos* ido a rescatarlo si nos hubiese concedido unos segundos más para reunir coraje, pero Owen decidió que nuestra respuesta era demasiado lenta y despreocupada. Salió nadando de la hendidura en la orilla opuesta; se movía ligero como una chinche de agua a través del aterrador agujero que llegaba, estábamos seguros, hasta los confines de la tierra. Nadó hacia nosotros, más furioso de lo que nunca lo habíamos visto.

—¡HABLANDO DE HERIR LOS SENTIMIENTOS DE ALGUIEN! —gritó—. ¿QUÉ ESPERABAIS? ¿VER BURBUJAS? ¿CREÉIS QUE SOY UN PEZ? ¿A NADIE SE LE OCURRIÓ TRATAR DE IR A BUSCARME?

—Nos asustaste, Owen —dijo uno de nosotros. Estábamos demasiado asustados para defendernos, si es que alguna vez hubo una defensa posible con respecto a Owen.

—¡DEJASTEIS QUE ME AHOGARA! ¡NO HICISTEIS NADA!  
¡CONTEMPLASTEIS COMO ME AHOGABA! ¡YA ESTOY MUERTO!  
RECORDADLO: ME DEJASTEIS MORIR.

Lo que mejor recuerdo es la escuela dominical en la Iglesia Episcopal. Tanto Owen como yo éramos recién llegados. Cuando mi madre se casó con el *segundo* hombre que conoció en el tren, ella y yo cambiamos de iglesia; dejamos la congregacionista por la de mi padre adoptivo, que era episcopaliano; aunque nunca noté que él fuese especialmente riguroso en su religión, mi madre insistió en que ella y yo nos cambiáramos a *su* iglesia. Este traslado perturbó a mi abuela, porque nosotros los Wheelwright pertenecíamos a la Iglesia Congregacionista desde que dejamos de ser puritanos («desde que *casi* dejamos de ser puritanos», solía decir mi abuela, porque —en su opinión— el puritanismo nunca había soltado del todo a los Wheelwright). Algunos Wheelwright —no sólo nuestro padre fundador— incluso habían pertenecido al clero, en el pasado, concretamente al clero congregacionista. Y el traslado perturbó al pastor de la Iglesia Congregacionista, el reverendo Lewis Merrill; él me había bautizado y estaba desconsolado por la idea de perder la voz de mi madre en el coro; la conocía desde jovencita y (mi madre siempre lo recordaba) la había apoyado extraordinariamente cuando tranquila y amablemente persistió en su reserva en cuanto a mis orígenes.

Como ya se verá, tampoco a mí me sentó bien el traslado. Pero la manera que tenía Owen Meany de volver misteriosa una cosa y mantenerla en el misterio, consistía en aludir a algo demasiado siniestro y terrible para mencionarlo. *Él* cambiaba de iglesia, dijo, PARA ESCAPAR A LOS CATÓLICOS... o, mejor dicho, era su padre quien estaba escapando y desafiando a los católicos al enviarlo a la escuela dominical, para ser confirmado en la Iglesia Episcopal. Cuando los congregacionistas se convierten en episcopalianos, me dijo Owen, no pasaba nada; representaba, sencillamente, un movimiento *ascendente* en la formalidad litúrgica... en la APARIENCIA, decía. Pero cuando un católico se pasaba a la Iglesia Episcopal, no sólo significaba un *alejamiento* de la apariencia; era un movimiento que te exponía a la condena eterna. Owen solía decir, solemnemente, que sin duda su padre sería condenado por haber iniciado ese movimiento, pero que los católicos habían cometido un AGRAVIO INCALIFICABLE, que habían insultado de manera intolerable a su padre y a su madre.

Cuando me quejé por tener que arrodillarme, lo que para mí era una novedad —sin mencionar la abundancia de letanías y credos que se recitaban en el oficio episcopal—, Owen me decía que yo no sabía de la misa la mitad. Los católicos no sólo se arrodillaban y murmuraban letanías y credos sin cesar, sino que ritualizaban toda esperanza de contacto con Dios hasta un punto en que él sentía que interferían su

capacidad de rezar... de hablar con Dios DIRECTAMENTE, ¡Y además estaba la confesión! Yo me quejaba de algo tan sencillo como arrodillarse, ¿pero acaso sabía algo de tener que confesar mis pecados? Owen decía que la presión para confesar — como católico— era tan intensa que él mismo a menudo había inventado cosas con el único propósito de que se las perdonaran.

—¡Pero eso es una locura! —dije.

Owen estuvo de acuerdo conmigo. Y yo siempre le preguntaba cuál era la causa de la ruptura entre los católicos y Mr. Meany. Owen nunca me lo dijo. El daño era irreparable, repetía; sólo hacía referencia al AGRAVIO INCALIFICABLE.

Tal vez mi desdicha por haber cambiado la Iglesia Congregacionalista por la Episcopal —en combinación con su satisfacción por haber ESCAPADO a los católicos— contribuyó a mi placer en nuestro juego de alzar a Owen Meany en el aire. Hoy se me ocurre que todos fuimos culpables de pensar que Owen sólo existía para nuestro entretenimiento; pero en mi caso —sobre todo en la Iglesia Episcopal— creo que también fui culpable de envidia. Sospecho que mi participación en maltratarlo en la escuela dominical era levemente hostil e inspirada en la enorme diferencia que había entre nosotros: él creía más que yo, y aunque siempre lo supe, tenía más conciencia de ello en la iglesia. Me disgustaban los episcopalianos porque parecían creer más —o en más cosas— que los congregacionalistas; como yo creía muy poco, me había sentido más cómodo entre los congregacionalistas, que requerían una participación mínima de los feligreses.

A Owen también le disgustaban los episcopalianos, aunque mucho menos de lo que le habían disgustado los católicos; en su opinión, tanto unos como otros creían *menos* que él, pero los católicos se habían entrometido *más* en sus creencias y prácticas. Owen era mi mejor amigo, y con nuestros mejores amigos pasamos por alto muchas diferencias; pero sólo cuando nos encontramos asistiendo a la misma escuela dominical y a la misma iglesia, me vi forzado a aceptar que la fe religiosa de mi mejor amigo era más incontestable (aunque no siempre más dogmática) que nada de lo que hubiese oído en la Iglesia Congregacionalista o en la Episcopal.

No recuerdo en absoluto la escuela dominical de la Iglesia Congregacionalista, aunque mi madre afirmaba que siempre eran ocasiones en las que yo comía muchísimo, tanto en la escuela dominical como en las diversas funciones parroquiales. Recuerdo vagamente el zumo de manzana y las galletitas, pero me acuerdo con toda claridad —en la intensa brillantez de un día invernal— de la iglesia de tablas blancas, el reloj del campanario negro, y los servicios que siempre se celebraban en la planta alta, en una atmósfera de templo informal y bien iluminado. Desde las altas ventanas veías las ramas de los árboles encumbrados. En comparación, los oficios episcopalianos se celebraban en una deprimente atmósfera de sótano. Era un recinto de piedra y todo estaba impregnado de una humedad de

planta baja o incluso de subsuelo, saturado de oscuras chucherías de madera, sombrío con los opacos cañones dorados de su órgano, chillón con confusas configuraciones de vidrios de colores, a través de los cuales no era visible una sola rama de un árbol.

Cuando me quejaba de la iglesia, protestaba por las cosas de las que normalmente se queja un crío: la claustrofobia, el aburrimiento. Pero Owen se quejaba *religiosamente*.

—LA FE DE CADA PERSONA VA A SU PROPIO RITMO —decía Owen Meany—. EL PROBLEMA CON LA IGLESIA ES EL SERVICIO. UN OFICIO SE CELEBRA PARA UNA AUDIENCIA MÁSIVA. JUSTO CUANDO EMPIEZA A GUSTARME EL HIMNO, TODO EL MUNDO SE ARRODILLA PARA REZAR. JUSTO CUANDO EMPIEZO A OÍR LA ORACIÓN, TODO EL MUNDO SE LEVANTA PARA CANTAR. ¿Y QUE TIENE QUE VER CON DIOS EL ESTÚPIDO *SERMÓN*? ¿QUIEN SABE LO QUE PIENSA DIOS DE LAS ACTUALIDADES? ¿A QUIEN LE IMPORTA?

A estas quejas y a otras semejantes, yo sólo podía responder alzando a Owen Meany y sosteniéndolo por encima de mi cabeza.

—Te tomas demasiado en broma a Owen —solía decirme mi madre. Pero no recuerdo haberle tomado tanto el pelo, no más allá de los acostumbrados alzamientos... a menos que mi madre quisiera decir que no me daba cuenta de lo serio que era Owen; se sentía insultado por bromas de cualquier tipo. Al fin y al cabo, él leyó la *Historia de Gravesend* de Wall antes de los diez años, lo que no era un trabajo sencillo, ni una lectura que permitiera saltarse párrafos enteros o páginas. Y también leyó la Biblia; no a los diez años, por supuesto, pero la leyó realmente de cabo a rabo.

Y estaba la cuestión de Gravesend Academy, la cuestión para todo varón nacido en Gravesend: en aquellos tiempos la academia no admitía chicas. Yo era un mal estudiante, y aunque mi abuela muy bien podía permitirse el pago de la matrícula, estaba condenado a seguir en el instituto —hasta que mi madre se casó con un miembro del claustro y éste me adoptó legalmente—. Los hijos de profesores —mocosos del profesorado, nos llamaban— podían entrar en la academia de forma automática.

Ello debió de ser un verdadero alivio para mi abuela, que siempre lamentó que su prole no pudiese asistir a Gravesend Academy: sólo había tenido hijas. Mi madre y tía Martha fueron alumnas del instituto; sólo veían de Gravesend Academy a los chicos con los que salían, aunque tía Martha supo sacarle partido: se casó con un chico de Gravesend Academy (uno de los pocos que no prefirió a mi madre), lo que transformó a mis primos en hijos de antiguos alumnos, que también tenían admisión preferente. (Mi única prima no se beneficiaría de este parentesco con un exalumno...

como ya se verá.)

Pero Owen Meany era un candidato legítimo a Gravesend Academy; era un alumno brillante, el tipo de estudiante que *se suponía* que iría a la academia. Podría haberse presentado e ingresar... y también obtener una beca completa, dado que la Meany Granite Company nunca fue una empresa floreciente y sus padres no habrían podido pagarle la matrícula. Pero un día —Owen y yo teníamos diez años— mi madre dijo mientras nos llevaba en el coche a la playa:

—Espero que nunca dejes de ayudar a Johnny con sus deberes, Owen, porque cuando vayáis a la academia todo será mucho más difícil... especialmente para Johnny.

—PERO YO NO VOY A ESTUDIAR EN LA ACADEMIA —dijo Owen.

—¡Por supuesto que sí! —lo contradijo mi madre—. ¡Eres el mejor estudiante de New Hampshire... tal vez de todo el país!

—LA ACADEMIA NO ES PARA ALGUIEN COMO YO. PARA LA GENTE COMO YO ESTA EL INSTITUTO.

Por un momento me pregunté si quería decir *para la gente menuda* —si quería decir que las escuelas públicas eran para personas excepcionalmente pequeñas—, pero mi madre se me adelantó, afirmando:

—Tendrás una beca completa, Owen. Supongo que tus padres lo saben. Asistirás a la academia totalmente gratis.

—HAY QUE USAR CHAQUETA Y CORBATA TODOS LOS DÍAS. LA BECA NO CUBRE CHAQUETAS Y CORBATAS.

—Eso puede arreglarse, Owen —dijo mi madre y adiviné que quería decir que *ella* lo arreglaría. Aunque nadie contribuyera con un solo centavo, ella le compraría hasta la última chaqueta y la última corbata que necesitara.

—TAMBIÉN HAY CAMISAS DE VESTIR Y ZAPATOS —agregó Owen—. SI VAS A LA ESCUELA CON RICOS, NO QUIERES PARECER SU *SIRVIENTE*.

Ahora pienso que detrás de esta observación mi madre captó la susceptible política de clase obrera de Mr. Meany.

—Todo lo que necesites, Owen —dijo mi madre—. Todo se solucionará.

Estábamos en Rye, pasando junto a First Church, y la brisa del mar ya soplaba con fuerza. Un hombre, con una gran pila de tablillas de techumbre en una carretilla, a duras penas conseguía que el viento no se las llevara; la escalera, apoyada en el tejado de la sacristía, también corría peligro de caer. El hombre parecía necesitar de otro trabajador... o al menos de otro par de manos.

—TENDRÍAMOS QUE PARAR Y AYUDAR A ESE HOMBRE —observó Owen, pero mi madre estaba inmersa en un tema y no se dio cuenta de lo que pasaba.

—¿Serviría de algo que hablase de esto con tus padres, Owen? —preguntó.

—TAMBIÉN ESTA LA CUESTIÓN DEL AUTOBÚS —dijo Owen—. PARA IR

AL INSTITUTO PUEDES COGER UN AUTOBÚS. YO NO VIVO EN EL CENTRO, YA LO SABE. ¿CÓMO HARÍA PARA LLEGAR A LA ACADEMIA? SI FUERA ESTUDIANTE EXTERNO, QUIERO DECIR... ¿CÓMO HARÍA PARA LLEGAR? ¿CÓMO HARÍA PARA VOLVER? PORQUE MIS PADRES NUNCA ME PERMITIRÍAN VIVIR EN UNA RESIDENCIA PARA ESTUDIANTES. ME NECESITAN EN CASA. ADEMÁS, LAS RESIDENCIAS COLECTIVAS SON NOCIVAS. ¿ENTONCES COMO HACEN LOS ESTUDIANTES EXTERNOS PARA IR Y VOLVER A CASA? —preguntó.

—Alguien los lleva en coche —dijo mi madre—. Yo podría llevarte, Owen... al menos hasta que tuvieras permiso de conducir.

—NO, NO FUNCIONARIA. MI PADRE ESTA DEMASIADO OCUPADO Y MI MADRE NO CONDUCE.

Mrs. Meany —mi madre y yo lo sabíamos muy bien— no sólo no conducía; jamás salía de la casa. Y ni siquiera en verano estaban abiertas las ventanas de esa casa; su madre era alérgica al polvo, había explicado Owen. Todos los días del año, Mrs. Meany se sentaba dentro, detrás de las ventanas empañadas y veteadas de arenisca de la cantera. Llevaba puestos unos viejos auriculares de piloto (con los cables colgando, sueltos) porque el sonido de la máquina de acanalar —la barra de canal y los cinceles— la alteraba. Los días de voladura hacía sonar en el fonógrafo, a todo volumen, música de big-bandas de jazz; cada tanto, cuando la dinamita explotaba muy cerca y repercutía, saltaba la aguja.

Mr. Meany hacía la compra. Llevaba a Owen a la escuela dominical e iba a buscarlo, aunque él no asistía a los oficios episcopalianos. Aparentemente era suficiente venganza contra los católicos enviar allí a su hijo; o era innecesario el desafío añadido de su propia asistencia, o Mr. Meany había sufrido tal ofensa en manos de las autoridades católicas que ya no era receptivo a las enseñanzas de *ninguna* iglesia.

Y mi madre sabía que era bastante poco receptivo al tema de Gravesend Academy.

«Están los intereses de la ciudad», había dicho una vez en una reunión consistorial, «¡y están los intereses *de ellos...*!». Se refería a la solicitud de la academia de ampliar el río de agua salada y dragar un canal de bajamar más profundo en un punto del Squamscott para mejorar el trayecto de regatas del equipo de la academia; varios cascarones de nuez se habían empantanado en las marismas fangosas con pleamar. La parte del río que la academia quería ampliar era una península de humedales afectados por la marea que bordeaban la Meany Granite Quarry; se trataba de un terreno decididamente no aprovechable, pero era propiedad de Mr. Meany, que se ofendió cuando supo que la academia quería aprovecharlo. «¡Y con propósitos recreativos!», concluyó.

«Estamos hablando de barro, no de granito», observó un representante de la academia.

«¡Yo estoy hablando de nosotros y *de ellos!*», había gritado Mr. Meany en la que hoy se recuerda como una famosa Reunión Consistorial.

Para que en Gravesend sea famosa una reunión del ayuntamiento, sólo es necesario que haya una buena *bronca*. El Squamscott fue ampliado; el canal fue dragado. Si sólo era barro, decidió el consistorio, no importaba de quién fuera.

—Irás a la academia, Owen —le aseguró mi madre—. Eso es todo. Si algún estudiante merece asistir a una escuela correcta, ese eres tú... esa academia fue creada pensando en ti, o no fue creada para nadie.

—DESAPROVECHAMOS LA OPORTUNIDAD DE HACER UNA BUENA ACCIÓN —dijo Owen, taciturno—. EL HOMBRE QUE ESTABA TRABAJANDO EN LA TECHUMBRE DE LA IGLESIA NECESITABA AYUDA.

—Owen, no discutas conmigo —dijo mi madre—. Irás a la academia aunque tenga que adoptarte. Te *secuestraré* si no tengo otro remedio.

Pero en esta tierra nunca hubo nadie tan tozudo como Owen Meany; viajó un kilómetro y medio sin abrir la boca, y entonces dijo:

—NO. NO FUNCIONARA.

Gravesend Academy fue fundada en 1781 por el reverendo Emery Hurd —seguidor de las creencias originales del Wheelwright original—, un puritano sin hijos con inclinación —según Wall— por la «Oración sobre las ventajas de Aprender y su feliz Tendencia a promover la Virtud y la Piedad». ¿Qué habría pensado el reverendo Mr. Hurd de Owen Meany? Hurd concibió una academia en la que «ningún muchacho vicioso, proclive a contagiar a sus pares, podrá permanecer ni una hora», en la que «el estudiante se ganará los laureles trabajando». ¡Y aprenderá encantado de su trabajo!

Emery Hurd dejó el resto de su dinero para «la educación y cristianización de los indios norteamericanos». En el ocaso de su vida —siempre vigilando que la Gravesend Academy se consagrara a «propósitos píos y caritativos»— el reverendo Hurd, según se supo, patrullaba Water Street, en el centro de Gravesend, a la caza de delincuentes juveniles: concretamente, de chicos que no se quitaran el sombrero para saludarlo, de jovencitas que no le hicieran una reverencia. En pago de semejante ofensa, Emery Hurd se contentaba cantándoles cuatro verdades a esos jóvenes; próximo el fin, no le quedaba ni una sola verdad.

Vi como mi abuela también iba perdiendo el criterio; cuando envejeció tanto como para no recordar casi nada —ni a Owen Meany, ni siquiera a mí—, en ocasiones regañaba a todos los presentes en el salón.

—¿Qué ha ocurrido con los saludos? —vociferaba—. ¡Hay que recuperar las



inclinaciones de cabeza! ¡Hay que recuperar las reverencias!

—Sí, abuela —decía yo.

—¿Y tú qué sabes? ¿Y, de paso, quién eres tú? —preguntaba.

—ES SU NIETO JOHNNY —decía yo, en mi mejor imitación de la voz de Owen Meany.

Y mi abuela decía:

—Dios mío, ¿*sigue* aquí? ¿Ese pequeñajo raro sigue aquí? ¿Lo encerraste en el pasadizo, Johnny?

Más adelante, durante el verano en que teníamos diez años, Owen me contó que mi madre había ido a la cantera para hablar con sus padres.

—¿Qué les pareció? —le pregunté.

Owen me dijo que no habían mencionado para nada la visita, aunque sabía que mi madre había estado allí.

—OLÍ SU PERFUME —dijo—. DEBIÓ DE ESTAR BASTANTE RATO PORQUE HABÍA TANTO AROMA A ELLA COMO EN TÚ CASA. MI MADRE NO USA PERFUME —añadió.

Era innecesario que me lo dijera. Mrs. Meany no sólo no salía; se negaba incluso a *mirar* afuera. Cuando la veía apostada en las diversas ventanas de su casa, siempre estaba de perfil a la ventana, resuelta a *no* observar el mundo... y sin embargo haciendo un confuso planteamiento: sentándose de perfil, probablemente quería sugerir que tampoco había dado del todo la espalda al mundo. Yo pensaba que los responsables de eso eran los católicos... fuera lo que fuese, sin duda merecía la nunca aclarada etiqueta de AGRAVIO INCALIFICABLE que, afirmaba Owen, habían sufrido sus padres. En el inflexible autoencierro de Mrs. Meany había algo que olía a persecución religiosa —si no a condena eterna.

—¿Cómo te fue con los Meany? —pregunté a mi madre.

—¿Le contaron a Owen que estuve en su casa? —preguntó.

—No, no le dijeron nada. Reconoció tu perfume.

—Muy propio de él —dijo mi madre y sonrió. Creo que sabía que Owen estaba loco perdido por ella: todos mis amigos se enamoraban de mi madre. Y si hubiese vivido hasta que fueron adolescentes, su grado de enamoramiento indudablemente se habría profundizado, y empeorado, y vuelto del todo insoportable... tanto para ellos como para mí.

Aunque mi madre se resistió a la tentación de mi generación —es decir que se privaba de alzar a Owen Meany—, nunca pudo resistirse a tocarlo. No podías evitarlo, sencillamente. Era desmesuradamente mono; tenía el atractivo de un animal peludo... si exceptuamos la desnudez de sus orejas casi transparentes y la forma de roedor en que sobresalían de su cara afilada. Mi abuela decía que Owen parecía un

zorro embrionario. Cuando tocabas a Owen, evitabas sus orejas: daban la impresión de ser frías al tacto. Pero mi madre no, ella incluso sobaba sus gomosas orejas. Lo abrazaba, lo besaba, frotaba su nariz contra la de él. Hacía todo esto con la misma naturalidad que si me lo estuviera haciendo a mí, pero no hacía nada de esto con mis otros amigos, ni siquiera con mis primos. Y Owen le respondía afectuosamente; a veces se ruborizaba, pero siempre sonreía. Desaparecían las casi constantes arrugas de su frente y toda su cara irradiaba un recatado fulgor.

Lo recuerdo más cuando su estatura alcanzaba la cintura infantil de mi madre; si se ponía de puntillas, rozaba sus pechos con la coronilla. Si ella estaba sentada y Owen se acercaba para recibir los acostumbrados achuchones, su cara quedaba exactamente al nivel de la colina de los senos de mi madre, que era una chica de suéters: tenía una figura espléndida y lo sabía, y usaba los suéters de moda en la época, que destacaban su talle.

Una muestra de la seriedad de Owen era que podíamos hablar sobre las madres de todos nuestros amigos y él era absolutamente sincero en su valoración de la mía; salía bien librado de ello porque yo sabía que no bromeaba. Owen nunca bromeó.

—TU MADRE TIENE LOS MEJORES PECHOS DE TODAS LAS MADRES.  
—Ningún otro amigo podría haber dicho esto sin que le hiciera tragar sus palabras.

—¿Lo piensas de verdad? —le pregunté.

—ABSOLUTAMENTE LOS MEJORES.

—¿Y qué me dices de Mrs. Wiggin? —le pregunté.

—DEMASIADO GRANDES —dijo Owen.

—¿Mrs. Webster? —le pregunté.

—DEMASIADO BAJOS —dijo Owen.

—¿Mrs. Merrill? —le pregunté.

—MUY RAROS —dijo Owen.

—¿Miss Judkins? —le pregunté.

—NO SE —dijo—. NO LOS RECUERDO. PERO NO ES UNA MADRE.

—¿Miss Farnum! —exclamé.

—ESTÁS PERDIENDO EL TIEMPO —dijo, malhumorado.

—¿Caroline Perkins! —dije.

—TAL VEZ ALGÚN DÍA —respondió, seriamente—. PERO TAMPOCO ES UNA MADRE.

—¿Irene Babson!

—¿NO ME PONGAS LA PIEL DE GALLINA! LOS DE TU MADRE SON ÚNICOS —dijo con idolatría—. Y TAMBIÉN HUELE MEJOR QUE NADIE —agregó. En esto coincidí con él: mi madre siempre despedía una fragancia maravillosa.

El pecho de tu propia madre es un tema de conversación extraño para tratar con

un amigo, pero mi madre *era* una beldad reconocida, y Owen se expresaba con una franqueza del todo fiable; podías confiar absolutamente en él.

Mi madre solía hacernos de chófer. Me llevaba a la cantera para jugar con Owen; iba a buscar a Owen para que fuera a jugar conmigo, y lo llevaba de vuelta a su casa. La Meany Granite Quarry estaba a algo menos de cinco kilómetros del centro, no muy lejos para ir en bici, salvo que todo el trayecto era cuesta arriba. A menudo mi madre me llevaba con la bicicleta en el coche para que pudiera volver a casa pedaleando; en otras ocasiones Owen iba en bici hasta la ciudad, y ella lo recogía junto con su bici. La cuestión es que nos hacía de chófer con tanta frecuencia que Owen debía de parecerle otro hijo. Y en la medida en que las madres *son* los chóferes de la vida de las pequeñas ciudades, Owen tenía razones suficientes para identificarla más que a la propia como *su* madre.

Cuando jugábamos en su casa, rara vez entrábamos. Nos entreteníamos en las pilas de rocas, en y alrededor de las canteras, o bajábamos a la orilla del río; los domingos nos sentábamos en la maquinaria silenciosa, imaginándonos a cargo de la cantera... o en una guerra. Aparentemente Owen encontraba el interior de su casa tan extraño y opresivo como yo. Si el tiempo era inclemente, jugábamos en mi casa... y como en New Hampshire el tiempo casi siempre es inclemente, casi siempre jugábamos en casa.

Y *jugar* es lo único que hacíamos, me parece ahora. Los dos teníamos once años el verano que murió mi madre. Fue el último que participamos en la liguilla escolar, que ya nos tenía hartos. En mi opinión, el béisbol *es* aburrido; el último año en la liguilla sólo es un avance de los aburridos momentos que aguardan a muchos estadounidenses en el béisbol. Lamentablemente, los canadienses también juegan al béisbol y ven los partidos. Se trata de un juego con un montón de esperas, de un juego con una anticipación crecientemente elevada de una acción crecientemente limitada. Al menos los jóvenes lo juegan más rápido que los adultos... ¡gracias a Dios! *Nosotros* nunca nos dedicamos a escupir, ni a tironearnos de los sobacos y las ingles, expresiones esenciales de nerviosismo en el deporte adulto. Pero igualmente tienes que esperar entre lanzamientos, y esperar a que el receptor y el árbitro examinen la pelota después del lanzamiento, y esperar a que el receptor trote hasta el montículo para decirle algo al lanzador acerca de cómo arrojar la pelota, y esperar a que el director técnico entre en el campo contoneándose y preocupado (con el lanzador y el receptor) por las posibilidades del *siguiente* lanzamiento.

Aquel día, en la última entrada, Owen y yo sólo esperábamos que se acabara el partido. Nos sentíamos tan aburridos que no teníamos la menor idea de que también la vida de alguien estaba a punto de acabar. Nos tocaba el turno. Nuestro equipo iba perdiendo; habíamos estado sustituyendo tantos jugadores de segunda serie y de primera serie, y tan azarosamente, que ya no reconocía a la mitad de nuestros propios

bateadores y no tenía noción de cuándo me tocaba batear. No estaba seguro de cuál era mi orden de bateo y se lo iba a preguntar a nuestro bondadoso y gordinflón director técnico y entrenador, Mr. Chickering, cuando éste se volvió hacia Owen Meany y le dijo:

—Batea en lugar de Johnny, Owen.

—Pero yo no sé cuándo me toca batear —le dije a Mr. Chickering, que no me oyó; estaba mirando hacia algún sitio, fuera del campo. Parece ser que a él también le aburría el partido y sólo esperaba que terminara, como todos nosotros.

—YO SE CUANDO TE TOCA BATEAR —dijo Owen. Eso era lo eternamente irritante en Owen: estaba al tanto de cosas como ésa. Casi nunca llegaba siquiera a jugar al estúpido béisbol, pero prestaba atención a todos los detalles aburridos—. SI SE DESPLAZA HARRY, SOY EL SIGUIENTE. SI ENTRA BUZZY, ME PREPARO PARA LA ACCIÓN.

—Pocas posibilidades —dije—. ¿O sólo falta una?

—DOS.

Todos los que estaban en el banquillo miraban algo, fuera del campo —ahora incluso Owen— y volví mi atención al misterioso objeto de interés. Entonces la vi: mi madre. Acababa de llegar. Siempre se presentaba tarde: ella también se aburría con el béisbol. Tenía intuición para llegar justo a tiempo de llevarnos a casa a Owen y a mí. Seguía siendo una chica de suéter en verano, porque le gustaban los vestidos ligeros de punto; tenía un bronceado precioso e iba vestida con un sencillo vestido de algodón blanco —ceñido alrededor del pecho y la cintura, falda ancha—; además se había puesto un pañuelo rojo para levantarse el pelo y dejar los hombros al descubierto. No estaba mirando el partido. De pie, bien abajo de la línea del campo izquierdo, más allá de la tercera base, contemplaba las tribunas escasamente pobladas, las gradas casi vacías, tratando de ver si había algún conocido, supongo.

Me di cuenta de que todos la observaban, lo que para mí no era ninguna novedad. Todos observaban siempre a mi madre, pero ese día el escrutinio me pareció extraordinariamente penetrante, o quizá lo recuerdo intensamente porque fue la última vez que la vi con vida. El lanzador estaba mirando la base de meta, el receptor esperaba la pelota; supongo que el bateador también estaba esperando la pelota, pero hasta los defensas habían vuelto la cabeza para contemplar boquiabiertos a mi madre. Todos los de nuestro banquillo la observaban... Mr. Chickering el que más; tal vez Owen el siguiente; probablemente yo, el que menos. Todo el graderío devolvía la mirada que mi madre pasaba por encima de ellos.

Estábamos en el cuarto lanzamiento. Quizás el lanzador también tenía un ojo puesto en mi madre. Harry Hoyt se desplazó. Buzzy Thurston entró y Owen estaba listo para la acción. Se levantó del banquillo y buscó el bate más pequeño. Buzzy lanzó una pelota rasa, un fuera de línea seguro, y mi madre en ningún momento

volvió la cabeza para seguir el juego. Echó a andar paralela a la línea de la tercera base; adelantó al entrenador de la tercera base; seguía con la vista fija en las tribunas cuando uno de los defensas interceptó la bola rasa de Buzzy Thurston y los corredores ya estaban a salvo.

Owen se preparó.

Como prueba de lo aburrido que era aquel partido concreto —y de lo perdido que estaba—, Mr. Chickering le dijo a Owen que basculara el bate: él también quería irse a casa.

Normalmente decía: «¡Mira bien, Owen!», lo que significaba: ¡Corre!, lo que significaba: No apartes el bate de tus hombros, lo que significaba: No bascules *nada*.

Pero aquel día Mr. Chickering dijo:

—¡Golpea fuerte, chico!

—¡Revienta la bola, Meany! —gritó alguien del banquillo y a renglón seguido se cayó, riendo.

Con gran dignidad, Owen fijó la vista en el lanzador.

—¡Dale un paseo, Owen! —chillé.

—¡Bascula, Owen! —indicó Mr. Chickering—. ¡Balancea!

Todos los de nuestro banquillo intervinieron: era hora de irse a casa. Que Owen basculara y errara los tres lanzamientos siguientes, y seríamos libres. Además, aguardábamos la comedia en potencia de sus débiles y delirantes balanceos.

El primer lanzamiento fue malo y Owen lo dejó pasar.

—¡Balancea! —insistió Mr. Chickering—. ¡Bascula!

—¡ESA HA PASADO MUY LEJOS! —dijo Owen, que se atenía estrictamente a las reglas; Owen Meany hacía todo según las reglas.

El segundo lanzamiento casi le da en la cabeza y tuvo que zambullirse... en la tierra que rodea la base de meta y en la hierba del diamante. Segunda pelota. Todos rieron ante la polvareda que produjo Owen sacudiéndose el equipo; no obstante, nos hizo esperar a todos mientras se limpiaba.

Mi madre estaba de espaldas a la base de meta; había visto a alguien en las gradas y lo estaba saludando con la mano. Ya había pasado la almohadilla de la tercera base —estaba en la línea final de la tercera base, pero todavía más cerca de ésta que de la de meta— cuando Owen Meany inició su balanceo. Dio la impresión de comenzarlo antes de que la bola se separara de la mano del lanzador... una pelota rápida, como las que suelen lanzarse en la liguilla, pero el balanceo de Owen se adelantó mucho a la pelota, con la que hizo asombroso contacto (más bien delante de la base de meta, aproximadamente a la altura del pecho). Nunca lo vi golpear tan duramente una bola y la fuerza del contacto fue tan impresionante para él mismo, que no perdió pie: por única vez, no se cayó.

El crujido del bate fue tan excepcionalmente agudo y tan rotundamente ruidoso

para un partido de liguilla, que hasta atrajo la atención errante de mi madre. Volvió la cabeza hacia la base de meta —supongo que para ver quién había asestado semejante *cañonazo*— y la pelota le dio en la sien izquierda, haciéndola girar tan rápido que se rompió uno de sus tacones y cayó de bruces, frente a las tribunas, con las rodillas separadas y golpeando primero la cara contra el suelo, porque en ningún momento movió las manos del costado del cuerpo (ni siquiera para amortiguar la caída), lo que más adelante dio pábulo a la especulación de que murió antes de tocar la tierra.

Ignoro si murió *tan* fulminantemente, pero estaba muerta cuando Mr. Chickering llegó a su lado. Fue el primero. Le levantó la cabeza y le volvió la cara hasta dejarla en una posición ligeramente más cómoda; después alguien dijo que le cerró los ojos antes de recostar su cabeza en el suelo. Recuerdo que le bajó la falda —se le había subido hasta la mitad del muslo— y le juntó las rodillas. Luego se levantó, se quitó la parte de arriba del chándal y la sostuvo delante de él a la manera en que un torero sostiene su muleta. Yo fui el primer jugador que cruzó la línea de tercera base, pero a pesar de su gordura Mr. Chickering fue ágil. Me cogió y me arrojó el chándal sobre la cabeza. Yo no veía nada y por tanto no podía luchar eficazmente.

—¡No, Johnny! ¡No, Johnny! —dijo Mr. Chickering—. No debes verla, Johnny.

La memoria es un monstruo; *tú* olvidas... *ella* no. Se limita a archivar las cosas. Las guarda para ti o te las oculta... y evoca un recuerdo con voluntad propia. Tú crees tener memoria, pero ella te tiene a ti.

Más adelante, recordaría todo. Cuando recreo el escenario de la muerte de mi madre, recuerdo a todos los que estaban en las gradas ese día; también recuerdo a los que no estaban... y lo que todos me dijeron y no me dijeron. Pero en la primera rememoración de ese escenario apenas había detalles. Recuerdo a Pike, el jefe de policía de Gravesend... años después salí con su hija. Jefe Pike sólo me llamó la atención porque hizo una pregunta ridícula... ¡y mucho más absurda fue su explicación de la pregunta!

—¿Dónde está la pelota? —preguntó el jefe de policía después de que despejaron el lugar de los hechos, como suele decirse. El cuerpo de mi madre ya no estaba y me encontré sentado en el banquillo, en las rodillas de Mr. Chickering, con su chándal sobre mi cabeza... ahora porque lo prefería así, porque *yo mismo* me lo había puesto.

—¿La pelota? —preguntó Mr. Chickering—. ¿Quieres la puñetera *pelota*?

—Bien, es algo así como el arma homicida —dijo Jefe Pike. Su nombre de pila era Ben—. El instrumento del delito, creo que se llama —dijo Ben Pike.

—¡El arma homicida! —se escandalizó Mr. Chickering, abrazándome. Estábamos esperando a que mi abuela o el reciente marido de mi madre fueran a buscarme—. ¡El instrumento del delito! ¡Cielos, Ben...! ¡Era una *pelota de béisbol*!

—Bien, ¿dónde *está*? —insistió Jefe Pike—. Si mató a alguien, se supone que debo verla... de hecho, se supone debe *obrar en mi poder*.

—No seas papanatas, Ben —dijo Mr. Chickering.

—¿La cogió uno de tus chicos? —preguntó Jefe Pike a nuestro gordo entrenador y director técnico.

—¡Pregúntaselo *a ellos*... no me lo preguntes *a mí*! —replicó Mr. Chickering.

Habían puesto a todos los jugadores detrás de las gradas mientras la policía fotografiaba a mi madre. Y allí seguían, espiando el campo asesino a través de los asientos vacíos. Alguna gente del lugar estaba con los jugadores: madres y padres y fanáticos del béisbol. Más adelante, recordaría la voz de Owen hablándome en la oscuridad... porque mi cabeza seguía debajo del chándal.

—¡LO SIENTO!

Poco a poco, a lo largo de los años, todo volvería a mí... todos los que estaban de pie detrás de la gradería y todos los que se habían ido a casa.

Pero entonces me arranqué el chándal de la cabeza y lo único que supe fue que Owen Meany *no estaba* tras las gradas. Mr. Chickering debió de observar lo mismo.

—¡Owen! —gritó.

—¡Se ha ido a su casa! —respondió alguien.

—¡Tenía la bici! —dijo alguien.

Lo imaginé debatiéndose con la bici Maiden Hill Road arriba... primero pedaleando, luego tambaleándose, después apeándose para andar llevando la bicicleta, todo el rato con el panorama del río. En aquellos tiempos, nuestros equipos de béisbol eran de una lana picante e imaginé el de Owen, empapado en sudor, con el número 3 demasiado grande para su espalda; cuando se remetía la camisa en los pantalones, también remetía la mitad del número, de modo que cualquiera que lo viese pasar por Maiden Hill Road habría pensado que era el número 2.

Supongo que Owen no tenía ningún motivo para esperar: mi madre siempre lo llevaba a su casa en el coche, con la bici, después de nuestros partidos de liguilla.

Por supuesto, pensé, Owen tiene la pelota. Era un coleccionista, bastaba pensar en sus fichas de béisbol.

—Al fin y al cabo —diría Mr. Chickering años después—, fue el único batazo decente que ese chico dio en su vida, la única madera con la que tocó la pelota. Y sin embargo, fue una mala jugada. Pelota fuera. Para no hablar de que la pelota mató a alguien.

¿Y qué si Owen tiene la pelota? estaba pensando. Aunque en ese momento pensaba principalmente en mi madre; entonces fue cuando empecé a enfadarme con ella por no haberme dicho nunca quién era mi padre.

Yo sólo tenía once años; no tenía idea de quién más había presenciado el partido de liguilla y esa muerte... y quién tenía razones personales para querer guardarse la pelota que había bateado Owen Meany.

## El armadillo

El nombre de mi madre era Tabitha, aunque nadie salvo mi abuela la llamaba así. Mi abuela odiaba los apodos... a pesar de que nunca me llamó John; para ella siempre fui Johnny, incluso mucho después de ser lisa y llanamente John para todos los demás. Para todos los demás, mi madre era Tabby. Recuerdo una ocasión en que el reverendo Lewis Merrill dijo «Tabitha», pero lo hizo delante de mi madre y de mi abuela, y se trataba de un entredicho, o al menos de una súplica. El tema era la decisión de mi madre de pasarse de la Iglesia Congregacionista a la Episcopal, y el reverendo Mr. Merrill le hablaba a mi abuela como si mi madre no estuviera presente.

—Tabitha Wheelwright —dijo— es la única voz auténticamente angelical de nuestro coro, y si ella nos abandona seremos un coro sin alma. —Debo aclarar, en defensa del pastor Merrill, que *no siempre* hablaba con tan farragoso bizantinismo, pero estaba tan exaltado por la partida de mi madre y la mía de su iglesia que daba sus opiniones como si estuviese hablando desde el púlpito.

En New Hampshire, durante mi niñez, Tabby era un nombre corriente para los gatos domésticos atigrados, y en mi madre había una cualidad innegablemente felina... no en el sentido taimado o sigiloso de la palabra, sino en sus otras cualidades gatunas: un don de pulcritud, elegancia y dominio de sí misma. De un modo totalmente distinto al de Owen Meany, mi madre era tocable. Yo siempre tuve conciencia de cuánta gente deseaba, o necesitaba, tocarla. No sólo me refiero a los hombres, aunque —incluso a mi edad— sabía con cuánta inquietud movían ellos las manos en su compañía. Quiero decir que *a todo el mundo* le gustaba tocarla... y según su disposición hacia el que la tocaba, las respuestas de mi madre también eran felinas. Podía ser tan gélidamente indiferente que el contacto se interrumpía al instante; tenía buena coordinación, era sorprendentemente veloz y, al igual que un gato, retrocedía para que no la tocaran: se agachaba o esquivaba una mano tan instintivamente como los demás nos echamos a temblar. Y también respondía en el otro estilo de los gatos: sabía deleitarse siendo tocada; contorsionaba su cuerpo con desenfado, ejerciendo cada vez más presión contra la mano que la tocaba, hasta que (yo solía imaginar) cualquiera que estuviese lo bastante cerca la oía *ronronear*.

Owen Meany, que rara vez desperdiciaba palabras y que tenía la costumbre (que interrumpía cualquier conversación) de dejar caer observaciones como monedas en un pozo de aguas profundas —observaciones que se hundían como verdades hasta el fondo del pozo, donde permanecían inalcanzables—, me dijo una vez:

—TU MADRE ES TAN SEXY QUE SIEMPRE ME OLVIDO QUE ES LA MADRE DE ALGUIEN.

En cuanto a las insinuaciones de mi tía Martha transmitidas a mis primos, quienes más de diez años después me sugirieron que mi madre era «algo simplona», creo que



son el resultado de un malentendido celoso de hermana mayor. Mi tía Martha nunca entendió lo esencial acerca de mi madre: había nacido con un cuerpo equivocado. Tabby Wheelwright parecía una *starlet*: exuberante, caprichosa, fácil de embaucar; parecía ansiosa por complacer, o «algo simplona», como había observado tía Martha; parecía *tocable*. Sin embargo, estoy vehementemente convencido de que mi madre poseía un carácter totalmente distinto al que sugería su aspecto; como hijo suyo me consta que fue casi perfecta como madre, y su única imperfección fue la de haber muerto antes de decirme quién era mi padre. Y además de ser una madre casi perfecta, también sé que era una mujer feliz... y una mujer auténticamente feliz vuelve *locos de atar* a algunos hombres y a la mayoría de las mujeres. Aunque su cuerpo parecía hormiguar, ella no era impaciente. Estaba contenta y en este sentido también era felina. No parecía querer de la vida más que un hijo y un marido cariñoso; es importante recalcar estos *singulares*: no deseaba hijos, deseaba tenerme a mí, *sólo* a mí, y me tuvo; no deseaba hombres en su vida, deseaba un hombre, el hombre *adecuado*, y poco antes de morir lo encontró.

He dicho que tía Martha es una «mujer entrañable» y lo digo en serio: es tierna, atractiva, decente, bondadosa y de intenciones honorables... y siempre fue cariñosa conmigo. También quería a mi madre, aunque nunca la comprendió... y siempre que una pizca de celos se mezcla con la incompreensión, acaba por haber problemas.

He dicho que mi madre era una chica de suéter, lo que se contradice con el pudor general de su vestimenta; destacaba su pecho, pero nunca mostraba la carne, con excepción de sus hombros atléticos y casi inocentes. Le gustaban los hombros descubiertos. Y su atuendo nunca era descuidado, nunca extravagante, nunca llamativo; era tan conservadora en su elección de los colores que recuerdo muy pocas prendas de su guardarropa que no fuesen negras o blancas, salvo algunos accesorios; le gustaba el rojo (en pañuelos, sombreros, zapatos, manoplas y guantes). Nunca llevaba nada ceñido en la cadera, pero le gustaba hacer resaltar su pequeña cintura y su pecho generoso... y en efecto *tenía* LOS MEJORES PECHOS DE TODAS LAS MADRES, como observara Owen.

No creo que coqueteara; no «se mostraba» a los hombres aunque a los once años ¿en qué medida podría haberlo notado yo? O sea que a lo mejor coqueteaba... un poquitín. Yo solía imaginar que sus coqueteos estaban reservados al Boston & Maine, que ella era absoluta y correctamente mi madre en todos los parajes de esta tierra — incluso en Boston, la ciudad pecaminosa—, pero que en el tren buscaba a los hombres. ¿De qué otro modo se explica que haya conocido allí al que fue mi padre? Y unos seis años después, en el mismo tren, conoció al hombre que se casaría con ella. ¿Lograba el ritmo del tren en las vías hacer aflorar su otra personalidad y comportarse de manera desacostumbrada? ¿Se alteraba en tránsito, cuando no tenía los pies sobre la tierra?

Sólo una vez expresé este absurdo temor, y sólo a Owen. Se impresionó.

—¿CÓMO PUEDES PENSAR ALGO SEMEJANTE DE TU PROPIA MADRE?

—me preguntó.

—Pero *tú* dices que es sexy, tú eres el que delira con sus pechos.

—YO NO *DELIRO* —me dijo Owen.

—Bien, vale... quiero decir que te gusta. Ella gusta a todos los hombres y a todos los chicos.

—OLVIDATE DEL TREN —dijo Owen—. TU MADRE ES UNA MUJER PERFECTA. NO LE PASA NADA EN EL TREN.

Bien, aunque ella *dijo* que «conoció» a mi padre en el Boston & Maine, nunca se me pasó por la imaginación que allí me hubiera concebido; no obstante, es verdad que en ese tren conoció al hombre con quien se casaría. Esa historia no era una mentira ni un secreto. ¡Cuántas veces le pedí que me la contara! Y mi madre nunca vaciló, nunca careció de entusiasmo para contar esa historia... que todas las veces narraba de la misma manera. Y después de su muerte, cuántas veces le pedí *a él* que me la contara... y me la contaba todas las veces con entusiasmo y al pie de la letra.

Se llamaba Dan Needham. ¡Cuántas veces le rogué a Dios que *él* fuera mi verdadero padre!

Mi madre, mi abuela y yo —y Lydia, menos una pierna— estábamos cenando un jueves de la primavera de 1948. El jueves era el día que mi madre regresaba de Boston y siempre hacíamos una cena mejor que la cotidiana. Recuerdo que fue poco después de que le amputaran la pierna a Lydia, porque todavía era extraño que comiera con nosotros en la mesa (en su silla de ruedas), y que hubiese dos criadas nuevas poniendo y sacando la mesa, algo que hasta poco antes hacía ella misma. Y la silla de ruedas todavía era tan nueva para la propia Lydia, que no me permitía empujarla; sólo mi abuela y mi madre —y una de las dos criadas nuevas— estaban autorizadas a hacerlo. No recuerdo todas las complejidades triviales de las normas de la silla de ruedas de Lydia, pero sí que los cuatro estábamos terminando de cenar y su presencia en la mesa era tan novedosa y destacada como pintura fresca. Y mi madre dijo:

—He conocido a otro hombre en el buen y viejo Boston and Maine.

Creo que la observación no tenía una intención del todo maliciosa, pero se apoderó instantánea y sorprendentemente de Lydia, de mi abuela y de mí. La silla de ruedas arrancó marcha atrás separándose de la mesa y arrastrando consigo el mantel, de modo que todos los platos, los vasos y los cubiertos saltaron, y los candelabros se tambalearon. Mi abuela aferró el enorme broche que llevaba en el cuello del vestido —dio la impresión de ahogarse repentinamente con él— y yo me mordí de forma tan considerable el labio inferior que sentí el sabor de la sangre.

Todos pensamos que mi madre hablaba eufemísticamente. Yo no estaba presente cuando anunció los pormenores del caso del *primer* hombre que según afirmaba había conocido en el tren. Tal vez había dicho: «Conocí a un hombre en el buen y viejo Boston and Maine... y ahora estoy embarazada». Quizá dijo: «Voy a tener un hijo como resultado de una cana al aire que me eché con un hombre que conocí en el buen y viejo Boston and Maine... alguien a quien nunca volveré a ver».

De cualquier manera, si bien no puedo recrear el primer anuncio, el segundo fue lo suficientemente espectacular. ¡Todos pensamos que nos estaba informando que otra vez estaba embarazada... de un hombre *distinto*!

Y como ejemplo de cuánto se equivocaba mi tía Martha en su opinión de que era «algo simplona», mi madre se dio cuenta al instante de lo que estábamos pensando, se rió de nosotros brevemente y dijo:

—¡No, no! No voy a tener *un hijo*. Nunca volveré a tener otro... ya tengo *a mi hijo*. Sólo os estoy diciendo que he conocido a un hombre. Alguien que me gusta.

—¿Un hombre *distinto*, Tabitha? —preguntó mi abuela, todavía aferrada al broche.

—¡No es *aquel* hombre, no! No seas ingenua —dijo mi madre y volvió a reír... atrayendo con su carcajada la silla de ruedas de Lydia, aunque cautamente, hacia la mesa.

—¿Quieres decir un hombre que *te gusta*, Tabitha? —preguntó mi abuela.

—No lo mencionaría si no me gustara. Quiero que lo conozcáis —nos dijo a todos.

—¿Te has citado con él? —preguntó mi abuela.

—¡No! Acabo de *conocerlo*... hoy, en el tren de *hoy* —explicó mi madre.

—¿Y *ya te gusta*? —inquirió Lydia, en un tono de voz tan idéntico al de mi abuela que tuve que mirar para ver cuál de las dos había hablado.

—Bien, sí —respondió mi madre seriamente—. Ya sabéis cómo son esas cosas. No se necesita demasiado tiempo.

—¿Cuántas veces *has sabido* cómo son esas cosas... antes? —la interrogó mi abuela.

—En realidad ésta es la primera —dijo mi madre—. Por eso lo sé.

Lydia y mi abuela me miraron instintivamente, a lo mejor para comprobar si habían entendido correctamente a mi madre: que la vez «anterior», cuando había «echado una cana al aire», con la consecuencia de mi nacimiento, *no* había experimentado ningún sentimiento especial por quienquiera fuese mi padre. Pero yo tuve otra idea. Estaba pensando que tal vez este *era* mi padre, que tal vez era el primer hombre que había conocido en el tren, y que había oído hablar de mí, y sentía curiosidad por mí, y quería verme... y algo muy importante se lo había impedido durante los seis últimos años. Al fin y al cabo, se libraba una guerra cuando nací, en

1942.

Pero, como otro ejemplo de lo muy equivocada que estaba tía Martha, mi madre pareció notar inmediatamente lo que yo estaba imaginando, porque dijo:

—Por favor, Johnny, me gustaría que entendieras que este hombre no tiene ninguna relación con el que es tu padre... hoy lo vi por primera vez y me gusta. Eso es todo: sólo me gusta y creo que a ti también te gustará.

—Vale —dije, pero no pude mirarla. Recuerdo que fijé los ojos en las manos de Lydia, agarradas a su silla de ruedas, y en las manos de mi abuela, que jugaba con su broche.

—¿Qué *hace* ese hombre, Tabitha? —preguntó mi abuela. Una pregunta muy Wheelwright. En su opinión, lo que uno «hacía» se relacionaba con «de dónde» provenía su familia, y siempre abrigaba la esperanza de que fuera de Inglaterra y en el siglo XVII. Y la breve lista de cosas que mi abuela aprobaba que «se hicieran» no era menos específica que la Inglaterra del siglo XVII.

—Teatro —dijo mi madre—. Es una especie de actor... aunque en realidad no lo es.

—¿Un actor en paro? —preguntó mi abuela. (Ahora pienso que un actor *con trabajo* ya habría sido bastante inadecuado.)

—No, no está buscando trabajo como actor... es un hombre de teatro estrictamente *aficionado* —contestó mi madre. Y pensé en la gente que en las estaciones de tren movía títeres... en los artistas callejeros, aunque a los seis años no contaba con el vocabulario suficiente para sugerirlo—. *Enseña* interpretación y dirección de escena.

—¿Es director? —preguntó mi abuela, más esperanzada.

—No exactamente —respondió mi madre y frunció el ceño—. Venía a Gravesend para una entrevista.

—¡No creo que aquí haya muchas oportunidades para el *teatro*! —sentenció mi abuela.

—Tenía una entrevista en la academia —aclaró mi madre—. Un puesto en la enseñanza, historia del teatro o algo parecido. Ya sabes que los chicos montan sus propias producciones teatrales; Martha y yo solíamos asistir. ¡Era tan divertido verlos disfrazados de chicas!

Eso era lo más divertido de aquellos espectáculos, en mi recuerdo; yo no tenía noción de que dirigir esas representaciones fuera un *trabajo*.

—¿Entonces es profesor? —preguntó mi abuela. Esto estaba justo en la frontera de lo aceptable para Harriet Wheelwright... aunque era una mujer de negocios lo bastante astuta para saber que los emolumentos de la docencia (incluso en una escuela tan prestigiosa como Gravesend Academy) no estaban a su nivel.

—¡Sí! —dijo mi madre, con tono fatigado—. Es *profesor*. Ha estado dando clases

de *teatro* en una escuela privada de Boston. Antes, estudió en Harvard... Promoción del cuarenta y cinco.

—¡Dios misericordioso! —exclamó mi abuela—. ¿Por qué no empezaste por Harvard?

—Porque para él no es importante —dijo mi madre.

Pero a juicio de mi abuela, Harvard 45 era suficientemente importante para tranquilizar sus manos; dejó el broche en paz y volvió a apoyarlas en su regazo. Después de una pausa civilizada, Lydia acercó su silla de ruedas, levantó la campanilla de plata y la agitó para que las criadas retiraran el servicio... la mismísima campanilla que con frecuencia la había llamado a ella (parecía ayer mismo). Y el tintineo tuvo el efecto de liberarnos a todos de la paralizante tensión a la que acabábamos de sobrevivir, aunque sólo por un instante. Mi abuela se había olvidado de preguntar cómo se llamaba ese hombre. Porque según su criterio, nosotros los Wheelwright no podíamos considerarnos del todo a salvo sin conocer el nombre del nuevo miembro en ciernes de la familia. ¡Dios no permita que sea un Cohen, ni un Calamari, ni un Meany! Las manos de mi abuela volvieron al broche.

—Se llama Daniel Needham —dijo mi madre. ¡Vaya! ¡Con qué alivio bajaron otra vez las manos de mi abuela! Needham era un buen apellido tradicional, un apellido de padres fundadores, un apellido que podías rastrear hasta Massachusetts Bay Colony... si no exactamente hasta el mismo Gravesend. Y Daniel era tan Daniel como Daniel Webster, un nombre tan bueno como el que podía desear un Wheelwright—. Pero lo llaman Dan —agregó, produciendo un ligero fruncimiento en el semblante de mi abuela. Nunca había aceptado hacer de Tabitha una Tabby, y si hubiese tenido un Daniel no lo habría convertido en un Dan. Pero Harriet Wheelwright era lo bastante liberal y lo bastante inteligente para ceder en el caso de una *pequeña* diferencia de opinión.

—¿Entonces has concertado una cita? —preguntó mi abuela.

—No exactamente —dijo mi madre—. Pero sé que volveré a verlo.

—¿Aunque no habéis hecho ningún plan? —a mi abuela le fastidiaban las vaguedades—. ¡Si no consigues el trabajo en la academia, podrías no volver a verlo!

—¡Pero yo sé que volveré a verlo! —repitió mi madre.

—Pareces una sabihonda, Tabitha Wheelwright —dijo mi abuela, enfadada—. No sé por qué a los jóvenes les cuesta tanto planificar por adelantado —y ante esta declaración, como ante casi todo lo que mi abuela decía, Lydia meneó sensatamente la cabeza: la explicación de su silencio era que mi abuela estaba expresando con toda precisión lo que habría expresado ella, sólo que unos segundos antes de que pudiera hacerlo.

Entonces sonó el timbre de la puerta.

Lydia y mi abuela me miraron, como si únicamente *mis* amigos fuesen tan

groseros como para presentarse después de cenar, sin ser invitados.

—¡Cielos! ¿Quién es? —preguntó mi abuela, y tanto ella como Lydia echaron una larga e intencionada mirada a sus relojes de pulsera, aunque ni siquiera eran las ocho de una apacible tarde de primavera; todavía había algo de claridad.

—¡Apuesto a que es él! —dijo mi madre y se levantó de la mesa para ir a la puerta. Se miró rápida y aprobadoramente en el espejo de encima del aparador, donde se enfriaba el asado, y llegó deprisa al vestíbulo.

—¿Entonces *concertasteis* una cita? ¿Lo invitaste? —preguntó mi abuela.

—¡No exactamente! —gritó mi madre—. ¡Pero le dije dónde vivía!

—He notado que nada es *exactamente* con los jóvenes —comentó mi abuela, más para Lydia que para mí.

—En efecto —dijo Lydia.

Pero ya estaba harto de ellas: llevaba años oyéndolas. Seguí a mi madre; mi abuela, empujando a Lydia en su silla de ruedas, fue detrás de mí. La curiosidad — que según decían en New Hampshire en aquellos tiempos, mataba a los gatos— nos devoraba. Sabíamos que mi madre no tenía planes inmediatos de revelarnos una sola pista respecto del primer hombre al que supuestamente había conocido en el Boston & Maine, pero al segundo podíamos verlo con nuestros propios ojos. Dan Needham estaba en el umbral de 80 Front Street, Gravesend.

Naturalmente, mi madre había tenido «pretendientes» antes, pero jamás había dicho que *quisiera* que conociéramos a ninguno de ellos, o siquiera que le gustaba, o que sabía que volvería a verlo. De modo que desde el primer momento fuimos conscientes de que Dan Needham era alguien especial.

Supongo que tía Martha habría dicho que un aspecto de la «simplonería» de mi madre era su atracción por los hombres más jóvenes; pero en esta preferencia, mi madre se había adelantado a su época, sencillamente, porque es cierto que los hombres con los que salía solían ser algo menores que ella. Incluso salió con algunos chicos del último curso de Gravesend Academy cuando, si hubiese seguido estudiando, ella misma habría sido alumna del último curso del *college universitario*; pero sólo «salía» con ellos. Mientras sólo eran chicos de la secundaria y ella estaba en la veintena —y con un hijo ilegítimo—, lo único que hacía con ellos era bailar, o ir al cine o al teatro, o a encuentros deportivos.

Yo estaba habituado a que fueran a buscarla algunos idiotas, debo admitirlo, y nunca sabían cómo tratarme. Por ejemplo, no tenían la menor idea de lo que era un crío de seis años. O me llevaban patos de goma para la bañera u otros juguetes destinados a bebés... o el *Modern English Usage*, de Fowler, fuente en la que suponían que debía beber todo niño de seis años. Y cuando me veían, cuando se veían enfrentados a mi presencia baja y robusta, y al hecho de que se me había pasado la edad de jugar con patos de goma en la bañera y que aún no había alcanzado la de leer

el *Modern English Usage*, se volvían frenéticamente inquietos para impresionarme con su sensibilidad hacia una persona que les llegaba a la cintura. Sugerían que peloteáramos en el patio trasero y luego me tiraban a la cara una bola imparabile, o usaban la jerga de un bebé con la intención de que les mostrara mi juguete predilecto... para enterarse de qué sería más apropiado llevarme la próxima vez. Rara vez había próxima vez. Un día, uno le preguntó a mi madre si yo ya podía controlar mis necesidades: supongo que le pareció una pregunta adecuada antes de invitarme a que me sentara en sus rodillas para jugar al caballito.

—TENDRÍAS QUE HABER DICHO QUE SI —me dijo Owen Meany— Y LUEGO HABERLE MEADO LOS PANTALONES.

Debo consignar algo con respecto a los «pretendientes» de mi madre: siempre eran bien parecidos. De modo que a nivel superficial no estaba preparado para Dan Needham, que era alto y desgarrado, de pelo rizado color zanahoria, con gafas demasiado pequeñas para su cara en forma de huevo; los cristales perfectamente redondos le daban la expresión aprensiva y cazadora de un gran búho mutante. Mi abuela dijo, después de que se fuera, que debía de ser la primera vez en la historia de Gravesend Academy que habían contratado a «alguien que parece más joven que los estudiantes». Además, su ropa no le sentaba bien: la chaqueta era excesivamente ceñida —las mangas muy cortas— y los pantalones tan holgados que la entrepierna aleteaba más cerca de sus rodillas que de sus caderas, que eran feminoideas y las únicas partes carnosas de su peculiar cuerpo.

Pero yo era demasiado joven y cínico para detectar su bondad. Aun antes de ser presentado a mi abuela o a Lydia, o a mí, me miró directamente y dijo:

—Tú tienes que ser Johnny. He oído hablar de ti tanto como se puede oír en una hora y media en el Boston and Maine; y sé que se te puede confiar un paquete importante —era una bolsa de la compra marrón, con otra bolsa de papel marrón dentro. Ya está, chico, pensé: un camello hinchable que flota y escupe. Pero Dan Needham agregó—: No es para ti, no es para nadie de tu edad. Pero confío en que lo pongas en algún sitio donde nadie lo pise... y fuera del camino de cualquier animal doméstico, si es que lo tienes. No debes permitir que ningún animalito se le acerque. Y hagas lo que hagas, no lo abras. Sólo avísame si se mueve.

Me lo entregó; no pesaba lo bastante para ser el *Modern English Usage* de Fowler, y si debía mantenerlo apartado de los animales domésticos —y avisarle si se movía—, evidentemente estaba vivo. Lo puse rápidamente bajo la mesa del vestíbulo —la llamábamos la mesa del teléfono— y permanecí entre el vestíbulo y el salón, desde donde podía observar cómo tomaba asiento Dan Needham.

Sentarse en el salón nunca fue fácil, porque muchos de los asientos disponibles no debían usarse; eran antigüedades que mi abuela conservaba por razones históricas, a las que no les haría ningún bien que alguien se sentara encima. Por ende, aunque el

salón estaba arreglado bastante suntuosamente con butacas y sofás tapizados, muy pocos eran utilizables... de modo que cualquier invitado, ya con las rodillas dobladas en posición de sentarse, se quedaba inmóvil cuando mi abuela gritaba: «¡Por Dios, ahí no! Siéntate *allá*». Y la sobresaltada persona probaba a sentarse en la siguiente butaca o sofá, que en opinión de mi abuela también se derrumbaría por el esfuerzo a que se vería sometido. Y supongo que mi abuela notó que Dan Needham era alto y que tenía unas posaderas considerables, lo que para ella significaba, sin duda, que un número de asientos inferior al normal era apto para *él*... mientras Lydia, todavía poco diestra con su silla de ruedas, bloqueaba el camino aquí, bloqueaba el camino más allá, y ni mi madre ni mi abuela habían desarrollado aún el reflejo necesario para quitarla de en medio haciéndola rodar.

Así, el salón era escenario de idiotez y confusión; Dan Needham daba vueltas en espiral hacia una antigüedad vulnerable tras otra; mi madre y mi abuela chocaban con la silla de ruedas de Lydia mientras la abuela impartía tal o cual orden concerniente a quién debía sentarse y dónde. Yo permanecía en los umbrales de este intríngulis, sin quitarle ojo de encima a la amenazadora bolsa de la compra, imaginando que se había movido ligeramente... o que un misterioso animalito se materializaría de pronto a su lado y se comería —o sería comido por— el contenido de la bolsa. Nunca habíamos tenido un animal doméstico: mi abuela opinaba que quienes los tenían se empeñaban en la forma más despreciable de ridiculización de sí mismos, rebajándose intencionadamente al nivel de los animales. No obstante, estaba sumamente nervioso vigilando la bolsa, aguardando el menor movimiento, y más nervioso aún ante la boba agitación del ritual adulto que tenía lugar en el salón. Poco a poco empecé a prestar toda mi atención a la bolsa; me alejé del peldaño del salón y retrocedí al vestíbulo, donde me senté con la piernas cruzadas sobre la alfombra, junto a la mesa del teléfono. Los costados de la bolsa casi palpitaban y pensé que detectaría un olor extraño a la experiencia humana. La sospecha de este olor me atrajo cada vez más cerca de ese misterio; por último me arrastré debajo de la mesa, apoyé una oreja contra la bolsa, escuché, y me asomé por la abertura... pero la bolsa de dentro de la bolsa me bloqueaba la visión.

En el salón hablaban de historia; a Dan Needham lo habían citado en el departamento de esa asignatura. En Harvard había estudiado suficiente historia para estar en condiciones de dictar los cursos convencionales de ese campo en Gravesend.

—¡Oh, has conseguido el trabajo! —exclamó mi madre. Lo especial del enfoque de Dan Needham era su aplicación de la historia del teatro... y aquí dijo algo así como que el esparcimiento público de cualquier período distinguía a éste con la misma claridad que su así llamada política, pero yo entraba y salía a la deriva del sentido de sus observaciones, atento como estaba al contenido de la bolsa del vestíbulo. La cogí, me la apoyé en el regazo y esperé a que se moviera.



Además de su entrevista con los miembros del Departamento de Historia y con el director —estaba diciendo Dan Needham—, había solicitado permiso para entrevistarse con los estudiantes interesados por el teatro y también con cualquier profesor que tuviera el mismo interés. Durante la sesión había intentado demostrar que el desarrollo de ciertas técnicas del arte dramático, ciertas capacidades histriónicas, pueden realzar nuestra comprensión, no sólo de los personajes que actúan en el escenario, sino también de un momento y un lugar específicos. Y para las clases con los estudiantes de teatro —estaba diciendo Dan Needham—, siempre llevaba algún «accesorio», algo interesante para mantener o centrar la atención de los estudiantes, o para distraerlos de lo que sólo en última instancia les haría ver. Tiene bastante labia, pensé.

—¿Qué *accesorios*? —preguntó mi abuela.

—Sí, ¿qué *accesorios*? —se hizo eco Lydia.

Dan Needham explicó que un «accesorio» podía ser cualquier cosa; en una ocasión había usado una pelota de tenis... y una vez un pájaro vivo en su jaula.

¡Ya está!, pensé, sintiendo que lo que estaba en la bolsa era duro, sin vida y estaba inmóvil... una jaula cumple estos tres requisitos. No podía tocar el pájaro, por supuesto. Quise verlo, sin embargo, y trepidante de emoción —lo más silenciosamente posible, para que los pelmas del salón no oyeran crujir el papel—, abrí un poquitín la bolsa de dentro de la bolsa.

Los ojos que se fijaron intensamente en los míos no eran los de un pájaro; ninguna jaula impedía que el animalejo saltara sobre mí... y no sólo daba la impresión de estar en posición de hacerlo, sino que parecía ansioso. Su expresión era feroz; el hocico, estrecho como el morro de un zorro, apuntaba a mi cara como un arma de fuego; sus violentos ojos brillantes centelleaban con furia e intrepidez; las garras de sus patas delanteras, extendidas en mi dirección, eran largas y prehistóricas. Parecía una comadreja con caparazón, un hurón con escamas.

Grité. Olvidé que estaba sentado debajo de la mesa, porque me levanté de un salto, con lo que logré volcarla y enredarme los pies en el cordón del teléfono. No pude librarme; cuando me lancé precipitadamente al salón, arrastré tras de mí, con considerable estrépito, el teléfono, la mesa y la bestia en la bolsa. Por eso volví a chillar.

—¡Dios misericordioso! —gritó mi abuela.

Pero Dan Needham dijo alegremente a mi madre:

—Te dije que abriría la bolsa.

Al principio había pensado que Dan Needham era tan tonto como los demás y que no entendía nada de críos de seis años, porque decirle a un chico de esa edad que *no* abriera una bolsa era una invitación a que lo hiciera. Pero sabía muy bien lo que era un crío de seis años: Dan Needham siempre tuvo el mérito de ser un poco niño.

—¿Qué hay en esa bolsa? —preguntó mi abuela cuando por fin logré liberarme del cordón y arrastrarme hasta mi madre.

—¡Mi *accesorio*! —replicó Dan Needham.

Sí, era un «accesorio»: en la bolsa había un armadillo disecado. Para un chico de New Hampshire, un armadillo era como un pequeño dinosaurio porque... ¿quién ha oído hablar en New Hampshire de una rata de sesenta centímetros de largo con caparazón en el lomo y garras tan peculiares como las de un oso hormiguero? Los armadillos comen insectos y lombrices de tierra y arañas y caracoles, pero yo no tenía forma de saberlo. Aquél parecía dispuesto —si no ansioso— a engullirme.

Dan Needham me lo dio. Fue el primer regalo de uno de los «pretendientes» de mi madre que guardé. Durante años —mucho después de que perdiera sus garras, y se le cayera la cola, y se le saliera el relleno, y se derrumbaran los costados de su cuerpo, y se le partiera en dos la nariz, y desaparecieran sus ojos de cristal— conservé las placas córneas de su caparazón.

Adoraba al armadillo, por supuesto, y Owen Meany también lo quería muchísimo. Estábamos jugando en el desván, por ejemplo, abusando de la antigua máquina de coser de mi abuela, o disfrazándonos con la ropa de mi difunto abuelo, y Owen decía, sin que viniera a cuento:

—VAYAMOS A BUSCAR AL ARMADILLO. SUBÁMOSLO AQUÍ Y OCULTÉMOSLO EN EL ARMARIO.

El armario que albergaba la ropa de mi difunto abuelo era amplio y misterioso, lleno de ángulos y estantes altos, e hilera tras hilera de zapatos. Escondíamos al armadillo en la axila de un viejo smoking; lo escondíamos en la caña de un viejo par de botas de lluvia, o debajo de un bombín; lo colgábamos de unos tirantes. Uno de los dos lo ocultaba y el otro tenía que encontrarlo en el armario a oscuras, con la única ayuda de una linterna. Aunque habíamos visto al armadillo infinidad de veces, tropezar con él en la negrura del armario —iluminar de sopetón su expresión de locura violenta— siempre era aterrador. Cuando el que buscaba lo encontraba, vociferaba.

De vez en cuando el alarido de Owen hacía reaccionar a mi abuela, que no estaba dispuesta a trepar por la escalera desvencijada del desván ni a luchar con la trampa de acceso. Se paraba al pie de la escalera y nos regañaba.

—¡No tan alto, niños! —A veces agregaba que tuviéramos cuidado con la máquina de coser antigua, y con la ropa del abuelo, porque algún día podría querer venderlas. «¡Ya sabéis que esa máquina de coser es una antigüedad!». En 80 Front Street casi todo era antiguo y casi nada, Owen y yo lo sabíamos perfectamente, no sería jamás vendido, al menos mientras viviera mi abuela. Le gustaban sus antigüedades, de lo que daba buena prueba el creciente número de butacas y sofás del salón donde nadie estaba autorizado a sentarse.

En cuanto a los descartes del desván, Owen y yo sabíamos que estaban salvados para siempre. Buscar entre esas piezas al temible armadillo —que en sí mismo parecía una reliquia del mundo animal, un retroceso a una edad en que los hombres arriesgaban la vida cada vez que salían de las cavernas— era uno de los juegos favoritos de Owen Meany.

—NO LO ENCUENTRO —gritaba desde el armario—. ESPERO QUE NO LO HAYAS PUESTO EN LOS ZAPATOS, PORQUE NO QUIERO PISARLO ANTES DE VERLO. Y ESPERO QUE NO LO HAYAS PUESTO EN EL ESTANTE ALTO PORQUE NO ME GUSTA TENERLO ENCIMA... DETESTO QUE ME MIRE DESDE ARRIBA. Y NO VALE PONERLO DONDE SE CAIGA SI TOCO OTRA COSA, PORQUE ESO ES PAVOROSO. Y SI ESTA DENTRO DE UNA MANGA, NO PUEDO ENCONTRARLO SIN INTRODUCIR MI MANO... ESO TAMPOCO VALE.

—Calla y busca, Owen —decía yo.

—NO VALE PONERLO EN LAS CAJAS DE SOMBREROS —decía Owen, mientras yo lo oía tropezar con los zapatos dentro del armario—. Y NO VALE QUE ME SALTE EN LA CARA PORQUE HAYAS ESTIRADO LOS TIRANTES. ¡aaaaaahhhhh! ¡ESO NO VALE!

Antes de que Dan Needham llevara a mi vida algo tan exótico como su armadillo o su persona, mis expectativas respecto de lo extraordinario estaban reservadas a Owen Meany, a los asuetos escolares y a los días de las vacaciones de verano en que mi madre y yo viajábamos «al norte» para visitar a tía Martha y su familia.

Para un habitante de la costa de New Hampshire, «el norte» podía significar casi cualquier otro lugar del estado, pero tía Martha y tío Alfred vivían en White Mountains, en lo que todo el mundo llamaba «el territorio norteamericano», y cuando ellos o mis primos decían que iban «al norte», se referían a un recorrido en coche relativamente breve, hasta cualquiera de las diversas poblaciones que se encontraban un poco más al norte de su ciudad, a Bartlett o a Jackson, por ejemplo, donde se esquiaba de verdad. Y en verano, Loveless Lake —donde íbamos a nadar— también quedaba «al norte» de Sawyer Depot, donde vivían los Eastman. Sawyer Depot era la última estación del Boston & Maine antes de North Conway, donde se apeaba la mayoría de los esquiadores. Todas las vacaciones de Navidad y Pascua, mi madre y yo, con nuestros esquís, bajábamos del tren en Sawyer Depot; desde la estación podíamos ir andando a casa de los Eastman. En verano los visitábamos como mínimo una vez y la caminata era más fácil aún, pues no cargábamos con los esquís.

Esos viajes en tren —como mínimo dos horas desde Gravesend— eran mis oportunidades más concretas para imaginar a mi madre montada en el Boston & Maine en dirección *opuesta*... rumbo sur, con destino a Boston, donde yo casi nunca

iba. Pero siempre pensé que los pasajeros que se dirigían al norte eran muy diferentes a los viajeros con destino a la ciudad: esquiadores, excursionistas, nadadores de lagos de montaña, no eran hombres y mujeres que buscaran citas o mantuvieran encuentros. Para mí es inolvidable el ritual de aquellos viajes al norte, aunque no recuerdo nada del mismo número de viajes de retorno a Gravesend; todavía hoy los trayectos de regreso —desde cualquier sitio— son meras invitaciones a trances insulsos o sopores plomizos.

Pero cada vez que íbamos en tren a Sawyer Depot, mi madre y yo sopesábamos las ventajas de sentarnos del lado izquierdo, para ver Mt. Chocorua, o del lado derecho, para contemplar Ossipee Lake. Chocorua era nuestro primer indicativo de cuánta nieve encontraríamos donde íbamos, pero la actividad es más visible alrededor de un lago que de una montaña... de manera que a veces «optábamos por Ossipee», como describíamos mi madre y yo nuestra decisión. También jugábamos a adivinar dónde se apearía cada uno de los pasajeros, y yo siempre comía demasiados sandwiches de miga de los que sirven con el té; el exceso de comida servía para justificar mi inevitable visita al pozo abismal con las traviesas pasando bajo mis pies, borrosas, y el soplo de aire fétido que subía hacia mi trasero descubierto.

Mi madre siempre decía:

—Prácticamente hemos llegado a Sawyer Depot, Johnny. ¿No estarías más cómodo si esperaras a llegar a casa de tu tía Martha?

Sí, pero no. Casi siempre podría haber esperado; sin embargo, no sólo necesitaba vaciar mi vejiga y mis intestinos antes de encontrarme con mis primos... era una prueba de coraje sentarme con los pantalones y los calzoncillos bajos sobre ese peligroso hoyo, imaginando que trozos de carbón y barrotes sueltos de los raíles *subían* precipitadamente hacia mí a la velocidad del rayo. Tenía que vaciar la vejiga y los intestinos porque en breve me esperaba un trato rudo; mis primos siempre me saludaban con acrobacias, cuando no con auténtica violencia, y yo necesitaba prepararme, asustarme un poco a fin de soportar los futuros terrores que me reservaban las vacaciones.

Nunca describiría a mis primos como peleones; eran brutos bondadosos, desenfrenados y atrevidos, que deseaban sinceramente que me divirtiera... pero en el territorio norteño la diversión no era la misma a la que estaba acostumbrado en mi vida con las mujeres de 80 Front Street, Gravesend. No luchaba con mi abuela ni boxeaba con Lydia, ni siquiera cuando ésta tenía las dos piernas. Jugaba al *croquet* con mi madre, pero el *croquet* no es un deporte de contacto. Y dado que mi mejor amigo era Owen Meany, yo no sentía mucha inclinación por los deportes violentos.

Mi madre quería a su hermana y a su cuñado —que siempre la recibían, lo mismo que a mí, como a un ser especialmente bienvenido—, y sin duda apreciaba una temporada lejos del autoritario sentido común de mi abuela.

Mi abuela sólo pasaba unos días en Sawyer Depot durante las navidades, y todos los veranos hacía una aparición espectacular para pasar un fin de semana, pero el territorio norteño no gozaba de sus simpatías. Y aunque toleraba perfectamente mi solitario desbaratamiento de la vida adulta en 80 Front Street —e incluso toleraba moderadamente mis juegos con Owen en su vieja casona—, tenía escasa paciencia con el desbarajuste provocado en cualquier casa por *todos* sus nietos. Para el día de Acción de Gracias, los Eastman visitaban 80 Front Street, perturbación a la que mi abuela se refería, durante varios meses después de su estancia, en términos de «las bajas sufridas».

Mis primos eran deportistas enérgicos, combativos —mi abuela los llamaba «los guerreros»—, y mi vida siempre cambiaba cuando nos reuníamos. Yo estaba loco por ellos y al mismo tiempo les temía; no podía contener mi exaltación a medida que se acercaba el momento de encontrarnos, pero unos días después no veía la hora de alejarme: echaba de menos la paz de mis juegos solitarios y echaba de menos a Owen Meany; incluso echaba de menos las críticas constantes pero coherentes de mi abuela.

Todos mis primos —Noah, Simon y Hester (en orden de edades)— eran mayores que yo: Hester me llevaba menos de un año, aunque siempre fue más corpulenta; Simon me llevaba dos y Noah tres. No son grandes diferencias, por cierto, pero lo eran en los años anteriores a mi adolescencia... cuando cada uno de mis primos era *mejor* que yo en todo.

Como se criaron en el territorio norteño, eran esquiadores fabulosos. Yo era, en el mejor de los casos, un esquiador cauto, que había copiado mis curvas lentas y abiertas de la graciosa pero nada osada cuña Christie de mi madre, una bonita esquiadora de habilidad intermedia que sabía lo que hacía; no pensaba que la esencia del deporte fuera la velocidad, ni luchaba contra la montaña. Mis primos se perseguían pendiente abajo, se interponían entre sí, se atropellaban y derribaban, y rara vez limitaban sus rutas de descenso a las pistas marcadas. Me llevaban a una profunda e inmanejable nieve en polvo del bosque, y yo, en mis esfuerzos por estar a su nivel, abandonaba el estilo conservador y controlado que mi madre me había enseñado y terminaba despatarrado en los árboles, abrazado a vallas y perdiendo mis anteojos en arroyuelos helados.

Mis primos eran sinceros en su empeño por enseñarme a mantener paralelos los esquís —y a *brincar* con ellos— pero un esquiador de vacaciones nunca es equiparable al nativo de un territorio norteño. Establecían tales niveles de temeridad, que finalmente dejé de disfrutar esquiando con mi madre. Me sentía culpable de dejarla sola, aunque rara vez permanecía mucho tiempo sin compañía. Al final del día, algún hombre —un aspirante a monitor, cuando no un verdadero monitor de esquí— intentaba entrenarla.

Lo que más recuerdo de haber esquiado con mis primos son las largas,

humillantes y aparatosas caídas, seguidas por el ajeteo de mis primos recuperando mis bastones, mis manoplas y mi gorro... de los que inevitablemente terminaba separado.

—¿Estás bien? —me preguntaba Noah, mi primo mayor—. Me pareció duro.

—¡A mí me pareció *cojonudo*! —decía mi primo Simon, a quien le encantaba caer: esquiaba para estrellarse.

—Si sigues haciendo eso te volverás estéril —decía mi prima Hester, para quien todo acontecimiento de nuestra infancia compartida era sexualmente estimulante o sexualmente perjudicial.

Los veranos practicábamos esquí acuático en Loveless Lake, donde los Eastman tenían un cobertizo, con el piso de arriba remodelado a imitación de un *pub* inglés: tío Alfred admiraba todo lo que fuese británico. Mi madre y tía Martha navegaban a vela, pero tío Alfred conducía la motora frenética y velozmente, con una cerveza en la mano libre. Como él no lo practicaba, consideraba que era responsabilidad del conductor de la embarcación volver lo más angustiosas posible las sensaciones del esquí acuático. Doblaba en medio de una curva de manera tal que la cuerda se aflojaba, a veces hasta tal punto que quedaba muerta y pasabas por encima de ella. Trazaba una asesina senda en forma de 8; parecía disfrutar sorprendiéndote, situándote directamente en el camino de otra embarcación o de otro sorprendido esquiador en el concurrido lago. Al margen de cuál fuera la causa de tu caída, tío Alfred se adjudicaba el mérito. Cuando el que iba detrás de su motora lanzaba un fabuloso rocío, volando longitudinal a ras del agua, perdidos los esquíes, con la cabeza sumergida un segundo, salida a la superficie al siguiente, y otra vez sumergida... tío Alfred gritaba:

—¡Bingo!

Soy la prueba viviente de que las aguas de Loveless Lake son potables, porque cada verano me tragaba medio lago practicando esquí acuático con mis primos. Una vez choqué con tanta fuerza contra la superficie del lago, que se me enrolló el párpado del ojo derecho de una manera muy rara. Mi primo Simon afirmó que había perdido el párpado... y Hester acotó que el párpado perdido me llevaría a la ceguera. Pero en unos minutos tío Alfred logró localizar el párpado extraviado.

De puertas adentro, la vida con mis primos no era menos vigorosa. El salvajismo de las peleas con almohadas me dejaba sin aliento, y había otro juego en el que Noah y Simon me ataban y me metían en el cesto de la ropa sucia de Hester, donde ella siempre me descubría; antes de desatarme, me acusaba de olisquear sus paños menores. Sé que Hester ansiaba mis visitas especialmente, porque sufría la condición de ser siempre inferior a sus hermanos, aunque ellos no la maltrataban ni le tomaban el pelo. Considerando que eran varones y mayores, y que ella era niña y más joven,

me parecía que la trataban con guante blanco, pero todas las actividades que desplegaban mis primos eran competitivas, y sin duda a ella le fastidiaba perder. Sus hermanos la superaban en todo, naturalmente. Hester debía de disfrutar mucho teniéndome cerca, pues a mí me superaba en todo... incluso cuando íbamos al depósito y aserradero para el transporte de troncos. También había un juego que consistía en ocupar una pila de serrín; esas pilas solían tener siete u ocho metros de altura y el serrín más próximo a la base, en contacto con el suelo, a menudo estaba congelado o como mínimo endurecido como una costra. El objetivo era hacerse rey de la montaña, arrojar a los que llegaban a lo alto... o enterrar a los atacantes en el serrín.

Lo peor de ser enterrado en la pila —hasta la barbilla— era que el perro del almacén —el baboso boxer de los Eastman—, una bestia estúpidamente amistosa con una halitosis repugnante que te hacía pensar en cadáveres desenterrados de sus tumbas, ese perro de boca letal era llamado para que te lamiera la cara. Y rodeado de serrín —manco como el tótem de Watahantowet—, no podías ahuyentarlo.

Pero me encantaba estar con mis primos; eran tan estimulantes que en su casa rara vez dormía; solía permanecer en vela toda la noche, a la espera de que se abalanzaran sobre mí, o que soltaran en mi habitación al boxer Firewater, donde me mataría a lengüetazos; otras veces permanecía despierto imaginando las agotadoras pruebas que me aguardaban al día siguiente.

Para mi madre, nuestras excursiones a Sawyer Depot significaban serenidad: aire fresco, charlas de muchachas con tía Martha, y cierto alivio, sin duda necesario, de lo que debía de ser la claustrofobia de su vida cotidiana con mi abuela, Lydia y las criadas en 80 Front Street. Mi madre debía de morirse de ganas de escapar del hogar. Claro que casi todo el mundo se muere de ganas de escapar del hogar, finalmente, y casi todos lo necesitan. Para mí, en cambio, Sawyer Depot era un campo de instrucción, aunque el deporte violento no era —por sí sólo— lo que más me emocionaba del tiempo que pasaba con mis primos. Lo que volvía emocionantes esas actividades era la tensión presexual que siempre relacioné con las competiciones... en particular con Hester.

Aún hoy debatimos, con Noah y Simon, si Hester fue «creada» por su entorno, a su vez creado casi en su totalidad por ellos —esta es *mi* opinión—, o si nació con una sobredosis de agresividad sexual y animosidad familiar, según sostienen Noah y Simon. Los tres coincidimos en que tía Martha, como modelo femenino, no podía competir con la impresión superior que causaba tío Alfred... como hombre. Talar árboles, despejar terrenos, aserrar madera: la Eastman Lumber Company era una empresa muy *masculina*.

La casa de Sawyer Depot era amplia y bonita; tía Martha había heredado el buen gusto de mi abuela y había aportado dinero propio al matrimonio. Pero tío Alfred

*ganaba* más de lo que los Wheelwright teníamos, sencillamente. También era un dechado de masculinidad en el sentido de que a pesar de su riqueza se vestía como un leñador; el hecho de que pasara casi todo el día detrás de un escritorio no influía en su aspecto. Aunque sólo visitaba fugazmente el aserradero, y no se aventuraba más de dos veces por semana en los bosques de tala y transporte, encajaba en el personaje. Pese a ser sumamente fuerte, jamás lo vi realizar ningún trabajo físico. Irradiaba una salud de hierro y aunque pasaba poco tiempo «en el campo», siempre había serrín en su pelo tupido como un matorral, astillas entre los cordones de sus botas, y algunas fragantes agujas de pino en las rodillas de sus tejanos. Muy posiblemente guardaba las agujas, las astillas y el serrín en el cajón del escritorio.

¿Qué importa? Luchando con mis primos y conmigo, tío Alfred era un púgil amistoso, siempre impregnado de la colonia de su tosco negocio, la verdadera esencia de los bosques. No sé cómo tía Martha lo toleraba, pero a menudo Firewater dormía en la gigantesca cama de su dormitorio... otra manifestación de la virilidad de tío Alfred: cuando no estaba abrazando a mi encantadora tía Martha, retozaba en la cama con un perrazo.

Tío Alfred me parecía fabuloso; era un padre maravilloso y, para sus hijos, lo que los idiotas de nuestros días llamarían un ejemplo supremo de «rol modélico». Sin embargo, debió de ser un «rol modélico» difícil para Hester, pues creo que la adoración que sentía por él —además de sus constantes derrotas en las competiciones diarias con los hermanos mayores— la abrumaba, y despertó en ella un injustificable desdén por mi tía Martha.

Pero sé lo que respondería Noah a eso; diría que son «gilipolladas», que tía Martha era un modelo de dulzura y atenciones —y lo *era*, no lo niego—, y que Hester *nació* antagonista de su madre, que *nació* para enfrentarse al amor de su padres con hostilidad hacia *ambos*, y que la *única* forma en que podía desquitarse con sus hermanos por esquiar mejor que ella (tanto en el agua como en la nieve), y por arrojarla de las montañas de serrín, y por meter a su primo en un cesto con su ropa interior sucia, consistía en intimidar a todas las amiguitas o novias que ellos tuvieron, y en sorberles los sesos a todos los chicos que conocieron. Y aparentemente así era.

Es un dilema... dilucidar con qué nacemos y qué hace de nosotros nuestro entorno. Un dilema peliagudo, además, porque simplifica los misterios que acompañan tanto a nuestro nacimiento como a nuestro desarrollo.

Personalmente, sigo siendo más indulgente con Hester que su propia familia. Creo que ella llevaba desventaja desde el principio, y que todo lo que llegaría a ser comenzó cuando Noah y Simon me obligaron a besarla... dejando en claro que besar a Hester era un castigo, la *penalización* del juego: besar a Hester significaba que habías perdido.

No recuerdo exactamente cuántos años teníamos Hester y yo la primera vez que



nos vimos forzados a besarnos, pero fue algún tiempo después de que mi madre conociera a Dan Needham —porque Dan estaba pasando las vacaciones navideñas con nosotros en casa de los Eastman en Sawyer Depot—, y algún tiempo antes de que se casaran, porque mi madre y yo todavía vivíamos en 80 Front Street. Fuera cuando fuese, Hester y yo aún vivíamos nuestra etapa preadolescente... nuestra etapa presexual, si es que esto puede decirse con alguna certeza; quizá no lo sea con respecto a Hester, pero prometo que en mi caso puede decirse con plena certidumbre.

Hubo derretimientos de nieve en el territorio norteño, y algo de lluvia, y después una tormenta de hielo que congeló la nieve medio derretida en los surcos profundos. La nieve tenía la textura del cristal mellado, lo que volvía más atractivo el esquí para Noah y Simon, aunque del todo imposible para mí. Por eso Noah y Simon fueron al norte a desafiar los elementos, y yo no salí de la comodísima casa de los Eastman; he olvidado por qué, pero Hester también se quedó en casa. Tal vez estaba de un humor de perros, o quería dormir un rato más. Cualquiera fuese la razón, estábamos juntos y al final del día, cuando regresaron Noah y Simon, nos encontrábamos en la habitación de ella jugando al Monopoly. *Odio* el Monopoly, pero hasta un juego de mesa capitalista significaba un alivio comparado con las actividades encarnizadas a que me sometían mis primos... y Hester estaba excepcionalmente tranquila, o yo rara vez la veía sin Noah y Simon, con los cuales era imposible estar en paz.

Nos habíamos repantigado en la suave y tupida alfombra de la habitación de Hester, con algunos de sus viejos animales de peluche rellenos como almohadas, cuando los chicos —las manos y las caras congeladas después de esquiar— nos atacaron. Pisotearon tan eficazmente el tablero del Monopoly que perdimos la esperanza de recrear dónde habían estado nuestras casas, nuestros hoteles y nuestras fichas.

—¡Eh! —gritó Noah—. ¡Aquí hay trampa!

—¡Aquí no hay ninguna trampa! —replicó ella, enfadada.

—¡Eh! —chilló Simon—. ¡Cuidado, que *Hester siempre quiere joder!*

—¡Fuera de mi cuarto! —gritó Hester.

—¡El último a través de la casa tiene que besar a *Hester siempre quiere joder!* —dijo Noah, al tiempo que salía corriendo con Simon. Presa del pánico, miré a Hester y me largué tras ellos.

«A través de la casa» era una carrera en la que teníamos que recorrer los dormitorios de atrás —el de Noah y Simon, y el de huéspedes, que era el mío—, bajar la escalera trasera, rodear el rellano de la habitación de servicio, donde con toda probabilidad nos gritaría May, la criada, y meternos en la cocina por la entrada que habitualmente usaba ésta (que también era la cocinera). Luego nos perseguíamos a través de la cocina y el comedor, de la sala y el solano, y a través del estudio de tío Alfred —siempre que él no estuviera *dentro*—, subíamos la escalera principal,

pasábamos por los cuartos de huéspedes delanteros, que salían del recibidor principal, y atravesábamos el dormitorio de mis tíos —siempre que ellos no estuviesen *dentro*—, para pasar al recibidor del fondo, contiguo al baño de mi prima. La siguiente habitación era la línea de llegada: precisamente la de Hester.

Por supuesto, May salió de su cuarto para gritar a Noah y Simon por correr en la escalera, pero el único que estaba en el rellano era yo... y sólo yo tuve que aminorar la velocidad y pedirle disculpas. Mis primos cerraron la puerta de vaivén que comunica la cocina con el dormitorio después de atravesarla, de modo que sólo yo tuve que detenerme el tiempo suficiente para abrirla. Tío Alfred no estaba en su estudio, pero sí Dan Needham, leyendo, y sólo yo me detuve lo suficiente para saludarlo. Firewater me interceptó el paso en lo alto de la escalera principal; sin duda estaba dormido cuando Noah y Simon pasaron como centellas a su lado, pero ahora se había espabilado lo suficiente para jugar. Logró coger con la boca el talón de mi calcetín cuando intenté esquivarlo, y no llegué muy lejos en el recibidor —con él a rastras— sin tener que detenerme para dárselo.

O sea que fui el último a través de la casa —siempre era el último a través de la casa— y por ende debía pagar el precio del perdedor, que consistía en besar a Hester. Con el propósito de que este acto se cumpliera, había sido necesario que Noah y Simon impidieran a su hermana encerrarse en el baño —cosa que intentó— y luego fue necesario que la ataran a su cama, lo que consiguieron después de un violento forcejeo que incluyó la decapitación de uno de los más frágiles animales de peluche de Hester, que ella misma estropeó golpeando en vano a sus hermanos con él. Finalmente quedó atada a la cama, donde amenazó con arrancarle los labios a mordiscos a quien se atreviera a besarla... idea que me dio tal susto que Noah y Simon tuvieron que emplear más cuerda de escalar para atarme encima de ella. Quedamos incómodamente unidos cara a cara —pecho a pecho, caderas a caderas, para aumentar nuestra humillación— y nos dijeron que no nos desatarían hasta que cumpliéramos la prenda.

—¡Bésala! —me gritó Noah.

—¡Deja que te bese, Hester! —gritó Simon.

Ahora se me ocurre que esta sugerencia era menos atractiva para ella que para mí, pero en aquel entonces sólo pensé que la boca gruñona de Hester era tan sugerente como la de Firewater; no obstante, creo que ambos comprendimos que la potencial turbación de estar apareados en esta posición conyugal durante cualquier período de tiempo —mientras Noah y Simon observaban nuestra respiración y nuestros menores movimientos—, probablemente nos llevaría a mayores sufrimientos que consentir en darnos un solo beso. ¡Qué tontos fuimos al creer que Noah y Simon eran tan tontos como para contentarse con uno! Probamos a darnos un besito, pero Noah exclamó:

—¡No vale, no ha sido en los labios!

Intentamos otro besito con los labios cerrados —tan fugaz que no necesitamos respirar—, pero esta vez el que quedó insatisfecho fue Simon:

—¡Abrid la boca! —Abrimos la boca. Se planteó el problema de acomodar las narices antes de entregarnos al nervioso intercambio de saliva... el resbaladizo contacto de las lenguas, el sorprendente entrechocar de los dientes. Nuestros labios estuvieron unidos tanto tiempo que fue indispensable respirar; me quedé atónito por lo dulce y fresco de la respiración de mi prima; todavía ahora abrigo la esperanza de que la mía no le haya parecido todo lo contrario.

Mis primos anunciaron que el juego se había terminado, con la misma brusquedad con que lo habían concebido. Nunca volvieron a mostrar igual entusiasmo por las muchas repeticiones del juego llamado «el último a través de la casa tiene que besar a Hester»; quizá se dieron cuenta, más adelante, de que yo empecé a perder adrede. Tampoco sé qué impresión les produjo el que después de desatarnos Hester me dijera:

—Sentí cómo se te ponía dura.

—¡No es cierto! —respondí.

—Es cierto. No era gran cosa, pero la sentí.

—¡No es cierto! —exclamé.

—Sí lo es —dijo.

Y es verdad: no era gran cosa, por cierto; no era una gran erección, tal vez, pero la tuve.

¿Pensaron alguna vez Noah y Simon en el peligro que entrañaba ese juego? La forma en que esquiaban, en el agua y en la nieve —y más tarde la forma en que conducían sus coches— me sugería que a sus ojos nada entrañaba riesgos. Pero Hester y yo éramos peligrosos. Y fueron ellos quienes empezaron con esto: Noah y Simon lo empezaron.

Owen Meany me salvó. Como ya se verá, Owen siempre me estaba salvando; pero inició el proceso de salvación, salvándome de Hester.

Owen era muy irritable respecto al tiempo que yo pasaba con mis primos. Empezaba a refunfuñar varios días antes de que me fuera a Sawyer Depot, se mostraba picajoso y retraído varios días después de mi vuelta. Aunque me empeñaba en describirle lo físicamente dañinos y psicológicamente perturbadores que eran los períodos que pasaba con mis primos, Owen se mostraba hosco; yo pensaba que estaba celoso.

—HE ESTADO PENSANDO UNA COSA —me dijo—. SABES QUE CUANDO ME PIDES QUE ME QUEDE A PASAR LA NOCHE, CASI SIEMPRE TE DOY EL GUSTO... Y LO PASAMOS GENIAL, ¿NO?

—Claro que sí, Owen.

—BIEN, SI ME PIDIERAS QUE FUESE CONTIGO Y TU MADRE A SAWYER DEPOT, PROBABLEMENTE IRÍA. ¿O CREES QUE NO LES CAERÍA

## BIEN A TUS PRIMOS?

—Claro que les caerías bien —respondí—, pero no sé si ellos te caerían bien a ti —no sabía cómo decirle que en mi opinión lo pasaría *muy mal* con ellos, que si en la escuela dominical lo alzábamos y nos lo pasábamos por encima de las cabezas, era terrible imaginar qué juegos serían capaces de idear mis primos para jugar con él—. Tú no sabes esquiar —le dije—. Ni practicas esquí acuático —agregué—. Y no creo que te gustara el transporte de troncos... ni las montañas de serrín —podría haber añadido «ni besar a Hester», pero no me imaginaba a Owen haciendo eso. Dios mío, pensé: ¡mis primos *lo matarían!*

—BIEN, A LO MEJOR TU MADRE PODRÍA ENSEÑARME A ESQUIAR. Y NO HAY POR QUÉ TRASLADAR TRONCOS SI UNO NO QUIERE, ¿VERDAD? —me preguntó.

—Mis primos suelen hacer que todo ocurra tan precipitadamente, que no siempre tienes tiempo de decir sí o no a algo.

—BIEN, TAL VEZ SI TÚ LES PIDIERAS QUE NO FUERAN TAN RUDOS CONMIGO... HASTA QUE ME ACOSTUMBRE, TE HARÍAN CASO, ¿NO?

No podía imaginarlo: ¡Owen con mis primos! Tenía la impresión de que perderían la cabeza al verlo y calculé que cuando *hablara* —en su primer encuentro con esa voz—, reaccionarían inventando la forma de usarlo como proyectil: lo convertirían en la pluma de un partido de badminton; lo atarían a un solo esquí, lo lanzarían desde la cumbre de la montaña y lo perseguirían hasta el pie. Lo sentarían en una ensaladera y lo remolcarían —a alta velocidad— de un lado a otro de Loveless Lake. Lo enterrarían en serrín y lo perderían; nunca lograrían encontrarlo. Firewater se lo engulliría.

—Son más bien difíciles de *controlar*... mis primos —dije—. Ése es el problema.

—HABLAS COMO SI FUERAN ANIMALES SALVAJES —observó Owen.

—Lo *son*... más o menos.

—PERO TÚ TE DIVIERTES CON ELLOS. ¿NO ME DIVERTIRÍA YO, TAMBIÉN?

—Me divierto y no me divierto —le dije—. Pero pienso que mis primos serían demasiado para ti.

—LO QUE PIENSAS ES QUE YO SERIA DEMASIADO ENCLENQUE PARA ELLOS —afirmó.

—No creo que seas enclenque, Owen.

—¿PERO CREES QUE TUS PRIMOS LO PENSARÍAN?

—No sé —dije.

—PODRÍA CONOCERLOS EN TU CASA, CUANDO VENGAN EL DÍA DE ACCIÓN DE GRACIAS —sugirió—. ES MUY RARO QUE NUNCA ME INVITES CUANDO ELLOS ESTÁN AQUÍ.

—Mi abuela opina que ya hay demasiados niños en la casa... cuando están ellos —le expliqué, pero puso tan mala cara que lo invité a pasar la noche conmigo, algo que siempre le encantaba. Pasó por el ritual de llamar a su padre para preguntarle si le parecía bien, pero a Mr. Meany siempre le parecía bien; Owen se quedaba con tanta frecuencia en 80 Front Street, que siempre había un cepillo de dientes suyo en mi cuarto de baño y un pijama en mi armario.

Y después de que Dan Needham me regalara el armadillo, Owen se encariñó tanto como yo con el animalito... y con Dan. Cuando dormía en la otra cama de mi dormitorio, con la mesilla de noche en medio, acomodábamos con mucho cuidado al armadillo debajo de la lámpara; de perfil a ambos, exactamente equidistante, el animal quedaba con la vista fija en los pies de nuestras camas. La lámpara de noche, que estaba sujeta a una de las patas de la mesita, brillaba hacia arriba, iluminando el mentón del armadillo y las fosas nasales de su delgado morro. Charlábamos hasta que nos vencía el sueño, pero a la mañana siguiente yo siempre notaba que el armadillo había sido movido, que estaba más vuelto hacia él que hacia mí; su perfil ya no era exacto. Y una vez, al despertarme, vi que Owen ya tenía los ojos abiertos: lo miraba y sonreía. Después de la irrupción del armadillo de Dan Needham en mi vida, cuando llegó el momento de viajar a Sawyer Depot, no me sorprendió que Owen aprovechara la oportunidad para expresar cuánto lo inquietaba su bienestar.

—POR LO QUE ME HAS DICHO DE TUS PRIMOS, CREO QUE NO DEBES LLEVAR AL ARMADILLO A SAWYER DEPOT. —No se me había pasado por la imaginación llevármelo, pero evidentemente Owen había meditado en la potencial tragedia de semejante viaje—. PODRÍAS OLVIDÁRTELO EN EL TREN. O EL PERRO QUE TIENEN PODRÍA MORDERLO. ¿CÓMO SE LLAMA EL PERRO?

—Firewater —respondí.

—ESO, FIREWATER...<sup>[1]</sup> ME PARECE PELIGROSO PARA EL ARMADILLO. Y SI TUS PRIMOS SON TAN BESTIAS COMO DICES, ES IMPOSIBLE SABER QUE CLASE DE JUEGO PODRÍAN INVENTAR... SERIAN CAPACES DE DEJARLO HECHO JIRONES. O DE PERDERLO EN LA NIEVE.

—Sí, tienes razón.

—SI QUISIERAN LLEVÁRSELO A HACER ESQUÍ ACUÁTICO, ¿PODRÍAS IMPEDIRLO?

—Probablemente no —admití.

—ES LO QUE PENSABA —dijo Owen—. SERA MEJOR QUE NO TE LO LLEVES.

—De acuerdo.

—MÁS VALE QUE YO ME LO LLEVE A CASA. LO CUIDARE MIENTRAS TÚ NO ESTÁS. SI SE QUEDA SOLO AQUÍ, ALGUNA DE LAS CRIADAS PODRÍA HACER UNA ESTUPIDEZ... O PODRÍA HABER UN INCENDIO.

—No se me había ocurrido —confesé.

—BIEN, CONMIGO ESTARÁ MUY SEGURO —coincidí con él, por supuesto—. Y HE PENSADO EN EL PRÓXIMO DÍA DE ACCIÓN DE GRACIAS —agregó—. COMO TUS PRIMOS ESTARÁN AQUÍ, TAMBIÉN SERA MEJOR QUE ME LO LLEVE A CASA. A MÍ ME PARECE QUE SERIAN DEMASIADO VIOLENTOS CON ÉL. SU NARIZ ES MUY DELICADA... Y LA COLA PUEDE ROMPERSE. Y NO ME PARECE BUENA IDEA ENSEÑARLES A TUS PRIMOS EL JUEGO CON EL ARMADILLO EN EL ARMARIO, ENTRE LA ROPA DE TU ABUELO —dijo—. A MÍ ME PARECE QUE LO PISOTEARÍAN EN LA OSCURIDAD —o lo tirarían por la ventana, pensé.

—De acuerdo —dije.

—BIEN, ENTONCES ESTA TODO RESUELTO: YO CUIDARE AL ARMADILLO CUANDO TU NO ESTES, Y TAMBIÉN LO CUIDARE CUANDO VENGAN TUS PRIMOS... PARA EL DÍA DE ACCIÓN DE GRACIAS, EN QUE ME INVITARAS A CONOCERLOS. ¿VALE?

—Vale, Owen —dije.

—BIEN —concluyó.

Owen quedó muy satisfecho, aunque un tanto nervioso. La primera vez que se lo llevó, trajo una caja forrada de algodón, una caja de transporte tan complejamente ideada y firmemente construida, que en ella el armadillo podría haber llegado sano y salvo al otro lado del océano. Me explicó que había sido utilizada para embarcar unos instrumentos de tallar granito —un equipo para cincelar lápidas— y por eso era tan resistente. Mr. Meany, en un esfuerzo por dar aliento a la decepcionante empresa de la cantera, había expandido su negocio con la venta de panteones. Owen dijo que para su padre era un insulto tener que vender algunos de sus mejores bloques de granito a otros fabricantes de lápidas, que cobraban por ello un ojo de la cara... según Mr. Meany. Había abierto en el centro una espantosa tienda —se llamaba Meany Monuments— y las lápidas expuestas en el escaparate no parecían muestras, sino auténticas sepulturas alrededor de las cuales se había construido una tienda.

—Es horroroso —opinó mi abuela—. Un cementerio en una tienda —observó indignada. Pero Mr. Meany era novato en la venta de panteones; probablemente sólo necesitaba un poco más de tiempo para mejorar su fachada.

Sea como fuere, el armadillo quedó embalado en una caja destinada a transportar cinceles —algo que Owen llamaba CUÑAS Y BISELES— y Owen prometió solemnemente que no sufriría ningún daño. Aparentemente, Mrs. Meany se asustó al verlo... Owen no había advertido a sus padres que recibirían la visita del armadillo; después alegó que la pequeña impresión le estuvo bien empleada a su madre, por entrar en su dormitorio sin permiso. La habitación de Owen (lo poco que vi de ella) estaba tan ordenada y era tan intocable como un museo. Creo que por eso me resultó

tan fácil imaginar, durante años, que la pelota de béisbol que mató a mi madre era un souvenir residente de ese extraño habitáculo.

Nunca olvidaré las vacaciones de Acción de Gracias en que reuní a Owen Meany con mis desafortunados primos. El día anterior a su llegada a Gravesend, Owen se presentó en 80 Front Street para recoger el armadillo.

—No llegarán hasta mañana —le dije.

—¿Y SI LLEGAN TEMPRANO? —me preguntó—. PODRÍA OCURRIR ALGO. MEJOR NO CORRER RIESGOS.

Owen quería conocer a mis primos inmediatamente después de la cena de Acción de Gracias; en cambio yo opinaba que era mejor dejarlo para el día siguiente; sugerí que después de la cena todos estaban tan llenos que nunca había animación.

—PERO HE PENSADO QUE PODRÍAN ESTAR MÁS SERENOS DESPUÉS DE COMER —dijo Owen. Reconozco que en esos momentos disfruté con su nerviosismo. Me preocupaba que mis primos estuviesen excepcionalmente apagados cuando Owen los conociera; eso lo llevaría a pensar que yo había inventado las historias de su rudeza... y en consecuencia que no había *ninguna* excusa para no haberlo invitado nunca a Sawyer Depot. Quería que Owen gustara a mis primos, porque a *mí* me gustaba (era mi mejor amigo), pero al mismo tiempo no quería que todo fuera tan gozoso como para tener que invitarlo a casa de los Eastman en mi siguiente visita. Estaba seguro de que eso sería un desastre. Me ponía nervioso pensar que mis primos se reirían de él; y he de confesar que temía que Owen me hiciera quedar mal... de lo que aún hoy me avergüenzo.

O sea que tanto Owen como yo estábamos nerviosos. La noche de Acción de Gracias hablamos por teléfono en murmullos.

—¿ESTÁN ESPECIALMENTE INDÓMITOS? —me preguntó.

—No especialmente —dije.

—¿A QUE HORA SE LEVANTAN? ¿A QUE HORA DEBO IR MAÑANA? —me preguntó.

—Los chicos se levantan temprano —dije—, pero Hester duerme un poco más... o al menos se queda hasta más tarde en su habitación.

—¿NOAH ES EL MAYOR? —preguntó Owen, aunque había verificado mil veces conmigo las estadísticas.

—Sí.

—¿Y SIMON EL SEGUNDO, AUNQUE ES TAN GRANDE COMO NOAH... E INCLUSO UN PELÍN MÁS ALOCADO?

—Sí, sí.

—Y HESTER ES LA MENOR, AUNQUE MÁS GRANDE QUE TÚ —dijo— Y ES BONITA, AUNQUE NO *TANTO*, ¿VERDAD?

—Así es —dije.

En Hester se perdía la belleza de los Eastman, una estampa exclusivamente masculina que Noah y Simon heredaron de tío Alfred —hombros anchos, osamenta grande, mandíbula pesada—, aunque eran rubios y aristocráticos como tía Martha. Pero la osamenta grande y la mandíbula pesada y los hombros anchos... resultaban menos atractivos en Hester, que no era rubia ni aristocrática como su madre. Mi prima era morena y velluda como tío Alfred —incluidas las cejas pobladas, de hecho una sola ceja sin separación en el caballete de la nariz—, y también tenía sus manazas. Las manos de Hester parecían zarpas.

Sin embargo tenía sex-appeal, al estilo en que en aquellos tiempos se consideraba que las chicas robustas también eran sexy. Su cuerpo era grande y atlético, y de adolescente tendría que cuidarse para no engordar; pero tenía el cutis terso y sus curvas eran sólidas; la boca era agresiva —enseñaba un montón de dientes saludables— y sus ojos provocaban con una inteligencia de índole peligrosa. Tenía el pelo tupido y revuelto.

—Tengo un amigo... —le dije esa noche a Hester. Había decidido empezar por ella y tratar de ganármela, para luego hablar de Owen con Noah y Simon; pero aunque lo dije en voz baja, y creía que mis primos estaban ocupados buscando una emisora perdida en la radio, me oyeron y al instante mostraron su curiosidad.

—¿Qué amigo? —preguntó Noah.

—Bien, es mi mejor amigo y quiere conoceros —dije prudentemente.

—Bien, fantástico... ¿dónde está y cómo se llama? —quiso saber Simon.

—Owen Meany —dije con la mayor claridad posible.

—¿Qué? —inquirió Noah; los tres rieron.

—¡Suena a poca cosa! —exclamó Simon.

—¿Qué tiene de malo? —me preguntó Hester.

—No tiene nada de malo —dije, demasiado a la defensiva—. Es más bien pequeño.

—Más bien pequeño —repitió Noah, con voz británica.

—Más bien enclenque, ¿no? —dijo Simon, imitando a su hermano.

—No, *no* es ningún enclenque —dije—. Sólo menudo. Y tiene una voz rara —barboté.

—¡Una voz rara! —dijo Noah con voz rara.

—¿Una voz rara? —dijo Simon con una voz rara diferente.

—O sea que es un pigmeo de voz rara —terció Hester—. ¿Y qué más? ¿Me dirás qué tiene de *malo*?

—¡Nada! —insistí.

—¿Por qué iba a tener algo de malo, Hester? —le preguntó Noah.

—Probablemente Hester lo quiere joder —dijo Simon.



—Cierra el pico, Simon —gritó Hester.

—Cerrad el pico los dos —dijo Noah—. Quiero saber por qué Hester piensa que todo el mundo tiene algo de malo.

—Todos *tus* amigos tiene algo de malo, Noah —afirmó Hester—. Y todos los amigos de Simon —agregó—. Y apuesto a que los amigos de Johnny también tienen algo de malo.

—Supongo que *tus* amigos no tienen nada de malo —dijo Noah a su hermana.

—¡Hester no tiene ningún amigo! —declaró Simon.

—¡Cerrad el pico! —repitió Hester.

—¿Por qué será? —dijo Noah.

—¡Cierra el pico! —insistió Hester una vez más.

—Bien, Owen no tiene nada de malo —intervine—. Sólo que es pequeño y su voz suena un poco diferente.

—Parece divertido —dijo Noah amablemente.

—Oye —Simon me palmeó la espalda—, si es amigo tuyo, no te preocupes... seremos buenos con él.

—Oye —Noah me palmeó la espalda—, no te preocupes. Todos nos divertiremos. Hester se encogió de hombros.

—Veremos —dijo. No la besaba desde Pascua. En mi visita veraniega a Sawyer Depot, permanecíamos al aire libre desde que nos despertábamos hasta que nos acostábamos, y nadie propuso jugar a «el último a través de la casa tiene que besar a Hester». Yo dudaba de que jugáramos a eso en las vacaciones de Acción de Gracias, porque mi abuela no permitía carreras en 80 Front Street. Probablemente tendré que esperar hasta Navidad, pensé.

—Tal vez a tu amigo le guste besar a Hester —insinuó Simon.

—Yo decido quién me besa —dijo Hester.

—¡Ja! —exclamó Noah.

—Sospecho que Owen se sentirá *tímido* con todos vosotros —aventuré.

—¿Estás diciendo que no le gustará besarme? —me preguntó Hester.

—Sólo estoy diciendo que podría sentirse un poco cohibido... con todos vosotros.

—A *ti* te gusta besarme —afirmó Hester.

—No —mentí.

—Sí —dijo ella.

—¡Ja! —repitió Noah.

—No hay quién la pare: ¡Hester siempre quiere joder! —dijo Simon.

—¡Cierra el pico! —perseveró Hester.

Así quedó lista la escena del recibimiento de Owen Meany.

El día siguiente al de Acción de Gracias, mis primos y yo hacíamos tanto ruido en

el desván que no oímos a Owen Meany cuando subió la escalera y abrió la trampilla. Imagino qué estaba pensando Owen; probablemente aguardaba a que notáramos su presencia para no tener que anunciarse... para que lo primero que mis primos conocieran de él no fuera esa voz. Por otro lado, la visión de su aspecto peculiar habría significado una impresión semejante para mis primos. Owen debió de sopesar dos formas de presentarse: hablar, lo que siempre significaba un sobresalto para los demás, o esperar a que alguno de ellos lo viera, lo que podía ser más pasmoso aún. Más adelante me contó que se limitó a permanecer junto a la trampilla, que había cerrado de golpe a propósito, con la esperanza de que el *portazo* llamara nuestra atención. Pero no lo oímos.

Simon le estaba dando con tanta fuerza a los pedales de la máquina de coser que la aguja y la canilla desplegaban una actividad febril; Noah había logrado empujar el brazo de Hester tan cerca de la aguja y el hilo, que la manga de su blusa se había cosido con el trozo de paño en que estaba dando unas puntadas, y tuvo que quitarse la blusa a fin de librarse de la máquina, pues Simon, en plena chifladura, se negaba a soltar los pedales. Owen observó que Noah golpeaba a Simon en las orejas para que interrumpiera el pedaleo y vio a Hester de pie, en camiseta, tensa y arrebatada, gimoteando por su única blusa blanca, de la que intentaba extraer un azaroso diseño de hebras moradas. Y yo decía que si no dejábamos de alborotar, nos esperaba una feroz perorata por parte de nuestra abuela... respecto del valor de reventa de su máquina de coser antigua.

Mientras ocurría todo esto, Owen Meany permaneció de pie junto a la trampilla, contemplándonos, juntando coraje para presentarse y decidiendo, alternativamente, huir a su casa antes de que notáramos su presencia. En ese momento mis primos debieron de parecerle peores que sus peores pesadillas sobre ellos.

Era impresionante ver cómo le gustaba a Simon ser aporreado; nunca vi a un chico cuya mejor defensa contra las palizas que por rutina le propinaba un hermano mayor, consistiera en deleitarse con los golpes. Así como le encantaba rodar cuesta abajo, ser arrojado de las montañas de serrín, y esquiar tan violentamente como para chocar oblicuamente contra los árboles, gozaba bajo una lluvia de puñetazos de Noah. La mayoría de las veces era indispensable que éste lo hiciera sangrar para que le implorara piedad... y si había sangre, de alguna manera el ganador era Simon y el avergonzado Noah. Ahora Simon parecía empeñado en mover los pedales de la máquina hasta la destrucción, sujeto con ambas manos al soporte de madera de la máquina, los ojos cerrados para protegerlos de los puñetazos, las rodillas pedaleando con la misma furia que si estuviese bajando en bicicleta una escarpada colina, con la marcha más corta. El salvajismo con que Noah golpeaba a su hermano habría engañado a cualquiera respecto de su disposición verdaderamente relajada y su carácter noble; Noah había aprendido que golpear a su hermano era una labor que

exigía paciencia, deliberación y estrategia; que no servía de nada hacerle sangrar la nariz deprisa; lo mejor era golpearlo donde le doliera sin que sangrara fácilmente; lo mejor era desgastarlo.

Pero sospecho que quien más impresionó a Owen Meany fue Hester. En camiseta, no dejaba lugar a duda de que algún día tendría un busto impresionante; su precoz plenitud resaltaba tanto como sus bíceps masculinos. Y la forma en que arrancaba las hebras de su blusa estropeada con los dientes —gruñendo y renegando en el proceso, como si se estuviera comiendo la blusa— debió de demostrar a Owen el pleno potencial de la peligrosa boca de Hester; en ese momento quedaba generosamente de relieve su rapacidad esencial.

Por supuesto, mis ruegos respecto de lo inevitable —la reprimenda de la abuela— no sólo fueron desatendidos; pasaron tan inadvertidos como Owen Meany, que permaneció con las manos cruzadas en la espalda; el sol que entraba por la claraboya del desván atravesaba sus prominentes orejas, que habían adquirido un color rosa encendido: los rayos del sol brillaban tanto que las diminutas venas y vasos sanguíneos de sus orejas parecían iluminados desde el interior. El potente sol matinal caía sobre su cabeza desde arriba, y un poco hacia atrás, de modo que daba la impresión de estar siendo presentado por la luz propiamente dicha. Exasperado con mis incontenibles primos, levanté la vista de la máquina de coser y vi a Owen. Con las manos unidas en la espalda, aparentaba ser tan manco como Watahantowet, y en ese resplandor aparecía como un gnomo recién arrancado de una hoguera, con las orejas aún en llamas. Contuve la respiración y en ese instante Hester —con su rabiosa boca llena de hilo morado— levantó la vista y también lo vio. Pegó un grito.

«No me pareció *humano*», me comentó tiempo después. Y desde el momento en que se presentó ante mis primos, con frecuencia pensé hasta qué punto era humano Owen Meany; indudablemente, bajo las deslumbrantes configuraciones del sol que se derramaban a través de la claraboya, impresionaba como un ángel descendente... un dios minúsculo pero fogoso, enviado a juzgar nuestros errores.

Cuando Hester chilló, asustó tanto a Owen que él también gritó... y cuando Owen gritó, mis primos no sólo conocieron su extraña voz, sino que congelaron todos sus movimientos. Con excepción del vello de la nuca, se les pusieron los pelos de punta... como si hubiesen oído un coche pasando lentamente por encima de un gato. Y desde lo profundo de algún rincón remoto de la casona, mi abuela levantó la voz:

—¡Dios misericordioso, otra vez ese chico!

Yo intentaba recuperar la respiración para decir: «Éste es mi mejor amigo, del que ya os hablé», porque nunca había visto a mis primos tan boquiabiertos ante nadie —y en el caso de Hester se trataba de una boca abierta de la que manaban hebras moradas —, pero Owen me ganó por la mano.

—BIEN, PARECE QUE HE INTERRUMPIDO VUESTRO JUEGO —dijo—. ME LLAMO OWEN MEANY Y SOY EL MEJOR AMIGO DE VUESTRO PRIMO. PROBABLEMENTE YA OS HA HABLADO DE MI. A MI, POR CIERTO, ME HA HABLADO MUCHO DE VOSOTROS. TU TIENES QUE SER NOAH, EL MAYOR —le tendió la mano a Noah, que se la estrechó, mudo— Y POR SUPUESTO TU ERES SIMON, EL SEGUNDO... AUNQUE CASI TAN GRANDE E INCLUSO UN PELÍN MÁS INDÓMITO QUE TU HERMANO. HOLA, SIMON —le tendió la mano a Simon, que jadeaba y sudaba después de su furioso pedaleo, aunque aceptó enseguida la mano de Owen y se la estrechó—. Y TU ERES HESTER, NATURALMENTE —dijo, desviando la mirada—. HE OÍDO HABLAR MUCHO DE TI Y ERES TAN BONITA COMO ESPERABA.

—Gracias —musitó Hester, arrancándose hilos de la boca, remetiéndole la camiseta en sus tejanos.

Mis primos lo miraban fijamente y temí lo peor; pero de pronto comprendí lo que son las poblaciones pequeñas. Son lugares en los que te crías de la mano de lo peculiar: vives durante tanto tiempo con lo insólito y lo inverosímil, que todas las personas y todas las cosas se vuelven comunes y corrientes. Mis primos eran habitantes de poblaciones pequeñas y al mismo tiempo forasteros; no se habían criado con Owen Meany, tan extraño a sus ojos como para inspirarles pavor... aunque con toda probabilidad no caerían sobre él ni pergeñarían formas de torturarlo, así como no es probable que un rebaño ataque a un gato. Además del resplandor del sol que brillaba sobre él, la cara de Owen tenía un color rojo sangre y palpitaba —supuse que por haber ido en bici al centro—, pues pedalear a finales de noviembre Maiden Hill abajo, con el viento predominante del Squamscott, producía un frío cortante. E incluso antes de Acción de Gracias, había hecho frío suficiente para congelar el río de agua dulce; había hielo negro desde Gravesend hasta Kensington Corners.

—BIEN, HE ESTADO PENSANDO QUE PODRÍAMOS HACER —anunció Owen, y mis ingobernables primos le dedicaron toda su atención—. EL RÍO ESTA CONGELADO, DE MODO QUE SE PATINA MUY BIEN, Y SE QUE PREFERÍS LOS JUEGOS ENÉRGICOS... QUE DISFRUTÁIS DE LA VELOCIDAD Y DEL PELIGRO Y DEL FRÍO. O SEA QUE PATINAR ES UNA OPCIÓN, Y AUNQUE EL RÍO ESTA CONGELADO TENGO LA CERTEZA DE QUE HAY GRIETAS EN ALGUNOS SITIOS, E INCLUSO POZOS DE AGUA... ME CAI EN UNO EL AÑO PASADO. NO SOY UN BUEN PATINADOR, PERO ME ENCANTARÍA ACOMPAÑAROS, AUNQUE ME ESTOY REPONRIENDO DE UN RESFRIADO Y SUPONGO QUE NO DEBERÍA ESTAR MUCHO RATO A LA INTEMPERIE CON ESTE TIEMPO.

—¡No! —exclamó Hester—. Si estás saliendo de un resfriado, debes quedarte

dentro. Podemos jugar en la casa. No tenemos por qué salir a patinar. Siempre estamos patinando.

—¡Vale! —coincidió Noah—. Si Owen está acatarrado, deberíamos hacer algo de puertas adentro.

—¡Adentro es mejor! —dijo Simon—. Owen tiene que reponerse —tal vez mis primos sintieron alivio al enterarse de que Owen estaba «reponiéndose de un resfriado», pensando que eso justificaba parcialmente la hipnótica atrocidad de su voz; yo podría haber puntualizado que la voz de Owen no sufría los efectos de un catarro... y que eso de que se estaba «reponiendo de un resfriado» era una novedad para mí, pero me tranquilicé tanto al ver que se comportaban respetuosamente, que no quise minar la impresión que les había producido Owen.

—BIEN, YO TAMBIÉN HE PENSADO QUE DENTRO ESTARÍAMOS MEJOR —dijo Owen—. Y LAMENTABLEMENTE NO PUEDO INVITAROS A MI CASA PORQUE ALLÍ NO HAY NADA QUE HACER, Y COMO MI PADRE TIENE UNA CANTERA DE GRANITO ES MUY SEVERO CON EL EQUIPO Y CON LAS MINAS PROPIAMENTE DICHAS, QUE DE TODOS MODOS ESTÁN A CIELO ABIERTO. EN MI CASA NO NOS DIVERTIRÍAMOS PORQUE MIS PADRES SON BASTANTE RAROS CON LOS NIÑOS.

—¡Eso no es ningún problema! —barbotó Noah.

—¡No te preocupes! —dijo Simon—. En esta casa podemos hacer muchas cosas.

—¡Todos los padres son raros! —le dijo Hester en tono tranquilizador, pero a mí no se me ocurrió qué decir. A pesar de mis años de amistad con Owen, nunca habíamos hablado de lo raros que eran sus padres... y no sólo «con los niños». Parecía una convención en la ciudad el que este hecho no se mencionara... excepto de pasada, o entre paréntesis, o en un aparte con los allegados.

—BIEN, HE PENSADO QUE PODRÍAMOS PONERNOS LA ROPA DE VUESTRO ABUELO... ¿LES HAS HABLADO DE LA ROPA A TUS PRIMOS? —me preguntó Owen, pero yo nunca lo había hecho. Pensaba que creerían que disfrazarse con las prendas del abuelo era un juego de bebés, o algo morboso, o ambas cosas; o que destrozarían la ropa al descubrir que el mero hecho de ponérsela no era bastante violento... lo que los llevaría a un juego consistente en arrancarse mutuamente las prendas: el último en quedar desnudo «ganaba».

—¿La ropa del abuelo? —preguntó Noah con desacostumbrada reverencia.

Simon tembló; Hester tironeó de algunas hebras moradas, nerviosa.

Y Owen Meany, en ese momento nuestro líder, dijo:

—BIEN, TAMBIÉN ESTA EL ARMARIO DONDE SE GUARDA LA ROPA. EN EL INTERIOR, A OSCURAS, DA UN POCO DE MIEDO, Y PODRÍAMOS JUGAR A QUE UNO DE NOSOTROS SE ESCONDE Y OTRO TIENE QUE ENCONTRARLO... EN LA OSCURIDAD. ESO PODRÍA SER INTERESANTE.

—¡Sí! ¡El escondite a oscuras! —exclamó Simon.

—Yo no sabía que la ropa que hay allí era del abuelo —dijo Hester.

—¿Piensas que está hechizada, Hester? —preguntó Noah.

—Cierra el pico —replicó Hester.

—Que Hester se esconda en el armario a oscuras —propuso Simon— y nosotros nos turnaremos para buscarla.

—No quiero que me deis manotazos en la oscuridad —protestó Hester.

—Hester, sólo tenemos que descubrirte antes que tú a nosotros —dijo Noah.

—¡No, se trata de quién toca primero a quién! —intervino Simon.

—Si me tocas te tironearé de la *pilila*, Simon —amenazó Hester.

—¡Bravo! —exclamó Noah—. ¡Eso es! ¡En eso consiste el juego! Tenemos que encontrar a Hester antes de que nos tiree de la *pilila*.

—¡Hester siempre quiere joder! —dijo Simon, como era previsible.

—¡Sólo si me dais tiempo para acostumbrarme a la oscuridad! —cedió Hester—. ¡Alguna ventaja tengo que tener! Yo puedo acostumbrarme a la oscuridad... pero el que me está buscando entra en el armario sin la menor posibilidad de adaptarse.

—HAY UNA LINTERNA —dijo Owen Meany, nervioso—. PODRÍAMOS USARLA, PORQUE IGUALMENTE ESTARÍA BASTANTE OSCURO.

—¡Nada de linterna! —se impacientó Hester.

—¡No! —dijo Simon—. Al que entra a buscar a Hester en el armario se le ilumina la cara con la linterna antes... para que vaya a ciegas, para que esté *lodo lo contrario* de acostumbrado a la oscuridad.

—¡Buena idea! —exclamó Noah.

—Debo tener todo el tiempo que quiera para esconderme —dijo Hester—. Y para acostumbrarme a la oscuridad.

—¡No! —dijo Simon—. Contaremos hasta veinte.

—¡Hasta cien! —dijo Hester.

—Cincuenta —dijo Noah y quedamos en cincuenta. Simon empezó a contar, pero Hester le pegó.

—Tienes que esperar hasta que esté completamente dentro del armario —dijo.

Al avanzar hacia el armario rozó a Owen Meany y le sucedió algo curioso. Permaneció inmóvil y alargó la mano hacia él... la manaza de Hester, desacostumbradamente indecisa y suave, tocó la cara de Owen, como si en su vecindad inmediata hubiese una fuerza que obligara al que pasaba a tocarlo. Hester lo tocó y sonrió: la carita de Owen estaba al nivel de las mazorcas de los tempranos senos de Hester, que parecían implantados bajo su camiseta. Owen estaba acostumbrado a que la gente se sintiera compelida a tocarlo, pero en el caso de mi prima retrocedió un tanto angustiado de su contacto... aunque no tanto como para ofenderla.

Luego Hester entró en el armario, tropezando con los zapatos; la oímos moverse entre la ropa y rechinaron las perchas en las varillas metálicas; las cajas de sombreros se deslizaron en los estantes altos. Una vez dijo: «¡Mierda!». En otro momento oímos: «¿Qué es eso?». Cuando los sonidos se acallaron, teníamos a Simon completamente turulado bajo el destello de la linterna; él quería ser el primero y cuando lo empujamos dentro del armario estaba decididamente ciego... aunque había intentado dar unos pasos a la luz del día. En cuanto Simon estuvo dentro y cerramos la puerta, oímos que Hester lo atacaba; debió de cogerle la «pilila» con más fuerza de la prevista, porque él aulló con más dolor que sorpresa; cuando salió a trompicones del armario y rodó por el suelo del desván tenía los ojos llenos de lágrimas, estaba doblado y se sujetaba las partes pudendas.

—¡Cristo, Hester! —exclamó Noah—. ¿Qué le hiciste?

—Fue sin querer —nos llegó la voz de Hester desde la oscuridad.

—¡No vale tironear de la pilila y de las bolas! —chilló Simon, todavía doblado en el suelo.

—Fue sin querer —repitió Hester dulcemente.

—¡Zorra! —gritó Simon.

—Tú siempre eres bruto *conmigo*, Simon —le recordó Hester.

—¡Pero no puedes ser bruta con las bolas y la *pilila*! —dijo Noah.

Pero Hester había dejado de hablar; la oímos situarse para su próximo ataque, y Noah nos susurró a Owen y a mí que ya que el armario tenía dos puertas nosotros debíamos sorprender a Hester entrando por la otra.

—¿QUIENES SON NOSOTROS? —susurró Owen.

Noah lo señaló en silencio; hice brillar la luz de la linterna en los ojos grandes y movedizos de Owen, dotando a su rostro de la repentina ansiedad de un ratón acorralado.

—¡No es justo apretar tan *fuerte*, Hester! —gritó Noah, pero mi prima no contestó.

—ESTA TRATANDO DE NO REVELAR SU ESCONDITE —susurró Owen... para tranquilizarse.

Noah y yo metimos a Owen por la otra puerta; el armario tenía forma de L y Noah y yo imaginamos que entrando por el brazo corto no daría con Hester antes del primer ángulo... y sólo si ella lograba moverse, pues sin duda su escondite estaba más cerca del brazo largo de la L.

—¡No vale usar la otra puerta! —gritó enseguida Hester, lo que Noah y yo consideramos ventajoso para Owen, porque debió de delatar su posición en el armario, al menos en un sentido general. Después reinó el silencio. Yo sabía lo que estaba haciendo Owen: abrigaba la esperanza de que sus ojos se adaptaran a la oscuridad antes de que Hester lo descubriera, y no se movería para tratar de buscarla

hasta no ver al menos un poco.

—¿Qué demonios ocurre allí? —inquirió Simon, pero no hubo respuesta.

Luego detectamos un topetazo de alguno de los cientos de zapatos del abuelo. Después silencio. Luego un ligero movimiento de zapatos. Más adelante me enteré de que Owen se arrastraba a cuatro patas, porque lo que más temía —y esperaba— era un ataque desde uno de los grandes estantes de arriba. No podía saber que Hester se había tumbado en el suelo del armario y que se había cubierto con uno de los abrigos del abuelo, encima del que acomodó el habitual número de zapatos. Estaba inmóvil e invisible, con excepción de la cabeza y las manos. Pero su cabeza apuntaba en el sentido que no correspondía, o sea que tenía que poner los ojos en blanco, hacia arriba, para ver cómo se aproximaba Owen Meany, mirándolo del revés, con la vista en su propia frente y su considerable maraña de pelo. Lo primero que tocó Owen, al acercarse a gatas, fue la electrizada y ensortijada mata de pelo de Hester, que de sopetón se movió bajo su manita... y mi prima levantó los brazos por encima de la cabeza, cogiéndolo por la cintura.

Hay que reconocer que en ningún momento Hester tuvo la intención de cogerle la «pilila» a Owen; pero al descubrir lo fácil que era sostenerlo por la cintura, decidió subir las manos por sus costillas y hacerle cosquillas. Owen se mostró sumamente susceptible —como siempre— al cosquilleo; el gesto de ella era bienintencionado —sobre todo tratándose de Hester—, pero la combinación del contacto de la mano con un pelo electrizado, a oscuras, y el cosquilleo de una chica que, *pensó* Owen, sólo le hacía cosquillas *en route* a su pilila, fue demasiado para él: se hizo pis.

El reconocimiento instantáneo del accidente de Owen sorprendió tanto a Hester que lo soltó. Cayó encima de ella... y serpenteó para separarse, salir del armario, atravesar la trampilla y bajar la escalera. Owen recorrió la casa tan veloz y silenciosamente que ni siquiera mi abuela se dio cuenta; si por casualidad mi madre no hubiese estado asomada a la ventana de la cocina, no lo habría visto —con la cremallera de la chaqueta abierta, los cordones de las botas desatados y la gorra ladeada— montar con cierta dificultad en su bici, bajo el viento helado.

—¡Cristo, Hester! —exclamó Noah—. ¿Qué le has hecho?

—¡Yo sé lo que le ha hecho! —intervino Simon.

—No fue eso —dijo Hester, sencillamente—. Sólo le hice cosquillas y se meó. —No lo aclaró para burlarse de Owen y, como testimonio de la naturaleza básicamente decente de mis primos, debo decir que no recibieron la nueva con su habitual grosería, que yo relacionaba tan íntimamente con Sawyer Depot como sus diversas formas de esquiar y chocar.

—¡Pobrecillo! —se condolió Simon.

—Fue sin querer —insistió Hester.

Mi madre me llamó y tuve que contarle lo que le había ocurrido a Owen;



inmediatamente me dijo que me abrigara mientras ponía el coche en marcha. Yo creía saber qué camino tomaría Owen, pero debía de haber pedaleado vivamente, porque no lo alcanzamos en la manufactura de gas de Water Street, y cuando pasamos por Dewey Street sin avistarlo —y tampoco había rastro de él en Salem Street—, comencé a pensar que había seguido Swasey Parkway para salir del centro. De modo que dimos un rodeo junto al Squamscott, pero tampoco lo vimos allí.

Por fin lo descubrimos, ya en las afueras, subiendo penosamente Maiden Hill; disminuimos la velocidad al divisar su cazadora de lana a cuadros rojos y negros, y la gorra a juego, con las orejeras sobresalientes; cuando nos detuvimos a su lado, estaba sin aliento y se había bajado para llevar la bicicleta andando. Sabía que éramos nosotros sin mirarnos, pero no dejó de avanzar... por lo que mi madre condujo lentamente a su lado y yo bajé la ventanilla.

—FUE UN ACCIDENTE, ME EXCITE DEMASIADO, TOME DEMASIADO ZUMO DE NARANJA EN EL DESAYUNO... Y YA SABÉIS QUE NO SOPORTO QUE ME HAGAN COSQUILLAS. NADIE DIJO NADA DE COSQUILLAS.

—Por favor, Owen, no te vayas —le pidió mi madre.

—No pasa nada —le dije—. Mis primos lo lamentan.

—¡LA MEE A HESTER! Y EN CASA TENDRÉ UN LÍO —dijo... todavía llevando la bici a buen paso—. MI PADRE SE VUELVE LOCO CON ESO DEL PIS. DICE QUE YA NO SOY UN BEBE, PERO A VECES ME EXCITO DEMASIADO.

—Owen, haré lavar y secar tu ropa en casa —le dijo mi madre—. Puedes ponerte algo de Johnny mientras se seca.

—NINGUNA COSA DE JOHNNY ME SENTARA BIEN. Y TENGO QUE BAÑARME.

—Puedes bañarte en casa, Owen —le dije—. Vuelve, por favor.

—Tengo algunas cosas que le han quedado pequeñas a Johnny y a ti te irán bien —dijo mi madre.

—ROPA DE BEBE, ME IMAGINO —dijo Owen, pero dejó de andar; apoyó la cabeza en el manillar de la bici.

—Owen, sube al coche, por favor —dijo mi madre. Bajé y lo ayudé a poner la bici atrás; se deslizó en el asiento delantero, entre mi madre y yo.

—¡NECESITABA CAUSARLES BUENA IMPRESIÓN PORQUE QUERÍA IR A SAWYER DEPOT! AHORA NUNCA ME LLEVAREIS.

Me resultó increíble que todavía deseara ir, pero mi madre dijo:

—Owen, puedes ir con nosotros a Sawyer Depot cuando quieras.

—JOHNNY NO QUIERE QUE VAYA —le dijo a mi madre... como si yo no estuviera en el coche.

—No es eso, Owen —dije—. Pensé que mis primos serían demasiado para ti —y

ante la evidencia de que se había meado, aunque no lo dije, sospechaba que mis primos *eran* demasiado para él—. Tratándose de ellos, ese juego fue muy suave, Owen —agregué.

—¿CREES QUE ME IMPORTA LO QUE ME HAGAN? —vociferó, pataleando sobre el montículo del eje de transmisión—. ¿CREES QUE ME IMPORTA QUE PONGAN EN MARCHA UNA AVALANCHA CONMIGO? ¿CUANDO IRÉ A ALGÚN LADO? SI NO FUESE A LA ESCUELA O A LA IGLESIA O A OCHENTA FRONT STREET, JAMAS SALDRÍA DE MI CASA —se quejó—. SI TU MADRE NO ME LLEVARA A LA PLAYA, NUNCA SALDRÍA DE LA CIUDAD. Y NUNCA HE ESTADO EN LA MONTAÑA —chilló—. ¡NUNCA HE VIAJADO EN TREN! ¿NO TE PARECE QUE ME GUSTARÍA VIAJAR EN TREN... A LA MONTAÑA?

Mi madre paró el coche, lo abrazó, lo besó y le dijo que siempre podría acompañarnos, fuéramos donde fuésemos; lo rodeé torpemente con un brazo y permanecimos así en el coche, hasta que se sosegó lo suficiente para regresar a 80 Front Street, donde entró por la puerta trasera, pasó junto a la habitación de Lydia y la cocina —donde trajinaban las criadas—, subió la escalera de atrás, recorrió el rellano de las habitaciones del servicio hasta llegar a mi dormitorio y mi baño, donde se encerró y llenó la bañera. Me alcanzó su ropa empapada; se la llevé a las asistentes, que pusieron manos a la obra. Mi madre llamó a la puerta del baño y mirando hacia el otro lado metió un brazo, del que Owen cogió una pila de prendas que me quedaban pequeñas... y no era ropa de bebé, como él temía; sólo era ropa muy pequeña.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Hester mientras esperábamos que Owen se reuniera con nosotros en el estudio de arriba: así se llamaba en vida de mi abuelo; siempre que nos visitaban mis primos era un cuarto de juegos.

—Lo que él quiera —dijo Noah.

—¡Eso es lo que hicimos! —dijo Simon.

—No del todo —terció Hester.

—BIEN, HE ESTADO PENSANDO —dijo Owen cuando entró en el estudio, más sonrosado aún que de costumbre; estaba limpio como una patena, como suele decirse, con el pelo alisado hacia atrás. Iba en calcetines y resbalaba un poco en el suelo de madera dura; cuando llegó a la antigua alfombra oriental, hizo equilibrio con un pie encima del otro, contoneando las caderas; sus manos revoloteaban como mariposas entre su cintura y sus hombros—. ME DISCULPO POR HABERME SOBREEXCITADO. CREO QUE CONOZCO UN JUEGO QUE NO SERA TAN EXCITANTE PARA MÍ Y AL MISMO TIEMPO NO SERA ABURRIDO PARA VOSOTROS. UNO TIENE QUE *ESCONDERME* EN ALGÚN SITIO, PUEDE SER EN *CUALQUIER SITIO*, Y LOS DEMÁS HAN DE HALLARME. EL QUE ME ESCONDA EN EL LUGAR QUE LOS DEMÁS TARDEN MÁS TIEMPO EN

ENCONTRARME, GANA. YA SABÉIS QUE EN ESTA CASA ES MUY FÁCIL ENCONTRAR UN ESCONDITE PARA MI... PORQUE ESTA CASA ES ENORME Y YO SOY PEQUEÑO —añadió Owen.

—Yo primera —dijo Hester—. Tengo que ser la primera. —Nadie discutió. Lo escondiera donde lo escondiese, no lo encontramos. Noah, Simon y yo creímos que sería fácil. Yo conocía hasta el último centímetro de la casa de mi abuela, Noah y Simon conocían casi todo acerca de la diabólica mente de Hester; pero no lo encontramos. Hester se tendió en el sofá del estudio, repasando ejemplares viejos de la revista *Life*, más contenta a medida que registrábamos y registrábamos, mientras caía la oscuridad; incluso expresé a Hester mi inquietud de que hubiese escondido a Owen en algún lugar donde pudiera quedarse sin aire o, al ver que pasaban las horas, donde padecería unos terribles calambres por tener que mantener una posición incómoda. Pero Hester descartó mi preocupación con un ademán, y cuando llegó la hora de cenar tuvimos que rendirnos. Mi prima nos hizo esperar en el recibidor de abajo; apareció con Owen, que iba muy alegre, sin cojear y respirando sin dificultad... aunque por el pelo daba la impresión de que acababa de levantarse de la cama. Cenó con nosotros, y después me dijo que no le molestaría quedarse a pasar la noche: mi madre lo había invitado porque (según ella dijo) la ropa de Owen no estaba del todo seca.

Y aunque le pregunté dónde había estado oculto, le rogué que me diera alguna pista, que me dijera en qué parte de la casa, en qué *planta*... no quiso revelarme el secreto. Estaba despierto, desvelado, e irritantemente filosófico respecto del auténtico carácter de mis primos; me reprochó que no les había hecho justicia en mis descripciones.

—LOS HAS JUZGADO MAL —me sermoneó—. QUIZÁ LO QUE TU LLAMAS DESENFRENO SOLO SEA FALTA DE ORIENTACIÓN. YA SABES QUE ALGUIEN TIENE QUE ORIENTAR A CUALQUIER GRUPO DE PERSONAS. —Yo no veía la hora de que fuera a Sawyer Depot, mis primos le pusieran unos esquíes y lo orientaran cuesta abajo; eso le haría contener la lengua respecto de una adecuada «orientación». Pero no había modo de hacerlo callar; parloteaba y parloteaba.

Yo estaba medio dormido y de espaldas a él, por eso me sentí confundido cuando le oí decir:

—CUESTA DORMIR SIN EL UNA VEZ QUE UNO SE ACOSTUMBRA... ¿NO?

—¿Sin qué? —le pregunté—. ¿Acostumbrarse a qué, Owen?

—AL ARMADILLO —respondió.

Así, el día siguiente al de Acción de Gracias, en que Owen Meany conoció a mis primos, me proporcionó dos imágenes suyas muy intensas... especialmente intensas

la noche en que intenté conciliar el sueño después de que aquella pelota matara a mi madre. Permanecí en la cama sabiendo que también Owen estaría pensando en ella, y que estaría pensando no sólo en mí sino en Dan Needham —en cuánto ambos la estaríamos echando de menos—, y supe que si pensaba en Dan, también estaría pensando en el armadillo.

Asimismo fue importante ese día que mi madre y yo perseguimos a Owen en el coche... y vi la postura de su cuerpo sacudiéndose en la bici, tratando de pedalear Maiden Hill arriba; vi que avanzaba penosamente y que tuvo que bajarse de la bici para llevarla andando el resto del camino. Ese día me proporcionó una imagen invernal del aspecto que Owen debía de tener aquella calurosa tarde estival en que se esforzaba por llegar a su casa después del partido de liguilla, con el equipo de béisbol pegado a la espalda. ¿Qué pensaba decirles a sus padres?

Me llevaría años recordar la toma de decisión respecto de si pasaría la noche del partido fatal con Dan Needham —en el apartamento al que él y mi madre se habían mudado conmigo después de casarse, un apartamento para profesores en una de las viviendas colectivas de la academia— o si estaría mejor, esa noche terrible, en mi viejo dormitorio de la casa de mi abuela en 80 Front Street. ¡Tardaría años en recordar muchísimos detalles de aquel partido!

Sea como fuere, Dan Needham y mi abuela acordaron que para mí sería mejor dormir esa noche en 80 Front Street, y así —además de la desorientación de despertar a la mañana siguiente, después de dormir poco y mal, de comprender poco a poco que *no* era un sueño el sueño en que mi madre moría golpeada por una pelota que había bateado Owen Meany— enfrenté la desorientación de no saber instantáneamente dónde me encontraba. Era semejante a despertar como un viajero de ciencia ficción, alguien que ha «retrocedido en el tiempo», porque ya me había acostumbrado a despertar en mi habitación del apartamento de Dan Needham.

Y por si todo esto no fuese suficientemente desconcertante, oí un ruido que nunca había asociado con 80 Front Street; llegaba desde la rampa de acceso y las ventanas de mi dormitorio no daban a ese lado, por lo que tuve que levantarme e ir a ver qué era. Estaba casi seguro de saberlo. Lo había oído muchas veces en la Meany Granite Quarry; era la inconfundible primera marcha del enorme camión con plataforma de remolque en el que Mr. Meany solía acarrear los bloques de granito, los bordillos y piedras angulares, los panteones. En efecto, el camión de la Meany Granite Company estaba en la calzada de casa de mi abuela —la ocupaba en su totalidad— e iba cargado con granito y lápidas.

Imaginé fácilmente la indignación de mi abuela... si estaba levantada y veía el camión. Fue como si la oyera decir: «¡Es increíble el mal gusto de ese hombre! Mi hija todavía no está fría... y se le ocurre traernos una piedra sepulcral. ¡Supongo que ya ha grabado las letras!». De hecho, es lo que yo pensé.

Pero Mr. Meany no se apeó de la cabina. Fue Owen quien bajó por el lado del acompañante, dio la vuelta hasta la parte de atrás de la plataforma y retiró varias cajas grandes colocadas con el resto de la carga; evidentemente no estaban llenas de granito, pues en ese caso Owen no habría podido levantarlas. Pero no sólo las levantó, sino que las llevó hasta el umbral de la puerta trasera, donde yo sabía que tocaría el timbre. Aún oía su voz diciendo «¡LO SIENTO!». —mi cabeza tapada con el chándal de Mr. Chickering—, y por más que quería verlo, sabía que me echaría a llorar a moco tendido en cuanto él hablara o yo tuviera que hablarle. En consecuencia, me alivió que no tocara el timbre; dejó las cajas en la puerta trasera y corrió como una saeta hasta la cocina; Mr. Meany sacó el camión de la rampa, todavía en primera.

En las cajas estaban las fichas de béisbol de Owen, toda su colección. Mi abuela estaba alelada, pero durante varios años no comprendió a Owen ni supo apreciarlo; para ella era «ese chico», o «ese pequeñín» o «esa voz». Yo sabía que esas tarjetas eran el bien máspreciado de Owen, su tesoro... Al instante supe cuánto había cambiado para él todo lo relativo al béisbol, así como había cambiado para mí (aunque nunca me gustó tanto como a Owen). Entendí sin hablar con él que ninguno de los dos volvería a jugar en la liguilla, y que a ambos nos esperaba algún ritual necesario... en el que tendríamos que tirar nuestros bates, guantes y equipos, y hasta la última pelota extraviada que encontráramos en nuestras casas y patios (salvo *aquella* pelota que, sospechaba, Owen había ascendido a la categoría de pieza de museo).

Pero tuve que hablar con Dan Needham sobre las fichas de béisbol, porque eran la posesión máspreciada de Owen —su única posesión preciada, en realidad—, y dado que el accidente de mi madre había convertido el béisbol en un juego mortífero, ¿qué pretendía Owen que hiciera con sus fichas? ¿Representaban, meramente, que se lavaba las manos del gran pasatiempo norteamericano, o quería que paliara mi dolor entregándome al placer que experimentaría *quemando* todas esas tarjetas? Ese día habría sido un placer quemarlas.

—Quiere que se las devuelvas —dijo Dan Needham.

Yo sabía desde el principio que mi madre había escogido a un hombre maravilloso al elegir a Dan, pero sólo el día después de su muerte supe que también había escogido a un hombre inteligente. Eso era lo que Owen esperaba de mí, por supuesto: me daba sus fichas para demostrarme cuánto lamentaba el accidente, y cuán apenado estaba él, también... porque había querido a mi madre casi tanto como yo, no me cabía la menor duda, y darme todas sus fichas era su manera de hacerme saber que me quería tanto como para confiarme su famosa colección. ¡Pero quería recuperarlas, naturalmente!

—Miremos unas cuantas —dijo Dan Needham—. Apuesto a que están en algún

orden... incluso dentro de las cajas. —Sí, lo estaban... Dan y yo no logramos dilucidar las reglas exactas, pero estaban organizadas según un sistema *extremo*; colocadas en orden alfabético por el nombre de los jugadores, pero los bateadores, me refiero a los *grandes* bateadores, estaban alfabetizados en un grupo aparte; y los defensas de guante dorado también tenían reservada una categoría para ellos; y los lanzadores estaban todos juntos. Parecía haber incluso un subíndice relacionado con la edad de los jugadores; pero a Dan y a mí nos resultó difícil mirar las fichas largo rato: muchos jugadores enfrentaban la cámara con sus bates letales confiadamente apoyados en los hombros.

Conozco a mucha gente, aún hoy, que instintivamente se acobarda ante cualquier ruido levemente semejante a un cañonazo o al estallido de una bomba. El tubo de escape de un coche produce explosiones, el palo de una escoba o una pala *choca* horizontal contra un suelo de cemento o de linóleo, un niño hace detonar un petardo en un cubo de basura vacío, y mis conocidos se cubren la cabeza, a la espera (como todos, hoy) del ataque terrorista o del asesino fortuito. Pero yo no, y Owen Meany nunca. Gracias a un partido de béisbol mal jugado, a un balanceo desafortunado —y al más inverosímil de los contactos—, gracias a una fatal pelota fuera, entre millones, Owen Meany y yo quedamos permanentemente condicionados a encogernos al oír otro tipo de disparo; el muy querido y más norteamericano sonido del verano, el viejo crujido del bate.

Así, como haría con frecuencia, seguí el consejo de Dan Needham. Cargamos en el coche las cajas con las fichas de Owen, y pensamos cuál sería el momento menos llamativo del día para ir a la Meany Granite Quarry —cuando no necesariamente tuviéramos que saludar a Mr. Meany, ni perturbar el macabro perfil de Mrs. Meany en alguna ventana, ni siquiera tener que hablar con Owen. Dan comprendía que yo quería a mi amigo, y que sobre todo deseaba hablar con él... aunque era mejor aplazar esa conversación, tanto por el bien de Owen como por el mío. Pero antes de que termináramos de cargar las cajas en el coche, Dan Needham me preguntó:

—¿Qué le darás tú a él?

—¿Cómo?

—Para expresar que le quieres —me explicó Dan Needham—. Eso es lo que él te estaba diciendo a ti. ¿Qué tienes tú para darle?

Yo sabía qué tenía capaz de expresarle a Owen que lo quería, por supuesto; sabía cuánto significaba mi armadillo para él, pero era un poco engorroso «darle» el armadillo delante de Dan Needham, que me lo había regalado... ¿Y si Owen no me lo devolvía? Había necesitado de la ayuda de Dan para entender que se suponía que devolvería a Owen las condenadas fichas de béisbol. ¿Y si él decidía que se suponía que debía *quedarse con* el armadillo?

—Lo principal, Johnny —dijo Dan Needham—, es que tienes que demostrarle

que le quieras lo suficiente como para confiarle *cualquier* cosa... sin importarte si la recuperas o no. Tiene que ser algo que él *sepa* que quieres recuperar. Eso es lo que la vuelve especial.

—Supón que le diera el armadillo. ¿Y si se lo guarda? —pregunté.

Dan Needham se sentó en el parachoques delantero de su ranchera Buick, color verde hoja con paneles de madera auténtica en los costados y en la parte posterior, y una rejilla de cromo que parecía la boca abierta de un pez voraz; desde donde estaba sentado Dan, el Buick daba la impresión de estar dispuesto a comérselo... y Dan se veía lo bastante fatigado para ser engullido sin mucho esfuerzo. Estoy seguro de que se había pasado la noche llorando, como yo, y que a diferencia de mí, probablemente también había bebido. Su aspecto era lamentable. Pero dijo, con gran paciencia y mucha delicadeza:

—Johnny, me sentiría honrado si cualquier cosa que yo te haya dado puede emplearse realmente en algo importante. Si tuviera un propósito especial, me sentiría muy orgulloso.

Entonces comencé a pensar por primera vez que ciertos acontecimientos o cosas específicas son «importantes» y tienen «propósitos especiales». Hasta ese momento, la idea de que algo tuviese un propósito señalado, y mucho menos especial, había sido una majadería para mí. Yo no era lo que comúnmente se denomina creyente y ahora lo soy; creo en Dios, y creo en el «propósito especial» de ciertos acontecimientos o cosas específicas. Observo todos los días de precepto, que sólo los anglicanos más anticuados denominan así. No hace mucho, un día de precepto, tuve razones para pensar en Owen Meany: el 25 de enero de 1987, en que las lecturas de la Biblia correspondientes a la conversión de san Pablo me lo trajeron a la memoria. El Señor dice a Jeremías:

Antes de que te formase en el vientre  
te conocí,  
y antes de que salieses de la matriz  
te santifiqué;  
te di por profeta a las  
gentes.

Pero Jeremías dice que no sabe hablar; que es «sólo un niño», dice Jeremías. Entonces el Señor le aclara esta cuestión; el Señor dice:

No digas «Sólo soy niño»;  
porque a todo lo que te enviaré irás tú,  
y dirás

todo lo que te mandaré.  
No temas delante de ellos,  
porque contigo soy para librarte, dice Jehová.

Entonces el Señor toca la boca de Jeremías y dice:

He aquí, he puesto mis palabras en tu boca.  
Mira que te he puesto en este día  
sobre gentes y sobre reinos,  
para arrancar y para destruir,  
y para arruinar y para derribar,  
y para edificar y para plantar.

Es sobre todo en los días de precepto cuando pienso en Owen; a veces pienso en él con demasiada intensidad, habitualmente cuando me salto un servicio dominical o dos... y trato de eludir mi libro de oraciones durante un tiempo. Supongo que la conversión de san Pablo tiene una influencia especial en un converso como yo.

Y me resulta imposible *no* pensar en Owen... cuando leo la epístola de Pablo a los gálatas, el fragmento en que Pablo dice: «Y no era conocido de vista a las iglesias de Judea, que eran en Cristo; solamente habían oído decir: “Aquel que en otros tiempos nos perseguía, ahora anuncia la fe que en otro tiempo destruía”. Y glorificaban a Dios en mí».

¡Qué bien conozco esa sensación! Confío en Dios gracias a Owen Meany.

Como confiaba en Dan Needham le di el armadillo a Owen. Lo puse en una bolsa de papel marrón, que introduje en otra bolsa de papel marrón, y aunque no tenía dudas de que mi amigo sabría exactamente qué era antes de abrir las bolsas, consideré fugazmente lo impresionada que quedaría su madre si *ella* las abría; pero no era asunto suyo abrirlas, pensé.

Owen y yo teníamos once años; no conocíamos otra forma de expresar lo que sentíamos por lo ocurrido a mi madre. Él me dio sus fichas de béisbol, pero en realidad quería recuperarlas; yo le di mi armadillo disecado con la esperanza de que me lo devolviera... sólo porque nos resultaba imposible decirnos lo que realmente sentíamos. ¿Qué sintió bateando con fuerza una pelota... y comprendiendo luego que esa pelota mató a la madre de su mejor amigo? ¿Qué sentí al ver a mi madre tendida en el suelo, con el retrasado mental del jefe de policía quejándose por la desaparición de esa estúpida pelota... etiquetándola de «instrumento del delito» y «arma homicida»? Owen y yo no podríamos haber *hablado* de esas cosas... al menos



entonces. Por tanto, nos dimos nuestros bienes más preciados, con la esperanza de recuperarlos. Bien pensado, no es ninguna tontería.

Según mis cálculos, Owen se retrasó un día en la devolución del armadillo; pasó con él dos noches, lo que a mis ojos significaba una de más. Pero me lo devolvió. Otra vez oí la primera marcha del camión de granito; otra vez hubo una entrega temprana en 80 Front Street, antes de que Mr. Meany siguiera adelante con el pesado trabajo del resto del día. Y en el umbral de la puerta trasera estaban las mismas bolsas de papel marrón que yo había usado; había cierto riesgo en dejar el armadillo fuera, pensé, dados los indiscriminados apetitos del labrador de nuestro vecino, Mr. Fish. Entonces recordé que Sagamore había muerto.

Pero aún no me había acometido la mayor indignación: al armadillo le faltaban las garras delanteras, las partes más útiles e impresionantes de su curioso cuerpo. Owen había devuelto el armadillo, pero se había quedado con las garras.

Bien, la amistad es una cosa y el armadillo otra: me encolericé tanto al descubrirlo que tuve que irle con mis cuitas a Dan Needham. Como siempre, se puso a mi disposición. Se sentó en el borde de mi cama mientras yo gimoteaba; sin las garras, el animalito ya no podía estar erguido, no sin caer hacia delante y apoyar el hocico. Prácticamente no existía ninguna posición en la que el armadillo no pareciera suplicante, para no mencionar que quedaba idéntico a un lamentable amputado. Me violentó mucho que mi mejor amigo pudiera haberme hecho eso, hasta que Dan Needham me informó que eso era precisamente lo que Owen *sentía* que me había hecho a mí, y que se había hecho a sí mismo: los dos estábamos tullidos y mutilados por lo que nos había ocurrido.

—Tu amigo es muy *original* —dijo Dan Needham, con gran respeto—. ¿No comprendes, Johnny? Si pudiera, se cortarían las *manos* por ti... así se siente por haber *tocado* ese bate, por haberlo basculado con esas consecuencias. Así nos sentimos *todos*: tú y yo y Owen. Hemos perdido una parte de nosotros mismos. —Dan cogió al desgraciado armadillo y comenzó a experimentar con él en mi mesilla de noche, tratando, como había tratado yo, de encontrar una postura que le permitiera estar erguido, o incluso tendido, con alguna apariencia de confort o dignidad, pero era del todo imposible. El animalito estaba baldado, era un inválido. Me pregunté qué habría hecho Owen con las garras. ¿Qué clase de espantoso altar habría erigido? ¿Estaban las garras aferradas a la letal pelota?

Dan y yo nos pusimos muy emotivos mientras nos esforzábamos por volver aceptable el aspecto del armadillo... pero justamente de eso se trataba, concluyó Dan: no había manera de que aquello, en parte o en su totalidad, fuera aceptable. ¡Lo que había ocurrido era inaceptable! No obstante, teníamos que seguir viviendo.

—En realidad es brillante... absolutamente original —siguió murmurando Dan, hasta que se quedó dormido en la otra cama de mi dormitorio, en la que Owen había

pasado tantas noches; lo arrojé y lo dejé dormir. Cuando mi abuela entró para darme las buenas noches, también besó a Dan. Entonces, bajo el tenue destello de la lámpara, descubrí que abriendo el cajón de arriba de la mesilla podía acomodar al armadillo de manera que me fuese posible imaginar que era otra cosa. A medias dentro y a medias fuera del cajón poco profundo, el animalito semejaba una especie de criatura acuática: era puro torso y cabeza; en esa posición, podía imaginar que donde antes estaban sus garras ahora había unas aletas mal desarrolladas.

Antes de quedarme dormido, me di cuenta de que todo lo que había dicho Dan sobre las intenciones de Owen era correcto. ¡Cuánto ha significado en mi vida que Dan Needham casi nunca se equivocara! Entonces yo no estaba tan familiarizado con la *Historia de Gravesend* de Wall como a los dieciocho años, cuando lo leí de cabo a rabo por mi cuenta. Pero sí lo estaba con los fragmentos que Owen Meany consideraba «importantes». Y antes de quedarme dormido, también reconocí a mi armadillo por lo que era... además de todas las cosas que Dan me había dicho. Mi armadillo había sido amputado hasta parecerse al tótem de Watahantowet, el trágico y misterioso hombre sin brazos. ¿Acaso los indios no fueron lo bastante sabios para comprender que todo tenía su propia alma, su propio espíritu?

Fue Owen Meany quien me dijo que sólo el hombre blanco es lo bastante vano para creer que los seres humanos son únicos porque tienen alma. Según Owen, Watahantowet sabía cómo eran las cosas. Watahantowet creía que los animales tenían alma, y que hasta el maltratado río Squamscott tenía alma... Watahantowet sabía que la tierra que vendió a mis ancestros estaba *repleta* de espíritus. Las rocas que tuvieron que mover para cultivar un campo... fueron, eternamente, espíritus inquietos y desplazados. Y los árboles que talaron para construir sus hogares... tenían un espíritu diferente al de los espíritus que escapaban de esas casas en forma de humo de leña. Watahantowet puede haber sido el último residente de Gravesend, New Hampshire, que realmente entendía lo que *cuesta* todo. ¡Tomad, coged mi tierra! ¡Allá van mis brazos!

Me llevaría años saber todo lo que Owen Meany estaba pensando, y aquella noche no lo comprendí del todo bien. Ahora sé que el armadillo me dijo lo que mi amigo estaba pensando, aunque él mismo no lo hiciera hasta que ambos estudiábamos en Gravesend Academy; hasta entonces no supe que Owen ya me había transmitido su mensaje... por intermedio del armadillo. He aquí lo que Owen Meany (y el armadillo) dijeron: «DIOS SE HA LLEVADO A TU MADRE. MIS MANOS FUERON EL INSTRUMENTO. DIOS SE HA LLEVADO MIS MANOS. YO SOY EL INSTRUMENTO DE DIOS».

¿Cómo se me podía ocurrir que un crío de once años pensara semejante cosa? Nada tan distante de mi mente como que Owen Meany fuera un Elegido; me habría sorprendido que el propio Owen pudiera considerarse un Señalado por Dios. De

haberlo visto en el aire en la escuela dominical, no se habría pensado que trabajaba por Designación Divina. Y has de recordar —olvidándote de Owen— que a los once años yo no creía que *existiesen* los «elegidos», ni que Dios «señalara» a nadie, ni que hiciera «designaciones». En cuanto a la creencia de Owen de que era el «instrumento de Dios», yo ignoraba que había otras evidencias en las que él basaba su convencimiento de haber sido especialmente seleccionado para llevar a cabo la obra del Señor; pero la idea de Owen —la de que de alguna manera el razonamiento de Dios predeterminaba todos sus movimientos— se había gestado en mucho más que aquel desafortunado balanceo y crujido del bate. Como ya se verá.

Hoy —30 de enero de 1987— nieva en Toronto; en opinión del perro, Toronto mejora con la nieve. Disfruto sacándolo de paseo cuando nieva, porque su entusiasmo es contagioso; en la nieve, el perro establece sus derechos territoriales sobre St. Clair Reservoir como si fuese el primer perro que hace allí sus necesidades, ilusión facilitada por la nieve reciente que cubre la legión de cacas de perro que ha dado fama al embalse.

Con nieve, la torre del reloj de Upper Canadá College da la impresión de presidir una escuela preparatoria de una pequeña población de Nueva Inglaterra; cuando no nieva, los coches y autobuses son numerosos en los caminos circundantes, los sonidos del tráfico están menos amortiguados, y la presencia del centro de Toronto parece más cercana. Con nieve, la visión de la torre del reloj de Upper Canadá College —sobre todo desde Kilbarray Road o, más cerca, desde el final de Frybrook Road me recuerda la torre del reloj del edificio principal de Gravesend Academy: exigente, sepulcral.

Con nieve, hay algo casi idéntico a Nueva Inglaterra alrededor de donde vivo, en Russell Hill Road; por descontado, los habitantes de Toronto no son proclives a las casas revestidas de chilla blanca con postigos de color negro o verde oscuro, pero la casona de mi abuela en 80 Front Street era de ladrillos... y los torontianos prefieren el ladrillo y la piedra. Inexplicablemente, recargan sus casas de ladrillo y piedra con demasiados adornos, o con ventanas decorativas... y postigos —y también tallan estos últimos con hojas de arce o corazones—, pero la nieve oculta estos adornos; algunos días, como hoy, cuando la nieve está especialmente húmeda y pesada, blanquea incluso las casas de ladrillo. Toronto es sobria, pero no austera; Gravesend es austera, pero también bonita; Toronto no es bonita, pero con nieve puede tener el aspecto de Gravesend: es al mismo tiempo bonita y austera.

Y desde la ventana de mi dormitorio en Russell Hill Road, veo Grace Church on-the-Hill y la capilla de Bishop Strachan School. ¡Qué oportuno que un chico que dividió su niñez entre dos iglesias viva en el presente con vistas a otras dos! Pero ahora esto me va: ambas iglesias son anglicanas. Las frías piedras grises de Grace

Church y de Bishop Strachan también mejoran con la nieve.

Mi abuela solía decir que la nieve era «curativa», que lo curaba todo. Un punto de vista típicamente yanqui: si nieva mucho, la nieve tiene que ser buena para ti. En Toronto, es buena para mí. Y los chiquillos que van en trineo por St. Clair Reservoir también me recuerdan a Owen... porque lo he fijado en un tamaño permanente, la talla que tenía a los once años, que era la de un niño de cinco años. Pero debo cuidarme de adjudicar demasiado mérito a la nieve: son muchísimas las cosas que me recuerdan a Owen.

Evito la televisión, las revistas y los periódicos de Estados Unidos... y a los demás estadounidenses de esta ciudad. Pero Toronto no está lo bastante lejos. Apenas anteayer —28 de enero de 1987—, la primera plana de *The Globe and Mail* reproducía un relato completo del «Mensaje del estado de la Unión», del presidente Ronald Reagan. ¿Nunca aprenderé? Cuando veo este tipo de cosas, sé que no debería leerlas, que debería en cambio coger el libro de oraciones. No debería ceder a la cólera; pero leí el «Mensaje del estado de la Unión», que Dios me perdone. Tras casi veinte años en Canadá, hay ciertos lunáticos de Estados Unidos que todavía me fascinan.

«No tiene que haber ninguna cabeza de playa soviética en América Central», dijo el presidente Reagan. Asimismo insistió en que no sacrificaría sus propuestos misiles nucleares en el espacio —su querido plan Guerra de las Galaxias— a un acuerdo de armas nucleares con la Unión Soviética. Llegó a decir que «un elemento clave de la agenda EEUU-URSS» es «una conducta soviética más responsable en el mundo». ¡Como si Estados Unidos fuese un bastión de «conducta responsable en el mundo»!

Sospecho que el presidente Reagan sólo puede decir estas barbaridades porque sabe que el pueblo de Estados Unidos nunca lo responsabilizará de lo que diga; es la historia la que te responsabiliza, y ya he manifestado que el fuerte de los estadounidenses no es la historia. ¿Cuántos de ellos recuerdan siquiera su propia historia presente? ¿Veinte años son tantos para los estadounidenses? ¿No recuerdan el 21 de octubre de 1967? Cincuenta mil manifestantes antibélicos se reunieron en Washington; estuve allí, fue la «Marcha sobre el Pentágono». ¿La recuerdas? Dos años después —en octubre del 69— volvieron a reunirse cincuenta mil personas en Washington; portaban antorchas, pedían la paz. Otras cien mil personas pidieron la paz en Boston, y doscientas cincuenta mil en Nueva York. Ronald Reagan todavía no había entumecido a los Estados Unidos, pero había logrado adormecer a California; decía que las protestas contra la guerra de Vietnam «proporcionaban ayuda y consuelo al enemigo». Como presidente, aún no sabía quién era el enemigo.

Hoy creo que Owen Meany siempre lo supo; él lo sabía todo.

En febrero de 1962 cursábamos el último año en Gravesend Academy; veíamos mucha televisión en 80 Front Street. El presidente Kennedy dijo que los consejeros

de Estados Unidos en Vietnam responderían con fuego al fuego.

—ESPERO QUE ESTÉN ACONSEJANDO A LOS TIPOS QUE CORRESPONDE —dijo Owen Meany.

Esa primavera, menos de un mes antes de los ejercicios de graduación en Gravesend Academy, la TV nos mostró un mapa de Tailandia; enviarían allí cinco mil marines y cincuenta cazas a reacción «en respuesta a la expansión comunista en Laos», dijo el presidente Kennedy.

—ESPERO QUE SEPAMOS LO QUE ESTAMOS HACIENDO —dijo Owen Meany.

En el verano del 63, el siguiente a nuestro primer año en la universidad, se estaban manifestando los budistas de Vietnam; hubo sublevaciones. Owen y yo vimos nuestra primera autoinmolación... por televisión. Fuerzas gubernamentales sudvietnamitas, conducidas por Ngo Dinh Diem —el presidente electo— atacaron varias pagodas budistas; esto ocurría en agosto. En mayo, el hermano de Diem —Ngo Dinh Nhu, cabeza de la policía secreta— había disuelto una celebración budista matando a ocho niños y una mujer.

—DIEM ES CATÓLICO —anunció Owen Meany— ¿QUÉ HACE UN CATÓLICO COMO PRESIDENTE EN UN PAÍS DE BUDISTAS?

Fue el verano en que Henry Cabot Lodge ocupó el cargo de embajador de los Estados Unidos en Vietnam; ese mismo verano Lodge recibió un cable del Departamento de Estado aconsejándole que Estados Unidos «no siguiera tolerando la influencia» de Ngo Dinh Nhu en el régimen del presidente Diem. En dos meses, un golpe militar derribó al gobierno de Diem en Vietnam del Sur; al día siguiente fueron asesinados Diem y su hermano Nhu.

—PARECE QUE HEMOS ESTADO ACONSEJANDO A LOS TIPOS QUE NO CORRESPONDÍA —dijo Owen.

Y el verano siguiente, cuando vimos por la tele las barcas patrulleras norvietnamitas en el Golfo de Tonkin —en dos días atacaron dos destructores norteamericanos—, Owen dijo:

—¿NOS CREEMOS QUE ESTO ES UNA PELÍCULA?

El presidente Johnson solicitó al Congreso poderes para «tomar todas las medidas necesarias destinadas a rechazar un ataque armado contra las fuerzas de los Estados Unidos y a impedir nuevas agresiones». La Cámara aprobó la resolución del Golfo de Tonkin por unanimidad: 416 votos a cero; el Senado la aprobó por 88 a 2. Pero Owen Meany le hizo una pregunta al televisor de mi abuela:

—¿ESO SIGNIFICA QUE EL PRESIDENTE PUEDE DECLARAR LA GUERRA SIN DECLARARLA?

La víspera de Año Nuevo —recuerdo que Hester bebió demasiado; estaba vomitando—, apenas había más de veinte mil soldados estadounidenses en Vietnam,

y sólo una docena (más o menos) había muerto. Cuando el Congreso anuló la resolución del Golfo de Tonkin —en mayo de 1970—, más de medio millón de soldados estadounidenses habían estado en Vietnam, y más de cuarenta mil habían muerto.

Ya en 1965, Owen Meany detectó un problema de estrategia.

En marzo, la Fuerza Aérea de los Estados Unidos inició la Operation Rolling Thunder —para atacar blancos en Vietnam del Norte; para interrumpir la afluencia de pertrechos al sur— y las primeras tropas de combate de Estados Unidos desembarcaron en Vietnam.

—ESTO NO TIENE FIN —dijo Owen—. NO HAY UNA BUENA MANERA DE TERMINARLO.

El día de Navidad, el presidente Johnson suspendió la Operation Rolling Thunder; interrumpió el bombardeo. Un mes después se retomó, y el Comité del Senado para Relaciones Exteriores inició sus audiencias públicas sobre la guerra. Fue entonces cuando mi abuela empezó a prestar atención.

En el otoño de 1966 se difundió que la Operation Rolling Thunder estaba «rodeando Hanoi», pero Owen Meany dijo:

—CREO QUE HANOI SABRÁ ARREGLÁRSELAS.

¿Recuerdas la Operation Tiger Hound? ¿Y qué me dices de la Operation Masher/White Wing/Than Phong II? Esa produjo 2389 «bajas enemigas conocidas». También se creó Operation Paul Revere/Than Phong 14, no del todo exitosa: sólo 546 «bajas enemigas conocidas». ¿Y qué decir de la Operation Maeng Ho 6? Hubo 6161 «bajas enemigas conocidas».

En la Nochevieja de 1966, habían muerto en acción un total de 6644 soldados estadounidenses; fue Owen Meany quien recordó que eso significaba 483 bajas más de las que había sufrido el enemigo en la Operation Maeng Ho.

—¿Cómo recuerdas esas cosas, Owen? —le preguntó mi abuela.

Desde Saigón, el general Westmoreland solicitaba «tropas de refuerzo»; Owen también recordaba eso. Según el Departamento de Estado, según Dean Rusk —¿lo recuerdas?— estábamos «ganando una guerra de desgaste».

—ESE NO ES UN TIPO DE GUERRA QUE GANEMOS —dijo Owen Meany.

A finales del 67 había quinientos mil militares estadounidenses en Vietnam. Fue entonces cuando el general Westmoreland dijo: «Hemos llegado a un punto importante en el que comienza a vislumbrarse el final».

—¿QUE FINAL? —preguntó Owen Meany al general—. ¿QUÉ OCURRIÓ CON LAS «TROPAS DE REFUERZO»? ¿RECUERDAS LAS «TROPAS DE REFUERZO»?

Hoy creo que Owen recordaba todo; una parte de saberlo todo es recordarlo todo.

¿Recuerdas la Ofensiva del Tet? Corría enero del 68; «Tet» es una festividad

tradicional vietnamita —el equivalente de nuestras celebraciones de Navidad y Año Nuevo— y se acostumbraba, durante la guerra de Vietnam, a observar un alto el fuego durante esos días. Pero aquel año, Vietnam del Norte atacó más de cien ciudades sudvietnamitas... entre ellas más de treinta capitales de provincia. Ese fue el año en que el presidente Johnson anunció que no se presentaría a la reelección. ¿Lo recuerdas? Fue el año en que asesinaron a Robert Kennedy; esto podrías recordarlo. Fue el año en que eligieron presidente a Richard Nixon; tal vez lo recuerdes. El año siguiente, 1969 —el año en que Ronald Reagan dijo que las protestas contra Vietnam «proporcionaban ayuda y consuelo al enemigo»—, aún había medio millón de estadounidenses en Vietnam. Nunca fui uno de ellos.

También prestaron servicios en Vietnam más de treinta mil canadienses. Y casi el mismo número de estadounidenses se instalaron en Canadá durante la guerra de Vietnam; fui uno de ellos... uno que se quedó. En marzo de 1971 —cuando condenaron al teniente William Calley por homicidio premeditado— ya era residente legal y había solicitado la ciudadanía canadiense. El presidente Nixon bombardeó Hanoi en las navidades de 1972; fue un ataque de once días, en el que se emplearon más de cuarenta mil toneladas de explosivos de gran potencia. Como había dicho Owen, Hanoi supo arreglárselas.

¿Alguna vez Owen ha dicho algo que no fuese *correcto*? Recuerdo lo que dijo sobre Abbie Hoffman, por ejemplo... ¿recuerdas a Abbie Hoffman? Fue el tipo que intentó hacer «levitar» el Pentágono desde sus cimientos; era un payaso. Fue el tipo que fundó el Partido Internacional de la Juventud (los «Yippies»); desplegaba una gran actividad en las protestas antibélicas, pero al mismo tiempo concebía una revolución significativa aproximadamente como cualquier cosa que transmitiera irreverencia en tono de comedia y vulgaridad.

—¿A QUIEN CREE ESTAR AYUDANDO ESTE MAMARRACHO? —dijo Owen.

Fue Owen quien me salvó de ir a Vietnam con un truco del que sólo él era capaz.

—PIENSA QUE ESTA ES MI PEQUEÑA OFRENDA —fue lo que dijo en ese momento.

Me avergüenza recordar que me enfurecí con él por haberse quedado con las garras del armadillo. Sabe Dios que Owen me dio más de lo que nunca tomó de mí... incluso teniendo en cuenta que se tomó la vida de mi madre.

## El ángel

En su dormitorio de 80 Front Street, mi madre tenía un maniquí de modista en posición de firmes junto a su cama, como un sirviente a punto de despertarla, como un centinela que la custodiaba mientras dormía... como un amante poco antes de acostarse a su lado. Mi madre tenía mano para la costura; en otra vida podría haber sido costurera. Su gusto no era nada complicado y se hacía toda la ropa. Mediaba un abismo entre su máquina de coser, que también estaba en el dormitorio, y la antigualla que los niños maltratábamos en el desván; la máquina de madre era sorprendentemente moderna y de mucha utilidad.

Durante los años anteriores a su casamiento con Dan Needham, mi madre no desempeñó un trabajo de verdad ni siguió cursos de enseñanza superior; aunque nunca le faltó dinero —porque mi abuela era generosa con ella—, sabía reducir al mínimo sus gastos personales. Traía a casa unas vestimentas encantadoras, de Boston, pero no las compraba; se las ponía al maniquí y las copiaba. Luego devolvía los originales a las diversas tiendas de Boston; nos contaba que siempre les explicaba lo mismo y que nunca se enfadaban con ella... más bien se compadecían y aceptaban la devolución sin ponerle pegas.

«A mi marido no le gusta», les decía.

Se reía de ello con mi abuela y conmigo.

—¡Deben de creer que estoy casada con un auténtico tirano! ¡*Nada* le gusta! — Mi abuela, plenamente consciente de que mi madre no tenía ningún marido, reía incómoda, pero la travesura era tan aislada e inocente que estoy seguro de que Harriet Wheelwright no ponía objeciones a que su hija se divirtiera *un poco*.

La ropa que hacía mi madre era preciosa: sencilla, como ya he dicho... casi todo en blanco o negro, aunque con los mejores paños, y le sentaba de maravilla. Los vestidos, blusas y faldas que llevaba a casa eran multicolores y de estampados diversos, pero ella imitaba expertamente el corte en blanco y negro. Como en tantas cosas, en la costura sabía ser muy competente sin tener la menor originalidad o siquiera inventiva. El juego que realizaba sobre el cuerpo perfecto del maniquí debía de complacer su faceta frugal y yanqui... el lado Wheelwright que había en ella.

Mi madre detestaba la oscuridad. Nunca había luz suficiente para su gusto. Yo veía al maniquí como un cómplice en su guerra contra la noche. Mi madre sólo cerraba las cortinas cuando se estaba desnudando para acostarse; en cuanto tenía puesto el camisón y la bata, las descorría. Cuando apagaba la lámpara de la mesilla, toda luz que hubiese fuera se colaba en su habitación; siempre había alguna luminosidad. En Front Street había farolas, Mr. Fish dejaba luces encendidas en su casa toda la noche, y mi abuela una lámpara, que iluminaba inútilmente las puertas del garaje. Además de estas luces vecinas, estaba la de las estrellas, o la de la luna, o



ese innominable resplandor que emana del horizonte oriental si vives cerca de la costa atlántica. No había noche en que mi madre no viese desde la cama la reconfortante figura del maniquí, que no sólo era su cómplice contra la oscuridad, sino su doble.

El maniquí nunca estaba desnudo. No quiero decir que mi madre fuese tan aficionada a la costura como para tener siempre un vestido en curso, pero sea por un sentido del decoro o por cierta índole lúdica que nunca había perdido —de cuando solía ataviar a sus muñecas—, siempre lo tenía cubierto. Y nunca de forma descuidada; mi madre jamás permitió que estuviese en paños menores. Quiero decir que el maniquí siempre estaba completamente vestido... y bien engalanado.

Recuerdo el despertar de alguna pesadilla, o un malestar, y haber bajado el pasillo a oscuras desde mi habitación hasta la suya, palpando las paredes hasta encontrar el pomo de su puerta. Una vez allí, sentía que había viajado a otra zona temporal; después de la oscuridad de mi habitación y la negrura del pasillo, el dormitorio de mi madre resplandecía; en comparación con el resto de la casa, en su habitación siempre estaba a punto el alba. Y allí se alzaba el maniquí, vestido para la vida real, vestido para el mundo. A veces lo confundía con mi madre, creía que ya había saltado de la cama e iba camino de mi cuarto... probablemente me había oído toser, o gritar dormido; quizá se había levantado temprano; o tal vez acababa de llegar a casa, muy tarde. En otras ocasiones, el maniquí me sobresaltaba; había olvidado su existencia y bajo la media luz gris de esa habitación pensaba que era un asaltante... pues una figura erguida y tan quieta junto a un cuerpo dormido podía ser tanto un agresor como un protector.

El caso es que el maniquí era una réplica exacta del cuerpo de mi madre.

—Es como verte doble —solía decir Dan Needham.

Después de casarse con mi madre, Dan me contó algunas historias sobre el maniquí. Cuando nos trasladamos a su apartamento de Gravesend Academy, el maniquí y la máquina de coser se convirtieron en residentes estables del comedor, en el que nunca comíamos. Hacíamos casi todas nuestras comidas en el refectorio de la escuela; si comíamos en casa, nos instalábamos en la cocina.

Dan sólo intentó compartir el dormitorio con el maniquí unas pocas veces. «¿Qué pasa, Tabby?», le preguntó la primera noche, pensando que mi madre se había levantado. «Vuelve a la cama», le dijo otra vez. Y en una ocasión le preguntó al maniquí: «¿Estás enferma?». Mi madre, no del todo dormida a su lado, murmuró: «Yo no. ¿Y tú?».

Por supuesto, fue Owen Meany quien experimentó los encuentros más intensos con el maniquí. Mucho antes de que el armadillo de Dan Needham cambiara su vida y la mía, mi amigo disfrutaba jugando a vestir y desvestir al maniquí de mi madre en 80 Front Street. Mi abuela observaba cejijunta este juego... sobre la base de que

éramos varones. Mi madre, por su parte, se mostró precavida: al principio temía por su ropa. Pero confiaba en nosotros: siempre lo hacíamos con las manos limpias, restituíamos vestidos, blusas y faldas a sus perchas, y guardábamos sus prendas íntimas, correctamente plegadas, en los cajones correspondientes. Mi madre llegó a ser tan tolerante con nuestro juego que incluso nos felicitaba —de vez en cuando— por la creación de un conjunto en el que no había pensado. Y muchas veces Owen se exaltaba tanto con nuestra creación que le rogaba que luciera personalmente la insólita combinación.

Sólo Owen Meany era capaz de hacer ruborizar a mi madre.

—Hace años que tengo esta blusa y esta falda —decía—. ¡Nunca se me ocurrió ponérmelas con este cinturón! ¡Eres un genio, Owen!

—A TI TODO TE QUEDA BIEN —respondía Owen y ella se ponía de todos los colores.

Si Owen hubiese querido ser menos lisonjero, podría haber señalado que era fácil vestir a mi madre o a su maniquí, porque todas sus prendas eran blancas o negras: todo hacía juego con todo lo demás.

Había un único vestido rojo, y no conseguimos que a mi madre le gustara; nunca estuvo destinado a formar parte de su guardarropa, pero yo estaba convencido de que la Wheelwright que había en ella le imposibilitaba regalarlo o tirarlo a la basura. Lo había descubierto en una tienda excepcionalmente distinguida de Boston; le encantaba la caída de la tela, la espalda escotada, la cintura ceñida y la falda amplia, pero odiaba el color: rojo escarlata, rojo flor de Pascua. Su intención era copiarlo —en blanco o en negro—, como todos los demás, pero le gustaba tanto el corte que lo copió en blanco y en negro.

—Blanco cuando estoy morena —dijo— y negro para el invierno.

Nos contó que cuando fue a Boston a devolver el vestido rojo, se enteró de que la tienda se había incendiado hasta los cimientos. Estuvo un rato sin recordar el nombre de la tienda, pero le preguntó a la gente del barrio y apuntó el domicilio anterior. Había una crisis con la compañía de seguros y transcurrieron meses hasta que consiguió hablar con alguien, aunque sólo era un abogado.

—¡No pagué el vestido! —le dijo mi madre—. Era muy caro. Sólo me lo llevé para probármelo. Y no me lo quedaré. No quiero que me pasen la factura dentro de unos meses. Era demasiado caro —repitió, pero el abogado le aseguró que no importaba. Todo se había quemado. Se habían quemado las facturas, se había quemado el inventario, se habían quemado las existencias.

—El teléfono se fundió —dijo el abogado—. La caja registradora se fundió. Ese vestido es el menor de los problemas. Ahora es *suyo*. Ha tenido suerte —concluyó el abogado en un tono que la hizo sentir culpable.

—¡Santo cielo! —exclamó mi abuela—. ¡Es tan fácil hacer que un Wheelwright

se sienta culpable! Domínate, Tabitha, y deja de quejarte. Es un vestido hermoso... de un color *navideño* —decidió mi abuela—. Siempre hay fiestas por Navidad. Será perfecto para la ocasión —pero nunca vi que mi madre sacara el vestido de su armario; las únicas veces que el vestido salió de allí, después de que mi madre lo copiara, fueron aquellas en que Owen jugaba a ponérselo al maniquí. Ni siquiera él encontró la forma de que a mi madre le gustara ese vestido rojo.

—Puede ser un color navideño —decía—, pero yo soy del color equivocado, sobre todo en la época de Navidad, con ese vestido —quería decir que su tez se veía cetrina cuando se vestía de rojo sin estar bronceada... ¿y quién está bronceado para Navidad en New Hampshire?

—¡ENTONCES USALO EN VERANO! —sugirió Owen.

Pero según mi madre era ostentoso usar un rojo tan brillante en verano, significaba dar demasiada importancia al bronceado. Dan le sugirió que lo donara para su desharrapado vestuario teatral. Pero mi madre consideró que sería un despilfarro, además de que ninguno de los chicos de Gravesend Academy, y sin la menor duda ninguna otra mujer de nuestra ciudad, tenía una figura que hiciera justicia al vestido.

Dan Needham no sólo se hizo cargo de las representaciones de los chicos de Gravesend Academy, sino que revitalizó la compañía teatral de aficionados de nuestra pequeña ciudad, los anteriormente deslucidos Gravesend Players. Convenció a medio mundo para que se integrara en el grupo; logró que la mitad de los profesores de la academia pusieran de relieve sus condiciones de comediantes, y sacó a flote la naturaleza histriónica de la mitad de los lugareños invitándolos a ensayar en sus puestas en escena. Hasta logró que mi madre fuese su primera actriz... aunque una sola vez.

Por mucho que a mi madre le gustara cantar, era sumamente tímida para interpretar. Accedió a actuar en una sola obra bajo la dirección de Dan —y creo que sólo aceptó como indicativo de su compromiso con tan prolongado noviazgo—, y únicamente en pareja con él —si él era el primer actor— y si *no* hacía el papel de amante. No quería ser la comidilla de la ciudad, que imaginaría todo tipo de cosas sobre su noviazgo, dijo. Después de casarse, mi madre no volvió a actuar; tampoco lo hizo Dan. Él siempre era el director, ella la apuntadora. Mi madre tenía buena voz como apuntadora: baja pero clara. Tantas lecciones de canto sirvieron para eso, supongo.

Sólo una vez pisó las tablas, en un papel estelar: la obra se llamaba *Angel Street*. Fue hace tanto tiempo que no recuerdo los nombres de los personajes ni ninguno de los decorados. Los Gravesend Players usaban el ayuntamiento, y allí nunca se prestó mucha atención a los decorados. Lo que sí recuerdo es la película que se hizo basada en *Angel Street*; se titulaba *Luz que agoniza* y la he visto varias veces. Mi madre

hacía el papel de Ingrid Bergman; era la esposa a la que el canalla de su marido estaba volviendo loca. Y Dan era el canalla... el personaje de Charles Boyer. Si conoces el argumento, aunque Dan y mi madre hacían de marido y mujer, sabrás que hay muy pocas evidencias de amor entre ellos en escena; fue la única vez y el único lugar en que vi a Dan ser odioso con mi madre.

Dan me dice que en Gravesend todavía hay gente que lo «mira mal» a causa del papel de Charles Boyer que interpretó; lo miran como si *él* hubiese golpeado aquella lejana pelota fuera... y como si lo hubiera hecho *intencionadamente*.

Y sólo una vez en esa obra —en realidad en el ensayo general— mi madre usó el vestido rojo. Debía de ser la noche en que se acicala para ir al teatro (o a otro sitio) con su aborrecible marido, pero él esconde el cuadro y la acusa de haberlo ocultado, y le hace creer que *ella* lo ha hecho... y a continuación la destierra a su habitación y no la deja salir. O tal vez fuera el día que van a un concierto y él encuentra su reloj en el bolso de ella... donde lo ha puesto *él*, aunque consigue hundirla y hacerle rogar que le crea, delante de todos los presumidos que asisten al concierto. Fuera como fuese, se suponía que mi madre usaría el vestido rojo en una sola escena, y fue la única de toda la obra en que estuvo fatal. No podía dejar el vestido en paz: arrancaba pelusas imaginarias; se miraba incesantemente, como si el escote se hubiese bajado treinta centímetros por su cuenta; se movía impaciente, como si la tela del vestido le produjera escozor.

Owen y yo vimos todas las representaciones de *Angel Street*; de hecho presenciamos todas las obras de Dan —tanto las de la academia como las del grupo de aficionados—, pero *Angel Street* fue una de las pocas que vimos todas las veces que se representó. ¡Ver a mi madre en el escenario y contemplar el inhumano comportamiento de Dan con ella, era un *embuste* descarado! Lo que nos interesaba no era la obra... sino la mentira que contenía: que Dan fuese cruel con mi madre, que quisiera hacerle daño. Eso era lo fascinante de la obra. Owen y yo siempre conocíamos a todos los que participaban en las representaciones de los Gravesend Players. Mrs. Walker —el ogro de nuestra escuela dominical episcopaliana— interpretaba a la coqueta criada de *Angel Street*... el personaje de Angela Lansbury, aunque no lo creas. Owen y yo no podíamos creerlo. ¡Mrs. Walker haciendo de fulana! ¡Mrs. Walker siendo vulgar! En todo momento esperábamos oírla gritar: «¡Owen Meany, *baja* de allí! ¡Vuelve a tu asiento!». Y llevaba un uniforme de criada francesa, con la falda negra muy ceñida y medias estampadas, de modo que a partir del estreno, todos los domingos Owen y yo buscábamos en vano sus piernas. ¡Vaya sorpresa la que nos llevamos al ver las piernas de Mrs. Walker! ¡Y mayor sorpresa aún ver que las tenía *bonitas*!

El bueno de *Angel Street* —el papel de Joseph Cotten, como lo llamo yo— fue interpretado por nuestro vecino Mr. Fish. Owen y yo sabíamos que todavía estaba de

luto por la intempestiva muerte de Sagamore; el horror del desastre de la furgoneta de pañales en Front Street aún era visible en la dolida expresión con que seguía todos los movimientos de mi madre en escena. Mr. Fish no se correspondía exactamente con la idea que Owen y yo teníamos de un héroe, pero Dan Needham —con su talento para formar repartos y dirigir a los aficionados más rancios— debió de inspirarse para aprovechar el pesar y la ira de nuestro vecino por el encuentro de Sagamore con la furgoneta de pañales.

De cualquier forma, después del ensayo general de *Angel Street*, el vestido rojo quedó encerrado en el armario... excepto las muchas ocasiones en que Owen se lo ponía al maniquí. Debía de percibir un desafío especial en el disgusto de mi madre por ese vestido. Al maniquí le quedaba estupendo.

Sólo consigno todo esto para demostrar que Owen estaba tan familiarizado como yo con ese maniquí... aunque no de noche. No estaba acostumbrado a la penumbra de la habitación de mi madre cuando dormía y el maniquí la custodiaba: un cuerpo inconfundible, de perfil, una silueta perfecta. El maniquí permanecía tan inmóvil que daba la impresión de estar contando cuántas veces respiraba mi madre.

Una noche, en 80 Front Street —Owen estaba en la otra cama de mi habitación—, tardamos mucho en conciliar el sueño porque oíamos toser a Lydia pasillo abajo. Justo cuando creíamos que había superado un acceso de tos, o que había muerto, empezaba de nuevo. Yo no llevaba mucho tiempo durmiendo cuando Owen me despertó; estaba tan inmerso en un sueño reciente y profundo que no pude moverme: tenía la impresión de estar tendido en un ataúd muy afelpado y de que mis deudos me empujaban hacia bajo, aunque yo hacía todo lo posible por levantarme de entre los muertos.

—ME SIENTO MAL —estaba diciendo Owen.

—¿Vas a vomitar? —le pregunté, aunque seguía paralizado; ni siquiera podía abrir los ojos.

—NO SE —contestó—. ME PARECE QUE TENGO FIEBRE.

—Ve a decírselo a mi madre.

—CREO QUE ES UNA ENFERMEDAD RARA —dijo Owen.

—Ve a decírselo a mi madre —repetí. Lo oí chocar contra la silla del escritorio. Oí que mi puerta se abría y se cerraba. Oí sus manos rozando la pared del pasillo. Lo oí detenerse con mano temblorosa ante el pomo de la puerta de mi madre; tuve la impresión de que esperó allí muchísimo tiempo.

Entonces pensé: se llevará una sorpresa con el maniquí. Quise gritarle: «No te asustes con el maniquí; parece un fantasma con esa extraña luz». Pero yo estaba hundido en mi ataúd onírico y tenía la boca cerrada a cal y canto. Esperaba que gritara. Eso es lo que haría, estaba seguro; oiría un gemido espeluznante,

«¡AAAAAAHHHHHHH!», y toda la casa permanecería horas enteras en vela. De lo contrario, en un ataque de valentía, Owen le haría un placaje al maniquí y forcejearía con él hasta tirarlo al suelo.

Pero mientras imaginaba lo peor del encuentro de Owen con el maniquí, me di cuenta de que había vuelto a mi habitación y estaba junto a mi cama, tirándome del pelo.

—¡DESPIERTA! ¡PERO NO HAGAS RUIDO! —susurró—. TU MADRE NO ESTA SOLA. HAY ALGO EXTRAÑO EN SU CUARTO. ¡VEN A VER! ¡CREO QUE ES UN ÁNGEL!

—¿Un ángel?

—¡CHSSSSSSS!

Ahora estaba completamente despierto y ansioso por verlo hacer el ridículo, y no dije una sola palabra del maniquí; le cogí la mano y atravesamos el pasillo hasta la habitación de mi madre. Owen estaba temblando.

—¿Cómo sabes que es un ángel? —susurré.

—¡CHSSSSSSS!

Entramos subrepticamente en el dormitorio de mi madre, arrastrándonos boca abajo como tiradores emboscados que tratan de ponerse a cubierto, hasta que fue visible toda la cama: su cuerpo en un signo de interrogación invertido, el maniquí de pie a su lado.

Un rato después, Owen dijo:

—SE HA IDO. DEBIÓ DE VERME LA PRIMERA VEZ.

Señalé inocentemente al maniquí.

—¿Qué es eso? —susurré.

—¡EL MANIQUÍ, IDIOTA! EL ÁNGEL ESTABA AL OTRO LADO DE LA CAMA.

Le toqué la frente: abrasaba.

—Owen, tienes fiebre —dije.

—VI A UN ÁNGEL —insistió.

—¿Sois vosotros, chicos? —preguntó mi madre, aletargada.

—Owen tiene fiebre —dije—. Se siente mal.

—Ven aquí, Owen —dijo mi madre, sentándose. Owen se acercó a ella, que le tocó la frente y me pidió que le fuera a buscar una aspirina y un vaso de agua.

—Owen vio a un ángel —dije.

—¿Has tenido una pesadilla, Owen? —le preguntó mi madre, mientras él se deslizaba en la cama a su lado.

La voz de Owen sonó amortiguada por las almohadas:

—NO EXACTAMENTE.

Cuando volví con el agua y la aspirina, mi madre se había quedado dormida,

rodeando con un brazo a Owen; éste, con sus orejas sobresalientes extendidas en la almohada y el brazo de ella a través de su pecho, parecía una mariposa atrapada por un gato. Consiguió tomar la aspirina y beber el agua sin molestar a mi madre, y me devolvió el vaso con expresión estoica.

—ME QUEDARE AQUÍ —dijo valerosamente—. POR SI VUELVE.

Me pareció tan absurdo que no pude mirarlo.

—Creí oírte decir que era un ángel —susurré—. ¿Qué mal puede hacer un ángel?

—NO SE QUE CLASE DE ÁNGEL ERA —respondió en un susurro y mi madre se movió dormida; apretó más aún a Owen, lo que debió de asustarlo y emocionarlo simultáneamente. Volví solo a mi cuarto.

¿En qué disparate se inspiró Owen Meany para lo que más adelante denominaría PAUTA? ¿En su febril imaginación? Años después, cuando hizo referencia a ESA FATÍDICA PELOTA, lo corregí, impaciente.

—Ese *accidente*, querrás decir.

Se puso furioso cuando sugerí que *cualquier cosa* era un «accidente», especialmente cualquier cosa que le hubiese ocurrido a él; en el tema de la predestinación, Owen Meany acusaba a Calvin de mala fe. No había accidentes; había una razón para la existencia de esa pelota de béisbol... así como había una razón para que él fuese tan pequeño, y una *razón* para que tuviera esa voz. En su opinión, había INTERCEPTADO A UN ÁNGEL, había PERTURBADO A UN ÁNGEL EN FUNCIONES, había ALTERADO EL ESQUEMA DE LAS COSAS.

Ahora comprendo que en ningún momento creyó ver a un ángel de la guarda; estaba completamente convencido, especialmente después de ESA FATÍDICA PELOTA, que había interrumpido al Ángel de la Muerte en funciones. Aunque (entonces) no me describió la trama de esta Narrativa Divina, sé que eso era lo que creía: él, Owen Meany, había interrumpido al Ángel de la Muerte en su santa misión; el ángel había delegado la tarea... asignándosela *a él*. ¿Cómo pudieron estas fantasías llegar a ser tan monstruosas y tan convincentes para Owen?

Mi madre estaba demasiado amodorrada para tomarle la temperatura, pero es un hecho que tenía fiebre, y que su fiebre lo llevó a pasar una noche en la cama de ella, en sus brazos. ¿No habrá contribuido su excitación por encontrarse allí con mi madre —no digamos la fiebre— a su disposición a permanecer despierto y con los ojos bien abiertos, alerta para la llegada del *siguiente* intruso, fuera ángel o fantasma o desventurado miembro de la familia? Yo creo que sí.

Horas después, llegó a la habitación de mi madre la segunda aparición temible. Digo «temible» porque en esa época Owen le tenía miedo a mi abuela; debía de haber percibido su repugnancia por el negocio del granito. Yo había dejado encendida la luz del baño de mi madre y abierta la puerta que daba al pasillo; peor aún, había dejado abierto el grifo de agua fría (cuando llené un vaso para que Owen tomara la aspirina).

Mi abuela siempre afirmaba que oía el contador de la electricidad registrando cada kilovatio; en cuanto oscurecía, seguía a mi madre por toda la casa, apagando las luces que ella encendía. Y aquella noche, además de notar que había quedado una luz encendida, mi abuela oyó correr el agua, ya fuese en la bomba del sótano, o en el grifo propiamente dicho. Al encontrar el baño en semejante abandono, mi abuela pasó a la habitación de mi madre... preocupada por la idea de que hubiese enfermado, o indignada por su dejadez presupuestaria y decidida a reprochárselo, aunque tuviese que despertarla.

Mi abuela podría haberse limitado a apagar la luz, cerrar el grifo y volver a la cama, *si* no hubiese cometido el error de cerrar el grifo de agua fría en sentido contrario al que correspondía: lo *abrió* mucho más, duchándose con un rocío de agua helada, ya que había estado corriendo horas enteras. Se empapó el camisón y tendría que cambiárselo. Esto debió de ser lo que la llevó a despertar a mi madre, que no sólo había estado desperdiciando electricidad y agua, sino que la había dejado calada hasta los huesos en su esfuerzo por acabar con la pérdida de energía inutilizada. Sospecho, en consecuencia, que al entrar en la habitación de mi madre, su talante no era precisamente sereno. Y aunque Owen estaba preparado para ver a un ángel, debía de esperar que hasta el Ángel de la Muerte reaparecería con un humor tranquilo.

Mi abuela, chorreando agua —con su camisón habitualmente suelto ahora pegado a su cuerpo encorvado y adusto, el pelo cubierto de rulos, la cara con una gruesa capa de crema del color inane de la luna— *irrumpió* en la habitación de mi madre. Fue necesario que pasaran varios días para que Owen me contara lo que pensó: cuando ahuyentas al Ángel de la Muerte, el Plan Divino convoca a un tipo de ángeles que no puedes ahuyentar, e incluso te llaman por tu nombre.

—¡Tabitha! —dijo mi abuela.

—¡AAAAAAHHHHHH!

Owen Meany pegó tal alarido que mi abuela se quedó sin respiración. Vio al lado de mi madre, en la cama, a un minúsculo demonio que se erguía rígido, impulsado por una fuerza tan repentina e irreal que mi abuela imaginó que se disponía a volar. Mi madre parecía levitar junto a él. Lydia —que todavía tenía las dos piernas— saltó de la cama y corrió golpeándose con la cómoda; durante días exhibió su nariz amoratada. Sagamore, al que faltaba poco para su cita con la furgoneta de pañales, despertó a Mr. Fish con sus ladridos. Por todo el barrio sonaron estrepitosas las tapas de los cubos de basura... mientras gatos y mapaches huían de la ululante sirena de Owen Meany. Un reducido grupo de ciudadanos de Gravesend debió de rodar en su cama, imaginando que el Ángel de la Muerte había ido, evidentemente, a buscar a *alguien*.

—Tabitha —dijo mi abuela al día siguiente—. Me parece sumamente extraño e impropio que permitas a ese diablillo dormir en tu cama.



—Tenía fiebre —dijo mi madre—. Y yo estaba muy dormida.

—Ese chico tiene algo más grave que fiebre, siempre —diagnosticó mi abuela—. Se comporta y habla como si estuviera poseído.

—Tú le encuentras defectos a todo el que no es absolutamente perfecto —respondió mi madre.

—Owen creyó ver a un ángel —le expliqué a mi abuela.

—¿Pensó que yo era un ángel? —preguntó mi abuela—. Ya te dije que estaba poseído.

—Owen es un ángel —apostilló mi madre.

—Ni soñarlo —se apresuró a decir mi abuela—. Es un *ratón*. ¡El Ratón de Granito!

Cuando Mr. Fish nos vio en nuestras bicis, nos hizo señas de que nos acercáramos; fingía reparar una estaca suelta de su cerca, pero en realidad estaba vigilando nuestra casa... esperando a que alguien saliera.

—¡Hola, chicos! —dijo—. Vaya alboroto el de anoche. Supongo que lo habréis oído.

Owen meneó la cabeza.

—Yo oí ladrar a Sagamore —dije.

—¡No, no... antes! —dijo Mr. Fish—. Quiero decir si no oísteis lo que lo hizo ladrar. ¡Qué gritos! ¡Qué aullido! ¡Menudo cacao!

En cuanto recuperó el aliento, mi abuela también había gritado, y por supuesto Lydia gritó, tras chocar con su cómoda. Tiempo después Owen dijo que mi abuela había emitido un LAMENTO COMO EL DE UN HADA MALIGNA, aunque ni remotamente del calibre de su propio alarido.

—Owen creyó ver a un ángel —le expliqué a Mr. Fish.

—No parecía un ángel muy *bueno*, Owen —conjeturó Mr. Fish.

—BIEN, EN REALIDAD —reconoció Owen—, PENSÉ QUE MISSUS WHEELWRIGHT ERA UN FANTASMA.

—¡Ah, eso lo explica todo! —concluyó Mr. Fish comprensivamente. Él le tenía tanto miedo como Owen a mi abuela; al menos en todas las cuestiones concernientes a los reglamentos zonales y el tráfico de Front Street, siempre era muy deferente con ella.

Vaya frase: «¡Eso lo explica todo!». Hoy sé que no debo pensar que *nada* «explica nada».

Más adelante le conté toda la historia a Dan Needham, por supuesto... incluida la convicción de Owen de haber interceptado al Ángel de la Muerte y cómo le había sido asignada su misión. Pero una de las cosas que no noté de Owen fue su precisión: siempre expresaba todo *literalmente*, característica nada habitual en el lenguaje infantil. Durante años dijo: «NUNCA OLVIDARE A TU ABUELA EMITIENDO

UN LAMENTO COMO EL DE UN HADA MALIGNA». Pero no le presté atención; apenas me acordaba de que mi abuela hubiese hecho tanto jaleo... lo que recordaba era el alarido de Owen. Además pensaba que sólo era una expresión —«lamentarse como un hada maligna»— y no entendía por qué Owen le daba tanta importancia a la conmoción de mi abuela. Debí de repetirle textualmente a Dan Needham las palabras de Owen, porque años después me preguntó:

—¿Dijo Owen que tu abuela era un *hada maligna*?

—Dijo que había «emitido un lamento como el de un hada maligna» —repetí.

Entonces Dan cogió el diccionario; chasqueó la lengua, sacudió la cabeza y rió para sus adentros, diciendo:

—¡Ese chico! ¡Qué chico! ¡Brillante aunque absurdo!

Entonces supe por primera vez, *literalmente*, qué era un hada maligna: en el folklore irlandés, es un espíritu femenino cuyo lamento es señal de que en breve morirá un ser querido.

Dan Needham tenía razón, como de costumbre: «brillante aunque absurdo», una descripción atinada de Ratón del Granito; exactamente lo que yo pensaba que era Owen Meany, «brillante aunque absurdo». A medida que fue pasando el tiempo — como ya se verá—, quizá no tan absurdo.

A toda la ciudad, y a nosotros los Wheelwright, nos pareció un giro de ciento ochenta grados en el carácter de mi madre que mantuviera un noviazgo de cuatro años con Dan Needham, antes de consentir en casarse con él. Como diría mi tía Martha, mi madre no había esperado cinco minutos para «echar la cana al aire» cuyo producto fui yo. Pero tal vez ése fuera el motivo: si su propia familia, además de toda la ciudad, albergaba sospechas respecto de su moralidad —en relación con la facilidad con que, podían suponer, se dejaba convencer de cualquier cosa—, el prolongado compromiso con Dan Needham les demostró, por cierto, un par de cosas. Porque desde el principio fue obvio que Dan y mi madre estaban enamorados. Él sólo se dedicaba a ella. Ella no salió con ningún otro, en el plazo de unos pocos meses «se prometieron», y para todos era evidente cuánto me gustaba Dan. Hasta mi abuela, siempre alerta ante lo que temía fuese la proclividad de su díscola hija a precipitarse, estaba impaciente con ella porque no fijaba fecha para la boda. El encanto personal de Dan Needham —sin mencionar lo bien que cayó en la comunidad de Gravesend Academy— había desarmado rápidamente a mi abuela.

En general mi abuela no se dejaba desarmar rápidamente... por nadie. No obstante, estaba prendada de la magia que Dan llevó a los aficionados del grupo Gravesend Players, hasta el punto de aceptar un papel en *La esposa fiel*, de Maugham; era la majestuosa madre de la esposa engañada, y demostró poseer el perfecto toque frívolo para la comedia de salón: ejemplificaba el tipo de sofisticación del que muy bien todos podríamos prescindir. Incluso descubrió un acento británico

sin indicaciones de Dan, que no era ningún tonto y comprendió que un acento británico no había estado nunca profundamente oculto en Harriet Wheelwright: sólo necesitaba la oportunidad de sacarlo a relucir.

«Odio dar respuestas directas a preguntas directas», decía mi abuela en el papel de Mrs. Culver, imperiosamente... y del todo identificada con el personaje. En otro momento memorable, comentando la aventura de su yerno con la «mejor amiga» de su hija, racionalizaba: «Si John ha de engañar a Constance, es bueno que sea con alguien a quien todos conocemos». Bien, mi abuela estuvo tan maravillosa que la sala se vino abajo con los aplausos; fue una representación grandiosa, algo desaprovechada —a mi juicio— en los pobres John y Constance, insípidamente interpretados por un tímido Mr. Fish —nuestro vecino amante de su perro (y actor regularmente seleccionado por Dan)— y por la tiránica Mrs. Walker, cuyas piernas eran su rasgo más sexy —y quedaban casi completamente cubiertas por los vestidos largos adecuados a este tipo de comedia. Mi abuela, a quien la falsa modestia volvía remilgada, se limitó a decir que siempre había captado muy especialmente el año 1927... y no lo dudo: entonces debía de ser una joven hermosa; «y tu madre», me dijo, «era más joven que tú ahora».

¿Entonces por qué esperaron cuatro años Dan y mi madre?

Si hubo discusiones, si hubo que salvar diferencias de opinión, nunca las presencié ni las oí. Habiendo sido tan indecorosa como para tenerme y no darme nunca una explicación, ¿no se estaba mostrando excesivamente decorosa la segunda vez? ¿Dan era precavido con ella? Nunca me lo pareció. Solía preguntarme a mí mismo si no sería yo el problema. Pero quería a Dan, quien a su vez me daba todos los motivos para sentir que me quería. Sé que me quería; todavía me quiere.

—¿Es por los hijos, Tabitha? —le preguntó mi abuela una noche mientras cenábamos. Lydia y yo aguzamos el oído—. Me refiero a si él desea tenerlos... y tú *no*. ¿O al revés? No creo que debas preocuparte por tener o no tener hijos, Tabitha... no si el precio es un hombre tan encantador y leal.

—Sólo estamos esperando a estar seguros —dijo mi madre.

—¡Cielos, ya tendríais que estar seguros! —exclamó mi abuela—. Hasta yo estoy segura, y Johnny también lo está. ¿No estás segura tú, Lydia?

—Seguro que estoy segura —respondió Lydia.

—Los hijos no son el problema —dijo mi madre—. No hay ningún problema.

—Hay gente que se ha decidido por el sacerdocio en menos tiempo del que a ti te lleva casarte —comentó mi abuela.

Lo de decidirse por el sacerdocio era una expresión predilecta de Harriet Wheelwright; siempre la manifestaba en relación con alguna tontería inaguantable, alguna dificultad autoimpuesta, alguna acción tan inhumana como estafalaria. Mi

abuela se refería al sacerdocio católico; sé que una de las cosas que la alteraban acerca de la posibilidad de que mi madre se pasara conmigo a la Iglesia Episcopal era que los episcopalianos tenían sacerdotes y obispos... y hasta los de la «baja iglesia» eran mucho más semejantes a los católicos que los congregacionalistas, en su opinión. Algo bueno de mi abuela es que nunca supo mucho sobre los anglicanos.

Durante su largo noviazgo, Dan y mi madre asistían a los servicios congregacionalistas y episcopalianos, como si en secreto estuvieran siguiendo un seminario teológico de cuatro años, y también mi ingreso en la escuela dominical episcopaliana fue gradual; por sugerencia de mi madre, asistí a varias clases antes de que se casaran, como si ella ya supiera adonde nos dirigíamos. Y fue asimismo gradual la forma en que finalmente mi madre dejó de ir a Boston para sus lecciones de canto. Nunca percibí ningún indicio de que a Dan le molestara en lo más mínimo este ritual, aunque recuerdo que mi abuela le preguntó a mi madre si Dan ponía objeciones a que pernoctara una noche por semana en Boston.

—¿Por qué lo iba a hacer? —preguntó a su vez mi madre.

La respuesta —que no fue manifiesta— era tan obvia para mi abuela como para mí: el candidato más verosímil para la condición nunca reclamada de padre mío y misterioso amante suyo, era ese «famoso» maestro de canto. Pero ni mi abuela ni yo nos atrevimos a postular esta teoría delante de mi madre, y estaba claro que a Dan Needham no le preocupaba la consecución de las lecciones ni la noche semanal fuera de casa; por el contrario, Dan poseería algún conocimiento tranquilizador que permanecía secreto para mi abuela y para mí.

—TU PADRE NO ES EL MAESTRO DE CANTO —me dijo Owen Meany con tono objetivo—. ESO SERIA DEMASIADO OBVIO.

—Estamos hablando de la vida real, Owen —dije—. Esto no es una novela de misterio. —En la vida real, quería decir, no estaba escrito que el padre ausente no pudiera ser OBVIO... aunque de hecho yo tampoco pensaba que fuera el maestro de canto. Sólo era el candidato más probable por ser el *único* en quien podíamos pensar mi abuela y yo.

—SI FUERA ÉL, ¿PARA QUE MANTENERLO EN SECRETO? —preguntó Owen—. SI FUERA ÉL, ¿NO LO VERÍA TU MADRE MÁS DE UNA VEZ POR SEMANA... O DEJARÍA DE VERLO DEFINITIVAMENTE?

De todos modos, era un poco cogido por los pelos pensar que el maestro de canto fuese la razón por la que mi madre y Dan no se casaron en cuatro años. Así, llegué a la conclusión que Owen etiquetaría de DEMASIADO OBVIA: Dan esperaba a tener más información sobre *mí*, y mi madre no se la proporcionaba. ¿Acaso no era razonable que Dan quisiera conocer la historia del autor de mis días? Y sé que mi madre nunca se la habría relatado. Pero Owen censuró también esta idea.

—¿NO VES CUANTO AMA DAN A TU MADRE? —me preguntó—. ¡LA

QUIERE TANTO COMO NOSOTROS! ¡JAMAS LA FORZARÍA A CONTARLE NADA!

Ahora lo creo. Owen tenía razón. Esa demora de lo obvio durante cuatro años era harina de otro costal.

Dan pertenecía a una familia de gran pujanza; todos eran médicos y abogados, y desaprobaban a Dan por no haber seguido una carrera más seria. Que se hubiera graduado en Harvard y no *siguiera* en la facultad de derecho, que no *siguiera* en la facultad de medicina... era índice de una pereza criminal; Dan provenía de una familia muy proclive a *seguir* adelante. No les gustó nada que *terminara* como simple profesor de escuela preparatoria, y que se entregara a su pasatiempo de las representaciones teatrales para aficionados: consideraban que estas nimiedades no eran dignas de una inclinación adulta. También desaprobaban a mi madre... y con esto Dan puso fin a la relación con su familia. La llamaban «la divorciada»; supongo que en la familia Needham nunca se había divorciado nadie, de modo que eso era lo peor que podía decirse de una mujer... peor aún que designar a mi madre por lo que realmente era: una madre soltera. Quizás a sus ojos una madre soltera significaba una simple desgracia, en tanto una divorciada involucraba *intencionalidad*: era una mujer que tenía el deliberado propósito de atrapar a su malogrado Dan.

No recuerdo bien a la familia de Dan; en la boda, decidieron no mezclarse. Mi abuela estaba indignada de que hubiese gente que realmente se atreviera a ser condescendiente con ella... a tratarla como a una provinciana melindrosa. Recuerdo que la madre de Dan tenía una lengua viperina y que cuando me la presentaron, dijo:

—De modo que éste es *el niño*. —A ello siguió un lapso en el que realizó un escrutinio a fondo de mi cara... en busca de algún indicativo revelador de la casta de mi progenitor ausente, sospeché. Pero eso es todo lo que recuerdo. Dan se negó a seguir tratándolos. No puedo pensar que jugaran ningún papel en el «compromiso» de cuatro años de duración.

Y entre comparaciones y contrastes de naturaleza teológica, nunca finalizaba la aprobación religiosa para unir a Dan y mi madre; de hecho, había *doble* aprobación: los congregacionalistas y los episcopalianos daban la impresión de competir por el privilegio de que Dan y mi madre rezaran con ellos. En mi opinión, no tendría que haber habido ninguna controversia; por descontado que me gustaba tener la oportunidad de alzar a Owen en el aire en la escuela dominical, pero esa era la única ventaja de los episcopalianos con respecto a los congregacionalistas.

No sólo existían las diferencias que he mencionado —de naturaleza atmosférica y arquitectónica—, junto con las diferencias eclesiásticas que volvían el servicio episcopal mucho más católico que el congregacional... CATÓLICO CON MAYÚSCULA, como decía Owen. También había amplias diferencias entre el reverendo Lewis Merrill —que me gustaba— y el reverendo Dudley Wiggin, rector

de la Iglesia Episcopal, que era aburrido como una ostra.

Al comparar a estos dos sacerdotes tan sucintamente como lo he hecho, confieso que me estaba inspirando en una dosis de snobismo nada despreciable, heredada de mi abuela Wheelwright. Los congregacionalistas tenían *pastores*: el reverendo Lewis Merrill era nuestro pastor. Si creces oyendo esta palabra reconfortante, te resultará difícil aceptar a los *rectores*. La Iglesia Episcopal tenía rectores: el reverendo Dudley Wiggin era el rector de Christ Church, Gravesend. Yo compartía el disgusto de mi abuela por el término *rector*, sonaba demasiado semejante a *rectum* para ser tomado en serio.

Pero habría sido difícil tomarse en serio al reverendo Dudley Wiggin aunque hubiese sido pastor. Mientras el reverendo Mr. Merrill había cedido a su vocación de joven —siempre había estado en, y sido de, la iglesia—, el reverendo Mr. Wiggin era un expiloto de aviación; algún problema en la vista lo había obligado a retirarse prematuramente de los cielos, y había descendido a nuestra recelosa ciudad con un fervor recién descubierto: el celo del converso que se dota a sí mismo de la saludable pero frenética apariencia de uno de esos ciudadanos «de la tercera edad» que persisten en participar en vigorosas competiciones deportivas en la categoría de mayores de cincuenta. En tanto el pastor Merrill hablaba en un lenguaje culto —se había especializado en literatura inglesa en Princeton, había asistido a los seminarios de Niebuhr y Tillich en la Unión Teológica—, el *rector* Wiggin pronunciaba homilías de expiloto; en el púlpito era un tronido carente de dudas.

Lo que hacía infinitamente más atractivo a Mr. Merrill era que estaba *plagado* de dudas; expresaba *nuestras* dudas de la forma más elocuente y comprensiva. En su perspectiva totalmente lúcida y convincente, la Biblia es un libro con una trama problemática, aunque una trama que puede entenderse: Dios nos crea por amor, pero nosotros no necesitamos a Dios, o no creemos en Él, o le prestamos muy poca atención. No obstante, Dios sigue amándonos... al menos continúa tratando de llamar nuestra atención. El pastor Merrill hacía que la religión pareciera *razonable*. Y el ardid para tener fe, decía, consistía en que era necesario creer en Dios *sin* una prueba grandiosa o siquiera remotamente tranquilizadora en el sentido de que no habitamos en un universo sin Dios.

Aunque conocía las mejores historias —o como mínimo las menos aburridas— de la Biblia, Mr. Merrill resultaba más interesante porque nos tranquilizaba inculcándonos que la duda era la esencia de la fe y no su adversario. En comparación, lo que había visto el reverendo Dudley Wiggin que lo llevó a creer en Dios, lo había visto absolutamente... con toda probabilidad pilotando un avión demasiado cerca del sol. El rector *no* tenía el don del lenguaje, y era ciego a la duda o a la inquietud de cualquier índole; tal vez el problema de la «vista» que lo había obligado a retirarse prematuramente de las líneas aéreas, era en realidad un eufemismo para expresar la

potencia eneguedora de su total conversión religiosa... porque Mr. Wiggin era intrépido hasta el punto de transformarse en un piloto imprudente, hasta el punto de transformarse en un delirante como predicador.

Hasta sus selecciones de la Biblia eran extravagantes; un autor satírico no las habría elegido mejor. El reverendo Mr. Wiggin era especialmente aficionado a la palabra «firmamento»; siempre había un firmamento en sus selecciones de la Biblia. Y le encantaban todas las alusiones a la fe como una *batalla* que había de librarse encarnizadamente y ganarse; la fe era una guerra en la que se combatía contra los *adversarios* de la fe. «¡Vestíos de toda la armadura de Dios!», desvariaba. Nos decía que debíamos usar «los vestidos de la cota de la justicia»; nuestra fe era un «escudo» contra «los dardos de fuego del maligno». El rector decía que él llevaba un «yelmo de salvación». Esto es de los efesios; Mr. Wiggin era un fanático de los efesios. También pegaba gritos para hablar de Isaías... sobre todo cuando dice que «el Señor está sentado sobre un trono»; el rector era un entusiasta del Señor en un trono. El Señor está rodeado de serafines. Uno de éstos vuela hasta Isaías, quien se está quejando de que es «un hombre inmundo de labios». Aunque no por mucho tiempo, según el propio Isaías. El serafín le toca la boca con «un carbón encendido» e Isaías queda como nuevo.

Eso es lo que nos contaba el reverendo Dudley Wiggin: los milagros más inverosímiles.

—NO ME GUSTA EL SERAFÍN —protestó Owen—. ¿QUÉ SENTIDO TIENE SER ASUSTADIZO?

Pero aunque Owen coincidía conmigo en que el rector era un imbécil que amañaba la Biblia para creyentes indecisos, asaltándonos con lo peor de Dios el Todopoderoso y Dios el Terrible... y aunque reconocía que los sermones del reverendo Mr. Wiggin eran tan entretenidos y convincentes como la voz de un piloto por el intercomunicador —detallando dificultades técnicas mientras el avión se precipita a tierra en picado y las azafatas gritan—, en realidad prefería a Wiggin a lo poco que sabía del pastor Merrill. Debo agregar que no era mucho lo que Owen conocía sobre Mr. Merrill: nunca había sido congregacionista. Pero Merrill era un predicador *tan* popular que los feligreses de las demás iglesias de Gravesend se saltaban a menudo un oficio propio para ir a escuchar sus sermones. Hasta Owen lo hacía de vez en cuando, pero siempre con oído crítico. Incluso cuando Gravesend Academy concedió al pastor Merrill el honor intelectual de nombrarlo predicador invitado asiduo de la iglesia aconfesional de la academia, Owen se mostró crítico.

—LA FE NO ES UNA CUESTIÓN INTELECTUAL —se quejó—. SI TIENE TANTAS DUDAS, SE HA EQUIVOCADO DE PROFESIÓN.

¿Pero quién, aparte de Owen Meany y el rector Wiggin, dudaba *tan poco*? La cuestión de la fe era innata en Owen, pero mi aprecio por Mr. Merrill y mi desdén por

Mr. Wiggin se basaban en el sentido común. Yo los miraba con ojos específicamente yanquis; el Wheelwright que había en mí era totalmente favorable a Lewis Merrill, totalmente opuesto a Dudley Wiggin. Los Wheelwright no nos tomamos a broma la apariencia de las cosas. A menudo las cosas *son* lo que parecen. Las primeras impresiones cuentan. Ese templo de culto limpio y bien iluminado que era la Iglesia Congregacionalista —sus prístinas tablillas blancas, sus ventanas altas y claras que permitían ver las ramas contra el cielo— fue una primera impresión que perduró en mí; era un modelo de pureza y sensatez contra el que la lobreguez episcopaliana de piedra, tapizados y vidrieras no podía plantear ninguna competencia válida. Además, el pastor Merrill era apuesto... en un estilo nervioso, pálido, ligeramente desnutrido. Su cara era inmadura; una repentina sonrisa, encantadora y turbada, contradecía una mirada de preocupación casi constante que habitualmente le daba el aspecto de un niño angustiado. Un mechón de pelo errante caía sobre su frente cuando bajaba la vista hacia su sermón o se inclinaba sobre la Biblia; este problema era el travieso resultado de un pronunciado pico puntiagudo en el nacimiento del pelo, que contribuía aún más a su aspecto infantil. Y siempre extraviaba las gafas, que aparentemente no necesitaba... quiero decir que podía leer sin ellas, que podía mirar a su congregación sin ellas (al menos sin parecer ciego); luego, de sopetón, las buscaba frenéticamente. Era simpático, y también lo era su leve tartamudeo, pues nos ponía nerviosos por él: teníamos miedo de que le fuera arrebatada su elocuencia y quedara fulminado por una parálisis total del habla. Articulaba bien, pero nunca daba la impresión de que le resultara fácil pronunciar discursos; por el contrario, demostraba lo difícil que era esclarecer su fe al tiempo que sus dudas; lo esforzado que era hablar bien a pesar del tartamudeo.

Además, lo compadecíamos por su familia, y este hecho incrementaba su encanto. Su mujer era de la soleada California. Mi abuela solía conjeturar que había sido una de esas rubias muy activas, permanentemente bronceada... un tipo saludable, aunque persuadida con demasiada facilidad de que la buena salud y la energía ilimitada para las buenas acciones eran el resultado natural de la vida limpia y los valores prácticos. Nadie le había dicho que con tiempo inclemente no abundan tanto la salud, la energía y la obra del Señor. Mrs. Merrill sufría en New Hampshire.

Padecía visiblemente. Sus cabellos rubios se convirtieron en paja seca; las mejillas y la nariz se volvieron de color salmón crudo, le lloraban los ojos y cogía todas las gripes, todos los catarros que aparecían; ninguna epidemia la pasaba por alto. Horrorizada por la pérdida de su tez californiana, probó a maquillarse, lo que volvió arcilloso su cutis. Ni siquiera se ponía morena en verano; en invierno estaba tan pálida que lo único que podía hacer bajo el sol era quemarse. Siempre estaba enferma, lo que se llevó toda su energía; se volvió apática; adquirió tipo de matrona y la vaga mirada desenfocada de alguien de más de cuarenta años que puede tener



sesenta... o cumplirlos mañana.

Todo esto le ocurrió a Mrs. Merrill mientras sus hijos todavía eran pequeños; también ellos salieron enfermizos. Aunque eran buenos estudiantes, enfermaban tan frecuentemente y perdían tantos días de clase que tenían que repetir cursos enteros. Dos de ellos eran mayores que yo, aunque no mucho; uno de ellos fue incluso degradado a mi curso... no recuerdo cuál, ni siquiera recuerdo de qué sexo. Y en esto consistía otro de los problemas de los niños Merrill: eran totalmente olvidables. Si no los veías unas semanas seguidas, al volver a encontrártelos creías que habían sido reemplazados por otros niños.

El reverendo Lewis Merrill daba la impresión de ser un hombre sencillo que, con educación y dedicación, se había elevado por encima de su mediocridad; su elevación se manifestaba en su don de la palabra. Pero su familia funcionaba con una insipidez tan virulenta que la opacidad de su mujer e hijos eclipsaban incluso su predisposición a la enfermedad, que era notable.

Se decía que Mrs. Merrill tenía problemas con la bebida... o, al menos, que su modesta ingestión de alcohol entraba en conflicto con su larga lista de medicamentos recetados. Una vez uno de los hijos se tragó *todas* las medicinas que había en la casa y tuvieron que hacerle un lavado de estómago. Y después de una especie de charla edificante que Mr. Merrill dio a la clase más joven de la escuela dominical, uno de sus propios hijos le tiró del pelo y le escupió a la cara. Cuando los niños Merrill se estaban haciendo mayorcitos, uno de ellos profanó un cementerio.

Ese era nuestro pastor, evidentemente brillante, evidentemente aferrado a los elementos más *reflexivos* de la fe religiosa y de la duda; y sin embargo, Dios había maldecido a su familia... evidentemente.

No existía comprensión comparable para el reverendo Dudley Wiggin... *capitán* Wiggin, lo llamaban sus críticos más severos. De tipo robusto y sanote, su sonrisa parecía una cuchillada en su cara, el rictus afectado de un superviviente desasosegado. Tenía la pinta de un antiguo piloto *derribado*, un veterano de los aterrizajes de emergencia, o un estrellado. Dan Needham me contó que el capitán Wiggin había sido piloto de bombardero durante la guerra, y Dan tenía que saberlo: había sido sargento en Italia y en Brasil, donde prestó servicios como técnico criptográfico. Incluso Dan estaba anonadado por la tosquedad con que Dudley Wiggin dirigía la representación navideña... y eso que Dan era más tolerante con el teatro de aficionados que el término medio de los lugareños de Gravesend. Mr. Wiggin inyectaba una especie de elemento de película de terror en el milagro de la Navidad; para el rector, toda historia de la Biblia era —si se la entendía correctamente— amenazadora.

Y su mujer no había sufrido, eso estaba claro. Antigua azafata, Barbara Wiggin era una pelirroja descarada y confianzuda; Mr. Wiggin la llamaba «Barb», y así se

presentaba ella en sus múltiples llamadas telefónicas motivadas por fines caritativos.

«¡Hola! ¡Soy Barb Wiggin!», decía. «¿Está tu mami o tu papi?».

Y era una auténtica *púa*, cuando no un dardo,<sup>[2]</sup> para Owen, porque disfrutaba levantándolo por los pantalones... lo cogía del cinturón, con el puño en la barriga de mi amigo, y lo alzaba hasta su cara de azafata: un rostro francamente bonito, sano y eficaz. «¡Vaya si eres mooono!», le decía. «¡No te atrevas a crecer!».

Owen la odiaba; siempre le pedía a Dan que le adjudicara un papel de prostituta o de corruptora de menores, pero los Gravesend Players no contaban con muchos papeles de esa clase y Dan reconocía que no se le ocurría ningún otro para ella. Los niños Wiggin eran deportistas grandotes y torpes, irritantemente «esféricos». Todos los Wiggin «peloteaban» en partidos informales que organizaban los domingos por la tarde en los terrenos de la casa parroquial. Sin embargo —¡increíble!— nos trasladamos a la Iglesia Episcopal. No por el fútbol, que Dan despreciaba tanto como mi madre y yo. Sólo puedo conjeturar que habían hablado de tener descendencia y Dan quería que sus hijos fuesen bautizados como episcopalianos, aunque como ya he dicho, nada relativo a la iglesia parecía importarle demasiado. Tal vez mi madre se tomó el episcopalianismo de Dan más en serio que él mismo. Lo único que me explicó mi madre es que sería mejor que todos perteneciéramos a una sola iglesia, y que a Dan le importaba más la *suya* que a ella la *nuestra*. Además, agregó, ¿no era divertido para mí estar en la misma iglesia que Owen? Sí, lo era.

Menos mal que estaba Hurd's Church; este era el desafortunado nombre de la iglesia aconfesional de Gravesend Academy, en honor del fundador de la academia, el puritano sin hijos reverendo Emery Hurd. Sin el terreno neutral de Hurd's Church, mi madre podría haber tenido que iniciar una contienda interconfesional porque... ¿dónde se habría casado? Mi abuela quería que el reverendo Lewis Merrill celebrara la ceremonia, y el reverendo Dudley Wiggin tenía todas las razones para esperar que fuese *él* quien la oficiara.

Afortunadamente, existía ese territorio intermedio. Como miembro del profesorado de Gravesend Academy, Dan Needham tenía derecho a recurrir a Hurd's Church —especialmente para la importantísima boda y el casi inmediato funeral—, y esta iglesia era una obra maestra de inocuidad. Nadie recordaba la confesión del pastor de la escuela, un anciano sepulcral aficionado a las corbatas de lazo y a sujetar sus vestiduras al suelo con una punzada errante de su bastón; sufría de gota. Su función en Hurd's Church era, en términos generales, la de un afable maestro de ceremonias, pues rara vez pronunciaba personalmente un sermón; presentaba a un predicador invitado tras otro, todos más rimbombantes o polémicos que él. El reverendo «Pinky» Scammon también enseñaba religión en Gravesend Academy,

donde sus clases eran famosas por comenzar y terminar con apologías a Kierkegaard; pero el viejo Pinky Scammon también delegaba, astutamente, gran parte de la enseñanza de su curso de religión a los predicadores invitados. Invariablemente convencía al ministro del domingo para que se quedara hasta el lunes y diera su clase de ese día; Mr. Scammon dedicaba el resto de la semana a discutir con sus alumnos lo que había dicho tan interesante invitado.

El edificio de granito gris de Hurd's Church —tan sencillo que podría haber sido un registro de escrituras legales o una biblioteca municipal o una depuradora de aguas — parecía haberse conformado por su cuenta alrededor del cojeo gotoso y las facciones sepulcrales de Mr. Scammon. El templo se veía lóbrego y mezquino, pero era cómodo; los bancos eran anchos y tan suaves por el desgaste que invitaban a una siesta; la luz —absorbida por tanta piedra— era gris pero suave; la acústica, que debía de ser el único milagro de Hurd's Church, era clara y profunda. Cada predicador sonaba mejor de lo que era; cada himno era definido; cada oración era resonante; el órgano tenía un tono catedralicio. Si cerrabas los ojos —y en Hurd's Church te sentías inclinado a cerrarlos— podías fantasear que estabas en Europa.

Generaciones de estudiantes de Gravesend Academy habían tallado los atriles de los libros de himnos con los nombres de sus novias y los resultados del fútbol; generaciones de encargados de mantenimiento habían limpiado con arena las obscenidades más escandalosas, aunque de vez en cuando aparecía algún «sesos de pollón» o un «jeta de coño» recién grabado en los listones de madera que sustentaban los ajados ejemplares del *Libro de himnos del Peregrino*. Dada la penumbra del recinto, Hurd's Church era más adecuada para un funeral que para una boda, pero mi madre tuvo allí uno y otra.

La celebración de la boda en Hurd's Church fue compartida por el pastor Merrill y el rector Wiggin, quienes lograron evitar toda torpeza... o cualquier demostración abierta de que estuvieran compitiendo. El viejo Pinky Scammon asintió pacíficamente a todo lo que dijeron ambos ministros. Los elementos del oficio que permitían la improvisación quedaron en manos de Mr. Merrill, que fue breve y encantador... con su nerviosismo en evidencia, como de costumbre, sólo por su ligero tartamudeo. El pastor Merrill también tuvo que pronunciar el «Juramento de Amor». «Nos hemos reunido ante Dios para presenciar y bendecir la unión de este hombre y esta mujer en Sagrado Matrimonio...», empezó, y yo noté que la iglesia estaba de bote en bote: sólo había lugar para permanecer de pie. El claustro de la academia había acudido en rebaño, y estaban las consabidas manadas de mujeres de la generación de mi abuela, que aparecían siempre que tenían una oportunidad pública de observarla, pues para las mujeres de su edad mi abuela era lo más parecido a la realeza que había en la comunidad de Gravesend. Además, había algo especial en

que tuviese una hija «caída» que escogía ese momento para volver a las filas de la respetabilidad. Estoy seguro de que esas arpías del club de *bridge* de mi abuela pensaban que Tabby Wheelwright era una fresca por casarse de blanco. Pero en mi caso, esta sensación de la abundancia de comadreo que impregnaba la sociedad de Gravesend, es sobre todo una percepción retrospectiva. En aquel entonces, pensaba prioritariamente que era una concurrencia espléndida.

El Ministerio del Verbo fue refunfuñado por el capitán Wiggin, que no tenía ni idea de la puntuación; o pasaba por encima de todo sin solución de continuidad, o hacía pausas y contenía la respiración durante tanto tiempo, que tenías la certeza de que alguien le estaba apuntando a la cabeza con una pistola. «¡Oh! gracioso y eterno Dios, nos has creado hombre y mujer a tu imagen: sé misericordioso con este hombre y esta mujer que han venido aquí buscando tu bendición y asístelos con tu gracia», resolló.

A continuación Mr. Merrill y Mr. Wiggin se entregaron a una especie de *ping-pong*, donde cada uno de ellos puso de manifiesto su noción específica de pasajes pertinentes de la Biblia: los de Mr. Merrill fueron más «pertinentes», los de Mr. Wiggin más floridos. El rector volvió a los efesios, diciendo con tono monocorde que debíamos prestar atención al «Padre del cual es nombrada toda la parentela»; luego pasó a los colosenses y el fragmento acerca del «amor que reconcilia todas las cosas en armonía»; concluyó con Marcos: «Así que no son más dos, sino una carne».

El pastor Merrill arranco con la Canción de Salomón: «Las muchas aguas no podrán apagar el amor», leyó. Después nos atacó con los Corintios («El amor es paciente y amable») y terminó con Juan: «Que os améis los unos a los otros como yo os he amado». En ese momento Owen Meany se sonó la nariz, lo que atrajo mi atención hacia su banco, donde lo vi sentado en una precaria pila de libros de himnos... con el propósito de ver por encima de la familia Eastman en general y de tío Alfred en particular.

Siguió una recepción en 80 Front Street. Hacía un calor bochornoso, con el sol nublado, y mi abuela se quejó porque el tiempo no favorecía su rosaleda; en efecto, las rosas parecían lánguidas por la canícula. Era uno de esos días que producen un sopor que no puede refrescarse con nada inferior a una tormenta violenta. Sin embargo, la barra y las mesas de buffet se instalaron en el jardín; los hombres se quitaron la chaqueta, se arremangaron, se aflojaron la corbata y mostraron las camisas sudadas... mi abuela desaprobó en especial que dejaran las chaquetas en los setos de alheñas, que daban al habitualmente immaculado borde verde oscuro de la rosaleda el aspecto de estar regado con basura llegada con el viento desde otro punto de la ciudad. Algunas mujeres se abanicaban; varias se quitaron los zapatos de tacones altos y caminaban descalzas por el césped.

Había surgido un breve plan (enseguida abandonado) de organizar una pista de

baile en la terraza de ladrillos, pero se marchitó en un desacuerdo concerniente a la música adecuada... lo que estaba muy bien, concluyó mi abuela; quería decir que estaba muy bien que no se bailara con una atmósfera tan húmeda.

Pero fue lo que debe ser una boda estival: sofocante, momentáneamente bonita, para dar paso a un calor imbatible. Tío Alfred presumió ante mis primos y ante mí haciendo ruidos explosivos con una cerveza. Un sabueso extraviado, de una gente recién llegada a Pine Street, arrambló con varios platos de tarta de la mesa de postres y café. Mr. Meany, tan rígido y erguido en la cola de espera que parecía tener granito en los bolsillos, se ruborizó cuando le tocó besar a la novia.

—El regalo lo ha traído Owen —dijo, volviendo la cara—. Hemos traído uno solo, de parte de los dos. —Mr. Meany y su hijo llevaban los únicos trajes oscuros de la boda, y Simon le hizo un comentario a Owen sobre lo inapropiado de su solemne aspecto de escuela dominical.

—Parece como si estuvieras asistiendo a un funeral, Owen —dijo Simon.

Owen se sintió herido y parecía contrariado.

—Estaba bromeando —se apresuró a aclarar Simon.

Pero Owen seguía enfurruñado y se empeñó en reacomodar todos los regalos de boda que estaban en la terraza para que el suyo y de su padre ocupara el centro. El envoltorio lucía árboles de Navidad y el regalo —Owen necesitó las dos manos para levantarlo— tenía el tamaño y la forma de un ladrillo. Yo estaba seguro de que era granito.

—Probablemente es el *único* traje que tiene Owen, estúpido —dijo Hester a Simon y riñeron. Fue la primera vez que vi a Hester con vestido, y la verdad es que estaba bonita. El vestido era amarillo y ella estaba bronceada por el sol; con el calor, su pelo negro aparecía enmarañado como un bancal de zarzas, pero sus reflejos parecían especialmente preparados para el desafío social de una boda al aire libre. Cuando Noah intentó asustarla con un sapo que había cogido, Hester se lo arrebató y abofeteó con él a Simon.

—Creo que lo has matado, Hester —dijo Noah, al tiempo que se inclinaba hacia el aturdido sapo, mostrando mucha más preocupación por el animal que por la cara de su hermano.

—Yo no tengo la culpa —replicó Hester—. Tú empezaste.

Mi abuela había decretado que los baños de arriba estaban «cerrados» a los invitados, de modo que había colas considerables en los dos de abajo. Lydia había pintado a mano dos cartones de camisas, con las palabras «Caballeros» y «Damas»; ante el de damas se formaban las colas más largas.

Hester trató de usar uno de los baños de arriba —sentía que era «de la familia» y, por lo tanto, que no estaba sometida a las leyes que gobernaban a los invitados—, pero su madre le dijo que debía hacer cola como todo el mundo. Mi tía Martha —

como muchos ciudadanos estadounidenses— podía ser bastante tiránica en su defensa de la democracia. Noah, Simon, Owen y yo nos jactamos de que nosotros podíamos mear entre los arbustos, y Hester nos rogó un mínimo de cooperación para imitarnos en ese propósito. Pidió que uno de nosotros hiciera guardia, con el fin de que otros chicos y hombres apremiados a hacer pis en las zonas más densas de los setos de alheñas no la sorprendieran en cuclillas; también solicitó que uno de nosotros tuviera sus bragas a buen recaudo. Como era de prever, sus hermanos se negaron a esto último y aportaron comentarios burlones respecto de que fuera apetecible tener las bragas de Hester... bajo ninguna circunstancia. Como de costumbre, yo fui lento en responder. Hester se quitó las bragas de algodón blanco, sencillamente, y se las tendió a Owen Meany.

Al verlo, cualquiera habría creído que acababa de recibir un armadillo vivo; la carita de Owen reflejó una curiosidad devota y una angustia extrema. Pero Noah se las arrebató de las manos, y Simon se las arrebató a su hermano, para calzarlas en la cabeza de Owen... donde se ciñeron fácilmente, dejando su cara a la vista a través de la abertura para uno de los amplios muslos de Hester. Owen se quitó las bragas de la cabeza, sonrojado; intentó meterlas en el bolsillo de su chaqueta, pero descubrió que todos los bolsillos laterales estaban cosidos. Aunque llevaba varios años usando ese traje para la escuela dominical, nadie le había descosido los bolsillos; quizás él creía que estaban destinados a estar siempre cerrados. No obstante, enseguida se recuperó y metió las bragas en el bolsillo interior, donde hacían bastante bulto. Pero al menos no las llevaba en la cabeza cuando su padre se acercó a él, y Noah y Simon comenzaron a arrastrar los pies en la hierba dura y las ramitas caídas junto al seto, logrando así ocultar el sonido de la meada de Hester.

Mr. Meany agitaba una copa de champagne con un eneldo en vinagre del tamaño de su grueso dedo índice. No había bebido una gota de champagne, pero parecía disfrutar usándolo como mojo del encurtido.

—¿Vendrás a casa conmigo, Owen? —preguntó a su hijo. Desde su llegada, Mr. Meany había anunciado que no podía quedarse mucho rato; de hecho, mi madre y mi abuela estaban muy impresionadas por su asistencia. No le gustaba salir. Su sencillo traje azul marino era de la misma familia de paños baratos que el de Owen; como Owen solía estar mucho en el aire con ese traje, era probable que el de Mr. Meany hubiese recibido un trato mejor; no sé si el del padre tenía los bolsillos descosidos. El traje de Owen estaba arrugado... justo más arriba de la vuelta de los pantalones y los puños de la chaqueta, lo que indicaba que le habían soltado los dobladillos; pero las mangas de la chaqueta y las perneras de los pantalones habían bajado tan poco, que Owen daba la impresión de estar creciendo al ritmo de un árbol desnutrido.

—QUIERO QUEDARME —dijo Owen.

—Tabby no te llevará a casa el día de su boda —le recordó Mr. Meany.

—Lo llevará mi madre o mi padre, señor —intervino Noah. Mis primos, groseros como podían ser con otros niños, habían sido educados en la amabilidad con los adultos, y aparentemente la cortesía de Noah sorprendió a Mr. Meany. Le presenté a mis primos, pero me di cuenta de que Owen quería alejar inmediatamente a su padre de nosotros... tal vez temiendo que Hester emergiera en cualquier momento desde los setos de alheña y exigiera la devolución de sus bragas.

Mr. Meany había llegado en su camioneta, y varios coches de los invitados la dejaron bloqueada en la rampa de acceso, de manera que fui con él y Owen para identificar los coches. Estábamos al otro lado del jardín, bastante lejos de los setos, cuando vi asomar el brazo desnudo de Hester por las alheñas verde oscuro.

—¡Dármelas! —exigía; Noah y Simon comenzaron a tomarle el pelo.

—¿Darte *qué*? —preguntaba Simon.

Owen y yo tomamos nota de los números de matrícula de los coches que impedían la salida de la camioneta de Mr. Meany; luego le llevé la lista a mi abuela, que gozó haciendo anuncios con una voz basada en la Mrs. Culver de *La esposa fiel*, de Maugham. Nos llevó un buen rato liberar a Mr. Meany; Owen estaba visiblemente más relajado después de la partida de su padre.

Se quedó con la copa casi llena de champagne en la mano, y le aconsejé que no bebiera: estaba seguro de que sabía a vinagre. Fuimos a ver los regalos; descubrí el destacado emplazamiento del presente de Owen y su padre.

—LO HICE YO MISMO —dijo. Al principio pensé que se refería al papel de Navidad, pero luego comprendí que había hecho el regalo propiamente dicho—. MI PADRE ME AYUDO A ESCOGER LA PIEDRA CORRECTA —admitió. ¡Dios mío, pensé, de modo que *es* granito!

A Owen le fastidió saber que los recién casados no abrirían sus regalos hasta después de la luna de miel, pero se abstuvo de describirme el suyo. Tendría muchos años para verlo con mis propios ojos, me explicó. Desde luego que los tendría.

Era un trozo del mejor granito en forma de ladrillo. «CALIDAD DE PANTEONES, TAN BUENOS COMO SALEN DE LA VETA», decía Owen. Él lo había cortado personalmente, lo había pulido personalmente; había diseñado y cincelado el borde personalmente, y el grabado también era suyo. Lo había trabajado al salir de la escuela, en el taller de la tienda de panteones, y durante los fines de semana. Parecía la losa de un animalito doméstico muy querido... o, en el mejor de los casos, la lápida para un bebé nacido muerto; pero en realidad era más apropiado para un gato o un hamster. Tenía que mantenerse longitudinal, como una barra de pan, y llevaba grabada la fecha aproximada del casamiento de mi madre con Dan:

JULIO  
1952

No sé si Owen estaba inseguro del día exacto, o si habría significado muchas más horas de grabado... o estropeado su concepto de la estética de la piedra. Era demasiado grande y pesada para usar como pisapapeles. Aunque más adelante Owen sugirió esta utilidad, reconoció que era más práctica como tope de puerta. Durante años enteros —antes de regalármela—, Dan Needham la utilizó debidamente como tope de puerta y a menudo se golpeaba contra ella los dedos de los pies. Pero al margen de lo que llegaría a convertirse, había que dejarla al aire libre, donde Owen tuviera la certeza de verla cuando nos visitaba; estaba orgulloso de esa pieza, y mi madre la adoraba. Bueno, mi madre adoraba a Owen; si le hubiese regalado una lápida con la fecha de la muerte en blanco —para ser agregada cuando llegara el momento—, también le habría encantado. Tal como ocurrieron las cosas, en mi opinión —y en la de Dan—, Owen *le había regalado* una lápida. Había sido hecha en una tienda de panteones funerarios, con herramientas para grabar sepulturas; podía llevar la fecha de la boda, pero era una lápida en miniatura.

Y aunque hubo mucha alegría en la boda de mi madre, y hasta mi abuela mostró una tolerancia poco corriente hacia los muchos jóvenes y adultos no tan jóvenes que retozaban y se animaban con la bebida, la recepción terminó en una descarga de mal tiempo más adecuada para un funeral.

Owen se puso muy juguetón con su posesión de las bragas de Hester. No solía ser atrevido con las chicas, y sólo a un tonto —o a Noah y Simon— se le ocurriría serlo con Hester. Pero él logró rodearse en todo momento de una multitud, volviendo embarazoso para Hester recuperar sus bragas.

—Suéltalas, Owen —murmuró mi prima.

—SI, CLARO, ¿LAS QUIERES? —le preguntó Owen, mientras alargaba la mano hasta el bolsillo interior, en ese instante firmemente plantado entre tía Martha y tío Alfred.

—¡Aquí no! —replicó Hester con tono amenazante.

—¿O SEA QUE NO LAS QUIERES? ¿PUEDO QUEDARMELAS?

Hester lo acechó durante toda la fiesta; sólo estaba levemente furiosa, pensé... o disfrutando levemente. Fue un coqueteo que me puso un poco celoso, y duró tanto que Noah y Simon se aburrieron y comenzaron a armarse de confeti para la partida de mi madre y Dan.

Y ocurrió antes de lo esperado, porque apenas habían empezado a cortar el pastel de boda cuando se desató la tormenta. Había oscurecido y ahora el viento transportaba una fría llovizna; pero cuando se desencadenaron los truenos y relámpagos, cesó el viento y empezó a llover a cántaros, formando cortinas verticales de agua. Los invitados corrieron a guarecerse en la casa; mi abuela se cansó enseguida de decirle a la gente que se secara los pies. Los encargados del banquete luchaban con la barra y las mesas; habían levantado una tienda que sólo cubría media



terraza, como un toldo, pero debajo no había lugar suficiente para los regalos y tanta comida y bebida; Owen y yo ayudamos a llevar los regalos al interior. Mi madre y Dan corrieron arriba para cambiarse y recoger sus maletas. Tío Alfred fue a buscar el Buick, que no había estropeado demasiado con el acostumbrado «Recién casados». Sólo lo había escrito con tinta en toda la parte posterior del coche, pero los letreros estaban prácticamente borrados por la lluvia cuando mi madre y Dan bajaron, vestidos de viaje y acarreamos su equipaje.

Los invitados se arremolinaron en las diversas ventanas que daban a la rampa para ver marcharse a los recién casados, pero éstos tuvieron una partida confusa. La lluvia arreció cuando intentaban poner el equipaje en el coche; tío Alfred, que les hacía de valet, estaba empapado; Simon y Noah, que habían acaparado todos los confeti, eran los únicos lanzadores. Arrojaron la mayor parte sobre su padre, porque estaba tan mojado que los confeti se le pegaban, transformándolo instantáneamente en un payaso.

Todos ovacionaban desde las ventanas de 80 Front Street, pero mi abuela estaba ceñuda. El caos la perturbaba; una desfiguración del cuerpo era una desfiguración del cuerpo, aunque la gente lo estuviera pasando bien; el mal tiempo era mal tiempo, aunque a nadie pareciera importarle. Además, algunas de sus viejas brujas la estaban observando. (¿Cómo reacciona la realeza cuando llueve en una boda? Eso es lo que se merece Tabby Wheelwright... por vestir de blanco.) Tía Martha se expuso al aguacero para besar a mi madre y a Dan; Simon y Noah también la llenaron de confeti.

Luego, tan de sopetón como había cesado el viento y caído la lluvia, ésta se transformó en granizada. En New Hampshire ni siquiera en julio puedes contar con el clima. Las piedras de granizo rebotaban en el Buick como ráfagas de ametralladora, por lo que Dan y mi madre saltaron al interior del coche; tía Martha gritó y se cubrió la cabeza... ella y tío Alfred corrieron a la casa. Hasta Noah y Simon sintieron el escozor de las piedras y retrocedieron. Alguien gritó que el granizo había roto una copa de champagne en la terraza. La granizada era tan brutal que la gente amontonada cerca de las ventanas se apartó de los cristales. Entonces mi madre bajó las ventanillas del coche; pensé que lo hacía para despedirse con un ademán, pero me estaba llamando. Me sujeté la chaqueta sobre la cabeza, pero aun así me dolió el granizo. Una piedra del tamaño de un huevo de petirrojo me dio en el codo y retorció la cara de dolor.

—¡Adiós, querido! —dijo mi madre al tiempo que me metía la cabeza en el coche, a través del hueco de la ventanilla, y me besaba—. Tu abuela sabe adónde vamos, pero no te lo diré a menos que se presente una emergencia.

—¡Que lo paséis bien! —les deseé. Cuando miré hacia 80 Front Street, todas las ventanas de abajo eran retratos: rostros que nos miraban, a mí y a los recién casados.

Bien, casi todos... pero no los dos benditos de Gravesend, que no nos miraban a mí ni a los recién casados. En extremos opuestos de la casa —cada uno de ellos solo ante una ventana pequeña—, el reverendo Lewis Merrill y el reverendo Dudley Wiggin contemplaban el cielo. Me pregunté si estarían asumiendo una perspectiva religiosa de la granizada. En el caso del rector Wiggin, imaginé que observaba la precipitación desde el punto de vista de un expiloto... y que estaba notando, sencillamente, que era un día jodido para volar. Pero el pastor Merrill registraba los cielos en busca del origen de tan violenta tormenta. ¿Habría algo en las Sagradas Escrituras que le auguraba el significado de la granizada? En su celo por demostrar su conocimiento de pasajes adecuados de la Biblia, ninguno de los dos había ofrecido a mi madre y a Dan la bendición más reconfortante, la de Tobías: «Déjame envejecer junto a ella».

Es una pena que ninguno de los oficiantes pensara en esa bendición, pero los libros apócrifos suelen omitirse en las ediciones protestantes de la Biblia. No envejecerían juntos Dan Needham y mi madre, a quien sólo faltaba un año para su cita con la pelota que bateó Owen.

Prácticamente estaba entrando en la casa cuando mi madre volvió a llamarme.

—¿Dónde está Owen? —me preguntó.

Me llevó un rato localizarlo en las ventanas, porque estaba arriba, en el dormitorio de mi madre; a su lado se erguía la figura de la mujer de rojo, la doble de mi madre, su maniquí. Hoy sé que aquel día, en 80 Front Street, había *tres* benditos: tres seres devotos con los ojos puestos en el tiempo. Owen tampoco estaba observando la partida de los recién casados. También él tenía la vista fija en los cielos, con un brazo alrededor de la cintura del maniquí, recostado sobre su cadera, mirando hacia arriba con expresión preocupada. Entonces yo tendría que haber sabido a qué ángel estaba vigilando; pero había sido un día ajetreado, mi madre estaba preguntando por Owen... corrí escaleras arriba y se lo llevé. A Owen no parecía importarle el granizo, las piedras rebotaban en el coche a su alrededor, pero no vi que ninguna lo golpeará. Metió la cabeza por la ventanilla y mi madre lo besó. Luego le preguntó cómo pensaba llegar a su casa.

—No irás andando ni en bici, Owen... con este tiempo —dijo—. ¿Quieres que te llevemos?

—¿EN VUESTRA LUNA DE MIEL? —se asombró.

—Sube —dijo mi madre—. Dan y yo te llevaremos.

Parecía sumamente complacido. ¡Acompañaría a mi madre en su luna de miel... aunque sólo fuera un corto trecho! Trató de deslizarse en el coche más allá de ella, pero tenía los pantalones húmedos y se le pegaron a la falda de mi madre.

—Espera un minuto —dijo ella—. Déjame salir. Entra tú primero —quería decir que Owen era lo bastante pequeño para sentarse a horcajadas en el montículo del eje de transmisión, entre ella y Dan, pero cuando se apeó del Buick (aunque sólo fue un

segundo), una piedra saltó del techo del coche y le dio entre los ojos—. ¡Ay! —gritó, agarrándose la cabeza.

—¡LO SIENTO! —se apresuró a decir Owen.

—Sube, sube —lo apremió mi madre, riendo.

El coche arrancó.

En ese momento Hester se dio cuenta de que Owen había logrado largarse con sus bragas. Salió corriendo a la rampa de acceso y se quedó allí en jarras, contemplando el coche que se movía lentamente; a pesar de la granizada, Dan y mi madre, de frente, sacaron las manos por las ventanillas y saludaron. Owen se volvió y quedó mirando hacia atrás; sonrió de oreja a oreja y fue evidente, por el destello blanco, con qué estaba saludando a Hester.

—¡Eli, tú, monstruo! —gritó Hester. Pero el granizo volvió a convertirse en lluvia; mi prima quedó empapada instantáneamente en la rampa... y el vestido amarillo se le pegó tan tenazmente que resultaba fácil ver qué era lo que le faltaba. Se metió deprisa en la casa.

—Jovencita —le dijo mi tía Martha—, ¿dónde diablos están tus...?

—¡Cielos misericordiosos, Hester! —exclamó mi abuela.

Pero los cielos no eran misericordiosos en ese momento. Y las arpías de mi abuela, observando a Hester, debían de pensar: esa puede ser la hija de Martha, pero le esperan los mismos problemas que a Tabby.

Simon y Noah estaban haciendo bolas de nieve antes de que ésta se derritiera con la insistente lluvia. Corrí afuera y me reuní con ellos. Arremetieron contra mí con unas cuantas bien grandes; yo me hice con una buena provisión y les devolví el fuego graneado. Me sorprendió la frialdad del granizo... era como si hubiese viajado a la tierra desde otro universo, mucho más helado. Mientras estrujaba una piedra del tamaño de una canica y sentía cómo se derretía en la palma de mi mano, también me sorprendió su dureza: era dura como una pelota de béisbol.

Mr. Chickering, nuestro rechoncho y bondadoso entrenador y director técnico de la liguilla —el hombre que aquel día decidió que Owen bateara por mí, el hombre que le dijo: «¡Bascula!»—, está pasando sus últimos días en el Hogar del Veterano de Court Street. Las destructivas imágenes a que cada tanto lo arroja su lucha contra la enfermedad de Alzheimer, lo dejan nervioso y atontado, aunque curiosamente alerta. Como un hombre sentado bajo un árbol y lleno de niños que lo acribillan con bellotas, parece esperar que lo golpeen en cualquier momento, incluso da la impresión de desearlo, pero no tiene idea de dónde llegan las bellotas (pese a la que debe de ser una firme sensación del tronco del árbol contra su espalda). Cuando lo visito —cuando las bellotas vuelan hacia él y lo golpean acertadamente—, se anima al instante. Una vez dijo alegremente: «¡Eres el siguiente, Johnny!».

agregó: «¡Owen batea por ti, Johnny!». Pero otras veces lo noto muy distante; tal vez esté apoyando la cara de mi madre en el suelo, ocupándose de cerrarle los ojos antes... o le está bajando la falda, en nombre de la decencia, y uniendo sus rodillas abiertas. Una vez que no pareció reconocermme —no pude establecer ninguna comunicación coherente con él—, habló en voz alta justo cuando me iba; con tono triste y reflexivo, dijo: «No debes verla, Johnny».

Durante el funeral de mi madre, en Hurd's Church, Mr. Chickering estaba visiblemente conmovido. Tengo la certeza de que la única vez que la tocó fue cuando acomodó su cuerpo en posición de reposo; tanto este recuerdo como el del interrogatorio del jefe de policía Pike respecto del «instrumento del delito», el «arma homicida», había crispado sin duda a Mr. Chickering, que en el funeral lloró abiertamente, como si llorara la muerte del béisbol propiamente dicho. Por cierto, no sólo Owen y yo abandonamos el equipo —y ese juego infernal— para siempre; otros miembros de nuestro equipo de liguilla aprovecharon el perturbador incidente como trampolín para librarse de tan pesada obligación, que correspondía mucho más a la noción de sus padres de que era algo «bueno para ellos» que a su propia elección deportiva. Mr. Chickering, un hombre de muy buen corazón, siempre nos había dicho que cuando ganábamos, ganábamos como equipo, y cuando perdíamos, perdíamos como equipo. Ahora —a sus ojos— habíamos *matado* como equipo; no obstante, él lloraba en su banco de la iglesia como si soportara una cuota mayor de la que le correspondía en la responsabilidad del equipo.

Había instado a otros compañeros de equipo y sus familias a sentarse con él... entre ellos al desventurado Harry Hoyt, que había conseguido una base a falta de dos lanzamientos y que por tanto había hecho su aportación para que Owen Meany ocupara la base de bateador. Al fin y al cabo, Harry podría haber sido el último eliminado... en cuyo caso mi madre nos habría llevado a Owen y a mí a casa después del partido, como de costumbre. Pero Harry había echado a andar. Estaba sentado en Hurd's Church, con la vista clavada en las lágrimas de Mr. Chickering. Harry era casi inocente. Íbamos muy atrasados y todavía faltaban dos eliminaciones en nuestra última entrada; no tenía ningún sentido que Harry Hoyt echara a andar. ¿Qué beneficio podía darnos una base con toques? Harry tendría que haber estado basculando el bate.

Por otro lado, era una criatura inofensiva, aunque causaría grandes pesares a su madre. Su padre había muerto y durante años su madre fue recepcionista de la fábrica de gas; recibía todas las quejas de los errores de facturación y de los escapes. Harry nunca tuvo madera para Gravesend Academy. Concluyó debidamente los estudios en el instituto y se alistó en la Marina, que era muy popular en Gravesend. Su madre intentó librarlo del servicio diciendo que era viuda y necesitaba su ayuda aunque, en primer lugar, tenía trabajo y, en segundo lugar, Harry *quería* alistarse. Incluso le

avergonzó la carencia de celo patriótico de su madre; con toda probabilidad fue la única vez que Harry discutió con alguien, pero ganó la discusión: fue a Vietnam, donde lo mató una serpiente venenosa de la región. Fue una víbora de Russell, y lo mordió mientras estaba meando bajo un árbol; más adelante se supo que el árbol crecía junto a un burdel, donde Harry esperaba su turno para entrar. Él era así: le gustaba andar, incluso cuando no había buenas razones para hacerlo.

Su muerte politizó bastante a su madre... o al menos lo bastante para Gravesend; se tildaba a sí misma de resistente de guerra y anunció que en su casa asesoraría gratuitamente a quien se lo pidiera sobre la forma de eludir la llamada a filas; nunca quedó exactamente demostrado que sus sesiones de asesoramiento nocturno la agotaran tanto como para convertirla en una recepcionista incompetente de la fábrica de gas... y sin embargo la despidieron. Algunos patriotas de la ciudad fueron aprehendidos cuando intentaban destrozar su coche y su garaje; no presentó denuncia legal, aunque se rumoreaba que era una corruptora de la moral de los jóvenes. Pese a ser una mujer sencilla —incluso algo desaliñada—, la acusaron de seducir a algunos de sus jóvenes aconsejados, y finalmente se alejó de Gravesend... creo que se trasladó a Portsmouth, que estaba suficientemente alejado. La recuerdo en el funeral de mi madre; no se sentó con su hijo Harry en el sector en que Mr. Chickering había reunido al equipo en bancos adyacentes. Mrs. Hoyt nunca fue una jugadora de equipo; Harry lo era.

Mrs. Hoyt fue la primera persona, en mi recuerdo, que dijo que criticar a un presidente concreto de los Estados Unidos *no* era antipatriótico, y que desaprobarnos nuestra implicación en una guerra específica contra los comunistas *no* era lo mismo que ponerse del lado del comunismo. Pero estas sutilezas no eran captadas por la mayor parte de los ciudadanos de Gravesend, aún hoy siguen sin significar nada para muchos de mis antiguos conciudadanos estadounidenses.

No recuerdo haber visto a Buzzy Thurston en el funeral. Tendría que haber estado allí. Después de que Harry Hoyt echara a andar, Buzzy Thurston tendría que haber sido la última eliminación. Tiró una rasa facilísima —una de las eliminaciones más seguras que he visto—, pero de alguna manera el defensa intermedio manipuló torpemente la pelota. Buzzy Thurston llegó a la base por error. ¿Quién era aquel defensa? También tendría que haber estado en Hurd's Church.

Probablemente Buzzy no se había presentado porque era católico, sugirió Owen; pero asistieron otros católicos... por lo que Owen estaba expresando, sencillamente, sus prejuicios al respecto. Y quizá yo esté cometiendo una injusticia con Buzzy; tal vez asistió... a fin de cuentas, Hurd's Church estaba abarrotada, tan desbordante como en la boda de mi madre. Allí estaban las mismas arpías de mi abuela. Sé lo que fueron a ver. ¿Cómo reacciona ante *esto* la realeza? ¿Cómo respondería Harriet Wheelwright al Destino con D mayúscula... a un Accidente Monstruoso (también

con M mayúscula), o a un Acto Divino (si eso es lo que crees que fue)? Todas esas brujas, negras y encorvadas como cuervos reunidos alrededor de un muerto en accidente de circulación, asistieron al servicio como diciendo: reconocemos, Dios, que no se permitió a Tabby Wheelwright salir impune.

Salir «impune» era un delito capital en New Hampshire. Y por la alerta de aves de rapiña visible en los ojos como dardos de las arpías de mi abuela, sé que —en su opinión— mi madre no había escapado a su justo castigo.

Buzzy Thurston, estuviese o no en el funeral, tampoco saldría impune. En realidad no me disgustaba Buzzy, sobre todo después de que defendiera a Owen cuando éste y yo nos metimos en un lío con algunos condiscípulos católicos de Buzzy a causa de un pequeño incidente en la escuela parroquial de St. Michael. Pero Buzzy fue duramente castigado por el papel desempeñado en llegar a la base y hacer que Owen Meany bateara (si crees que aquello fue un castigo). Tampoco él tenía madera para Gravesend Academy; no obstante, hizo un año de posgrado en la academia porque era un buen deportista... de la variedad corriente de deportes al aire libre de Nueva Inglaterra: jugaba al fútbol, hockey y béisbol. No siempre necesitaba llegar a la base por error.

No sobresalía en nada, pero era lo bastante aceptable para ir a la universidad estatal, donde se destacó en tres deportes. Perdió un año de competición por una lesión en la rodilla y consiguió con artimañas asistir por quinto año consecutivo al *college*... manteniendo así durante otro año su prórroga del servicio, en su condición de estudiante. Después ya era «carne de reclutamiento», pero no escatimó esfuerzos con tal de perderse el viaje a Vietnam, intoxicándose para el examen físico. Durante dos semanas bebió una botella de *bourbon* diaria, fumó tanta marihuana que su pelo olía como una alacena llena de orégano, incendió la cocina de casa de sus padres horneando peyote; fue hospitalizado con un trastorno de colon, posterior a una experiencia con LSD en la que se convenció de que su camisa hawaiana era comestible y consumió una parte, incluyendo los botones y el contenido del bolsillo: un estuche de fósforos, un paquete de papel de fumar y un sujetapapeles.

Dado el provincianismo de la junta de reclutamiento de Gravesend, Buzzy fue declarado «psicológicamente no apto» para el servicio, con lo que quedó satisfecha su hábil previsión. Lamentablemente, se había aficionado al *bourbon*, la marihuana, el peyote y el LSD; de hecho, idolatraba hasta tal punto estos excesos que una noche, en Maiden Hill Road, lo mató el volante de su Plymouth, cuando se empotró en el contrafuerte del puente ferroviario que estaba apenas a unos cientos de metros de la Meany Granite Quarry. Fue Mr. Meany quien llamó a la policía. Owen y yo conocíamos bien ese puente. Hacía una curva muy cerrada al final del tramo de una empinada cuesta abajo... y exigía mucha prudencia, incluso cuando íbamos en bicicleta.

Fue la maltratada Mrs. Hoyt quien voceó que Buzzy Thurston era lisa y llanamente otra víctima de la guerra de Vietnam; aunque nadie le prestó la menor atención, afirmó que la guerra era la causa de los muchos abusos a que se había entregado Buzzy... así como la guerra había cercenado la vida de su Harry. Para Mrs. Hoyt, estas cosas eran sintomáticas de la época de Vietnam: el consumo excesivo de drogas y alcohol, la forma de conducir suicida y los burdeles del sudeste asiático, donde a muchos chicos estadounidenses vírgenes regalaban su primera y última experiencia sexual... ¡para no hablar de las víboras de Russell que acechaban bajo los árboles!

Mr. Chickering *tenía* que llorar... no sólo por el capricho que lo había llevado a decirle a Owen Meany que bateara. De haber sabido todo lo que seguiría, habría bañado su cara mofletuda en más lágrimas aún de las que derramó aquel día en Hurd's Church, cuando se estaba lamentando por y como un *equipo*.

Naturalmente, el jefe de policía se sentó apartado; a los policías les gusta sentarse junto a la puerta. Y Jefe Pike no estaba llorando. Para él, mi madre seguía siendo un «caso»; para él, el funeral era una oportunidad de ver a los sospechosos... porque todos éramos sospechosos a los ojos de Jefe Pike. Sospechaba que entre los dolientes se encontraba el ladrón de la bola.

Jefe Pike siempre había sido hombre de estar «junto a la puerta». Cuando yo salía con su hija, siempre temía que el jefe de policía irrumpiera a través de una puerta —o de una ventana— en cualquier momento. Sin duda a causa de mi ansiedad por su aparición súbita, una vez me enganché el labio inferior en el alambre del aparato que su hija llevaba en los dientes, retrocediendo con excesiva presteza de su beso... seguro de que había oído el crujido de las botas de Jefe Pike en las cercanías.

Aquel día, en Hurd's Church, casi oías crujir esas botas junto a la puerta, como si el hombre esperara que la pelota robada saltara del bolsillo del culpable y rodara por la alfombra carmesí oscuro con autoridad incriminatoria. Para Jefe Pike, el hurto de la pelota que mató a mi madre tenía un carácter mucho más grave que un mero delito menor; como mínimo, era obra de un malvado. El hecho de que la pelota hubiese matado a mi madre no parecía preocupar a Jefe Pike; que el pobre Owen Meany hubiese bateado la pelota apenas tenía un poco más de interés para nuestro jefe de policía... pero sólo porque establecía un motivo para que Owen *poseyera* ahora la pelota en cuestión. Por tanto, no fue en el ataúd cerrado de mi madre donde nuestro jefe de policía clavó la mirada; Jefe Pike tampoco prestó especial atención al anteriormente aerotransportado capitán Wiggin... ni tampoco mostró mucho interés por el ligero tartamudeo del conmocionado pastor Merrill. Más bien, fijó su intensa mirada en la nuca de Owen Meany, que estaba precariamente sentado sobre seis o siete ejemplares del *Libro de himnos del Peregrino*; Owen se tambaleaba en la pila de libros de himnos, como si la mirada del jefe de policía lo desequilibrara. Estaba

sentado lo más cerca posible de los bancos de la familia, exactamente donde se había sentado para la boda de mi madre: detrás de la familia Eastman en general y del tío Alfred en particular. En esta ocasión Simon no bromearía acerca de la impropiedad del traje azul marino de la escuela dominical, un diminuto clónico del traje que llevaba su padre. El granítico Mr. Meany estaba sentado pesadamente al lado de Owen.

—«Soy la resurrección y la vida, dijo el Señor» —dijo el reverendo Dudley Wiggin—. «Benditos sean los que mueren en el Señor».

—«Oh Dios, cuyas mercedes son incontables» —dijo el reverendo Lewis Merrill—. «Acepta nuestras oraciones en favor de tu sierva Tabby y concédele la entrada en la tierra de luz y júbilo, en compañía de tus santos».

Bajo la tenue luz de Hurd's Church, sólo brillaba la silla de ruedas de Lydia... en el pasillo, junto al banco que ocupaba únicamente Harriet Wheelwright. Dan y yo estábamos en el de atrás. Los Eastman, detrás de nosotros.

El reverendo capitán Wiggin invocó a los corintios:

—«Dios enjugará todas las lágrimas». —Tras lo cual Dan se echó a llorar. El rector, siempre entusiasta de representar la fe como una batalla, citó a Isaías—: «Él tornará la muerte en victoria».

Entonces oí que mi tía Martha sumaba sus lágrimas a las de Dan; pero entre los dos no igualaron a Mr. Chickering, que había empezado a llorar a lágrima viva aun antes de que los pastores iniciaran sus lecturas del Antiguo y el Nuevo Testamento. El pastor Merrill tartamudeó abriéndose camino hacia las Lamentaciones:

—«Bueno es el Señor a los que en Él esperan».

A continuación fuimos orientados en el Salmo 23, como si hubiera un alma en Gravesend que no lo supiera de memoria: «El Señor es mi pastor; nada me faltará...», y así sucesivamente. Cuando llegamos al trozo que dice: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno», comencé a oír la voz de Owen por encima de las demás.

—«Da valor a los desconsolados» —dijo el rector y yo ya temí lo alta que sería la voz de Owen durante el último himno, pues sabía que era su preferido.

—«Ayúdanos, te rogamos, en medio de cosas que no podemos entender» —dijo el pastor y yo ya estaba canturreando el himno, tratando de ahogar la voz de Owen... por adelantado.

Y cuando Mr. Wiggin y Mr. Merrill se esforzaron por decir al unísono: «Concédenos que confiemos a Tabitha a tu eterno amor», supe que había llegado el momento: estuve a un tris de taparme los oídos.

¿Qué otra cosa cantamos ante una muerte prematura, qué otra cosa salvo ese ritmo pegadizo que en el *Libro de himnos del Peregrino* está clasificado como un himno favorito de «ascensión y reino», el popular «A Cristo coronad», que desgarr



sin compasión el órgano auditivo?

¿Porque en qué otro momento, sino en la muerte de un ser querido, necesitamos más que nunca oír hablar de la resurrección, de la vida eterna... de Aquel que ha *ascendido*?

A Cristo coronad Divino Salvador,  
Sentado en alta majestad es digno de loor.  
Al rey de gloria y paz loores tributad,  
Y bendecid al inmortal por toda la Eternidad.  
A Cristo coronad Señor de nuestro amor,  
Al Rey triunfante celebrad glorioso vencedor.  
Potente Rey de paz el triunfo consumó  
Y por su muerte de dolor su grande amor mostró.

Pero lo que inspiraba especialmente a Owen era la tercera estrofa.

A CRISTO CORONAD SEÑOR DE VIDA Y LUZ,  
CON ALABANZAS PROCLAMAD LOS TRIUNFOS DE LA CRUZ.  
A EL SOLO ADORAD SEÑOR DE SALVACIÓN  
LOOR EXTERNO TRIBUTAD DE TODO CORAZÓN.

Más adelante, en el entierro, oí resonar la espantosa voz de Owen.

—«En medio de la vida estamos en la muerte» —dijo Mr. Wiggin, pero era como si Owen siguiese canturreando la melodía de «A Cristo coronad», porque yo no oía nada más; ahora pienso que el fenómeno corresponde a la naturaleza de los himnos: nos hacen desear su reiterada repetición; se incluyen en todos los servicios y suelen ser la única parte de un oficio de difuntos en que sentimos que todo es aceptable. Por cierto, lo inaceptable es el entierro, y doblemente en el caso de mi madre porque —después del tranquilizador entumecimiento de Hurd's Church— estábamos al aire libre, un típico día veraniego de Gravesend, de un calor bochornoso, expuestos a los importunos sonidos de las voces de los niños que llegaban desde el cercano campo deportivo del instituto.

El cementerio, al final de Linden Street, estaba a la vista de la escuela de bachillerato superior y elemental. Sólo asistí dos años a esta última, tiempo suficiente para oír —muchas veces— las observaciones que con mayor frecuencia hacían los alumnos atrapados en la sala de estudio y sentados más cerca de las ventanas que daban al cementerio: algo en el sentido de que estarían menos aburridos allí, en el camposanto.

—En la cierta y segura esperanza de la resurrección a la vida eterna a través de nuestro Señor Jesucristo, encomendamos a Dios Todopoderoso a nuestra hermana

Tabitha, y entregamos su cuerpo a la tierra —dijo el pastor Merrill. En ese momento noté que su mujer se había llevado las manos a las orejas. Estaba terriblemente pálida, con excepción de la rellenita parte posterior de sus brazos, dolorosa a la vista porque allí la quemadura de sol era intensa; llevaba un vestido suelto y sin mangas, más gris que negro... pero tal vez no tenía un adecuado vestido negro sin mangas, y no podía pretenderse que sometiera la quemadura al encierro de unas mangas. Se balanceó ligeramente, entrecerrando los ojos. Al principio pensé que se tapaba las orejas debido a un cegador dolor de cabeza; su reseca melena rubia parecía a punto de llamear, y había liberado un pie de las tiras de la sandalia. Uno de sus enfermizos hijos estaba recostado en su cadera—. «Tierra a la tierra, cenizas a las cenizas, polvo al polvo» —dijo su marido, pero Mrs. Merrill no pudo haberlo oído: no sólo se apretaba las orejas, sino que daba la impresión de estar metiéndoselas a presión en el cráneo.

Hester lo había notado. Observaba a Mrs. Merrill tan intensamente como yo a ella; de repente la expresión dura de mi prima se contrajo de dolor —o por algún repentino recuerdo doloroso— y también ella se tapó los oídos. Pero la melodía de «A Cristo coronad» seguía en mi cabeza; no oí lo que oían Mrs. Merrill y Hester. Las consideré a ambas culpables de una imperdonable grosería con el pastor Merrill, que luchaba como podía con la bendición... aunque ahora hablaba a toda prisa, y hasta el normalmente imperturbable capitán Wiggin sacudía la cabeza, como si quisiera librar a sus oídos de agua o de un ruido desagradable.

—«Que el Señor la bendiga y la guarde» —dijo Lewis Merrill. Entonces miré a Owen. Tenía los ojos cerrados, movía los labios; daba la impresión de estar bufando, pero era todo lo que podía hacer como tarareo... lo que oí *era* «A Cristo coronad», no mi imaginación. Pero también Owen se tapó las orejas.

Entonces vi que Simon levantaba las manos; Noah ya las había elevado... y mis tíos Alfred y Martha también se cubrieron las orejas. Hasta Lydia se tapó los oídos con las manos. Mi abuela frunció el entrecejo pero no levantó las manos; se obligó a escuchar, aunque adiviné que para ella era doloroso... y en ese momento lo oí yo: eran los chicos en el campo deportivo de la escuela. Estaban jugando al béisbol. Los gritos de costumbre, las discusiones ocasionales, las voces aglutinadas y luego el silencio, o el casi silencio, se vio interrumpido —como ocurre siempre en los partidos de béisbol— por el crujido del bate. Un golpe de sonido sólido y noté que incluso la cara de piedra de Mr. Meany se contorsionaba, apretando los dedos en el hombro de Owen. Y Mr. Merrill, tartamudeando más que nunca, concluyó:

—«Que el Señor haga brillar su rostro sobre ella y sea indulgente con ella, que el Señor levante su semblante hacia ella y le conceda paz. *Amén*».

De inmediato se inclinó y cogió un puñado de tierra; fue el primero en echar tierra sobre el ataúd de mi madre, en cuyo interior yo sabía que llevaba puesto un vestido

negro... el que había copiado del rojo que tanto detestaba. El modelo blanco, había dicho Dan, no le sentaba tan bien; supuse que la muerte había afectado negativamente su bronceado. Ya me habían dicho que la hinchazón en la sien —y la lividez circundante— había vuelto desaconsejable un féretro abierto... y no es que nosotros los Wheelwright fuésemos partidarios de los ataúdes abiertos, en ninguna circunstancia; los yanquis son gente de puertas cerradas.

Uno a uno, los deudos arrojaron tierra sobre el ataúd; después resultaba inoportuno volver a taparse los oídos con las manos, aunque Hester lo hizo, sin pensarlo dos veces. La base del pulgar polvoriento le dejó una mancha en la oreja y en el costado de la cara. Owen no arrojó un puñado de tierra; también noté que no apartó las manos de las orejas. Tampoco abrió los ojos y su padre tuvo que sacarlo del cementerio. Dos veces le escuché decir:

—¡LO SIENTO!

Oí unos cuantos crujidos más del bate antes de que Dan Needham me llevara a 80 Front Street. En casa de mi abuela sólo estaba «la familia». Tía Martha me llevó a mi antigua habitación y nos sentamos juntos en mi antigua cama. Me dijo que podía ir a vivir con ella y tío Alfred, y Noah y Simon y Hester, «al norte», donde siempre sería calurosamente recibido; me abrazó y me besó y me pidió que no olvidara que siempre existía esa posibilidad.

Después llegó mi abuela a mi cuarto: hizo salir a tía Martha y se sentó a mi lado. Me dijo que si no me molestaba vivir con una vieja, mi antiguo dormitorio estaba a mi disposición... que siempre sería mi habitación, que nunca nadie más que yo tendría derecho a ocuparla. También me abrazó y me besó; insistió en que los dos debíamos querer mucho a Dan y prestarle mucha atención.

Dan fue el siguiente. También se sentó en mi cama. Me recordó que me había adoptado legalmente, que aunque yo era Johnny Wheelwright para todo el mundo en Gravesend, era Johnny Needham para la escuela, lo que significaba que podía ir a Gravesend Academy —cuando llegara el momento, y tal como había sido el deseo de mi madre— como hijo legítimo de un miembro del profesorado, como si fuera su verdadero hijo. Reiteró que de cualquier modo me consideraba su hijo, y que no aceptaría un trabajo que lo apartara de Gravesend Academy hasta que yo hubiese tenido la posibilidad de graduarme. Dijo que entendería perfectamente si me encontraba más cómodo en 80 Front Street que en su apartamento de la residencia comunitaria, pero que le gustaba que viviera allí, con él, si no estaba harto de las limitaciones de espacio. Tal vez prefería pasar unas noches con él y unas noches en 80 Front Street... todas las noches que quisiera, en cualquiera de los dos sitios...

Contesté que esto último me parecía bien y le pedí que transmitiera a tía Martha —de manera que no hiriera sus sentimientos— que en realidad yo era un chico de Gravesend y no quería mudarme «al norte». De hecho, la sola idea de vivir con mis

primos me agotaba y aterraba, y estaba convencido de que si me iba a vivir con los Eastman me consumiría el pecaminoso deseo de cometer actos contra natura con Hester. (No le pedí a Dan que le transmitiera esto último a tía Martha.)

Cuando muere inesperadamente una persona que amas, no la pierdes de golpe; la vas perdiendo a fragmentos durante largo tiempo... a la manera en que deja de llegar correspondencia, y su aroma se desvanece de las almohadas e incluso de la ropa de su armario y de la cómoda. Poco a poco acumulas los fragmentos de ella que ya no están. Y cuando llega el día en que un determinado fragmento que falta te abrumba con la sensación de que ella se ha ido para siempre... llega otro día y otro fragmento específicamente ausente.

La noche después de su funeral, sentí que mi madre ya no estaba cuando llegó la hora de que Dan volviera al apartamento. Comprendí que Dan tenía varias opciones: podía regresar solo a su apartamento, o yo podía ofrecerme a ir con él; podía quedarse en 80 Front Street, incluso en la otra cama de mi dormitorio, porque ya le había dicho a mi abuela que no quería que Noah o Simon durmieran allí esa noche. Pero en cuanto me di cuenta de cuáles eran las opciones de Dan, también supe que todas y cada una eran imperfectas. Me di cuenta de que todas sus posibilidades con respecto a dónde dormir serían siempre imperfectas, y que siempre habría algo insatisfactorio imaginándolo a solas... y algo también incompleto estando conmigo.

—¿Quieres que vuelva contigo al apartamento? —le pregunté.

—¿Quieres que me quede contigo? —me preguntó.

¿Pero qué importancia tenía eso?

Lo vi bajar Front Street en dirección a las luces de la academia. Era una noche calurosa, con frecuentes golpes de puertas de tela metálica y sonidos de hamacas en los porches protegidos. Los chicos del barrio jugaban a algo con una linterna; por suerte, estaba demasiado oscuro para que siquiera el más norteamericano de los chicos norteamericanos bateara una pelota de béisbol.

Mis primos estaban inusualmente contenidos por la tragedia.

—¡No puedo creerlo! —repitió Noah y me puso una mano en el hombro.

—¿Quién podía pensar que Owen era capaz de golpear tan fuerte una pelota? —dijo Simon con muy poco tacto, pero inocentemente.

Mi tía Martha se había acurrucado en el sofá del salón, con la cabeza sobre las piernas de tío Alfred; permanecía inmóvil, como una chiquilla con dolor de oídos. Mi abuela ocupaba su acostumbrado sillón semejante a un trono; de vez en cuando ella y Alfred intercambiaban una mirada y meneaban la cabeza. En una ocasión tía Martha se sentó, con el pelo hecho un revoltijo, y dio un puñetazo a la mesita del café.

—¡No tiene ningún *sentido*! —gritó; volvió a apoyar la cabeza en el regazo de tío Alfred y lloró un rato. Ante este arranque, mi abuela no meneó la cabeza ni asintió; fijó la vista en el techo, ambiguamente... buscando allí moderación o paciencia, o

algún *sentido* posible, que Martha no había descubierto.

Hester no se había cambiado de ropa después del funeral; llevaba un vestido de hilo negro, de una sencillez y buen corte que mi madre habría aprobado; se veía especialmente adulta con ese vestido, aunque estaba muy arrugado. No dejaba de sujetarse el pelo en lo alto de la cabeza, a causa del calor, pero algunas greñas incómodas le caían en la cara y el cuello hasta que, exasperada, lo dejó caer otra vez. Las finas gotas de sudor sobre el labio superior dotaban a su cutis de la suavidad y el brillo del cristal.

—¿Quieres ir a dar una vuelta? —me preguntó.

—Sí.

—¿Quieres que Noah y yo vayamos con vosotros? —preguntó Simon.

—No —respondió Hester.

Casi todas las casas de Front Street tenían encendidas las luces de la planta baja; había perros afuera, ladrando, pero los chicos que antes jugaban con la linterna habían entrado. La acera despedía calor hacia *arriba*; en las noches bochornosas, en Gravesend, lo primero que te atacaba el calor era la entrepierna. Hester me cogió la mano mientras andábamos.

—Es la segunda vez en la vida que te veo con un vestido —dije.

—Ya lo sé —dijo.

La noche estaba especialmente oscura, nublada y sin estrellas; la luna sólo asomaba como una raja opaca en la bruma.

—Acuérdate de que tu amigo Owen se siente peor que tú —dijo.

—Ya lo sé —contesté, pero sentí una punzada de celos nada despreciable por tener que reconocerlo... y también por enterarme de que Hester estaba pensando en Owen.

Dejamos Front Street en la Gravesend Inn; vacilé antes de cruzar Time Street, pero Hester parecía conocer nuestro destino: me tironeó de la mano. En cuanto estuvimos en Linden Street, después del instituto a oscuras, para ambos estaba claro adónde nos encaminábamos. Había un coche de policía en el aparcamiento del instituto... al acecho de vándalos, supongo, o para impedir que durante la noche los estudiantes utilizaran el aparcamiento y el campo deportivo con fines ilícitos.

Oímos funcionar un motor; el sonido era demasiado fuerte y gutural para ser del coche patrulla, y después que pasamos el instituto, aumentó. Yo no creía que fuese necesario un motor para cuidar el cementerio, pero de allí llegaba el ruido. Ahora pienso que probablemente deseaba ver su tumba de noche, sabiendo cuánto odiaba ella la oscuridad; creo que quería cerciorarme de que *alguna* luz penetraba incluso en el cementerio, durante la noche.

Las farolas de Linden Street iluminaban un trecho del cementerio y dejaban ver nítidamente el camión de la Meany Granite Company, aparcado y con el motor al

ralentí ante la entrada principal; Hester y yo vislumbramos la expresión solemne de Mr. Meany detrás del volante, con la cara iluminada por las prolongadas chupadas que daba a su cigarrillo. Estaba solo en la cabina del camión, pero yo sabía dónde se encontraba Owen.

Mr. Meany no se sorprendió al verme, aunque mi prima lo puso nervioso. Hester ponía nervioso a todo el mundo: con buena luz, de cerca, representaba su edad: una chica de doce años robusta y muy desarrollada. Pero desde cierta distancia, con un poco de ayuda de las sombras, aparentaba dieciocho... y parecía proclive a generar problemas.

—Owen tenía que decir algo más —nos confió Mr. Meany—. Pero lleva un buen rato dentro. Seguro que está a punto de terminar.

Sentí otra oleada de celos, pensando que la preocupación de Owen por la primera noche de mi madre bajo tierra había precedido a la mía. Con la atmósfera húmeda, los gases de escape del diesel eran pesados y malolientes, pero tuve la certeza de que Mr. Meany no se dejaría convencer para apagar el motor; con toda probabilidad lo dejaba funcionar con la intención de apremiar a Owen en sus oraciones.

—Quiero que sepas algo —me dijo Mr. Meany—. Haré caso a tu madre. Me dijo que no interfiriera si Owen quería ir a la academia. Y no interferiré. Se lo prometí —agregó.

Me llevaría años asimilar que desde el momento en que Owen golpeó esa pelota, Mr. Meany no «interferiría» en *nada* que quisiera su hijo.

—También me dijo que no me preocupara por el *dinero* —prosiguió Mr. Meany—. No sé qué pasará con eso... ahora —agregó.

—Owen obtendrá una beca completa —dije.

—Yo no sé nada de eso. Supongo que así será, si él lo desea —agregó Mr. Meany—. Tu madre se refirió a la *ropa*. Un montón de chaquetas y corbatas.

—No se preocupe —le dije.

—¡No me estoy preocupando! —exclamó—. Sólo te estoy prometiendo que no interferiré... ésa es la cuestión.

Parpadeó una luz en el cementerio; Mr. Meany notó que Hester y yo mirábamos en esa dirección.

—Ha traído una linterna —dijo Mr. Meany—. No sé por qué tarda tanto. Ya lleva demasiado tiempo dentro —pisó el acelerador, como si unas cuantas revoluciones pudieran meter prisa a Owen. Pero después de una pausa, agregó—: Tal vez será mejor que entréis a ver qué lo retiene.

En el cementerio la luz era tenue; Hester y yo avanzamos con gran cuidado, pues no queríamos pisotear las flores ni despellejarnos las espinillas contra cualquier sepultura pequeña. A medida que nos alejábamos del camión, fue disminuyendo el ruido del motor... aunque al mismo tiempo parecía más profundo, como si fuera el

motor del corazón de la tierra, el que la hacía rotar y convertía el día en noche. Oímos fragmentos de las oraciones de Owen; pensé que había llevado la linterna para poder leer el libro de oraciones... y con toda probabilidad estaba leyendo de la primera a la última.

—«QUE LOS ÁNGELES TE CONDUZCAN AL PARAÍSO» —leyó.

Hester y yo interrumpimos nuestros pasos; ella se quedó detrás de mí y me rodeó la cintura con los brazos. Sentí sus pechos contra mis omoplatos y —como era un poco más alta— su garganta contra mi nuca; me hizo bajar la cabeza con el mentón.

—«PADRE DE TODOS NOSOTROS» —leyó Owen—. «REZAMOS POR AQUELLOS QUE AMAMOS PERO YA NO PODEMOS VER». —Hester me apretó; me besó las orejas. Mr. Meany aceleró, pero Owen no dio muestras de advertirlo; estaba arrodillado delante de la primera hilera de flores, al pie del túmulo de tierra nueva, frente a la lápida de mi madre. Había abierto el libro de oraciones en el suelo y sostenía la linterna entre las rodillas.

—Owen —dije, pero no me oyó—. ¡Owen! —llamé en voz más alta. Levantó la vista, pero no hacia mí; quiero decir que *levantó* la vista: había oído su nombre sin reconocer *mi* voz.

—¡YA TE HE OÍDO! —gritó, echando chispas por los ojos—. ¿QUÉ DESEAS? ¿QUÉ ESTÁS HACIENDO? ¿QUÉ QUIERES DE MI?

—Soy *yo*, Owen —dije; sentí que Hester jadeaba a mis espaldas. De pronto me había percatado *con quién* creía estar hablando Owen—. Somos Hester y yo —añadí, porque se me había ocurrido que la figura de mi prima detrás, con aspecto de surgir amenazadoramente, también podía confundir a Owen Meany, siempre atento a la aparición del ángel que lo había asustado en la habitación de mi madre.

—AH, ERAS TÚ —Owen parecía decepcionado—. HOLA, HESTER. NO TE RECONOCÍ... PARECES MAYOR CON VESTIDO. LO SIENTO.

—No es nada, Owen —dije.

—¿CÓMO ESTA DAN? —me preguntó.

Le dije que estaba bien, pero que se había ido a pasar la noche solo en su apartamento; la noticia devolvió a Owen su sentido práctico.

—SUPONGO QUE EL MANIQUÍ SIGUE ALLÍ, EN EL COMEDOR, ¿NO? —preguntó.

—Por supuesto —respondí.

—PUES ESO ESTA MUY MAL —dijo—. DAN NO DEBE ESTAR A SOLAS CON ESE MANIQUÍ. ¿QUÉ PASARA SI LE DA POR QUEDARSE CONTEMPLÁNDOLO? ¿O SI DESPIERTA A MEDIANOCHE Y SE LO ENCUENTRA CAMINO DE LA NEVERA? TENEMOS QUE IR A BUSCARLO... AHORA MISMO.

Acomodó la linterna entre las flores de manera que la masa radiante quedara

totalmente envuelta por ellas, y la luz propiamente dicha brillara sobre el túmulo. Se incorporó y se quitó el polvo de las perneras de los pantalones a la altura de las rodillas. Cerró el libro de oraciones y comprobó cómo caía el haz de luz en la tumba de mi madre; pareció satisfecho. Yo no era el único que sabía cuánto detestaba mi madre la oscuridad.

Como no cabíamos todos en la cabina del camión, Owen se sentó con Hester y conmigo en la plataforma polvorienta del remolque, mientras Mr. Meany nos llevaba a la residencia de Dan. Los estudiantes del último curso estaban levantados; nos cruzamos con ellos en el hueco de la escalera y en la sala; algunos iban en pijama y todos se comieron a Hester con los ojos. Oí tintinear los cubitos de hielo en el vaso de Dan antes de que nos abriera la puerta.

—HEMOS VENIDO A BUSCAR EL MANIQUÍ, DAN —se apresuró a decir Owen, haciéndose cargo de todo desde el primer momento.

—¿El maniquí? —preguntó Dan.

—NO DEBES DEDICARTE A CONTEMPLARLO —le dijo Owen. Se precipitó en el comedor, donde el maniquí mantenía su posición de centinela sobre la máquina de coser de mi madre; todavía había algunos materiales de costura desparramados en la mesa del comedor; el dibujo de un patrón nuevo estaba pinchado sobre la mesa, junto a unas tijeras. Sin embargo, el maniquí no estaba recién ataviado. Tenía puesto el vestido rojo que tanto disgustaba a mi madre. Owen había sido el último en vestirlo; esta vez le había puesto un ancho cinturón negro, uno de los favoritos de mi madre, en una nueva tentativa por volver más seductor el vestido.

Le quitó el cinturón, lo dejó sobre la mesa —¡como si Dan pudiese darle alguna utilidad!— y levantó al maniquí por las caderas. Cuando estaban de pie uno al lado del otro, Owen apenas le llegaba al busto; al alzarlo, lo pechos del maniquí quedaron por encima de su cabeza... señalando el camino.

—PUEDES HACER LO QUE QUIERAS, DAN —le dijo Owen—, PERO NO TE QUEDARAS CON LA VISTA FIJA EN ESTE MANIQUÍ, FOMENTANDO TU DESDICHA.

—De acuerdo —aceptó Dan, y dio otro trago de *whisky*—. Gracias, Owen —agregó, pero mi amigo ya estaba en la puerta.

—VAMOS —nos dijo a Hester y a mí. Lo seguimos.

Salimos en el camión por Court y recorrimos Pine Street, con los árboles pasando raudos por encima de nuestras cabezas y el polvo de granito azotándonos la cara. En un momento dado Owen aporreó la cabina.

—¡MÁS RÁPIDO! —gritó a su padre. Mr. Meany aceleró.

En Front Street, justo cuando Mr. Meany estaba reduciendo la velocidad, Hester dijo:

—Podría seguir así toda la noche. Podría ir a la playa y volver. Produce una



sensación deliciosa. Es la única forma de sentir un poco de fresco.

Owen volvió a aporrear la cabina del camión.

—¡VE HASTA LA PLAYA! —chilló—. ¡VE HASTA LITTLE BOAR'S HEAD!

Hacia allí partimos.

—¡MÁS RÁPIDO! —gritó Owen una vez, en el desierto camino a Rye. Fueron quince kilómetros vertiginosos; en breve desapareció el polvo de granito de la plataforma, y lo único que de vez en cuando nos azotaba la cara era un insecto despistado. Hester tenía el pelo alborotado. El viento soplaba demasiado a nuestro alrededor como para que pudiéramos hablar. Los sudores se secaron instantáneamente; también las lágrimas. El vestido rojo se pegaba al maniquí de mi madre y aleteaba con el viento; Owen se había sentado con la espalda contra la cabina y lo llevaba extendido en su regazo... como si ambos estuviesen realizando un experimento de levitación casi exitoso.

En la playa, en Little Boar's Head, nos descalzamos y entramos en la rompiente, mientras Mr. Meany esperaba sumiso... con el motor al ralentí. Owen acarreó todo el tiempo el maniquí, procurando no internarse en las olas; el vestido rojo no se mojó en ningún momento.

—ME QUEDARE CON EL MANIQUÍ —anunció—. TAMPOCO TU ABUELA TIENE QUE TENER LA OPORTUNIDAD DE CONTEMPLARLO... PARA NO HABLAR DE TI —agregó.

—Para no hablar de *ti* —acotó Hester, pero Owen hizo caso omiso de sus palabras, saltando por encima de la espuma.

Cuando Mr. Meany nos dejó a Hester y a mí en 80 Front Street, las luces de abajo de todas las casas de la calle estaban apagadas —con excepción de las de mi abuela—, pero todavía había algunos leyendo en la planta alta, en la cama. En noches sofocantes, Mr. Fish dormía en la hamaca de su porche rodeado de tela metálica, de modo que Hester y yo nos despedimos de Owen y Mr. Meany en voz baja; Owen indicó a su padre que *no* diera la vuelta en la rampa de nuestra casa. Dado que era imposible meter al maniquí en la cabina —porque no se doblaba—, cuando el camión arrancó Owen seguía en la plataforma rodeando con un brazo las caderas del vestido rojo. Con la mano libre, se agarraba firmemente a una de las cadenas de carga, que servían para sujetar los bordillos o los panteones.

Si Mr. Fish hubiese estado en su hamaca, y se hubiera despertado, habría visto pasar algo inolvidable bajo las farolas de Front Street. El camión imponente y oscuro avanzando con ruido sordo en plena noche, y la mujer de rojo —acéfala y de silueta despampanante, aunque sin brazos— sostenida a la altura de las caderas por un chico sujeto a una cadena, o un enano.

—Espero que sepas que Owen está loco —me dijo Hester con voz cansada.

Pero yo contemplaba maravillado la imagen de Owen alejándose: había logrado

orquestrar mi tristeza la noche del funeral de mi madre. Y tal como había hecho con las garras de mi armadillo, se había llevado lo que deseaba... en este caso la réplica de mi madre, su tímido maniquí con ese vestido no querido. Más adelante pensé que Owen debía de saber que el maniquí era importante; debía de haber previsto que hasta ese vestido superfluo sería útil... que tenía un propósito. Pero en aquellos tiempos, esa noche, me sentí inclinado a coincidir con Hester; pensé que el vestido rojo era meramente la idea que tenía Owen de un talismán, de un amuleto para ahuyentar los poderes malignos del «ángel» que imaginaba haber visto. Entonces yo no creía en los ángeles.

Toronto: 1 de febrero de 1987... cuarto domingo después de la Epifanía. Ahora creo en los ángeles, lo que no significa necesariamente que sea una ventaja; por ejemplo, no me sirvió de nada en las elecciones de anoche para la junta parroquial: ni siquiera fue propuesta mi candidatura. He sido diácono de la parroquia tantas veces y durante tantos años, que no debería quejarme; tal vez mis compañeros de congregación pensaron que estaban siendo bondadosos conmigo al concederme un año de descanso. En efecto, si me hubiesen propuesto para mayordomo o mayordomo adjunto, quizás habría tenido que declinar la candidatura. Reconozco que estoy cansado; he hecho más de lo que me corresponde por Grace Church on-the-Hill. No obstante, me sorprendió que no me propusieran para ningún cargo; por consideración —si no por reconocimiento a mi fidelidad y devoción—, pensé que lo harían.

No tendría que haber permitido que la ofensa —si se trata de una ofensa— me distrajera del oficio dominical; eso no estaba bien. Una vez fui mayordomo de rector con el canónigo Campbell... cuando el canónigo Campbell era nuestro rector; he de admitir que cuando él estaba vivo me sentía mejor tratado. Pero desde que es rector el canónigo Mackie, he sido mayordomo adjunto una vez... y también mayordomo de la grey. Y un año fui presidente de mayordomos; también he sido presidente del consejo parroquial. El canónigo Mackie no tiene la culpa de no poder reemplazar jamás al canónigo Campbell en mi corazón; Mackie es afectuoso y bondadoso... y su locuacidad no me ofende. Pero Campbell era un ser extraordinario, sencillamente, y aquellos primeros tiempos también lo fueron.

No debería rumiar sobre una tontería como el nombramiento anual de los colaboradores parroquiales; en especial, no debería permitir que tales pensamientos me distrajeran de la Eucaristía coral y del sermón. Debo confesar que padezco de cierto infantilismo.

El predicador visitante también me distrajo. Al canónigo Mackie le gusta que pronuncien el sermón los pastores invitados —lo que no nos dispensa de su labia—, pero quienquiera fuese el de hoy, era una especie de anglicano «reformado» y en apariencia su tesis consistía en que todo lo que en principio parece diferente, en

realidad es igual. No pude dejar de pensar en lo que habría dicho de esto Owen Meany.

En la tradición protestante, nos volcamos en la Biblia; cuando necesitamos una respuesta, allí la buscamos. Pero hoy hasta la Biblia me distrajo. Para el cuarto domingo después de la Epifanía, el canónigo Mackie escogió a Mateo... sus fastidiosas Bienaventuranzas; al menos siempre nos fastidiaron a Owen y a mí.

Bienaventurados los pobres de espíritu,  
porque de ellos es el reino de los cielos.

Es muy difícil imaginar que «los pobres de espíritu» logren tanto.

Bienaventurados los que lloran,  
porque ellos recibirán consolación.

Tenía once años cuando murió mi madre; todavía la lloro. También lloro por más cosas. No me siento «consolado»; todavía no.

Bienaventurados los mansos,  
porque ellos recibirán la tierra por heredad.

—PERO NO HAY PRUEBAS DE ESO —le dijo Owen a Mrs. Walker en la escuela dominical.

Y así sucesivamente:

Bienaventurados los de limpio corazón,  
porque ellos verán a Dios.

—¿PERO LES AYUDARA... VER A DIOS? —preguntó Owen Meany a Mrs. Walker.

¿Ayudó a Owen... ver a Dios?

«Bienaventurados sois cuando os vituperaren y os persiguieren, y dijeren de vosotros todo mal por mi causa, mintiendo», dice Jesús. «Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos; que así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros».

Eso fue algo que siempre nos resultó difícil de aceptar a Owen y a mí: *una recompensa en los cielos*.

—LA BONDAD COMO SOBORNO —decía Owen... argumento que eludía a

Mrs. Walker.

Y luego —después de las bienaventuranzas y del sermón por el forastero—, me fue impuesto el Credo de Nicea. El canónigo Campbell solía explicármelo todo. Me molestaba eso de creer en una iglesia «Única, Santa, Católica y Apostólica»; el canónigo Campbell me ayudaba a ver más allá de las palabras, me hacía comprender en qué sentido «Católica», en qué sentido «Apostólica». El canónigo Mackie dice que me preocupo demasiado por «meras palabras». ¿*Meras palabras*?

También estaba la cuestión de «todas las naciones» y, específicamente, «nuestra Reina»; ya no soy estadounidense, pero aún tengo problemas con eso de «concede a tu sierva ISABEL nuestra Reina». ¡Y pensar que es posible «conducir a todas las naciones por el camino de la justicia» resulta totalmente ridículo!

Y antes de recibir la Sagrada Comunión, me resistía a la confesión general.

«Reconocemos y confesamos nuestros muchos pecados y debilidades». Algunos domingos, me cuesta decirlo, el canónigo Campbell me toleraba que le confesara que esta confesión me era difícil, pero el canónigo Mackie emplea conmigo la tesis de las «meras palabras», y ha logrado que lo vea bajo una luz implacable. Y cuando el canónigo Mackie procedió a la Sagrada Eucaristía, a la Acción de Gracias y a la Consagración —que él *cantaba*—, incluso lo juzgué injustamente por su voz para el canto, que no es ni nunca será equiparable a la del canónigo Campbell... que Dios tenga en su gloria.

En todo el servicio, sólo el salmo me pareció auténtico, y por ende me avergonzó. Era el Salmo 37, y tuve la impresión de que el coro me lo cantaba directamente:

Déjate de la ira, y depón el enojo:  
no te excites en manera alguna a hacer lo malo.

Sí, es verdad: debería «dejarme de la ira y deponer el enojo». ¿De qué sirve la ira? He estado airado antes. También me he sentido «excitado a hacer lo malo»... como ya se verá.

## El Niño Jesús

La Navidad siguiente a la muerte de mi madre fue la primera que no pasé en Sawyer Depot. Mi abuela dijo a mis tíos Alfred y Martha que si se reunía toda la familia, la ausencia de mi madre sería demasiado evidente. Si Dan, ella y yo estábamos solos en Gravesend, y los Eastman solos en Sawyer Depot, todos nos echaríamos de menos, argumentó mi abuela; por consiguiente, razonó, no echaríamos tanto en falta a mi madre. Desde aquella Navidad de 1953, he sentido que estas festividades son un infierno para las familias que han sufrido cualquier pérdida o que deben reconocerse alguna imperfección; el así llamado deseo de dar puede ser tan avaro como el de recibir. La Navidad es el momento que tenemos para tomar conciencia de nuestras carencias, de los que no están en el hogar.

Dividir mi tiempo entre la casa de mi abuela en 80 Front Street y el desertedo edificio de la residencia de estudiantes donde Dan tenía su pequeño apartamento, también me proporcionó mis primeras impresiones de Gravesend Academy en navidades, cuando todos los internos se habían ido a sus casas. Las piedras y ladrillos desolados, la hiedra cubierta de nieve, los edificios de aulas y viviendas con todas las ventanas cerradas —en una uniformidad carcelaria— daban al campus la aureola de una prisión que soporta una huelga de hambre; sin los estudiantes yendo deprisa por los senderos del patio, los pelados abedules de color hueso se destacaban en blanco y negro contra la nieve, como dibujos de sí mismos al carbón, o esqueletos de los antiguos alumnos.

El tañido de la campana de la capilla y de la que marcaba las horas de clase, estaba suspendido; así, la ausencia de mi madre se vio subrayada por la ausencia de la música más rutinaria de Gravesend, el carillón de la academia que yo siempre había dado por hecho... hasta que no lo oí. Sólo sonaba cada hora el solemne reloj del campanario de Hurd's Church; sobre todo en los días más crudos de diciembre y contra el paisaje de la nieve vieja —deshelada y vuelta a congelar hasta adquirir el apagado espejeo gris plateado del peltre—, la campana del reloj de Hurd's Church daba las horas como un toque de difuntos.

No era momento de alegrías, aunque el querido Dan Needham lo intentó. Bebía demasiado y llenaba el vacío y resonante edificio con sus estridentes villancicos; había una dolorosa distancia abismal entre su interpretación de las canciones de Navidad y la voz de mi madre. Y toda vez que Owen se unía a él en una estrofa de «Que Dios os dé felicidad, caballeros», o de —peor aún— «Cayó la clara medianoche», los huecos de las viejas escaleras de piedra de la residencia estudiantil donde vivía Dan resonaban con una música funeraria nada pascual, estrictamente lúgubre; eran las voces de los fantasmas de los alumnos de Gravesend que no habían podido ir a su casa por Navidad y cantaban a sus familias lejanas.

Los dormitorios de Gravesend habían sido bautizados con los apellidos de miembros del claustro y directores muertos y enterrados hacía tiempo: Abbot, Amen, Bancroft, Dunbar, Gilman, Gorham, Hooper, Lambert, Perkins, Porter, Quincy, Scott. Dan Needham vivía en Waterhouse Hall, llamado así en honor a un difunto cascarrabias clasicista, el profesor de latín Amos Waterhouse, cuya versión de villancicos *en latín* —no me cabía la menor duda— no podía haber sido peor que el tenebroso barullo en que los convertían Dan y Owen.

La respuesta de mi abuela al hecho de que mi madre estuviera muerta por Navidad fue negarse a participar en la tradicional decoración de 80 Front Street; las guirnaldas quedaron clavadas demasiado bajas en las puertas y sólo de la mitad inferior del árbol de Navidad colgaban oropeles y adornos —resultado de que Lydia aplicara su desmañado toque al nivel de su silla de ruedas.

—Todos nos habríamos sentido mejor en Sawyer Depot —anunció Dan Needham, ya trompa.

Owen suspiró.

—SOSPECHO QUE NUNCA LLEGARE A IR A SAWYER DEPOT —dijo, malhumorado.

En lugar de ir allí, Owen y yo visitamos todas las habitaciones de todos los chicos que se habían ido de Waterhouse Hall para pasar las fiestas con su familia; Dan Needham tenía una llave maestra. Casi todas las tardes ensayaba con los Gravesend Players su versión anual de *Canción de Navidad*; la obra se había acabado por convertir en algo archisabido para muchos de sus intérpretes, pero para renovar las actuaciones Dan intercambiaba los papeles cada Navidad. Por lo tanto Mr. Fish, que un año había sido el Espectro de Marley —y otro el Espíritu de las Navidades Pasadas—, ahora era Scrooge. Tras años de elegir a niños convencionalmente adorables que se equivocaban en sus parlamentos, Dan le había rogado a Owen que hiciera de Tiny Tim, pero Owen dijo que todos se reirían de él, si no al verlo, al menos cuando hablara, además de que Mrs. Walker interpretaba a la madre de Tiny Tim. Eso, afirmó mi amigo, le PONDRÍA LA PIEL DE GALLINA.

Ya era bastante nefasto, sostenía Owen, verse sometido al ridículo de la temporada con el personaje que encarnaba en la función navideña de Christ Church.

—YA VERAS —me dijo con tono enigmático—. ¡LOS WIGGIN NO ME HARÁN REPRESENTAR OTRA VEZ A ESE ESTÚPIDO ÁNGEL!

Sería mi primera función del pesebre navideño, pues normalmente el último domingo antes de Navidad yo solía estar en Sawyer Depot; Owen se había quejado repetidas veces porque *siempre* hacía de Angel Anunciador, papel que le imponían el reverendo capitán Wiggin y su esposa y exazafata Barbara, quien insistía en que «nadie es tan mono» para representar ese personaje, cuyo papel consistía en *descender* por una «columna de luz» (con la sólida ayuda de un aparato semejante a

una grúa, al que iba sujeto con cables, como una marioneta). Se suponía que Owen *anunciaba* la maravillosa presencia que yacía en el pesebre de Belén, agitando todo el tiempo los brazos (para llamar la atención sobre las gigantescas alas encoladas a su túnica de niño del coro, y para tratar de acallar las risitas de la congregación).

Todos los años, un tétrico grupo de pastores se amontonaba ante la barandilla de la comunión y demostraba su cobardía al Sagrado Mensajero de Dios; era una banda abigarrada de gente que se pisoteaba las túnicas, se arrancaba los turbantes y se tironeaba mutuamente de las barbas con sus cayados y bastones. Barb Wiggin tenía dificultades para localizarlos en la «columna de luz» e iluminar simultáneamente al Ángel Descendente, Owen Meany.

El rector leía a Lucas: «Y había pastores en la misma tierra, que velaban y guardaban las vigili­as de la noche sobre su ganado. Y he aquí que el ángel del Señor vino sobre ellos, y la claridad de Dios los cercó de resplandor; y tuvieron gran *temor*», aquí Mr. Wiggin hacía una pausa para que se notara el efecto de los pastores encogiéndose al ver a Owen esforzándose para apoyar los pies en el suelo. Además, Barb Wiggin operaba el chirriante aparato que «bajaba» a Owen, situándolo peligrosamente cerca de las velas encendidas que simulaban las fogatas a cuyo alrededor los pastores guardaban su ganado.

«NO TEMÁIS», anunciaba Owen, mientras se debatía en el aire; «PORQUE HE AQUÍ QUE OS DOY NUEVAS DE GRAN GOZO, QUE SERA PARA TODO EL PUEBLO. QUE OS HA NACIDO HOY, EN LA CIUDAD DE DAVID, UN SALVADOR, QUE ES CRISTO EL SEÑOR. Y ESTO OS SERA POR SEÑAL: HALLAREIS AL NIÑO ENVUELTO EN PAÑALES, ECHADO EN UN PESEBRE». A renglón seguido destellaba la deslumbrante aunque espasmódica «columna de luz» como un relámpago, o quizá Christ Church sufría una carga excesiva de tensión, y Owen era elevado hacia la oscuridad... a veces *arrancado* hacia la oscuridad, en una ocasión tan velozmente que una de sus alas se le desprendió de la espalda y cayó entre los confundidos pastores.

Lo peor era que Owen debía permanecer en el aire el resto de la función, pues no había forma de bajarlo sin que quedara totalmente iluminado. Para estar oculto en la oscuridad tenía que permanecer suspendido de los cables, encima del bebé echado en el pesebre, encima de los torpes asnos que movían la cabeza afirmativamente, los vacilantes pastores y los desequilibrados reyes que se tambaleaban bajo el peso de sus coronas.

Una pega adicional, decía Owen, era que quien interpretaba a José siempre sonreía... como si José tuviera algún motivo para sonreír.

—¿QUÉ TIENE QUE VER JOSÉ CON TODO ESO? —preguntaba, enfadado—. ¡SUPONGO QUE TIENE QUE ESTAR EN LOS ALREDEDORES DEL PESEBRE, PERO NO DEBERÍA SONREÍR! —y la chica más bonita siempre interpretaba a

María—. ¿QUÉ TIENE QUE VER LA *BELLEZA* CON TODO ESTO? —preguntaba Owen—. ¿QUIEN HA DICHO QUE MARÍA ERA BONITA?

Y los toques individuales que los Wiggin incluían en la función navideña reducían a Owen a incoherentes bufidos de cólera, por ejemplo los niños más pequeños disfrazados de tórtolos. El vestuario era tan absurdo que nadie sabía qué se suponía que eran esos niños; parecían ángeles de fantaciencia, espectaculares formas de vida de otra galaxia, como si los Wiggin hubiesen decidido que al Santo Nacimiento habían asistido (o tendrían que haber asistido) seres de planetas distantes.

—¡NADIE SABE QUE SON ESOS ESTÚPIDOS TÓRTOLOS! —se quejaba Owen.

En cuanto al Niño Jesús propiamente dicho, Owen estaba escandalizado. Los Wiggin insistían en que el Niño Jesús no derramara una sola lágrima, y con este propósito reunían despiadadamente decenas de bebés entre bambalinas; reemplazaban con tanta libertad a los bebés que el Niño Jesús era arrancado del pesebre al primer refunfuño o gorjeo impío y al instante lo sustituía un bebé mudo, o al menos en estado de estupor. Para la tarea de proporcionar un nuevo bebé silencioso al pesebre —en un santiamén—, una extensa fila de adultos amenazantes alargaba el brazo en las tinieblas, más allá del púlpito, detrás del telón púrpura y marrón, bajo la cruz. Estos adultos grandotes y de mano certera, diestros en el manejo de bebés, o como mínimo seguros de que no dejarían caer a un Niño Jesús de movimientos rápidos, estaban totalmente fuera de lugar en el Nacimiento. ¿Eran reyes o pastores? ¿Y por qué eran mucho mayores y robustos que los otros reyes y pastores, aunque no exactamente más que de tamaño natural? Sus vestimentas resultaban infantiles, aunque algunas barbas eran reales, y no parecían gozar del espíritu navideño, sino resignados a cumplir su tarea, como una brigada de bomberos voluntarios con cubos de agua.

Entre bastidores, las madres se atormentaban; la competición por el Niño Jesús de mejor conducta era intensa. Todas las navidades, además del Niño Jesús, la función de los Wiggin daba a luz a muchos miembros nuevos de la hermandad más monstruosa: las madres de artistas. Una vez le dije a Owen que quizá se sentiría mejor situándose «por encima» de estos procedimientos, pero él insinuó que yo y otros miembros de nuestra clase en la escuela dominical éramos parcialmente responsables, en el mejor de los casos, de su humillante elevación. ¿Acaso no habíamos sido *nosotros* los primeros en alzarlo en el aire? Mrs. Walker, sugería Owen, debía de haberle dado a Barb Wiggin la idea de utilizarlo como ángel aerotransportado.

No es de extrañar que a Owen no le entusiasmara la propuesta de Dan para que hiciera el papel de Tiny Tim.

—CUANDO DIGO «NO TEMÁIS; PORQUE AQUÍ OS DOY NUEVAS DE



GRAN GOZO», TODOS LOS BEBES LLORAN Y LOS QUE NO SON BEBES RÍEN. ¿QUÉ CREES QUE HARÁN SI DIGO: «DIOS OS BENDIGA A TODOS»?

Era su voz, por supuesto; podría haber dicho ESTE ES EL FIN DEL MUNDO y la gente también se habría desternillado de risa. Era una tortura para Owen carecer de sentido del humor —sólo era serio— y al mismo tiempo ejercer un efecto cómico sobre las multitudes.

No es de extrañar que comenzara a preocuparse por la función navideña a finales de noviembre, porque en el boletín de servicios del último domingo siguiente a Pentecostés ya publicaron un anuncio: «Cómo participar en la función de Navidad». El primer ensayo estaba programado para después de la reunión anual de la parroquia y de las elecciones de la junta parroquial, casi al comienzo de nuestras vacaciones de Navidad. «¿Qué quieres ser?», preguntaba el sensiblero boletín. «¡Necesitamos reyes, ángeles, pastores, asnos, tórtolos, María, José, bebés, y mucho más!».

—«PADRE, PERDONALOS, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN» —dijo Owen.

Mi abuela se irritaba si jugábamos en 80 Front Street; en consecuencia, Owen y yo buscábamos la soledad de Waterhouse Hall. Como Dan estaba fuera por las tardes, teníamos todo el edificio casi para nosotros solos. Había cuatro plantas con dormitorios de alumnos, las duchas, urinarios y retretes comunes en cada planta, además del apartamento de un profesor en el extremo del pasillo, también en cada planta. El de Dan estaba en la segunda. El profesor que vivía en el primer piso había ido a pasar las navidades en su tierra, como uno cualquiera de los alumnos. El joven Mr. Peabody, un novato profesor auxiliar de matemáticas y soltero con pocas probabilidades de ascenso en su estado civil, era lo que mi madre habría llamado un «pazguato». Melindroso, tímido y fácil blanco de las bromas de los chicos de su piso, las noches en que tenía guardia en el edificio —las cuatro plantas—, en Waterhouse Hall bullía la revolución. En una de sus noches de guardia, a un chico de primer año lo colgaron de la puerta abierta de la rampa para la ropa sucia del tercer piso, sujetándolo por los talones; sus ahogados aullidos resonaron en toda la vivienda. Al abrir la puerta de la rampa del primer piso, Mr. Peabody se asombró al ver la cara chillona de un joven mirándole fijamente desde dos plantas más arriba.

Y reaccionó en una forma digna de Mrs. Walker.

—¡Van Arsdale! —gritó hacia lo alto—. ¡Sal de la rampa de la ropa sucia! ¡Cálmate, muchacho! ¡Pon los pies en el suelo!

Al pobre Mr. Peabody nunca se le pasó por la imaginación que a ese Van Arsdale lo estaban sujetando firmemente de los tobillos dos brutales defensas del equipo de fútbol de Gravesend, que lo torturaban diariamente.

O sea que Mr. Peabody se había ido a casa de sus padres, lo que dejaba el primer

piso libre de autoridades; el fanático de Educación Física del tercero —Mr. Tubulari, entrenador de atletismo y carreras— también pasaba fuera las navidades. Al igual que Mr. Peabody, era soltero, y había insistido en ocupar la última planta... por razones de salud; según decía le encantaba correr escaleras arriba. Recibía muchas visitas del sexo femenino y cuando éstas llevaban faldas, los alumnos disfrutaban observándolas subir y bajar las escaleras desde los pisos más bajos. Las noches que Waterhouse Hall sufría *su* guardia, los alumnos se comportaban impecablemente. Mr. Tubulari era rápido y silencioso; estaba especializado en pescar a los chicos «con las manos en la masa», en cualquier masa: luchando con crema de afeitar, fumando en los dormitorios, incluso masturbándose. Cada planta tenía asignado un cuarto común —sala de colillas, lo llamaban— para los fumadores; pero fumar en los dormitorios estaba prohibido —como el sexo en todas sus formas, el alcohol en todas sus formas, y los fármacos no recetados por el médico de la escuela. Mr. Tubulari tenía sus reservas hasta con las aspirinas. Según Dan, ahora se había ido para competir en algún agotador encuentro atlético, de hecho un pentatlón de las más duras actividades invernales, un «invernatlón», lo había llamado Mr. Tubulari. Dan Needham detestaba las palabras inventadas y comenzó a alborotar en torno a la clase de encuentros invernales en que estaba participando su colega; el fanático había ido a Alaska, o tal vez a Minnesota.

Dan nos entretuvo a Owen y a mí describiendo el pentatlón de Mr. Tubulari, su «invernatlón».

—La primera prueba —dijo Dan Needham— es algo saludable, como partir un atado de troncos... y te quitan puntos si se te rompe el hacha. Luego tienes que correr quince kilómetros hundido en la nieve, o caminar cuarenta y cinco con raquetas. Después practicas un agujero en el hielo y acarreando el hacha nadas un kilómetro y medio sumergido en un lago congelado, y haces otro agujero para salir por la orilla opuesta. A continuación construyes un iglú, para entrar en calor. Después viene el trineo con perros. Tú *tiras* de un trineo lleno de perros, desde Anchorage hasta Chicago. Entonces construyes otro iglú, para echarte a descansar.

—SON SEIS PRUEBAS —puntualizó Owen—. EN UN PENTATLÓN SÓLO ENTRAN CINCO.

—Entonces olvidemos el segundo iglú —contestó Dan Needham.

—ME GUSTARÍA SABER QUE HARÁ MISTER TUBULARI EN NOCHEVIEJA —dijo Owen.

—Zumo de zanahorias —respondió Dan mientras se servía otro *whisky*—. Mister Tubulari se prepara su propio zumo de zanahorias.

Fuera como fuese, Mr. Tubulari no estaba. Cuando Dan se iba por la tarde, Owen y yo controlábamos totalmente los tres pisos superiores de Waterhouse Hall. En la planta baja sólo teníamos que vérnoslas con los Brinker-Smith, que no nos planteaban

problemas... si no alborotábamos mucho. Los Brinker-Smith, un joven matrimonio británico, habían tenido gemelos pocos meses atrás; estaban totalmente dedicados, casi siempre con alegría, a la forma de sobrevivir con mellizos. Mr. Brinker-Smith, que era biólogo, también se consideraba inventor. Había inventado una silla alta biplaza, un cochecillo biplaza y un balancín biplaza, este último colgado del dintel de una puerta, donde los gemelos colgaban como monos de una enredadera, en estrecha proximidad entre sí, suficiente para tirarse de los pelos. En la silla alta biplaza, solían arrojarse comida a la cara mutuamente, por lo que Mr. Brinker-Smith improvisó un muro entre ambos, demasiado alto para que se arrojaran la comida de un lado a otro. No obstante, cada uno de los gemelos golpeaba el muro para cerciorarse de que el otro seguía allí, y lo manchaba con papilla, casi como una forma de pintura con los dedos: una comunicación prealfabeta entre hermanos. Mr. Brinker-Smith consideraba «fascinantes» los métodos que empleaban los mellizos para desbaratar sus diversas invenciones; era un auténtico científico: para él, los fracasos de sus experimentos eran casi tan interesantes como sus éxitos, y su decisión de seguir adelante con nuevos inventos inspirados en los gemelos era resuelta.

Por su lado, Mrs. Brinker-Smith parecía un tanto fatigada. Era demasiado bonita para dar la impresión de estar derrumbada; su agotamiento a causa de los mellizos — y de los inventos de Mr. Brinker-Smith para llevar una vida mejor con ellos— se manifestaba en ataques de distracción tan pronunciados que Owen, Dan y yo sospechábamos que era sonámbula. No nos veía, literalmente. Se llamaba Ginger, como el jengibre, en alusión a su atractivas pecas y a su cabellera pelirroja; fue objeto de las fantasías lujuriosas de los alumnos de Gravesend, tanto antes como después de mi época en la academia; dada la imperiosa necesidad de los chicos de Gravesend por entregarse a fantasías lujuriosas, creo que Ginger Brinker-Smith era vista como un objeto sexual incluso embarazada de los gemelos. Pero para Owen y para mí — durante las navidades del 53—, el aspecto de Mrs. Brinker-Smith apenas era levemente seductor; daba la impresión de que dormía con la ropa puesta, y estoy seguro de que así era. En cuanto a su legendaria voluptuosidad, de la que más adelante yo guardaría un recuerdo tan firme como el de cualquier chico de Gravesend, quedaba bastante oculta por las enormes blusas sueltas que usaba y que sin duda facilitaban un aumento de la velocidad a que era capaz de abrirse el sostén para amamantar. Siguiendo la tradición europea —extrañamente incrementada con su traslado a New Hampshire—, parecía empeñada en amamantar a los gemelos hasta que tuvieran edad suficiente para ir solos a la escuela.

Los Brinker-Smith eran entusiastas de la lactancia natural, como ponía en evidencia el uso demostrativo que de su mujer hacía Mr. Brinker-Smith en sus clases de biología. Maestro muy querido, de métodos liberales no del todo digeridos por los miembros más cerriles del profesorado de Gravesend, Mr. Brinker-Smith

aprovechaba todas las oportunidades que tenía de llevar «la vida», como decía él, al aula. Ello incluía el sorprendente espectáculo de Ginger alimentando a los gemelos, experiencia que lamentablemente se agotó en los estudiantes de biología de Gravesend, en el sentido de que ocurrió antes de que Owen y yo estuviéramos en edad de ir a la academia.

De cualquier modo, Owen y yo no temíamos a la interferencia de los Brinker-Smith mientras investigábamos los dormitorios de la planta baja de Waterhouse Hall; en realidad, nos decepcionó verlos tan poco durante aquellas navidades, ya que fantaseábamos con que podíamos vernos recompensados con un vislumbre de Ginger Brinker-Smith en el acto de amamantar. Incluso en ocasiones deambulábamos por el pasillo de la planta baja, con la remota esperanza de que Mr. Brinker-Smith abriera la puerta de su apartamento, nos viera allí —evidentemente sin propósitos educativos— y nos invitara a entrar para que viéramos cómo su mujer amamantaba a los gemelos. Pero ¡ay!, no lo hizo.

Un día glacial, Owen y yo acompañamos a Mrs. Brinker-Smith al supermercado, turnándonos para empujar a los gemelos, abrigados de la cabeza a los pies en su biplaza, e incluso cargamos con las compras hasta su apartamento, después de un trayecto con un tiempo tan inclemente que podría haberse clasificado como quinta prueba del pentatlón invernal de Mr. Tubulari. ¿Sacó Mrs. Brinker-Smith sus pechos y se ofreció a amamantar a sus gemelos delante de nosotros? ¡Ay!, no lo hizo.

Así las cosas, a Owen y a mí sólo nos quedaba descubrir qué guardaban en sus habitaciones los chicos de la escuela que habían ido a pasar las navidades con su familia. Cogimos la llave maestra de Dan Needham del gancho de la cocina contiguo al del abrelatas; empezamos por los dormitorios del tercer piso. La emoción de Owen con nuestro trabajo detectivesco era intensa; entraba en cada habitación como si el ocupante *no* estuviera lejos, sino escondido debajo de la cama o en el armario... con un hacha en la mano. Y no había forma de meterle prisa a Owen, ni siquiera en el dormitorio más aburrido. Registraba todos los cajones, examinaba todas las prendas de ropa. Se sentaba en todas las sillas de todos los escritorios, se tumbaba en todas las camas, siempre como último acto en cada una de las habitaciones: se tendía en la cama, cerraba los ojos, contenía el aliento. Sólo cuando retomaba la respiración normal pronunciaba su opinión sobre el ocupante: era feliz o desdichado en la academia, posiblemente estaba perturbado por acontecimientos distantes que ocurrían en su hogar o que habían ocurrido en el pasado. Owen siempre reconocía cuándo no lograba desvelar el misterio del ocupante de un dormitorio.

—¡ESTE TIPO ES UN VERDADERO MISTERIO! —decía—. DOCE PARES DE CALCETINES, NINGUNA PRENDA INTERIOR, DIEZ CAMISAS, DOS PANTALONES, UNA CHAQUETA DEPORTIVA, UNA CORBATA, DOS PALOS DE VILORTA, NINGUNA PELOTA, NINGUNA FOTO DE CHICAS, NINGÚN

## RETRATO FAMILIAR, NINGÚN ZAPATO.

—Tiene que tener puestos los zapatos —apunté.

—SOLO UN PAR —aclaró Owen.

—Envió un montón de ropa a la tintorería antes de salir de vacaciones —dije.

—NO SE ENVÍAN ZAPATOS A LA TINTORERÍA, NI RETRATOS DE FAMILIA —razonó Owen—. UN VERDADERO MISTERIO.

Aprendimos dónde debíamos buscar las revistas porno o las fotos verdes: entre el colchón y el elástico de la cama. Algunas LE PONÍAN LA PIEL DE GALLINA a Owen. En aquellos tiempos, esas fotos eran perturbadoramente confusas... o decepcionantemente claras; en esta última categoría figuraban los calendarios con chicas en bañador. Las imágenes de variedad más perturbadora tenían la calidad de las instantáneas que toman los chicos desde un coche en marcha; las propias mujeres parecían detenidas en sus movimientos y no en pose, como si hubieran estado haciendo algo a toda prisa en el momento en que las captó la cámara. Los actos que realizaban tampoco eran claros; por ejemplo, una mujer inclinada sobre un hombre sin propósito fijo, como si estuviese a punto de ejercer violencia en un cadáver impotente. Las partes pudendas de las mujeres solían estar desdibujadas por el vello púbico —algunas nos sorprendían, pues tenían más del que Owen y yo considerábamos posible— y sus pezones quedaban ocultos de la vista por las franjas negras de la censura. Al principio creíamos que esas franjas eran instrumentos de tortura: nos chocaban como más amenazantes que la desnudez total. La desnudez propiamente dicha era amenazadora... en gran parte debido a que las mujeres no eran bonitas o que sus expresiones serias y preocupadas juzgaban severamente su propia desnudez.

Muchas fotos y revistas estaban parcialmente destruidas por los efectos del peso de los chicos que, acostados, las aplastaban contra los resortes metálicos cubiertos de óxido; en ocasiones, en los cuerpos de las mujeres quedaba impreso un tatuaje en espiral, como si los viejos resortes hubieran grabado en su carne una siniestra versión de la espiral descendente de la lascivia propiamente dicha.

La presencia de pornografía nublabla, por supuesto, la opinión que se formaba Owen del ocupante de cada dormitorio; cuando se tendía en la cama con los ojos cerrados y por fin exhalaba el aliento largo tiempo contenido, decía:

—NO ES FELIZ. ¿QUIEN DIBUJA UN BIGOTE EN LA CARA DE SU MADRE Y LANZA DARDOS A LA FOTO DE SU PADRE? ¿QUIEN SE ACUESTA PENSANDO EN HACERLO CON PASTORES ALEMANES? ¿Y PARA QUE ESTA ESA CORREA DE PERRO EN EL ARMARIO? ¿Y EL COLLAR CONTRA LAS PULGAS EN EL CAJÓN DEL ESCRITORIO? NO ESTA PERMITIDO TENER ANIMALES DOMÉSTICOS EN EL DORMITORIO, ¿VERDAD?

—A lo mejor se le murió el perro durante el verano —sugerí—. Guardó como recuerdo la correa y el collar antipulgas.

—SEGURO —dijo Owen—. Y SUPONGO QUE SU PADRE ATROPELLO AL PERRO. SUPONGO QUE SU MADRE *LO HIZO* CON EL PERRO.

—Sólo son cosas —insistí—. ¿Qué podemos saber realmente del chico que vive aquí?

—NO ES FELIZ —reiteró Owen.

Pasamos toda una tarde investigando los dormitorios del tercer piso; Owen era tan sistemático en sus métodos de registro, tan lento en dejar todo exactamente donde lo había encontrado, como si los alumnos de Gravesend Academy fueran iguales a él, como si sus habitaciones fueran tan intencionales como el museo en que él había transformado su propio dormitorio. Su conducta en esas habitaciones recordaba la investigación de un santo en una catedral llena de antigüedades, como si allí pudiera adivinar alguna intención inmemorial y sagrada.

Owen consideró felices a muy pocos internos. Esos pocos, en su opinión, eran aquéllos cuyo espejo de la cómoda estaba bordeado de fotos familiares y de novias auténticas (podrían haber sido hermanas). Quien guardaba calendarios de mujeres en bañador quizás era feliz o rondaba la felicidad, pero los que habían recortado fotos de modelos en ropa interior y ligeros del catálogo de Sears eran como mínimo parcialmente desdichados... y no se salvaba nadie que guardara fotos de mujeres totalmente desnudas. Cuanto más vello púbico tenían, más desgraciado era ese chico; cuanto más tapados estaban los pezones con la franja de la censura, más infeliz era el interno.

—¿CÓMO PUEDES SER DICHOSO SI TE PASAS LA VIDA PENSANDO EN *HACERLO*?

Yo prefería pensar que las habitaciones que registrábamos eran fruto de la casualidad y menos reveladoras de lo que Owen imaginaba; al fin y al cabo, se suponía que hacían las veces de celdas monásticas de becarios en tránsito; estaban entre un nido y una habitación de hotel, no eran moradas naturales, y lo que allí encontrábamos correspondía a un desorden azaroso y una uniformidad deprimente. Hasta las fotos de ases del deporte y estrellas del cine eran las mismas de una habitación a otra; y de un chico a otro chico a menudo había un apunte similar de algo que echaban de menos de la vida en su hogar: la foto de un coche, con el chico orgulloso al volante (a los internos de Gravesend no se les permitía conducir ni pasear en coche); la foto de un patio trasero perfectamente sencillo, o incluso la instantánea de un momento tan profundamente personal —una silueta irreconocible alejándose de la cámara, de espaldas al observador— que la esencia de la foto quedaba encerrada a cal y canto en un recuerdo íntimo. Cuando Owen le dijo a mi madre que las residencias de estudiantes eran *NOCIVAS* se refería a estas celdas, con

su terrible mismidad de la nostalgia de cada chico por su hogar y del caos que significaba viajar.

Desde la muerte de mi madre, Owen había insinuado que la fuerza más firme que lo obligaba a asistir a Gravesend Academy —concretamente la insistencia de mi madre— había desaparecido. Aquellas habitaciones nos permitieron imaginar en qué nos convertiríamos *nosotros*: aunque no exactamente internos (porque yo seguiría viviendo con Dan y mi abuela, y Owen en su casa), igualmente albergaríamos semejantes secretos, semejante desorden apenas contenido, incluso semejante *lujuria* que estos pobres residentes de Waterhouse Hall. Lo que estábamos indagando cuando registramos esos dormitorios era *nuestra* vida futura, y en consecuencia fue astuto de su parte hacer que ocupáramos en ello tanto tiempo.

En una habitación del segundo piso, Owen descubrió los profilácticos; todo el mundo los llamaba «gomas», pero en Gravesend, New Hampshire, los llamábamos «piel de escarabajo». Ignoro el origen de la expresión; técnicamente, una «piel de escarabajo» era un condón *usado*, más específicamente el que se encuentra en un aparcamiento, o arrojado por las aguas a una playa, o flotando en el urinario de un autocine. Creo que sólo éstos eran auténticas «pieles de escarabajo»: condones viejos y muy usados que se te aparecían de sopetón en los lugares públicos.

Fue en una habitación del segundo piso, ocupada por Potter, un estudiante del último curso —del que Dan era tutor—, donde Owen encontró más de media docena de profilácticos, con su envoltorio de estaño, no muy hábilmente escondidos en el compartimiento para calcetines de los cajones de la cómoda.

—¡PIELES DE ESCARABAJO! —gritó y los dejó caer al suelo; retrocedimos. Nunca habíamos visto gomas sin usar y en su envase original.

—¿Estás seguro? —le pregunté.

—PIELES DE ESCARABAJO SIN ESTRENAR —me dijo Owen—. LOS CATÓLICOS PROHÍBEN LOS ANTICONCEPTIVOS —agregó—. LOS CATÓLICOS SON CONTRARIOS AL CONTROL DE LA NATALIDAD.

—¿Por qué? —le pregunté.

—DA IGUAL —replicó—. YA NO TENGO NADA QUE VER CON LOS CATÓLICOS.

—Vale —dije.

Intentamos deducir si Potter sabría exactamente cuántas pieles de escarabajo tenía en el cajón de los calcetines, para resolver si se daría cuenta en el caso de que abriéramos uno de los envoltorios de estaño y examináramos el condón, que por supuesto no podríamos volver a meter en su envase; tendríamos que tirarlo. ¿Lo echaría de menos Potter? Esa era la cuestión. Owen decidió que lo sabríamos llevando a cabo una investigación de lo organizado que era Potter como interno. ¿Estaba toda su ropa interior en un cajón, guardaba las camisetas dobladas, sus

zapatos formaban una línea recta en el piso del armario, estaban separados entre sí sus chaquetas, camisas y pantalones, todas las perchas miraban hacia el mismo lado, guardaba juntos las plumas y los lápices, los clips estaban en un recipiente, tenía abierto más de un tubo de dentífrico, las cuchillas de afeitar estaban en un lugar seguro, tenía un colgadero para corbatas o las guardaba descuidadamente? ¿Y tenía pieles de escarabajo porque las usaba... o para fanfarronear?

En el armario de Potter, hundida en una de sus botas de excursionismo, descubrimos una botella de Jack Daniel's Old N.º 7, Black Label; Owen decidió que si Potter corría el riesgo de tener una botella de *whisky* en su habitación, *no* guardaba las pieles de escarabajo para fanfarronear. Si las usaba con cierta frecuencia, supusimos que no echaría a faltar una.

El examen de la piel de escarabajo fue una ocasión solemne; no era de las que vienen lubricadas —ni siquiera estoy seguro de que hubiera gomas lubricadas cuando Owen y yo teníamos once años— y con cierta dificultad, además de algún dolor, nos turnamos para envolver con ella nuestros diminutos penes. Nos resultaba especialmente difícil imaginar esta época de nuestro futuro cercano pero ahora comprendo que el ritual que representamos en el atrevido dormitorio de Potter también tuvo el significado de una rebelión religiosa para Owen Meany: fue casi una afrenta más para los católicos de quienes, según sus propias palabras, había ESCAPADO.

Fue una lástima que Owen no pudiese escapar a la función navideña del reverendo Dudley Wiggin. El primer ensayo, en la nave de la iglesia, se hizo el segundo domingo de Adviento y siguió a una celebración de la Sagrada Eucaristía. Nos vimos demorados en la conversación sobre nuestros papeles porque nos precedió el informe de la Asociación de Mujeres, cuyas integrantes querían decir que el Día de Silencio que habían programado para comienzos del Adviento fue un éxito, que las meditaciones y el posterior período de silencio para reflexionar habían sido bien recibidos. Mrs. Walker, cuyo período como miembro de la junta parroquial estaba a punto de expirar —lo que le daría más energía aún para sus tiranías en la escuela dominical—, se quejó de que estaba flaqueando la asistencia nocturna al estudio de la Biblia para adultos.

—Bueno, ya sabes que todo el mundo tiene mucho trajín en navidades —dijo Barb Wiggin, impaciente por organizar el reparto de la función navideña, y contraria a tenernos esperando a los asnos y tórtolos en ciernes. Percibí la irritación anticipada que sentía Owen delante de Barb Wiggin.

Ciega a su animosidad, Barb Wiggin comenzó —como había comenzado, por cierto, el sagrado acontecimiento propiamente dicho— por el Angel Anunciador.

—Bien, todos sabemos quién es nuestro Angel Descendente —nos dijo.



—YO NO —dijo Owen.

—¿Por qué, Owen?! —exclamó Barb Wiggin.

—PONGA A OTRO EN EL AIRE —respondió Owen—. TAL VEZ LOS PASTORES PODRÍAN LIMITARSE A CONTEMPLAR LA COLUMNA DE LUZ. LA BIBLIA DICE QUE EL ÁNGEL DEL SEÑOR SE APARECIÓ A LOS PASTORES, NO A TODA LA CONGREGACIÓN. Y USE A ALGUIEN QUE TENGA UNA VOZ DE LA QUE NO SE RÍAN TODOS —concluyó, cerrando la boca mientras todos reían.

—Pero Owen... —insistió Barb Wiggin.

—No, no, Barbara —terció Mr. Wiggin—. Si Owen está cansado de ser el ángel, deberíamos respetar sus deseos... ésta es una democracia —añadió con poca convicción. La antigua azafata miró airada a su antiguo piloto, como si el hombre hubiese hablado y pensado con carencia del suficiente oxígeno.

—Y OTRA COSA —agregó Owen—. JOSÉ NO DEBERÍA SONREÍR.

—¿Por supuesto que no! —coincidió el rector sinceramente—. No tenía idea de que todos estos años hubiésemos estado aguantando a un José sonriente.

—¿Y quién piensas que haría bien el papel de José, Owen? —preguntó Barb Wiggin, sin la afabilidad proverbial de las azafatas.

Owen me señaló; ser escogido tan silenciosamente, con la autoridad propia de Owen, me erizó los pelos de la nuca; años más tarde, pensé que había sido elegido por el Elegido. Pero aquel segundo domingo de Adviento, en la nave de Christ Church, me enfurecí con Owen... una vez que se me relajaron los pelos de la nuca. ¡Qué personaje tan poco inspirador el de José, ese seguidor desventurado, ese suplente, ese mero acompañante!

—Normalmente seleccionábamos primero a María —dijo Barb Wiggin—. Después dejábamos que María eligiera a su José.

—Bien, este año podemos dejar que José elija a su María —dijo el reverendo Dudley Wiggin—. ¡No debemos temer el cambio! —agregó cordialmente, pero su mujer no le hizo caso.

—Normalmente empezábamos por el ángel —insistió Barb Wiggin—. Todavía no tenemos al ángel. Tenemos a José antes que a María y no tenemos ángel —repitió. (Las azafatas son personas ordenadas, que sienten un gran alivio siguiendo una rutina conocida.)

—Bien, ¿quién quiere estar suspendido en el aire este año? —preguntó el rector—. Háblales del panorama que se ve desde allá arriba, Owen.

—A VECES EL ARTEFACTO QUE TE MANTIENE EN EL AIRE TE DEJA MIRANDO PARA EL LADO QUE NO CORRESPONDE —advirtió Owen a los ángeles en potencia—. A VECES EL ARNÉS SE TE CLAVA EN LA PIEL.

—Estoy seguro de que eso podremos remediarlo, Owen —dijo el rector.

—CUANDO SUBES Y QUEDAS FUERA DE LA «COLUMNA DE LUZ», ALLÁ ARRIBA REINA LA OSCURIDAD.

Ningún ángel en potencia levantó la mano.

—Y EL PARLAMENTO A MEMORIZAR ES LARGUÍSIMO —prosiguió Owen—. YA SABÉIS: «NO TEMÁIS; PORQUE HE AQUÍ QUE OS DOY NUEVAS DE GRAN GOZO... QUE OS HA NACIDO... EN LA CIUDAD DE DAVID, UN SALVADOR, QUE ES CRISTO EL SEÑOR...».

—Lo sabemos, Owen, lo sabemos —se impacientó Barb Wiggin.

—NO ES FÁCIL —reiteró Owen.

—Quizá deberíamos elegir a nuestra María y volver más tarde al ángel —sugirió el reverendo Wiggin.

Barb Wiggin se retorció las manos.

Pero si pensaban que yo sería tan imbécil como para elegir a *mi* María, se equivocaban; escoger a María era ponerme en una situación perdedora. ¿Qué dirían de mí y de la chica que eligiera? ¿Y qué pensarían de mí las que *no* seleccionara?

—MARIBETH BAIRD NUNCA HA HECHO DE MARÍA —dijo Owen—. SI LO HACE ESTE AÑO, MARÍA SERA MARÍA.

—¡José es quien elige a María! —exclamó Barb Wiggin.

—SOLO ERA UNA SUGERENCIA.

¿Cómo podía negársele el papel a Maribeth Baird ahora que le había sido ofrecido? Maribeth era una niña pelma, tímida, torpe y fea.

—He sido tórtola tres veces —murmuró.

—ESA ES OTRA CUESTIÓN. NADIE SABE QUE SON LOS TÓRTOLOS —declaró Owen.

—Ya está bien, ya está bien... una cosa por vez —intervino Dudley Wiggin.

—¡Primera: José, elige a María! —se apresuró a decir Barb Wiggin.

—Maribeth Baird me parece bien —murmuré.

—¡Entonces María será María! —dijo Mr. Wiggin. Maribeth Baird se tapó la cara con las manos. Barb Wiggin también—. Ahora, Owen, ¿qué querías decir sobre los tórtolos? —preguntó el rector.

—¡Que *esperen* los tórtolos! —saltó Barb Wiggin—. Necesito un ángel.

Ex reyes y expastores guardaron silencio; ningún exasno dio un paso al frente... y eso que los asnos tenían dos partes y los cuartos traseros nunca veían la función. Ni siquiera los excuartos traseros de los asnos se ofrecieron voluntariamente para hacer de ángel. Ni siquiera los extórtolos se ofrecieron para ese personaje.

—El ángel es *muy* importante —apuntó el rector—. Hay un aparato especial sólo para levantarlo y bajarlo, y durante un rato ocupa él solo la «columna de luz». ¡Todos los ojos están puestos en el ángel!

Ningún niño de Christ Church pareció tentado a interpretar al ángel con la idea de

que todos los ojos estarían puestos en él. En el fondo de la nave, más insignificante aún que de costumbre por su proximidad al gigantesco cuadro *La convocatoria de los Doce*, el gordito Harold Crosby parecía disminuido por la imagen de Jesús nombrando a sus discípulos; rara vez todos los ojos se deleitaban con la vista del gordito Harold Crosby, que no era lo bastante grotesco como para que le tomaran el pelo —o notaran su presencia—, pero sí lo bastante repugnante para ser rechazado toda vez que llamaba la más mínima atención sobre sí mismo. En consecuencia, Harold Crosby se abstuvo. Se inclinaba en su silla hacia atrás, ocupaba el último puesto en la fila, sólo hablaba cuando le dirigían la palabra, quería que lo dejaran en paz, y casi siempre lo dejaban. Durante varios años había interpretado a la perfección el trasero de un asno, y estoy seguro de que era el único papel que le interesaba. Noté que se ponía nervioso por el silencio que siguió a la solicitud de un ángel por parte del reverendo Mr. Wiggin; con toda probabilidad los encumbrados retratos de los discípulos en su cercanía hacían que se sintiera incómodo, o de lo contrario temía que —ante la falta de voluntarios— el rector eligiera a un ángel entre los niños acobardados, ¿y qué haría él (que Dios no lo permita) si lo elegía?

Harold Crosby inclinó su silla hacia atrás y cerró los ojos; o era un método de ocultamiento aprendido de los avestruces, o Harold imaginó que si parecía dormido nadie le pediría que fuese algo más que el trasero de un asno.

—Alguien *tiene* que ser el ángel —sentenció Barb Wiggin, amenazadora. Entonces Harold Crosby cayó hacia atrás con la silla; empeoró las cosas cuando trató de recuperar el equilibrio agarrándose del marco de la inmensa pintura *La convocatoria de los Doce*; se ve que volvió a pensar en lo que sería quedar aplastado bajo el peso de los discípulos de Cristo y se dejó caer libremente. Como casi todo lo que le ocurría a Harold Crosby, la caída resultó más llamativa por su torpeza que por alguna cuestión intrínsecamente espectacular. Al margen de estas dificultades, sólo el rector fue lo bastante insensible como para confundir su torpeza con una oferta voluntaria:

—¡Muy bien, Harold! ¡He ahí un niño valiente!

—¿Qué? —preguntó Harold Crosby.

—Ahora ya tenemos a nuestro ángel —dijo Mr. Wiggin alegremente—. ¿Qué falta ahora?

—Me dan miedo las alturas —confesó Harold Crosby.

—¡Tanto más valiente de tu parte! —replicó el rector—. No hay mejor momento que el presente para enfrentar nuestros temores.

—Pero la grúa... —dijo Barb Wiggin a su marido—. El aparato... —comenzó a decir, pero él la silenció con un ademán admonitorio. Supongo que no querrás hacer que el pobre chico se sienta peor a causa de su *gordura*, quería decir la mirada que el rector dirigió a su mujer; sin duda los cables y el arnés son suficientemente fuertes.

Barb Wiggin volvió a mirar airada a su marido.

—AHORA LOS TÓRTOLOS —dijo Owen y la mujer del rector cerró los ojos; no inclinó su silla hacia atrás, pero se aferró al asiento con ambas manos.

—Sí, Owen, ¿qué era eso de los tórtolos? —inquirió el reverendo Wiggin.

—PARECEN SERES INTERPLANETARIOS —afirmó Owen—. NADIE SABE QUE SE SUPONE QUE SON.

—¡Son *palomas*! —dijo Barb Wiggin—. Todo el mundo sabe qué son las palomas.

—SON PALOMAS *GIGANTES* —aclaró Owen—. TAN GRANDES COMO MEDIO ASNO. ¿QUÉ CLASE DE PÁJARO ES ESE? ¿UN PÁJARO MARCIANO? DE HECHO, RESULTAN MÁS BIEN ATERRADORAS.

—No todos pueden ser rey, o pastor, o asno, Owen —dijo el rector.

—PERO NADIE ES LO BASTANTE PEQUEÑO PARA HACER DE TORTOLO —insistió Owen—. Y NADIE SABE QUE SIGNIFICAN TODAS ESAS SERPENTINAS DE PAPEL.

—¡Son *plumas*! —gritó Barb Wiggin.

—PUES LOS TÓRTOLOS PARECEN *BICHOS* QUE HUBIERAN SIDO ELECTROCUTADOS.

—Bien, supongo que había otros animales en el pesebre —conjeturó el rector.

—¿Harás *tú* los disfraces? —le preguntó Barb Wiggin.

—Bien... bien —vaciló el reverendo.

—LAS VACAS SE LLEVAN BIEN CON LOS ASNOS —sugirió Owen.

—¿Vacas? —se asombró el rector—. Bien, bien...

—¿Quién hará los disfraces de las vacas? —quiso saber Barb Wiggin.

—¡Yo! —propuso Maribeth. Con anterioridad, nunca se había ofrecido voluntariamente para hacer nada; era evidente que su elección como Virgen María la había dotado de energía, le había hecho creer que era capaz de realizar milagros, o como mínimo trajes de vacas.

—¡Felicitaciones, María! —exclamó el rector.

Pero Barb Wiggin y Harold Crosby cerraron los ojos; Harold tenía mal aspecto; parecía estar conteniendo una vomitera y su cara adquirió el matiz verde lima de la hierba donde apoyaban los pies los discípulos de Cristo, que se cernían sobre él.

—OTRA COSA. —Prestamos toda nuestra atención a Owen Meany—. EL NIÑO JESÚS —dijo y todos asentimos aprobadoramente.

—¿Qué pasa con el Niño Jesús? —preguntó Barb Wiggin.

—TODOS ESOS BEBES QUE ESPERAN —dijo Owen—. SOLO PARA QUE UNO ESTE TUMBADO EN EL PESEBRE SIN LLORAR, ¿TENEMOS QUE TENER AQUÍ A TODOS ESOS BEBES?

—Lo dice la canción, Owen —lo instruyó el rector—. «El Señor Jesucristo no

llora».

—DE ACUERDO, DE ACUERDO. PERO SE OYE LLORAR A TODOS ESOS BEBES. INCLUSO ESTANDO ENTRE BASTIDORES SE LOS OYE. ¡Y ESA MULTITUD DE ADULTOS! —exclamó—. ESOS HOMBRES QUE SE PASAN LOS BEBES DE MANO EN MANO. SON TAN *GRANDOTES* QUE SE VEN RIDÍCULOS. HACEN QUE *NOSOTROS* PAREZCAMOS RIDÍCULOS.

—¿Conoces a algún bebé que no llore, Owen? —le preguntó Barb Wiggin y, por supuesto, en cuanto abrió la boca supo que Owen la había hecho caer en la trampa.

—CONOZCO A ALGUIEN QUE CABE EN LA CUNA —dijo Owen—. ALGUIEN LO BASTANTE MENUDO PARA *PARECER* UN BEBE. ALGUIEN LO BASTANTE MAYOR PARA NO LLORAR.

¡Maribeth Baird no pudo contenerse!

—¡Owen puede ser el Niño Jesús! —chilló. Owen Meany sonrió y se encogió de hombros.

—*PUEDO CABER EN LA CUNA* —dijo modestamente.

Harold Crosby tampoco pudo contenerse: vomitó. Pero lo hacía con tanta frecuencia que pasó casi inadvertido, especialmente ahora que Owen contaba con nuestra atención unánime.

—¡Y además podremos *alzarlo*! —exclamó Maribeth, exaltada.

—¡Nunca hemos alzado al Niño Jesús! —le hizo notar Barb Wiggin.

—Bien, quiero decir si *tenemos* que alzarlo, si queremos... —agregó Maribeth.

—BIEN, SI TODO EL MUNDO INSISTE EN QUE LO HAGA, SUPONGO QUE PODRE —dijo Owen.

—¡Sí! —gritaron reyes y pastores.

—¡Que lo haga Owen! —pidieron los asnos y las vacas... ahora extórtolos.

Fue una decisión bastante popular, pero Barb Wiggin miró a Owen como si estuviera modificando su opinión de lo «mono» que era, y el rector lo observó con una objetividad totalmente fuera de lugar en el caso de un expiloto. El reverendo Mr. Wiggin, veterano de tantas funciones navideñas, contempló a Owen Meany con profundo respeto, como si hubiese visto ir y venir al Niño Dios, pero nunca hubiese encontrado antes a un pequeño Señor Jesucristo tan perfecto para ese papel.

En el segundo ensayo de la función, Owen decidió que la cuna, en la que cabía —aunque muy apretujado—, era innecesaria e incluso incorrecta. Dudley Wiggin basaba su concepción de la conducta del Niño Jesús en el villancico «Allá en el pesebre», que sólo tiene dos estrofas.

Fue este villancico el que convenció al reverendo Mr. Wiggin de que el Niño Jesús no debe llorar.

La vaca mugiendo despierta al Señor,  
Mas no llora el Niño, pues es puro amor.

Si Mr. Wiggin adjudicaba tanta importancia a la segunda estrofa de «Allá en el pesebre», argumentó Owen, también debíamos aprender de la primera.

Allá en el pesebre, do nace Jesús,  
El lecho de paja nos vierte gran luz.

—SI DICE QUE ES PAJA, ¿POR QUÉ TENEMOS UNA CUNA? —preguntó Owen, a quien evidentemente constreñía la cuna—. «ESTRELLAS LEJANAS ASOMADAS AL CIELO MIRARON AL SEÑOR JESUCRISTO DORMIDO *EN EL HENO*» —cantó Owen.

Así, Owen volvió a salirse con la suya; «en el heno» debía acostarse, y procedió a acomodar todo lo que había en el pesebre de manera en que se asegurase la máxima comodidad y las suficientes elevación e inclinación hacia el público... para que nadie dejara de verlo.

—OTRA COSA —nos dijo a todos—. ¿HABÉIS NOTADO QUE LA CANCIÓN DICE «LA VACA MUGIENDO»? ENTONCES ESTA MUY BIEN QUE TENGAMOS VACAS. LOS TÓRTOLOS NO PODRÍAN MUGIR.

Si vacas era lo que teníamos, correspondían a una variedad cuya identificación exigía tanta imaginación como habían exigido los tórtolos. Los disfraces de vaca que hizo Maribeth Baird podían estar inspirados en su elevada condición de Virgen María, pero la Santa Madre no había ofrecido asistencia divina ni destreza divina para la confección del vestuario. Maribeth parecía sumamente confundida por *todas* las imágenes de Navidad; sus vacas no sólo tenían cuernos, sino cornamenta, auténticos *percheros* más propios de los renos, en los que debía de haberse inspirado. Para colmo, la cornamenta era ligera, estaba hecha con un material blando y por tanto los sorprendentes «cuernos» caían siempre sobre las caras de las vacas propiamente dichas, anulando del todo su ya defectuosa visión y provocando más confusión de la habitual en el Nacimiento: vacas que se pisaban entre sí, vacas que tropezaban con asnos, vacas que derribaban a reyes y pastores.

—Las vacas, si es que *son* eso —observó Barb Wiggin—, deberían quedarse en su lugar, y no moverse de allí. No nos gustaría nada que *pisotearan* al Niño Jesús, ¿verdad? —un destello delirante en la mirada de Barb Wiggin produjo la impresión de que consideraba que pisotear al Niño Jesús se inscribiría en la categoría de un acontecimiento divino, pero Owen, siempre preocupado de que no lo pisaran, y más ahora que estaba echado e impotente en el heno, se hizo eco de la inquietud de Barb Wiggin por las vacas.

—NO LO OLVIDÉIS, VACAS. SE SUPONE QUE DEBÉIS MUGIR, NO PASEAR.

—No quiero que las vacas mujan ni que paseen —apostilló Barb Wiggin—. Quiero que se oigan bien los cantos y la lectura de la Biblia. Nada de mugidos.

—EL AÑO PASADO HIZO QUE LOS TÓRTOLOS *ARRULLARAN* —le recordó Owen.

—¡Y supongo que querrás que los asnos *rebuznen!* —chilló Barb Wiggin.

—LA CANCIÓN NO DICE NADA DE LOS ASNOS —subrayó Owen.

—Me parece que nos estamos poniendo demasiado literales con ese cántico —intercedió el reverendo, pero yo sabía que no había nada «demasiado literal» para Owen Meany, quien se aferraba a la ortodoxia viniera de donde viniese.

No obstante, Owen cedió en la cuestión de los mugidos del ganado; comprendió que se ganaría más reformando el orden de la música, que siempre había considerado impropio. No tenía sentido, afirmó, empezar por «Tres reyes de Oriente somos» mientras observábamos descender al Ángel Anunciador por la «columna de luz»; el ángel se le aparecía a los pastores, no a los reyes. Era mejor comenzar con «Pequeña aldea de Belén», mientras el ángel terminaba el descenso; su anuncio quedaría perfectamente sincronizado si lo hacía entre la segunda y la tercera estrofa. Luego, al tiempo que la «columna de luz» abandona al ángel —mejor dicho, mientras el ángel en rápido ascenso se separa de ella—, vemos a los reyes. De repente se han unido a los atónitos pastores. ¡*Ahora* había que atacar con «Tres reyes», y arrancar a toda velocidad!

Harold Crosby, quien aún no había intentado su vuelo de bautizo en el aparato que realzaba su credibilidad como ángel, quiso saber dónde *estaban* «Ori y Ente».

Nadie entendió su pregunta.

—«Tres reyes de Oriente somos» —dijo Harold—. ¿Dónde están «Ori» y «Ente»?

—«TRES REYES DE *ORIENTE* SOMOS» —lo corrigió Owen—. ¿NO SABES LEER?

Lo único que Harold Crosby sabía es que no *volaba*, hacía cualquier pregunta, procuraba cualquier distracción, aplazando por cualquier medio el momento en que sería *lanzado* por Barb Wiggin.

Yo —José— no tenía nada que hacer, nada que decir, nada que aprender. Maribeth Baird sugirió que, como marido servicial, me turnara con ella para *manejar* a Owen Meany, si no precisamente para levantarlo del heno, porque Barb Wiggin se había opuesto a ello con gran violencia, al menos —insinuó Maribeth— podíamos acariciarlo, o hacerle cosquillas, o palmearle la cabecita.

—NADA DE COSQUILLAS —advirtió Owen.

—¡Nada de *nada!* —recalcó Barb Wiggin—. Nadie debe tocar al Niño Jesús.

—¡Pero nosotros somos sus *padres*! —proclamó Maribeth, incluyendo muy generosamente al pobre José en su expresión.

—Maribeth, si tocas al Niño Jesús —le avisó Barb Wiggin—, te pondré un disfraz de vaca.

Y así fue como la Virgen María estuvo mohína durante todo el ensayo: ¡era una madre a la que se la negaban los placeres táctiles hacia su propio bebé! Y Owen, que había logrado erigirse un enorme nido —en una montaña de heno— parecía irradiar la auténtica cualidad intocable de una deidad con la que se podía contar, de un profeta en quien no cabía la duda.

Algunas dificultades técnicas con el arnés ahorraron a Harold Crosby su primera sensación de elevación angelical; notamos que su angustia con respecto a las alturas le había hecho olvidar las frases de su importantísima anunciación; de lo contrario, no había estudiado adecuadamente su papel, pues no lograba pasar sin titubear de «No temáis; porque he aquí que os doy nuevas...».

Los reyes y pastores no tenían forma de moverse con lentitud suficiente, siguiendo la «columna de luz» delante del altar, hacia la composición de María, José y los animales rodeando la dominante presencia del Niño Jesús entronizado en su montaña de heno; por muy lentamente que se movieran, llegaban a la conmovedora escena del establo antes del final de la quinta estrofa de «Tres reyes de Oriente somos». Allí tenían que esperar a que concluyera el villancico, dando la impresión de no sorprenderse por el coro que atacaba inmediatamente «Allá en el pesebre».

La solución, propuso el reverendo Dudley Wiggin, consistía en omitir la quinta estrofa de «Tres reyes», pero Owen denunció esta actitud como poco ortodoxa. Mediaba un abismo entre concluir con la cuarta estrofa y hacerlo con las aleluyas de la quinta; Owen nos rogó que prestáramos especial atención a las palabras de la cuarta estrofa: estaba seguro de que no queríamos ser recibidos por el Niño Jesús con semejante verso. Cantó para nosotros, con énfasis:

—«AFLI-GIDO, SUS-PIRANTE, SAN-GRANTE, AGO-NIZANTE, ENCERRADO EN UNA TUMBA FRÍA COMO LA PIEDRA».

—¡Pero luego viene el estribillo! —vociferó Barb Wiggin—. «Estrella maravillosa, estrella de la noche» —canturreó, pero Owen permaneció incommovible.

El rector le aseguró a Owen que en la iglesia había una larga tradición de no cantar todas las estrofas de cada himno o villancico, pero de alguna manera Owen nos hizo sentir que la tradición de la iglesia —por larga que fuese— pisaba terreno menos firme que la palabra escrita. Cinco estrofas impresas significaba que debíamos cantar las cinco.

—«AFLIGIDO, SUSPIRANTE, SANGRANTE, AGONIZANTE» —reiteró—. SUENA MUY NAVIDEÑO.

Maribeth Baird nos hizo saber a todos que la cuestión se resolvería si le permitían



colmar de afecto al Niño Jesús, pero era evidente que la única coincidencia entre Barb Wiggin y Owen era que no debía permitirse a Maribeth que magreara al Niño Jesús, y que las vacas no se pasearan.

Una vez debidamente compuesto el Nacimiento, que finalmente se cronometró con la conclusión en la *cuarta* estrofa de «Tres reyes», el coro cantaba «Allá en el pesebre», mientras nosotros adorábamos e idolatrábamos descaradamente a Owen Meany.

Tal vez habría que haber reconsiderado los «pañales». Owen se había negado a que lo envolvieran hasta el mentón; quería tener los brazos libres... probablemente para ahuyentar a una vaca o un asno tambaleante. De modo que le envolvieron todo el cuerpo hasta las axilas y luego entrecruzaron más «pañales» sobre su pecho, e incluso le cubrieron los hombros y el cuello; Barb Wiggin no cejó en su empeño de ocultarle el cuello porque, a su juicio, la nuez de Owen parecía «demasiado crecida». Era verdad; sobresalía, en especial cuando estaba echado; claro que también sus ojos parecían «demasiado crecidos»; eran saltones, o se veían un tanto atormentados en sus cuencas. Sus facciones eran pequeñas aunque afiladas, nada semejantes a las de un bebé... y menos aún en la «columna de luz», que era chillona. Tenía ojeras, la nariz era demasiado puntiaguda para un bebé, sus pómulos prominentes en exceso. Ignoro por qué no se envolvía directamente en una manta. Los «pañales» daban la impresión de ser capas y más capas de vendas de gasa, por lo que Owen recordaba a un quemado que se había visto encogido a un tamaño anormal en un incendio que sólo respetó su cara y sus brazos; la «columna de luz» y las posturas de veneración de quienes lo rodeábamos, hacían que Owen pareciera a punto de sufrir algún ritual de desempaquetado en un quirófano, donde nosotros éramos sus cirujanos y enfermeras.

Al concluir «Allá en el pesebre», Mr. Wiggin volvió a leer a Lucas:

—«Y aconteció que como el ángel se fue de ellos al cielo, los pastores dijeron los unos a los otros: “Pasemos pues hasta Belén y veamos esto que ha ocurrido, que el Señor nos ha manifestado”. Y fueron aprisa, y hallaron a María, y a José, y al niño acostado en el pesebre. Y viéndolo, hicieron notorio lo que les había sido dicho del niño; y todos los que oyeron se maravillaron de lo que los pastores les decían. Mas María guardaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazón».

Mientras el rector leía, los reyes se inclinaron ante el Niño Jesús y le dieron los habituales regalos: cajas y latas adornadas, baratijas brillantes, difíciles de distinguir desde la distancia de la congregación, pero de apariencia regia. Algunos pastores ofrecieron presentes más humildes, más rústicos; uno dio al Niño Jesús un nido de pájaro.

—¿QUÉ HARÍA CON UN NIDO DE PÁJARO? —protestó Owen.

—Es para la buena suerte —dijo el rector.

—¿LA BIBLIA DICE ESO? —quiso saber Owen.

Algún asistente al ensayo dijo que el nido parecía hierba vieja y marchita; otro dijo que era como «boñiga».

—Está bien, está bien... —concedió Dudley Wiggin.

—¡No importa lo que *parece*! —terció Barb Wiggin, con voz considerablemente tensa—. Los regalos son *simbólicos*.

Maribeth Baird previo un problema mayor. Dado que la lectura de Lucas concluía señalando que «María guardaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazón» —y sin duda las «cosas» que María así guardaba y confería eran mucho más sustanciales que esos banales regalos—, ¿no debería ella *hacer* algo para demostrar al público el esfuerzo monumental que significaba para su pobre corazón tanto guardar y conferir?

—¿Qué? —preguntó Barb Wiggin.

—LO QUE MARIBETH QUIERE DECIR ES SI NO DEBERÍA *REPRESENTAR* LA FORMA EN QUE UNA PERSONA *CONFIERE* ALGO —explicó Owen. Maribeth Baird estaba tan contenta de que Owen hubiese esclarecido su preocupación que pareció en un tris de abrazarlo o besarlo, pero Barb Wiggin se interpuso instantáneamente entre ambos desatendiendo los controles de la «columna de luz»; de manera fantasmal, la luz exploró nuestra reducida reunión con voluntad propia, asentándose en la Santa Madre.

Se produjo un respetuoso silencio mientras reflexionábamos en qué *podía* hacer Maribeth para demostrar lo arduamente que trabajaba su corazón; para la mayoría de nosotros era evidente que sólo se sentiría satisfecha si pudiera expresar físicamente la adoración que sentía por el Niño Jesús.

—Podría besarlo —dijo en voz baja—. Podría inclinarme y besarlo... en la frente, quiero decir.

—Bien, sí, podrías intentarlo, Maribeth —dijo el rector prudentemente.

—Veamos cómo queda —dijo Barb Wiggin dubitativamente.

—NO —decretó Owen—. NADA DE BESOS.

—¿Por qué, Owen? —inquirió Barb Wiggin con tono juguetón. Pensó que la oportunidad de tomarle el pelo se estaba presentando sola y supo aprovecharla.

—ESTE ES UN MOMENTO SAGRADO —dijo Owen lentamente.

—Claro que sí —coincidió el rector.

—MUY SAGRADO —dijo Owen—. SANTO —agregó.

—Sólo en la frente —imploró Maribeth.

—Veamos cómo queda. Hagamos la prueba, Owen —insistió Barb Wiggin.

—NO —repitió Owen—. SI SE SUPONE QUE MARÍA ESTA *CONFIRIENDO* «EN SU CORAZÓN», QUE YO SOY EL SEÑOR JESUCRISTO, EL VERDADERO HIJO DE DIOS... UN *SALVADOR*, RECORDADLO... ¿CREÉIS QUE ME BESARÍA COMO CUALQUIER MADRE ORDINARIA BESA A SU ORDINARIO BEBE? NO ES ESTA LA ÚNICA VEZ QUE MARÍA *GUARDA*

COSAS EN SU CORAZÓN. RECORDAD QUE CUANDO VAN A JERUSALÉN EN PASCUA Y JESÚS SE DIRIGE AL TEMPLO Y HABLA CON LOS DOCTORES, Y JOSÉ Y MARÍA ESTÁN PREOCUPADOS POR EL PORQUE NO LO ENCUENTRAN, Y LO HAN BUSCADO POR TODAS PARTES, Y LES DICE: «¿QUÉ HAY? ¿POR QUÉ ME BUSCÁIS? ¿NO SABÉIS QUE EN LOS NEGOCIOS DE MI PADRE DEBO ESTAR?». SE REFIERE AL TEMPLO. ¿OS ACORDÁIS? BIEN, MARÍA TAMBIÉN GUARDA ESO EN SU CORAZÓN.

—¿Pero no debería *hacer* algo, Owen? —machacó Maribeth—. ¿Qué debo hacer?

—¡GUARDARTE COSAS EN EL CORAZÓN! —le contestó Owen.

—¿No debería hacer algo? —preguntó a Owen el rector, que como cualquiera de los doctores del templo parecía «pasmado». Así se describe la expresión de los doctores del templo en su respuesta al Niño Jesús: «Y todos los que le oían se pasmaban de su entendimiento y sus respuestas»—. ¿Quieres decir que no debe hacer nada, Owen? —repitió Mr. Wiggin—. ¿O que debe hacer algo menos o algo más que besarte?

—MAS —aseguró Owen. Maribeth se echó a temblar: haría cualquier cosa que él le pidiera—. INTENTA HACER UNA REVERENCIA —sugirió.

—¿Una reverencia? —preguntó Barb Wiggin, asqueada.

Maribeth Baird cayó de rodillas y bajó la cabeza. Como era una chica torpe, este movimiento repentino le hizo perder el equilibrio. Por último adoptó una posición con tres puntos de apoyo: arrodillada, con la frente en la montaña de heno, apretando con la coronilla la cadera de Owen.

Owen levantó la mano para bendecirla; en un estilo muy distante, le rozó ligeramente el pelo y luego dejó la mano suspendida sobre su cabeza, como si quisiera protegerle los ojos de la intensidad lumínica de la «columna». Es posible que Owen sólo quisiera tener los brazos libres para hacer este gesto.

Pastores y reyes quedaron fascinados con esta demostración de lo que María confería en su corazón; las vacas no se movieron. Hasta los traseros de los asnos, que no podían ver a la Santa Madre inclinándose ante el Niño Jesús —que no veían nada, si a eso vamos— parecieron percibir que era un momento reverencial; interrumpieron sus oscilaciones, y sus rabos colgaron rectos e inmóviles. Barb Wiggin contuvo el aliento, boquiabierto, y el rector puso la expresión estupidizada de quien siente al mismo tiempo admiración y pavor. Y yo, José, no hice nada: sólo era el testigo. Sabe Dios cuánto tiempo dejó Maribeth Baird la cabeza enterrada en el heno, pues sin duda estaba en éxtasis, teniendo en cuenta que su coronilla reposaba en la cadera del Niño Jesús. Podríamos haber mantenido eternamente nuestras posturas en este cuadro vivo; podríamos haber entrado en la historia de las funciones navideñas; éramos un pesebre congelado durante el ensayo y cada uno de nosotros estaba imbuido de la magia

misma que intentábamos representar: Natividad por siempre jamás.

Pero el director del coro, al que le fallaba la vista, creyó haber perdido el pie para el último villancico, que el coro atacó con especial deleite.

Oíd un son en alta esfera: «En los cielos gloria a Dios,  
Al mortal paz en la tierra», Canta la celeste voz.  
Con los cielos alabemos, Al eterno Rey cantemos,  
A Jesús, que es nuestro bien, Con el coro de Belén;  
Cante la celeste voz: «En los cielos gloria a Dios».

María levantó la cabeza al primer «¡Oíd!». Tenía el pelo revuelto y moteado de heno; se puso en pie de un salto, como si el pequeño Príncipe de la Paz la hubiese expulsado de su nido. Los asnos volvieron a oscilar, las vacas —con los cuernos caídos alrededor de la cabeza— se movieron un poquitín, los reyes y pastores recuperaron su consabida falta de compostura. El rector, cuyo aspecto sugería el de un antiguo inmortal groseramente devuelto a las reglas de este mundo, descubrió que otra vez era capaz de hablar.

—Me ha parecido perfecto —dijo—. Ha sido realmente *maravilloso*.

—¿No deberíamos ensayarlo otra vez? —preguntó Barb Wiggin, mientras el coro continuaba anunciando el nacimiento del «Eterno Rey».

—NO —se negó rotundamente el Príncipe de la Paz—. CREO QUE LO HEMOS HECHO BIEN.

Días laborables en Toronto: 8.00 a. m., Oración Matinal; 5.15 p. m., Oración Vespertina; Sagrada Eucaristía todos los martes, miércoles y viernes. Prefiero estos servicios entre semana a la adoración en domingo; hay menos distracciones cuando tengo Grace Church on-the-Hill casi para mí solo, y además no hay sermón. A Owen nunca le gustaron los sermones... aunque sospecho que habría disfrutado pronunciando algunos.

Otra característica que hace preferibles los servicios en días laborables es que nadie asiste contra su voluntad. Esta es otra distracción frecuente los domingos. ¿Quién no ha sufrido la experiencia de tener a toda una familia sentada en el banco de delante, con los niños librando su guerra particular y encajados entre la madre y el padre, que los obligan a ir a la iglesia? Un aura de rancias discusiones se adhiere casi visiblemente a la ropa que los hijos se pusieron precipitadamente. «¡Es el único día que puedo dormir hasta tarde!», dice el suéter con pelusas de la hija. «¡Me aburro a rabiar!», dice la solapa de la chaqueta del hijo. Por cierto, los niños aprisionados como un sandwich entre sus padres se mueven constante e impacientemente en el

banco; están tan enloquecidos de autocompasión que parecen dispuestos a chillar.

El padre de mirada severa, que ocupa el asiento del pasillo, ve interrumpida su atención por ataques de vacuidad; su severidad y su concentración van acompañadas de una expresión tan absolutamente vacía que creo vislumbrar una verdad soterrada en la asistencia de ese hombre a la iglesia: sólo lo hace *por los hijos*, a la manera en que tantos hombres de expresión vacía se sienten comprometidos con su matrimonio. Cuando los hijos tengan edad suficiente para decidir por sí mismos, este hombre se quedará en casa los domingos.

La agotada madre, que es el trozo interior de pan de este sandwich familiar — oprimida en la parte del banco desde la que sólo es posible la visión menos halagüeña del predicador (dilectamente bajo sus barbas)—, está tratando de mantener la mano apartada de las piernas de su hija. Si alisa una sola vez más la falda de su hija, ambas saben que la niña se echará a llorar.

El hijo saca del bolsillo de la chaqueta un minúsculo camión rojo; el padre se lo arrebató, doblando y aplastando considerablemente los dedos del chico en el proceso. «Una sola impertinencia más», susurra duramente el padre, «y te quedarás encerrado... el resto del día».

«¿El resto del día?», pregunta el niño, incrédulo. La evidente imposibilidad de mantener una conducta no impertinente siquiera una parte del día, pesa terriblemente sobre el muchacho y lo abruma con una claustrofobia tan impenetrable como la de la iglesia propiamente dicha.

La hija se ha echado a llorar.

«¿Por qué llora?», pregunta el chico a su padre, que no responde. «¿Tienes la regla?», pregunta a su hermana; la madre se inclina por encima del regazo de la hija y pellizca el muslo al hijo en un movimiento prolongado y con mucho retorcimiento. Él también se echa a llorar. ¡Momento de orar! Las almohadillas para hincarse están caídas, la familia se arrodilla. El hijo realiza el viejo truco del himnario: desliza un libro de himnos en el asiento, situándolo donde se sentará la hermana cuando termine de rezar.

«Una sola cosa más»; murmura el padre en medio de sus oraciones.

¿Y cómo puedes rezar pensando en la regla de la hija? Parece lo bastante mayor para tenerla y lo bastante pequeña para que sea la primera vez. ¿Moverías *tú* el himnario antes de que termine de rezar y se siente encima? ¿Cogerías el himnario y le darías un librazo al niño con él? Pero al que quisieras golpear es al padre, y te gustaría pellizcar el muslo de la madre como hizo ella con el de su hijo. ¿Cómo puedes rezar?

Ha llegado la hora de criticar la sotana del canónigo Mackie; es del color de la sopa de guisantes. Ha llegado la hora de criticar la verruga del mayordomo Harding. Y el adjunto de mayordomo Holt es racista; siempre se queja de que «los antillanos

han tomado Bathurst Street»; cuenta una historia terrible que presencié haciendo cola en la tienda de las fotocopias: dos jóvenes negros están fotocopiando todo el contenido de una revista pornográfica. El adjunto de mayordomo Holt quiere que los arresten por este delito. ¿Cómo puedes rezar?

A los servicios de los días laborables no asiste casi nadie; todo está silencioso y tranquilo. El tamborileo aleteante del ventilador que se mueve lentamente en lo alto es metronómico, lo que intensifica la concentración; desde la cuarta y quinta fila de bancos, sientes moverse regularmente el aire contra la cara. En el clima canadiense, el ventilador está destinado a empujar hacia abajo el aire tibio ascendente, devolviéndoselo a la atarida congregación. Pero allí es posible imaginar que estás en una iglesia misionera, en pleno trópico.

Algunos dicen que Grace Church está excesivamente iluminada. Los contrafuertes de madera con manchas oscuras, contra el alto techo abovedado de yeso blanco, acentúan lo bien iluminada que está la iglesia; pese al predominio de la piedra y los vidrios de colores en el recinto, ningún rincón se pierde en la oscuridad o la penumbra. Según los críticos, la luz es demasiado artificial y demasiado contemporánea para un edificio tan añejo; pero sin duda el ventilador colgante también es demasiado contemporáneo —y no lo activa la madre naturaleza— y nadie se queja.

Los contrafuertes de madera han sido muy trabajados; están revestidos con tablas y hasta las líneas del entablado son visibles, pese a su altura: en efecto, la iglesia está brillantemente iluminada. Ni Harold Crosby, ni ningún otro Ángel Anunciador podría ocultarse en estos contrafuertes. Cualquier aparato elevador o arriador de un ángel sería demasiado visible. Aquí el milagro del Nacimiento parecería menos milagroso; por cierto, nunca he asistido a una función navideña en Grace Church. Ya he visto ese milagro y una vez fue suficiente. Me basta con el Nacimiento de 1953.

Aquella Navidad, los anocheceres eran largos; las cenas con Dan o con mi abuela, lentas y solemnes. Mi perdurable percepción de aquellas noches es que la silla de ruedas de Lydia necesitaba ser lubricada y que Dan se quejaba, con amargura rara en él, acerca del desastre que podían hacer los aficionados con *Canción de Navidad*. El humor de Dan no mejoraba con la frecuente presencia de nuestro vecino Mr. Fish, el más veterano de sus aficionados.

—Esperaba con tantas ansias ser Scrooge —decía Mr. Fish, fingiendo detenerse por cualquier otro motivo en 80 Front Street, después de cenar, siempre que veía el coche de Dan en la rampa de acceso. A veces era para ponerse de acuerdo una vez más con mi abuela acerca de la reglamentación todavía pendiente sobre las correas de perros; él y mi abuela abrazaban la causa de los perros atados a sus correas. Mr. Fish no daba muestras de sentirse siquiera levemente alterado por su hipocresía en esta

cuestión: Sagamore se revolvería en su tumba si oyera a su antiguo amo apoyar restricciones caninas de cualquier especie. Sagamore había corrido en libertad hasta el fin de sus días.

Pero lo que en realidad interesaba a Mr. Fish no era la reglamentación de las correas sino Scrooge, un papel que era una perita en dulce, estropeado (a su juicio) por los fantasmas aficionados.

—Los fantasmas sólo son el principio de todo lo que anda mal —dijo un día Dan—. Al final de la obra, el público estará deseando que Tiny Tim muera, alguien sería capaz, incluso, de subir al escenario y matar a ese mocoso con su propia muleta —Dan seguía decepcionado porque no lograba persuadir a Owen de que interpretara al valiente lisiado, pero el pequeño Niño Jesús no se dejaba convencer por sus ruegos.

—¡Qué fantasmas tan lamentables! —gemía Mr. Fish.

El primer fantasma, el Espectro de Marley, era un pésimo comicastro del Departamento de Literatura Inglesa de Gravesend Academy; Mr. Early encarnaba todos los papeles que Dan le adjudicaba como si fuera el Rey Lear: la locura y la tragedia alimentaban todos sus actos, de él emanaba una extraviada melancolía en incontenibles ataques y arranques.

«He venido aquí esta noche para advertirte», dice Mr. Early a Mr. Fish, «que aún tienes una esperanza y una oportunidad de escapar a mi destino...», desenvolviendo todo el tiempo el vendaje que llevan los muertos para evitar que se les caiga sobre el pecho la mandíbula inferior.

«Siempre fuiste un buen amigo», dice Mr. Fish a Mr. Early, pero éste se ha enredado en el vendaje de su mandíbula y mientras lo desenrolla olvida su parlamento.

«Serás visitado por... cuatro espíritus», dice Mr. Early y Mr. Fish cierra los ojos.

«¡Tres, no cuatro!», grita Dan.

«¿Acaso yo no soy el cuarto?», pregunta Mr. Early.

«¡Tú eres el *primero!*», indica Mr. Fish.

«Pero hay otros tres», dice Mr. Early.

«¡Cristo!», exclama Dan.

Pero el Espectro de Marley no estaba tan mal como el Espíritu de las Navidades Pasadas, una joven irritante que era miembro de la junta de la Biblioteca Municipal y usaba ropa masculina, además de fumar agresivamente un pitillo tras otro; pero *ella* no estaba tan mal como el Espíritu de la Navidad Presente, Mr. Kenmore, un carnicero del supermercado A&P local quien (afirmaba Mr. Fish) apestaba a gallina cruda y cerraba los ojos cada vez que él hablaba; Mr. Kenmore necesitaba concentrarse con tal fervor en su propio personaje que consideraba desviatoria la presencia de Scrooge. Y *ninguno* de ellos lo hacía tan mal como el último de los fantasmas, el Espíritu de las Navidades Futuras, Mr. Morrison, nuestro cartero, que

antes parecía perfecto para ese papel. Era un hombre alto y flaco, de presencia lúgubre; irradiaba cierta acritud: los perros no sólo se abstendrían de morderlo, sino que al verlo se escabullían; debían de saber que su sabor era tan tóxico como el de un sapo. Mr. Morrison poseía una naturaleza pesimista e indiferente —que Dan imaginó apropiada para el macabro espectro—, pero cuando descubrió que no tenía letra, que el Espíritu de las Navidades Futuras no habla en ningún momento, comenzó a despreciar el personaje; amenazó con abandonar la obra, pero luego decidió seguir interpretando el papel con ánimo vengativo, poniendo expresión desdeñosa y socarrona ante las preguntas del pobre Scrooge, mirando de reojo al público, con la intención de apartar la atención de Mr. Fish (como si acusara a Dan y a Dickens de idiotez... por negar a tan importante espíritu el poder de la palabra).

Nadie recordaba que Mr. Morrison hubiese hablado nunca —como cartero— y sin embargo, en tanto presagio del juicio final, el pobre hombre sentía, evidentemente, que tenía mucho que decir. Pero el peor fracaso era que ninguno de estos fantasmas resultaba aterrador.

—¿Cómo puedo *ser* Scrooge si no estoy asustado? —preguntó Mr. Fish a Dan.

—Eres actor, tienes que fingirlo —respondió Dan. Según mi criterio, que no se expresaba oralmente, las bien torneadas piernas de Mrs. Walker quedaban otra vez desaprovechadas en el papel de madre de Tiny Tim.

Pobre Mr. Fish. Nunca supe cómo se ganaba la vida. Era el amo de Sagamore, era el buen tipo de *Angel Street* —al final tomaba del brazo a mi madre—, era el marido infiel en *La esposa fiel*, era Scrooge. ¿Pero qué *hacía*? Nunca me enteré. Podría habérselo preguntado a Dan, todavía podría hacerlo. Pero Mr. Fish era la quintaesencia del *vecino*; era *todos* los vecinos, todos los dueños de perros, todos los rostros afables de los patios traseros familiares, todas las manos en los hombros en el funeral de tu madre. No recuerdo si tenía mujer. Ni siquiera recuerdo su aspecto, pero evidenciaba la puntillosa concentración de un hombre a punto de recoger una hoja caída; era todos los rastrilladores de todos los jardines, todos los que apaleaban nieve en todas las aceras. Y aunque comenzó la temporada navideña como un Scrooge sin miedo, también lo vi aterrorizado.

También lo conocí cuando era joven y despreocupado, que es como aparecía ante mis ojos antes de la muerte de Sagamore. Recuerdo una luminosa tarde de septiembre en que los arcos de Front Street empezaban a tornarse amarillos y rojizos; por encima de las frágiles tablillas blancas y la línea de tejados de pizarra de las casas, los enrojecidos arcos parecían extraer sangre de la tierra. Mr. Fish no tenía hijos, pero le gustaba jugar con una pelota de fútbol americano, lanzándola con la mano y pateándola; aquellas tardes otoñales de cielos azules, nos engatusaba a Owen y a mí para que jugáramos con él. A nosotros no nos interesaba ese deporte, excepto cuando podíamos incluir a Sagamore en el juego. Aquel perro, como muchos labradores, era



un cobrador de pelotas bastante tonto, y nos divertíamos viendo cómo trataba de recoger el balón con la boca; lo retenía entre las patas delanteras, lo inmovilizaba contra el suelo con el pecho, pero jamás lograba atraparlo con la boca. Recubría de baba la pelota, lo que luego dificultaba que nos la pasáramos y atajáramos, para no hablar de que estropeaba lo que Mr. Fish llamaba estética del juego. En el peloteo no había ninguna estética accesible para Owen Meany y para mí; yo no dominaba el pase en espiral y la mano de mi amigo era tan pequeña que se negaba a lanzar la pelota; sólo la pateaba. La ferocidad con que Sagamore intentaba contener el balón en la boca y nuestros esfuerzos por mantenerlo apartado de él eran los aspectos más interesantes del juego para Owen y para mí, pero Mr. Fish se tomaba en serio la perfección en pasar y recibir la pelota.

—Esto será más divertido cuando seáis un poco mayores —solía decir, mientras la pelota rodaba bajo las alheñas, o se deslizaba en los arriates de rosas de mi abuela; Owen y yo la dejábamos caer a propósito delante de Sagamore, pues nos proporcionaba un enorme placer observar cómo el perro se tiraba a fondo y babeaba, babeaba y se tiraba a fondo.

Pobre Mr. Fish. Owen y yo perdíamos muchos pases perfectos. A mi amigo le gustaba correr con el balón hasta que Sagamore lo alcanzaba; entonces lo pateaba en cualquier dirección. Lo que jugábamos aquellas tardes era *balonperro* y no *balonpié*, pero Mr. Fish siempre era optimista y suponía que algún día Owen y yo —milagrosamente— creceríamos y jugaríamos como era debido a pasar y atajar.

Unas pocas casas más abajo vivía una pareja joven con un bebé recién nacido; Front Street no valía gran cosa para los matrimonios jóvenes y ese bebé era el único de nuestra calle. La pareja navegaba por el barrio con el aire de una especie totalmente novedosa... como si fuera la primera de New Hampshire en haber dado a luz. Owen chillaba tanto cuando peloteábamos con Mr. Fish que la joven madre o el joven padre surgía de pronto por encima de un seto, pidiéndonos que bajáramos la voz «... por el bebé».

Los años de intérprete en los Gravesend Players perfeccionaron la habilidad natural de Mr. Fish para poner los ojos en blanco; después de que el joven progenitor retornara a cuidar a su precioso recién nacido, Mr. Fish ponía los ojos en blanco con expresión de abandono.

—ESTÚPIDO BEBE —se quejaba Owen—. ¿A QUIEN SE LE OCURRE TRATAR DE CONTROLAR EL RUIDO AL AIRE LIBRE?

Eso acababa de ocurrir —por enésima vez— el día que Owen logró patear el balón más allá del patio... del de mi abuela y también del de Mr. Fish; el balón flotó por encima del tejado del garaje de mi abuela y rodó de un lado a otro de la rampa hacia Front Street, con Owen, Sagamore y yo en su persecución. Mr. Fish se quedó suspirando, con las manos en las caderas; nunca perseguía pases y patadas errantes —

imperfecciones que trataba de eliminar de nuestro juego—, pero aquel día se impresionó por la inusual potencia de la patada de Owen Meany (ya que no de su orientación).

—¡Eso es lo que se llama meter la pata en el balón, Owen! —gritó Mr. Fish. Mientras la pelota entraba en Front Street seguida de cerca por Sagamore, sonó persistentemente esa especie de sonajero que era la campanilla de la furgoneta de pañales, incluso en el momento de la repentina confluencia del vehículo con la desgraciada cabeza de Sagamore.

Pobre Mr. Fish. Owen y yo corrimos a buscarlo, pero él había oído el chirrido de los neumáticos —e incluso el golpe seco— e iba por la mitad de la rampa cuando Owen salió a su encuentro.

—NO CREO QUE DEBA VERLO —le dijo Owen—. ¿POR QUÉ NO SE SIENTA Y DEJA QUE NOSOTROS NOS OCUPEMOS DE TODO?

Mr. Fish estaba en su porche cuando los jóvenes padres aparecieron en Front Street para protestar una vez más por el ruido... o para investigar la demora, pues su bebé era el único motivo de que la furgoneta estuviese allí.

El conductor estaba sentado en el estribo de la cabina.

—Mierda —dijo. La furgoneta expelía oleadas de olor a orina. A mi abuela le entregaban las astillas para encender el fuego en sacos de arpillera y mi madre me ayudó a vaciar uno; ayudé a Owen a meter dentro a Sagamore. A la pelota, todavía sucia de babas, se le había pegado gravilla y un papel de caramelo; yacía en el bordillo, muy poco atractiva.

A finales de septiembre, en Gravesend la atmósfera era de agosto o de noviembre; cuando Owen y yo llegamos al patio de Mr. Fish con Sagamore en el saco, el sol estaba nublado, la vida parecía detenida en los arcos y el viento que agitaba las hojas muertas alrededor del jardín era más frío. Mr. Fish informó a mi madre que «donaría» el cadáver de Sagamore... a la rosaleda de mi abuela. Con eso daba a entender que un perro muerto era algo muy apreciado entre los jardineros serios; mi abuela quiso intervenir en la discusión y en breve acordaron qué rosales serían temporalmente desenterrados y luego vueltos a plantar; Mr. Fish puso la pala en movimiento. Cavar en la rosaleda era mucho más fácil que en su patio; la joven pareja y su bebé estaban lo bastante conmovidos como para asistir al funeral, junto con un nutrido grupo de niños de Front Street; hasta mi abuela pidió que la llamaran cuando el hoyo estuviese listo, y mi madre —aunque había refrescado mucho— no quiso entrar a buscar un abrigo. Llevaba pantalones de franela gris oscuro, un suéter negro de escote en V, y se cubrió el cuerpo con los brazos cruzados, apoyando el peso en un pie, luego en el otro, mientras Owen juntaba artículos surtidos para que acompañaran a Sagamore al otro mundo. Reprimió su deseo de meter el balón en el saco de arpillera porque Mr. Fish —mientras cavaba la tumba— insistió en que el fútbol seguía siendo un juego

que nos brindaría placer cuando fuésemos «un poco mayores». Owen encontró unas cuantas pelotas de tenis muy mordidas, el plato de Sagamore, su manta para viajar en el coche, e incluyó todo en el saco, junto con brillantes hojas de arce y una costilla de cordero sobrante (de la cena de la noche anterior) que Lydia había guardado para el perro.

En algunas casas estaban encendidas las luces cuando Mr. Fish terminó de cavar la tumba; Owen y yo decidimos que los asistentes sostuvieran velas, pero Lydia se negaba a proporcionarlas; a instancias de mi madre fue a buscarlas y llamó a mi abuela.

—ERA UN BUEN PERRO —dijo Owen, tras lo cual se oyeron murmullos de aprobación.

—Nunca tendré otro —aseguró Mr. Fish.

—Se lo recordaré cuando llegue el momento —observó mi abuela; debía de encontrar irónico que sus rosales, después de sufrir durante años los patinazos de Sagamore, estuvieran a punto de ser los beneficiarios de su proceso de descomposición.

El ritual a la luz de las velas debía de ser chocante desde la acera de Front Street; probablemente por ese motivo el reverendo Lewis Merrill y su mujer se vieron atraídos hacia nuestro patio. Precisamente cuando nos encontrábamos sin palabras, el reverendo Merrill —que ya estaba pálido como los meses invernales— apareció en la roaleda. Su esposa, con la nariz roja a causa del primer resfriado otoñal, llevaba el abrigo de invierno y parecía prematuramente hundida en lo más profundo de enero. Mientras daban su escueto paseo higiénico, los Merrill debieron de detectar la presencia de una ceremonia religiosa.

Mi madre, temblorosa de frío, pareció sorprendida por la aparición de los Merrill.

—Me da frío mirarte, Tabby —dijo Mrs. Merrill, pero su marido paseó una mirada nerviosa por todas las caras, como si estuviera contando quiénes quedaban vivos en el barrio a fin de determinar «qué» pobre almita descansaba en el saco de arpillera.

—Gracias por haber venido, pastor —dijo Mr. Fish, un actor aficionado nato—. ¿Quiere decir unas palabras apropiadas al deceso del mejor amigo del hombre?

Pero la expresión de Mr. Merrill era al mismo tiempo de sorpresa y de incompreensión. Nos miró a mi madre y a mí, fijó la vista en el saco, echó un vistazo al hoyo de la roaleda como si fuera su propio sepulcro... y no una casualidad el que una breve caminata con su mujer lo hubiese llevado hasta allí.

Mi abuela, al ver tan tenso y mudo a su pastor, lo cogió del brazo y le susurró:

—Sólo es *un perro*. Diga algo, por los niños.

Pero Mr. Merrill comenzó a tartamudear; cuanto más se estremecía mi madre, más se estremecía Mr. Merrill, más temblaba su boca y más incapaz era de musitar el

rito más simple —ni siquiera logró dar voz a la primera oración. Mr. Fish, que nunca frecuentó ninguna de las iglesias locales, levantó el saco de arpillera y dejó caer a Sagamore en el otro mundo.

Fue Owen Meany quien encontró las palabras adecuadas:

—«SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA, DIJO EL SEÑOR: QUIEN CREA EN MI, AUNQUE ESTE MUERTO VIVIRÁ, QUIEN VIVA Y CREA EN MI, NUNCA MORIRÁ».

Parecía demasiado —tratándose de un perro— y el reverendo Merrill, liberado de su tartamudeo, mantuvo su silencio.

—«... NUNCA MORIRÁ» —repitió Owen. El viento racheado azotó el rostro de mi madre con sus cabellos cuando alargó el brazo para coger la mano de Owen.

Owen Meany presidía todo ceremonial, todo oficio, todo rito de tránsito.

Aquella Navidad del 53, ensayando el Nacimiento o probando el profiláctico de Potter en la segunda planta de Waterhouse Hall, sólo tuve una vaga noción de Owen como director de una orquesta de acontecimientos, y era totalmente inconsciente de que esa orquestación conduciría a un único sonido. Ni siquiera en la extraña habitación de Owen percibí lo suficiente, aunque nadie podía escapar a la sensación de que, como mínimo, allí se estaba levantando un altar.

Es difícil saber si los Meany celebraban la Navidad. Había un conglomerado de ramas de pino burdamente reunidas y sujetas a la puerta rústica con una grapa enorme y fea, una de esas armellas que se lanzan con una pistola industrial. La grapa parecía lo bastante fuerte para unir granito con granito, o para tener bien sujeto a Cristo en la cruz. Pero las ramas de pino no estaban acomodadas de ninguna manera especial (sin duda no se parecían en nada a una guirnalda); formaban una masa tan informe como el nido de un animal comenzado a toda prisa y abandonado en medio del pánico. Dentro de la casa herméticamente cerrada, no había ningún árbol. No se veían decoraciones navideñas, ni siquiera velas en las ventanas, ni siquiera un decrépito Papa Noel apoyado contra una lámpara de sobremesa.

En la repisa de la chimenea con un fuego siempre latente —donde los leños estaban crónicamente húmedos o, en caso contrario, las brasas llevaban horas sin que nadie las agitara— había un Nacimiento con figuras de madera mal pintadas. La vaca tenía tres patas y se veía tan precaria como cualquiera de las de Maribeth Baird; estaba apuntalada contra una gallina más bien amenazadora que tenía casi la mitad de su tamaño, a semejanza de las proporciones de los tórtolos de Barb Wiggin. Un escoplo a través de la pintura color carne del rostro de la Santa Madre la había dejado evidentemente ciega y tan horrorosa como para sospechar que alguien, en la familia Meany, la había desviado a propósito de la cuna del Niño Dios... sí, *había* una cuna. José había perdido una mano; quizá se la había hachado él mismo, en un ataque de

celos, porque algo ardía a fuego lento en su expresión, como si las ascuas humeantes que revestían de hollín la repisa, también hubiesen coloreado su estado de ánimo. El arpa de un ángel estaba rota y de la boca en forma de O de otro era más fácil imaginar el gemido de un doliente que la dulzura de un villancico.

Pero el mensaje más agorero del Nacimiento era que faltaba el Niño Jesús; la cuna estaba vacía; por eso la Virgen María había vuelto su rostro mutilado; por eso un ángel había destrozado su arpa y otro gritaba angustiado; por eso José había perdido una mano y la vaca una pata. El Niño Jesús había desaparecido: secuestrado o huido. El objeto de adoración propiamente dicho estaba ausente de la convencional reunión.

Se evidenciaba más orden, más composición divina en el cuarto de Owen; sin embargo, allí no había nada que representara algo tan temporal como la Navidad, con excepción del vestido rojo flor de Pascua que llevaba el maniquí de mi madre; pero yo sabía que ese vestido era lo único que tenía para ponerse el maniquí a lo largo de todo el año.

El maniquí había adoptado en la cabecera de la cama una posición que lo acercaba al lecho de Owen mucho más que antes al de mi madre. Instantáneamente me di cuenta de que, por la noche, acostado, a Owen le bastaba levantar la mano para tocar la familiar silueta.

—NO CONTEMPLES EL MANIQUÍ —me aconsejaba—, NO TE HARÁ BIEN.

Aparentemente, no obstante, le hacía bien a *él*, porque allí estaba, de guardia a su lado.

Las fichas de béisbol, en otra época expuestas en la habitación, no habían desaparecido —yo estaba seguro—, pero estaban fuera de la vista. Tampoco se veía ninguna pelota de béisbol, aunque yo tenía la certeza de que la fatal se encontraba en ese cuarto. Y sin duda estaban allí las garras delanteras de mi armadillo, pero tampoco las vi expuestas. Y el Niño Jesús arrebatado de su cuna... no me cabía duda de que estaba en la habitación de Owen, tal vez en compañía del profiláctico de Potter, que Owen se había llevado consigo, aunque no era más visible que las garras del armadillo, el raptado Príncipe de la Paz, y el así llamado instrumento de la muerte de mi madre.

No era una habitación que invitara a una visita prolongada; nuestras apariciones en casa de los Meany eran breves, a veces sólo para que Owen se cambiara de ropa porque —sobre todo durante las vacaciones de aquella Navidad— pasaba más noches conmigo que en su casa.

Mrs. Meany nunca me dirigía la palabra ni se daba por enterada de mi presencia; yo no recordaba la última vez que Owen se había tomado la molestia de anunciarme —o de anunciarse a sí mismo, si a eso vamos— a su madre. Pero en general Mr. Meany era amable; no decía que le causaba alegría, o algún entusiasmo, y no era proclive a la charla, pero me expresaba su cauta versión del sentido del humor.

—¡Vaya, si es Johnny Wheelwright! —exclamaba, como si le sorprendiera que estuviera allí o llevara años sin verme. Quizás esa era su manera poco sutil de anunciar mi presencia a Mrs. Meany, pero la señora no se inmutaba por el saludo del marido; seguía de perfil a la ventana y a nosotros. Para variar, a veces fijaba la vista en el fuego, aunque lo que veía nunca la llevó a atender los leños ni las brasas; posiblemente prefería el humo a las llamas.

Un día en que debía de sentirse especialmente charlatán, Mr. Meany dijo:

—¡Vaya, si es Johnny Wheelwright! ¿Cómo van esos ensayos?

—Owen es la estrella del pesebre —respondí. En cuanto lo dije, sentí los nudillos del diminuto puño de Owen clavados en la espalda.

—No me habías dicho que eras la *estrella* —dijo Mr. Meany a su hijo.

—¡Es el Niño Jesús! —exclamé—. Yo sólo soy el viejo José.

—¿El Niño Jesús? —se asombró Mr. Meany—. Owen, creía que eras un ángel.

—ESTE AÑO NO —dijo mi amigo—. VAMOS, TENEMOS QUE IRNOS —me tironó de la espalda de la camisa.

—¿Eres el Niño Jesús? —le preguntó su padre.

—SOY EL ÚNICO QUE CABE EN LA CUNA —contestó Owen.

—Ahora ni siquiera usamos la cuna —expliqué—. Owen está a cargo de todo... es la estrella y el director —Owen me dio tal tirón a la camisa que se me salió de los pantalones.

—Director —repitió categóricamente Mr. Meany. En ese momento sentí frío, como si en la casa se hubiera introducido una corriente de manera antinatural, por la chimenea tibia. Pero no era una corriente: fue Mrs. Meany. Se había movido. Clavó la mirada en Owen. Su expresión era confusa. Una mezcla de terror y respeto; parecía impresionada pero también poseída por un resentimiento muy conocido. Comprendí el alivio que debía de significar para Owen Meany el perfil de su madre comparado con esa mirada.

Afuera, bajo el viento frío del Squamscott, le pregunté a Owen si había dicho algo que no debía.

—CREO QUE LES GUSTO MÁS COMO ÁNGEL —dijo.

Aparentemente la nieve nunca se adhería a Maiden Hill; nunca se pegaba a los inmensos bloques verticales de granito que señalaban los bordes de las canteras. En las minas la nieve era sucia, mezclada con arena, rastreada por pájaros y ardillas; los costados de las canteras eran demasiado escarpados para los perros. Siempre hay muchísima arena alrededor de una cantera de granito; de alguna manera se abre paso hasta la capa de nieve superior, y en torno a la casa de Owen soplaban siempre tanto viento que la arena te escocía la cara, como ocurre en invierno en la playa.

Vi que Owen bajaba las orejeras de su gorra de cazador a cuadros rojos y negros; entonces me di cuenta de que había dejado la mía sobre su cama. Estábamos bajando

Maiden Hill; Dan había dicho que iría a nuestro encuentro con el coche, en el cobertizo para botes de Swasey Parkway.

—Espera un segundo, me olvidé la gorra —le dije y volví corriendo a la casa; lo dejé pateando una piedra que se había helado en los baches de la rampa de tierra.

No llamé; de todos modos, el amasijo de ramas de pino de la puerta bloqueaba el lugar natural para golpear con los nudillos. Mr. Meany estaba de pie junto a la repisa de la chimenea, mirando el Nacimiento o el fuego.

—Me olvidé la gorra —dije cuando levantó la vista.

Tampoco llamé a la puerta de la habitación de Owen. Al principio creí que el maniquí se había movido; pensé que de alguna manera había encontrado la forma de doblarse por la cintura y se había sentado en la cama. Después me di cuenta de que quien estaba sentada en la cama era Mrs. Meany; contemplaba intensamente la figura de mi madre y siguió con la mirada fija cuando entré.

—Me olvidé la gorra —repetí; no sé si me oyó.

Me puse la gorra y estaba saliendo de la habitación, cerrando la puerta con el menor ruido posible, cuando la oí decir:

—Lamento lo de tu pobre madre —fue la primera vez que me dirigió la palabra. Volví a asomarme al interior. Mrs. Meany no se había movido; permanecía con la cabeza ligeramente inclinada hacia el maniquí, como si aguardara instrucciones.

Era mediodía cuando Owen y yo pasamos bajo el puente ferroviario de caballete, al pie de Maiden Hill Road, unos cientos de metros más abajo de la Meany Granite Quarry; años después, el contrafuerte de ese puente significaría la muerte para Buzzy Thurston, que había logrado eludir el reclutamiento obligatorio. Pero aquella Navidad del 53, cuando Owen y yo pasamos bajo el puente, fue la primera vez que coincidimos con el paso de *The Flying Yankee*, el expreso que recorría la distancia entre Portland y Boston en sólo dos horas. Todos los mediodías se oía su estrépito en Gravesend; aunque Owen y yo lo habíamos visto pasar como un rayo por la ciudad desde la estación de Gravesend, y aunque poníamos monedas en las vías para que el *Flying Yankee* las aplanara, nunca habíamos estado debajo del puente de caballete en el momento exacto en que pasaba por arriba.

Aún pensaba en la actitud de súplica de Mrs. Meany ante el maniquí de mi madre, cuando comenzó a tabletear el caballete. Una fina arenisca se coló entre las traviesas y los caballetes, y se instaló sobre nosotros; hasta los contrafuertes de hormigón se sacudieron y —protegiéndonos los ojos de la arena flotante— levantamos la vista para ver la gigantesca y oscura parte inferior del tren acelerando por encima de nuestras cabezas. A través de las brechas entre los vagones que pasaban, destellos del plomizo cielo invernal nos hacían guiños.

—¡ES *THE FLYING YANKEE*! —consiguió gritar Owen para ser oído a pesar del estruendo. Todos los trenes eran especiales para Owen Meany, que nunca había

viajado en tren, pero el *Flying Yankee*, con su aterradora velocidad y su negativa a detenerse en Gravesend, representaba para él el cenit de los viajes. Owen (que nunca había estado en ningún otro lugar) era considerablemente romántico en este tema.

—¡Qué casualidad! —exclamé después de su paso; quería decir que era una suerte increíble que estuviésemos debajo del puente justo a mediodía, pero Owen me sonrió con su combinación especialmente irritante de leve conmiseración y leve desdén. Por supuesto, ahora sé que Owen no creía en las casualidades. Owen Meany estaba convencido de que la «casualidad» era un refugio estúpido y superficial que buscaba la gente estúpida y superficial, incapaz de aceptar que sus vidas estaban conformadas por un aterrador designio... más poderoso e imparable que *The Flying Yankee*.

La criada que cuidaba a mi abuela —quien reemplazó a Lydia después de que ésta sufriera su amputación— se llamaba Ethel y no tenía más remedio que aguantar las sutiles comparaciones que tanto Lydia como mi abuela hacían respecto de su eficacia laboral. Digo «sutiles» sólo porque mi abuela y Lydia nunca hacían las comparaciones directamente referidas a Ethel, aunque delante de ella mi abuela decía:

—Lydia, ¿te acuerdas que solías subir las mermeladas y jaleas de los estantes del pasadizo secreto, donde se llenaban de polvo, y las alineabas en la cocina, según las fechas?

—Sí, me acuerdo —respondía Lydia.

—Entonces yo las miraba y decía: «Bien, deberíamos tirar aquélla, parece que no le apetece a nadie y ya tiene dos años». ¿Lo recuerdas? —preguntaba mi abuela.

—Sí. Un año tiramos todas las de membrillo.

—Daba gusto saber lo que teníamos en el pasadizo secreto —observaba mi abuela.

—Siempre digo que no hay que permitir que las cosas la dominen a una —decía Lydia.

Y a la mañana siguiente, por supuesto, la pobre Ethel —correcta aunque indirectamente informada— acarrea hasta la cocina los potes de mermeladas y jaleas, y les quitaba el polvo para que mi abuela los inspeccionara.

Ethel era una mujer baja y rechoncha, con una fuerza eterna y consistente; sin embargo, su capacidad física quedaba socavada por una mente lerda y una brutal falta de confianza en sí misma. Sus movimientos hacia delante, incluso en algo tan elemental como limpiar la casa, se caracterizaban por los golpetazos de sus brazos gordiflones, pero estos esfuerzos de confianza eran seguidos de o precedidos por los pasos vacilantes y desequilibrados de sus pies cortos y anchos sobre sus gruesos tobillos; era una tropezona. Owen afirmaba que era demasiado lenta para asustarla



como es debido y, por lo tanto, rara vez la molestábamos, aunque descubrimos oportunidades de sorprenderla en el oscuro pasadizo secreto. También en esto Ethel era inferior a Lydia: nada tan divertido como aterrorizar a Lydia cuando tenía las dos piernas.

La criada contratada para cuidar a Lydia era «otro cantar», como decíamos en Gravesend. Se llamaba Germaine; Lydia y Ethel la intimidaban; mi abuela la ignoraba olímpicamente. Entre estas despreciativas mujeres, la pobre Germaine tenía la desventaja de ser joven... y casi bonita, en su estilo tímido y ratonil. Poseía la torpeza no específica de quien hace un esfuerzo tan constante para pasar inadvertida, que termina siendo creativamente torpe: sin intentarlo, Germaine atraía toda la atención; su nerviosismo casi eléctrico perturbaba la atmósfera que la rodeaba.

Las ventanas, cuando Germaine trataba de deslizarse a su lado, se cerraban de golpe; las puertas se abrían de par en par. Los preciosos jarrones se tambaleaban cuando se acercaba Germaine; ella alargaba el brazo para estabilizarlos y se hacían añicos. La silla de ruedas de Lydia funcionaba mal en cuanto la temblorosa Germaine la tocaba. La luz de la nevera se fundía en el instante en que Germaine abría la puerta. Y si la luz del garaje quedaba encendida toda la noche, se descubría —durante la temprana investigación de mi abuela a la mañana siguiente— que Germaine había sido la última en retirarse.

—La última que se retira debe apagar las luces —repetía siempre Lydia como una letanía.

—No sólo estaba acostada sino dormida cuando entró Germaine —anunciaba Ethel—. Sé que estaba dormida porque me despertó.

—Lo siento —musitaba Germaine.

Mi abuela suspiraba y meneaba la cabeza, como si varias habitaciones de la casona se hubiesen consumido de la noche a la mañana en un incendio y no quedara nada que salvar... ni que decir.

Pero conozco el motivo por el que mi abuela trataba de ignorar a Germaine. En un acceso de frugalidad yanqui, le había regalado toda la ropa de mi madre. Germaine era más menuda, pero como se trataba de las prendas más bonitas que había tenido en su vida, las usaba con alegría y reverencia. Nunca se dio cuenta de que mi abuela se resentía al verla con atuendos tan dolorosamente familiares. Tal vez mi abuela no sabía cuánto le dolería ver esas prendas en Germaine cuando se las dio, y era demasiado orgullosa para reconocer su error. Lo único que podía hacer era apartar la vista. El hecho de que la ropa no le quedara a la medida se consideraba un fallo de Germaine.

—Tendrías que comer más, Germaine —decía mi abuela sin mirarla, y sin enterarse de lo que comía; sólo sabía que la ropa de mi madre le colgaba como un trapo. Y aunque Germaine se hubiese atiborrado de comida, jamás habría igualado el

pecho de mi madre.

—¿John? —susurraba Germaine cuando entraba en el pasadizo secreto. La única lamparilla colgante al pie de la escalera de caracol nunca iluminó mucho el pasadizo —. ¿Owen? ¿Estáis allí? No me asustéis.

Owen y yo esperábamos hasta que hubiese doblado la esquina en L entre los altos y polvorientos estantes que le llegaban a los hombros, con las raras sombras de potes de mermelada y gelatina zigzagueando a través del techo cubierto de telarañas; las sombras más altas e irregulares proyectadas por los grandes recipientes con condimento de tomate y pimiento morrón, y de ciruelas al *brandy*, surgían amenazadores y se contorsionaban como formaciones volcánicas.

—NO TE ASUSTES —le susurraba Owen en la oscuridad.

Una vez, durante aquellas vacaciones navideñas, Germaine se echó a llorar.

—¡LO SIENTO! —le dijo Owen—. ¡SOLO SOY YO!

Pero Germaine temía precisamente a Owen. Era una chica que creía en lo sobrenatural, en lo que llamaba «señales», por ejemplo la bastante común mutilación y muerte de un petirrojo en las garras de los gatos de Front Street; presenciar esta tortura era «señal segura» de que te verías implicado en una futura violencia mayor aún. El propio Owen era una «señal» para la pobre Germaine; su diminuto tamaño le sugería que mi amigo era lo bastante pequeño para entrar realmente en el cuerpo y el alma de otra persona... llevándola a realizar actos antinaturales.

Durante una cena, una conversación sobre la voz de mi amigo me reveló el punto de vista de Germaine referente a *ese* aspecto antinatural de Owen. Mi abuela me había preguntado si él o su familia se habían tomado alguna vez la molestia de averiguar si podía «hacerse» algo con su voz.

—En una consulta médica, me refiero —dijo mi abuela y Lydia asintió tan enérgicamente que creí que se le caerían las horquillas en el plato.

Sabía que una vez mi madre había sugerido a Owen que su antiguo maestro de vocalización y canto podía estar en condiciones de darle algún consejo de reeducación, o incluso sugerirle ejercicios vocales, destinados a enseñarle a hablar más... bien... *normalmente*. Mi abuela y Lydia intercambiaron las habituales miradas ante la mera mención de aquel maestro de vocalización y canto; agregué que mi madre había apuntado incluso el domicilio y el teléfono de ese personaje misterioso, y le había dado el papel a Owen. Yo estaba seguro de que nunca se había puesto en contacto con el maestro de Boston.

—¿Por qué? —preguntó mi abuela. *Efectivamente*, ¿por qué?, pareció preguntar Lydia, asintiendo con la cabeza. El *asentimiento* de Lydia era la manifestación más detectable del grado en que su senilidad se adelantaba a la de mi abuela, o al menos eso me había dicho en privado mi abuela, que se interesaba mucho, casi clínicamente, por la senilidad de Lydia, porque interpretaba su conducta como un barómetro de lo

que le ocurriría a ella a corto plazo.

Ethel estaba sacando la mesa con su curiosa combinación de agresividad y movimiento a cámara lenta; recogió muchos platos de una sola vez, pero perdió tanto tiempo alrededor de la mesa con ellos en la mano, que tenía la certeza de que volvería a poner algunos en su sitio. Ahora pienso que sólo estaba ordenando sus pensamientos pues no sabía dónde llevarlos. Germaine también quitaba objetos, a la manera en que una golondrina lisiada puede abalanzarse a buscar una miga de tu plato en un *picnic*. Germaine quitaba muy pocas cosas: una cuchara por vez, y a menudo la que no correspondía; o te retiraba el tenedor de la ensalada antes de que te hubieras servido. Pero si bien su perturbación de tu zona en la mesa era leve y extravagante, también estaba cargada de una vasta propensión a los accidentes. Cuando se aproximaba Ethel, temías que se te cayera encima un deslizamiento de platos, pero nunca ocurría. Si se acercaba Germaine, cuidabas el plato y los cubiertos, temiendo que te fuera arrebatado algo que necesitabas, y que tu copa de agua se volcara durante el repentino y caprichoso ataque, lo que ocurría con frecuencia.

Por tanto, en el marco de esa arena angustiada —el momento en que sacaban la mesa— anuncié a mi abuela y a Lydia por qué Owen Meany *no* le había pedido consejo al maestro de vocalización y canto de mi madre.

—A Owen no le parece correcto tratar de cambiar su voz —dije.

Ethel —apartándose tambaleante de la mesa bajo la considerable carga de dos fuentes, la ensaladera, todos los platos y el servicio de plata— se mantuvo firme. Mi abuela, percibiendo la precipitada presencia de Germaine, sujetó su copa de agua con una mano y la de vino con la otra.

—¿Por qué no cree que sea *correcto*? —preguntó, mientras Germaine retiraba inútilmente el pimentero y dejaba el salero.

—Considera que su voz tiene un propósito, que hay una *razón* para que suene así.

—¿*Qué* razón? —quiso saber mi abuela.

Ethel se había acercado a la puerta de la cocina, pero parecía esperar, equilibrando su carga de platos y preguntándose —probablemente— si no debería llevarlos al salón. Germaine se situó directamente detrás de la silla de Lydia, con lo que logró ponerla más nerviosa.

—Owen opina que esa voz se la ha dado Dios —dije tranquilamente, mientras Germaine alargaba la mano para coger la cucharilla de postre que Lydia aún no había usado, y dejaba caer el pimentero en su copa de agua.

—¡Cielos misericordiosos! —dijo Lydia; ésa era una de las frases predilectas de mi abuela, por lo que miró a Lydia como si el robo de su lenguaje favorito fuera otra manifestación de que la senilidad de Lydia se adelantaba a la suya.

Para asombro de todos, intervino Germaine.

—Yo creo que esa voz se la ha dado el Diablo —dijo.

—¡Paparruchas! —exclamó Abuela—. ¡Paparruchas que se la haya dado Dios... o el Diablo! Esa voz se la ha dado el *granito*. ¡Respiró todo ese *polvo* siendo un bebé! ¡Eso volvió extraña su voz y atrofió su crecimiento!

Asintiendo, Lydia impidió que Germaine tratara de sacar el pimentero de su copa de agua; para ponerse a salvo, lo hizo ella misma. Ethel chocó con gran estrépito contra la puerta de la cocina, que giró sobre sus goznes y se abrió de par en par; Germaine huyó del comedor... con las manos vacías.

Mi abuela exhaló un profundo suspiro e incluso ante ese suspiro, Lydia asintió, aunque con un movimiento más modesto de la cabeza.

—¡Se la ha dado *Dios*! —repitió mi abuela desdeñosamente. Enseguida agregó—: La dirección y el teléfono del maestro de vocalización y canto... no creo que tu amigo los haya conservado, sobre todo si no tenía la intención de usarlos —ante esta astuta pregunta indirecta, mi abuela y Lydia intercambiaron sus miradas habituales.

Pero yo sopesé cuidadosamente el asunto: para mí eran evidentes sus diversos niveles de seriedad. Sabía que mi abuela nunca había contado con esa información, a pesar de lo mucho que debía de interesarle. Por supuesto, también sabía que Owen *jamás* habría tirado el papel; la cuestión no era que tuviera o no la intención de usarlo. Él rara vez tiraba *nada*; algo que le hubiese dado mi madre, no sólo lo habría conservado, sino que lo habría puesto en un relicario.

Debo muchas cosas a mi abuela; entre ellas el buen empleo de una pregunta astuta.

—¿Para qué iba a guardarlos? —inquirí con tono inocente.

Abuela volvió a suspirar; Lydia volvió a asentir.

—Efectivamente, ¿para qué? —dijo Lydia tristemente. Le tocó a mi abuela asentir. Las dos se están volviendo viejas y frágiles, observé, pero pensaba *por qué* me guardé el secreto de la probable posesión, por parte de Owen, de la dirección y el teléfono del maestro de canto. Lo ignoraba... entonces. Hoy sé que Owen Meany se habría apresurado a decir que no era CASUALIDAD.

¿Y qué habría dicho referente a nuestro descubrimiento de que en Navidad no éramos los únicos usuarios de las habitaciones vacías de Waterhouse Hall? ¿También habría dicho que no fue por CASUALIDAD que (una tarde) mientras realizábamos nuestra acostumbrada investigación en un dormitorio del primer piso oyéramos girar otra llave maestra en la cerradura? Me metí de prisa en el armario, temiendo que las perchas vacías no hubiesen dejado de tintinear cuando el nuevo intruso estuviera dentro. Owen se lanzó como una flecha debajo de la cama; se tumbó de espaldas con las manos cruzadas sobre el pecho, como un soldado en una tumba improvisada. Al principio pensamos que Dan nos había pescado, pero evidentemente estaba ensayando con los Gravesend Players, a menos que (desesperado) los hubiese echado a todos y cancelado el estreno de la obra. Sólo podía ser Mr. Brinker-Smith, el

biólogo, pero él residía en la planta baja. Owen y yo hacíamos tan poco ruido que no creíamos que hubiese detectado desde allí nuestra presencia.

—¡Hora de la siesta! —oímos decir a Mr. Brinker-Smith; Mrs. Brinker-Smith rió entre dientes.

Inmediatamente fue evidente para nosotros que Ginger Brinker-Smith no había llevado a su marido a esa habitación vacía con la idea de *amamantarlo*; los gemelos no estaban con sus padres, también para ellos era la «hora de la siesta». Hoy me sorprende que los Brinker-Smith hubieran sido bendecidos con una iniciativa energética, con un admirable y creativo sentido de la picardía. ¿De qué otro modo podrían haber mantenido uno de los placeres de las relaciones conyugales sin perturbar a sus exigentes gemelos? En aquella época, naturalmente, Owen y yo pensamos que los Brinker-Smith tenían una peligrosa sobrecarga sexual; que hicieran un uso tan temerario de las camas del edificio, incluyendo —como supimos más adelante— un proceso sistemático a través de *todos* los dormitorios de Waterhouse Hall... bien era una conducta pervertida tratándose de un padre y una madre, a juicio de Owen y mío. Día a día, siesta a siesta, cama a cama, los Brinker-Smith se iban abriendo paso hasta la tercera planta. Dado que Owen y yo íbamos hacia la planta baja, quizás era inevitable —como habría sugerido Owen— y no una CASUALIDAD que nos encontráramos con ellos en una habitación del primer piso.

No vi nada pero oí mucho a través de la puerta cerrada del armario. (Nunca había oído a Dan con mi madre.) Como siempre, Owen Meany tuvo una percepción más cercana e intensa que yo de tan apasionado evento: las ropas de los Brinker-Smith cayeron a ambos lados de su cuerpo; el legendario sostén de lactancia de Ginger cayó a pocos centímetros de su cara. Owen me contó que además tuvo que ladearla para evitar el hundimiento de los muelles, que comenzaron a hacer una violenta sacudida de frotación con su nariz. Aun con la cara de costado, de vez en cuando el elástico de la cama llegaba lo bastante cerca del suelo como para rasparle la mejilla.

—LO PEOR FUE EL RUIDO —me dijo lacrimoso después de que los Brinker-Smith regresaran con sus gemelos—. ¡ME SENTÍA COMO SI ESTUVIERA DEBAJO DEL *FLYING YANKEE*!

El hecho de que los Brinker-Smith hubiesen encontrado un modo de empleo de Waterhouse Hall más creativo y original que el que podíamos encontrar Owen y yo, ejerció un efecto radical en el resto de nuestras vacaciones navideñas. Impresionado y magullado, Owen sugirió que volviéramos a las investigaciones más domésticas de 80 Front Street.

—¡Dura! ¡Dura! —había gritado Ginger Brinker-Smith.

—¡Húmeda! ¡Húmeda! —le había contestado Mr. Brinker-Smith. Y tracatrá, ñaca, ñaca, ñaca, los muelles en la cabeza de Owen Meany.

—ESTÚPIDA DUREZA, ESTÚPIDA HUMEDAD —se quejó Owen—. EL

## SEXO VUELVE LOCA A LA GENTE.

Me bastaba pensar en Hester para estar de acuerdo con él.

Por eso, a causa de nuestro primer contacto con el acto del amor, Owen y yo estábamos en 80 Front Street —aburriéndonos— el día que nuestro cartero, Mr. Morrison, anunció que abandonaba el papel del Espíritu de las Navidades Futuras.

—¿Y por qué me lo dice *a mí*? —preguntó mi abuela—. Yo no soy el director.

—Dan no está en mi recorrido —explicó el sombrío cartero.

—Yo no transmito mensajes de este tipo, ni siquiera a Dan —dijo mi abuela a Mr. Morrison—. Debe ir al próximo ensayo y decírselo personalmente.

Abuela mantuvo entreabierta la contrapuerta y el cortante aire de diciembre debía de soplar helado contra sus piernas; hacía bastante frío para Owen y para mí, aunque estábamos más adentro, en el vestíbulo, detrás de ella, y los dos teníamos pantalones de franela. Sentíamos emanar el aire gélido de Mr. Morrison, que sujetaba en la mano enguantada el pequeño atado de correspondencia de mi abuela; parecía reticente a entregárselo a menos que ella accediera a transmitirle el mensaje a Dan.

—Nunca volveré a pisar un ensayo —afirmó Mr. Morrison, arrastrando por el suelo las botas altas, cambiando de lugar su pesada saca de cuero.

—Si quisiera renunciar a su puesto de cartero, ¿le pediría a alguien que se lo dijera al jefe de correos? —le preguntó mi abuela.

Mr. Morrison lo pensó; su cara larga estaba alternativamente roja y azul a causa del frío.

—No es el papel que yo creía —respondió.

—Dígaselo a Dan —insistió Abuela—. Yo no sé nada de eso.

—YO SI —terció Owen Meany. Abuela lo observó, dudosa; antes de permitir que la reemplazara ante la puerta abierta, alargó la mano y le arrebató la correspondencia al indeciso Mr. Morrison.

—¿Qué sabes *tú* de eso? —preguntó el cartero a Owen.

—ES UN PAPEL IMPORTANTE —dijo Owen—. USTED ES EL ULTIMO DE LOS FANTASMAS QUE SE LE APARECEN A SCROOGE. ES EL ESPÍRITU DEL FUTURO... ¡EL MÁS PAVOROSO DE TODOS!

—¡Si no *digo* una sola palabra! —protestó Mr. Morrison—. Ni siquiera es lo que llaman un papel hablado.

—UN GRAN ACTOR NO NECESITA *HABLAR* —dijo Owen.

—¡Y llevo una gran capa negra con *capucha*! —se quejó Mr. Morrison—. Nadie me ve la cara.

—Eso al menos es *bastante* justo —me dijo Abuela en voz muy baja.

—UN GRAN ACTOR NO NECESITA *CARA* —prosiguió Owen.

—¡Un actor tiene que *hacer* algo! —gritó el cartero.

—¡USTED LE MUESTRA A SCROOGE LO QUE LE OCURRIRÁ SI NO

CREE EN LA NAVIDAD! —vociferó Owen—. ¡LE MUESTRA A UN HOMBRE SU PROPIA TUMBA! ¿HAY ALGO MÁS ESPANTOSO QUE ESO?

—Pero lo único que hago es *señalar* —gimió Mr. Morrison—. Nadie sabría siquiera lo que señalo si el viejo Scrooge no estuviera todo el tiempo hablando en voz alta consigo mismo. «Si hay alguien en la ciudad que sienta alguna emoción por la muerte de este hombre, muéstrame a esa persona. ¡Espíritu, te lo ruego!». Éste es el tipo de discurso que siempre larga el viejo Scrooge —chilló Mr. Morrison—. «Permíteme que vea alguna compasión provocada por esa muerte» y así sucesivamente —dijo con amargura el cartero—. ¡Y lo único que hago es *señalar*! ¡No digo *nada* y lo único que se me ve es *un dedo*! —gritó; se arrancó el guante y con un dedo largo y huesudo señaló a Owen Meany, que retrocedió ante su esquelética mano.

—ES UN GRAN PAPEL PARA UN GRAN ACTOR —reiteró Owen, tericamente—. USTED TIENE QUE SER UNA *PRESENCIA*. NO HAY NADA MÁS TEMIBLE QUE EL FUTURO.

En el vestíbulo, detrás de Owen, se había reunido un ansioso grupo. Lydia en su silla de ruedas, Ethel —que estaba lustrando un candelabro— y Germaine, que pensaba que Owen era el Diablo... las tres acurrucadas a espaldas de mi abuela, que tenía edad suficiente para tomarse a pecho el punto de vista de Owen: nada es tan temible como el futuro, ella lo sabía, salvo alguien que *conoce* el futuro.

Owen levantó las manos tan bruscamente que las mujeres se sobresaltaron y se apartaron de él.

—¡USTED SABE TODO LO QUE VA A OCURRIR! —gritó al contrariado cartero—. SI CAMINA POR EL ESCENARIO COMO SI CONOCIERA EL FUTURO... COMO SI CONOCIERA *TODO*, QUIERO DECIR, TODOS SE CAGARAN DE MIEDO.

Mr. Morrison lo pensó; apareció incluso una tenue luz de comprensión en su mirada, como si viera —aunque momentáneamente— su propio potencial aterrador, pero sus ojos se nublaron enseguida con el aliento que exhalaba bajo el aire frío.

—Dígale a Dan que abandono, eso es todo. —Acto seguido giró sobre sus talones y se largó «muy poco dramáticamente», diría después mi abuela. En ese momento, a pesar de su disgusto por el lenguaje vulgar, parecía encantada con Owen Meany.

—Ahora apártate de la puerta abierta, Owen —le dijo—. Has prestado a ese tonto más atención de la que merece y te morirás de frío.

—LLAMARE A DAN AHORA MISMO —nos dijo Owen con tono práctico. Fue directamente al teléfono y marcó el número; ni las mujeres ni yo nos movimos del vestíbulo, aunque creo que no éramos conscientes de que nos habíamos convertido en su público—. HOLA, DAN. ¿DAN? ¡SOY OWEN! —(Como si pudiera haber alguna duda con respecto a eso)—. DAN, ES UN CASO DE EMERGENCIA. HAS

PERDIDO AL ESPÍRITU DE LAS NAVIDADES FUTURAS. SI, ME REFIERO A MORRISON. ¡EL CARTERO COBARDE!

—¡El cartero cobarde! —repitió admirada mi abuela.

—SI, SI, YA SE QUE NO LO HACIA NADA BIEN —dijo Owen a Dan—. PERO SUPONGO QUE NO QUERRÁS QUEDARTE ATASCADO POR LA FALTA DE UN ESPÍRITU DEL FUTURO.

En ese momento lo vi venir; al futuro, quiero decir... o al menos una pequeña porción del futuro. Owen no había convencido a Mr. Morrison de que hiciera el papel, pero se había convencido a sí mismo de que el personaje era importante, mucho más atractivo que Tiny Tim, ese santurrón. Más aún, el Espíritu de las Navidades Futuras no hablaba; Owen no tendría que usar la voz, ni como Niño Jesús ni como Espíritu del Futuro.

—NO TE ASUSTES POR ESO, DAN —dijo Owen—, CREO QUE CONOZCO A ALGUIEN QUE ESTARÍA PERFECTO EN ESE PAPEL... BIEN, SI NO PERFECTO, AL MENOS DIFERENTE.

Fue con la palabra DIFERENTE que mi abuela se estremeció; también fue la única vez que miró a Owen Meany con algo parecido al respeto.

Una vez más, pensé, el pequeño Príncipe de la Paz se ha hecho cargo de todo. Miré a Germaine, que tenía el labio inferior apretado entre los dientes; supe lo que estaba pensando. Lydia, balanceándose en su silla de ruedas, parecía hipnotizada por la conversación unilateral; Ethel blandía el candelabro como un arma.

—LO QUE EXIGE EL PAPEL ES CIERTA *PRESENCIA*. EL FANTASMA TIENE QUE DAR LA IMPRESIÓN DE *CONOCER* VERDADERAMENTE EL FUTURO. EL OTRO PERSONAJE QUE INTERPRETO ESTA NAVIDAD, PARADÓJICAMENTE... SI, SI, ME REFIERO AL ESTÚPIDO ESPECTÁCULO EN LA IGLESIA... *PARADÓJICAMENTE*, ME PREPARA PARA ESTE PAPEL. QUIERO DECIR QUE AMBOS OBLIGAN A HACERSE CARGO DE LAS COSAS SIN PALABRAS... ¡SI, SI, CLARO QUE ME REFIERO A MI! —se produjo una extraña pausa durante la cual Owen escuchó a Dan—. ¿QUIEN HA DICHO QUE EL ESPÍRITU DE LAS NAVIDADES FUTURAS TIENE QUE SER *ALTO*? —preguntó Owen, furioso—. SI, POR SUPUESTO QUE SE LO ALTO QUE ES MISTER FISH. DAN, NO ESTÁS USANDO TU IMAGINACIÓN —otra breve pausa y Owen agregó—: HAY UNA PRUEBA MUY SENCILLA. DEJAME ENSAYARLO. SI TODOS SE RÍEN, ME VOY. SI TODOS SE ASUSTAN, EL PAPEL ES MIO. SI, NATURALMENTE, «INCLUIDO MISTER FISH». SE RÍEN, ME LARGO. SE ASUSTAN, ME QUEDO.

Pero yo no necesitaba esperar a conocer los resultados de *esa* prueba. Bastaba observar la cara ansiosa de mi abuela y las actitudes de las mujeres que la rodeaban, el miedo a Owen Meany que se traslucía en la expresión transfigurada de Lydia, en



los nudillos blancos de Ethel alrededor del candelabro, en el labio tembloroso de Germaine. Yo no necesitaba aplazar mi creencia o incredulidad en Owen Meany hasta después de su primer ensayo; ya sabía la *presencia* que era capaz de ser, sobre todo con referencia al futuro.

Esa tarde, mientras cenábamos, Dan nos habló del triunfo de Owen. Todos estaban hechizados, sin siquiera saber qué *enano* era aquél, pues Owen quedaba completamente oculto bajo la capa y la capucha negras; no importó que no hablara ni que nadie viera su cara. Ni siquiera Mr. Fish sabía por anticipado quién era la temible aparición.

Como escribió Dickens: «¡Oh, fría, fría, rígida, terrible muerte, erige aquí tu altar y revístelo con todos los errores de que dispongas, porque este es tu dominio!».

Owen se deslizaba por el escenario; varias veces sobresaltó a Mr. Fish, que perdía el sentido de dónde se encontraba el fantasma. Cuando Owen señaló, lo hizo con un movimiento súbito, convulsivo, crispado; su manita blanca salió como un destello de los pliegues de la capa, a la que hizo aletear. Se deslizaba lentamente, como un patinador que pierde impulso, pero sabía pasar *rozando* apenas, con la repelente velocidad de un murciélago.

Ante el sepulcro de Scrooge, Mr. Fish dijo:

—«Antes de acercarme a esa losa que estás señalando, respóndeme a una pregunta. ¿Son estas las sombras de las cosas que van a suceder, o solamente de las que es posible que sucedan?».

Como nunca con anterioridad, la pregunta captó la atención de todos los aficionados de los Gravesend Players; hasta Mr. Fish pareció mortalmente interesado en la respuesta. Pero el liliputiense Espíritu de las Navidades Futuras fue inexorable; la indiferencia del minúsculo fantasma a la pregunta hizo temblar a Dan Needham.

En ese momento Mr. Fish se aproximó a la lápida lo suficiente como para leer su propio nombre.

—«Ebenezer Scrooge... ¿soy yo ese hombre?». —gritó Mr. Fish y cayó de rodillas. Y fue desde la perspectiva de sus rodillas, cuando su cabeza sólo estaba ligeramente por encima de la de Owen Meany, que Mr. Fish recibió la primera mirada directa del rostro desviado bajo la capucha. No rió; gritó.

Se suponía que debía decir: «¡No, Espíritu! ¡Oh, no, no! ¡Escúchame! ¡Ya no soy el que era!», etcétera, etcétera. Pero Mr. Fish gritó, sencillamente. Apartó las manos tan violentamente de la capucha de Owen, que se le cayó de la cabeza, descubriéndolo a los otros miembros del reparto. Algunos también gritaron; nadie rió.

—Se me ponen los pelos de punta de sólo recordarlo —nos dijo Dan mientras cenábamos.

—No me sorprende —dijo mi abuela.

Después de la cena, apareció Mr. Fish, más bien sumiso.

—Bien, al menos tenemos *un* buen fantasma —dijo—. Facilita mucho mi trabajo, en realidad —racionalizó—. El chiquillo es bastante eficaz, bastante eficaz. Será interesante ver su... el efecto que tiene en el público.

—Ya lo hemos visto —le recordó Dan.

—Bien, sí... —reconoció deprisa; parecía preocupado.

—Alguien me contó que la hija de Mister Early se mojó las bragas —nos informó Dan.

—No me sorprende —dijo mi abuela. Germaine, que quitaba las cucharillas de té de una en una, parecía estar a punto de mojarse las suyas.

—¿No podrías contenerlo un poco? —sugirió Mr. Fish a Dan.

—¿Contenerlo? —preguntó el director de la obra.

—Bien, tratar de reprimir un poco lo que *hace* —aclaró Mr. Fish.

—No estoy nada seguro de qué *es* lo que hace —admitió Dan.

—Yo tampoco —dijo Mr. Fish—. Pero es... tan perturbador.

—Tal vez cuando la gente esté sentada unas cuantas filas atrás, cuando haya público, me refiero, no sea tan... preocupante —dijo Dan.

—¿Te parece? —preguntó Mr. Fish.

—En realidad, no —reconoció Dan.

—¿Y si viéramos su cara... desde el principio? —sugirió Mr. Fish.

—Si no le tironearas de la capucha, *nunca* veríamos su cara —puntualizó Dan—. Creo que eso será mejor.

—Sí, mucho mejor —coincidió Mr. Fish.

Mr. Meany dejó a Owen en 80 Front Street, donde pasaría la noche. Sabía que mi abuela se irritaba con el alboroto que hacía su camión en la rampa; por eso no lo oímos llegar ni marcharse: Owen se apeó de la cabina en Front Street.

Fue mágico; la sincronización, quiero decir. Mr. Fish despidiéndose, abriendo la puerta para irse, precisamente al mismo tiempo que Owen alargaba el brazo para tocar el timbre. En ese instante mi abuela encendió la luz del porche; Owen parpadeó por el resplandor. Desde debajo de su gorra de cazador a cuadros rojos y negros, levantó su pequeña cara afilada y miró a Mr. Fish, como una zarigüeya bajo el haz de luz de una linterna. Una pálida magulladura amarilla, del brillo de la plata deslustrada, resaltaba en la mejilla de Owen —donde lo había golpeado la cama móvil de los Brinker-Smith—, dotándolo del color desigual de un cadáver. Mr. Fish retrocedió de un salto hasta el vestíbulo.

—Hablando del rey de Roma... —dijo Dan, sonriente. Owen nos sonrió a todos.

—¡SUPONGO QUE YA ESTÁIS ENTERADOS! ¡CONSEGUÍ EL PAPEL! —nos dijo a mi abuela y a mí.

—No me sorprende, Owen —dijo mi abuela—. Entra —mantuvo la puerta abierta para que pasara; incluso le hizo una encantadora reverencia, inadecuadamente pueril,

pero Harriet Wheelwright estaba dotada con las características esencialmente regias que hacen funcionar un gesto inapropiado: gracia y sarcasmo.

No pasó inadvertida para Owen Meany la ironía en la voz de mi abuela; no obstante, le sonrió de oreja a oreja y retribuyó su reverencia con una confiada inclinación de cabeza y un toque ínfimo a su gorra de cuadros rojos y negros. Owen Meany había triunfado y lo sabía; mi abuela también lo sabía. Hasta Harriet Wheelwright —con su indiferencia de *Mayflower* hacia todos los Meany de este mundo—, hasta mi abuela sabía que en el Ratón de Granito había más de lo que saltaba a la vista.

Mr. Fish, tal vez para recomponerse, tarareaba la melodía de un conocido villancico. Hasta Dan Needham conocía la letra. Mientras Owen terminaba de sacudirse la nieve de las botas —mientras el pequeño Niño Jesús entraba en nuestra casa—, Dan cantaba a medias y a medias murmuraba el estribillo que tan bien conocíamos: «¡Oíd! Canta la celeste voz: “¡En los cielos gloria a Dios!”».

## El Espíritu del Futuro

Así, Owen Meany remodeló la Navidad. Denegada su ansiada excursión a Sawyer Depot, acaparó los dos papeles no hablados más importantes de las únicas funciones teatrales presentadas en Gravesend durante aquellas vacaciones. En tanto Niño Jesús y Espíritu de las Navidades Futuras, se había constituido en profeta: inquietantemente, era de *nuestro* futuro que parecía saber algo. Una vez creyó ver el futuro de mi madre; incluso se convirtió en el instrumento de su futuro. Ahora yo me preguntaba qué creía saber del porvenir de Dan o del de mi abuela... o del de Hester, o del mío, o del suyo.

Owen Meany me había asegurado que Dios me haría saber quién era mi padre, pero hasta ahora Dios había guardado silencio.

Owen se había mostrado convincente. Nos había convencido a Dan y a mí de que debíamos desprendernos del maniquí; había apostado la desgarradora figura de mi madre al lado de *su* cama para que velara por *él*, para que fuera *su* ángel. También se había persuadido de que debía bajar de los cielos y permanecer en el pesebre, además de convertirme a mí en José, haber elegido a mi María y haber transformado a los tórtolos en vacas. Después de su nueva versión del Sagrado Nacimiento, siguió adelante; reinterpretó a Dickens, porque hasta Dan tuvo que reconocer que de alguna manera Owen había modificado *Canción de Navidad*. El mudo Espíritu de las Navidades Futuras le robaba la penúltima escena a Scrooge.

Ni siquiera *The Gravesend News-Letter* reconoció el protagonismo de Scrooge; al crítico teatral de *The News-Letter* se le escapó por completo que el principal actor era Mr. Fish. Escribió: «La historia navideña por excelencia, cuyo brillo había empalidecido (al menos para este crítico) por su repetición anual, ha adquirido un nuevo destello». La reseña agregaba: «La trillada escena del fantasma se ha vigorizado con la brillante actuación del pequeño Owen Meany, quien —pese a su diminuto tamaño— es una presencia enorme en el escenario; la miniatura que es Owen Meany empequeñece al resto del reparto. El director Dan Needham haría bien en adjudicar al astro de la talla de Tiny Tim el papel estelar de Scrooge en la *Canción de Navidad* del año que viene».

No decía una sola palabra sobre el Scrooge de *este* año, y Mr. Fish estaba frenético por el desinterés del crítico. Owen respondía malhumorado a *cualquier* crítica.

—¿POR QUÉ ES NECESARIO REFERIRSE A MI COMO «PEQUEÑO», COMO «DIMINUTO», COMO «MINIATURA»? —bufaba Owen—. ¡NO APLICAN ESOS CALIFICATIVOS A LOS DEMÁS ACTORES!

—Has olvidado lo de «talla de Tiny Tim» —apunté.

—LO SE, LO SÉ. ¿ACASO DICEN «ANTIGUO DUEÑO DE PERRO FISH»

ES UN SOBERBIO SCROOGE? ¿ACASO DICEN «WALKER, LA ATROZ TIRANA DE LA ESCUELA DOMINICAL» ES UNA MADRE ENCANTADORA CON TINY TIM?

—Dicen que eres una «estrella» —le recordé—. Que eres «brillante» y una... «presencia *enorme*».

—¡ME HAN LLAMADO «PEQUEÑO», ME HAN LLAMADO «DIMINUTO», ME HAN LLAMADO «MINIATURA»! —gritó Owen.

—Por suerte no era un papel *hablado* —aporté.

—MUY GRACIOSO —dijo Owen.

En el caso de aquella puesta en escena específica, a Dan no le preocupaba la prensa local; le inquietaba la idea de lo que habría pensado Charles Dickens de Owen Meany. Tenía la certeza de que el autor lo habría desaprobado.

—Algo funciona mal —dijo Dan—. Los críos lloran a lágrima viva; hay que sacarlos de la sala sin que vean el final feliz. Hemos empezado a advertírsele en la puerta a las madres que llevan hijos pequeños. No es el entretenimiento «familiar» que se supone debe ser. ¡Los niños que salen del teatro parecen haber visto a *Drácula*!

Sin embargo, Dan sintió cierto alivio al notar que Owen se estaba acatarrando. Era susceptible a los resfriados y ahora estaba siempre fatigado: ensayaba la Sagrada Natividad por la mañana, interpretaba al Espíritu de las Navidades Futuras por la noche. Algunas tardes Owen estaba tan agotado que se quedaba dormido en casa de mi abuela; se echaba a dormir en la alfombra del estudio, tendido bajo el gran sofá, o sobre una pila de cojines, donde había estado bombardeando a mis soldaditos de plomo con mi cañón de juguete. Yo iba a la cocina a buscar galletas y cuando volvía lo encontraba profundamente dormido.

—Se está volviendo como Lydia —observaba mi abuela, porque Lydia tampoco permanecía despierta toda la tarde; echaba cabezadas en su silla de ruedas, donde Germaine la hubiese dejado, a veces de cara a un rincón. Para mi abuela, era otro indicativo de que la senilidad de Lydia se adelantaba a la suya.

Pero cuando Owen comenzó a manifestar las primeras señales del resfriado —un estornudo o una tos de vez en cuando, la nariz moqueante— Dan Needham pensó que su puesta en escena de *Canción de Navidad* podía salir beneficiada. Dan no quería que Owen enfermara; sólo deseaba alguna tosecita, un estornudo, y quizá que Owen tuviera que sonarse la nariz. Un sonido tan *humano* desde debajo de la capucha negra aliviaría, sin duda, al público; que Owen tosiera y estornudara podría incluso provocar un par de expresiones risueñas. En opinión de Dan, eso no haría ningún daño.

—Podría hacerle daño a Owen —señalé—. No creo que sepa apreciar ninguna risa.

—No estoy diciendo que quiera hacer un personaje *cómico* del Espíritu del Futuro —aclaró Dan—. Sólo quiero humanizarlo un poco.

A juicio de Dan, ese era el problema: Owen no parecía humano. Tenía el tamaño de un niño pequeño, pero sus movimientos eran misteriosamente adultos; en cuanto a su autoridad en escena, iba más allá de lo «adulto»: era sobrenatural.

—Míralo de este modo —me dijo Dan—. Un fantasma que estornuda, un fantasma que tose, un fantasma que tiene que sonarse la nariz, no es tan aterrador.

Pero qué decir de un Niño Jesús que estornuda y tose, que tiene que sonarse la nariz, pensé. Si los Wiggin insistían en que el Niño Jesús no debía llorar, ¿qué opinarían de un Príncipe de la Paz *enfermo*?

Todos enfermaron esa Navidad: Dan superó la bronquitis sólo para descubrir que tenía conjuntivitis aguda; Lydia tenía una tos tan violenta que en ocasiones salía disparada hacia atrás en su silla de ruedas. Cuando Mr. Early, que era el Espectro de Marley, comenzó a toser y sorberse los mocos, Dan me confió que la simetría sería perfecta —para la obra— si *todos* los fantasmas contraían algo. Mr. Fish, que era con mucho el que tenía más letra, se cuidaba muchísimo para no contagiarse de nadie; así, Scrooge retrocedía del Espectro de Marley de una manera más exagerada aún.

Abuela se quejaba de que las calles estaban demasiado resbaladizas para salir; no le preocupaban los catarros, pero temía patinar en el hielo.

—A mi edad —me dijo—, llega una caída, una cadera rota, y luego una muerte larga y lenta, de pulmonía —Lydia tosió y asintió, asintió y tosió, pero ninguna de las dos quiso compartir conmigo su anciana sabiduría... concerniente a la *causa* de que una cadera rota produjera pulmonía, para no hablar de «una muerte larga y lenta».

—Pero tienes que ver a Owen en *Canción de Navidad* —insistí.

—Ya veo bastante a Owen —me dijo Abuela.

—Mister Fish también está muy bien —añadí.

—También veo bastante a Mister Fish —comentó.

La entusiasta crítica sobre Owen aparecida en *The Gravesend News-Letter* sumió a Mr. Fish en una silenciosa depresión; cuando iba a 80 Front Street después de cenar, suspiraba a menudo y no abría la boca. En cuanto a nuestro taciturno cartero Mr. Morrison, es imposible calcular cuánto sufrió al enterarse del éxito de Owen. Iba encorvado bajo su saca de cuero como si acarreará un bulto mucho más pesado que el exceso de correspondencia navideña. ¿Cómo se sentía repartiendo todos los ejemplares de *The Gravesend News-Letter*, donde su desertado personaje se describía como «no sólo fundamental sino protagónico»? ¿Estarían lloviendo sobre Owen Meany las alabanzas que Mr. Morrison había soñado para sí?

En la primera semana, me dijo Dan, Mr. Morrison no fue a ver la obra. Para su sorpresa, tampoco habían aparecido Mr. y Mrs. Meany.

—¿No leen *The News-Letter*? —me preguntó Dan.

No me imaginaba a Mrs. Meany leyendo; sus asuntos la tenían muy ocupada. Era mucho lo que tenía que mirar: las paredes, los rincones, no del todo por la ventana, el fuego mortecino, el maniquí de mi madre, ¿cuándo tenía tiempo para leer un periódico? En cuanto a Mr. Meany, era de esos hombres que ni siquiera leen la sección deportiva. Además, pensé, probablemente Owen nunca les había dicho una palabra sobre *Canción de Navidad*; en fin de cuentas, ni siquiera quería que supieran de su actuación en el espectáculo histórico del Nacimiento.

Tal vez alguno de los canteros le dijese algo de la obra a Mr. Meany; quizás un picapedrero o la mujer del que manejaba la grúa la había visto, o al menos había leído el comentario en *The News-Letter*.

«He oído decir que tu chico es la estrella del teatro», podía haber dicho alguien.

Pero también oí cómo Owen restaría importancia a la cuestión.

«SOLO ESTOY ECHÁNDOLE UNA MANO A DAN. ESTABA EN UN APRIETO. UNO DE LOS FANTASMAS DIMITIÓ. YA CONOCÉIS A MORRISON, EL CARTERO COBARDE. BIEN, FUE UN CASO DE TERROR A LAS TABLAS. ES UN PAPEL INSIGNIFICANTE... NI SIQUIERA HABLADO. TAMPOCO OS RECOMIENDO LA OBRA, NO ES MUY CREÍBLE. ADEMÁS, EN NINGÚN MOMENTO SE ME VE LA CARA. CREO QUE NO ESTOY MÁS DE CINCO MINUTOS EN EL ESCENARIO».

Yo estaba seguro de que así habría manejado Owen la cuestión. Pensaba que estaba excesivamente pagado de sí mismo y que trataba duramente a sus padres. Todos atravesamos una etapa —a algunos nos dura toda la vida— en que nos molestan nuestros padres; no queremos tenerlos a nuestro alrededor porque tememos que digan o hagan algo que nos lleve a avergonzarnos de ellos. Pero a mis ojos Owen padecía esta molestia más que la mayoría; por eso, pensaba yo, mantenía a sus padres a tanta distancia. Y en mi opinión, también era demasiado mandón con su padre. A una edad en que la mayoría de nuestros semejantes soportaban constantes mangoneos de sus padres, Owen siempre le decía al suyo lo que debía hacer.

Mi comprensión de la animosidad de Owen era leve. Al fin y al cabo, yo echaba de menos a mi madre; habría disfrutado teniéndola cerca mío. Como Dan no era mi verdadero padre, nunca experimenté ningún resentimiento hacia él; siempre me encantó tenerlo cerca; mi abuela, aunque maravillosa como abuela, era reservada.

—Owen, ¿quieres que invite a tus padres a ver la obra? —dijo Dan una tarde—. Tal vez la última función, en Nochebuena.

—ME PARECE QUE EN NOCHEBUENA ESTARÁN OCUPADOS.

—¿Y qué tal alguna noche antes? —le preguntó Dan—. ¿Los invito... pronto? Cualquier noche de éstas.

—NO SON EXACTAMENTE AMANTES DEL TEATRO —dijo Owen—. NO ES MI INTENCIÓN INSULTARTE, DAN, PERO SOSPECHO QUE MIS PADRES

SE ABURRIRÍAN.

—Pero seguro que les encantaría verte *a ti*, Owen. ¿No les gustaría tu actuación?

—SOLO LES GUSTAN LAS HISTORIAS VERDADERAS —explicó Owen—. SON MÁS BIEN REALISTAS, NO LES EMOCIONAN LOS RELATOS DE FICCIÓN. NADA QUE SEA DE MENTIRIJILLAS LES VA. Y NI HABLAR DE FANTASMAS.

—¿Ni hablar de fantasmas? —preguntó Dan.

—TODAS ESAS COSAS ESTÁN EXCLUIDAS... PARA ELLOS —dijo Owen. Pero oyéndolo me di cuenta de que mi impresión sobre sus padres era totalmente opuesta. Pensaba que los padres de Owen Meany *sólo* creían en las así llamadas mentirijillas, que *sólo* creían en los fantasmas, que *sólo* prestaban atención a los espíritus—. LO QUE QUIERO DECIR, DAN, ES QUE PREFIERO NO INVITAR A MIS PADRES. SI VAN, QUE VAYAN. PERO CREO QUE NO IRÁN.

—Bien, Owen, lo que tú digas —concluyó Dan.

Dan Needham sufría de lo mismo que mi madre: tampoco él podía dejar de tocar a Owen Meany. No era de los que te revuelven el pelo, o te dan una palmada en las nalgas o en los hombros. Dan te cogía las manos y te las apretaba, a veces hasta que tus nudillos y los suyos crujían juntos. Pero las manifestaciones de afecto físico hacia Owen excedían, incluso, sus muestras de cariño por mí; Dan poseía el tino de mantener sus distancias conmigo... para ser *como* un padre para mí, sin afirmarse demasiado *exactamente* en el papel. Y precisamente debido a la prudencia que expresaba cuando me tocaba, se reprimía menos con Owen, cuyo padre jamás (al menos en mi presencia) lo tocaba. Creo que Dan Needham también sabía que a Owen nadie le mostraba afecto en su casa.

Aquel sábado por la noche llamaron por cuarta vez a saludar y Dan envió a Owen solo al escenario. Era evidente que el público sólo quería a Owen; Mr. Fish ya había salido a saludar con él y también solo: estaba claro que a quien la multitud adoraba era a Owen.

Todos se pusieron de pie. El pico de la capucha negra era un tanto puntiagudo y demasiado alto para la cabeza de Owen; se había inclinado por un lado, dándole una apariencia de gnomo y una actitud ligeramente presumida y maliciosa. Cuando echó la capucha hacia atrás y mostró al público su cara radiante, una chiquilla de una de las primeras filas se desmayó; tenía más o menos nuestra edad —quizá doce o trece— y cayó al suelo como un saco de patatas.

—Hacía mucho calor donde estábamos sentadas —dijo la madre de la niña, después de que Dan se cerciorara de que recuperaba el conocimiento.

—¡ESTÚPIDA MOCOSA! —dijo Owen entre bambalinas. Él era su propio maquillador. Aunque su cara permanecía oculta por la enorme capucha blanda



durante toda su actuación, se la blanqueaba con polvos de talco y ennegrecía sus ojeras ya oscuras con sombra para párpados. Quería que si alguien tenía un leve vislumbre de su rostro, lo encontrara apropiadamente fantasmal; el empeoramiento de su resfriado realizaba la palidez deseada.

Tosía con bastante frecuencia cuando Dan lo llevó a su casa. El día siguiente, último domingo anterior a Navidad, se representaría el Nacimiento.

—Lo noto un poco peor de lo que creía —me dijo Dan mientras volvíamos al centro—. Quizá yo mismo tenga que interpretar al Espíritu de las Navidades Futuras. O podrías hacerlo *tú* si Owen cae enfermo.

Pero yo sólo era el casto José; sentía que Owen Meany ya me había elegido para el único papel que era capaz de desempeñar.

Negó toda la noche, aunque sin tormenta; la temperatura siguió bajando hasta que hizo demasiado frío para nevar. Una nueva capa de blanco mate, más mate que el blanco de la iglesia, se extendía sobre Gravesend aquel domingo por la mañana; el viento —que es la forma de frío más cruel— levantaba manojos de hierba del polvo seco, haciendo traquetear y gemir las cunetas vacías de 80 Front Street; las cunetas estaban vacías porque la nieve reciente era demasiado fría para adherirse.

Los quitanieves no pasaban temprano los domingos por la mañana; el único vehículo que no se deslizó ni patinó mientras subía por Front Street fue el pesado camión de la Meany Granite Company. Owen llevaba puesta tanta ropa que le costaba doblar las rodillas mientras subía con dificultad la rampa; sus brazos no se balanceaban a los costados del cuerpo, sino que sobresalían rígidos, como los miembros de un espantapájaros. Iba tan embozado en una larga bufanda verde oscuro que no le vi la cara... ¿pero quién puede confundir a Owen Meany con otra persona? Esa bufanda se la había regalado mi madre un invierno, al descubrir que él no tenía ninguna. Owen decía que era su bufanda de la SUERTE y la guardaba para ocasiones importantes o para los fríos más rigurosos.

El domingo anterior a Navidad exigía el uso de la bufanda de mi madre por ambos motivos. Mientras bajábamos Front Street hacia Christ Church, los pájaros alzaban el vuelo al oír su tos de perro; su pecho despedía un estertor de flemas lo bastante ruidoso para que yo lo oyera a través de sus diversas capas de ropa de abrigo.

—No parece estar muy bien, Owen —observé.

—SI JESÚS HUBIESE TENIDO QUE NACER UN DÍA COMO ESTE, NO CREO QUE HUBIESE DURADO LO SUFICIENTE PARA SER CRUCIFICADO —dijo.

En la acera casi virgen de Front Street, sólo unas huellas habían pisado la nieve antes que nosotros; con excepción de las desmañadas meadas de perros, la acera era

un intacto sendero blanco. La figura que había dejado las primeras huellas humanas en la nieve también iba abrigada y demasiado lejos como para que Owen y yo la reconociéramos.

—¿TU ABUELA NO ASISTIRÁ AL NACIMIENTO? —me preguntó.

—Es congregacionista —le recordé.

—¿PERO ES TAN INFLEXIBLE QUE NO PUEDE CAMBIAR DE IGLESIA UN DOMINGO AL AÑO? LOS CONGREGACIONALISTAS NO HACEN EL PESEBRE.

—Lo sé, lo sé —respondí, pero sabía más que eso: sabía que los congregacionistas ni siquiera celebran el clásico oficio matinal el domingo anterior a Navidad; se reúnen, en cambio, para las vísperas. Era un acontecimiento especial, dedicado a cantar villancicos. No se trataba de que el servicio de la iglesia de mi abuela estuviese en conflicto con nuestra función religiosa, sino que no le atraía ver a Owen interpretando al Niño Jesús. Había manifestado que consideraba «repulsiva» la idea. Además, montó tal jaleo con la posibilidad de romperse la cadera que anunció su intención de no asistir a las vísperas en la Iglesia Congregacional. A última hora de la tarde, cuando oscurecía, era más fácil todavía, razonó, romperse la cadera contra el hielo.

El hombre que iba delante era Mr. Fish, a quien alcanzamos en un instante. Mi vecino avanzaba lentamente y con gran precaución; también él debía de tener miedo de romperse la cadera. Se sobresaltó al ver a Owen Meany, tan envuelto en la bufanda de mi madre que sólo se le veían los ojos, aunque Mr. Fish se sobresaltaba con frecuencia cuando lo veía.

—¿Cómo es que todavía no estáis en la iglesia? Pensé que a estas horas os estaríais vistiendo —nos espetó. Le hicimos notar que llegaríamos con una hora de anticipación. Incluso a su ritmo, llegaría media hora antes. Pero nos sorprendió que asistiera a la función religiosa.

—USTED NO ES PRACTICANTE —le dijo Owen con tono acusador.

—No, no lo soy, es verdad —admitió Mr. Fish—. ¡Pero no me perdería esto por nada del mundo!

Owen observó prudentemente su coprotagonista en *Canción de Navidad*. Mr. Fish parecía tan deprimido, y al mismo tiempo impresionado, por el éxito de Owen, que su asistencia a la función navideña de Christ Church resultaba sospechosa. Creo que le encantaba deprimirse; además, era un esclavo tan devoto del teatro de aficionados que trataba por todos los medios de encontrar pistas observando la genial actuación de Owen.

—ES PROBABLE QUE HOY NO ESTE EN MI MEJOR MOMENTO —le advirtió Owen a Mr. Fish e hizo una dramática interpretación de su tos perruna.

—Un artista como tú no se deja amedrentar por un pequeño malestar, Owen —

observó Mr. Fish. Los tres seguimos juntos; Mr. Fish se esforzaba por mantener nuestro ritmo.

Nos confió que estaba un tanto nervioso por asistir a una iglesia; de niño nunca lo habían obligado a ir —sus padres tampoco habían sido creyentes— y solamente «ponía los pies en la iglesia» en bodas o funerales. Ni siquiera estaba seguro de qué lapso de la vida de Cristo «cubría» la función navideña.

—NO TODA —replicó Owen.

—¿No cubre lo de la cruz? —preguntó Mr. Fish.

—¡NO LO CLAVARON EN LA CRUZ CUANDO ERA UN *BEBE!* —dijo Owen.

—¿Y cuando hace las curaciones... y echa sermones a los discípulos? —inquirió Mr. Fish.

—¡NO PASA DE NAVIDAD! —contestó Owen, exasperado—. ¡SOLO ES LA ESCENA DEL NACIMIENTO!

—No es un papel hablado —le recordé a Mr. Fish.

—Por supuesto, lo había olvidado —dijo mi vecino.

Christ Church estaba en Elliot Street, lindando con el campus de Gravesend Academy; Dan Needham nos estaba esperando en la esquina de Elliot y Front Street. Aparentemente él también pretendía pescar algunas pistas.

—¡Vaya, mira quién está aquí! —dijo Dan a Mr. Fish, que se ruborizó.

Owen se animó al ver que Dan asistiría a la representación.

—ME ALEGRA QUE ESTES AQUÍ, DAN —le dijo—, PORQUE ESTA ES LA PRIMERA FUNCIÓN NAVIDEÑA DE MISTER FISH Y ESTA UN POCO NERVIOSO.

—¡No sé cuándo hay que hacer genuflexiones y esas tonterías! —exclamó Mr. Fish, chasqueando la lengua.

—NO TODOS LOS EPISCOPALIANOS HACEN GENUFLEXIONES —anunció Owen.

—Yo no las hago —dije.

—YO SI —afirmó Owen Meany.

—Y yo a veces sí y a veces no —terció Dan—. Cuando estoy en la iglesia observo lo que hacen los demás y los imito.

Así llegó nuestro ecléctico cuarteto a Christ Church.

Pese al frío, el reverendo Dudley Wiggin estaba a la intemperie, en los peldaños de la iglesia, para recibir a los madrugadores; no llevaba sombrero y su cuero cabelludo brillaba con un rojo chillón bajo su ralo pelo gris; sus orejas parecían lo bastante exangües y heladas como para quebrarse. Barb Wiggin estaba a su lado, con un abrigo de pieles plateadas y un sombrero a juego.

—PARECE UNA AZAFATA DEL TRANSIBERIANO —observó Owen.

Me impresionó ver al reverendo Lewis Merrill y su californiana mujer junto a los Wiggin; Owen también se sorprendió.

—¿HAN CAMBIADO DE IGLESIA? —les preguntó.

Los sufrientes Merrill no parecían tener capacidad imaginativa para entender lo que quería decir Owen; la pregunta hizo estragos en el tartamudeo habitualmente leve de Mr. Merrill.

—¡N-n-n-n-nosotros celebram-m-m-m-mos las vís-p-p-p-peras hoy! —contestó Mr. Merrill, pero Owen no entendió.

—Hoy los congregacionalistas celebran un servicio vespertino —expliqué—, en lugar del oficio matinal regular. Las vísperas son a última hora de la tarde.

—¡YA SE A QUE HORA SON LAS VÍSPERAS! —replicó Owen irritado.

El reverendo Wiggin pasó un brazo por los hombros del reverendo Merrill, dando a su colega clérigo tal apretón que éste, más menudo y pálido, se alarmó. Creo que los episcopalianos son, en un sentido general, más enérgicos que los congregacionalistas.

—Barb y yo asistimos a las vísperas todos los años, por los villancicos —anunció el rector Wiggin—. ¡Y los Merrill asisten a nuestro espectáculo navideño!

—Todos los años —apuntó Mrs. Merrill con tono neutro; parecía desdichadamente envidiosa de la bufanda que tapaba la cara a Owen.

El reverendo Mr. Merrill se tranquilizó. No lo había visto tan callado desde el funeral espontáneo de Sagamore y se me ocurrió que quizás era Owen quien con tanta eficacia lograba que perdiera el habla.

—Dedicamos mucha importancia a los villancicos, celebramos realmente las canciones de Navidad; siempre hemos puesto el acento en nuestro *coro* —dijo el pastor Merrill y pareció distinguirme con una sentida mirada cuando dijo *coro*, como si la mera mención de esos querubines especializados debiera recordarme la voz ausente de mi madre.

—¡Nosotros nos dedicamos más al milagro propiamente dicho! —dijo muy contento Mr. Wiggin—. Y *este* año —agregó, apretando repentinamente un hombro de Owen con su firme mano de piloto—, *este* año contamos con un Niño Jesús que os cortará la respiración —Dudley Wiggin le toqueteó a Owen la cabeza con su manaza, logrando bajarle la visera de la gorra a cuadros y dejándolo ciego, al mismo tiempo, al subir más la bufanda de la SUERTE de mi madre—. ¡Sí señor! —ahora el rector le quitó la gorra, tan rápido que la estática hizo que los sedosos y finos cabellos de Owen se pusieran de punta y ondearan en todas direcciones—. *Este* año —advirtió el rector—, no habrá un solo ojo seco en toda la iglesia.

Owen, que parecía estrangulado con la bufanda, estornudó.

—¡Owen, entra conmigo! —ordenó Barb Wiggin con tono agudo—. ¡Tengo que envolver a este pobre niño en sus pañales antes de que coja un resfriado! —explicó a

los Merrill. Pero el pastor y su temblorosa mujer daban la impresión de tener que envolverse ellos mismos en pañales. Parecían horrorizados ante la idea de que Owen Meany interpretara al Príncipe de la Paz. Creo que los congregacionalistas son menos propensos a los milagros que los episcopalianos.

En el gélido vestíbulo de la casa parroquial, Barb Wiggin procedió a aprisionar a Owen Meany en los pañales. Pero tanto si lo envolvía ceñido como suelto en los amplios paños de algodón, Owen se quejaba.

—¡DEMASIADO APRETADO, NO PUEDO RESPIRAR! —decía tosiendo. En caso contrario gritaba—: ¡ME ENTRA CORRIENTE!

Barb Wiggin lo manipulaba con tal resolución y tan poca gracia que habrías pensado que lo estaba embalsamando; tal vez eso es lo que pensaba ella mientras lo envolvía... para serenarse.

La combinación de ser tratado tan bruscamente por Barb Wiggin y el descubrimiento de que mi abuela podría haber asistido a la función —pero eligió *no* hacerlo— fue perjudicial para el estado de ánimo de Owen; se puso quisquilloso y petulante. Insistió en que le quitaran los pañales y lo envolvieran en la bufanda de la SUERTE; una vez cumplida esta petición, podrían envolver los pañales blancos encima, para ocultarla. Su objetivo era tener la bufanda pegada a la piel.

—PARA QUE ME DE CALOR Y SUERTE —dijo.

—Owen, el Niño Jesús no necesita «suerte» —le dijo Barb Wiggin.

—¿ME ESTA DICIENDO QUE CRISTO TUVO SUERTE? —le preguntó Owen—. YO DIRÍA QUE LE HABRÍA VENIDO BIEN UN POCO MÁS DE SUERTE DE LA QUE TUVO. YO DIRÍA QUE AL FINAL LE FUE ADVERSA.

—Owen —intervino el rector—, fue crucificado pero se levantó de entre los muertos... resucitó. ¿Lo importante no es que fuera salvado?

—FUE UTILIZADO —recalcó Owen Meany, que no paraba de llevar la contraria.

El rector pareció considerar si era un momento adecuado para el debate eclesiástico; Barb Wiggin pareció considerar la idea de estrangular a Owen con la bufanda de mi madre. Que Cristo hubiese tenido buena o mala suerte, que hubiese sido salvado o utilizado, parecían diferencias bastante graves, incluso en la presurosa atmósfera del vestíbulo de la casa parroquial, llena de corrientes de aire de tanto abrir y cerrar la puerta, y al mismo tiempo oliendo al vapor emanado por las ropas de lana húmedas que chorreaban nieve derretida en los calentadores. ¿Pero quién era un mero rector de Christ Church para discutir con el bebé en pañales a punto de tumbarse en un pesebre?

—Envuélvelo como él quiera —indicó Mr. Wiggin a su mujer, pero su tono era amenazante, como si estuviera sopesando la posibilidad de que Owen Meany fuera el Cristo o el Anticristo. Con la furia de los golpes con que lo desenvolvió y volvió a envolver, Barb Wiggin demostró que para *ella* Owen no era el Príncipe de la Paz.

Las vacas —extórtolos— tropezaban por el abarrotado vestíbulo, como si les inquietara la falta de heno. Maribeth Baird se veía más bien exuberante —como una estrellita regordeta— con su vestimenta blanca; pero tanto el efecto de Santa Madre como el de Virgen Santa quedaban minados por su larga y disoluta coleta. Como típico José, yo iba ataviado con una insulsa túnica marrón, el equivalente bíblico de un terno. Harold Crosby, con la intención de demorar su ascenso en el frecuentemente defectuoso aparato izador de ángeles, había pedido permiso dos veces para hacer una «última» visita al lavabo. Es una suerte, pensé, que Owen no tenga que mear, envuelto como está en pañales. No podía levantarse, y aunque alguien lo hubiese puesto de pie, no podría haber caminado: Barb Wiggin había atado muy ceñidas sus piernas.

Ése fue el primer problema: cómo llevarlo hasta el pesebre. Para que nuestro creativo conjunto pudiera reunirse fuera de la vista de la congregación, habían situado un biombo de tres cuerpos delante del burdo pesebre: una cruz de brocado dorado adornaba cada panel purpúreo del tríptico. Se suponía que debíamos ocupar nuestros sitios detrás de este altar... y congelarnos allí en inmovilidad fotográfica. Y cuando el Angel Anunciador iniciara su angustioso descenso hacia los pastores, desviando así la atención de *nosotros*, quitarían el biombo purpúreo. La «columna de luz», siguiendo a pastores y reyes, atraería la embelesada atención del público hacia nuestro conjunto en el establo.

Naturalmente, Maribeth Baird quiso llevar a Owen al pesebre.

—¡Puedo hacerlo! —exclamó la Virgen Madre—. ¡Lo he alzado antes!

—¡NO, JOSÉ ES QUIEN LLEVA AL NIÑO JESÚS! —gritó Owen y me miró suplicante. Pero Barb Wiggin se empeñó en ocuparse personalmente de la tarea. Observando que la nariz del Niño Jesús goteaba, lo limpió hábilmente; dejó el pañuelo en su lugar y le dijo que «se sonara». Owen sopló un inhumano graznido. Maribeth Baird recibió un pañuelo limpio, por si la nariz del Niño Jesús se mostraba ofensiva en el pesebre; la Virgen Madre asumió con delectación esta responsabilidad *física* de Owen.

Antes de alzar al pequeño Príncipe de la Paz en sus brazos, Barb Wiggin se inclinó sobre él y le masajó las mejillas. En sus atenciones a Owen Meany había una curiosa combinación de algo mecánico y algo erótico. Por supuesto, yo sólo vi algo *azafatoide* en su desempeño de estos deberes, como si estuviera despachando con Owen a la manera en que habría cambiado un pañal en un avión; al mismo tiempo había algo lujurioso en lo mucho que acercaba su cara a la de él, como si intentara seducirlo.

—Estás demasiado pálido —dijo y le pellizcó la cara para darle color.

—¡Aj! —exclamó Owen.

—El Niño Jesús debe estar sonrosado como una manzana —le dijo Barb Wiggin.

Se inclinó más aún y con la punta de su nariz tocó la de Owen; imprevistamente, lo besó en la boca. No fue un beso tierno y afectuoso, sino un beso cruel y burlón que sobresaltó a Owen: se ruborizó adquiriendo la tez sonrosada que deseaba Barb Wiggin, y se le humedecieron los ojos.

—Ya sé que no te gusta que te besen, Owen —le dijo, coquetona—, pero era para darte suerte... sólo para eso.

Yo sabía que era la primera vez que besaban a Owen en la boca desde que lo hiciera mi madre; estoy seguro de que se indignó por el mero hecho de que el gesto de Barb Wiggin le recordara a mi madre. Apretó los puños contra los costados del cuerpo cuando Barb Wiggin lo alzó, rígidamente horizontal, contra sus pechos. Las piernas de Owen, demasiado ceñidas por los pañales para doblarse en las rodillas, sobresalían rectas; parecía un experimento de levitación logrado en los brazos de una maga-ramera. Maribeth Baird, que una vez había implorado que le permitieran besar al Niño Jesús, sacaba por los ojos chispas de odio celoso hacia Barb Wiggin, que debió de ser una azafata excepcionalmente fuerte... en sus tiempos, en los cielos. No tuvo la menor dificultad en acarrear a Owen hasta el lugar que estaba preparado en el heno. Lo sostenía fácilmente contra su busto, con el austero sentido ceremonial de una zorra funebrera que traslada a un niño-faraón a la tumba escondida en la pirámide.

—Relájate, relájate —le susurró; acercó maliciosamente la boca a la oreja de Owen, que cada vez estaba más sonrosado.

Y yo, José —eternamente de pie entre bastidores—, vi lo que no vio la envidiosa Virgen María. Lo vi y estoy seguro de que Barb Wiggin también lo vio. Tengo la certeza de que por eso siguió ensañándose con él con tanta desfachatez. El Niño Jesús tuvo una erección; la protuberancia fue visible pese a las ceñidas capas de vendaje de los pañales.

Barb Wiggin lo tendió en el pesebre. Le sonrió astutamente y le dio otro insolente pellizco en la sonrosada mejilla... para desearle suerte, sin duda. No fue una lección de naturaleza cristiana para Owen Meany, echado en el pesebre, aprender que alguien a quien detestas puede provocarte una erección. La ira y la vergüenza arrebolaron su rostro; Maribeth Baird, interpretando mal la expresión del Niño Jesús, le limpió la nariz. Una vaca pisó a un ángel, que estuvo a punto de volcar el purpúreo biombo de tres cuerpos; la parte trasera de un asno recibió un empujón del tríptico vacilante. Yo fijé la mirada en la oscuridad de los falsos contrafuertes volantes en busca de un vislumbre tranquilizante del Ángel Anunciador; pero Harold Crosby se había vuelto invisible: estaba oculto, sin duda asustado y tembloroso, más arriba de la «columna de luz».

—¡Suénate! —susurró Maribeth Baird a Owen, que parecía a punto de reventar. Lo salvó el coro.

Se oyó un chasquido metálico, como el diente de un trinquete, cuando el mecanismo para bajar al ángel comenzó su tarea; a ello siguió un breve jadeo, la aspiración aterrada de Harold Crosby cuando el coro atacó.

¡Oh, pueblecito de Belén!,  
Durmiendo en dulce paz,  
Los astros brillan sobre ti  
Con suave claridad.

Muy poco a poco el Niño Jesús abrió los puños; muy lentamente amainó la erección del Niño Dios. El brillo colérico se apagó en los ojos de Owen, como si lo hiciera mediante una inspirada modorra; un trance de paz bendijo la expresión del Niño Jesús, que arrancó lágrimas de adoración a los ojos ya húmedos de su Santa Madre.

—¡Suénate! ¿Por qué no soplas los mocos? —le susurró lastimeramente Maribeth Baird y sostuvo el pañuelo contra su nariz, cubriéndole al mismo tiempo la boca, como si lo estuviera anestesiando. Con gracia, con suavidad, Owen empujó su mano y el pañuelo; su sonrisa le perdonó todo, hasta la torpeza, y la Bendita Virgen titubeó un pelín sobre sus rodillas, como si estuviera al borde de un desmayo.

Oculto de la vista de los feligreses, pero agoraramente visible para nosotros, Barb Wiggin aferró los controles del aparato como el operador de un equipo pesado a punto de atacar la tierra firme con una azada. Cuando Owen la miró, Barb Wiggin pareció perder su confianza y su equilibrio; la mirada era a un tiempo desafiante y lasciva. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Barb Wiggin, con la correspondiente sacudida de los hombros, lo que la distrajo de su tarea. El presunto descenso majestuoso de Harold Crosby a la tierra quedó momentáneamente suspendido.

—«No temáis» —comenzó Harold Crosby con voz temblorosa. Pero yo, José, percibí que alguien tenía miedo. Barb Wiggin, congelada en los controles de la «columna de luz», arrestada en sus obligaciones con el aparato del Ángel Descendente, estaba asustada de Owen Meany; el Príncipe de la Paz había recuperado el dominio. Había hecho un descubrimiento pequeño pero importante: una erección es algo que viene y se va. La «columna de luz» —que según se suponía seguía el arriesgado descenso ahora interrumpido de Harold Crosby— parecía tener voluntad propia; iluminó a Owen en la montaña de heno, como si la luz hubiese luchado con Barb Wiggin por el control de sí misma. La luz que se suponía debía revelar al ángel, bañaba el pesebre.

De la congregación —mientras el portero salía de puntillas con el biombo de tres cuerpos— surgió un único murmullo; pero el Niño Dios lo serenó con un levísimo



ademán. Dirigió una sardónica mirada impropia de un bebé a Barb Wiggin, quien sólo entonces recuperó su control; devolvió la «columna de luz» al Angel Descendente, como correspondía.

—«No temáis» —repitió Harold Crosby. Barb Wiggin, un tanto ansiosa en los controles del aparato, lo dejó caer de sopetón; fue una caída libre de unos tres metros, hasta que la mujer frenó bruscamente el descenso. La cabeza de Harold, con la boca abierta, saltaba de un lado a otro, y él se columpiaba por encima de los asustados pastores, como una gaviota gigantesca jugando con el viento—. «¡No temáis!». —gritó. Se interrumpió, pero no dejó de columpiarse; estaba atascado, había olvidado el resto de su parlamento.

Barb Wiggin, con la intención de evitar que el ángel oscilara, lo apartó de los pastores y la congregación... por lo que siguió balanceándose, aunque de espaldas a todos, como si hubiese decidido despreciar al mundo o retractarse de su mensaje.

—«No temáis» —musitó Harold confusamente. Desde el heno, en la oscuridad, brotó el cascado falsete, la voz desafinada de un apuntador inverosímil. ¿Pero qué otro podía conocer de memoria las líneas que había olvidado Harold Crosby? ¿Qué otro, salvo el ex Angel Anunciador?

—«PORQUE HE AQUÍ QUE OS DOY NUEVAS DE GRAN GOZO, QUE SERA PARA TODO EL PUEBLO» —susurró; pero Owen Meany no podía susurrar realmente: su voz tenía demasiada arena y gravilla. No sólo Harold Crosby oyó al Niño Jesús; todos los feligreses oyeron la santa voz forzada que hablaba desde el pesebre a oscuras, soplándole al ángel lo que debía decir. Harold repitió, sumisamente, palabra por palabra.

Así, cuando por fin la «columna de luz» siguió a los pastores y los reyes a su lugar de adoración, la congregación también estaba dispuesta a adorarlo... fuera quien fuese este Cristo *especial*, que no sólo conocía su personaje sino los demás papeles vitales de la historia.

Maribeth Baird estaba ensimismada. Su cara chocó primero contra el heno y luego golpeó con la mejilla la cadera del Niño Jesús; a continuación se lanzó postrada, apoyando su cabezota en el regazo de Owen. La «columna de luz» tembló ante esta desvergonzada conducta poco maternal. La furia de Barb Wiggin y su penetrante anticipación de cosas peores por venir, sugerían la intensidad de alguien a cargo de un nido de ametralladoras; hizo un esfuerzo por estabilizar la luz.

Noté que Barb Wiggin había izado tan alto a Harold Crosby como para hacerlo desaparecer de la vista; allá arriba, entre el polvo oscuro, en las tinieblas inspiradas por los falsos arbotantes, Harold Crosby —que probablemente seguía de cara hacia el otro lado— aleteaba como un murciélago varado. Aunque no lo veía, tuve una vaga impresión de su pánico y desamparo.

—«Te amo, Niño Jesús, mírame desde el cielo/ Y quédate junto a mi cuna hasta

que la mañana esté cercana» —cantó el coro, anulando así «Allá en el pesebre». El reverendo Dudley Wiggin se demoró un poco en leer a Lucas. Tal vez se le había ocurrido que se suponía que la Virgen María esperaría hasta *después* de la lectura para «reverenciar» al Niño Jesús; ahora que la cabeza de Maribeth ya estaba estacionada en el regazo de Owen, el rector debió de temer qué consideraría apropiado la Virgen María como sustituto de «una reverencia».

—«Cuando el ángel se fue de ellos al cielo» —comenzó el rector; automáticamente la congregación registró el techo con la vista en busca de Harold Crosby. En los bancos delanteros de la iglesia, observé, nadie buscaba con tanto fervor al ángel desaparecido como Mr. Fish, quien ya se había sorprendido al oír que Owen Meany tenía un papel hablado.

Owen parecía a punto de estornudar; de lo contrario, el peso de la cabeza de Maribeth le impedía respirar; su nariz, sucia y mocososa, había chorreado dos brillantes arroyuelos en su labio superior; noté que estaba sudando; era un día tan frío que la vieja caldera de la iglesia despedía calor a toda velocidad; en la zona elevada del altar hacía mucho más calor que en los bancos de madera, donde varios feligreses seguían con los abrigos puestos. En el pesebre el calor era bochornoso. Me apiadé de los asnos y las vacas, que con sus disfraces debían de estar sudando la gota gorda. La «columna de luz» estaba lo bastante caliente para encender el heno donde yacía el Niño Jesús sujeto por la Santa Madre.

Seguíamos escuchando la lectura de Lucas cuando se desvaneció el primer asno; de hecho, sólo se desmayó medio burro, de modo que el efecto del colapso resultó sorprendente. Muchos asistentes ignoraban que los asnos tenían dos partes y la forma en que aquél se derrumbó tuvo que ser alarmante para ellos. Pareció que las patas traseras de un asno cedían mientras las delanteras se esforzaban por mantenerse erguidas, y la cabeza y el cogote se movían de un lado a otro, tratando de equilibrarse. Las patas traseras con la parte correspondiente del lomo cayeron al suelo, como si la bestia hubiese sufrido un ataque selectivo, o le hubiesen disparado por la espalda: tenía la grupa paralizada. La mitad delantera del asno hizo un esfuerzo intrépido, pero enseguida cayó tras sus partes incapacitadas. Una vaca, cegada por sus cuernos —y tratando de esquivar al burro caído— topó con un pastor, lanzándolo por encima del reclinatorio; el pastor dio un golpe oblicuo a las rodilleras y rodó hasta el pasillo central, junto a la primera fila de bancos.

Cuando cayó el segundo asno, el reverendo Mr. Wiggin comenzó a leer deprisa.

—«Mas María guardaba todas estas cosas» —dijo el rector—, «confiriéndolas en su corazón».

La Virgen María levantó la cabeza del regazo del Niño Jesús, con su cara arrebatada iluminada por una sonrisa mística; golpeó su corazón con ambas manos, como si una flecha o una lanza le hubieran atravesado la espalda; puso los ojos en

blanco para mirarse la frente perlada como si, aún antes de caer, quisiera entregar el alma. El Niño Jesús, repentinamente ansioso por la dirección y fuerza del desmayo de la Santa Madre, tendió los brazos para cogerla. Pero Owen no era lo bastante fuerte para sustentar a Maribeth Baird: pecho a pecho, lo apretó contra el heno, donde dieron la impresión de celebrar un encuentro de lucha libre.

Y yo, José, vi cómo el Niño Dios se quitaba de encima a su Madre: le metió un dedo entre las nalgas. Fue un ataque rápido, oculto por un revuelo de heno; tenías que ser José —o Barb Wiggin— para saber lo que había ocurrido. Lo único que vio la congregación fue que la Santa Madre cayó rodando de la pila de heno y por el suelo del pesebre, donde se recompuso, a distancia segura del imprevisible Príncipe de la Paz; Owen la fulminó con una mirada tan despectiva como la que había dedicado a Barb Wiggin.

La misma mirada que entonces dirigió a la congregación... ajeno a —si no desdeñoso de— los regalos que reyes y pastores dejaban a sus pies. Como un comandante que pasa revista a sus tropas, el Niño Dios examinó a la congregación. Las caras que vi —en los primerísimos bancos— parecían tensas, temerosas de ser rechazadas. Mr. Fish y Dan —los dos infiltrados del teatro de aficionados— estaban boquiabiertos de admiración, pues allí había una presencia escénica capaz de derrotar no sólo la condición de aficionado sino un catarro; Owen había superado el error, la mala actuación y la desviación del guión.

Entonces pasé a los rostros de la congregación que Owen debió de ver al mismo tiempo que yo: no había expresiones más extasiadas que las de ellos. Eran las caras de Mr. y Mrs. Meany. El granítico semblante de Mr. Meany estaba destruido por el miedo, pero su atención era total; la expresión de papamoscas lunática de Mrs. Meany se caracterizaba por una incomprensión manifiesta. Tenía las manos unidas en actitud de violenta oración y su marido le había apoyado un brazo en los temblorosos hombros, pues estaba sacudida por un ataque de sollozos tan perturbadores como la desdicha animal de un niño retrasado.

Owen se sentó tan inesperadamente en la montaña de heno que varios asistentes de los primeros bancos mostraron su sobresalto con jadeos y grititos de alarma. Owen se dobló rígidamente a la altura de la cintura, como un resorte demasiado enroscado, y señaló con ferocidad a sus padres; para muchos miembros de la congregación, podía haber estado señalando a cualquiera, o a todos.

—¿QUÉ HACÉIS VOSOTROS AQUÍ? —gritó el enfadado Niño Jesús.

Muchos asistentes creyeron que se refería a *ellos*; adiviné que la pregunta debió de ser chocante para Mr. Fish, pero yo sabía a quiénes se dirigía Owen. Vi cómo se encogían Mr. y Mrs. Meany; se deslizaron del banco hasta los reclinatorios y Mrs. Meany se cubrió la cara con ambas manos.

—¡NO TENDRÍAIS QUE ESTAR AQUÍ! —les chilló Owen; pero Mr. Fish, y

con toda probabilidad la mitad de los asistentes, sintieron que eran *ellos* los acusados. Vi los rostros del reverendo Lewis Merrill y de su californiana esposa; era evidente que también pensaron que se refería *a ellos*—. ¡VUESTRA PRESENCIA AQUÍ ES UN SACRILEGIO! —aulló.

Como mínimo doce o trece miembros de la congregación se levantaron con expresión culpable de los asientos del fondo de la iglesia, para largarse. Mr. Meany ayudó a su embotada mujer a ponerse de pie. Ella se santiguó repetidas veces: un inútil e impulsivo gesto *católico* que debió de enfurecer más a Owen.

La partida de los Meany fue torpe; eran personas grandotas, robustas, y su salida del abarrotado banco, su entrada en el pasillo —donde se destacaban, tan solos—, todos sus movimientos carecían de gracia.

—¡Sólo queríamos *verte*! —dijo su padre a Owen, excusándose.

Pero Owen Meany señaló la puerta del extremo de la nave, por la que ya habían salido varios fieles; los padres de Owen, como aquella pareja desterrada del paraíso, abandonaron Christ Church, como les ordenaban. Ni siquiera el entusiasmo con que el coro —atendiendo a frenéticas señales del rector— cantó «¡Oíd un son en alta esfera!», ahorró a la congregación la imagen indeleble de cómo habían obedecido los Meany a su único hijo.

El rector Wiggin, retorciendo la Biblia entre las manos, trataba de cruzar una mirada con su mujer; pero Barb Wiggin mostraba la inflexibilidad de una piedra. El reverendo Wiggin quería que su esposa apagara la «columna de luz», que seguía iluminando al iracundo Niño Jesús.

—¡SACAME DE AQUÍ! —ordenó el Príncipe de la Paz a José. ¿Y qué es José sino un hombre que hace lo que le mandan? Lo alcé. Maribeth Baird también quiso llevar una parte; no sé si el dedo hurgador profundizó su enamoramiento, o si la puso en su lugar sin disminuir una pizca de su ardor, pero da igual: era su esclava, estaba a sus órdenes. Juntos lo sacamos del heno. Estaba tan tieso en sus pañales que era lo mismo que acarrear un icono inmanejable; no había modo de doblarlo, lo lleváramos como lo lleváramos.

En un principio no supimos claramente por dónde llevarlo. El camino del fondo, detrás de la zona del altar —la ruta invisible que todos habíamos seguido para llegar al pesebre— estaba bloqueado por Barb Wiggin.

Como en otros momentos de indecisión, el Niño Jesús nos orientó; señaló el pasillo central, en la dirección que habían tomado sus padres. Dudo de que alguien diera instrucciones a las vacas y los asnos para que nos siguieran; probablemente necesitaban tomar el aire. Nuestra procesión adquirió la fuerza y el número de una banda en marcha. La tercera estrofa de lo que se suponía era el villancico de fin de oficio del reverendo Mr. Wiggin, anunció *nuestra* salida.

Apacible reposa en su gloria,  
Nacido para poder al hombre salvar.  
Nacido para elevar a los hijos de la tierra,  
Para que en ella vuelvan a morar.

En el camino por el pasillo central, Barb Wiggin mantuvo la «columna de luz» sobre nosotros. ¿Qué fuerza pudo impulsarla a hacerlo? No había dónde ir salvo afuera, a la nieve y el frío. Las vacas y los asnos se arrancaron la cabeza para ver mejor al Niño Jesús; en su mayoría, eran los niños menores... algunos, muy pocos, más pequeños que Owen. Lo contemplaron con pavor reverencial. El viento azotaba los pañales y sus brazos desnudos se pusieron rosados; los cruzó sobre su pecho de pajarito. Los Meany, asustados, lo esperaban sentados en la cabina del camión de granito. La Virgen Madre y yo lo izamos hasta la cabina; por la forma en que iba envuelto tuvimos que extenderlo a lo largo del asiento; sus piernas quedaron sobre el regazo del padre, sin interferir el control del volante; la cabeza y la parte superior del tronco reposaban sobre su madre, que había recaído en su costumbre de no mirar del todo por la ventana, de no mirar nada del todo.

—MI ROPA —me dijo el Niño Jesús—. COGELA Y GUÁRDAMELA.

—Por supuesto —respondí.

—POR FORTUNA LLEVABA PUESTA MI BUFANDA DE LA SUERTE —me dijo—. ¡LLEVADME A CASA! —ordenó a sus padres. Mr. Meany arrancó dando tumbos.

Un quitanieves giraba por Front Street hacia Elliot; en Gravesend se acostumbraba a darles prioridad, pero hasta el quitanieves cedió el paso a Owen.

Toronto: 4 de febrero de 1987. No había casi nadie en la comunión matinal del viernes. La Sagrada Eucaristía es mejor cuando no tienes que arrastrar los pies por el pasillo en manada y hacer cola ante el reclinatorio como un animal que espera espacio en el comedero, como cualquier consumidor en un mostrador de comidas rápidas. No me gusta comulgar con un gentío.

Prefiero la forma en que sirve el pan el reverendo Foster al estilo travieso del canónigo Mackie; al canónigo le encanta darme el trozo más diminuto que tiene en la mano —un verdadero mendrugo— o un cacho de pan incomible que apenas me cabe en la boca y es imposible de tragar sin una prolongada masticación. Al canónigo le gusta tomarme el pelo.

«Bien, como comulgas con tanta frecuencia, me figuro que debe de ser malo para tu dieta. ¡Alguien tiene que ocuparse de tu dieta, John!», ríe entre dientes.

«Bien, comulgas con tanta frecuencia que me figuro que estás muerto de hambre.

¡Alguien tiene que darte una comida decente!», ríe otras veces entre dientes.

El reverendo Mr. Foster, nuestro párroco adjunto, al menos administra el pan con un sentido uniforme de la sacralidad, y eso es todo lo que pido. No me quejo del vino; es hábilmente servido por nuestros asistentes honorarios, el reverendo Mr. Larkin y la reverenda Mrs. Keeling. Mrs. Katherine Keeling es la directora de Bishop Strachan School y sólo me quejo de ella cuando está embarazada. La reverenda Katherine Keeling está embarazada a menudo y creo que no debería servir el vino cuando lo está tanto que inclinarse para acercarnos el cáliz a los labios significa un esfuerzo; eso me pone nervioso. Además, cuando está en avanzado estado de gestación y te arrodillas en el reclinatorio aguardando el vino, es una distracción ver acercarse su tripa al nivel de los ojos. También me quejo del reverendo Larkin; a veces retira el cáliz antes de que el vino te haya tocado los labios: tienes que ser rápido... y se muestra un tanto descuidado a la hora de limpiar el borde del cáliz entre uno y otro comulgante.

De todos, la mejor para conversar es la reverenda Mrs. Keeling, ahora que no está el canónigo Campbell. Me gusta sinceramente Katherine Keeling y la admiro. Lamenté no poder hablar hoy con ella, cuando realmente necesitaba hacerlo con alguien; pero Mrs. Keeling está de baja... por maternidad: va a tener otro bebé. El reverendo Larkin es tan veloz como con el cáliz para alejarse de una conversación; nuestro pastor adjunto, el reverendo Foster —aunque arde de celo misionero— es impaciente con las zozobras de un hombre maduro como yo, que vive con tanto confort en Forest Hill. Propicia el establecimiento de una misión en Jarvis Street —con asesoramiento para putas en el tema de las enfermedades de transmisión sexual— y está metido hasta el cuello en la oferta voluntaria de proyectos para los antillanos de Bathurst Street, los mismos que son verbalmente insultados por el mayordomo adjunto Holt; pero el reverendo Mr. Foster muestra escasa comprensión por mis preocupaciones que, dice, sólo están en mi mente. Adoro ese «sólo».

O sea que hoy el único con quien podía hablar era con el canónigo Mackie, que plantea un problema archiconocido.

—¿Has leído el periódico? —le pregunté—. El de hoy, quiero decir, *The Globe and Mail*. Está en primera plana.

—No, no he tenido tiempo de leer el periódico esta mañana —contestó el canónigo Mackie—, pero deja que adivine. ¿Era algo referente a los Estados Unidos? ¿Algo que dijo el presidente Reagan? —el canónigo Mackie no es exactamente condescendiente, es *inexactamente* condescendiente.

—Ayer hubo una prueba nuclear, la primera explosión de los Estados Unidos en el ochenta y siete —informé—. Estaba programada para mañana, pero la adelantaron... un ardid para engañar a los manifestantes. Naturalmente, había protestas organizadas para mañana.

—Naturalmente —dijo el canónigo Mackie.

—Y los demócratas habían programado una votación, para hoy, sobre una resolución destinada a disuadir a Reagan de la prueba —le dije—. El gobierno mintió incluso con respecto al día en que se haría la prueba. Vaya empleo del dinero de los contribuyentes.

—*Tú ya no eres contribuyente en los Estados Unidos* —me recordó el canónigo.

—Los soviéticos dijeron que no probarían ningún tipo de armas hasta que lo hicieran los Estados Unidos. ¿No te das cuenta de que se trata de una provocación deliberada? ¡Qué *arrogancia!* ¡Qué indiferencia por *cualquier* acuerdo armamentista... de *cualquier* especie! Debería obligarse a todos los estadounidenses a vivir fuera de su país durante un par de años. ¡Así se verían obligados a ver lo *ridículos* que aparecen ante el resto del mundo! Deberían escuchar otras versiones de sí mismos. ¡La versión de *cualquiera!* ¡Todos los países conocen más de Estados Unidos de lo que los estadounidenses se conocen a sí mismos! ¡Y ellos no saben absolutamente *nada* sobre ningún otro país!

El canónigo Mackie me observó benévola. Lo vi venir; hablo sobre un tema y él lo remite *a mí*.

—Sé cuánto te alteraron las elecciones de la junta parroquial, John —dijo—. Nadie duda de tu dedicación a la iglesia y tú lo sabes.

Aquí estoy, hablando de la guerra nuclear y de la consabida y farisaica prepotencia estadounidense, y el canónigo Mackie quiere hablar *de mí*.

—Sin duda sabes cuánto te respeta esta comunidad, John —prosiguió—. ¿Pero no ves que tus... *opiniones* pueden ser perturbadoras? Es muy *estadounidense* tener opiniones tan... *drásticas* como las tuyas. Y es muy canadiense desconfiar de las opiniones drásticas.

—Soy canadiense —afirmé—. Hace veinte años que soy canadiense.

El canónigo Mackie es un hombre alto, cargado de espaldas, de cara afable, tan lisa y llanamente feo que su desgarbada figura no es amenazadora, y tan lisa y llanamente decente que ni siquiera su testarudez resulta ofensiva.

—John, John —dijo—. Eres un ciudadano canadiense, ¿pero de qué estás hablando siempre? ¡Hablas más de Estados Unidos que cualquier otro estadounidense que yo conozca! Y eres más estadounidense que cualquier canadiense que conozca. ¿No dirías que eres un poco... bien, *monotemático*?

—No, no lo diría —dije.

—John, John. Tu *cólera*... tampoco es muy canadiense —el canónigo sabe por dónde cogerme: a través de mi *cólera*.

—Y tampoco muy cristiana —reconocí—. Lo siento.

—¡No lo sientas! —dijo con tono alegre—. Trata de ser un poco... ¡diferente! —sus pausas son casi tan irritantes como sus consejos.

—Es la condenada Guerra de las Galaxias lo que me enerva —insistí—. El único límite que queda a la carrera armamentista es el Tratado de Misiles Antibalísticos del setenta y dos entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. ¡Ahora Reagan ha hecho a los soviéticos una invitación a probar sus armas nucleares; y si continúa con sus planes de misiles espaciales, hará a los soviéticos una invitación a saltarse también el tratado del setenta y dos!

—Tienes cabeza para la historia —comentó el canónigo—. ¿Cómo puedes recordar las fechas?

—Canónigo Mackie... —dije.

—John, John —dijo—. Sé que estás alterado; no me estoy burlando de ti. Sólo intento hacerte entender... lo de las elecciones de la junta parroquial...

—¡No me *importan* las elecciones de la junta parroquial! —exclamé colérico, poniendo de relieve cuánto me importaban, por supuesto—. Lo siento.

El canónigo apoyó su mano tibia y húmeda en mi brazo.

—Para nuestros funcionarios parroquiales más jóvenes eres algo así como un excéntrico. No comprenden nada de la época que te trajo aquí; se preguntan *por qué*... especialmente cuando difamas tan vocingleramente a los Estados Unidos como lo haces... *por qué* no eres más canadiense de lo que eres. Porque no eres en realidad un canadiense y lo sabes... lo que también preocupa a algunos miembros de más edad de esta parroquia; preocupa incluso a aquellos de nosotros que *sí* recordamos las circunstancias que te trajeron aquí. Si elegiste asentarte en Canadá, ¿por qué tienes tan poco que ver con el país? ¿Por qué has aprendido tan poco sobre nosotros? John, ya sabes que incluso circula una especie de chiste... porque ni siquiera sabes moverte en Toronto.

En pocas palabras, éste es el canónigo Mackie; yo me preocupo por una guerra y él se duele porque me extravió en cuanto salgo de los límites de Forest Hill. Hablo del deterioro del tratado más fundamental que existe entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, y él me toma el pelo con mi memoria para las *fechas*.

*Sí*, tengo buena cabeza para las fechas. ¿Qué me dices del 9 de agosto de 1974? Richard Nixon estaba acabado. ¿Y el 8 de septiembre de 1974? Richard Nixon se benefició de un acuerdo de gracia. Y después, el 30 de abril de 1975: la Marina de los Estados Unidos evacuó a todo el personal que quedaba en Vietnam; la llamaron Operation Frequent Wind.

El canónigo Mackie es hábil conmigo, he de admitirlo. Menciona «fechas» y lo que llama mi «cabeza para la historia» a fin de confirmar una tesis conocida: vivo en el pasado. Hace que me pregunte si mi devoción por el recuerdo del canónigo Campbell no es también un aspecto de cuánto vivo en el pasado; años atrás, cuando me sentía tan cercano al canónigo Campbell, vivía menos en el pasado... o lo que ahora llamamos pasado era entonces presente; era el tiempo actual lo que



compartíamos, y ambos estábamos atrapados en él. Si el canónigo Campbell estuviera vivo, si todavía fuera rector de Grace Church, quizá no sería más comprensivo conmigo de lo que hoy es el canónigo Mackie.

El canónigo Campbell estaba vivo el 21 de enero de 1977. Ese fue el día en que el presidente Jimmy Carter amnistió a los que «eludieron la llamada a filas». ¿Y qué interés tenía para mí? Yo ya era ciudadano canadiense.

Aunque el canónigo Campbell también me hacía advertencias sobre mi cólera, entendió por qué ese «perdón» me enfureció tanto. Le mostré la carta que le escribí a Jimmy Carter. «Estimado Presidente», escribí. «¿Quién perdonará a los Estados Unidos?».

¿Quién *puede* perdonar a los Estados Unidos? ¿Cómo se les puede perdonar Vietnam, su conducta en Nicaragua, su inquebrantable y grosera contribución a la proliferación de armas nucleares?

—John, John —dijo el canónigo Mackie—. Respecto a tu discursillo sobre la Navidad en la reunión del consejo parroquial. Sospecho que ni siquiera Scrooge habría escogido una reunión del consejo parroquial como ocasión propicia para semejante anuncio.

—Dije, meramente, que la Navidad me resultaba deprimente —me defendí.

—«¡Meramente!». —exclamó el canónigo Mackie—. La iglesia cuenta mucho con las navidades... para sus misiones, para su sustento en esta ciudad. Y la Navidad es el epicentro para los niños de nuestra iglesia.

¿Y qué habría dicho el canónigo si le hubiera contado que para mí la Navidad del 53 supuso el toque de gracia de todas las navidades? Me habría repetido, una vez más, que vivo en el pasado. De manera que no dije nada. En primer lugar, ni siquiera era mi intención hablar de las navidades.

¿Es extraño que las navidades —desde *aquella* Navidad— me depriman? El Nacimiento que presencié en el 53 ha reemplazado al antiguo relato. El Cristo nace «milagrosamente», por cierto; pero más milagrosa aún es la aceptación de sus exigencias por parte de los demás, aun antes de saber andar. No sólo exige ser idolatrado y adorado —¡por campesinado y realeza, por los animales y sus propios padres!—, sino que destierra a la madre y el padre de la casa de la oración. Jamás olvidaré el color inflamado de su piel desnuda bajo el frío invernal, ni el hospitalario blanco sobre blanco de sus pañales contra la nieve recién caída: una visión del Niño Jesús nacido víctima, nacido en carne viva, nacido entre vendajes, nacido borrascoso y acusador; y en un envoltorio tan ceñido que no podía doblar las rodillas y tuvo que ir tumbado sobre las piernas de sus padres tan tieso como quien, mortalmente herido, yace en una camilla.

¿Cómo te puede gustar la Navidad después de algo así? Antes de ser creyente, al

menos disfrutaba de la fantasía.

Aquel domingo, sentir que el viento acuchillaba mi túnica de José en Elliot Street contribuyó a mi fe en —y mi disgusto por— el milagro. La forma en que la congregación salió de la nave arrastrando los pies, la forma en que los feligreses detestaban que se corrigieran sus rituales sin advertencia previa. El rector no estaba en los peldaños para estrecharles la mano, porque muchos asistentes habían seguido *nuestra* triunfal salida, dejando encallado al reverendo Mr. Wiggin ante el altar, sin dar la bendición; se suponía que debía impartirla desde la nave, donde lo habría conducido (a él, no a nosotros) el himno de fin de oficio.

¿Y qué debía hacer Barb Wiggin con la «columna de luz» ahora que la había levantado para seguir al Niño Jesús y a su tribu hasta la puerta? Después Dan Needham me contó que el reverendo Dudley Wiggin hizo un gesto desacostumbrado para un rector de Christ Church desde el púlpito: se pasó el dedo índice por el cuello; era una señal para indicarle a su mujer que *matara* la luz, cosa que ella finalmente hizo (aunque sólo después de nuestra partida). Pero para muchos asistentes desconcertados, que inspiraban sus movimientos en los del rector —¿de lo contrario cómo podían saber qué debían hacer en esta singular celebración?—, el ademán del reverendo sacrificando su garganta significó un gran suspense. En su inexperiencia, Mr. Fish lo imitó como si fuera una orden, y luego miró a Dan en busca de aprobación. Dan observó que Mr. Fish no había sido el único.

¿Y qué se suponía que debíamos hacer *nosotros*? Los miembros de nuestro grupo del pesebre, desabrigados para las inclemencias del tiempo, nos acurrucamos indecisos después de que el camión de granito partiera, girara en Front Street y desapareciera de la vista. Los resucitados cuartos traseros de un asno corrieron a la puerta del vestíbulo de la casa parroquial y la encontraron cerrada con llave; las vacas patinaban en la nieve. ¿Qué podíamos hacer, salvo volver a entrar por la puerta principal? ¿Alguien había cerrado con llave la casa parroquial por miedo a que los ladrones nos robaran la ropa? Por lo que sabíamos, no había escasez de ropa como la nuestra en Gravesend, y tampoco rateros. De manera que arremetimos a contrapelo; forcejamos con los feligreses —ellos *salían*— para volver a *entrar*. A Barb Wiggin, que deseaba que todos los oficios fueran tan suaves como un vuelo sin turbulencias —y con salida y llegada en el horario previsto—, la vista del embotellamiento de tráfico en la nave de la iglesia debió de alterarla más aún. Los ángeles y pastores más pequeños corrían entre las piernas de los adultos; los reyes, más majestuosos, aferraban sus coronas torcidas, y las vacas más torpes, y los burros en mitades, avanzaban torpemente contra la afluencia de abrigos voluminosos. Las expresiones de muchos feligreses reflejaban que estaban impresionados y ofendidos, como si el Niño Jesús acabara de escupirles a la cara, de juzgarlos sacrílegos *a ellos*. Entre los miembros mayores de la congregación —que no habían aceptado en un santiamén al

capitán Wiggin y su descarada mujer— bullía la indignación, evidente en sus ceños fruncidos, como si el vergonzoso espectáculo que acababan de presenciar fuese la idea que tenía el rector de algo «moderno». Fuera lo que fuese, no les había gustado, y su renuente aceptación del expiloto se demoraría unos cuantos años más.

Me encontré cara a cara con el reverendo Lewis Merrill, que estaba tan desconcertado como la congregación episcopaliana respecto de lo que debían hacer él y su mujer. Estaban más cerca de la nave que el rector, a quien no se veía por ningún lado, y si el reverendo Merrill seguía presionando con el gentío hacia la puerta, podía encontrarse en los peldaños, en situación de estrechar la mano de las almas salientes antes de que el reverendo Mr. Wiggin hiciera su aparición. Sin duda no era responsabilidad del pastor Merrill estrechar la mano de los episcopalianos después de su chapucero pesebre. Que Dios perdonara a quien se le ocurriera pensar que *él* era la razón por la que habían hecho semejante birria del Nacimiento, o que así era como interpretaban los congregacionalistas la Natividad.

—Tu amiguito... —me susurró el reverendo Merrill—. ¿Siempre es... así?

¿Siempre es *cómo?*, pensé. Pero en la aglomeración me habría resultado difícil mantenerme firme mientras Mr. Merrill tartamudeaba lo que había querido decir.

—Sí —respondí—. El de hoy era Owen puro. Es imprevisible, pero siempre se hace cargo de todo.

—Es bastante... milagroso —Mr. Merrill sonrió débilmente, a todas luces contento de que los congregacionalistas prefirieran los villancicos a los pesebres, y evidentemente aliviado de que Owen Meany no hubiera seguido *bajando* más allá de los episcopalianos en los escalones protestantes. Con toda probabilidad el pastor estaba imaginando qué daños habría logrado Owen en unas vísperas.

Dan me alcanzó en el pasillo de comunicación con la casa parroquial; dijo que estaba esperando a que recogiera mi ropa y la de Owen para que volviéramos juntos a su apartamento o a 80 Front Street. Mr. Fish se veía dichoso y agitado; pensaba que el «corte de garganta» del reverendo Dudley Wiggin formaba parte de la representación anual del rector, y también imaginaba que todo lo que había hecho Owen estaba en el guión. Además, Mr. Fish estaba muy impresionado por la calidad dramática de la historia.

—Me *encanta* la parte en que sopla al ángel lo que debe decir. ¡Brillante! —admitió Mr. Fish—. Y la forma en que *echa* a un lado a su madre y comienza directamente con las críticas... Quiero decir que uno entiende, al instante, que no se trata de un bebé común y corriente. Es el *Señor* desde el primer día. Quiero decir que *ha nacido* dando órdenes, diciendo a *todos* lo que deben hacer. Pensaba que me habías dicho que su papel no era hablado. La verdad es que no tenía idea de que fuese un ritual... tan *primitivo*, tan *violento*, tan *bárbaro*. Pero es muy conmovedor —se apresuró a decir, para que Dan y yo no nos ofendiéramos al oír que describía nuestra

religión como «primitiva» y «bárbara».

—No era esa la... intención del... autor —dijo Dan a Mr. Fish. Lo dejé explicando las desviaciones del original al emocionado actor aficionado. Quería vestirme y encontrar deprisa la ropa de Owen, sin tener que ver con ninguno de los Wiggin. Pero me llevó un buen rato poner mis manos en las prendas de Owen. Maribeth Baird había hecho un bulto con ellas, en un rincón del vestíbulo, junto con las suyas, y se había sentado a llorar encima. Era complicado conseguir que soltara la ropa de Owen sin golpearla, y resultaba imposible interrumpir sus sollozos. Todo lo que había perturbado al Niño Jesús era culpa *suya*, decía; no sólo había fracasado en serenarlo, sino que en general había sido una mala madre. Owen la *odiaba*, afirmó. ¡Cuánto lamentaba no haberlo *comprendido* mejor! Sí, de alguna manera —como me explicó entre sollozos— estaba segura de «comprenderlo» mejor que cualquier otra persona.

A los once años, yo era demasiado inmaduro para vislumbrar el tipo de madre sobreprotectora que sería Maribeth Baird; lo único que sentí fueron deseos de pegarla, de quitarle a la fuerza la ropa de Owen y dejarla en un charco de lágrimas. ¡La sola idea de que *comprendiera* a Owen Meany me daba náuseas! Lo que en realidad ella quería decir es que deseaba llevárselo a casa y echárselo encima; su idea de que lo *comprendía*, comenzaba y acababa con su anhelo de cubrirle el cuerpo, de no dejarlo levantar.

Como tardé tanto en salir del vestíbulo, Barb Wiggin me pilló.

—Cuando le des la ropa, transmítele mi mensaje —me susurró al tiempo que me clavaba los dedos en el hombro y me sacudía—. *Dile* que ha de venir a verme si quiere que se le *permita* volver a esta iglesia; *antes* de la próxima clase en la escuela dominical, *antes* de presentarse a otro servicio. Debe venir a verme *antes*. ¡No está *autorizado* a poner un pie aquí hasta que hable conmigo! —repitió y por añadidura me dio otra sacudida.

Me dejó tan alterado que de buenas a primeras le solté todo a Dan, que daba vueltas por la zona del altar con Mr. Fish, quien a su vez contemplaba el heno esparcido en el pesebre y los pocos regalos allí abandonados por el Niño Jesús, como si pudiera extraer algún significado de la disposición de los escombros.

Le conté a Dan lo que había dicho Barb Wiggin, además de que le había provocado una erección a Owen, de que prácticamente se habían declarado la guerra... y ahora, estaba seguro, a mi amigo nunca le «permitirían» volver a ser episcopaliano. Si verla a ella era una condición previa para que Owen volviera a Christ Church, yo estaba seguro de que él nos rehuiría a los episcopalianos como ahora rehuía a los católicos. Mostré una gran preocupación al narrarle todo a Dan, que permaneció sentado a mi lado en un banco de la primera fila, escuchándome comprensivamente.

Se acercó Mr. Fish y nos dijo que el ángel seguía «en lo alto». Se preguntaba si eso formaba parte del guión: dejar a Harold Crosby colgado en las vigas mucho después de que se hubieran desocupado el pesebre y los bancos. Harold Crosby, convencido de que tanto su Dios como Barb Wiggin lo habían abandonado para siempre, oscilaba como la víctima de una matanza entre los falsos arbotantes; al ser Dan un consumado mecánico de equipos teatrales logró finalmente dominar el aparato y devolver al ángel desterrado a tierra firme. Harold se desplomó, aliviado y agradecido. Se había vomitado encima y, en un intento de limpiarse con una de sus alas, sólo logró hacer una asquerosidad insalvable con su disfraz.

En ese instante Dan asumió sus responsabilidades de padrastro en términos muy concretos, incluso heroicos. Arrastró al empapado Harold Crosby al vestíbulo de la casa parroquial, donde le preguntó a Barb Wiggin si podía hablar con ella.

—¿No se da cuenta de que éste no es el mejor momento? —replicó ella.

—No quisiera plantear a los miembros de la junta parroquial la forma en que dejó *colgado* a este chico —le dijo Dan. Sostenía a Harold Crosby con cierta dificultad, no sólo porque era pesado y estaba húmedo, sino porque el tufo a vómito, especialmente en el aire cargado del vestíbulo, era inaguantable.

—Este no es el mejor momento para plantearme *nada* a mí —advirtió Barb Wiggin, pero Dan Needham no era de los que se dejan intimidar por una azafata.

—A nadie le importan los líos que ocurren en un espectáculo infantil —afirmó Dan—, pero este niño quedó *colgado* seis metros por encima de un suelo de cemento. Podría haberse producido un grave accidente... debido exclusivamente a su negligencia —Harold Crosby cerró los ojos, como si temiera que Barb Wiggin lo golpeará, o volviera a sujetarlo al aparato izador de ángeles.

—Lamento... —empezó a decir Barb Wiggin, pero Dan la interrumpió.

—Usted *no* formulará ninguna ley para Owen Meany —le dijo Dan Needham—. *No* es el rector, sino su *esposa*. Su deber era devolver a este niño, sano y salvo, al suelo. Y lo olvidó. *Yo* también lo olvidaré... y *usted* olvidará eso de que quiere ver a Owen. Él está autorizado a entrar en esta iglesia en cualquier momento; no necesita permiso suyo para estar aquí. Si el *rector* quiere hablar con Owen, dígame que *me* llame —aquí Dan Needham soltó al resbaladizo Harold Crosby, cuya forma de tantear para encontrar la ropa sugería que el aparato había interrumpido la circulación en sus piernas; se bamboleaba inestable por el vestíbulo, mientras los otros chicos se apartaban de su camino por el hedor que despedía. Dan Needham me apoyó una mano en la nuca; me empujó suavemente hasta interponerme exactamente entre Barb Wiggin y él—. Este chico no es su mensajero, Missus Wiggin. No quisiera tener que plantearle *nada* de esto a los miembros de la junta —repitió.

Las azafatas tienen, cuando mucho, una autoridad marginal; Barb Wiggin sabía perfectamente dónde acababa la suya. Parecía sumamente dispuesta a complacer; *tan*

dispuesta a complacer que me sentí incómodo por ella. Volcó toda su atención, ansiosa, en la tarea del cambio de ropa de Harold Crosby. Terminó justo a tiempo; la madre de Harold entró en el vestíbulo cuando Dan y yo salíamos de la casa parroquial.

—¡Vaya si parecía divertido! —exclamó Mrs. Crosby—. ¿Te has divertido, querido? —preguntó a su hijo. Cuando Harold asintió, Barb Wiggin lo apretó espontáneamente contra su cadera.

Mr. Fish había encontrado al rector. El reverendo Dudley Wiggin estaba atareado con las velas navideñas, midiéndolas para calcular cuáles estaban todavía lo bastante largas para ser usadas el año siguiente. El reverendo Wiggin tenía el sano instinto de los pilotos de mirar hacia delante; no se detenía en el presente... especialmente en los desastres. Nunca llamaría a Dan para decirle que quería hablar con Owen; éste tenía «permiso» para estar en Christ Church sin necesidad de consultar con el rector.

—Me gusta la forma en que José y María *acarrean* al Niño Jesús al sacarlo del pesebre —estaba diciendo Mr. Fish.

—¿Ah, sí? ¡Ah, sí! —respondió el rector.

—Es un final grandioso... muy teatral —observó Mr. Fish.

—Sí, *lo es*, ¿verdad? —dijo el rector—. Tal vez elaboremos uno similar... el año que viene.

—Desde luego, el papel requiere a alguien con la *presencia* de Owen —comentó Mr. Fish—. Apuesto a que no todos los años consigue un Niño Jesús como él.

—No, como él no —convino el rector.

—Es un actor nato —declaró Mr. Fish.

—Sí, ¿verdad? —dijo Mr. Wiggin.

—¿Ha visto *Canción de Navidad*? —le preguntó Mr. Fish.

—Este año no —contestó el rector.

—¿Qué hará en Nochebuena? —le preguntó Mr. Fish.

Yo sabía qué habría querido hacer en Nochebuena: estar en Sawyer Depot, esperando con mi madre la llegada de Dan en el tren de medianoche. Así habían sido todas las vísperas de Navidad desde que mi madre conociera a Dan. Mi madre y yo disfrutábamos de la hospitalidad de los Eastman, yo me agotaba con mis violentos primos, y Dan se reunía con nosotros después de la representación de los Gravesend Players en Nochebuena. Estaba cansado cuando se apeaba del tren, a medianoche, pero todos en casa de los Eastman —incluso mi abuela— lo esperaban levantados. Tío Alfred le preparaba «la última copa», mientras mi madre y tía Martha nos acostaban a Noah, a Simon, a Hester y a mí.

A las doce menos cuarto, Hester, Simon, Noah y yo nos abrigábamos y cruzábamos la calle hasta la estación; en el territorio norteño el tiempo en

Nochebuena, a medianoche, no era apetecible para los adultos... y todos aprobaban que fuéramos los chicos al encuentro del tren que traía a Dan. Nos gustaba llegar temprano, para hacer muchas bolas de nieve; el tren siempre llegaba a la hora prevista... en aquellos tiempos. Viajaban pocas personas y casi nadie, salvo Dan, bajaba en Sawyer Depot, donde lo recibíamos acribillándolo con las bolas de nieve. Y fatigado como estaba, Dan aceptaba librar una batalla.

Más temprano, al atardecer, mi madre y tía Martha cantaban villancicos; a veces mi abuela unía su voz a la de ellas. Los niños recordábamos casi todas las palabras de las primeras estrofas; en las últimas estrofas de los villancicos, mi madre y tía Martha ponían a prueba los años pasados en el coro de la Iglesia Congregacional. Siempre salía ganadora mi madre; conocía todas las palabras de todas las estrofas, de modo que a medida que progresaba un villancico dejábamos de oír la voz de la abuela, y oíamos cada vez menos la de tía Martha. Mi madre siempre terminaba cantando sola las últimas estrofas.

—¡Qué desperdicio, Tabby! —decía tía Martha—. ¡Qué forma de desaprovechar tu memoria... saber todas esas palabras que *nadie* canta nunca!

—¿Y para qué otra cosa necesito mi memoria? —preguntaba mi madre a su hermana; las dos se sonreían, tía Martha siempre ansiosa por conocer el rincón de la memoria de mi madre que podía contarle quién era mi padre. Lo que en realidad irritaba a Martha de que recordara la totalidad de los villancicos era que mi madre terminaba cantando *sola* las últimas estrofas; hasta tío Alfred dejaba lo que estaba haciendo para escuchar su voz.

Recuerdo —fue en su funeral— cuando el reverendo Lewis Merrill le dijo a mi abuela que había perdido *dos veces* la voz de mi madre. La primera cuando Martha se casó, porque entonces las dos comenzaron a pasar las vacaciones de Navidad en Sawyer Depot. Mi madre seguía practicando villancicos con el coro, pero desde el domingo de vísperas estaba de visita en casa de su hermana. La segunda vez que el pastor Merrill perdió la voz de mi madre fue cuando ella se pasó a Christ Church... entonces la perdió para siempre. Pero yo no había perdido su voz hasta la Nochebuena de 1953, cuando la ciudad donde nací y me crié me resultó desconocida; Gravesend nunca fue mi ciudad de Nochebuena.

Por supuesto, estaba agradecido de tener algo que hacer. Aunque había visto todas las puestas en escena de *Canción de Navidad* —incluyendo el ensayo general—, me alegré especialmente de que existiera la última función para llenar el tiempo el día de Nochebuena; creo que tanto Dan como yo queríamos ocupar el tiempo. Dan había programado una fiesta para todo el reparto después de la obra, y entendí por qué lo había hecho: para ocupar cada minuto hasta medianoche, e incluso después de medianoche, para así no pensar en el tren que iba a Sawyer Depot (y en mi madre que lo esperaba en la acogedora casa de los Eastman). Imaginé que también ellos pasarían

mal la Nochebuena; después de la primera estrofa, tía Martha tendría que luchar sola con cada villancico.

Dan había manifestado su deseo de hacer la fiesta en 80 Front Street... y también entendí eso: quería que mi abuela estuviera tan ocupada como él. Por supuesto, mi abuela se habría quejado amargamente de los asistentes... y de una lista de invitados tan «variopinta», dadas las diversas personalidades y posiciones sociales de los miembros de un reparto típico de Dan Needham; aunque al menos Abuela habría estado ocupada. Pero se negó; Dan tuvo que rogarle, incluso, que fuera a ver la obra.

Al principio puso todo tipo de excusas; no podía dejar sola a Lydia, Lydia estaba enferma, tenía congestionados los pulmones o los bronquios, y quedaba descartado que saliera; además, argumentó mi abuela, por ser Nochebuena había dado permiso a Ethel para que visitara a sus parientes cercanos (Ethel no estaría en Navidad ni al día siguiente), y sin duda Dan sabía cuánto odiaba Lydia que la dejaran sola con Germaine.

Dan señaló que creía que Germaine había sido contratada, específicamente, para cuidar a Lydia. Sí, reconoció mi abuela, eso era cierto... no obstante, la chica era una compañía deprimente y supersticiosa, y lo que Lydia necesitaba en Navidad era *compañía*. Era, razonó el amable Dan, «precisamente por mor de la compañía» que quería que mi abuela viese *Canción de Navidad*, e incluso pasara un rato disfrutando de la atmósfera festiva de la reunión. Como mi abuela le había negado el uso de 80 Front Street, Dan había decorado todo el segundo piso de Waterhouse Hall, abriendo algunos dormitorios de estudiantes (los menos abarrotados) y el salón común de esa planta para recibir al reparto; su pequeño apartamento no sería suficiente. Había alertado a los Brinker-Smith de que esa noche podría haber alboroto dos pisos más arriba del suyo; les dijo que serían bien recibidos en la fiesta, o que podían taponar con algodón los oídos de los gemelos, como les pareciera mejor.

A la abuela nada le parecía mejor, pero le cayeron bien los esfuerzos de Dan por sacarla de su inveterada y arisca antisociabilidad: accedió a ir a ver la obra; en cuanto a la fiesta, ya vería cómo se sentía después de la representación. Me tocó la tarea de acompañar a mi abuela a la última función de *Canción de Navidad* en el ayuntamiento de Gravesend. Tomé muchas precauciones en el camino para evitar que se fracturara la cadera... aunque las aceras estaban bien enarenadas, no había vuelto a nevar, y la lustrada madera de la sala de reuniones del ayuntamiento era más resbaladiza que cualquier superficie que la abuela pudiera encontrar a la intemperie.

Las bisagras de las antiguas sillas plegables crujieron al unísono cuando conduje a Harriet Wheelwright a un asiento privilegiado del pasillo central, en la tercera fila; nuestros conciudadanos volvieron la cabeza a la manera en que una congregación la vuelve para mirar a una novia, porque mi abuela entró en el teatro como si todavía estuviera respondiendo a una llamada a escena para saludar, después de su lejana



interpretación en *La esposa fiel* de Maugham. Harriet Wheelwright tenía el don de hacer entradas regias. Incluso hubo algún aplauso, que ella acalló con una mirada furiosa y bien apuntada; el respeto en su forma reverencial —preferiblemente *silencioso*— era algo que buscaba, pero batir palmas, dadas las circunstancias, era una vulgaridad.

Le llevó cinco minutos quedar cómodamente sentada: se sacó el abrigo de visón pero lo colocó cuidadosamente sobre sus hombros; se aflojó el fular, pero dejó que cubriera su nuca para protegerse de las corrientes de aire (que, como se sabe, atacan por la espada); se dejó el sombrero *puesto*, pese a que nadie que se sentara detrás podría ver la obra (graciosamente, el caballero que estaba detrás cambió de lugar). Por fin me sentí libre de aventurarme entre bastidores, donde me había acostumbrado al aura de serenidad espiritual que rodeaba a Owen Meany ante el espejo de maquillaje.

El trauma del pesebre navideño brillaba en sus ojos como si hubiera habido una muerte en la familia; se le había asentado el catarro en lo más profundo del pecho, y la fiebre le hacía sufrir estados alternativos: primero ardía, luego sudaba, a continuación sentía escalofríos. Necesitó muy poca sombra para ahondar la oscuridad que sepultaba sus ojos; las nocturnas aplicaciones excesivas de talco en la cara —que ya estaba tan blanca como la de una muñeca de porcelana— habían cubierto la mesa de maquillaje con un limo tan fino como polvo de yeso, en el que Owen escribió su nombre con letras de molde cuadradas, en el estilo predilecto de la Meany Monument Shop.

Owen no había dado ninguna explicación de los motivos que lo habían llevado a ofenderse por la asistencia de sus padres al Nacimiento en Christ Church. Cuando sugerí que su respuesta a la presencia de ellos en la congregación había sido radical y severa, descartó mis palabras de una manera que había perfeccionado: perdonándome por lo que no podía esperarse que yo supiera y que él jamás me explicaría, el añejo AGRAVIO INCALIFICABLE que habían perpetrado los católicos y la incapacidad de sus padres para sobreponerse a lo que venía a ser la PERSECUCIÓN RELIGIOSA que habían sufrido; sin embargo, en mi opinión, era Owen quien estaba persiguiendo a sus padres. Y para mí era un misterio por qué aceptaban semejante persecución.

Entre bambalinas estaba singularmente situado para registrar con la vista a los asistentes, en busca de la presencia consentida de Mr. y Mrs. Meany, pero no estaban allí. No obstante, mi registro se vio recompensado por el descubrimiento de un sanguinario Mr. Morrison, el cartero cobarde, cuyos ojos lanzaban dagas en todas direcciones mientras se retorció las manos —como si estuviera retorciendo un cogote— sobre el regazo. La mirada de un hombre que asiste a Lo Que Podría Haber Sido suele estar cargada de sangre y nostalgia; Mr. Morrison parecía dispuesto a interpretar el papel, si Owen sucumbía a la fiebre.

La sala estaba de bote en bote; noté, sorprendido, que muchos de los presentes habían estado en funciones anteriores. El reverendo Lewis Merrill, por ejemplo, había vuelto por segunda o tercera vez. Siempre asistía a los ensayos generales y a menudo a otra representación posterior; le había dicho a Dan que disfrutaba viendo cómo los actores se «instalaban» en sus personajes. Por ser pastor, debía de gustarle especialmente *Canción de Navidad*, la representación de una conversión sentida, no sólo una lección sobre la caridad navideña, sino un ejemplo de la humildad del hombre enfrentado al mundo espiritual. Aun así, no descubrí al rector Wiggin entre el público; tampoco esperaba encontrar a Barb... conjeturé que la exposición de ambos a la interpretación que había hecho Owen Meany del mundo espiritual era inspiración suficiente hasta la próxima Navidad.

Lewis Merrill, siempre acompañado del agrio vigor que irradiaba de su mujer, también estaba en compañía de sus borrascosos hijos; a menudo rebeldes, casi siempre ingobernables, uniformemente malhumorados, los niños Merrill manifestaban su enojo por haber sido arrastrados a una función de teatro de aficionados. El más alto —el famoso vándalo del cementerio— extendió las piernas hacia el pasillo central, creando con total indiferencia un riesgo para los ancianos, los enfermos y los desprevenidos. La hija del medio —con el pelo tan brutalmente corto, acorde con su cuerpo cuadrangular e informe, que podía haber sido un chico— mascaba audiblemente un chicle. Se había hundido tanto en el asiento que sus rodillas causaban una considerable incomodidad en la nuca del desafortunado que estaba sentado delante, un hombre maduro, regordete y bondadoso, que enseñaba algo relativo a las ciencias en Gravesend Academy; cuando se volvió para reprobar a la niña con una mirada científica, ella hizo estallar un globo en su cara. El tercer retoño —de sexo indeterminado— gateaba debajo de los asientos, tocando los tobillos de varios sorprendidos asistentes y cubriéndose con una capa de mugre y ceniza... y todo tipo de porquerías que los presentes habían arrastrado con sus botas de invierno.

Mrs. Merrill padecía en silencio todas las molestias provocadas por sus hijos. Aunque evidentemente le procuraban dolor, no protestaba: como casi todo le procuraba dolor, consideraba injusto distinguirlos especialmente. Mr. Merrill no apartaba la vista del centro del escenario, aparentemente absorto en la rendija por donde se abriría el telón; parecía creer que con su escrutinio de esa brecha, mediante un acto supremo de concentración, inspiraría que se abriera el telón. ¿Por qué, entonces, se asombró tanto cuando esto ocurrió?

¿Y por qué me asombré tanto yo con el aplauso que recibió al viejo Scrooge en su oficina de contabilidad? Así había comenzado la obra todas las noches; pero sólo en la víspera de Navidad se me ocurrió cuántos de esos mismos ciudadanos tenían que haber estado presentes en los asientos de las gradas aquel día estival... aplaudiendo, o a punto de aplaudir, la fuerza con que Owen Meany golpeó la pelota.

Sí, allí estaba el gordo Mr. Chickering, cuyo chándal me había impedido ver de cerca la herida mortal; sí, allí estaba el jefe de policía Pike. Como siempre, apostado junto a la puerta, recorriendo con su mirada suspicaz al público al mismo tiempo que al escenario, como si jefe Pike sospechara que el culpable había llevado la pelota robada a la función en el ayuntamiento.

—«Si pudiese hacer mi voluntad» —dijo indignado Mr. Fish—, «a cada imbécil que me viniera con el “Feliz Navidad”, lo cocería en su propio jugo y lo enterraría con un estaca de acebo clavada en el corazón».

Vi que Mr. Morrison movía en silencio los labios a cada palabra; puesto que no tenía nada que estudiar (como Espectro de las Navidades Futuras), había aprendido de memoria *todos* los parlamentos de Scrooge. ¿Qué impresión le había producido *a él* la pelota fuera que hizo girar tan espectacularmente a mi madre? ¿Había estado allí y había visto a Mr. Chickering juntar sus piernas abiertas, en nombre del pudor?

Justo antes de que Owen bateara, mi madre había notado la presencia de alguien en las gradas; por lo que yo recordaba, estaba saludando a alguien con la mano inmediatamente antes de recibir el golpe. Tuve la certeza de que ese alguien no era Mr. Morrison; su cínica presencia no despertaba un saludo tan espontáneo como un ademán: el tétrico cartero no inspiraba siquiera una inclinación de cabeza a modo de reconocimiento.

¿Quién era ese alguien a quien mi madre estaba saludando, de quién era el último rostro que ella había visto, el que había singularizado en medio de la multitud, el que encontró allí y sobre el cual había cerrado los ojos en el momento de su muerte? Estremecido, traté de imaginar quién podía haber sido... si *no* era el rostro de mi abuela, si *no* era el de Dan...

—«Llevo la cadena que forjé en vida» —dijo el fantasma de Marley a Scrooge.

Con mi atención fija en el público, supe por dónde iba la obra gracias al arrastrar de cadenas de Marley.

—«Hice negocio con la humanidad entera» —dijo Marley a Scrooge—. «Hice negocio con el bien común, la caridad, la piedad, la clemencia y la benevolencia: con todos ellos hice negocio. ¡Mis operaciones comerciales no fueron sino una gota de agua en el extenso océano de mi negocio!».

Estremecido, imaginé que había sido *mi padre* el que estaba en las gradas. ¡Mi madre había saludado a *mi padre* con la mano en el instante en que murió! Sin la menor idea de cómo podía abrigar la esperanza de reconocerlo, empecé por la primera fila, centro-izquierda; recorrí con la mirada a todos los espectadores, cara por cara. Desde mi perspectiva, entre bambalinas, veía las caras del público casi uniformemente inmóviles, y nadie dirigía su atención hacia mí; los rostros me eran, al menos en parte, desconocidos y —especialmente en las últimas filas— más pequeños que los que aparecen en las fichas de béisbol.

Era una búsqueda inútil, pero fue entonces cuando comencé a recordar. Entre bambalinas, observando las caras navideñas de mis conciudadanos, logré empezar a poblar las gradas de aquel día de verano; fila a fila, rememoré a unos cuantos fanáticos del béisbol. Mrs. Kenmore —la mujer del carnicero— y su hijo Donny que, afectado de fiebre reumática, no podía jugar al béisbol, presenciaban todos los partidos. Habían asistido a *Canción de Navidad* para ver cómo Mr. Kenmore aniquilaba el papel del Espíritu de la Navidad Presente; pero yo los veía con ropa de verano, de manga corta, con sus narices idénticamente quemadas por el sol: siempre se sentaban en las gradas más bajas porque Donny no era ágil y Mrs. Kenmore temía que se cayera entre las tablillas.

Y estaba la hija de Mr. Early, Maureen, famosa por haberse meado cuando Owen Meany hizo la prueba para el papel de Espíritu de las Navidades Futuras. Había ido todas las noches para observar los vanos intentos de su padre por hacer que el Espectro de Marley se pareciera al Rey Lear. Idolatraba y despreciaba simultáneamente a su padre, un terrible *snob* que la cubría tanto de inmerecidos elogios como de una asombrosa lista de las expectativas que él tenía para ella; como mínimo, algún día tendría su doctorado... y si cedía a su fantasía y llegaba a estrella del cine, ganaría su fama en la pantalla sólo después de numerosos triunfos en el teatro «auténtico». Maureen Early era una soñadora que se revolvió en su asiento... tanto si observaba el modo en que sobreactuaba su padre como si observaba a Owen Meany aproximarse a la base de meta. Recordé que estaba sentada en la grada más alta, retorciéndose al lado de Caroline O'Day, cuyo padre llevaba el negocio de Chevy. Caroline O'Day era una de esas raras chicas de la escuela parroquial que lograba llevar su uniforme de St. Michael —la falda de franela plisada y los calcetines a juego, color borgoña, hasta las rodillas— como si fuera una camarera de un salón de reputación dudosa. Con los chicos, Caroline O'Day era tan agresiva como un Corvette, y a Maureen Early le gustaba estar con ella porque su padre juzgaba que los O'Day eran ordinarios. A Mr. Early no le había sentado bien que el padre de Caroline, Larry O'Day, hubiese conseguido el papel de Bob Crachit; pero Mr. O'Day era más joven y guapo que Mr. Early, y Dan Needham sabía que las hazañas de un vendedor de Chevy eran preferibles, con mucho, a las tentativas de Mr. Early por transformar a Bob Crachit en el Rey Lear.

Las recordé aquel día veraniego —Maureen Early y Caroline O'Day—, recordé cuánto habían reído y se habían retorcido en sus asientos cuando Owen Meany iba a batear.

¡Qué poder descubrí en mí! Tuve la certeza de que era capaz de volver a llenar los asientos de las gradas; algún día, estaba seguro, «vería» a todos los asistentes al partido; encontraría a ese alguien especial a quien mi madre había saludado con la mano, al final.

Mr. Arthur Dowling estaba allí; lo vi protegerse los ojos con una mano y los de su mujer con la otra: así era de servil con ella. Arthur Dowling estaba presente en la representación de *Canción de Navidad*, porque su mujer, el miembro más oficioso de la junta de la Biblioteca Municipal, había orientado su yo carente de sentido del humor en la tarea de ser el Espíritu de las Navidades Pasadas. Amanda Dowling era pionera en el desafío de los estereotipos sexuales; usaba ropa masculina —para ella la elegancia significaba usar chaqueta y corbata— y cuando fumaba arrojaba el humo a la cara de los hombres para expresar su opinión respecto a cómo ellos se comportaban con las mujeres. Tanto Amanda como su marido estaban a favor de desvirtuar los estereotipos sexuales, o de invertir los roles sexuales tan ardua y conscientemente como les fuera posible... de ahí que con frecuencia él se pusiera un delantal para ir a la compra, de ahí que ella llevara el pelo más corto que él, excepto en las piernas y las axilas, donde se lo dejaba crecer. Empleaban ciertas palabras positivas en su vocabulario, entre ellas «europeo»; las mujeres que no se afeitaban las axilas ni las piernas eran más «europeas» que las estadounidenses, para su indudable ventaja.

No tenían hijos —Dan Needham sugería que sus roles sexuales podían estar tan «invertidos» como para dificultar la fecundación— y su asistencia a los partidos de la liguilla estaban marcados por una constante desaprobación de ese deporte: que no se permitiera a las niñas jugar en la liguilla era un ejemplo de discriminación sexual que ejercitaba la furia y la ausencia de sentido del humor en los Dowling. Si *ellos* tuvieran una hija, advertían, jugaría en la liguilla. Eran una pareja dedicada a un tema... lamentablemente un tema único e insignificante, y lo exageraban; pero una pareja joven con tan ardiente misión resultaba interesante para los tipos en general lentos y conformistas, más típicos de Gravesend. Mr. Chickering, nuestro rechoncho entrenador y representante, temía el día en que los Dowling produjeran una hija. Mr. Chickering pertenecía a la vieja escuela; creía que sólo los varones debían jugar al béisbol, y que las chicas debían verlos jugar o, de lo contrario, jugar al softball.

Como muchos de los que cambian el mundo en pequeñas poblaciones, los Dowling eran ricos cada uno por su lado; de hecho, él no hacía nada, salvo ser un incesante decorador de interiores de su propia casa bien amueblada y un artista si se trataba de cortar el césped. Apenas treintañero, Arthur Dowling había desarrollado la costumbre de ocuparse de fruslerías hasta un nivel de frenesí que superaba la capacidad de los jubilados que, se supone convencionalmente, son los que se ocupan de fruslerías. Amanda Dowling tampoco trabajaba, pero era infatigable en su pasatiempo vital de miembro de juntas. Era apoderada de *todo* y la junta de la Biblioteca Municipal no era la única en la cual se desempeñaba sino, sencillamente, aquella donde colaboraba más a menudo, porque era una junta a la que se entregaba de verdad.

Entre sus métodos preferidos para cambiar el mundo, la prohibición de libros ocupaba uno de los primeros lugares de la lista. Le gustaba decir que los estereotipos sexuales no llovían del cielo; lo que tenía mayor influencia en los niños eran los libros... y los libros donde los chicos eran chicos y las chicas eran chicas, se encontraban entre los *peores*. Por ejemplo, *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*. ¡Significaban una educación condescendiente con las mujeres y por sí solos, *creaban* estereotipos sexuales! Por ejemplo, *Cumbres borrascosas*: la forma en que ese libro *enseñaba* a una mujer a someterse a un hombre hacía «ver todo rojo» a Amanda Dowling, como ella misma solía decir.

En cuanto a la participación de los Dowling en las representaciones de los Gravesend Players, debo decir que se turnaban. Su campaña era incesante, aunque nimia; *ella* se probaba para papeles normalmente adjudicados a hombres; *él* buscaba los papeles de mujeres insignificantes, preferiblemente no hablados. Amanda era más ambiciosa que Arthur, como corresponde a una mujer decidida a invertir los estereotipos sexuales; opinaba que los papeles hablados para hombres le iban a la perfección.

Dan Needham les daba lo que podía; rechazarlos directamente habría atraído la acusación que a ellos les encantaba hacer y que hacían a menudo: que fulano de tal era «discriminador». Un absurdo patrón marcaba los personajes de cada uno de los Dowling en las tablas; Amanda era terrible como hombre —pero habría sido igualmente terrible como mujer, se apresuraba a señalar Dan— y Arthur era simplemente terrible. La gente del lugar se divertía con ellos a la manera en que sólo los habitantes de ciudades pequeñas —que saben dónde le aprieta el zapato a cada uno y quién se lo aprieta— puede divertirse con los excéntricos pesados. Los Dowling *eran* pesados; su excentricidad se estropeaba y empequeñecía por la absoluta previsibilidad de sus pasiones altamente selectivas; sin embargo, eran un accesorio de los Gravesend Players que proporcionaba un constante, aunque repetitivo, entretenimiento. Dan Needham sabía que no convenía tratar de forzarlos.

¡Cuánto me asombré aquella Nochebuena! Supe que con diligencia, con meses —incluso años— detrás del escenario del ayuntamiento de Gravesend, encontraría el rostro al que mi madre había saludado en las gradas. Quizá te preguntes por qué no en los partidos de béisbol, ¿por qué no observar a los auténticos forofos en las *auténticas* gradas? La gente tiende a ocupar los mismos asientos. Pero en el teatro de Dan yo llevaba ventaja; podía mirar al público *sin ser visto*, no llamaría la atención hacia mí mismo interponiéndome entre el campo de juego y ellos. La parte de atrás del escenario, y todo lo que esto implica, es *invisible*. Ves más cosas en las caras de los que no te ven. Si estaba buscando a mi padre, ¿no debería hacerlo sin ser observado?

—«¡Espíritu!». —dijo Scrooge al Espíritu de las Navidades Pasadas—. «Sácame de aquí».

Y observé a Mr. Arthur Dowling observando a su mujer, que dijo:

—«Te advertí que sólo eran sombras de cosas pasadas. ¡No me eches la culpa de que sean como fueron!».—noté que mis conciudadanos reían entre dientes... todos con excepción de Mr. Arthur Dowling, seriamente impresionado por la inversión sexual que tenía ante sus ojos.

Que los Dowling «se turnaran» para participar con los Gravesend Players —que ambos nunca interpretaran papeles en la *misma* obra— era una inagotable fuente de júbilo para Dan, que disfrutaba tomándole el pelo a Mr. Fish.

—Me pregunto si los Dowling se turnarán *sexualmente* —decía Dan.

—Es muy desagradable imaginarlo —decía Mr. Fish.

¡Qué ensueños alcancé detrás del escenario en Nochebuena! ¡Cuánto me alimenté de *memorias* de los rostros de mis conciudadanos! Cuando Mr. Fish preguntó al Espíritu de la Navidad Presente si esos niños horribles, miserables y desgraciados eran suyos, el espectro respondió: «Son hijos del hombre». ¡Qué orgullosa se sintió Mrs. Kenmore de su marido, el carnicero; cómo saltó de alegría el corazón reumático de su hijo Donny al ver a su padre con *palabras* en lugar de *carne* entre los dedos!

—«Este niño es la Ignorancia» —dijo el carnicero—. «Esta niña es la Indigencia». Guárdate de ambos y de toda su especie; pero, sobre todo, guárdate de este niño, pues en su frente veo escrita la palabra Condenación, a menos que alguien la “corte” —debía haber dicho “borre”, pero con toda probabilidad Mr. Kenmore estaba pensando en una res. En los rostros confiados de mis conciudadanos no noté que hubiesen captado el error de Mr. Kenmore más que él mismo; entre las caras que recorrí con la mirada, sólo la de Harriet Wheelwright (que había visto casi tantas versiones de *Canción de Navidad* como las que había dirigido Dan Needham) se contorsionó al oír al carnicero hacer una carnicería literaria. Mi abuela, crítica innata, cerró fugazmente los ojos y suspiró.

Era tal mi interés por el público, que no me volví hacia el escenario hasta que hizo su aparición Owen Meany.

No me hizo falta verlo para saber que estaba en escena. Reinó el silencio entre el público. Las expresiones de mis conciudadanos —tan divertidas, tan curiosas, tan diversas— se volvieron chocantemente similares; cada rostro se convirtió en el modelo del miedo de cada uno de los demás. Hasta mi abuela —tan distante, tan superior— se cerró las pieles alrededor de los hombros y tembló: aparentemente una corriente de aire había tocado la nuca de todos los asistentes; el temblor que atravesó el cuerpo de mi abuela pareció atravesarlos a todos. Donny Kenmore aferró su corazón reumático; Maureen Early, resuelta a no volver a mearse encima, cerró los ojos. La mirada de temor de Mr. Arthur Dowling superó incluso su interés por la inversión de los roles sexuales... porque ni el sexo ni la identidad de Owen Meany estaban claros; lo único seguro a ciencia cierta es que *era* un fantasma.

—«¡Espíritu del Futuro!». —exclamó Mr. Fish—. «Eres el más temible de todos los espectros que he visto» —observar el terror en las caras de mis conciudadanos resultó del todo convincente; era obvio que coincidían con Mr. Fish en la aseveración de las espantosas cualidades de ese fantasma—. «¿No vas a hablarme?». —suplicó Scrooge.

Owen tosió. No fue, como esperaba Dan, un sonido «humanizador» sino un estertor tan hondo y tan profundamente asociado con la muerte que el público se sobresaltó; la gente se revolvió en sus asientos; Maureen Early, abandonando toda esperanza de contener la orina, abrió los ojos desorbitadamente y miró con fijeza la fuente de tan extraterrena convulsión. En ese momento me volví a mirarlo, en el preciso instante en que su mano entalcada salió disparada de entre los pliegues negros de su capa y señaló. Un estremecimiento febril lanzó un espasmo por su brazo tembloroso y su mano respondió a la sacudida como una descarga eléctrica. Mr. Fish retrocedió, acobardado.

—«¡Guíame!». —gritó Scrooge—. «¡Guíame!». —Deslizándose por el escenario, Owen Meany lo guió. Pero el futuro no estaba lo bastante claro para que Scrooge lo viera... hasta que por fin llegaron al cementerio. «Un lugar digno de él», lo había descrito Dickens, «invadido por la hierba y la maleza, productos de una vegetación muerta, no viva; saturado de enterramientos; henchido por un inagotable apetito»—. «Antes de acercarme a esa losa que estás señalando...». —comenzó a decir Scrooge.

Entre las lápidas de cartón piedra, donde estaba Mr. Fish, una se destacaba sobre las demás; Owen señaló esa piedra una y otra vez, señaló y señaló. Para que Mr. Fish se dejara de rodeos —y llegara a la escena en que lee su propio nombre en esa tumba —, Owen se acercó a la lápida. Scrooge empezó a balbucear.

—«Las vidas de los hombres presagian los finales a los que se verán conducidos si perseveran en su conducta. *Pero*» —dijo Mr. Fish a Owen—, «si se apartan de esas formas de vida, los finales habrán de cambiar. ¡Dime que es así lo que tú me muestras!».

Owen Meany, decidido a no hablar, se inclinó sobre la lápida; pareció leer para sus adentros el nombre que allí figuraba y se desplomó.

—¡Owen! —protestó indignado Mr. Fish, pero Owen estaba tan empeñado como el Espíritu de las Navidades Futuras en guardar silencio—. ¿Owen? —preguntó Mr. Fish, más comprensivamente; el público dio la impresión de compartir la renuncia de Mr. Fish a tocar la encapuchada figura caída.

Sería muy propio de Owen, pensé, recuperar el conocimiento poniéndose en pie de un salto y gritando; eso fue exactamente lo que hizo, *antes* de que Dan Needham tuviera tiempo de pedir que bajaran el telón. Mr. Fish tropezó con la que estaba destinada a ser su tumba y el terror contenido en el alarido de Owen fue igualado por un terror correspondiente en el público. Se oyeron gritos y jadeos; supe que Maureen



Early había vuelto a mearse. ¿*Qué* había *visto* en realidad el Espíritu del Futuro?

Mr. Fish, veterano en aprovechar cualquier confusión, se encontraba echado de bruces en el escenario, en una posición perfecta para «leer» su propio nombre en la losa de cartón piedra que había aplastado a medias al caerse encima.

—«¡Ebenezer Scrooge! ¿Soy *yo* ese hombre?». —preguntó, pero algo le pasaba a Owen, que parecía más asustado que el propio Scrooge de la lápida de cartón piedra; siguió retrocediendo. Atravesó el escenario marcha atrás, mientras Mr. Fish le imploraba una respuesta. Sin decir una palabra, sin señalar siquiera otra vez la losa que tenía incluso el poder de asustar al Espíritu de las Navidades Futuras, Owen Meany hizo mutis por el foro.

En el camerino, sollozaba sobre la mesa de maquillaje, cubriéndose el pelo con talco, golpeándose la cara con la sombra negra para párpados. Dan Needham le tocó la frente.

—¡Estás ardiendo, Owen! —dijo Dan—. Te llevaré directamente a tu casa y te meterás en la cama.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurrió? —pregunté a Owen, pero él meneó la cabeza y lloró más fuerte.

—¡Se desmayó, eso es lo que ocurrió! —explicó Dan, pero Owen meneó la cabeza.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Mr. Fish desde la puerta; Dan había cerrado el telón antes de la última escena de Mr. Fish—. ¿Estás bien, Owen? ¡Dios mío, dabas la impresión de ser *tú* quien había visto un fantasma!

—Ya lo he visto todo —dijo Dan—. ¡He visto a Scrooge perder la atención del público, he visto al fantasma del futuro asustarse *a sí mismo*!

El reverendo Lewis Merrill entró en el abarrotado camerino para ofrecer su ayuda, aunque Owen parecía más necesitado de un médico que de un pastor.

—Owen, ¿estás bien? —preguntó Merrill. Owen meneó la cabeza—. ¿Qué has visto?

Owen dejó de llorar y lo miró. Me sorprendió que el reverendo Merrill pareciera tan seguro de que Owen había *visto* algo. Por ser pastor, por haber hecho profesión de fe, tal vez estaba más familiarizado que los demás con las «visiones»; posiblemente tenía la habilidad de reconocer los momentos en que a otros se les aparecen visiones.

—¿QUÉ QUIERE DECIR? —preguntó Owen a Mr. Merrill.

—Has *visto* algo, ¿verdad? —le preguntó a Owen, que le clavó la mirada—. ¿Verdad? —repitió Mr. Merrill.

—VI MI NOMBRE... EN LA TUMBA —dijo Owen Meany.

Dan lo rodeó con sus brazos y lo abrazó.

—¡Owen, Owen, forma parte del relato! ¡Estás enfermo, tienes *fiebre*! Estás demasiado excitado. Ver un nombre en esa tumba es propio del *cuento*... es simulado,

de metirijillas, Owen —le dijo.

—ERA MI NOMBRE —insistió Owen—. NO EL DE SCROOGE.

El reverendo Merrill se arrodilló a su lado.

—Es natural ver eso, Owen —le dijo—. Tu propio nombre en tu propia tumba... es una visión que *todos* tenemos. Sólo es una pesadilla, Owen.

Pero Dan Needham observó extrañado a Mr. Merrill, como si semejante visión fuera del todo desconocida en su experiencia; no estaba nada seguro de que ver el propio nombre en la propia tumba fuese exactamente «natural». Mr. Fish contempló al reverendo Lewis Merrill como si esperara más «milagros» de la categoría del Nacimiento que muy recientemente, y por primera vez, experimentara.

En el talco de la mesa de maquillaje todavía era visible el nombre OWEN MEANY, tal como él lo había escrito. Lo señalé.

—Owen, mira lo que escribiste tú mismo, esta noche —dije—. Como ves, ya estabas pensando en eso... en tu nombre, quiero decir.

Pero Owen Meany se limitó a mirarme y me hizo bajar la vista. Luego miró a Dan, hasta que éste le dijo a Mr. Fish:

—Levantemos el telón y terminemos con esto.

Entonces Owen miró al reverendo Merrill hasta que éste dijo:

—Te llevaré a tu casa ahora mismo, Owen. No deberías esperar a que te llamen a saludar con una fiebre de sabe Dios cuántos grados.

Fui con ellos; la última escena de *Canción de Navidad* me aburría; después de la partida del Espíritu de las Navidades Futuras, la historia se vuelve almibarada.

Owen prefirió fijar la vista en la oscuridad, por la ventanilla del acompañante, en vez de mirar el camino iluminado.

—Tuviste una *visión*, Owen —repitió el pastor Merrill. Pensé que era muy bondadoso preocupándose tanto y llevando a Owen a su casa... dado que Owen *nunca* había sido congregacionalista. Noté que Mr. Merrill no tartamudeaba cuando se mostraba servicial con alguien, aunque Owen respondió con poca generosidad a su ayuda; parecía téticamente empeñado en su «visión», como en tantas ocasiones se presentaba ante mí en su condición de típico profeta seguro de sí. Había «visto» su propio nombre en su propia tumba; al *mundo*, para no hablar del pastor Merrill, le resultaría difícil convencerlo de que no era así.

Mr. Merrill y yo nos quedamos en el coche, viéndolo cojear por los surcos cubiertos de nieve del camino de entrada; habían dejado una luz encendida afuera para su regreso, y vi otra encendida —en su dormitorio—, pero me chocó comprobar que en Nochebuena sus padres no lo habían esperado levantados.

—Un chico fuera de lo común —dijo el pastor con tono neutro, mientras me llevaba a casa. Sin que se le ocurriera preguntarme a cuál de mis dos «hogares» debía llevarme, Mr. Merrill me dejó en 80 Front Street. Yo quería asistir a la fiesta que daba

Dan para el reparto en Waterhouse Hall, pero Mr. Merrill se había alejado cuando me acordé de que ese era mi deseo. Entonces pensé que entraría a ver si mi abuela había vuelto, o si Dan la había convencido de que se divirtiera un poco —tanto como estuviera dispuesta a hacerlo— en la reunión. En cuanto abrí la puerta supe que mi abuela no estaba en casa; quizá todavía llamaban a los actores a saludar en el ayuntamiento; quizá Mr. Merrill había conducido más velozmente de lo que parecía.

Aspiré el aire apacible de la vieja casona; Lydia y Germaine debían de estar profundamente dormidas, porque hasta alguien que lee en la cama hace un *poquitín* de ruido y la vivienda de 80 Front Street estaba silenciosa como una tumba. Fue en ese momento cuando tuve la impresión de que *era* una tumba; la casa me dio miedo. Sabía que con toda probabilidad me había puesto nervioso después de la alarmante «visión» —o lo que fuese— de Owen y estaba a punto de largarme y bajar corriendo Front Street hasta el campus de Gravesend Academy (al edificio de Dan), cuando oí a Germaine.

Era difícil oírla porque se había escondido en el pasadizo secreto y hablaba apenas en un murmullo; pero el resto de la casa estaba tan silencioso que la oí.

—¡Oh, Jesús, ayúdame! —decía—. ¡Oh, Dios, oh, querido Jesucristo... oh, bendito Señor... ayúdame!

De modo que *había* ladrones en Gravesend, pensé. Los miembros de la junta tuvieron razón cuando cerraron con llave la casa parroquial. ¡La víspera de Navidad unos bandidos habían saqueado 80 Front Street!

Germaine había escapado al pasadizo secreto. ¿Pero qué le habían hecho los asaltantes a Lydia? Quizá la habían raptado, o le habían robado la silla de ruedas, dejándola impotente.

La mitad de los libros de la puerta-biblioteca que daba al pasadizo estaban desparramados por el suelo, como si Germaine, presa del pánico, hubiese olvidado dónde quedaban ocultas la cerradura y la llave. Como si no recordara en *qué* estante, detrás de *cuáles* libros. Había hecho tal revoltijo que ahora la cerradura y la llave eran totalmente visibles para cualquiera que entrara en el salón... sobre todo teniendo en cuenta que los libros dispersos en el suelo atraían la atención hacia la puerta-biblioteca.

—¿Germaine? —susurré—. ¿Se han ido?

—¿Quiénes? —susurró.

—Los ladrones —susurré.

—¿Qué ladrones? —me preguntó.

Abrí la puerta del pasadizo. Estaba acurrucada detrás, cerca de las mermeladas y jaleas; tenía en el pelo tantas telarañas como las que adornaban los frascos de condimentos y salsas, las latas de esponjosas pelotas de tenis desgastadas que se remontaban a los tiempos en que mi madre guardaba las más viejas para Sagamore.

Germaine llevaba el camisón de franela que le llegaba a los tobillos, pero iba descalza... lo que sugería que su forma de esconderse en el pasadizo secreto no había sido distinta a la forma en que sacaba la mesa.

—Lydia ha muerto —dijo. No emergió de entre sombras y telarañas, aunque mantuve abierta la pesada puerta para que pasara.

—¡La han matado! —exclamé, alarmado.

—Nadie la ha matado —dijo Germaine; de sus ojos emanó cierta objetividad mística, lo que le hizo corregir ligeramente su declaración—. La Muerte ha venido a buscarla —aclaró y se estremeció dramáticamente. Era ese tipo de chica que personificaba la Muerte; al fin y al cabo, estaba convencida de que la voz de Owen Meany era, sencillamente, el vehículo oral del diablo.

—¿Cómo murió? —le pregunté.

—En la cama, mientras yo le leía —contestó Germaine—. Acababa de corregirme —Lydia siempre estaba corrigiendo a Germaine, por supuesto; la pronunciación de ésta era especialmente ofensiva para Lydia, cuya pronunciación imitaba exactamente la de mi abuela, y también hacía responsable a Germaine de cualquier fallo en su emulación de esa misma voz. Abuela y Lydia se solían turnar para leerse mutuamente... porque sus ojos, decían, necesitaban descansar. De manera que Lydia había muerto mientras hacía descansar sus ojos, informándole a Germaine de la mala pronunciación de tal o cual palabra. De vez en cuando, Lydia interrumpía la lectura de Germaine y le pedía que repitiera algún término. Tanto si lo pronunciaba correcta como incorrectamente, Lydia decía: «Apuesto a que no sabes lo que significa esa palabra». O sea que Lydia había muerto mientras educaba a Germaine, tarea sin fin en opinión de mi abuela.

Germaine se había quedado con el cadáver tanto tiempo como lo soportó.

—Al cuerpo le ocurren cosas —me explicó, aventurándose cautamente en el salón. Miró sorprendida los libros desparramados... como si la Muerte también hubiese ido a buscarlos; o tal vez la Muerte la estaba buscando a ella y había tirado los libros en el proceso.

—¿Qué cosas? —quise saber.

—Cosas nada bonitas —dijo, sacudiendo la cabeza.

Imaginé la vieja casona acomodándose y crujiendo, gruñendo por el viento invernal; la pobre Germaine había llegado a la conclusión, seguramente, de que la Muerte seguía por allí. Quizá la Muerte había creído que llevarse a Lydia le daría más trabajo; como la encontró y se la llevó con tanta facilidad, probablemente se sintió inclinada a quedarse para llevarse otra alma. ¿Por qué no pasarse la noche de juerga?

Nos cogimos de la mano, como si fuéramos hermanos que corren un riesgo juntos, y fuimos a ver a Lydia. Me impresionó bastante verla, porque Germaine no me había hablado de los esfuerzos que hizo para cerrarle la boca; había sujetado las

mandíbulas de Lydia con uno de sus calentadores de color rosa, y se lo había atado en lo alto de la cabeza. En una inspección más detenida, vi que Germaine también había ejercido una considerable creatividad en su intento por cerrarle permanentemente los ojos; después de cerrárselos, había adherido con cinta adhesiva dos monedas distintas —una de cinco y otra de veinticinco— a los párpados de Lydia. Me contó que las únicas monedas iguales que había encontrado eran de diez y resultaron muy pequeñas... y que uno de los párpados se había agitado, o le había dado la impresión de que se agitaba, tirando al suelo la moneda de cinco, por lo que había agregado la cinta. Lo había hecho en ambos párpados, me explicó —aunque la de veinticinco no se había movido de su lugar— porque pegar una moneda y la otra no, iba contra su sentido de la simetría. Años después, recordé que había empleado esa palabra y llegué a la conclusión de que Lydia y la abuela habían logrado educar un pelín a Germaine; estaba seguro de que el término «simetría» no pertenecía a su vocabulario *antes* de haberse instalado en 80 Front Street. También recordé que, aunque yo sólo tenía once años, esas palabras *estaban* en mi vocabulario, principalmente gracias a los esfuerzos de Lydia y de mi abuela por educarme. Mi madre nunca había prestado demasiada atención a las *palabras*, y Dan Needham dejaba que los niños fueran niños.

Cuando Dan regresó a 80 Front Street con mi abuela, Germaine y yo nos sentimos muy aliviados; habíamos permanecido con el cadáver de Lydia, tranquilizándonos con la idea de que la Muerte, después de encontrar lo que había ido a buscar, se había largado, que había dejado en paz 80 Front Street, al menos por el resto de la Nochebuena. Pero no podríamos haber seguido con Lydia mucho tiempo.

Como de costumbre, Dan Needham se hizo cargo de la situación; había acompañado a mi abuela a casa —después de su breve aparición en la fiesta—, dejando que el reparto siguiera divirtiéndose sin él. Hizo que Abuela se acostara y le dio a beber un ponche de ron; desde luego, la explosión de Owen en *Canción de Navidad* la había alterado... y entonces expresó su convicción de que de alguna manera Owen había *previsto* la muerte de Lydia y la había confundido con la propia. Este punto de vista fue instantáneamente convincente para Germaine, quien observó que mientras le leía a Lydia, justo inmediatamente antes del fallecimiento, *ambas* creyeron oír un grito.

Abuela se sintió insultada al ver que Germaine coincidía realmente con ella en algo y quiso demostrar que no tenía nada que ver con las creencias de la criada; era una ridiculez pensar que Lydia y Germaine pudieran oír el grito de Owen desde el ayuntamiento de Gravesend, una ventosa noche invernal, con todas las puertas y ventanas cerradas. Germaine era supersticiosa y muy probablemente oía gritos de algún tipo todas las noches; en cuanto a Lydia —ahora quedaba demostrado con toda evidencia—, padecía una senilidad muy avanzada con respecto a la suya. No

obstante, en opinión de mi abuela, Owen Meany poseía ciertos «poderes» inverosímiles; que hubiese «previsto» la muerte de Lydia *no era* una ridiculez supersticiosa... al menos de las del nivel de Germaine.

—Owen no *previó* absolutamente *nada* —dijo Dan Needham a las agitadas mujeres—. ¡Debía de tener cuarenta grados de temperatura! El único *poder* que tiene es el de su imaginación.

Pero mi abuela y Germaine se sintieron aliadas en contra de este razonamiento. Había como mínimo cierta relación ominosa entre la muerte de Lydia y lo que Owen «vio»; los poderes de «ese chico» iban mucho más allá que los de la imaginación.

—Tómese otro ponche, Harriet —aconsejó Dan Needham a mi abuela.

—Dan, no me vengas con aires protectores —replicó Harriet Wheelwright—. Y debería darte vergüenza —agregó— haber permitido que un estúpido *carnicero* pusiera sus sanguinolentas manos en un papel tan maravilloso. Una elección lamentable.

—De acuerdo, de acuerdo —coincidió Dan.

También estuvieron de acuerdo en permitir que Lydia permaneciera en su dormitorio, con la puerta cerrada. Germaine dormiría en la otra cama de mi habitación. Aunque yo prefería volver con Dan a Waterhouse Hall, me dijeron que la «jarana» podía prolongarse hasta altas horas de la noche —probabilidad que yo ya había considerado— y que Germaine, que estaba «fuera de sí», no debía dormir sola. Era impropio que compartiera una habitación con Dan, e impensable que mi abuela durmiera en la misma habitación que una criada. Al fin y al cabo, yo sólo tenía once años.

Había compartido muchas veces esa habitación con Owen y ahora me desvivía por hablar con él. ¿Qué pensaría de la sugerencia de mi abuela en el sentido de que había *previsto* la muerte de Lydia? ¿Le aliviaría saber que la Muerte no tenía pensado llevárselo *a él*? ¿Lo creería? Sabía que se sentiría muy decepcionado si no *veía* a Lydia. Además, quería hablarle de mi descubrimiento mientras recorría con la vista las caras del público del teatro: estaba convencido de que por ese medio, recordaría de verdad los rostros de los asistentes al que Owen denominaba partido de béisbol PREDESTINADO. ¿Qué diría Owen Meany de mi repentina inspiración referente a que había sido mi *padre* la persona a quien mi madre saludó en la fracción de segundo anterior a que la pelota la golpeará? En el mundo de lo que el reverendo Lewis Merrill llamaba «visiones», ¿cómo interpretaría ésa Owen Meany?

Pero Germaine me distraía. Se había empeñado en dejar encendida la luz, daba vueltas y se sacudía, clavaba la vista en el techo. Cuando me levanté para ir al lavabo, me pidió que no tardara: no quería que la dejara sola... ni un minuto.

Si se quedara dormida, pensé, podría telefonar a Owen. En casa de los Meany había un solo teléfono; estaba en la cocina, justo saliendo de su dormitorio. Podía

llamarlo a cualquier hora de la noche, porque se despertaba en un instante y sus padres dormían toda la noche como piedras... como bloques inamovibles de granito.

Entonces recordé que era Nochebuena. Una vez mi madre me había dicho que «estaba bien» que pasáramos las navidades en Sawyer Depot, porque así Owen no podía comparar lo que recibía *él* con lo que recibía yo para Navidad.

Yo tenía media docena de regalos de cada pariente o ser querido; de mi abuela, de mi tía, de mi tío, de mis primos, de Dan, y más de media docena de mi madre. Este año había espiado debajo del árbol de Navidad, en el salón de 80 Front Street, y me conmovieron los esfuerzos de Dan y de mi abuela por igualar el *número* de regalos — para mí— que normalmente estaban en el árbol de los Eastman en Sawyer Depot. Ya los había contado; había más de cuarenta regalos envueltos, además de que en general escondían algo demasiado grande para ser envuelto, en el sótano o en el garaje.

Nunca supe qué regalos recibía Owen para Navidad, pero se me ocurrió que si ni siquiera lo habían esperado levantados —¡la víspera!—, al menos ese año nadie había hecho demasiado hincapié sobre la festividad en casa de los Meany. En el pasado, a mi regreso de Sawyer Depot, la mitad de mis juguetes menos importantes se habían roto o perdido, y los que valía la pena guardar eran descubiertos gradualmente por Owen, a lo largo de un período de días o semanas enteras.

—¿DE DÓNDE HAS SACADO ESO?

—Por Navidad.

—AH, SÍ, CLARO...

Bien pensado, no logré recordar que nunca me hubiese mostrado un solo regalo recibido «por Navidad». Tenía ganas de llamarlo, pero Germaine me retenía acostado. Cuanto más tiempo llevaba en la cama y más conciencia tenía de su presencia —todavía en vela—, más extraño me sentía. Comencé a pensar en Germaine del modo en que solía pensar en Hester... ¿Cuántos años tendría Germaine en el 53? Supongo que estaba en la veintena. Empecé a desear realmente que se metiera en mi cama y a imaginar que yo me metía en la suya; no creo que me lo hubiese impedido; pienso, más bien, que habría aprobado un inocente achuchón, e incluso a un niño no tan inocente en sus brazos, aunque sólo fuera para mantener alejada a la Muerte. Comencé a *tramar*, no a la manera de un chico de once años sino a la de uno mayor y *cachondo*. Empecé a imaginar cuánto podría aprovecharme de Germaine, dada su aflicción. Y dije en voz alta:

—Te creo en eso de que lo oíste gritar —*mentí*. ¡No le había creído una sola palabra!

—Era *su voz* —respondió al instante—. Ahora que lo pienso, sé que era su voz.

Alargué la mano hacia el espacio que separaba ambas camas; encontré su mano, que cogió la mía. Recordé la forma en que Barb Wiggin había besado a Owen; me vi recompensado con una erección lo bastante poderosa para levantar ligeramente las

mantas, pero cuando estrujé con fuerza la mano de Germaine, no obtuve respuesta; se limitó a no soltarme.

—Duérmete —dijo. Cuando su mano se deslizó de la mía, comprendí que se había quedado dormida; la observé largo rato, pero no me atreví a acercarme. Estaba avergonzado de las sensaciones que experimentaba. En el vocabulario considerablemente adulto al que había estado expuesto por intermedio de mi abuela y Lydia, nunca había oído el término *lujuria*; no era una palabra que hubiese podido aprender de ellas... no era una sensación que pudiera etiquetar. Lo que estaba experimentando era *malo*, sencillamente; me hacía sentir culpable, esa parte de mi ser era enemiga del resto de mi persona, y entonces creí comprender de dónde provenía: de mi padre. Era la parte de él que se agitaba en mi interior. Y por vez primera, comencé a considerar que mi padre podía ser un depravado, o que lo que él me había transmitido era la dosis de depravación que había en mí.

A partir de entonces, cada vez que me preocupaba algún sentimiento o alguna sensación —especialmente cuando sentía de *esa* manera, cuando *lujuriaba*—, pensaba que mi padre se estaba afirmando en mí. Mi deseo de saber quién era adquirió nueva urgencia; no quería saber quién era porque lo echara de menos ni porque estuviese buscando a quién amar; contaba con Dan y su amor, contaba con mi abuela, con todo lo que recordaba y (estoy seguro) exageraba acerca de mi madre. No era por amor que quería conocer a mi padre, sino por una tenebrosa curiosidad: poder reconocer, en mí mismo, de qué depravación sería capaz.

¡Cuánto deseaba hablar de *esto* con Owen!

En cuanto Germaine empezó a roncar, salté de la cama y bajé arrastrándome por la escalera hasta el teléfono de la cocina.

La luz repentina en la cocina impulsó a un ratón residente al abandono inmediato de su investigación de la caja del pan; la luz también me sorprendió a mí, pues convirtió la mirada de cristales de estilo colonial de la ventana en reflejos fragmentados de mí mismo; de repente aparecieron muchos yo, que me miraban desde el otro lado de la ventana. En una imagen de mi cara asombrada creí reconocer el miedo y el desasosiego peculiares de Mr. Morrison; según Dan, la respuesta de Mr. Morrison al vahído y al arrebató de Owen había sido impresionante: el cartero cobarde se había desmayado. Jefe Pike había sacado al trágico servidor postal caído, para que respirara el aire tónico de la noche, y una vez fuera Mr. Morrison se reanimó de verdad, luchando en la nieve con el decidido jefe de policía de Gravesend, hasta que no tuvo más remedio que rendirse al fuerte brazo de la autoridad.

Pero yo estaba solo en la cocina; los pequeños paneles cuadrados, de color negro espejado, reflejaban muchas versiones de mi rostro, aunque ningún otro se asomó a mirarme mientras marcaba el número de la casa de mi amigo. El teléfono sonó más de lo que esperaba y estuve en un tris de colgar. Recordé la fiebre de Owen y temí



que estuviese más profundamente dormido que de costumbre, y que mi llamada despertara a Mr. y Mrs. Meany.

—FELIZ NAVIDAD —dijo cuando finalmente atendió.

Le conté todo. Se mostró muy comprensivo con la idea de que podía *recordar* a los asistentes al partido de béisbol observando al público de la obra de Dan; se ofreció a vigilar conmigo: dos pares de ojos ven más que uno. En cuanto a lo que había «imaginado» en el sentido de que mi madre estaba saludando con la mano a mi verdadero padre en sus últimos segundos de vida, Owen Meany opinó que había que confiar en esas intuiciones; dijo que yo debía de estar en el BUEN CAMINO, porque esa idea le PONÍA LA PIEL DE GALLINA, señal segura de buena orientación. En cuanto a que mi deseo de Germaine me hubiera producido una erección, Owen no pudo ser más solidario: si Barb Wiggin era capaz de provocar lujuria en él, no era ninguna vergüenza que Germaine me produjera a mí tan temibles sensaciones. Owen había preparado un pequeño sermón sobre el tema de la lujuria, sensación que más adelante describiría como UNA GENUINA PREMONICIÓN DE QUE LA CONDENACIÓN ES REAL. Respecto de que la desagradable sensación se originaba en mi padre —de que estos detestables sentimientos en mí mismo eran la primera señal de la contribución de mi padre a mi persona—, estuvo totalmente de acuerdo. La lujuria, diría Owen más adelante, era la forma en que Dios me ayudaba a identificar a mi padre; en la lujuria había sido concebido, en la lujuria descubriría a mi padre.

Hoy me sorprende pensar hasta qué punto tan desatadas imaginaciones y filosofías —inspiradas por una noche cargada de terrores y calamidades— adquirieron sentido para Owen y para mí; claro que los buenos amigos están para apoyarse mutuamente.

Por supuesto, coincidió conmigo, Germaine era una estúpida al imaginar que lo había oído gritar desde el ayuntamiento de Gravesend.

—¡NO GRITE TAN FUERTE! —dijo, indignado.

La única diferencia de opinión entre nosotros fue la interpretación de mi abuela sobre lo que él había previsto. Si tenía que creer algo, ¿por qué no creía en mi abuela, o sea, que lo que había pronosticado la lápida era la muerte de Lydia, que él había «visto», sencillamente, un nombre equivocado?

—NO —dijo—. ERA MI NOMBRE. NO EL DE SCROOGE... Y TAMPOCO EL DE LYDIA.

—Pero ése fue precisamente tu error —sugerí—. Estabas pensando en ti mismo, incluso habías escrito tu nombre poco antes. Y tenías una fiebre altísima. Si esa lápida te *dijo* realmente algo, te dijo que *alguien* moriría. Ese alguien era Lydia. Está muerta, ¿no? Y tú estás vivo, ¿no?

—ERA MI NOMBRE —repitió tercamente.

—Enfócalo de otra manera: lo viste a medias —traté de dar la impresión de que era un perro viejo en «visiones» y su interpretación. Traté de dar la impresión de que sabía más que el pastor Merrill sobre ese tema.

—NO SOLO ERA MI NOMBRE —dijo Owen—. NO COMO YO SIEMPRE LO ESCRIBO, QUIERO DECIR. NO COMO LO ESCRIBÍ EN EL TALCO. ERA MI NOMBRE VERDADERO... ESTABA COMPLETO.

Que Owen no cediera ni un milímetro me obligó a hacer una pausa. Su «verdadero» nombre era Paul, el nombre de su padre. Su verdadero nombre era Paul O. Meany, Jr; lo habían bautizado como católico. Naturalmente, tenía que llevar el nombre de un santo; nunca supe que *existiera* un san Owen. Y supongo que lo llamaban Owen porque ya había un Paul en la familia; nunca me dijo de dónde había salido su segundo nombre, y nunca lo supe.

—La lápida decía «Paul O. Meany, *Junior...*», ¿no es así? —le pregunté.

—DECÍA TODO COMPLETO —repitió Owen y colgó.

¡Estaba tan loco que me volvía loco! Me quedé levantado, tomando zumo de naranja y galletas; puse un poco de bacon fresco en la ratonera y apagué la luz. Al igual que mi madre, odiaba la oscuridad, y fue en la oscuridad donde se me ocurrió... qué quería decir Owen con eso de TODO COMPLETO. Encendí la luz y volví a telefonarle.

—FELIZ NAVIDAD —dijo al levantar el auricular.

—¿Había una *fecha* en la lápida? —le pregunté. Su vacilación lo delató.

—NO.

—¿Cuál era la fecha, Owen? —insistí. Volvió a vacilar.

—NO HABÍA NINGUNA FECHA —dijo. Tuve ganas de echarme a llorar, no porque creyera una sola palabra de su estúpida «visión», sino porque era la primera vez que me mentía.

—Feliz Navidad —dije y colgué.

Cuando apagué la luz por segunda vez, había más oscuridad en la oscuridad.

¿Cuál era la fecha? ¿Cuánto tiempo se había dado Owen a sí mismo?

Sólo quería plantearle a la oscuridad la única pregunta de la que Scrooge quiso obtener respuesta: «¿Son estas las sombras de las cosas que van a suceder, o solamente de las que es posible que sucedan?». Pero el Espíritu del Futuro no respondió.

## La Voz

Por encima de todas las cosas que mi abuela despreciaba, la falta de esfuerzo ocupaba el primer lugar, lo que a juicio de Dan Needham era un odio sumamente peculiar, dado que Harriet Wheelwright no había trabajado un solo día en toda su vida, ni jamás había esperado que mi madre trabajara, y a mí nunca me asignó una tarea. No obstante, según el punto de vista de mi abuela, era necesario un esfuerzo casi constante para mantenerse al día con las cosas de este mundo —tanto el de Gravesend como el de extramuros—, y exigía esfuerzo e inteligencia hacer comentarios casi constantes sobre las propias observaciones; en estos esfuerzos, mi abuela era rigurosa e inquebrantable. Y precisamente su fe en el valor del esfuerzo le impedía comprar un televisor.

Era una lectora apasionada y consideraba que leer era uno de los esfuerzos más nobles que existen; en contraste, opinaba que la escritura era una enorme pérdida de tiempo —una inmadurez infantil, más liosa aún que pintar con los dedos—, pero admiraba la lectura, que, estaba convencida, era una actividad desinteresada que brindaba información e inspiración. Debía de darle pena que algunos pobres tontos tuvieran que perder su vida escribiendo a fin de que nosotros contáramos con suficiente material de lectura. Además, leer daba confianza en uno mismo y familiaridad con el lenguaje, un instrumento indispensable para plasmar los comentarios casi constantes de lo que uno había observado. Mi abuela tenía sus dudas acerca de la radio, aunque reconocía que el mundo moderno se movía a tal ritmo que mantenerse al tanto desafiaba la palabra escrita; a fin de cuentas, escuchar exigía *algún* esfuerzo, y el lenguaje que se oía por la radio no era mucho peor que el vocabulario con el que uno se tropezaba cada vez con más frecuencia en periódicos y revistas.

Pero fijaba el límite en la televisión. No requería ningún esfuerzo *mirar* —era infinitamente más beneficioso para el alma y para la inteligencia leer o escuchar—, y le horrorizaba lo que imaginaba que podía verse por la tele; por supuesto, sólo había leído al respecto. Había protestado en el Hogar del Veterano y en el Refugio para Ancianos —de los que era miembro—, diciendo que poner televisores a disposición de los ancianos apresuraría, sin duda, su muerte. No se dejó conmover por la respuesta de ambas instituciones: los internos solían estar demasiado débiles o despistados para leer, y la radio los hacía dormir. Mi abuela visitó ambos hogares y lo que observó sólo sirvió para confirmar sus opiniones; lo que *siempre* observaba Harriet Wheelwright, *siempre* confirmaba sus opiniones: vio que el proceso mortal se aceleraba a pasos agigantados. Vio a gente muy vieja y enferma con la boca abierta; aunque sólo estaban, en el mejor de los casos, parcialmente concentrados, dedicaban su atención cargada de estupor a imágenes que ella describió como «excesivamente

banales para recordar». En realidad, fue la primera vez que vio televisores en marcha... y se quedó enganchada. Mi abuela observó que la televisión estaba agotando la escasa vida que quedaba a los ancianos, que los estaba «vacinando», pero instantáneamente se le antojó tener un televisor.

La muerte de mi madre, seguida por la de Lydia en menos de un año, tuvo mucho que ver con su decisión de instalar un televisor en 80 Front Street. Mi madre había sido muy aficionada a la antigua Victrola; por la noche escuchábamos a Sinatra cantando con la orquesta de Tommy Dorsey; a mi madre le gustaba cantar con Sinatra. «Ese Frank», solía decir, «tiene una voz destinada a una mujer... pero ninguna mujer ha tenido nunca tanta suerte». Recuerdo algunas de sus piezas favoritas; cuando las oigo, todavía me siento tentado a cantar, aunque no tengo la voz de mi madre. Tampoco la de Sinatra, ni su patriotismo fanfarrón. No creo que mi madre hubiese simpatizado con sus ideas políticas, pero le gustaba la que denominaba «primitiva» voz de Sinatra, en especial las canciones de sus primeras sesiones con Tommy Dorsey. Como le encantaba cantar con Sinatra, prefería su voz anterior a la guerra, cuando él era menos sumiso y menos estelar, cuando Tommy Dorsey lo mantenía en equilibrio con la banda. Los discos favoritos de mi madre retrocedían hasta 1940: «I'll Be Seeing You», «Fools Rush In», «I Haven't Time to Be a Millionaire», «It's a Lovely Day Tomorrow», «All This and Heaven, Too», «Where Do You Keep Your Heart?», «Trade Winds», «The Call of the Canyon» y, sobre todo, «Too Romantic».

Yo tenía mi propia radio y después de la muerte de mi madre la escuchaba cada vez más; me parecía que mi abuela se perturbaría si ponía —en la Victrola— las viejas canciones de Sinatra. Mientras vivió Lydia, mi abuela parecía contenta con su lectura; las dos se turnaban para leer en voz alta o forzaban a Germaine a que lo hiciera... mientras dejaban descansar la vista y ejercían su profundo interés por educarla. Pero después de la muerte de Lydia, Germaine se negó a leerle en voz alta a mi abuela; estaba convencida de que haberle leído a Lydia la había matado o había acelerado su muerte, y no quería asesinar a mi abuela de manera similar. Durante un tiempo, mi abuela le leyó en voz alta a la chica, pero esto no le daba la oportunidad de descansar la vista, y a menudo interrumpía la lectura para cerciorarse de que Germaine le prestaba una atención correcta. Pero Germaine no podía estar atenta al tema: sólo podía esforzarse en mantenerse viva mientras durara la lectura.

Como ves, aquella casa ya era vulnerable a la invasión de la televisión. Ethel, por ejemplo, nunca sería para mi abuela la compañía que había sido Lydia, una oyente siempre atenta y apreciativa de sus comentarios casi constantes. Pero Ethel era del todo insensible: eficaz pero carente de inspiración, servicial pero pasiva. Dan Needham percibió que la falta de chispa de Ethel era lo que hacía que mi abuela se sintiera vieja; sin embargo, cada vez que le sugería que reemplazara a Ethel por una

persona más vivaz, mi abuela la defendía con una lealtad perruna. Los Wheelwright eran *snoobs* pero justos; los Wheelwright no despedían a sus sirvientes porque fuesen insulsos y aburridos. De modo que Ethel se quedó y mi abuela envejeció, demasiado inquieta para ser entretenida. También ella era vulnerable a la invasión de la televisión.

Germaine, que experimentaba un miedo cerval cuando mi abuela le leía —y le daba pánico leerle a ella—, tenía muy poco que hacer y dimitió. Los Wheelwright aceptan graciosamente las dimisiones, aunque yo lamenté que Germaine se fuera. El deseo que había provocado en mí —por desagradable que me hubiera parecido en su momento— era una pista de mi padre; más aún, las fantasías lujuriosas que despertó en mí, aunque pervertidas, me resultaban más entretenidas que cualquier cosa que pudiera oír por la radio.

Ahora que Lydia no estaba, y que yo pasaba la mitad de los días y las noches con Dan, mi abuela no necesitaba *dos* criadas; no había ninguna razón para reemplazar a Germaine: con Ethel era suficiente. Y una vez que se fue Germaine, yo también fui vulnerable a la invasión de la televisión.

—¿TU ABUELA TENDRÁ UN *TELEVISOR*? —preguntó Owen Meany. Los Meany no tenían televisión. Dan tampoco; votó contra Eisenhower en el 52 y se juró a sí mismo que no compraría un televisor mientras Ike fuera presidente. Ni siquiera los Eastman tenían televisor. Tío Alfred quería tenerlo, y Noah, Simon y Hester le suplicaban que lo comprara; pero en el territorio norteño la recepción todavía era deficiente, Sawyer Depot recibía principalmente nieve, y tía Martha se negaba a construir una torre para la antena; sería demasiado «antiestética», decía, aunque tío Alfred la deseaba tan ardientemente que le aseguró que construiría una torre capaz de interferir a los aviones que volaban bajo si con ello conseguía una buena recepción.

—¡Tendrás *televisión*! —me dijo Hester por teléfono, desde Sawyer Depot—. ¡Pilila afortunada! —Percibir su envidia me hizo estremecer.

Owen y yo no teníamos idea de los programas que daban en la televisión. Estábamos acostumbrados a la primera sesión de los sábados en el decrepito cine de Gravesend, que inexplicablemente se llamaba The Idaho, nunca supimos si por el distante estado del oeste o por la patata del mismo nombre. The Idaho tenía predilección por las películas de Tarzán y —cada vez más— por la épica bíblica. Owen y yo odiábamos estas últimas cintas: a sus ojos, eran SACRÍLEGAS, a los míos, eran aburridas. Owen también criticaba las de Tarzán.

—TANTO ESTÚPIDO COLUMPIARSE EN LAS LIANAS... QUE DICHO SEA DE PASO NUNCA SE ROMPEN. Y CADA VEZ QUE TARZÁN NADA, LE MANDAN A LOS CAIMANES O LOS COCODRILOS. DE HECHO, CREO QUE SIEMPRE ES EL MISMO CAIMÁN O COCODRILO; EL POBRE ANIMALITO ESTA ENTRENADO PARA LUCHAR CON TARZÁN. ¡PROBABLEMENTE LO

ADORA! Y SIEMPRE ES EL MISMO VIEJO ELEFANTE QUE SALE DE ESTAMPIDA... Y EL MISMO LEÓN, EL MISMO LEOPARDO, EL MISMO ESTÚPIDO JABALÍ VERRUGOSO. ¿Y COMO LO AGUANTA JANE? TARZÁN ES UN ESTÚPIDO, UN BURRO; LLEVA NO SE CUANTOS AÑOS CASADO CON ELLA Y TODAVÍA NO SABE HABLAR INGLÉS. ¡LA ESTÚPIDA CHIMPANCÉ ES MÁS INTELIGENTE! —decía Owen.

Pero los que lo enfadaban de verdad eran los pigmeos; le PONÍAN LA PIEL DE GALLINA. Se preguntaba si les darían trabajo en otras películas; le preocupaba que sus cerbatanas con dardos envenenados se popularizaran entre las BANDAS JUVENILES.

—¿Dónde? —preguntaba yo—. ¿Qué bandas juveniles?

—CON TODA PROBABILIDAD ESTÁN EN BOSTON —respondía.

No teníamos idea de qué podíamos esperar del televisor de mi abuela.

En 1954 quizá pasaban películas de pigmeos en Última Sesión, pero Owen y yo no tuvimos permiso para ver ese programa durante muchos años; mi abuela —pese a todo su amor por el esfuerzo y la reglamentación— no nos impuso ninguna otra regla televisiva. Por lo que sé, quizá todavía no daban Última Sesión en 1954; da igual. La cuestión es que mi abuela nunca ejerció la censura; creía, sencillamente, que Owen y yo debíamos acostarnos a una hora «decente». Ella veía televisión todo el día y toda la tarde; durante la cena me contaba —o le contaba a Owen, o a Dan, o incluso a Ethel— las necedades diurnas, y nos ofrecía una breve reseña de los absurdos disponibles para la noche. Por un lado, se convirtió en una esclava de la televisión; por el otro, expresaba su desprecio por casi todo lo que veía, y la energía desplegada en su indignación debió de sumar años a su vida. Detestaba la tele con tal pasión y agudeza, que verla y comentarla —a veces comentársela directamente a la pantalla— se convirtió en su *trabajo*.

No había manifestación de cultura contemporánea que no le indicara lo constante que era el declive del país, lo inmisericorde de nuestro deterioro mental y moral, lo velozmente global de nuestra decadencia definitiva. Nunca volví a verla con un libro entre las manos, pero se refería a ellos a menudo como si fueran altares y catedrales del saber que la televisión hubiese saqueado y luego abandonado.

En la televisión aparecían muchas cosas para las que Owen y yo no estábamos preparados; pero para lo que menos preparados estábamos era para la participación activa de mi abuela en casi todo lo que veíamos. En las raras ocasiones en que mirábamos la tele sin ella, nos sentíamos decepcionados; sin sus mordaces comentarios sobre la marcha, muy pocos programas mantenían nuestro interés. Cuando veíamos la televisión solos, Owen siempre decía:

—PUEDO OÍR LO QUE TU ABUELA DIRÍA DE ESTO.

Por supuesto, no hay alma —por seria que sea— que encuentre la muerte de la

cultura totalmente carente de entretenimiento; hasta mi abuela disfrutaba con un programa específico de la tele. Para mi gran sorpresa, Abuela y Owen eran espectadores devotos del *mismo* espectáculo; en el caso de mi abuela, era el *único* por el que sentía un amor acrítico; en el de Owen, era el predilecto entre los pocos programas que adoró en un principio.

La inverosímil figura que prendó los corazones rara vez acríticos de mi abuela y Owen fue la de un desfachatado seductor de muchedumbres, un vulgarizador musical que destrozaba a Chopin, a Mozart y a Debussy con exagerados floreos de dos o tres minutos en un piano que tocaba con sus dedos tachonados de diamantes. A veces interpretaba un piano transparente con tapa de cristal, y se enorgullecía en mencionar los cientos de miles de dólares que costaba su instrumento; uno de sus anillos de diamantes tenía forma de piano, y nunca se sentaba ante ninguno que no estuviese adornado con un recargado candelabro. En la infancia de la televisión, era un ídolo... sobre todo para las mujeres mayores que mi abuela y con la mitad de su educación; no obstante, ella y mi amigo lo idolatraban. Una vez había aparecido como solista en la Chicago Symphony, cuando sólo tenía catorce años, pero ahora —un treintañero de pelo ondulado— era un hombre más amante de lo visual que de la acústica. Usaba pieles que le llegaban al suelo y trajes con lentejuelas, metía sesenta mil dólares de chinchilla en un solo abrigo, tenía una chaqueta con galones de oro de veinticuatro quilates, usaba un smoking con botones de diamantes que deletreaban su nombre.

—¡LIBERACE! —gritaba Owen cada vez que lo veía; aparecía diez veces por semana en la tele. Era un ridículo pavo real de empalagosa voz femenina y hoyuelos tan profundos que podían haber sido obra de un martillo de boca esférica.

«¿Qué tal si desaparezco y me pongo algo más espectacular?», arrullaba. Cada vez que lo hacía, mi abuela y Owen rugían su aprobación; Liberace volvía a su piano después de cambiar las lentejuelas por plumas.

Supongo que Liberace fue un pionero de la androginia —preparando el terreno para estrafalarios ejemplares como Elton John y Boy George—, pero nunca entendí por qué gustaba tanto a Owen y a mi abuela. Indudablemente no por su música, pues corregía a Mozart con tal descaro que creías que estaba tocando «Mack the Knife»; dicho sea de paso, de vez en cuando también interpretaba «Mack the Knife».

—Quiere a su madre —decía mi abuela en defensa de Liberace; parecía ser verdad: no sólo alababa a su madre en la tele, sino que según las noticias, vivió con la anciana hasta que ésta murió... ¡en 1980!

—LE DIO TRABAJO A SU HERMANO —señalaba Owen—, Y NO CREO QUE GEORGE TENGA UN TALENTO ESPECIAL. —Y ciertamente George, el hermano silencioso, lo acompañó al violín hasta que dejó el número para convertirse en el conservador del Liberace Museum de Las Vegas, donde murió... ¡en 1983! ¿Pero de dónde sacó Owen la idea de que Liberace *tenía* un TALENTO ESPECIAL?

Para mí, su principal don era lo descaradamente que se divertía, y también su capacidad de reírse de sí mismo. Pero mi abuela y Owen Meany suspiraban por él tan históricamente como las señoras de pelo azulado que componían su público en el plató... sobre todo cuando el famoso imbécil bajaba a saltitos para *bailar* con ellas.

—¡Realmente le *gusta* la gente anciana! —decía maravillada mi abuela.

—¡NUNCA SERIA CAPAZ DE HACERLE DAÑO A NADIE! —decía admirado Owen Meany.

En aquellos tiempos yo creía que era un mariquita, pero un columnista londinense que hizo una insinuación semejante respecto a las preferencias sexuales de Liberace, perdió una querrela por difamación. (Esto ocurría en 1959; en el banquillo de los testigos, Liberace testimonió que era contrario a la homosexualidad. ¡Recuerdo cuánto aplaudieron Owen y mi abuela!)

Así, en 1954, mi exaltación por el novedoso televisor de 80 Front Street se vio atemperada por el desconcertante amor de mi abuela y Owen por Liberace. Me sentía totalmente excluido de su ridícula idolatría por un fenómeno tan cutre —mi madre *jamás* habría cantado con Liberace— y, como de costumbre, le fui con mis cuitas a Dan.

Dan Needham adoptaba una perspectiva creativa, a menudo positiva, de la desgracia; muchos profesores de las mejores escuelas secundarias, incluso, son fracasados encubiertos: hombres y mujeres perezosos cuya autoridad marginal sólo puede ser ejercida con adolescentes; pero Dan nunca fue uno de ellos. Nunca sabré si abrigaba la esperanza de jubilarse en Gravesend Academy cuando se enamoró de mi madre y se casó con ella; pero su pérdida y la reacción ante semejante injusticia, lo llevó a consagrarse al desarrollo de la educación del «muchacho integral» en formas que sobrepasaban incluso las metas arrogamente expresadas en el plan de estudios de la academia, donde el «muchacho integral» era el resultado propuesto por el programa de cuatro años. Dan se convirtió en el mejor de los profesores que pueden encontrarse en una escuela preparatoria: no sólo era un buen docente entusiasta, sino que estaba convencido de que era una penuria ser joven, que era más difícil ser adolescente que adulto, opinión no muy compartida entre los adultos, y rara vez entre los miembros del profesorado de una escuela privada (que con mayor frecuencia consideraban a sus alumnos como una «carga», como gamberros privilegiados que viajan en clase de lujo, mocosos malcriados necesitados de disciplina). Dan Needham, aunque en Gravesend Academy encontró muchos mocosos malcriados necesitados de disciplina, sentía más comprensión, sencillamente, por la gente menor de veinte años que por la de su propia edad y mayores, aunque incrementaba su comprensión en el caso de los ancianos, quienes (creía) estaban sufriendo una segunda adolescencia y (como los chicos de Gravesend) requerían cuidados especiales.



—Tu abuela está envejeciendo —me dijo Dan—. Ha sufrido pérdidas graves... su marido, tu madre. Y Lydia, aunque ninguna de las dos lo sabía, probablemente fue su más íntima amiga. Ethel no es mejor compañía que una boca de riego. Si tu abuela quiere a Liberace, no la culpes. ¡No seas tan *snob*! Si alguien la hace feliz, no te quejes.

Pero si era tolerable tener la edad de mi abuela y adorar a Liberace, me resultaba intolerable que Owen Meany adorara a esa afectada sonrisa de teclado de piano.

—Estoy harto de que Owen se crea tan inteligente —le dije a Dan—. Si lo es tanto, ¿cómo puede gustarle Liberace... a *su* edad?

—Owen *es* inteligente —replicó Dan—. Más aún de lo que él mismo cree. Pero *no es* mundano —agregó—. ¡Dios sabe con qué espantosas supersticiones ha crecido, teniendo en cuenta a su familia! Su padre es un misterio de incultura y nadie conoce la dimensión de los problemas mentales de su madre; su permanente estado lunático nos impide siquiera conjeturar hasta qué punto está tocada. Quizás a Owen le gusta Liberace porque es alguien que no podría existir en Gravesend. ¿Por qué cree que sería tan feliz en Sawyer Depot? Porque nunca ha estado allí.

Pensé que Dan tenía razón, pero sus teorías sobre Owen siempre eran demasiado abarcadoras. Cuando le conté que Owen seguía convencido de haber visto la fecha exacta de su propia muerte —y que se negaba a informarme de cuál era—, dejó en barbecho ese problema junto con las supersticiones a que sus padres lo habían sometido; yo no podía dejar de pensar que mi amigo era un ser más creativo, un ser más responsable.

Y si Dan era uno de los profesores bien dotados e infatigablemente generosos de la academia, su sincera devoción por la meta del «muchacho integral» puede haberlo eneguecido con respecto a los fallos de la escuela, y en especial de los muchos miembros fallados del cuerpo docente y de la administración. Dan creía que Gravesend Academy podía *rescatar* a alguien. Todo lo que Owen necesitaba era sobrevivir hasta tener edad suficiente para ingresar en la academia. Su inteligencia natural maduraría cuando se enfrentara a los retos académicos; sus supersticiones se disiparían en compañía de los estudiantes más mundanos. Como muchos pedagogos devotos, Dan Needham había hecho de la educación su religión; Owen Meany sólo carecía del estímulo social e intelectual que puede proporcionar una buena escuela. En Gravesend Academy, Dan estaba seguro, la influencia entre bruta y estúpida de sus padres desaparecería tan limpiamente como el mar, en Little Boar's Head, lavaba el polvo de granito de su cuerpo.

Tía Martha y tío Alfred no veían la hora de que Noah y Simon tuvieran edad suficiente para asistir a Gravesend Academy. Los Eastman, como Dan, creían en los poderes de una buena educación en una escuela privada; en el caso de Noah y Simon,

específicamente, creían en su capacidad de salvar a esos dos diablos del destino normal que aguardaba a los chicos del territorio norteño: el matrimonio entre la conducción a toda velocidad por los caminos comarcales y la cerveza; las chicas del aparcamiento en los asientos traseros de los coches, chicas que conspiraban exitosamente para quedar embarazadas antes de su graduación en la segunda enseñanza. Como muchos adolescentes a los que envían a escuelas privadas de otras ciudades, mis primos Noah y Simon poseían un desenfreno imposible de ser contenido en sus hogares o en sus comunidades; tenían aristas peligrosas que era necesario limar. Todos sospechaban que los rigores de una buena escuela tendrían el deseado efecto amortiguador en Noah y Simon; Gravesend Academy los asaltaría con una multitud de demandas nuevas, de niveles imposibles. El mero volumen (si no el valor) de los deberes los agotaría, y todo el mundo sabía que un chico agotado es un chico más seguro; la entumecedora rutina, la atención estricta que hay que prestar a los códigos del buen vestir, las regulaciones referentes únicamente a los encuentros más ocasionales y acompañados con el sexo femenino... sin la menor duda todo esto los civilizaría. Aún sigue siendo un misterio para mí la razón por la que tía Martha y tío Alfred estaban menos preocupados por civilizar a Hester.

Que en aquellos tiempos Gravesend Academy no admitiera chicas no debió de influir en la decisión de los Eastman de enviar o no a Hester a una escuela privada; había montones de escuelas privadas para niñas, y Hester necesitaba ser rescatada de su desenfreno (y de los rituales rurales del territorio norteño correspondientes a su sexo) tanto como Noah y Simon. Pero en aquel interregno —cuando Noah y Simon, Owen y yo esperábamos a tener edad suficiente para asistir a la academia— Hester comenzó a resentirse de que no se hicieran planes para su salvación. La idea de que no necesitaba ser rescatada debió de ser un insulto para ella; la noción de que mis tíos la consideraran insalvable debió de herirla de alguna otra manera.

—SEA COMO FUERE —decía Owen Meany—, FUE ENTONCES CUANDO HESTER SE PUSO EN PIE DE GUERRA.

—¿Qué guerra? —preguntaba mi abuela a Owen, pero él y yo nos cuidábamos muy mucho de hablar de Hester con ella.

Un nuevo vínculo se desarrolló entre Owen y mi abuela gracias a Liberace; también veían juntos muchas películas viejas y se estimulaban mutuamente con los habituales comentarios. Fue el aprecio de mi abuela por los comentarios de Owen, tan plagados de quejas como los suyos, lo que la llevó al convencimiento de que mi amigo tenía «madera» para Gravesend Academy.

—¿Qué quieres decir con eso de que piensas que «podrías no ir» a la academia? —le preguntó.

—BIEN, SE QUE INGRESARE... Y TAMBIÉN QUE ME DARÁN UNA BECA COMPLETA —dijo Owen.

—¡Por supuesto! —exclamó mi abuela.

—PERO NO TENGO LA ROPA ADECUADA —agregó Owen—. MONTONES DE CHAQUETAS Y CORBATAS, CAMISAS DE VESTIR, ZAPATOS.

—¿Quieres decir que no los hay de tu talla? —le preguntó mi abuela—. ¡Pamplinas! Basta ir a las tiendas adecuadas.

—QUIERO DECIR QUE MIS PADRES NO PUEDEN PERMITIRSE ESOS LUJOS —declaró Owen.

Estábamos viendo una vieja película de Alan Ladd en Primera Sesión. Se titulaba *Cita con el peligro*, y Owen consideraba ridículo que todos los hombres de Gary, Indiana, usaran traje y sombrero.

—Solían usarlos *aquí* —dijo mi abuela, aunque probablemente nunca los habían llevado en la Meany Granite Quarry.

Jack Webb, antes de ser el poli bueno de *Dragnet*, había sido el malo en *Cita con el peligro*; entre otros empeños, estaba intentando asesinar a una monja, lo que puso la piel de gallina a Owen.

La película también puso la piel de gallina a mi abuela, porque recordó que la había visto en *The Idaho* en 1951... con mi madre.

—A la monja no le pasará nada, Owen —le dijo.

—NO ES LA IDEA DE ASESINARLA LO QUE ME AFECTA —explicó Owen—. ES LA IDEA DE LAS MONJAS EN GENERAL.

—Entiendo lo que quieres decir —apostilló mi abuela: ella también albergaba sus recelos con respecto a los católicos.

—¿CUANTO COSTARÍA UN PAR DE TRAJES Y UN PAR DE CHAQUETAS Y UN PAR DE PARES DE PANTALONES DE VESTIR, Y CAMISAS, Y CORBATAS, Y ZAPATOS...? YA SABE, TODO LO QUE HAY QUE TENER.

—Yo misma te llevaré de compras —le dijo mi abuela—. Deja que yo me preocupe por el precio. Nadie tiene por qué saber cuánto cuesta.

—TAL VEZ DE MI TAMAÑO NO SEA TAN CARO —dijo Owen.

Y así —aun sin el incentivo de mi madre—, Owen Meany estuvo de acuerdo en que tenía «madera» para Gravesend Academy. La academia también estuvo de acuerdo. Incluso sin la recomendación de Dan Needham, habrían aceptado a Owen con una beca completa; obviamente la necesitaba y había obtenido las máximas calificaciones en todas las asignaturas en los cursos elementales del instituto. El problema era —aunque Dan Needham me había adoptado legalmente y por tanto yo tenía la condición privilegiada de hijo de un profesor— que la academia se resistía a aceptarme. Mi rendimiento en la escuela secundaria elemental era tan mediocre que los funcionarios de admisión de la academia aconsejaron a Dan que me hiciera asistir al noveno curso en el instituto de Gravesend; la academia me admitiría en *su* noveno curso al año siguiente... cuando, dijeron, sería más fácil para mí adaptarme porque

estaría repitiendo el curso.

Así, antes de que mi abuela llevara a Owen de compras para su vestuario de la academia, mi amigo anunció su decisión de asistir al noveno curso del instituto de Gravesend. Se quedaría conmigo; ingresaría en la academia al año siguiente; podría haberse saltado un grado, pero se ofreció voluntariamente a repetir el noveno curso conmigo. Dan convenció a las autoridades de que aunque Owen estaba académicamente bastante adelantado, también sería bueno para él repetir un curso, ser un año mayor cuando hiciera el noveno, «a causa de su inmadurez física», argumentó Dan. Cuando los funcionarios de admisión conocieron a Owen, coincidieron plenamente con Dan, por supuesto: no sabían que un año mayor, en el caso de Owen, no significaba un año *más grande*. Dan y mi abuela se sintieron muy conmovidos por la lealtad de Owen conmigo; Hester, naturalmente, etiquetó su conducta de «maricona»; yo lo adoré, por supuesto, y le agradecí su sacrificio... pero en el fondo me resentí del poder que tenía sobre mí.

—NO LO PIENSES MÁS —me dijo— SOMOS CAMARADAS, ¿VERDAD? ¿PARA QUE ESTÁN LOS AMIGOS? NUNCA TE ABANDONARE.

Toronto: 5 de febrero de 1987. Ayer murió Liberace; tenía sesenta y siete años. Sus admiradores permanecieron al raso, a la luz de las velas, a las puertas de su mansión de Palm Springs, que antes había sido un convento. ¿*Esto* no le habría puesto la piel de gallina a Owen? Liberace había modificado su antigua oposición a la homosexualidad. «Si te lo puedes montar con unas gallinas, estás en todo tu derecho», había dicho. Sin embargo, negó los alegatos de un juicio de 1982 según los cuales había pagado los servicios sexuales de un empleado del sexo masculino, un antiguo valet y chofer residente. Hubo un acuerdo extrajudicial. Y el representante de Liberace negó que éste hubiese sido víctima del SIDA; la reciente pérdida de peso de su cliente era resultado, dijo el representante, de una dieta exclusivamente a base de sandía.

¿Qué habrían dicho de eso mi abuela y Owen Meany?

«¡LIBERACE!», habría gritado Owen. «¿QUIEN LO HUBIERA DICHO? ¡A LIBERACE LO MATARON LAS SANDIAS!».

Llegó el día de Acción de Gracias de 1954 antes de que mis primos visitaran Gravesend y vieran con sus propios ojos el televisor de mi abuela en 80 Front Street. Noah había entrado en la academia ese otoño, de modo que algún fin de semana había visto televisión con Owen y conmigo, pero ningún juicio sobre la cultura que nos rodeaba podía ser completo sin la aprobación automática por parte de Simon de toda forma concebible de entretenimiento, y sin la desaprobación igualmente

automática de Hester.

—¡Cojonuda! —opinó Simon; también pensaba que Liberace era «cojo— nudo».

—Pura mierda —dictaminó Hester—. Hasta que todo salga en color, y el color sea perfecto, no vale la pena mirar la tele —pero se impresionó por la energía de las constantes críticas de mi abuela a casi todo lo que veía; ese era el estilo que Hester trataba de imitar, porque incluso valía la pena ver «mierda» si te daba la oportunidad de discutir qué *clase* de mierda era.

Todo el mundo coincidía en que los pases de películas eran más interesantes que los programas televisivos propiamente dichos; sin embargo, en opinión de Hester, los films seleccionados eran «demasiado viejos». A mi abuela le gustaba que fueran viejos —«¡Cuanto más viejos mejor!»— pero le disgustaban casi todas las luminarias. Después de ver *El capitán Blood*, anunció que Errol Flynn «no tiene sesos, es puro pecho»; Hester dictaminó que Olivia de Havilland tenía «ojos de vaca». Owen sugirió que todas las películas de piratas eran iguales.

—¡ESTÚPIDA ESGRIMA! —dijo—. ¡Y FIJATE EN LA ROPA QUE USAN! SI VAS A COMBATIR CON ESPADAS, ES UNA IMBECILIDAD USAR CAMISAS HOLGADAS. ¡ES OBVIO QUE QUEDARAN LLENAS DE TAJOS!

Mi abuela se quejaba de que la elección de películas ni siquiera era «estacional». ¿Qué sentido tenía pasar *Ocurre todas las primaveras* en noviembre? Nadie piensa en el béisbol la semana de Acción de Gracias, y *Ocurre todas las primaveras* es una película de béisbol tan *estúpida* que creo que podría verla todas las noches sin que me recordara la muerte de mi madre. Ray Milland es un profesor universitario que se convierte en un jugador de béisbol profesional después de descubrir una fórmula que repele la madera. ¿Cómo puede esto recordarle a nadie algo *real*?

—Francamente, ¿quién inventa estas cosas? —preguntó mi abuela.

—Unos cabezas de chorlito —dijo Hester, que día a día ampliaba su vocabulario.

No podíamos saber si Gravesend Academy había iniciado el proceso de salvar a Noah de sí mismo; era Simon quien parecía manso, tal vez porque había echado de menos a su hermano durante el otoño y estaba abrumado por la instantánea renovación de su rivalidad atlética. Noah estaba pasando por considerables dificultades en sus estudios y Dan Needham sostuvo largas conversaciones íntimas con mis tíos Alfred y Martha. Los Eastman decidieron que Noah estaba intelectualmente exhausto; la familia pasaría las vacaciones de Navidad en alguna playa del Caribe, para que se recuperara.

—¡EN EL RELAJANTE ESCENARIO DE *EL CAPITÁN BLOOD*! —observó Owen.

Le decepcionó que los Eastman pasaran las navidades en el Caribe; otra oportunidad de visitar Sawyer Depot se le había escapado de las manos.

Después de Acción de Gracias, Owen estaba deprimido; como yo, pensaba en

Hester. Fuimos a The Idaho por el precio habitual a la primera sesión de los sábados, dos películas: *El tesoro del cóndor de oro*, en la que Cornel Wilde es un gallardo francés dieciochesco que busca riquezas mayas ocultas en Guatemala; y *Redoble de tambores*, en la que Alan Ladd es un vaquero y Audrey Dalton una india. Entre historias de antiguos tesoros y fiestas espectaculares, para Owen y para mí estaba reiteradamente claro que vivíamos en una época aburrida, que la aventura siempre se presentaba en otro sitio y tiempo atrás. Tarzán encajaba en esta fórmula, lo mismo que las temibles épicas bíblicas. Éstas, en combinación con las experiencias de Owen en el Nacimiento, contribuyeron a la novedosa personalidad sombría e introvertida que presentó al mundo en Christ Church.

El hecho de que a los Wiggin les hubiese gustado realmente *La túnica sagrada*, decidió a Owen: fuese o no a Sawyer Depot para Navidad, jamás participaría en otro Nacimiento. Estoy seguro de que su decisión no preocupó demasiado a los Wiggin, pero él siguió implacable con el tema de la épica bíblica en general y de *La túnica sagrada* en particular. Aunque pensaba que Jean Simmons era «BONITA, COMO HESTER», también opinaba que Audrey Dalton —en *Redoble de tambores*— era «COMO HESTER SI HESTER FUESE INDIA». Yo no veía ningún parecido, salvo que las tres tenían cabellos oscuros.

Para ser justos, *La túnica sagrada* nos había atacado con fuerza especial una tarde de sábado, en The Idaho; mi madre había muerto hacía menos de un año, y no nos reconfortó ver que Richard Burton y Jean Simmons fueran hacia la muerte tan *contentos*. Además, daban la impresión de salir de la película y de la vida misma ascendiendo a los cielos. Esto era especialmente ofensivo. Richard Burton es un tribuno romano que se convierte al cristianismo después de crucificar a Cristo; tanto él como Jean Simmons se turnan para aferrar la *túnica* del hijo de Dios.

—¡CUANTO REVUELO POR UNA MANTA! —comentó Owen—. ¡ES TAN CATÓLICO PONERSE RELIGIOSO CON LOS OBJETOS!

Este era un tema constante en Owen: los católicos y su idolatría por los OBJETOS. Sin embargo, era famosa su costumbre de coleccionar objetos que él volvía (a su manera) RELIGIOSOS: me bastaba recordar las garras del armadillo. En Gravesend, el objeto que atraía el mayor desdén de Owen era la estatua de piedra de María Magdalena, la prostituta reformada que custodiaba el patio de juegos de la escuela parroquial de St. Michael. La estatua de tamaño natural se alzaba en una arcada de cemento sin sentido, «sin sentido» porque no conducía a ningún lado; era un portal sin lugar al que ser admitido, era una entrada sin casa. La arcada, y la misma María Magdalena, miraban desde lo alto del macadán lleno de baches del patio, una superficie demasiado quebrada para regatear un balón; los aros de encestar, inclinados y oxidados, tiempo atrás habían sido despojados de sus redes y las líneas que delimitaban el campo estaban borradas o desgastadas por la arena.

Era un patio de juegos desoladamente desatendido los fines de semana y en las vacaciones escolares; se usaba estrictamente para los recreos en días de clase, cuando los alumnos de la parroquia merodeaban por allí, sin sentirse estimulados a jugar. La severa mirada de María Magdalena era una reprimenda para ellos; su antiguo oficio y su tajante reforma los avergonzaba. Porque aunque el patio reflejara un deterioro impenitente, la estatua propiamente dicha era encalada todas las primaveras, e incluso en los días más grises y desapacibles —pese a estar moteada aquí y allá con cagadas de pajaritos y alguna mancha de profanación humana—, María Magdalena atraía y reflejaba más luz que cualquier otro objeto o persona presente en St. Michael.

Owen consideraba la escuela como una cárcel de la que se había salvado por los pelos; si sus padres no hubieran RENUNCIADO al catolicismo, habría asistido a la escuela de St. Michael. Allí flotaba una fría atmósfera de reformatorio; su vida estaba puntuada por los sonidos de una gasolinera colindante: el timbre que anunciaba la llegada y partida de vehículos, el correr de los surtidores de gasolina y el múltiple estrépito de los mecánicos trabajando en los pozos.

Con este fondo infernal, incivil e incordiante, la pétrea María Magdalena montaba guardia; bajo su excéntrica arcada de cemento, a veces parecía atender una barbacoa compleja pero de manufactura toscamente casera; otras veces parecía una guardameta que hacía equilibrios en la portería.

Por supuesto, ningún católico le habría lanzado una pelota ni un disco, ni ningún otro proyectil; si algún alumno se hubiese visto tentado a hacerlo, la torva presencia vigilante de las monjas lo habría desalentado. Y aunque la Iglesia Católica de Gravesend estaba en otro paraje de la ciudad, el mezquino cuchitril donde vivían las monjas y algunas maestras de St. Michael estaba situado como un cuartel de guardias en una esquina del patio... íntegramente a la vista de María Magdalena. Si algún protestante de paso por allí se sentía inclinado a hacer un pequeño gesto irrespetuoso a la estatua, las vigilantes monjas salían de su cuartel como moscas... haciendo aletear sus hábitos negros con el desafiante rencor de los cuervos.

Owen tenía miedo de las monjas.

—SON ANTINATURALES —decía, pero yo pensaba que nada podía ser más ANTINATURAL que el estridente falsete del Ratón de Granito ni su imponente presencia, totalmente desproporcionada con su diminuto tamaño.

Todos los otoños, los castaños de Indias que se extendían entre Tan Lane y Garfield Street producían muchos misiles lisos y duros, de color marrón oscuro; era inevitable que Owen y yo pasáramos junto a la estatua de María Magdalena con los bolsillos llenos de castañas. A pesar de su miedo a las monjas, Owen no podía resistirse al blanco que presentaba la santa guardameta; yo tenía más puntería, pero él arrojaba las castañas con más fervor. Apenas dejábamos marcas en la túnica de María Magdalena —que llegaba al suelo—, en su afable cara nevada, en sus manos abiertas,

extendidas en aparente actitud de súplica. Sin embargo las monjas, con una furia que sólo puede explicar la persecución religiosa, nos acosaban; su seguimiento era errático, sus chillidos como gritos de murciélagos sorprendidos por la luz del sol. Owen y yo no teníamos ningún problema para correr más deprisa que ellas.

—¡PINGÜINOS! —gritaba Owen sin dejar de correr; todo el mundo llamaba «pingüinos» a las monjas. Subíamos por Cass Street hasta las vías del tren y por ellas seguíamos hasta las afueras. Antes de llegar a Maiden Hill, o a las canteras, pasábamos por la granja Fort Rock y lanzábamos las castañas que nos quedaban contra el ganado angus negro que pastaba; pese a sus amenazantes dimensiones y a tener los labios y las lenguas azules, las vacas negras no nos acosaban con tanto entusiasmo como los pingüinos, que siempre renunciaban a su persecución antes de Cass Street.

Y todas las primaveras, el pantano que corría entre Tan Lane y Garfield Street producía un vivero de renacuajos y sapos. ¿Hay alguien que no te haya dicho que los chicos de cierta edad son crueles? Llenábamos una lata de pelotas de tenis con renacuajos y —al amparo de la oscuridad— los vertíamos sobre los pies de María Magdalena. Los renacuajos —aquellos que no se convertían inmediatamente en sapos— se secaban y morían allí. Incluso matábamos sapos y con muy poca delicadeza colocábamos sus cuerpos mutilados en las palmas de la santa guardameta, manchándola con sangre de anfibio coagulada. ¡Que Dios nos perdone! Sólo fuimos tan delincuentes los pocos años de adolescencia anteriores a que Gravesend Academy pudiera salvarnos de nosotros mismos.

En la primavera del 57, Owen fue especialmente destructivo con la impotente vida pantanosa de Gravesend y con María Magdalena; poco antes de Pascua habíamos ido a The Idaho, donde soportamos de cabo a rabo *Los diez mandamientos*, de Cecil B. DeMille: la vida de Moisés, encarnada por Charlton Heston, que lucía diversos cambios de vestuario y peinados radicales.

—OTRA PELÍCULA CON TETILLAS MASCULINAS —dijo Owen; por cierto, además de Charlton Heston, hay evidencias de que Yul Brynner, John Derek, e incluso Edward G. Robinson también tenían tetillas.

Que The Idaho pasara *Los diez mandamientos* tan cerca de Pascua era otro ejemplo de lo que mi abuela llamaba el mal gusto «estacional» de casi todos los que tenían algo que ver con el mundo del espectáculo; que debiéramos ver el éxodo del pueblo elegido la víspera de la Pasión y Resurrección de nuestro Señor era escandaloso.

—¡TODO EL RIGOR DEL ANTIGUO TESTAMENTO CUANDO TENDRÍAMOS QUE ESTAR PENSANDO EN JESÚS! —se horrorizó Owen. La separación del Mar Rojo lo ofendía especialmente—. ¡NO SE PUEDE COGER UN MILAGRO Y MOSTRARLO, SENCILLAMENTE! —exclamó, indignado—. NO



PUEDES PROBAR UN MILAGRO... TIENES QUE CREERLO, SENCILLAMENTE. Y SI LAS AGUAS DEL MAR ROJO SE ABRIERON REALMENTE, NO TENÍAN ESE ASPECTO. FUE ALGO QUE NO SE PARECE A NADA. ES UNA IMAGEN QUE NI SIQUIERA PUEDE IMAGINARSE.

Pero no había ninguna lógica en su indignación. Si *Los diez mandamientos* le molestaba, ¿por qué arremetía contra María Magdalena y un puñado de sapos y renacuajos?

En los años anteriores a nuestra asistencia a Gravesend Academy, Owen y yo fuimos educados —principalmente— por lo que veíamos en The Idaho y en el televisor de mi abuela. ¿Quién no ha sido «educado» con método tan chapucero? ¿Quién puede culpar a Owen por su reacción ante *Los diez mandamientos*? ¡Casi cualquier reacción sería preferible a *creerla*! Pero si bien una película tan estúpida como *Los diez mandamientos* logró que Owen Meany matara sapos arrojándoselos a María Magdalena, una interpretación tan convincente como la de Bette Davis en *Amarga victoria* también era capaz de persuadirlo de que tenía un tumor cerebral.

Al principio, Bette Davis se está muriendo y no lo sabe. Su médico y mejor amigo no quiere decírselo.

—¡DEBERÍAN INFORMÁRSELO INMEDIATAMENTE! —exclamó Owen, angustiado. George Brent hacía el papel del médico.

—Ese hombre nunca hace nada bien —observó mi abuela.

Humphrey Bogart es un mozo de cuadra que habla con acento irlandés. Corrían las navidades del 56 y estábamos viendo una película de 1939; fue la primera vez que mi abuela nos permitió quedarnos a ver *Última Sesión*... al menos *creo* que era *Última Sesión*. Después de cierta hora —o toda vez que ella comenzaba a sentirse cansada, fuese la hora que fuese—, mi abuela *llamaba* a todo *Última Sesión*. Se apiadó de nosotros porque los Eastman estaban pasando otra Navidad en el Caribe; para mí, Sawyer Depot era un placer que se perdía en el pasado; para Owen se estaba convirtiendo en una pura expresión de deseos.

—Humphrey Bogart podría aprender mejor el acento irlandés —se quejó mi abuela.

Dan Needham afirmó que no le daría un papel a George Brent en una producción de los Gravesend Players; Owen Meany agregó que Mr. Fish habría hecho un papel de médico de Bette Davis más creíble, pero mi abuela argumentó que «Mr. Fish habría estado demasiado ocupado como marido de Bette Davis», el médico que finalmente llega a ser su marido.

—*Cualquiera* estaría muy ocupado como marido de Bette Davis —observó Dan.

A Owen le pareció una crueldad que Bette Davis tuviera que descubrir sola que se estaba muriendo; pero *Amarga victoria* es una de esas películas que presume de instructiva sobre la cuestión del buen morir. Vemos que Bette Davis acepta

graciosamente su sino; se muda a Vermont con George Brent y se dedica a la jardinería, viviendo alegremente el hecho de que algún día, de pronto, llegará la oscuridad.

—¡ESTO ES MUY TRISTE! —gritó Owen—. ¿CÓMO PUEDE NO PENSAR EN ELLO?

Ronald Reagan es un insípido joven borrachín.

—Tendría que haberse casado con *él* —dijo mi abuela—. Ella se está muriendo y él ya está muerto.

Owen dijo que reconocía en él los síntomas del tumor incurable de Bette Davis.

—Owen, tú *no* tienes ningún tumor cerebral —le respondió Dan Needham.

—¡Bette Davis tampoco! —dijo mi abuela—. Pero creo que Ronald Reagan sí.

—Y tal vez George Brent —apuntó Dan.

—**TODOS HABÉIS VISTO LA PARTE EN QUE SE LE EMPAÑA LA VISIÓN** —insistió Owen— **BIEN, A VECES A MÍ SE ME NUBLA... COMO A BETTE DAVIS.**

—Tendrías que hacerte un examen de la vista, Owen —le aconsejó Abuela.

—¡Tú *no* tienes ningún tumor cerebral! —repitió Dan Needham.

—**ALGO TENGO** —concluyó Owen Meany.

Además de ver televisión, Owen y yo pasábamos muchas noches entre bastidores con los Gravesend Players, aunque rara vez mirábamos la función; observábamos al público... repoblábamos las gradas del partido de liguilla del verano del 53; poco a poco, se llenaba la tribuna. No teníamos ninguna duda sobre la ubicación exacta de los Kenmore ni de los Dowling; Owen no compartía mi idea de que Maureen Early y Caroline O'Day estaban en la fila más alta, él las VEÍA más cerca de las primeras filas. Y no podíamos ponernos de acuerdo con respecto a los Brinker-Smith.

—¡LOS INGLESES NUNCA VAN AL BÉISBOL! —decía Owen.

Pero yo siempre tuve buen ojo para la legendaria voluptuosidad de Ginger Brinker-Smith; discutía que había estado allí, que la «veía».

—**NO HABRÍAS MIRADO DOS VECES SI ELLA HUBIESE ESTADO EN LAS GRADAS... NO AQUEL VERANO** —insistía Owen— **ERAS DEMASIADO JOVEN Y ADEMÁS ELLA ACABABA DE TENER A LOS GEMELOS, ESTABA HECHA UN ASCO.**

Sugerí a Owen que tenía prejuicios contra los Brinker-Smith desde que su vigorosa forma de hacer el amor lo había vapuleado debajo de la cama; pero en general estábamos de acuerdo en quiénes habían asistido al partido y dónde estaban sentados. El cartero Morrison, estábamos seguros, nunca había visto un partido; la pobre Mrs. Merrill —pese al cariño con que la temporada de béisbol debía recordarle el clima perpetuo de su California natal— nunca fue aficionada. No estábamos seguros respecto del reverendo Mr. Merrill, pero decidimos que no, en virtud de que

rara vez lo habíamos visto sin su mujer. Teníamos la certeza de que los Wiggin *no* estaban presentes; solían asistir, pero evidenciaban un entusiasmo tan chabacano tras cada lanzamiento que si aquel día hubiesen presenciado el partido, los habríamos notado. Dado que era una época en que Barb Wiggin todavía consideraba «mono» a Owen, se habría precipitado a consolarlo por su desafortunado contacto con la predestinada pelota... y el rector Wiggin habría mamarracheado algún rito sobre la figura postrada de mi madre, o habría golpeado mis temblorosos hombros con camaradería varonil. Como dijo Owen:

—SI LOS WIGGIN HUBIESEN ESTADO PRESENTES, HABRÍAN MONTADO UN ESPECTÁCULO DE SI MISMOS. ¡NUNCA LO HABRÍAMOS OLVIDADO!

Pese a lo apasionante que es *cualquier* búsqueda de un padre ausente —aunque el método sea tonto—, Owen y yo tuvimos que reconocer que, de momento, habíamos descubierto a un número más bien escaso y poco interesante de forofos del béisbol. No se nos ocurrió considerar si los ardientes seguidores de la liguilla local eran también espectadores asiduos de los Gravesend Players.

—HAY ALGO QUE NUNCA DEBES OLVIDAR —me dijo Owen—. ERA UNA BUENA MADRE. SI PENSABA QUE EL TIPO PODÍA SER UN BUEN PADRE PARA TI, YA LO HABRÍAS CONOCIDO.

—Pareces muy seguro.

—SOLO TE ESTOY HACIENDO UNA ADVERTENCIA —prosiguió—. ES EMOCIONANTE BUSCAR A TU PADRE, PERO NO ESPERES SENTIRTE EMOCIONADO CUANDO LO ENCUENTRES. ¡ABRIGO LA ESPERANZA DE QUE NO ESTES BUSCANDO A OTRO DAN!

No sabía si así era, pero pensaba que Owen presumía demasiado. Lo que sí sabía es que *era* emocionante buscar a mi padre.

La CONEXIÓN LUJURIA, como la llamaba Owen, también contribuyó a nuestro progresivo entusiasmo por la CAZA DEL PADRE, como llamaba Owen al conjunto de nuestra empresa.

—CADA VEZ QUE SE TE PONGA TIESA, TRATA DE PENSAR SI TE RECUERDA A ALGÚN CONOCIDO —fue su interesante consejo sobre la cuestión de que mi lujuria era el correlato más determinante con mi padre ignoto.

Hablando de lujuria, yo esperaba ver más a Hester, ahora que Noah y Simon asistían a Gravesend Academy. Pero de hecho, la veía menos. Las dificultades académicas de Noah lo habían obligado a repetir un curso; el primer año de Simon había sido más regular, probablemente porque le conmovía que hubiesen degradado a Noah a *su* curso. En la Navidad del 57, los dos cursaban primero en Gravesend... y estaban tan inmersos en lo que Owen y yo nos figurábamos que eran las actividades más sofisticadas de la vida en una escuela privada, que apenas los veía más que a

Hester. Era raro que Noah y Simon no se aburriesen tanto en la academia como para visitar 80 Front Street, ni siquiera los fines de semana, que cada vez más a menudo pasaban con sus indudablemente más exóticos condiscípulos. Owen y yo suponíamos que nosotros éramos demasiado inmaduros a sus ojos.

Evidentemente éramos demasiado inmaduros para Hester, que —en respuesta a que Noah se viera obligado a repetir un curso— había logrado que la ascendieran. Tropezó con muy pocas dificultades académicas en la escuela secundaria de Sawyer Depot donde —imaginábamos Owen y yo—, aterrorizaba por igual a profesores y estudiantes. Probablemente le había costado algún esfuerzo saltarse un grado, motivada como siempre por desbancar a sus hermanos. O sea que estaba previsto que mis tres primos se graduaran en la promoción del 59, momento en que Owen y yo estaríamos concluyendo nuestro primer y modesto noveno curso en la academia; *nosotros* nos graduaríamos en el 62. Para mí era humillante; había abrigado la esperanza de que algún día me sentiría más a la altura de mis exultantes primos, pero ahora sentía que estaba más lejos de ellos que nunca. En especial Hester parecía fuera de mi alcance.

—BIEN, *ES TU PRIMA, DEBE ESTAR MÁS ALLÁ DE TU ALCANCE* —me dijo Owen—. *ADEMAS, ES PELIGROSA... PROBABLEMENTE TIENES SUERTE DE QUE ESTE FUERA DE TU ALCANCE. NO OBSTANTE* —añadió—, *SI REALMENTE TE CHIFLA, CREO QUE FUNCIONARA: HESTER ES CAPAZ DE CUALQUIER COSA CON TAL DE VOLVER LOCOS A SUS PADRES. ¡HASTA ES CAPAZ DE CASARSE CONTIGO!*

—¡*Casarse* conmigo! —grité; la idea de *casarme* con Hester me ponía la piel de gallina.

—BIEN, *ESO VOLVERÁ LOCOS A SUS PADRES, ¿VERDAD?* —me preguntó Owen.

Era verdad y Owen tenía razón: Hester estaba obsesionada por volver locos a sus padres... y a sus hermanos. Llevarlos a la locura era el castigo que merecían por tratarla «como a una niña»; según Hester, Sawyer Depot era «el paraíso de los varones»; mi tía Martha era una «esquirol de la condición femenina», se inclinaba ante la noción de tío Alfred de que los *varones* necesitaban una educación de escuela privada, de que los *varones* tenían que «expandir sus horizontes». Hester expandiría sus propios horizontes en direcciones concebidas para educar a sus padres respecto de los errores de su proceder. En cuanto a la idea de Owen de que Hester llegaría al extremo de casarse con su propio primo, si con eso lograba dar un golpe educativo a sus padres, para mí era inconcebible.

—No creo que ni siquiera le *guste* a Hester —dije a Owen, que se encogió de hombros.

—*LA CUESTIÓN* —dijo él— *ES QUE NO NECESARIAMENTE SE*

## CASARÍA CONTIGO PORQUE LE *GUSTARAS*.

A todo esto, ni siquiera logramos que nos invitaran a Sawyer Depot para Navidad. Después de las vacaciones en el Caribe, los Eastman habían decidido quedarse en casa para las Pascuas del 57; se elevaron nuestras esperanzas pero —¡ay!— rápidamente se desvanecieron: no nos invitaron a Sawyer Depot. La razón por la que los Eastman no irían al Caribe era que Hester había estado manteniendo correspondencia con un barquero negro que le había propuesto un encuentro en las Islas Vírgenes británicas; Hester se había liado con ese barquero negro la Navidad anterior, en Tórtola... ¡cuando sólo tenía quince años! Por supuesto, nadie nos aclaró a Owen y a mí *cómo* se había «liado»; tuvimos que confiar en los fragmentos de la historia que tía Martha había transmitido a Dan, considerablemente más de lo que había informado a mi abuela, quien manifestaba que un marinero había «echado un tiento» a la pobre Hester, ejercicio de crudeza que había llevado a mi prima a *querer* quedarse en casa. En realidad, Hester amenazaba con escapar a Tórtola. No les dirigía la palabra a Noah y Simon, quienes habían mostrado las cartas del barquero negro a tío Alfred y tía Martha, y quienes la habían decepcionado encarnizadamente no presentándole a uno solo de sus amigos de Gravesend Academy.

Dan Needham describió la situación al estilo de un titular: «¡Traumas Adolescentes Desbocados en Sawyer Depot!». Nos sugirió, a Owen y a mí, que más nos valía no meternos con Hester. ¡Cuánta razón tenía! Pero cuánto *deseábamos* enredarnos en la emocionante sordidez de la vida real en que, sospechábamos, andaba metida Hester. Gracias a la televisión y las películas, Owen y yo estábamos en una etapa de vida exclusivamente vicaria. Cualquier necedad sórdida nos excitaba si nos ponía en contacto con el amor.

Lo más cerca del amor a que llegamos Owen Meany y yo fue un asiento en la primera fila de *The Idaho*. Aquella Navidad del 57, teníamos quince años; nos dijimos que estábamos enamorados de Audrey Hepburn, la tímida empleada de librería de *Una cara con ángel*, pero *deseábamos* a Hester. Lo que nos quedó fue una sensación de lo poco que debíamos valer en la esfera del amor; nos sentíamos más imbéciles que Fred Astaire bailando con su gabardina. ¡Y cuánto nos preocupaba que el sofisticado mundo de Gravesend Academy nos estimara menos aún de lo que nosotros mismos nos apreciábamos!

Toronto: 12 de abril de 1987: un Domingo de Ramos lluvioso. No se trata de una cálida llovizna primaveral, de una precipitación «estacional», como le gustaba decir a mi abuela. Cae un frío aguacero, es un día adecuado para la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. En Grace Church on-the-Hill, los niños y los acólitos permanecían apiñados en el nártex; con sus palmas, parecían turistas que habían aterrizado inoportunamente en el trópico un día muy frío. El organista eligió a Brahms para el

procesional: «*O Welt ich muss dich lassen*» [Oh, mundo, he de dejarte].

Owen detestaba el Domingo de Ramos: la traición de Judas, la cobardía de Pedro, la debilidad de Pilatos.

—YA FUE BASTANTE MALO QUE LO CRUCIFICARAN —decía—, PERO ES QUE ADEMÁS SE RIERON DE ÉL.

El canónigo Mackie leyó un buen trozo de Mateo: cómo se burlaron de Jesús, cómo le escupieron, cómo gritó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

La Semana Santa me parece agotadora; aunque he vivido muchas veces la crucifixión de Cristo, mi angustia por su resurrección no disminuye... me aterroriza pensar que este año no tendrá lugar, que aquel año no tuvo lugar. Cualquiera puede ponerse sentimental con el Nacimiento; cualquier tonto puede sentirse cristiano en Navidad; pero el acontecimiento principal ocurre en Semana Santa; si no crees en la resurrección, no eres creyente.

—SI NO CREES EN LA PASCUA —decía Owen Meany—, NO TE ENGAÑES: NO TE LLAMES CRISTIANO.

Para el recesional del Domingo de Ramos, el organista se decidió por las Aleluyas habituales. Bajo una tupida llovizna helada, crucé Russell Hill Road y por la entrada de servicio me introduje en The Bishop Strachan School; pasé por la cocina, donde me saludaron y me hablaron las trabajadoras y las internas que ese domingo debían colaborar en la comida. La reverenda Mrs. Katherine Keeling —la directora—, ocupaba su habitual posición en la cabecera de la mesa, entre las encargadas de la residencia. Alrededor de cuarenta internas —las pobres chicas que no tenían amigas en el lugar para invitarlas a pasar el fin de semana, y las que eran felices quedándose en la escuela— rodeaban las otras mesas. Siempre me sorprende ver a las chicas *sin* el uniforme; sé que para ellas es un alivio usarlo día tras día, porque así no tienen que pensar en qué ponerse. Pero son tan haraganas en la forma de usar el uniforme —no tienen mucha experiencia en vestirse—, que cuando pueden elegir, cuando están autorizadas a usar su propia ropa, parecen mucho menos refinadas, menos mundanas.

En los veinte años que llevo dando clases en la Bishop Strachan, los uniformes no han cambiado significativamente y han llegado a gustarme. Si fuera una chica, de cualquier edad, me pondría una blusa marinera, una corbata suelta, un bleizer (con el escudo de mi escuela), calcetines hasta las rodillas y una falda plisada: la norma era que al arrodillarse la falda tocara el suelo.

Pero en los almuerzos de los domingos, las internas usan su propia ropa; algunas de ellas van tan mal vestidas que no las reconozco... por lo que se ríen de mí, naturalmente. Algunas parecen chicos, otras se asemejan a sus madres o a las mujeres de vida airada que ven en el cine o en la tele. Como normalmente soy el único hombre en el comedor donde los domingos almuerzan las residentes, quizá se visten

para mí.

No he visto a mi amiga —y técnicamente jefa— Katherine Keeling desde que dio a luz a su último bebé. Tiene una familia numerosa —ha tenido tantos hijos que he perdido la cuenta—, pero se esfuerza por estar en la mesa de las encargadas los domingos, y charla cordialmente con las chicas que se quedan el fin de semana. Pienso que Katherine es extraordinaria, aunque demasiado delgada. Siempre se turba cuando descubro que no come, aunque ya debería haberse acostumbrado; frecuento más que ella la mesa de los domingos: yo no ocupo mi tiempo en partos. Pero estaba allí el Domingo de Ramos, con el puré de patatas, el relleno y el pavo apilados en su plato.

—El pavo está un poco seco, ¿no? —le pregunté; las señoritas rieron, como siempre... Katherine se ruborizó, como siempre. Cuando lleva el alzacuello clerical, parece ligeramente más flaca de lo que es en realidad. Ahora que no está el canónigo Campbell, es mi amistad más íntima en Toronto; aunque sea mi jefa, llevo más tiempo que ella en la Bishop Strachan.

El viejo Kilgour, a quien llamábamos Teddybear porque nos recordaba a un oso de peluche, era el director cuando me contrataron. Nos presentó el canónigo Campbell. Éste había sido capellán en Bishop Strachan antes de que lo hicieran rector de Grace Church-on-the-Hill; no podría haberme recomendado nadie más «conectado» que él con la escuela, ni siquiera el propio Teddybear Kilgour. Todavía le tomo el pelo a Katherine acerca de aquellos tiempos. Si *ella* hubiese sido directora cuando solicité el puesto, ¿me habría contratado? Un joven estadounidense en la época de Vietnam, un joven no poco atractivo y soltero; la Bishop Strachan nunca ha tenido muchos profesores del sexo masculino y en los veinte años que llevo dando clases a estas jovencitas, en ocasiones he sido el *único* en toda la escuela.

El canónigo Campbell y el viejo Teddybear Kilgour no cuentan; no eran hombres en el sentido amenazador, no eran potencialmente peligrosos para las niñas. Aunque el canónigo daba clases de Religión e Historia —además de cumplir sus deberes como capellán—, era un anciano; él y el viejo Teddybear Kilgour estaban «casados y más que casados», como suele decir Katherine Keeling.

El viejo Teddybear llegó a preguntarme si me «atraían las jovencitas», pero debí de convencerle de que me tomaría en serio mis responsabilidades profesoras, ocupándome de las *mentes* y no de los cuerpos de las niñas.

—¿Y lo has hecho? —suele preguntarme Katherine Keeling. Las encargadas ríen disimuladamente ante su pregunta, tal como reían las asistentes al programa de Liberace años atrás.

Katherine tiene un alma mucho más jubilosa que la de mi abuela, pero posee cierto sarcasmo —y la expresión acertada, la buena dicción— que me la recuerda. Se habrían gustado; a Owen también le habría caído bien la reverenda Keeling.

Si he transmitido una atmósfera de soledad en el almuerzo dominguero de las internas, no me he expresado bien. Tal vez ellas se sienten muy solas esos días, pero yo lo paso muy bien. Los rituales son reconfortantes; los rituales combaten la soledad.

El Domingo de Ramos se habló mucho del tiempo. La semana anterior había hecho tanto frío que todo el mundo comentaba el error anual de las aves. Todas las primaveras —al menos en Canadá— algunos pájaros vuelan hacia el norte prematuramente. Se ven atrapados por el frío a millares y vuelven al sur en una especie de migración inversa. Hubo relatos sobre los infortunios de petirrojos y estorninos. Katherine había visto unos frailecillos rumbo sur; yo conté algo de la agachadiza común, que las dejó impresionadas. Todos habíamos leído *The Globe and Mail* esa semana: nos había encantado el relato de los pavibuitres que «se helaron» y no pudieron volar; los confundieron con halcones y los llevaron a una sociedad humanitaria para deshelarlos; eran nueve y vomitaron de la cabeza a los pies a quienes los manipulaban. Los miembros de la sociedad humanitaria no sabían que los buitres vomitan cuando los atacan. ¿Quién habría adivinado que son tan listos?

También me he expresado mal si he transmitido una atmósfera de trivialidad en el almuerzo dominguero de las residentes; estas comidas son importantes para mí. Después de comer, Katherine y yo fuimos andando hasta Grace Church y nos apuntamos para velar al Santísimo en el tablón de anuncios del nártex. Todos los Jueves Santos, se mantiene la Vigilia de Oración y Silencio desde las nueve de la noche hasta las nueve de la mañana del Viernes Santo. Katherine y yo siempre elegimos las horas que nadie quiere; hacemos el turno de tres a cinco de la madrugada, cuando su marido y sus hijos duermen y no la necesitan.

—Quizá llegue un poco tarde... si la mamada de las dos es mucho después de las dos —me advirtió este año; ríe y su cuello encantadoramente delgado como un palillo parece muy vulnerable dentro de su alzacuello. Veo a muchos padres de alumnas de la Bishop Strachan: van elegantemente trajeados, conducen sus Jaguars, nunca tienen tiempo para hablar. Sé que no hacen caso de la reverenda Mrs. Katherine Keeling por considerarla una directora típica: no es el tipo de mujer a la que mirarían dos veces. Pero Katherine es sensata, bondadosa, ingeniosa y se expresa bien; además, no se enrolla dándole vueltas al significado de la Semana Santa.

«PASCUA QUIERE DECIR LO QUE DICE», decía Owen Meany.

En Christ Church, el Domingo de Pascua, el rector Wiggin siempre decía:

—Aleluya. Cristo ha resucitado.

Y nosotros, el Pueblo, decíamos:

—El Señor ha resucitado. Aleluya.

Toronto: 19 de abril de 1987, un húmedo y veraniego Domingo de Pascua. Sea cual sea el prelude con que se inicie el oficio, siempre oiré *El Mesías* de Händel y la



voz de soprano no del todo educada de mi madre: «Sé que mi Redentor ha vivido».

Esta mañana, en Grace Church on-the-Hill, permanecí inmóvil aguardando el pasaje de Juan; sabía lo que vendría. En la antigua versión se llamaba «sepulcro», en la versión corregida sólo era una «tumba». De cualquier manera, conozco la historia de memoria.

«Y el primer día de la semana María Magdalena vino de mañana, siendo aún oscuro al sepulcro; y vio la piedra quitada del sepulcro. Entonces corrió, y vino a Simon Pedro, y al otro discípulo, al cual amaba Jesús, y les dice: “Han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde le han puesto”».

Recuerdo lo que solía decir Owen sobre este pasaje; todos los Domingos de Pascua se inclinaba contra mí en el banco de la iglesia y me susurraba al oído:

—ESTA ES LA PARTE QUE SIEMPRE ME PONE LA PIEL DE GALLINA.

Hoy, después del culto, mis compatriotas de Toronto y yo permanecemos bajo el sol en los peldaños de la iglesia y deambulamos por la acera junto a Lonsdale Road; el sol era cálido y acogedor. Sentíamos un deleite pueril por el calor, como si hubiésemos pasado años en una atmósfera tan fría como la tumba donde María Magdalena descubrió que faltaba Jesús. Inclinandose contra mí y susurrándome al oído —de una manera que me recordó a Owen Meany—, Katherine Keeling dijo:

—Los pájaros que volaron al norte y luego al sur... hoy vuelven al norte.

—Aleluya —dije. Estaba pensando en Owen cuando agregué—: Ha resucitado.

—Aleluya —respondió la reverenda Keeling.

A Owen y a mí dejó de tentarnos la televisión, que estaba permanentemente encendida en 80 Front Street. Oíamos a mi abuela hablando consigo misma o con Ethel —o haciéndole comentarios directos a la pantalla—, y oíamos subir y bajar el volumen de las risas enlatadas. La casona era muy grande; durante cuatro años, Owen y yo tuvimos la impresión de que siempre había una amenazadora reunión de adultos parloteando en una habitación distante. La voz de mi abuela sonaba como si estuviese arengando a una turba dócil, como si fuera responsabilidad suya reñir al público y entretenerlo, casi simultáneamente, porque recompensaban su humor con risas puntuales, como si les encantara que su tono de voz fuera uniformemente insultante.

Así aprendimos Owen y yo que la televisión era basura, sin pensar que no habíamos elaborado esta opinión por nuestra cuenta; si mi abuela sólo nos hubiera permitido estar dos horas diarias ante la pantalla, o no nos hubiera dejado más de una hora los días de clase, con toda probabilidad habríamos llegado a ser devotos esclavos de la televisión, como el resto de nuestra generación. Owen empezó disfrutando de muy pocas cosas de las que veía por televisión, pero las veía todas... tantas como podía aguantar.

Sin embargo, después de cuatro años de televisión, sólo miraba a Liberace y las

viejas películas. Yo hacía, o intentaba hacer, todo lo que hacía Owen. Por ejemplo, en el verano del 58 —cuando los dos teníamos dieciséis años— él sacó su permiso de conducir antes que yo... no sólo porque era un mes mayor, sino porque ya sabía conducir. Había aprendido solo, con los diversos camiones de su padre, conduciendo por esos escarpados y sinuosos caminos circundantes de las canteras, que salpicaban la casi totalidad de Maiden Hill.

Hizo el examen el día que cumplió dieciséis años, con la camioneta de reparto rojo-tomate de su padre; en aquellos tiempos no había autoescuelas en New Hampshire y el examen lo hacías con un policía local en el asiento del pasajero; él te decía dónde debías girar, cuándo frenar, o retroceder, o aparcar. En el caso de Owen, el policía fue Ben Pike en persona; Jefe Pike expresó su inquietud respecto de si Owen llegaría o no a los pedales, o si vería por encima del volante. Pero Owen lo tenía todo previsto; sentía cierta inclinación por la mecánica y había levantado tanto el asiento de la camioneta que Jefe Pike daba con la cabeza en el techo; había deslizado tan hacia delante el asiento que Jefe Pike sufrió considerables dificultades para meter las rodillas debajo del salpicadero. De hecho, Jefe Pike iba tan incómodo en la cabina que abrevió todo lo que pudo el examen de Owen.

—¡NI SIQUIERA ME HIZO APARCAR EN PARALELO! —se quejó Owen, decepcionado de que le negaran la oportunidad de exhibir sus habilidades en ese tipo de maniobra. Sabía deslizar esa camioneta tomate en un espacio que habría sido todo un desafío para aparcar un Volkswagen Escarabajo. En retrospectiva, me sorprende que Jefe Pike no registrara el interior de la camioneta en busca del «instrumento del delito» que nunca lograba encontrar.

A mí me enseñó a conducir Dan Needham; fue el verano que Dan dirigió *Julio César* en la escuela de verano de Gravesend Academy, y todas las mañanas me hacía practicar antes de los ensayos. Me llevaba lejos de Swasey Parkway, Maiden Hill arriba. Yo conducía en los caminos interiores de alrededor de las canteras: los sitios donde Owen Meany había aprendido a conducir eran buenos para mí. Además, Dan consideraba más seguro mantenerme apartado de las carreteras públicas, aunque los vehículos de la Meany Granite Company zumbaban por allí con imprudente libertad.

Los trabajadores de las canteras eran conductores intrépidos y trasladaban el granito y la maquinaria a todo gas; no obstante, en verano los camiones levantaban tanto polvo que Dan y yo sabíamos cuándo se acercaba alguno, lo que me daba tiempo para apartar el coche a un costado mientras él recitaba a su querido Shakespeare, con párrafos de *Julio César*.

¡Los cobardes mueren varias veces antes de expirar;  
El valiente nunca saborea la muerte sino una vez!

Con estas palabras, Dan se aferraba al salpicadero y temblaba al tiempo que un camión con dinamita pasaba junto a nosotros como un bólido.

De todas las maravillas que he oído,  
La que mayor asombro me causa es que los hombres tengan miedo.  
¡Visto que la muerte es un fin necesario  
Cuando haya de venir, vendrá!

También a Owen le encantaba ese fragmento. Cuando vimos el *Julio César* montado por Dan, más entrado el verano, yo ya tenía mi permiso de conducir; sin embargo al anochecer, cuando íbamos juntos al paseo marítimo y al casino de Hampton Beach, cogíamos la camioneta tomate y siempre conducía Owen. Yo pagaba la gasolina. Aquellas noches estivales de 1958 fueron las primeras en que recuerdo haberme sentido «adulto»; nos alejábamos media hora de Gravesend por el fugaz privilegio de avanzar poco a poco por una concurridísima y llamativa franja playera del paseo, contemplando a unas chicas que rara vez nos miraban. A veces observaban la camioneta. Sólo recorríamos esa franja dos o tres veces, hasta que un poli nos hacía señas de que nos acercáramos al bordillo, examinaba —incrédulo— el permiso de conducir de Owen y a continuación sugería que buscáramos un lugar para aparcar y retomáramos nuestra contemplación de las chicas a pie, ya fuera por el paseo o en la acera que entretejía las arcadas.

Era desaconsejable *caminar* con Owen Meany en Hampton Beach; su diminuta talla provocaba las pullas y groserías de los delincuentes juveniles que maltrataban las tragaperras y se pavoneaban en la ardiente cercanía de las chicas con sus vestidos de algodón color caramelo. Y las chicas, que rara vez retribuían nuestras miradas cuando estábamos protegidos en la camioneta de la Meany Granite Company, lanzaban largos (e hilarantes) vistazos a Owen cuando íbamos a pie. Andando, Owen no se atrevía a mirar a las chicas.

Por ende, cuando un poli nos aconsejaba —inevitablemente— que aparcáramos la camioneta y siguiéramos «a pie», Owen y yo regresábamos a Gravesend. O íbamos a una playa concurridísima durante el día, Little Boar's Head, y maravillosamente desierta por la noche. Nos sentábamos en el rompeolas, aspirábamos el aire fresco del mar y fijábamos la vista en el centelleo fosforescente de la rompiente. O íbamos hasta Rye Harbor y nos sentábamos en el rompeolas, a observar cómo se balanceaban las pequeñas embarcaciones en la superficie rizada como la de una charca; el rompeolas propiamente dicho había sido construido con la escoria —los trozos rotos— de la Meany Granite Quarry.

—POR TANTO, TENGO DERECHO A ESTAR AQUÍ —decía siempre Owen, aunque por supuesto nadie puso objeciones, nunca, a que nos sentáramos allí.

Aunque ese verano las chicas hicieron caso omiso de nosotros, noté que Owen resultaba atractivo a las mujeres... no sólo a mi madre.

No es fácil decir cómo ni por qué era atractivo, pero incluso a los dieciséis años, cuando era especialmente tímido o torpe, parecía alguien que se había *ganado* su lugar en el mundo. Yo debía de ser particularmente consciente de este aspecto de su personalidad, porque en verdad se había ganado muchas más cosas que yo. No sólo era mejor estudiante, o mejor conductor, o un chico filosóficamente seguro de sí mismo; era alguien con quien me había criado y al que me había acostumbrado a tomar el pelo —lo había alzado por encima de mi cabeza, lo había pasado de un lado a otro, me había mofado de su pequeñez como los demás chicos— y sin embargo, de pronto, a los dieciséis años, parecía *al mando*. Estaba más al mando de sí mismo que el resto de nosotros, estaba más al mando de *nosotros* que el resto de nosotros, y percibías que las mujeres, aun aquellas chicas que reían entre dientes cuando lo miraban, se sentían irresistiblemente apremiadas a *tocarlo*.

Y a finales del verano del 58, poseía algo asombroso en un chico de dieciséis años: en los tiempos anteriores a la hoy ardiente y cosmética halterofilia, tenía *músculos*. Era canijo, qué duda cabe, pero ferozmente fuerte, y su nervuda fuerza era tan visible como la de un lebel; aunque atterradoramente magro, siempre hubo algo muy adulto en su desarrollo muscular. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, había pasado el verano manipulando granito. Yo ni siquiera había trabajado.

En junio se inició como picapedrero; pasaba la mayor parte de la jornada trabajando en el taller de monumentos funerarios, donde cortaba en el sentido de la veta, EN EL SENTIDO DE LA FISURA, decía él, utilizando la cuña y biseles. A mediados de mes, su padre le había enseñado a serrar a contraveta; los aserradores cortaban los bloques más grandes y daban el acabado a las lápidas con algo que se denominaba muela adiamantada, una cuchilla circular con diamantes engastados. En julio, trabajaba en las canteras; solía hacer de señalero, pero su padre lo puso de aprendiz de los demás especialistas: los barrenadores de barra de canal, el perforador, los dinamiteros. Me daba la impresión de que Owen había pasado la mayor parte del mes de agosto en un único hoyo remoto, a cincuenta y cinco metros de profundidad, con un diámetro de campo de fútbol. Él y otros trabajadores bajaban en un cangilón de residuos de cantera, o sea los cascotes de roca que se izan todo el día desde la mina. Al final de la jornada, subían a los trabajadores en esa especie de cubo.

El granito es una piedra compacta y pesada; pesa cerca de tres mil doscientos kilos por metro cuadrado. Paradójicamente, aunque trabajaban con la muela adiamantada, la mayoría de los aserradores tenían todos los dedos, a diferencia de los canteros. Sólo a Mr. Meany no le faltaba ninguno.

—YO TAMBIÉN CONSERVARE TODOS LOS MIOS —decía Owen— HAS DE SER MÁS QUE RÁPIDO, HAS DE SENTIR CUANDO SE MOVERÁ LA

ROCA ANTES DE QUE SE MUEVA... Y TIENES QUE MOVERTE MÁS RÁPIDO QUE ELLA.

Apenas tenía una ligera pelusilla sobre el labio superior; en ningún otro punto de su cara había indicios de barba, y el leve bigote era tan incipiente y de un color gris tan claro que en principio lo confundí con granito pulverizado, el conocido polvo de piedra que siempre llevaba adherido. Sin embargo sus facciones —la nariz, las cuencas de los ojos, los pómulos y los contornos de la mandíbula— poseían la definición demacrada que sólo se ve en los chicos de dieciséis años cuando pasan hambre.

En septiembre, Owen fumaba una cajetilla de Camel al día. Bajo el destello amarillo de las luces del salpicadero, cuando salíamos de noche en la camioneta, vislumbraba su perfil con el cigarrillo colgado de los labios; su cara tenía una cualidad permanentemente adulta.

Ya no despertaban su interés aquellos pechos de madres que alguna vez había comparado desfavorablemente con los de la mía, aunque los de Barb Wiggin seguían siendo DEMASIADO GRANDES, los de Mrs. Webster DEMASIADO BAJOS y los de Mrs. Merrill únicamente RAROS. Aunque Ginger Brinker-Smith había reclamado nuestra atención como madre joven, ahora (en general) evaluábamos fríamente a nuestras coetáneas. LAS DOS CAROLINE —Caroline Perkins y Caroline O'Day— nos atraían, aunque el busto de O'Day se veía devaluado, a juicio de Owen, por su catolicismo. La delantera de Maureen Early era considerada ERGUIDA; los senos de Hannah Abbot eran PEQUEÑOS PERO PROPORCIONADOS; Irene Babson, que le había puesto la piel de gallina a Owen ya cuando clasificábamos los pechos de mi madre, ahora estaba tan fuera de control como para ser SENCILLAMENTE DE MIEDO. Deborah Perry, Lucy Dearborn, Betsy Bickford, Sarah Tilton, Polly Farnum... ante sus nombres y ante los contornos de sus pechos jóvenes, Owen Meany aspiraba un Camel a pleno pulmón. El viento veraniego se colaba por la ventanilla baja de la camioneta tomate; cuando exhalaba lentamente, por la nariz, el humo era barrido de su cara espectacularmente, dejándolo tan expuesto como si fuera un hombre que emergía milagrosamente de un incendio.

—ES MUY PRONTO PARA SABERLO... CON LA MAYORÍA DE LAS DE DIECISÉIS AÑOS —decía Owen y ya parecía lo bastante mundano como para sostener cualquier conversación en Gravesend Academy, aunque ambos sabíamos que el problema con las chicas de dieciséis que nos interesaban, era que salían con muchachos de *dieciocho*—. CUANDO TENGAMOS DIECIOCHO LAS RECUPERAREMOS. Y TAMBIÉN TENDREMOS A TODAS LAS DE DIECISÉIS... LAS QUE QUERAMOS —agregaba, chupando otra vez el pitillo y bizqueando ante los faros que se aproximaban.

En el otoño del 58, cuando ingresamos en Gravesend Academy, Owen me parecía

muy sofisticado; las prendas que le había comprado mi abuela eran más elegantes que cualquier cosa que se pudiera comprar en New Hampshire. Todo mi vestuario era de Gravesend, pero Abuela llevó a Owen de compras a Boston; fue la primera vez que él montó en un tren y —como los dos fumaban— viajaron en el vagón para fumadores, donde compartieron sus comentarios (y críticas) casi constantes sobre el atuendo de sus compañeros de trayecto en el Boston & Maine, y sobre la relativa cortesía (o falta de la misma) de los revisores. Mi abuela equipó a Owen casi totalmente en Filene's y en Jordan Marsh, una de las cuales tenía un «departamento para caballeros menudos», que la otra tienda denominaba «necesidades especiales para el hombre menudo». Las etiquetas de Jordan Marsh y de Filene's eran bastante ostentosas para los niveles de New Hampshire. «¡ESTOS NO SON CHOLLOS DE SALDO!», decía Owen orgulloso. El primer día de clase apareció con el aspecto de un menudo abogado de Harvard.

No le intimidaron los chicos más grandes porque siempre había sido más pequeño. No le intimidaron los de más edad porque era más inteligente. Instantáneamente percibió una diferencia fundamental entre el Gravesend ciudad y el Gravesend academia: el periódico de la ciudad, *The Gravesend News-Letter*, publicaba todas las noticias decentes y creía que todo lo decente era importante; la publicación escolar, que se llamaba *The Grave*,<sup>[3]</sup> informaba de todas las indecencias que lograban escapar a la censura del profesor encargado de supervisar la publicación y consideraba que todas las cosas decentes eran aburridas.

Gravesend Academy estaba a favor de un tono cínico, disfrutaba con la crítica de todo lo que cualquiera se tomaba en serio; los estudiantes veneraron, por encima de todo, a ese chico que se veía a sí mismo como nacido para quebrantar las reglas, como destinado a cambiar las leyes. Y para los estudiantes de Gravesend que así limaban sus cadenas, el único tono aceptado era cáustico: un *sarcasmo* mordaz, cortante, acerbo, el jugoso vocabulario que Owen Meany ya había aprendido de mi abuela. Había llegado a dominar el sarcasmo aproximadamente de la misma forma en que se había convertido en fumador: un mes después del primer pitillo, fumaba una cajetilla diaria. En el primer trimestre, aquel otoño, los otros chicos lo apodaron «Maestro Sarcasmo». En la jerga de aquellos tiempos, todo el mundo era «Maestro» *algo*; Dan Needham me dijo que éste es uno de esos ejemplos del lenguaje estudiantil que aún perduran: en Gravesend Academy se sigue usando esta expresión. Nunca la oí en la Bishop Strachan.

Pero Owen Meany era Maestro Sarcasmo a la manera en que el grandote Buster York era Maestro Vómito, en que Skipper Hilton era Maestro Pústula, en que Morris West era Maestro Napias, en que Duffy Swain (prematuramente calvo) era Maestro Pelos, en que George Fogg (el jugador de hockey) era Maestro Hielo, en que Horace Brigham (un mujeriego) era Maestro Caliente. Nadie encontró un mote para mí.

Entre los editores de *The Grave*, donde publicó el primer ejercicio que le asignaron en la clase de literatura, Owen era conocido como «La Voz». Su trabajo era una sátira sobre la fuente alimenticia del comedor de la escuela. «CARNE MISTERIOSA», llamó al ensayo y a los irreconocibles filetes grises que nos servían semanalmente; el trabajo, que se publicó como artículo de fondo, describía la matanza y refrigeración de un animal no identificado, probablemente prehistórico, que era arrastrado hasta la cocina subterránea de la escuela envuelto en cadenas, «Y CON NOCTURNIDAD».

El editorial y los posteriores ensayos semanales que publicó en *The Grave*, no se atribuían a Owen Meany por su nombre, sino como «La Voz»; el siguiente artículo salió impreso en letras mayúsculas uniformes.

—SIEMPRE ME PUBLICARAN EN MAYÚSCULAS —nos explicó Owen a Dan y a mí—, PORQUE CAPTARAN INSTANTÁNEAMENTE LA ATENCIÓN DEL LECTOR, SOBRE TODO DESPUÉS DE QUE «LA VOZ» LLEGUE A SER UNA ESPECIE DE INSTITUCIÓN.

Durante las navidades de 1958, nuestro primer año en la academia, en eso se había convertido Owen Meany: La Voz, UNA ESPECIE DE INSTITUCIÓN. Hasta el Comité de Investigación —designado para encontrar un nuevo director— se interesó por lo que decía La Voz. Los aspirantes al puesto recibían una suscripción a *The Grave*; la sarcástica y burlona precocidad del cuerpo estudiantil estaba bien representada en sus páginas, y mejor representada aún por las mayúsculas que atraían la mirada hacia Owen Meany. Entre los profesores había algunos viejos carcas —y también algunos jóvenes chinchosos— que hacían objeciones al estilo de Owen, y no me refiero solamente a su desorbitada mayusculización. Dan Needham me contó que había habido más de un acalorado debate, en la reunión de profesores, concerniente al «gusto marginal» de las corrosivas críticas que hacía Owen de la escuela; por cierto que estaba dentro de una larga tradición el que los estudiantes se quejaban de la academia, pero el sarcasmo de Owen sugería —a algunos— una irreverencia total y amenazante. Dan lo defendía, pero La Voz era irritante para muchos de los miembros más inseguros de la comunidad de Gravesend, incluidos los lejanos aunque importantes suscriptores de *The Grave*: padres y antiguos alumnos «interesados».

El tema de los padres y antiguos alumnos «interesados» engendró en La Voz una columna especialmente animada y controvertida.

«¿QUÉ ES LO QUE LES “INTERESA”?», reflexionaba Owen. «¿LES “INTERESA” NUESTRA EDUCACIÓN —QUIEREN QUE SEA AL MISMO TIEMPO “CLÁSICA” Y “VIGENTE”— O LES “INTERESA” QUE TENGAMOS LA POSIBILIDAD DE APRENDER MÁS DE LO QUE ELLOS APRENDIERON, QUE NOS INFORMEMOS LO SUFICIENTE PARA DESAFIAR ALGUNAS DE SUS OPINIONES MÁS ENDURECIDAS E IDIOTIZADAS? ¿LES “INTERESA”

LA CALIDAD Y PROFUNDIDAD DE NUESTRA EDUCACIÓN O ESTÁN SUPERFICIALMENTE “INTERESADOS” EN QUE NO SUSPENDAMOS EL INGRESO EN LA UNIVERSIDAD O COLLEGE DE SU ELECCIÓN?».

También apareció una columna que cuestionaba el código de etiqueta, argumentando que era «INCOHERENTE VESTIRNOS COMO ADULTOS Y TRATARNOS COMO NIÑOS». Y otra acerca de la asistencia obligatoria a la iglesia, razonando que «ESTROPEA LA ATMOSFERA ADECUADA PARA LA ORACIÓN Y EL CULTO TENER LA IGLESIA —CUALQUIER IGLESIA— LLENA DE ADOLESCENTES INQUIETOS QUE PREFERIRÍAN DORMIR HASTA TARDE O ENTREGARSE A FANTASÍAS SEXUALES O JUGAR AL SQUASH. ADEMÁS, EXIGIR LA ASISTENCIA A LA IGLESIA —FORZAR A LOS JÓVENES A PARTICIPAR EN LOS RITUALES DE UNA FE QUE NO COMPARTEN— SOLO SIRVE PARA PREDISPONER A ESOS MISMS JÓVENES CONTRA TODAS LAS RELIGIONES Y CONTRA LOS CREYENTES SINCEROS. OPINO QUE EL PROPÓSITO DE UNA EDUCACIÓN LIBERAL NO CONSISTE EN AMPLIAR Y EXPANDIR NUESTROS PREJUICIOS».

Y así sucesivamente. Habría que haberle oído en el tema de los deportes obligatorios: «¡UN CONCEPTO ENGENDRADO EN UNA MENTALIDAD DE CAMISA PARDA, ABRAZADO POR LA JUVENTUD HITLERIANA!». Y sobre el reglamento que no permitía a los internos gozar de más de tres fines de semana fuera del campus en el mismo trimestre: «¿SOMOS TAN SIMPLES, A LOS OJOS DE LA ADMINISTRACIÓN, QUE SE NOS CONSIDERA SATISFECHOS PASANDO NUESTROS FINES DE SEMANA COMO HÉROES ATLÉTICOS O FOROFOS ESPECTADORES DE ENCUENTROS DEPORTIVOS? ¿NO ES POSIBLE QUE ALGUNOS DE NOSOTROS ENCONTREMOS MÁS ESTIMULO EN CASA, O EN LA CASA DE UN AMIGO, O (INCLUSO) EN UNA ESCUELA DE SEÑORITAS? ¡Y NO ME REFIERO A UNO DE ESOS BAILES SUPERORGANIZADOS Y DESLAVAZADOS POR LA PRESENCIA DE CARABINAS!».

La Voz era *nuestra voz*; Owen era el paladín de nuestras causas, hacía que nos enorgulleciéramos de nosotros mismos en una atmósfera que nos degradaba y amedrentaba. Pero también era una voz capaz de criticarnos. Cuando echaron a un chico de la escuela por matar gatos —linchaba ritualmente a felinos de familias del profesorado—, nos apresuramos a decir que era «morboso»; fue Owen quien nos recordó que *todos* los chicos (él incluido) estábamos afectados por la misma morbosidad. «¿QUIENES SOMOS PARA IMPARTIR JUSTICIA?», nos preguntaba. «YO HE MATADO RENACUAJOS Y SAPOS. ¡HE SIDO UN ASESINO MASIVO DE LA INOCENTE FAUNA!». En el artículo describía las mutilaciones realizadas en tono autocondenatorio, arrepentido; aunque también confesó su leve gamberrada



de la bendita María Magdalena, me divirtió notar que no se disculpaba con las monjas de St. Michael: se lamentaba de los renacuajos y los sapos. «¿QUÉ CHICO NO HA MATADO SERES VIVOS? POR SUPUESTO, ES “MORBOSO” SER VERDUGO DE UNOS POBRES GATOS... PERO NO VEO QUE SEA PEOR QUE LO QUE LA MAYORÍA HEMOS HECHO. ESPERO QUE LO HAYAMOS SUPERADO, ¿PERO SIGNIFICA ESO QUE OLVIDEMOS QUE FUIMOS COMO ÉL? ¿RECUERDAN LOS PROFESORES LA ÉPOCA EN QUE ERAN MUCHACHOS? ¿CÓMO PUEDEN PRESUMIR DE ENSEÑARNOS ACERCA DE NOSOTROS MISMOS SI NO RECUERDAN HABER SIDO COMO NOSOTROS? SI ESTE ES UN LUGAR EN EL QUE CONSIDERAMOS QUE LA ENSEÑANZA ES TAN FABULOSA, ¿POR QUÉ NO ENSEÑAMOS A ESE CHICO QUE MATAR GATOS ES “MORBOSO”? ¿POR QUÉ EXPULSARLO?».

Esta última frase se convirtió para él en un leitmotiv: «¿POR QUÉ EXPULSARLO?», preguntaba reiteradamente. Cuando estaba de acuerdo en que alguien *debería* haber sido expulsado, lo decía. Beber alcohol se castigaba con la expulsión, pero Owen argumentó que incitar a otros a beber debía ser una transgresión más punible que la bebida en solitario; además, señaló que casi ninguna forma de beber era «TAN DESTRUCTIVA COMO ÉL CASI RUTINARIO HOSTIGAMIENTO DE LOS ESTUDIANTES QUE NO SON “COJONUDOS” POR PARTE DE LOS ESTUDIANTES QUE CONSIDERAN “COJONUDO” SER VIOLENTAMENTE ABUSIVO, TANTO VERBALMENTE ABUSIVO COMO FÍSICAMENTE INTIMIDATORIO. LA BURLA CRUEL Y DELIBERADA ES PEOR QUE LA BEBIDA; LOS ESTUDIANTES QUE ATORMENTAN A SUS COMPAÑEROS DE ESTUDIOS Y SE MOFAN DESPIADADAMENTE DE ELLOS, SON CULPABLES DE LO QUE *DEBERÍA* SER UNA “TRANSGRESIÓN MÁS PUNIBLE” QUE EMBORRACHARSE... SOBRE TODO EN LOS CASOS EN QUE TU BORRACHERA NO PERJUDICA A NADIE SALVO A TI MISMO».

Era sabido que La Voz no bebía; él era «Café Solo Meany» y «Cajetilla Diaria Meany»; confiaba en su propio estado de alerta: era listo y quería seguir siéndolo. Su columna sobre «LOS PELIGROS DE LA BEBIDA Y LA DROGA» debió de gustar incluso a sus críticos; no temía a los docentes, pero tampoco a sus pares. Todavía estábamos en nuestro primer año, nuestro noveno curso, cuando invitó a Hester al Baile de Graduación. El año en que se graduaban Noah y Simon, Owen Meany se atrevió a invitar a la temible hermana al baile de los mayores.

—Sólo te utilizaré para conocer a otros tíos —le advirtió Noah.

—Joderá con todos los de nuestra clase y a ti te dejará con las ganas —le dijo Simon.

Yo estaba furioso con él. Lamentaba no haber tenido valor de pedir a Hester que fuera *mi* pareja, ¿pero cómo haces para «llevar de pareja» a tu prima carnal?

Noah, Simon y yo nos compadecemos; por más que Owen se hubiese ganado nuestra admiración, se arriesgaba a pasar vergüenza —y hacérsela pasar a nosotros tres— siendo el instrumento del debut de Hester en Gravesend Academy.

—Hester siempre quiere joder —repetía Simon hasta el cansancio.

—Sólo es una típica chica de Sawyer Depot —decía Noah con tono condescendiente.

Pero Hester sabía de Gravesend Academy mucho más de lo que cualquiera de nosotros sabía que sabía; ese fragante fin de semana de la primavera de 1959, mi prima llegó *preparada*. Al fin y al cabo, Owen le había enviado todos los ejemplares de *The Grave*; si bien en otros tiempos miraba a Owen con disgusto —lo había etiquetado de marica, de loco, de desgraciado—, Hester no era ninguna tonta. Sabía cuando surgía una estrella. Y era especialista en irreverencias; no tendría que habernos sorprendido, a Noah y a Simon y a mí, que La Voz hubiese conquistado su corazón.

Cualquiera hubiese sido su experiencia real con el barquero negro de Tórtola, el encuentro había prestado a la joven femineidad temerariamente floreciente de Hester una dosis de moderación que las mujeres adquieren sólo en los más trágicos enredos con el amor; además de su belleza oscura y primitiva —y una considerable pérdida de peso que atraía la atención hacia su imponente pecho y hacia la dureza de los huesos de su semblante melancólico—, ahora Hester se contenía apenas lo suficiente para volver su peligrosidad más sutil y más absoluta. La precaución la maduraba; siempre había sabido vestirse, lo que le venía de familia, creo. Hester usaba ropa sencilla y cara, aunque con más desenfado del que había imaginado el diseñador, y el corte nunca le sentaba a la perfección; su cuerpo pertenecía a la jungla y sólo se cubría cuando era esencial, probablemente con pieles y ramas. Para el baile se puso un corto vestido negro con tirantes de espagueti delgados como hebras; la falda era amplia, la cintura ceñida, y llevaba un escote muy bajo que dejaba a la vista un dilatado panorama del cuello y el pecho, fascinante fondo para el collar de perlas gris rosadas que tía Martha le había regalado el día que cumplió diecisiete años. No tenía medias y bailaba descalza; alrededor de un tobillo llevaba una tira de cuero negro sin curtir, de la que colgaba una turquesa de baratija que le tocaba el empeine. Quizá su valor sólo era sentimental; Noah insinuó que se la había regalado el barquero de Tórtola. En el baile de graduación, los profesores-carabinas y sus esposas no le quitaban los ojos de encima. Todos estábamos cautivados. Cuando Owen Meany bailaba con Hester, el anguloso puente de su nariz encajaba perfectamente entre los senos de ella. Nadie osó «robársela» mientras bailaban juntos.

Todos los chicos, con nuestros smokings alquilados, le temíamos más a las espinillas que a la guerra. Pero el smoking de Owen no era alquilado —se lo había comprado mi abuela— y con su corte a la medida, su ausencia de brillo, su toque de

raso en las pequeñas solapas, hablaba elocuentemente de lo que para todos era obvio: La Voz expresaba lo que nosotros éramos incapaces de decir.

Como todos los bailes en la academia, aquél tocó a su fin bajo una extrema supervisión; nadie podía irse antes de que terminara; cuando uno salía para acompañar a su pareja al edificio donde se alojaban las visitas, volvía a su residencia y «fichaba la entrada» exactamente un cuarto de hora después de haber «fichado la salida» del baile. Pero Hester pasaría la noche en 80 Front Street.

Yo estaba demasiado mortificado para pasar ese fin de semana en casa de mi abuela —con Hester como pareja de Owen—, de manera que volví al piso de Dan con los otros chicos que marcaban el paso según las reglas de la escuela. Owen, que gozaba del permiso permanente de los alumnos externos para ir y volver de la academia conduciendo su vehículo, llevaría a Hester a 80 Front Street. Una vez en la cabina de la camioneta tomate, Hester y Owen quedaron libres de las reglamentaciones del Comité de Baile; encendieron sendos cigarrillos y el humo ocultaba la presunta complacencia de sus expresiones; ambos dejaron colgar un brazo por la ventanilla abierta cuando Owen subió el volumen de la radio y se alejó ingeniosamente. Con el cigarrillo en la boca, con Hester a su lado —con su smoking, en la cabina elevada de aquella camioneta tomate—, Owen Meany casi parecía *alto*.

Otros chicos afirmaban que «lo hacían» en los matorrales, entre el momento en que salían del baile y el que llegaban a su residencia. Algunos desplegaban técnicas de besuqueo en vestíbulos, se arriesgaban a un «magreo» en los guardarropías, desafiaban la veloz censura, por parte de quienes hacían de carabinas, con algo tan vulgar como meter la lengua en la oreja de una chica. Pero más allá del hecho indiscutible de que la nariz de Owen se empotraba entre los senos de Hester, ninguno de los dos recurrió a formas corrientes o groseras de muestras de afecto en público. Y más tarde Owen nos reprochó nuestro infantilismo, negándose a hablar de ella; si «lo hicieron», La Voz no se jactó. Llevó a Hester a 80 Front Street y vieron juntos Última Sesión; él regresó a la cantera.

—ERA BASTANTE TARDE —reconoció.

—¿Cuál era la película? —le pregunté.

—¿QUÉ PELÍCULA?

—¡En Última Sesión!

—LO HE OLVIDADO...

—Hester debió de joderle el coco —dijo Simon, malhumorado; Noah le pegó—. ¿Desde cuándo Owen «olvida» una película? —gritó Simon, pero Noah volvió a golpearlo—. ¡Owen recuerda incluso *La túnica sagrada*! —insistió Simon; Noah le pegó en la boca y su hermano comenzó a oscilar—. ¡No importa! —chilló Simon—. ¡Hester jode con todos!

Noah lo tenía agarrado del cuello.

—Eso no lo *sabemos* —le dijo a Simon.

—¡Lo *pensamos*! —vociferó Simon.

—Está bien pensarlo —dijo Noah a su hermano y le frotó el antebrazo contra la nariz, que empezó a sangrar—. Pero si no lo sabemos, no lo *decimos*.

—¡Hester le jodió el coco a Owen! —gritó Simon; Noah acercó la punta del codo al entrecejo de su hermano.

—Eso no lo *sabemos* —repitió; pero yo ya me había acostumbrado a sus bárbaras peleas y ya no me asustaban. Su brutalidad parecía simple y segura comparada con mis sentimientos conflictivos hacia Hester, con mi abrumadora envidia de Owen.

Una vez más, La Voz nos puso en nuestro lugar. «ES DIFÍCIL SABER, TRAS EL PERTURBADOR FIN DE SEMANA BAILABLE, SI DEBERÍAN ESTAR MÁS AVERGONZADOS DE SI MISMOS NUESTROS ESTIMADOS PARES O NUESTROS ESTIMADOS PROFESORES-CARABINAS. ES PUERIL QUE LOS JÓVENES HABLEN DE LA MEDIDA EN QUE SE APROVECHARON DE SUS PAREJAS; ESTA BARATA FANFARRONERÍA SIGNIFICA UNA FALTA DE RESPETO PARA CON LAS MUJERES Y DA MALA FAMA A LOS HOMBRES. ¿POR QUÉ CONFIARÍAN EN NOSOTROS LAS MUJERES? PERO NO ES FÁCIL SABER SI ESTE GROSERO COMPORTAMIENTO ES MEJOR O PEOR QUE LAS TÁCTICAS DE GESTAPO DE NUESTROS PURITANOS VIGILANTES. ME INFORMAN EN EL DECANATO QUE DOS ALUMNOS DEL ULTIMO CURSO HAN SIDO NOTIFICADOS DE MEDIDAS DISCIPLINARIAS DURANTE EL RESTO DEL TRIMESTRE, POR SUS SUPUESTAS “INDISCRECIONES PUBLICAS”; CREO QUE LOS DOS INCIDENTES CAEN BAJO LA ETIQUETA DE “CONDUCTA MORALMENTE REPENSIBLE CON SEÑORITAS”.

»A RIESGO DE PARECER *LASCIVO*, REVELARE LA IMPRESIONANTE NATURALEZA DE ESTOS DOS PECADOS CONTRA LA ESCUELA Y CONTRA LAS MUJERES. ¡UNO! ENCONTRARON A UN CHICO “ACARICIANDO” A SU PAREJA EN LA SALA DE TROFEOS DEL GIMNASIO: COMO LOS DOS ESTABAN COMPLETAMENTE VESTIDOS —Y DE PIE— EN ESE MOMENTO, PARECE IMPROBABLE QUE SU CONTACTO PUEDA DAR POR RESULTADO UN EMBARAZO; Y AUNQUE EL GIMNASIO ES FAMOSO POR ELLO, ESTOY SEGURO DE QUE NI SIQUIERA SE HABÍAN DESCUBIERTO LO SUFICIENTE PARA CONTAGIARSE UN PIE DE ATLETA. ¡DOS! SE VIO SALIR A UN CHICO DE LA SALA DE COLILLAS DE BANCROFT HALL CON LA LENGUA EN LA OREJA DE SU CHICA. COINCIDO EN QUE ES ESTRAFALARIO Y LLAMATIVO SALIR ASÍ DE UN SALÓN DE FUMAR, PERO TAMPOCO EXISTEN DATOS DE QUE ESTE GRADO DE CONTACTO FÍSICO PUEDA RESULTAR EN UN EMBARAZO. POR LO QUE SE, POR ESTE MÉTODO

INCLUSO ES DIFÍCIL TRANSMITIRSE UN CATARRO».

Después de esta columna, se volvió habitual que los postulantes —al cargo de director— solicitaran conocerlo cuando eran entrevistados. El Comité de Investigación disponía de un subcomité estudiantil para entrevistar a cada candidato, pero cuando los postulantes querían conocer a La Voz, Owen insistía en tener una AUDIENCIA PRIVADA. La cuestión de que le concedieran este privilegio fue tema de una reunión especial del profesorado, en la que muchos perdieron los estribos; Dan contó que hubo propuestas para reemplazar al profesor consejero de *The Grave*, hubo quienes dijeron que el «humor preñado» de la columna de Owen acerca del Baile de Graduación no debería haber escapado a la censura de dicho consejero. Pero el profesor consejero de *The Grave* era un partidario incondicional de Owen Meany; Mr. Early —aquel trágico profundamente fallido que dotaba a todos los papeles que le adjudicaban en los Gravesend Players de un sentido ampuloso y atontado, estilo Lear— afirmó a gritos que defendería «a muerte», si era necesario, «el genio sin tacha» de La Voz. Dan estaba seguro de que no sería necesario; pero que Owen fuese apoyado por un bobo como Mr. Early era probablemente peor que no ser defendido.

Varios candidatos al puesto de director admitieron que sus entrevistas con La Voz habían sido «desalentadoras»; tengo la certeza de que no estaban preparados para su talla, y que cuando lo oyeron hablar se les puso la piel de gallina, y que los desconcertó el absurdo de que *esa* voz se comunicara exclusivamente en letras mayúsculas. Uno de los candidatos favoritos retiró su solicitud; aunque no había pruebas fehacientes de que Owen hubiese contribuido a su retirada, el candidato admitió que entre los estudiantes había cierta característica de «cinismo aceptado» que lo había «deprimido». Añadió que estos estudiantes evidenciaban una «actitud de superioridad» y «tal grado de libertad de expresión como para volver su educación liberal *demasiado* liberal».

—¡Chorradas! —había gritado Dan Needham en el claustro—. ¡Owen Meany no es cínico! ¡Si ese tipo se *refería* a Owen, se refería a quien no correspondía! ¡De buena nos hemos librado!

Pero no todo el profesorado opinaba lo mismo. El Comité Investigador necesitaría otro año para satisfacer sus sondeos; el director en ejercicio accedió alegremente —por el bien de la escuela— a demorar su jubilación. Al viejo director sólo le interesaba «el bien de la escuela», y fue *su* apoyo a La Voz el que —por un tiempo— evitó que los enemigos de Owen cayeran sobre él.

—¡Es un muchachito delicioso! —decía el viejo director— ¡Por nada del mundo me perdería la lectura de La Voz!

Se llamaba Archibald Thorndike y siempre había sido director; se casó con la hija del director anterior a él y era tan «de la vieja escuela» como puede llegar a ser un director. Aunque los profesores más nuevos y progresistas se quejaban de la

renuencia de Archie Thorndike a cambiar una sola regla —para no hablar de su visión del «chico integral»—, el director no tenía enemigos. El viejo «Thorny»,<sup>[4]</sup> como lo llamaban —y él mismo estimulaba a los estudiantes a dirigirse a él en esa forma—, era tan directoral en todas las formas complacientes, cómodas y superficiales, que nadie podía sentir hostilidad hacia él. Era alto, de hombros anchos y pelo canoso, con una cara tan sólida como un remo; de hecho era remero y un entusiasta de la vida al aire libre, un hombre que prefería los pantalones suaves y sin planchar, en general de tela caqui o de pana, y una chaqueta de *tweed* con coderas siempre necesitadas de alguna puntada. Llevaba la cabeza descubierta en nuestros inviernos de New Hampshire y era tan forofó de nuestros equipos —bajo el frío más riguroso— que lucía la cicatriz causada por un disco de hockey errante como si fuera una medalla al mérito; el disco le había golpeado encima del ojo mientras atendía la portería durante el partido anual Antiguos Alumnos-Equipo Universitario. Thorny era miembro honorario de varias promociones de Gravesend. Jugaba de portero en todos los partidos de antiguos alumnos.

«El hockey sobre hielo no es un deporte de mariquitas», solía decir. En otra tesitura afirmaba, en defensa de Owen Meany: «Las personas bien instruidas son quienes mejorarán la sociedad... y la mejorarán, en principio, criticándola. Y nosotros les proporcionamos los instrumentos para criticarla. Es natural que como estudiantes, los más brillantes comiencen a mejorar la sociedad criticándonos a nosotros».

A Owen, el viejo Archie Thorndike le cantaba una canción ligeramente distinta:

—Tú tienes la responsabilidad de encontrarme defectos y yo la de escucharte. Pero no esperes que cambie. Yo no voy a cambiar, voy a *retirarme*. Consigue que el nuevo director haga los cambios; fue entonces cuando yo introduje modificaciones, cuando era nuevo en el puesto.

—¿QUÉ CAMBIOS INTRODUCES? —le preguntó Owen Meany.

—¡Ésa es otra de las razones por las que me retiro! —respondió amablemente el viejo Thorny—. ¡Me está empezando a fallar la memoria!

Owen consideraba que Archibald Thorndike era un tonto de capirote sumamente afectuoso; pero todos, incluso La Voz, consideraban que el viejo Thorny era una buena persona. «NADA ES TAN DIFÍCIL COMO LIBRARSE DE LAS BUENAS PERSONAS», escribió Owen para *The Grave*; pero hasta Mr. Early fue lo bastante listo para censurar *eso*.

Llegó el verano; La Voz volvió a trabajar en las canteras —no creo que dijera mucho en las minas— y yo conseguí mi primer empleo. Hacía de guía en la oficina de admisiones de Gravesend Academy; mostraba la escuela a estudiantes en perspectiva y a sus padres; a pesar de lo aburrido que era no resultaba arduo. Tenía las llaves maestras, lo que significaba la mayor responsabilidad que jamás me

hubieran delegado; podía elegir libremente qué aula «típica» y qué dormitorio colectivo «típico» mostraría. En Waterhouse Hall escogía dormitorios al azar, con la vaga esperanza de sorprender a Mr. y Mrs. Brinker-Smith en su juego de camas musicales; pero ahora los gemelos eran mayores y quizá los Brinker-Smith no «lo hacían» con su anterior entusiasmo.

Al anochecer, en Hampton Beach, Owen me parecía fatigado. Yo me presentaba en la oficina de admisiones a las diez, para mi primera visita guiada, mientras que él se metía en el cangilón a las siete de la mañana. Tenía las uñas resquebrajadas, las manos cortadas e hinchadas, los brazos bronceados, delgados y duros. No hablaba de Hester. El verano del 59 fue el primero en que tuvimos algún éxito ligando; mejor dicho, Owen tenía éxito y me presentaba a las chicas que conocía. No «lo hicimos» aquel verano; al menos yo no lo hice y, por lo que sé, Owen nunca tuvo una cita a solas con una chica.

—O SALIMOS LOS CUATRO O NO SALIMOS —decía a una sorprendida chica tras otra—. INVITA A TU AMIGA U OLVIDALO.

Ya no nos asustaba recorrer a pie las galerías de tragaperras de alrededor del casino; los gamberros delincuentes todavía fastidiaban a Owen, pero enseguida se labró una fama de intocable.

—¿QUIERES DARMÉ UNA PALIZA? —le decía a algún bruto—. ¿QUIERES QUE TE METAN EN LA CÁRCEL? ERES TAN FEO QUE NO TENDRÉ PROBLEMAS EN RECORDAR TU CARA. —Entonces me señalaba—. ¿VES A ESE? ¿ERES TAN CRETINO QUE NO SABES LO QUE ES UN *TESTIGO*? ¡ADELANTE, PÉGAME! —una sola vez un tipo lo hizo... o lo intentó. Fue como ver a un perro en pos de un mapache; el perro hace todo el trabajo, el mapache saca provecho. Owen se limitó a protegerse de los golpes; por su parte, sólo se dedicó a manos y pies; primero se dirigió a los dedos de la mano, pero se contentó con arrancar un zapato y retorcer los de los pies. Recibió un embate pero se envolvió como un ovillo, sin dejar las extremidades a la vista. Le rompió el meñique al otro; lo dobló tanto que después de la pelea el dedo pequeño del tipo sobresalía recto por el dorso de la mano. También le arrancó los zapatos y le mordió los dedos de los pies; hubo una gran efusión de sangre, pero el tipo llevaba el calcetín puesto y no vi el daño producido, pero sí los problemas que tenía para andar. Un vendedor ambulante de algodón de azúcar se lo arrancó de las manos a Owen; poco más tarde lo arrestaron por gritar obscenidades y oímos decir que lo enviaron a un reformatorio porque iba conduciendo un coche robado. Nunca volvimos a verlo en el paseo y corrió el rumor —en la franja costera, alrededor del casino y en el paseo de tablas— de que era peligroso meterse con Owen; decían que le había arrancado una oreja a alguien a mordiscos. Otro verano oí decir que había dejado ciego a un tipo con el palito de un chupa-chups. En Hampton Beach no tenía importancia que los informes

no fuesen exactamente ciertos. Owen era «ese petimetre enano de la camioneta colorada», era el «cantero que lleva alguna herramienta encima». Era «un cabrón liliputiense: cuidado con él».

Teníamos diecisiete años y pasamos un verano alicaído. En el otoño, Noah y Simon ingresaron en un college de la Costa Oeste; era una de esas universidades californianas de las que en la Costa Este nadie recuerda nunca su nombre. Y los Eastman persistieron en su desatino de considerar que Hester no era una buena inversión; la enviaron a la Universidad de New Hampshire, donde —como residente— se ganó a pulso el derecho a la enseñanza pública.

«Quieren mantenerme en su propio patio trasero», era la forma en que mi prima lo expresaba.

«LA PUSIERON EN NUESTRO PATIO TRASERO», era la forma en que lo expresaba Owen: la universidad estatal estaba a veinte minutos en coche de Gravesend. El hecho de que fuera una universidad mejor que el club de bronceado al que asistían Noah y Simon en California no era un argumento que impresionara a Hester; los *varones* viajaban, los *varones* disfrutaban de un clima más agradable... *ella* tenía que quedarse en casa. Para los nativos de New Hampshire, la universidad estatal —pese a ofrecer una educación básicamente sólida— no era exótica; para los estudiantes de Gravesend Academy, con sus ojos elitistas puestos en las distinguidas escuelas de la Ivy League, era un «college para ganado», más allá de una posible redención. Pero en el otoño del 59, cuando iniciamos el décimo curso en la academia, nuestros condiscípulos consideraban a Owen especialmente dotado porque salía con una chica de *college*; que Hester fuera alumna de un college para ganado no empañaba la reputación de Owen. Era Meany Mujeresiego, era Maestro Mujeres-Mayores, todavía era y siempre sería La Voz. Reclamaba atención y la obtenía.

Toronto: 9 de mayo de 1987. Gary Hart, un exsenador estadounidense de Colorado, abandonó su campaña para la presidencia después de que unos reporteros de Washington lo pescaran pasando un fin de semana con una modelo de Miami; aunque tanto la modelo como el candidato aseveraron que no había ocurrido nada «inmoral» y que Mrs. Hart afirmó que respaldaba a su marido —o tal vez que lo «comprendía»—, Mr. Hart decidió que tan intenso escrutinio de su vida personal creaba una «situación intolerable» para él y su familia. Volverá, ¿qué te juegas? En los Estados Unidos, nadie como él desaparece mucho tiempo. ¿Recuerdas a Nixon?

¿Qué *saben* de moral los estadounidenses? No quieren que sus presidentes tengan pene, pero no les molesta que acuerden furtivamente apoyar a las fuerzas rebeldes nicaragüenses después de que el Congreso frenara dicha ayuda; no quieren que sus presidentes engañen a la esposa, pero no les molesta que engañen al Congreso. ¡Le mienten al pueblo y violan la Constitución *del pueblo*! Lo que tendría que haber



dicho Mr. Hart era que no había ocurrido nada *inusualmente* inmoral, o que lo ocurrido sólo era *típicamente* inmoral; o que estaba poniendo a prueba su habilidad para engañar al pueblo de los Estados Unidos engañando primero a su mujer... y que abrigaba la esperanza de que el pueblo lo viera como un ejemplo de que era *suficientemente* inmoral para ser un buen presidente. Puedo oír lo que habría dicho de todo esto La Voz.

Hoy es un día soleado; mis conciudadanos canadienses están de panza al sol en Winston Churchill Park. Todas las chicas de la Bishop Strachan se tironean las blusas marineras hacia arriba y se suben las faldas plisadas; se bajan los calcetines hasta los tobillos. Todo el mundo quiere estar moreno. Pero Owen detestaba la primavera; el tiempo cálido le hacía pensar que estaban a punto de acabar las clases y a él le encantaba la escuela. En cuanto se acababan las clases, Owen Meany volvía a las canteras.

Cuando empezó de nuevo la escuela —cuando comenzamos el primer trimestre de 1959— comprendí que La Voz no había estado ociosa durante el verano; Owen volvió a la escuela con un montón de columnas listas para *The Grave*. Exhortó al Comité de Investigación a que encontrara un nuevo director dedicado a servir a los profesores y estudiantes, «NO A UN SIRVIENTE DE LOS ANTIGUOS ALUMNOS Y DE LOS ADMINISTRADORES». Aunque se reía de Thorny —en especial de la noción del viejo Archie Thorndike sobre «el muchacho integral»—, alababa a nuestro director cesante por ser «PRIMERO UN EDUCADOR, SEGUNDO UN RECAUDADOR DE FONDOS». Owen advirtió al Comité de Investigación: «CUIDADO CON LA JUNTA DE ADMINISTRACIÓN; SUS MIEMBROS ELEGIRÁN A UN DIRECTOR MÁS INTERESADO EN LAS CAMPAÑAS DE RECAUDACIÓN DE FONDOS QUE EN LOS ESTUDIOS O EN LOS DOCENTES QUE LOS IMPARTEN. ¡Y NO ESCUCHÉIS A LOS ANTIGUOS ALUMNOS!», aconsejaba La Voz; Owen tenía una pésima opinión de los exalumnos. «NI SIQUIERA PUEDE CONFIARSE EN QUE RESCATEN DEL OLVIDO LO QUE SIGNIFICA REALMENTE ESTAR AQUÍ; SIEMPRE SE LLENAN LA BOCA CON LO QUE LA ESCUELA HIZO POR ELLOS, O CON LO QUE LA ESCUELA HIZO DE ELLOS, COMO SI HUBIESEN SIDO ARCILLA INFORME CUANDO LLEGARON AQUÍ. EN CUANTO A LO DURA QUE PUEDE SER LA ESCUELA, EN CUANTO A LO DESDICHADOS QUE FUERON EN SU ÉPOCA DE ESTUDIANTES... LOS ANTIGUOS ALUMNOS LO HAN OLVIDADO CONVENIENTEMENTE».

En la reunión del claustro, alguien llamó «cagarrito» a Owen; Dan Needham argumentó que en realidad Owen adoraba la escuela, pero que la educación en Gravesend no enseñaba y no debía enseñar el respeto por un amor acrítico, por una

devoción ciega. Llegó a ser más difícil defender a Owen cuando se manifestó en contra del pescado todos los viernes, y se dedicó a reunir firmas.

«CONTAMOS CON UNA IGLESIA ACONFESIONAL», señaló. «¿POR QUÉ TENEMOS UN COMEDOR CATÓLICO? SI LOS CATÓLICOS QUIEREN COMER PESCADO LOS VIERNES, ¿POR QUÉ DEBEMOS COMERLO LOS DEMÁS? ¡LA MAYORÍA DE LOS ALUMNOS ODIAN EL PESCADO! QUE SIRVAN PESCADO, PERO QUE SIRVAN ALGO MÁS: FIAMBRES, INCLUSO SANDWICHES DE MANTECA DE CACAHUETES Y JALEA. SOMOS LIBRES DE ESCUCHAR AL PREDICADOR INVITADO EN HURD'S CHURCH, O PODEMOS ASISTIR A CUALQUIER IGLESIA DE LA CIUDAD QUE ELIJAMOS; LOS JUDÍOS NO ESTÁN OBLIGADOS A COMULGAR, LOS UNITARIOS NO SON ARRASTRADOS A MISA —NI A LA CONFESIÓN—, LOS BAPTISTAS NO SE REÚNEN LOS SÁBADOS NI SON CONDUCIDOS EN MANADA A LA SINAGOGA (NI A SU INVOLUNTARIA CIRCUNCISIÓN). SIN EMBARGO, LOS NO CATÓLICOS ESTÁN OBLIGADOS A COMER PESCADO; LOS VIERNES COMES PESCADO O PASAS HAMBRE. YO CREÍA QUE VIVÍAMOS EN UNA DEMOCRACIA. ¿ESTAMOS TODOS OBLIGADOS A SUSCRIBIR EL ENFOQUE CATÓLICO DEL CONTROL DE LA NATALIDAD? ¿ACASO ESTAMOS TODOS OBLIGADOS A INGERIR COMIDA CATÓLICA?».

Instaló una silla y un escritorio en la oficina de correos de la escuela para reunir firmas que sustentaran su petición; todo el mundo firmó, naturalmente. «¡HASTA LOS CATÓLICOS FIRMARON!», anunció La Voz. Dan Needham contó que el encargado del servicio de comedor montó un numerito en la reunión de profesores.

—¡La próxima vez, *ese cagarrito* querrá un mostrador con ensaladas! ¡Pretenderá una alternativa a *todos* los menús, no sólo al de los viernes!

En su primera columna, La Voz había atacado la CARNE MISTERIOSA; ahora le tocó el turno al pescado. «ESTA IMPOSICIÓN INJUSTA PROMUEVE LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA», dijo La Voz; Owen veía surgir por todos lados señales de anticatolicismo. «CORREN RUMORES DESAGRADABLES», informó. «EL CLIMA DE LA ESCUELA SE ESTA VOLVIENDO DISCRIMINATORIO. OIGO UNA CALUMNIA OFENSIVA, “DEPREDADORES DE LA CABALLA”, ALGO QUE JAMAS SE HABÍA ESCUCHADO AQUÍ». Sinceramente, yo nunca oí que nadie empleara la expresión «depredadores de la caballa», excepto él mismo.

Y no podíamos pasar por St. Michael —para no hablar de la bendita estatua de María Magdalena— sin que dijera:

—ME PREGUNTO EN QUE ANDAN LAS PINGÜINOS. ¿SERÁN TODAS LESBIANAS?

El primer viernes después de las vacaciones de Acción de Gracias sirvieron fiambres y sandwiches de manteca de cacahuets y jalea con el plato habitual de

pescado; también podías coger un cuenco con sopa de tomate y ensalada de patatas. Owen había ganado. Fue recibido con una ovación en el comedor. Como becario, tenía asignada una tarea: era camarero en la mesa de los profesores; el tamaño de su cuerpo apenas doblaba el de la bandeja del servicio y permaneció en posición de firmes a su lado, como si fuera un escudo, mientras los estudiantes lo aplaudían y los profesores sonreían, algo tiesos.

El viejo Thorny lo llamó a su despacho.

—Como sabes, chiquillo, me caes bien —le dijo—. ¡Eres ambicioso! Pero permíteme que te dé un consejo. Tus amigos no te vigilan tan de cerca como tus enemigos... y tienes enemigos. ¡En menos de dos años te has ganado más que yo en veinte! Pero ten cuidado, no des a tus enemigos la oportunidad de ponerte en un aprieto.

Thorny quería que Owen hiciera de timonel en el equipo de regatas universitario; tenía la talla ideal y —al fin y al cabo— se había criado en el Squamscott. Pero Owen decía que los cascarones de carrera siempre habían ofendido a su padre.

—OCURRE QUE LA SANGRE TIRA MÁS QUE LA ESCUELA —respondió al director; además, el río estaba contaminado. En aquellos tiempos, la ciudad no tenía un alcantarillado correcto; la planta textil, la antigua fábrica de calzado de mi abuelo, y muchas casas particulares arrojaban sus desperdicios, sencillamente, en el Squamscott. Owen afirmó que con frecuencia veía «escarabajos de agua» flotando en el río; los escarabajos de agua todavía le ponían la piel de gallina.

Y en el otoño le gustaba nuestro fútbol; por supuesto, Owen no participaba en el equipo universitario ni en el escolar, pero se divertía jugando al fútbol, incluso al nivel inferior de un club. Era rápido y peleón, aunque solía quedarse sin respiración por lo mucho que fumaba. Y en primavera —la otra estación apta para el remo— le gustaba jugar al tenis; no lo hacía muy bien, sólo era un principiante, pero mi abuela le compró una estupenda raqueta y él apreciaba el orden reinante en este deporte. Las líneas rectas de color blanco, la adecuada tensión de la red a la altura exactamente correcta, el tanteo preciso. En invierno —¡Dios sabrá por qué!— le gustaba el baloncesto... con cierta perversión, quizá, porque era un deporte para gente alta. Por cierto, sólo jugaba en los partidos de entrenamiento —nunca habría podido integrarse en ningún equipo—, pero lo hacía con entusiasmo; era todo un saltador; tenía un tiro en suspensión que lo elevaba casi al nivel de los ojos de los demás jugadores y se obsesionó con un floreo imposible del juego («imposible» para él): el mate. Entonces no lo llamábamos «mate», sino «canasta desde arriba», y no abundaba: casi ninguno de los chicos era lo bastante alto. Naturalmente, Owen nunca saltaría tanto como para estar por encima del aro; encestar haciendo *descender* el balón era una tontería que sólo podía ocurrírsele a él, una meta absurda.

Inventó un acercamiento a la cesta; avanzaba a buena velocidad y sincronizaba el

salto para que coincidiera con la disposición de un compañero a *auparlo* más alto: saltaba a sus brazos abiertos y el compañero (en ocasiones) lo *remontaba* por encima del aro de la canasta. Yo era el único que no me negaba a practicar con él este movimiento sincrónico; era una ridiculez que quisiera hacerlo, que alguien de su talla se planteara el reto de elevarse y llegar tan alto; como era algo tan absurdo, me harté de tan insensata y repetitiva coreografía.

—¿Por qué estamos haciendo esto? —le pregunté—. Nunca funcionará en un partido. Con toda probabilidad, ni siquiera es legal. No puedo *alzarte* hasta la canasta, estoy seguro de que no está permitido.

Pero Owen me recordó que en otros tiempos, en la escuela dominical, yo había disfrutado *alzándolo*. Ahora que a él le interesaba, para conseguir la simultaneidad de su salto con mi impulso ascendente, ¿por qué no podía darle el gusto sin criticarlo?

—¡TOLERE QUE ME ALZARAI... TODOS AQUELLOS AÑOS, CUANDO OS ROGABA QUE NO LO HICIERAIS! —exclamó.

—«Todos aquellos años» —repetí—. Sólo fueron unas pocas clases en la escuela dominical, algo que sólo duró un *par* de años... y no lo hacíamos todas las veces.

Pero ahora para él era importante este delirante alzamiento, de modo que lo hacíamos. Entre nosotros se convirtió en una proeza acrobática bien ensayada. «Mate Meany», comenzaron a llamarle algunos chicos del equipo de baloncesto; Maestro Mate había perfeccionado este recurso. Hasta el entrenador lo elogió.

—Es posible que te incluya en un partido, Owen —le dijo en broma.

—NO ES PARA UN PARTIDO —replicó Owen Meany, que para todo tenía sus motivos personales.

En las vacaciones navideñas del 59 pasamos horas en el gimnasio de la academia todos los días; estábamos solos y tranquilos —todos los internos habían ido a pasar la Navidad con su familia— y nos sentíamos cabreados con los Eastman, que parecían empeñados en no invitarnos a Sawyer Depot. Noah y Simon habían llevado a su casa a un amigo de California, Hester «entraba y salía», una vieja amiga de tía Martha, de sus tiempos universitarios, «podía» ir a visitarla. Owen y yo estábamos seguros de que la verdadera razón por la que no nos invitaban era que tía Martha quería desalentar la relación entre él y Hester. Mi prima le había contado a Owen que su madre se refería a él como «el chico que bateó aquella pelota», y como «ese extraño amiguito de John», y «ese chico al que mi madre disfrazaba como si fuera un muñeco». Claro que Hester tenía tan mal concepto de su madre y era tan follonera que podía habérselo inventado todo y habérselo dicho a Owen principalmente para que él también le cogiera aversión a tía Martha. A Owen no parecía importarle.

Me habían concedido una prórroga para concluir dos ejercicios del último trimestre durante los días festivos, por lo que tampoco eran unas verdaderas vacaciones; Owen me ayudó con el trabajo de Historia y me escribió el de Literatura.

—NO ESCRIBÍ TODO CORRECTAMENTE A PROPÓSITO. COMETÍ ALGUNOS ERRORES GRAMATICALES... SEMEJANTES A LOS QUE COMETES TU HABITUALMENTE —me dijo—. EN OCASIONES ME REPITO Y ADEMÁS NO MENCIONO PARA NADA LA PARTE CENTRAL DEL LIBRO... COMO SI TE LA HUBIERAS SALTADO. Y ES LA QUE TE SALTASTE, ¿VERDAD?

Era un problema: mi escritura en clase, mis cuestionarios y mis exámenes, no eran tan buenos como los trabajos en que me ayudaba Owen. Sin embargo, estudiábamos juntos para todas las pruebas anunciadas y paulatinamente fui mejorando como estudiante. A causa de mi mala ortografía me apunté en un curso optativo para alumnos atrasados, lo que era marginalmente insultante, y —también debido a mi ortografía y a mi frecuente rendimiento desigual cuando me pedían que expusiera en clase— me indicaron que visitara una vez por semana al psiquiatra de la escuela. Gravesend Academy estaba acostumbrada a los buenos estudiantes; cuando alguien se esforzaba académicamente —incluso cuando uno no sabía deletrear correctamente—, se suponía que debía tratarse con un matasanos.

La Voz también dijo algo al respecto. «A MÍ ME PARECE QUE QUIENES NO APRENDEN CON TANTA FACILIDAD COMO OTROS PADECEN ALGÚN TIPO DE IMPEDIMENTO EN EL APRENDIZAJE... QUE HAY ALGO QUE INTERFIERE EN LA FORMA EN QUE PERCIBEN LOS NÚMEROS Y LAS LETRAS, QUE HAY ALGO DIFERENTE EN LA MANERA EN QUE ASIMILAN LO QUE LES ES DESCONOCIDO, PERO NO ENTIENDO COMO ESTA DESVENTAJA PUEDE ALLANARSE MEDIANTE UNA CONSULTA PSIQUIÁTRICA. LO QUE PARECE HABER ES UNA CARENCIA DE APTITUD TÉCNICA CON LA QUE NACEMOS AQUELLOS QUE SOMOS ETIQUETADOS DE “BUENOS ESTUDIANTES”. ALGUIEN DEBERÍA INVESTIGAR CONCRETAMENTE ESTÁS TÉCNICAS DE APRENDIZAJE Y ENSEÑARLAS. ¿QUÉ TIENE QUE VER LA PSIQUIATRÍA CON ESTE PROCESO?».

Corrían los tiempos en que no habíamos oído hablar de la dislexia ni de otras «minusvalías para el aprendizaje», los estudiantes como yo eran considerados sencillamente estúpidos o lentos. Fue Owen quien aisló mi problema.

—SE DEBE SOBRE TODO A UNA CUESTIÓN DE LENTITUD —diagnosticó—. ERES CASI TAN INTELIGENTE COMO YO, PERO NECESITAS EL DOBLE DE TIEMPO PARA APRENDER ALGO.

El psiquiatra de la escuela —un suizo retirado que todos los veranos volvía a Zurich— estaba convencido de que mis dificultades como estudiante eran la consecuencia de que mi mejor amigo hubiese «matado» a mi madre, y de las «tensiones y conflictos» que veía como «resultado inevitable» de que dividiera mi vida entre mi abuela y mi padrastro.

—A veces debes odiarlo... ¿no? —musitó un día el Dr. Dolder.

—¿Odiar a quién? —pregunté—. ¿A mi padrastro? ¡No, *adoro* a Dan!

—Tu mejor amigo... a veces *a él* lo odias. ¿No? —inquirió el Dr. Dolder.

—¡No! —exclamé—. *Adoro* a Owen... aquello fue un *accidente*.

—Sí, ya sé. Sin embargo... tu abuela tal vez sea un recordatorio muy penoso... ¿no?

—¿Un «recordatorio»? ¡*Adoro* a mi abuela!

—Sí, ya sé —dijo el Dr. Dolder—, pero este asunto del béisbol... es muy difícil, imagino...

—¡Sí! —salté—. Odio el béisbol.

—Por supuesto. Yo nunca he visto un partido, de modo que me resulta difícil imaginar exactamente... ¿qué te parece si vamos juntos a un partido?

—No —dije—. No juego al béisbol y ni siquiera lo veo.

—Sí, comprendo. Lo odias *tanto*... ¡Comprendo!

—No sé ortografía —dije— Soy un lector lento, me fatigo... tengo que señalar con el dedo la oración por donde voy si no quiero perderme...

—Tiene que ser *duro*... el béisbol, me refiero. ¿No?

—Sí, muy duro —suspiré.

—Sí, comprendo —repitió el Dr. Dolder—. ¿Ahora estás cansado? ¿Te estás fatigando?

—Se trata de la *ortografía* —le dije—. La ortografía y la lectura.

En las paredes de su consultorio en la enfermería Hubbard había viejas fotos en blanco y negro de las esferas del reloj de agujas de la catedral de Zurich, y de aves acuáticas en el Limmat, y de la gente alimentando a esas aves desde esas raras pasarelas arqueadas del puente. Mucha gente llevaba sombrero; mirando las fotos casi oías dar la hora a los relojes de la catedral.

El Dr. Dolder tenía una expresión curiosa en su cara alargada de chivo. Su barba de canas plateadas a lo Vandyke estaba pulcramente recortada, pero él a menudo se la mesaba.

—Una pelota de béisbol —dijo, con tono reflexivo— La próxima vez traerás una... ¿no?

—Sí, por supuesto.

—Y ese pequeño bateador, La Voz... ¿no? También me gustaría mucho hablar con él —sugirió el Dr. Dolder.

—Le preguntaré a Owen si tiene tiempo libre —respondí.

«NI SOÑARLO», dijo Owen Meany cuando se lo pregunté. «¡YO NO COMETO NI UN SOLO ERROR DE ORTOGRAFÍA!».

Toronto: 11 de mayo de 1987. Lamento haber tenido el dinero suelto justo para

sacar *The Globe and Mail* del puesto automático de la esquina; llevaba tres monedas de diez en el bolsillo y una frase de un artículo de primera plana me atrajo irresistiblemente. «No estaba claro cómo pensaba hacer Mr. Reagan para que su Administración mantuviera la ayuda a los contras sin apartarse de los marcos legales».

¿Desde cuándo le importaba a Mr. Reagan «no apartarse de los marcos legales»? Ojalá el presidente hubiese pasado un fin de semana con una modelo de Miami; habría causado muchos menos estropicios. ¡Piensa en lo aliviados que estarían los nicaragüenses, aunque sólo fuera durante un fin de semana! ¡Tendríamos que buscar una modelo para que el presidente pasara *todos* los fines de semana con ella! Si lográramos agotar al vejete, no sería capaz de más maldades dañinas. ¡Qué moralistas son los ciudadanos estadounidenses! ¡Con qué fervor se relamen sacando a la luz su comportamiento sexual! Es una lástima que no concentren su indignación moral en la arrogancia de su presidente al saltarse la ley; es una lástima que no den rienda suelta a su celo moral sobre una Administración que proporciona armas a los terroristas. Pero la moral de alcoba exige menos imaginación y pueden ocuparse de ella sin el esfuerzo de mantenerse al día en los asuntos del mundo... o sin molestarse siquiera en conocer «toda la historia» que subyace tras la aventura sexual.

Otro día soleado; los frutales están en flor, especialmente los perales, los manzanos de cultivo y los silvestres. Hay posibilidades de chubascos. A Owen le gustaba la lluvia. En el verano, en el fondo de una cantera podía hacer un calor bochornoso y el polvo siempre estaba presente; la lluvia refrescaba las rocas, mantenía bajo el polvo.

«A TODOS LOS CANTEROS LES GUSTA LA LLUVIA», decía Owen Meany.

Dije a mis alumnas de la clase de Literatura Nivel 12 que volvieran a leer la que Hardy había denominado primera «etapa» de *Tess d'Uberville*, titulada «La doncella».

Aunque había llamado su atención sobre la afición de Hardy a prefigurar situaciones, todas estaban especialmente soñolientas como para reconocer este tipo de artimañas. ¿Cómo podían haber leído con tamaña negligencia la muerte del caballo? «Nadie culpó tanto a Tess como ella misma», escribe Hardy; incluso dice: «Su rostro estaba seco y pálido, como si se viera a sí misma como una asesina». ¿Y qué interpretaron del aspecto físico de Tess? «Un porte exuberante, un desarrollo pleno, que la hacía parecer más mujer de lo que realmente era». No le sacaron ningún provecho.

—¿Ninguna de vosotras se ve así... a sí misma? —pregunté a la clase—. ¿Qué pensáis cuando veis que una de vosotras tiene ese aspecto?

Silencio.

¿Y qué pensaban que había ocurrido al final de la primera «etapa»? ¿Fue Tess

seducida o violada? «Estaba profundamente dormida», escribe Hardy. ¿Quiere decir que D'Urberville «se lo hizo» mientras dormía?

Silencio.

Antes de que se tomaran la molestia de leer la segunda «etapa» de *Tess*, titulada «Nunca más doncella», sugerí que se molestaran en *releer* «La doncella»... o que la leyeran por primera vez, según el caso.

—Prestad atención —les advertí—. Cuando Tess dice «¿Nunca se te ocurrió pensar que lo que toda mujer dice es sentido por algunas?», prestad mucha atención. Prestad atención al sitio donde está enterrado su hijo, «en ese miserable rincón asignado por Dios, donde el Señor deja crecer las ortigas y donde yacen todos los bebés sin bautizar, los borrachos célebres, los suicidas y otros presumiblemente condenados». Preguntaos a vosotras mismas qué piensa Hardy de la «asignación de Dios», y qué piensa de la mala suerte, de la casualidad, de las así llamadas circunstancias que escapan a nuestro control. ¿Imagina el autor que tener un temperamento *virtuoso* expone a más o a menos riesgos en este mundo?

—Señor —dijo Leslie Ann Grew. Esta era una expresión anticuada; hace años que nadie me llama «señor» en la Bishop Strachan, a menos que sea una alumna recién llegada... y ella lleva años aquí—. Si mañana hace un buen día, ¿podemos dar la clase *al aire libre*?

—No —dije; pero soy tan lento, me siento tan torpe. Sé qué le habría respondido La Voz.

«SOLO SI LLUEVE», habría dicho Owen. «SI LLUEVE A CANTAROS, DAREMOS LA CLASE FUERA».

Al principio del trimestre de invierno, en nuestro décimo curso en Gravesend Academy, el gotoso pastor de la escuela —el reverendo Scammon, oficiante del culto aconfesional de la academia y soso maestro de nuestras clases de Religión y Sagradas Escrituras— se partió la cabeza en los helados peldaños de Hurd's Church y no recuperó la conciencia. Owen opinaba que el reverendo Mr. Scammon nunca *estuvo* plenamente consciente. Durante semanas enteras, después de su defunción, sus vestiduras y su bastón siguieron colgados del perchero de la sacristía... como si el anciano Scammon sólo se hubiese ausentado para ir al lavabo contiguo. Contrataron al reverendo Lewis Merrill como interino para nuestras clases de Religión y Sagradas Escrituras, y se formó un Comité de Investigación para encontrar un nuevo clérigo escolar.

Owen y yo habíamos padecido juntos Religión Uno en el noveno curso: el abarcador enfoque que aplicaba Mr. Scammon a las religiones más importantes del mundo, desde César hasta Eisenhower. Estábamos sufriendo las clases de Sagradas Escrituras y de Religión Dos de Mr. Scammon, cuando los helados escalones de



Hurd's Church se elevaron para salir a su encuentro. El reverendo Merrill llevó a ambos cursos su consabido tartamudeo y sus dudas casi igualmente conocidas. En Sagradas Escrituras nos puso a trabajar en la Biblia, a encontrar abundantes ejemplos de Isaías 5:20: «¡Hay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo!». En Religión Dos —un curso de pesada lectura sobre «Religión y Literatura»— nos dio instrucciones de que acertáramos con el significado que en *Ana Karenina* había dado Tolstoi al siguiente párrafo: «No había solución, salvo la solución universal que da la vida a todas las cuestiones, incluso las más complejas e insolubles. La respuesta es: uno debe ocuparse de las necesidades de la época... es decir olvidarse de sí mismo».

En ambas clases, el pastor Merrill predicaba su filosofía de la-duda-es-la-esencia-y-no-la-enemiga-de-la-fe; ahora este punto de vista interesaba más a Owen que en otros tiempos. El secreto evidente era «creer sin que se operen milagros»; una fe que necesitaba de los milagros no era fe. No pidas pruebas: ese era el mensaje rutinario de Mr. Merrill.

—PERO TODO EL MUNDO NECESITA UNA PEQUEÑA PRUEBA —dijo Owen Meany.

—La misma fe es un milagro, Owen —respondió el pastor Merrill—. El primer milagro en el que creo es mi propia fe.

Owen parecía dubitativo, pero no dijo nada. Nuestra clase de Religión Dos —y también la de Sagradas Escrituras— estaba compuesta por una pandilla de ateos; con excepción de Owen Meany, éramos un puñado de imbéciles tan negativos y antitodo, que pensábamos que Jack Kerouac y Allen Ginsberg eran escritores más interesantes que Tolstoi. Así, el reverendo Lewis Merrill, con su tartamudeo y su trillado baúl de dudas, estaba muy atareado con nosotros. Nos hizo leer *El poder y la gloria*, de Greene. Owen escribió su ejercicio trimestral sobre «EL SACERDOTE DEL WHISKY: UN SANTO DESASTRADO». También leímos *Retrato del artista adolescente*, de Joyce, y *Barrabás*, de Lagerkvist, y *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski. Owen escribió *mi* ejercicio trimestral sobre «EL PECADO Y SMERDIAKOV: UNA COMBINACIÓN LETAL». ¡Pobre pastor Merrill! Mi antiguo ministro congregacionista se vio repentinamente lanzado al papel de defensor del cristianismo... e incluso Owen razonaba en los términos de la defensa de Mr. Merrill. Toda la clase adoraba a Sartre y a Camus; para nosotros, los adolescentes, era emocionante el concepto de la «incontestable evidencia de una vida sin consuelo». El reverendo Merrill contraatacaba humildemente con Kierkegaard: «Nadie tiene derecho a engañar a otros llevándoles a creer que la fe no tiene gran significación, o que es una cuestión fácil, pues es la más grande y difícil de todas las cosas».

Owen, que había albergado sus dudas respecto al pastor Merrill, se convirtió en su defensor.

—QUE UN GRUPO DE ATEOS SEAN MEJORES ESCRITORES QUE LOS TIPOS QUE ESCRIBIERON LA BIBLIA NO INDICA, NECESARIAMENTE, QUE TENGAN RAZÓN —dijo, malhumorado—. MIRAD ESOS EXTRAÑOS REALIZADORES DE MILAGROS DE LA TELE. ¡ESTÁN TRATANDO DE HACER QUE LA GENTE CREA EN LA MAGIA! PERO LOS AUTÉNTICOS MILAGROS NO PUEDEN VERSE, SON COSAS EN LAS QUE HAY QUE CREER SIN VERLAS. ¡SI ALGÚN PREDICADOR ES UN CABRÓN, ESO NO DEMUESTRA QUE DIOS NO EXISTE!

—Sí, pero no digamos «cabrón» en clase, Owen —dijo el pastor Merrill.

Y en nuestra clase de Sagradas Escrituras, Owen dijo:

—ES CIERTO QUE LOS DISCÍPULOS SON ESTÚPIDOS... NUNCA ENTIENDEN LO QUE QUIERE DECIR JESÚS, SON UNA PANDILLA DE CHAPUCEROS, NO CREEN EN DIOS POR MUCHO QUE QUIERAN CREER, E INCLUSO TRAICIONAN A JESÚS. LA CUESTIÓN ES QUE DIOS NO NOS AMA PORQUE SEAMOS INTELIGENTES NI PORQUE SEAMOS BUENOS. SOMOS BURROS Y SOMOS MALOS, Y DIOS IGUALMENTE NOS AMA. JESÚS ADVIRTIÓ A ESOS DISCÍPULOS CAGONES LO QUE IBA A OCURRIR. «EL HIJO DEL HOMBRE SERA ENTREGADO EN MANOS DE LOS HOMBRES, Y LE MATARAN». ¿LO RECORDÁIS? ESTÁ EN MARCOS.

—Sí, pero no digamos «discípulos cagones» en clase, Owen —dijo Mr. Merrill. Pero aunque se esforzaba por defender la Santa Palabra de Dios, Lewis Merrill —por primera vez, en mi recuerdo— parecía contento consigo mismo. Le animaba que atacaran su fe; estaba más vivaz y menos manso.

—NO CREO QUE LOS CONGREGACIONALISTAS HABLEN NUNCA CON ÉL —dijo Owen—. CREO QUE SE SIENTE SOLO Y NECESITA CONVERSACIÓN; AUNQUE SOLO CONSIGA ENROLLARSE EN UNA DISCUSIÓN, AL MENOS NOSOTROS LE HABLAMOS.

—No creo que su *mujer* le dirija nunca la palabra —observó Dan Needham. Y las expresiones monosilábicas de los ariscos hijos del pastor Merrill no eran del estilo que invita a conversar.

«¿POR QUÉ LA ESCUELA PIERDE EL TIEMPO CON DOS COMITÉS INVESTIGADORES?», preguntó La Voz en *The Grave*. «QUE BUSQUEN UN DIRECTOR, NECESITAMOS UN DIRECTOR PERO NO NECESITAMOS UN CLÉRIGO. SIN FALTAR EL RESPETO A LOS MUERTOS, EL REVERENDO LEWIS MERRILL ES UN REEMPLAZO MÁS QUE ADECUADO DEL DIFUNTO MISTER SCAMMON. SINCERAMENTE, MISTER MERRILL REPRESENTA UNA MEJORA EN EL HABLA. Y LA ESCUELA TIENE BASTANTE BUENA OPINIÓN DE SU CAPACIDAD EN EL PÚLPITO COMO PARA HABERLO TRAÍDO O LLAMADO COMO PREDICADOR INVITADO A HURD'S

CHURCH... EN DIVERSAS OCASIONES. EL REVERENDO MISTER MERRILL SERIA UN BUEN CLÉRIGO ESCOLAR. DEBERÍAMOS AVERIGUAR CUANTO LE PAGAN LOS CONGREGACIONALISTAS Y OFRECERLE MÁS».

Y así fue como lo contrataron, quitándoselo a los congregacionalistas; una vez más, todos prestaron oídos a La Voz.

Toronto: 12 de mayo de 1987. Un día fresco y soleado, ideal para arreglar el jardín. El olor a césped recién cortado a todo lo largo de Russell Hill Road refleja lo interesados que están mis vecinos en usar la máquina de cortar el césped. Mrs. Brocklebank —cuya hija Heather está en mi clase de Literatura Nivel 12— abordó su jardín de manera ligeramente distinta: la encontré arrancando de raíz los dientes de león.

—Será mejor que haga lo mismo —me aconsejó—. Arránquelos, no los corte. Si los corta con la máquina, sólo conseguirá que se reproduzcan.

—Como la estrella de mar —dije; tendría que haberme mordido la lengua: nunca es buena idea plantearle un nuevo tema a Mrs. Brocklebank, salvo que no sepas qué hacer para matar el tiempo. Si le hubiese asignado a ella la lectura de «La doncella», habría entendido todo bien... la primera vez.

—¿Qué sabe de la estrella de mar? —me preguntó.

—Me crié junto al mar —le recordé. A veces tengo que informar a los torontianos de la existencia del Atlántico y el Pacífico; suelen creer que los Grandes Lagos son todas las aguas que hay en el mundo.

—¿Y qué me dice de la estrella de mar? —insistió Mrs. Brocklebank.

—Si las cortas se reproducen.

—¿Eso está en un libro? —me preguntó. Le aseguré que sí. Hasta tengo un libro que describe la vida de la estrella de mar, aunque Owen y yo sabíamos que no había que cortarla mucho antes de leer nada sobre el tema; todos los chicos de Gravesend aprendían todo lo que hay que saber sobre la estrella de mar en la playa de Little Boar's Head. Recuerdo a mi madre diciéndonos que no las cortáramos; las estrellas de mar son muy destructivas y en New Hampshire nadie fomenta su capacidad reproductora.

Mrs. Brocklebank es persistente con la nueva información; persigue todo con la misma agresividad con que ataca sus dientes de león.

—Me gustaría ver ese libro —anunció.

Comencé de nuevo con lo que se había convertido en una labor bastante rutinaria: disuadir a Mrs. Brocklebank de que leyera otro libro. Trabajo tan arduamente para desalentarla, y con tan poco éxito, como para *alentar* a las niñas de la Bishop Strachan a que lean lo que les asigno.

—No es un libro muy bueno —comenté—. El autor es un amateur y él mismo se

ha pagado la edición.

—¿Y qué tiene de malo que un aficionado escriba un libro? —quiso saber Mrs. Brocklebank. Ahora se me ocurre que probablemente está escribiendo uno—. ¿Y qué tiene de malo que un autor pague la edición de su obra?

El libro que dice la verdad acerca de las estrellas de mar se titula *La vida en la charca de reflujo de la marea* y su autor es Archibald Thorndike. El viejo Thorny era un naturalista aficionado y un periodista aficionado; después de retirarse de Gravesend Academy, pasó dos años estudiando una charca de Rye Harbor; pagó de su propio bolsillo la publicación del libro y todos los años vendía ejemplares autografiados el día de la reunión de antiguos alumnos. Aparcaba su ranchera junto a las canchas de tenis y vendía sus libros por la puerta del maletero, charlando con todos los antiguos alumnos que quisieran charlar con él dado que había sido un director muy popular —y que fue sustituido por uno *nada* popular—, casi todos los exalumnos querían conversar con el viejo Thorny. Supongo que vendió montones de ejemplares de *La vida en la charca de reflujo de la marea*; incluso puede que ganara dinero. Tal vez no era tan aficionado como yo creía. Sabía manejar a La Voz... sin manejarla, sencillamente. Y La Voz resultó ser, en última instancia, la perdición del nuevo director.

Al final, cedí al frenesí autodidacta de Mrs. Brocklebank; le dije que le prestaría *La vida en la charca de reflujo de la marea*.

—Por favor, recuérdale a Heather que *relea* la primera «etapa» de *Tess* —le dije.

—¿Heather no está leyendo lo que debe? —me preguntó alarmada Mrs. Brocklebank.

—Es primavera —le recordé—. *Ninguna* chica lee lo que le pido. A Heather le va muy bien. —Por cierto, Heather Brocklebank es una de mis mejores alumnas; ha heredado el ardor de su madre, pero su imaginación va mucho más allá de los dientes de león.

Se me pasó por la cabeza poner a mi clase de Nivel 12 un cuestionario a traición; si leyeron tan a la ligera la primera «etapa» de *Tess*, apuesto a que se saltaron por completo la Introducción, aunque también les había pedido que la leyeran. No siempre lo hago, pero hay una Introducción de Robert B. Heilman especialmente útil para quienes leen por primera vez a Hardy. Conozco una pregunta francamente retorcida, pienso... mirando a Mrs. Brocklebank, aferrada a sus dientes de león muertos.

«¿Cuál fue el título original que dio Thomas Hardy a *Tess*?».

¡Ja! Nunca podrían adivinarlo; si hubiesen leído la Introducción, sabrían que era *Amada demasiado tarde*, al menos recordarían lo de «demasiado tarde». *Entonces* recordé que Hardy había escrito un relato —antes de *Tess*— titulado «Las aventuras románticas de una lechera» y me pregunté si debería incluir entre las respuestas

posibles ese título, para confundirlas. *Entonces* recordé que Mrs. Brocklebank estaba de pie en la acera, con las manos llenas de dientes de león, esperando que fuera a buscar *La vida en la charca de reflujo de la marea*. Y por último recordé que Owen Meany y yo leímos por primera vez *Tess d'Uberville* en el décimo curso de Gravesend Academy; estábamos en la clase de Literatura de Mr. Early —era el segundo trimestre de 1960— y yo me debatía con Thomas Hardy hasta las lágrimas. Mr. Early fue un tonto por hacer leer *Tess* a estudiantes de décimo. En la Bishop Strachan, hace mucho que discuto la conveniencia de que propongamos la lectura de Hardy en Nivel 13. ¡Incluso el Nivel 12 es prematuro! ¡Hasta *Los hermanos Karamazov* es más fácil que *Tess*!

—¡No puedo leer esto! —recuerdo haberle dicho a Owen. Intentó ayudarme; me ayudaba en todo lo demás, pero *Tess* era demasiado difícil, sencillamente—. ¡No puedo leer sobre el ordeño de vacas! —protesté.

—EL TEMA NO ES EL ORDEÑO DE VACAS —replicó Owen, enfadado.

—No me importa cuál es el tema; lo odio.

—ESA ES UNA ACTITUD VERDADERAMENTE INTELIGENTE —dijo Owen—. SI NO PUEDES LEERLA POR TU CUENTA, ¿QUIERES QUE TE LA LEA EN VOZ ALTA?

Me avergüenza recordarlo: que fuera capaz de hacer *incluso eso* por mí, que fuera capaz de leerme *Tess d'Uberville* en voz alta. En aquella época, la idea de escuchar toda la novela en su voz me produjo vértigo.

—No puedo leerla ni tampoco puedo escucharla —contesté.

—MUY BIEN —dijo Owen—. DIME ENTONCES QUE QUIERES QUE HAGA. PUEDO CONTARTE TODA LA HISTORIA, PUEDO ESCRIBIRTE EL EJERCICIO TRIMESTRAL... Y SI HAY UN EXAMEN, TENDRÁS QUE ENGATUSARLOS COMO PUEDAS. SI TE CUENTO TODA LA HISTORIA, QUIZÁ RECUERDES ALGO. LA CUESTIÓN ES QUE PUEDO HACERTE LOS DEBERES; PARA MÍ NO ES DIFÍCIL Y NO ME MOLESTA. O PUEDO ENSEÑARTE A QUE LOS HAGAS. ESO SERIA UN POCO MÁS DIFÍCIL... PARA LOS DOS, AUNQUE RESULTARÍA ÚTIL QUE FUERAS CAPAZ DE HACER TUS DEBERES. QUIERO DECIR, ¿QUÉ VAS A HACER... CUANDO YO NO ESTE?

—¿Qué quieres decir con eso de cuando tú no estés? —le pregunté.

—ENFÓCALO DE OTRA MANERA —prosiguió, pacientemente—. ¿PIENSAS BUSCAR TRABAJO? CUANDO TERMINE LA ESCUELA, ME REFIERO. ¿TE PONDRÁS A TRABAJAR? ¿IRAS A LA UNIVERSIDAD? ¿IREMOS A LA MISMA UNIVERSIDAD? ¿ALLÍ TAMBIÉN TE HARÉ LOS DEBERES? ¿EN QUE VAS A ESPECIALIZARTE?

—¿En qué te especializarás tú? —le pregunté; había herido mis sentimientos...

pero yo sabía a qué apuntaba, y tenía razón.

—GEOLOGÍA —respondió—. ESTOY EN EL NEGOCIO DEL GRANITO.

—¡Eso es un disparate! —exclamé—. No es *tu* negocio. Puedes elegir lo que te venga en gana, no tienes por qué estudiar las *rocas*.

—LAS ROCAS SON INTERESANTES —dijo Owen, tercamente—. LA GEOLOGÍA ES LA HISTORIA DE LA TIERRA.

—¡No puedo leer *Tess D'Urberville*! —chillé—. ¡Es muy difícil!

—QUIERES DECIR QUE ES DIFÍCIL PONERTE A LEERLO, QUIERES DECIR QUE ES DIFÍCIL PONERTE A PRESTAR ATENCIÓN —dijo— PERO LO DIFÍCIL NO ES *TESS D'UBERVILLE*. THOMAS HARDY PUEDE ABURRIRTE PERO ES FÁCIL DE ENTENDER... ES OBVIO, TE DICE TODO LO QUE NECESITAS SABER.

—¡Me dice *más* de lo que *quiero* saber! —grité.

—EL ABURRIMIENTO ES TU PROBLEMA —dijo Owen Meany— TU FALTA DE IMAGINACIÓN ES LO QUE TE ABURRE. HARDY HA CONFIGURADO EL MUNDO. TESS ESTA CONDENADA. EL DESTINO LA HA TOMADO CON ELLA. ES UNA VÍCTIMA; SI ERES UNA VÍCTIMA, EL MUNDO TE UTILIZARÁ. ¿POR QUÉ HABRÍA DE ABURRIRTE ALGUIEN QUE TIENE UNA FORMA TAN ELABORADA DE VER EL MUNDO? ¿POR QUÉ NO HABRÍAS DE INTERESARTE POR ALGUIEN QUE HA ELABORADO UNA FORMA DE VER EL MUNDO? ¡ESO ES LO QUE VUELVE INTERESANTES A LOS ESCRITORES! QUIZÁ DEBERÍAS ESPECIALIZARTE EN LITERATURA. ¡AL MENOS LLEGARÍAS A LEER MATERIALES ESCRITOS POR PERSONAS QUE SABEN *ESCRIBIR*! NO TIENES QUE *HACER* NADA PARA ESPECIALIZARTE EN LITERATURA, NO NECESITAS NINGÚN TALENTO ESPECIAL, BASTA CON QUE PRESTES ATENCIÓN A LO QUE ALGUIEN QUIERE QUE VEAS... A LO QUE PONE MÁS FURIOSO A ALGUIEN, O DE ALGUNA MANERA MÁS EXCITADO. ¡ES TAN *FÁCIL*! CREO QUE POR ESO HAY TANTOS LICENCIADOS EN LITERATURA.

—¡Para mí no es fácil! —grité—. ¡*Detesto* leer este libro!

—¿DETESTAS LEER LA MAYORÍA DE LOS LIBROS? —me preguntó.

—¡Sí!

—¿TE DAS CUENTA DE QUE EL PROBLEMA NO ES *TESS*? —me preguntó.

—Sí —reconocí.

—YA VAMOS LLEGANDO A ALGUNA CONCLUSIÓN —dijo Owen Meany... mi amigo, mi maestro.

De pie en la acera, con Mrs. Brocklebank, sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Tiene alergia? —me preguntó; moví la cabeza negativamente. Me avergüenza

haber pensado, siquiera un instante, en dar una puñalada traperera a mis chicas de Nivel 12 con un rebuscado cuestionario sobre *Tess d'Urberville*. Recordando cuánto sufrí como estudiante, recordando cuánto necesité de la ayuda de Owen, ¿cómo se me pudo pasar siquiera por la imaginación ser un maestro *traidor*?

—Me parece que *sí* tiene alergia —dedujo Mrs. Brocklebank de mis lágrimas—. Mucha gente tiene alergia pero no lo sabe; lo he leído.

—Deben de ser los dientes de león —dije; Mrs. Brocklebank ojeó la pestilente mala hierba con renovado encono.

Todas las primaveras aparecen los dientes de león; siempre me recuerdan el trimestre de la primavera de 1960: los albores de esa vieja década que una vez nos pareció tan nueva a Owen Meany y a mí. Fue la primavera en que el Comité de Investigación encontró un nuevo director. Fue la década que nos derrotó.

Randolph White había sido director de una pequeña escuela privada en Lake Forest, Illinois; me han dicho que se trata de una comunidad superopulenta y formada exclusivamente por anglosajones blancos y protestantes, que se esmera en fingir que no es un suburbio de Chicago... aunque esto puede ser injusto: nunca estuve allí. Varios estudiantes de Gravesend procedían de Lake Forest y refunfuñaron unánimemente al oír el anuncio del nombramiento de Randolph White como director de la academia; aparentemente, les deprimía la idea de que alguien de Lake Forest los hubiese seguido hasta New Hampshire.

En aquella época, Owen y yo conocíamos a un chico de Bloomfield Hills, Michigan, que nos contó que Bloomfield Hills era a Detroit lo que Lake Forest a Chicago y que —en su opinión— Bloomfield Hills «se llevaba la palma». Como ejemplo de lo que quería decir, nos contó una historia de esta última población, acerca de una familia negra que se mudó allí y se vio obligada a vender todo y volver a trasladarse porque sus vecinos quemaban cruces en su jardín. Owen y yo nos impresionamos: en New Hampshire creíamos que esas cosas sólo ocurrían en el Sur... Pero un chico negro de Atlanta nos informó que no sabíamos «una mierda» del problema; quemaban cruces en todo el país, dijo el chico negro, y nosotros mismos no estábamos precisamente «inundados por un mar de caras negras» en Gravesend Academy, ¿verdad? No, concordamos Owen y yo: no lo estábamos.

Luego otro chico de Michigan afirmó que Grosse Pointe era más a Detroit lo que Lake Forest a Chicago, que Bloomfield Hills no era una analogía acertada. Y otro chico argumentó que Shaker Heights era a Cleveland lo que Lake Forest a Chicago... y así sucesivamente. Owen y yo no éramos muy conocedores de la geografía de lo rico y exclusivo del país; cuando un chico judío de Highland Park, Illinois, nos contó que «no se permitía el asentamiento de judíos» en Lake Forest, Owen y yo comenzamos a preguntarnos de qué *clase* de abominable escuela privada de Lake Forest provenía nuestro nuevo director.

Owen tenía otro motivo para sospechar de Randolph White. De todos los candidatos a quienes el Comité Investigador arrastró por la escuela en nuestro décimo curso, sólo Randolph White no había aceptado la invitación a una AUDIENCIA PRIVADA con La Voz. Owen había conocido a Mr. White en la puerta del despacho de Archie Thorndike, quien presentó al candidato a La Voz y dijo, como de costumbre, que dejaría libre su despacho para que estuvieran a solas en la entrevista.

—¿Qué es esto? —inquirió Randolph White—. Creí que ya había tenido la entrevista con los estudiantes.

—Bien... —dijo el viejo Thorny—, Owen es La Voz... ¿Conoce nuestra publicación, *The Grave*?

—Sé quién es él —dijo Mr. White; aún no había estrechado la mano tendida de Owen—. ¿Por qué no se entrevistó conmigo cuando lo hicieron los otros estudiantes?

—Ese era el subcomité estudiantil —aclaró Archie Thorndike—. Owen ha solicitado una «audiencia privada».

—Solicitud denegada, Owen —dijo Randolph White, estrechando por fin su manita—. Necesito mucho tiempo para hablar con los jefes de departamentos —explicó; Owen se frotó los dedos, todavía palpitantes por el apretón de manos del candidato.

El viejo Thorndike trató de evitar un desastre.

—Owen es casi un jefe de departamento —apostilló alegremente.

—La opinión de un estudiante no es un departamento, ¿verdad? —preguntó Mr. White a Owen, que había enmudecido. White era un hombre sólido y bien proporcionado, que jugaba agresiva e implacablemente al squash todos los días. Su mujer lo llamaba «Randy»; él la llamaba «Sam», porque su nombre era Samantha. Ella provenía de una familia de «fortuna cárnica» del área de Chicago; también él tenía antecedentes familiares «cárnicos»... aunque según se decía había más dinero en la carne de Sam que en la de Randy. Uno de los periódicos menos que amables de Chicago describió su boda como un «matrimonio carnal». Owen recordaba del expediente que White tenía en su haber «una revolución en el empaquetado y distribución de productos cárnicos»; había dejado la carne por la educación poco tiempo atrás, cuando sus propios hijos (en su opinión) necesitaban una escuela mejor; creó una a partir de cero y resultó un éxito en Lake Forest. Ahora sus hijos estaban en el college y White buscaba un «desafío mayor en el asunto educativo». En Lake Forest no había trabajado con ninguna «tradición»; afirmaba que le gustaba la idea de «ser un artífice de cambios dentro de una gran tradición».

Randy White se vestía como un hombre de negocios; se veía excesivamente severo junto al casi desharrapado Archie Thorndike. Llevaba un traje gris acero a rayas, con una camisa blanca crujiente; lucía un delgado broche de oro que juntaba demasiado las insólitas puntas estrechas del cuello de su camisa... además de tironear



demasiado hacia delante el nudo perfecto de su corbata. Apoyó la mano en la cabeza de Owen y lo despeinó; antes del famoso Nacimiento del 53, Barb Wiggin solía hacerle lo mismo.

—¡Hablaré con Owen *después* de conseguir el puesto! —dijo White al viejo Thorny y sonrió por su propio chiste—. De todos modos sé lo que él quiere —le guiñó un ojo a Owen—. «Primero un educador, segundo un recaudador de fondos», ¿no es así? —Owen asintió, pero no podía hablar—. Bien, Owen, te diré lo que es un director: un *tomador de decisiones*. Es tanto un educador como un recaudador de fondos, pero primero y principalmente, es alguien que toma decisiones —Randy White miró la hora y empujó suavemente al viejo Thorny para que entrara en el despacho—. Tengo que coger ese avión —dijo—. Reunamos a esos jefes de departamento —y justo antes de que el viejo Archy Thorndike cerrara la puerta, Owen oyó lo que dijo White, algo que, según mi amigo, *estaba destinado* a que lo oyera—: Espero que ese chico no haya dejado de *crecer* —dijo Randy White y sólo entonces se cerró la puerta del despacho del director; La Voz se había quedado sin habla; el candidato no había oído una sola palabra de labios de Owen Meany.

Por supuesto, el Espíritu del Futuro se las vio venir; a veces pienso que Owen siempre se veía venir todo. Recuerdo cuando predijo que la escuela escogería a Randolph White. La Voz tituló «UNA MANO DE CAL» su columna para *The Grave*, que empezaba así: «A LOS ADMINISTRADORES LES GUSTAN LOS HOMBRES DE NEGOCIOS... ¡LOS ADMINISTRADORES SON HOMBRES DE NEGOCIOS! LOS DOCENTES SON UN PUÑADO DE MAESTROS TÍPICOS: INDECISOS, INSÍPIDOS, SIEMPRE DICEN “POR OTRO LADO”. AHORA APARECE ESTE INDIVIDUO QUE AFIRMA QUE SU ESPECIALIDAD CONSISTE EN TOMAR DECISIONES. UNA VEZ QUE EMPIECE A TOMAR ESAS DECISIONES, VOLVERÁ LOCOS A TODOS. ¡ESPERAD A QUE TODOS VEAN LAS BRILLANTES DECISIONES QUE ESE INDIVIDUO SE SACA DE LA MANGA! PERO AHORA, TODOS PIENSAN QUE PRECISAMENTE LO QUE NECESITAMOS ES ALGUIEN QUE TOME DECISIONES. AHORA MISMO, TODOS LE LAMEN EL CULO A UN TOMADOR DE DECISIONES. LO QUE NECESITA GRAVESEND ES UN DIRECTOR CON SOLIDOS ANTECEDENTES PEDAGÓGICOS; EL ANTECEDENTE DE MISTER WHITE ES LA CARNE». Había más, y era peor. Owen sugería que alguien hiciera averiguaciones sobre la política de admisiones en la pequeña escuela privada de Lake Forest. ¿Había judíos o negros en la escuela de Mr. White? En su condición de profesor consejero de *The Grave*, Mr. Early vetó la columna. Lo que forzó su mano fue lo referente a que los docentes eran «MAESTROS TÍPICOS: INDECISOS, INSÍPIDOS...». Dan Needham coincidió en que había que censurar esa columna.

—No puedes *insinuar* que alguien es racista o antisemita, Owen —le dijo Dan—.

Tienes que tener pruebas.

Owen se sulfuró ante un rechazo tan tajante de *The Grave*, pero se tomó en serio el consejo de Dan. Habló con los estudiantes de Gravesend oriundos de Lake Forest, Illinois; los estimuló a escribir a sus padres e instarlos a que hicieran averiguaciones sobre la política de admisiones en la escuela de Mr. White. Los padres podían fingir que estaban pensando en llevar allí a sus hijos; incluso podían preguntar directamente si tendrían que codearse con negros o judíos. El resultado —la desdichada información de segunda o tercera mano— fue característicamente poco claro: la escuela informó a los padres que «no tenía una política específica de admisiones», y también les hizo saber que en la escuela no había negros ni judíos.

Dan tenía su propia versión del encuentro con Randy White, que tuvo lugar después de que a éste le ofrecieran el puesto. Era un hermoso día primaveral —las forsitias y las lilas estaban en flor— y Dan iba andando por el patio principal con Randy White y su mujer; era la primera visita de Sam a la escuela y se mostró interesada por el teatro. Casi inmediatamente después de llegar, Mr. White tomó la decisión de aceptar el cargo de director. Dan comentó que la escuela nunca se había visto tan bonita. El césped estaba recortado y tenía un tono verde primaveral, pero no le habían pasado la máquina tan recientemente como para dar la impresión de estar trasquilado; la hiedra aparecía lustrosa contra los edificios de ladrillo rojo, los setos de tuyas y alheñas que bordeaban los senderos del patio contrastaban en su verde oscuro uniforme con los pocos dientes de león de color amarillo brillante. Dan dejó que el nuevo director le maltratara los dedos de la mano derecha y observó la blandura de rubia bonita en la sonrisa huera e indiferente de Sam.

—Mira esos dientes de león, querida —dijo Randolph White.

—Deben ser arrancados de raíz —dijo Mrs. White categóricamente.

—Deberían, deberían... y así se hará —afirmó el nuevo director.

Dan nos confesó a Owen y a mí que los White le habían puesto la piel de gallina.

—AHORA PIENSAS QUE TE PONEN LA PIEL DE GALLINA —dijo Owen—. ¡ESPERA A QUE EL EMPIECE A TOMAR DECISIONES!

Toronto: 13 de mayo de 1987; otro día espléndido, soleado y fresco; Mrs. Brocklebank y otros vecinos que ayer atacaban los dientes de león, hoy se dedican al césped. Russell Hill Road y Lonsdale Road huelen con la frescura de una granja. Volví a leer *The Globe and Mail* pero me porté bien; no lo llevé conmigo a la escuela y resolví *no* hablar de la venta de armas estadounidenses a Irán y el desvío de los beneficios a los rebeldes nicaragüenses, *ni* del regalo del sultán de Brunei que, se suponía, ayudaría a sustentar a los rebeldes pero fue transferido a una cuenta *errónea* de un banco suizo. ¡Una «equivocación» de diez millones de dólares! *The Globe and Mail* decía: «Brunei sólo era uno de los países extranjeros con los que se entró en

contacto durante el intento de la Administración Reagan para encontrar ayuda financiera destinada a los contras después que el Congreso prohibió que se gastara ningún dinero en su beneficio por parte del Gobierno de los Estados Unidos». Pero en mi clase de Literatura Nivel 13, la siempre inteligente Claire Clooney leyó esto en voz alta y después me preguntó si no opinaba que era «la frase más liosa del mundo».

He estimulado a las chicas a buscar frases enrevesadas en periódicos y revistas, y a llevarlas a clase para ridiculizarlas alegremente —y lo de «que se gastara ningún dinero» es suficiente para que un maestro de literatura ponga los ojos en blanco con un toque de gris—, pero yo sabía que Claire Clooney quería agujonearme. No mordí el anzuelo.

Estamos en la época del trimestre primaveral en que las mentes de las alumnas de Nivel 13 se encuentran en cualquier otro lado, y les recordé que —ayer— no habíamos avanzado lo suficiente en nuestra lectura del tercer capítulo de *El gran Gatsby*, que la clase se había atascado en un lodazal de interpretaciones respecto a la «cualidad de eterna promesa tranquilizadora» en la sonrisa de Gatsby, y que habían perdido un tiempo muy valioso intentando aprehender el significado de que Jordan Baker exhibiera «un disgusto urbano por lo concreto». Claire Clooney, debo añadir, siente un «disgusto por lo concreto» tan *general* que confundió a Daisy Buchanan con Myrtle Wilson. Sugerí que confundir a una esposa con una amante era de una índole más calamitosa que un desliz verbal. Sospecho que Claire es demasiado inteligente para cometer un error de tal magnitud, y que ayer no había pasado del primer capítulo, y que hoy —mediante su táctica de distraerme con las noticias— no había llegado al final del cuarto.

—Aquí hay otra, Mister Wheelwright —dijo Claire Clooney, prosiguiendo con su inmisericorde ataque a *The Globe and Mail*—. Esta es la *segunda* frase más liosa del mundo. Oiga esto: «Ayer Mister Reagan negó que hubiese solicitado ayuda a terceros países para los rebeldes, como había dicho el lunes Mister McFarlane». Aquí hay una anfibología, ¿verdad? —me preguntó—. Me gusta eso: «como había dicho el lunes Mister McFarlane» está como añadido a la frase —gritó.

—¿Está «como añadido», o está añadido? —le pregunté. Sonrió; las demás chicas rieron disimuladamente. No conseguirían hacerme malgastar una clase de cuarenta y cinco minutos en Ronald Reagan. Pero tuve que mantener las manos bajo el escritorio... los *puños* bajo el escritorio, debería decir. La Casa Blanca, esa horda criminal, esos gorilas prepotentes que se sienten *justificados* actuando por encima de la ley. ¡Deshonran a la democracia afirmando que hacen lo que hacen *por* la democracia! Tendrían que estar en la cárcel. ¡Tendrían que estar en *Hollywood*!

Sé que algunas chicas han dicho a sus padres que pronuncio «monsergas» contra los Estados Unidos; varios padres se han quejado a la directora, que me ha advertido que no debo llevar la política al aula... «o al menos di algo sobre *Canadá*; como

sabes, las chicas de Bishop Strachan son, en su mayoría, *canadienses*».

—Es que no sé nada de Canadá —digo.

—¡Ya sé que no sabes! —dice Katherine Keeling, riendo; siempre es cordial, incluso cuando me provoca, pero me hiere el fondo de su observación... aunque sólo sea porque es el mismo mensaje crítico que sin cesar me transmite el canónigo Mackie. En síntesis: llevas veinte años *con* nosotros, ¿cuándo te interesarás *por* nosotros?

En mi clase de Literatura Nivel 13, Frances Noyes dijo:

—Yo creo que miente. —Se refería al presidente Reagan, por supuesto.

—Tendrían que encausarlo. ¿Por qué no lo hacen? —intervino Debby LaRocca—. Si está mintiendo, tendrían que encausarlo. Y si no miente, si todos esos payasos llevan la Administración por él, es demasiado estúpido para ser presidente. En cualquiera de ambos casos, deberían encausarlo. ¡En Canadá, harían una moción de censura y tendría que largarse!

—Eso —apostilló Sandra Darcy.

—¿Usted qué opina, Mister Wheelwright? —me preguntó Adrienne Hewlett, con voz dulce.

—Opino que algunas no habéis leído hasta el final el cuarto capítulo. ¿Qué significa que Gatsby se vio «repentinamente librado de las entrañas de su inútil esplendor»? ¿Qué significa eso? —les pregunté.

Al menos Ruby Newell había hecho los deberes.

—Significa que Gatsby sólo compró la casa para tener a Daisy al otro lado de la bahía, que todas las fiestas que da... en cierto sentido, las da por ella. Significa no sólo que está loco, sino que ha amasado una fortuna y la está gastando exclusivamente por *ella*. Para atraer su atención —dijo Ruby.

—¡A mí me gusta la parte del tío que amañó la Serie Mundial! —gritó Debby LaRocca.

—¡Meyer Wolfshears! —apuntó Claire Clooney.

—*Sheim* —dije bajito—. Meyer Wolfsheim.

—¡Eso! —apostilló Sandra Darcy.

—Me encanta la forma en que dice «Oggsford» en vez de Oxford —dijo Debby LaRocca.

—Piensa en Gatsby como en un «hombre de Oggsford» —dijo Frances Noyes.

—A mí me parece que el tío que narra la historia es un *snob* —intervino Adrienne Hewlett.

—Nick —dije bajito—. Nick Carraway.

—Eso —apostilló Sandra Darcy—. Pero *se supone* que es un *snob*... eso forma parte de la trama.

—Y cuando dice que es tan sincero, que es «una de las pocas personas sinceras»

que ha conocido, creo que se supone que no debemos confiar en él... no del todo, me refiero —sugirió Claire Clooney—. Sé que es el que cuenta la historia, pero participa del grupo... los juzga, pero es uno de ellos.

—No son más que gentuza —dijo Sandra Darcy.

—¿Gentuza? —pregunté.

—Son personas muy *desaprensivas* —dijo correctamente Ruby Newell.

—Sí, no cabe duda —dije.

Muy listas las niñas de la Bishop Strachan School. ¡Saben lo que ocurre en *El Gran Gatsby*, y también saben lo que hay que hacer con la podrida Administración Reagan! Pero hoy me reprimí muy bien en clase. Limité mis observaciones a *El gran Gatsby*. Rogué a la clase que leyera con especial cuidado, en los siguientes capítulos, la idea de Gatsby de que puede «repetir el pasado», su observación respecto a Daisy —que «su voz está pletórica de dinero»— y la frecuencia con que aparece a la luz de la luna (una vez, al final del Capítulo Siete, «contemplando nada»). Les pedí que meditaran en la *coincidencia* del trigésimo cumpleaños de Nick; el significado de la frase «Ante mí se extendía el portentoso y amenazante camino de una nueva década» causaría tantas dificultades a nuestra clase como la significación de «un disgusto urbano por lo concreto».

—¡Y no olvidéis lo que dijo Ruby! —les aconsejé—. Son personas muy «desaprensivas». —Ruby Newell sonrió; el propio Fitzgerald es quien describe a esos personajes como «desaprensivos». Ruby sabía que yo sabía que había leído el libro hasta el final.

«Eran personas desaprensivas», dice el libro; «aplastaban cosas y seres vivos y luego volvían a sumergirse en su dinero o en su abarcadora desaprensión, o en lo que fuese que los mantenía unidos, y dejaban que otros limpiaran la porquería...».

La Administración Reagan está plagada de «gente desaprensiva»; su desaprensión es inmoral, ¡Y el presidente Reagan se autocalifica de cristiano! ¿Cómo se atreve? La clase de gente que hoy afirma estar en comunicación con Dios... ¡es capaz de volver loco a un *verdadero* cristiano! ¿Y esos de estilo evangélico que realizan milagros por dinero? Corren muchos billetes cuando se interpreta el Evangelio para idiotas —o cuando los idiotas interpretan el Evangelio para ti— y algunos de estos evangelistas son incluso lo bastante hipócritas para sumirse en actividades sexuales que harían enrojecer al mismísimo exsenador Hart. Tal vez el pobre Gary Hart erró su auténtica vocación, ¿o son iguales los candidatos presidenciales y los evangelistas a los que pillan con los pantalones bajados? A Mr. Reagan también lo pillaron con los pantalones bajados... pero el pueblo estadounidense reserva su condena moral exclusivamente para la conducta sexual. ¿Recuerdas cuando el país se estaba matando en Vietnam y los que se quedaron en casa mostraron su indignación por la longitud y la higiene del *pelo* de los manifestantes antibélicos?

En la sala de profesores, Evelyn Barber, una de mis colegas del Departamento de Literatura, me preguntó qué pensaba del artículo publicado en *The Globe and Mail* sobre la ayuda a la contra. Repliqué que en mi opinión, la Administración Reagan mostraba «un disgusto urbano por lo concreto». Desperté algunas carcajadas entre mis colegas, que en realidad esperaban una diatriba; por un lado, se quejan de mis «opiniones políticas previsibles», pero de hecho son como las estudiantes: les encanta sacarme de quicio. He pasado veinte años dando clases a adolescentes; ignoro si en algunas he ejercido una influencia maduradora, pero ellas nos han convertido en adolescentes a mí y a mis colegas. Los adolescentes somos muy maliciosos; por ejemplo, *nosotros* no habríamos mantenido en su cargo a Mr. Reagan.

En la sala de profesores, mis colegas parloteaban sobre las elecciones escolares, que se celebraron ayer, cuando noté un impaciente estremecimiento en el servicio matinal, antes de la votación para el puesto de jefa de alumnas. Las chicas cantaron «Hijos de Dios» con más entusiasmo que de costumbre. ¡Cuánto me gusta oírlas cantar ese himno! Hay estrofas que sólo las voces de unas jovencitas pueden entonar convincentemente.

Hermanos, juntos hemos de estar  
y nuestra vida acaba de empezar;  
es muy joven nuestro corazón,  
eternamente viviremos en unión.

Fue Owen Meany quien me enseñó que cualquier libro bueno está siempre en movimiento: de lo general a lo específico, de lo particular a lo universal, y viceversa, y así sucesivamente. La buena lectura —y la buena escritura sobre la lectura— funciona de la misma manera. Fue Owen, poniendo como ejemplo *Tess d'Urberville*, quien me enseñó a escribir un ejercicio trimestral, describiendo los incidentes que determinan el sino de Tess y relacionándolos con esa magistral oración que cierra el Capítulo Treinta y Seis: «... brotan insensiblemente nuevos desarrollos para llenar cada espacio vacante; los accidentes imprevistos entorpecen las intenciones y los viejos planes caen en el olvido». Para mí fue un triunfo: mientras escribía mi primer artículo trimestral logrado, sobre un libro que había leído, también aprendí a leer. Casi de manera maquinal, Owen contribuyó a mi aprendizaje por otros medios: decidió que mis ojos se desviaban a izquierda y derecha de la línea por donde iba leyendo, y que —en lugar de seguir la siguiente palabra elusiva con el dedo— debía destacar una zona de la página leyendo a través de un agujero recortado en un papel. Era un pequeño rectángulo, una ventana a través de la cual debía leer; yo movía la ventana —que no abarcaba más de dos o tres líneas— por la página. Leí más rápida y cómodamente que cuando seguía el texto con el dedo; hasta el día de hoy sigo

leyendo a través de una ventana como aquélla.

En cuanto a mi ortografía, Owen resultó más útil que el Dr. Dolder. Fue él quien me estimuló a aprender mecanografía; una máquina de escribir no soluciona el problema, pero suelo reconocer si una palabra mecanografiada *se ve incorrecta*. Escribiendo a mano era (y soy) un desastre. Y Owen me hizo que le leyera los poemas de Robert Frost en voz alta: «EN MI VOZ, NO SONARÍAN TAN BIEN». De manera que aprendí de memoria «El oro no perdura» y «Fuego y hielo» y «En el bosque un atardecer nevado»; Owen memorizó «Abedules», que era demasiado largo para mí.

En el verano de 1960, cuando nadábamos en el lago de la cantera abandonada, ya no nos atábamos con una cuerda ni entrábamos en el agua de uno en uno; Mr. Meany había perdido interés en esta normativa, o en hacerla cumplir, o había asumido que Owen y yo ya no éramos unos críos. Aquel verano teníamos dieciocho años. Cuando nadábamos en la cantera, no nos parecía que corriéramos peligro; nada nos parecía peligroso. También fue el verano en que nos registramos para el alistamiento forzoso. En aquella época, no nos pareció más arriesgado que comprar un cucurucho de helado en Hampton Beach.

Los domingos —cuando el día no era bueno para ir a la playa— practicábamos el baloncesto en el gimnasio de Gravesend Academy; los chicos de los cursos de verano tenían un programa de deportes al aire libre, y los fines de semana estaban tan levantiscos que iban a la playa aunque lloviera. Teníamos la cancha de baloncesto para nosotros solos y el gimnasio era fresco. Había un viejo bedel que trabajaba los fines de semana y nos conocía de vernos durante el curso; nos traía del almacén los mejores balones y toallas limpias, y a veces hasta nos dejaba nadar en la piscina cubierta; creo que era algo retrasado. Debía de tener algún tipo de lesión, porque disfrutaba de verdad viéndonos a Owen y a mí practicar nuestra estúpida cabriola: el tiro de salto, alzamiento y mate.

—PRACTIQUEMOS EL TIRO —decía Owen, que nunca lo llamó de otra manera: «el tiro». Lo practicábamos una y otra vez. Él cogía el balón con ambas manos y saltaba a mis brazos (sin apartar en ningún momento los ojos del aro de la canasta); a veces se contorsionaba en el aire y lanzaba la pelota de espaldas a la canasta; otras veces realizaba el mate con una sola mano. Yo me volvía a tiempo para ver el balón en la red y a Owen Meany descendiendo, con las manos todavía más altas que el aro de la canasta, pero la cabeza más baja que la red, pataleando en el aire. Siempre aterrizaba garbosamente.

En ocasiones conseguíamos convencer al viejo bedel para que nos cronometrara el tiempo con el cronómetro del marcador oficial.

—PÓNGALO EN OCHO SEGUNDOS —le indicaba Owen. Durante el verano, dos veces logramos «el tiro» en menos de cinco segundos—. PÓNGALO EN

CUATRO —decía y seguíamos practicando; bajar de cuatro segundos era difícil. Cuando me hartaba, Owen citaba a Robert Frost—. «UNO PODRÍA HACER ALGO PEOR QUE COLUMPIARSE EN LOS ABEDULES».

En nuestras billeteras, en nuestros bolsillos, las cartillas de reclutamiento no pesaban nada; nunca las mirábamos. Sólo en el primer trimestre de 1960 —con el director White empuñando el timón—, los estudiantes de Gravesend Academy les encontraron una utilidad interesante. Por supuesto, fue Owen quien hizo el descubrimiento. Estaba en la redacción de *The Grave*, experimentando con una fotocopiadora flamante; se dio cuenta de que podía copiar su cartilla de reclutamiento... y a renglón seguido descubrió la forma de hacer una en blanco, sin nombre ni fecha de nacimiento. En New Hampshire estaba prohibido el consumo de bebidas alcohólicas a los menores de veintiún años; aunque Owen no bebía, sabía que en Gravesend Academy había montones de estudiantes a los que les entusiasmaba beber... y ninguno de ellos tenía veintiún años.

Cobraba veintiún dólares por cartilla.

—ESE ES EL NUMERO MÁGICO —decía—. INVENTA TU PROPIO CUMPLEAÑOS. NO LE DIGAS A NADIE DE DONDE SACASTE ESTO. SI TE PESCAN, NO TE CONOZCO.

Fue la primera vez que infringió la ley... salvo que se incluya la cuestión de los renacuajos y los sapos, y a María Magdalena en el punto de mira.

Toronto: 14 de mayo de 1987. Otra mañana soleada, aunque amenaza lluvia.

Ahora el presidente Reagan adopta la táctica de decir que está orgulloso de todos los esfuerzos que ha hecho por los contras, a quienes llama «el equivalente moral de nuestros padres fundadores». Confirmó que había «dialogado» sobre la cuestión de la ayuda con el rey Fahd de Arabia Saudí; ha cambiado su versión de dos días atrás. *The Globe and Mail* señaló que «el rey había planteado el tema». ¿Tiene alguna *importancia* quién lo puso sobre el tapete? «Mi diario muestra que yo no lo planteé», dijo el presidente. «Expresé mi satisfacción de que lo hiciera él». Jamás se me cruzó por la imaginación que el presidente pudiera hacer nada que me hiciera sentir próximo a él. ¡Pero Mr. Reagan también escribe un diario!

Owen llevaba un diario.

La primera anotación decía: «ESTE DIARIO ME FUE REGALADO EN LA NAVIDAD DE 1960 POR MÍ BENEFACTORA, MRS. HARRIET WHEELWRIGHT; TENGO EL PROPÓSITO DE HACER QUE MRS. WHEELWRIGHT SE ENORGULLEZCA DE MI».

Sospecho que Dan Needham y yo no pensábamos en mi abuela como la BENEFACTORA de Owen, aunque en eso se había convertido, bastante literalmente. Pero en aquella Navidad de 1960, Dan y yo —y mi abuela— tuvimos motivos para



sentirnos especialmente orgullosos de Owen Meany. Había pasado un otoño muy ajetreado.

Randy White, nuestro nuevo director, también había tenido mucho trajín; había estado tomando decisiones a diestro y siniestro, y La Voz no había dejado pasar impunemente un solo movimiento directoral. De hecho, la primera decisión la había tomado *Mrs. White*; no le gustó la vieja casa de los Thorndike, que era tradicionalmente la vivienda del director y ya había albergado a tres (dos habían muerto allí; el viejo Thorny, al jubilarse, se había mudado a su antigua casa de verano en Rye, donde pensaba vivir todo el año). Pero la casa tradicional no estaba al nivel de Lake Forest, donde habían residido los White. Era una casa colonial bien conservada, sobre Pine Street, pero los White la encontraron «demasiado vieja», y «demasiado oscura», dijo ella, y «demasiado lejos del campus principal», dijo él, e «impresentable para recibir», dijeron ambos. Aparentemente, a Sam White le gustaba «recibir».

«¿A QUIEN PIENSAN RECIBIR?», preguntó La Voz, crítico implacable de «LAS PRIORIDADES SOCIALES DE LOS WHITE». En verdad, también fue una decisión costosa; levantaron una nueva casa para el director, en una ubicación tan céntrica que la construcción era un insulto para la mirada, desde el campus, cuando Owen y yo asistimos a nuestro decimoprimer curso. Había habido algunos problemas con el arquitecto —o *Mrs. White* había cambiado de idea acerca de algunos detalles interiores— después de iniciadas las obras, y a eso se debían las demoras. Era una especie de cajón más bien feo, «NADA ACORDE CON LAS CASAS DE LOS PROFESORES DE MÁS EDAD», como señaló Owen; además, su emplazamiento interrumpía una vasta y bella extensión de césped entre la antigua biblioteca y el edificio principal.

—De todos modos, muy pronto habrá una *nueva* biblioteca —dijo el director; estaba elaborando una propuesta de ampliación edilicia que incluía una biblioteca nueva, dos residencias colectivas nuevas, un comedor nuevo y («más abajo») un nuevo gimnasio con instalaciones para la enseñanza mixta—. La coeducación —decía el director— forma parte del futuro de cualquier escuela progresista.

La Voz dijo: «ES IRÓNICO Y AUTOGRATIFICANTE QUE LA ASÍ LLAMADA “PROPUESTA DE AMPLIACIÓN EDILICIA” COMIENZE POR UNA CASA NUEVA PARA EL DIRECTOR. ¿EN ESA NUEVA CASA “RECIBIRÁ” A ANTIGUOS ALUMNOS CON INGRESOS LO SUFICIENTEMENTE ALTOS PARA LANZAR LA ASÍ LLAMADA “CAMPAÑA DE RECAUDACIÓN DE FONDOS DE CAPITAL”? ¿ES ESTA LA CASA QUE PAGA TODO... DESDE EL GIMNASIO EN ADELANTE?».

Cuando la casa del director quedó lista para ser ocupada, trasladaron al reverendo Mr. Merrill y su familia desde un pisito en una vivienda colectiva más bien

abarrota, a la casa del antiguo director en Pine Street, un lugar poco práctico, a cierta distancia de Hurd's Church. Pero el reverendo Lewis Merrill, como recién llegado a la academia, debía de estar agradecido de que le hubiesen adjudicado una casa tan bonita y vieja. En cuanto hizo este favor a Mr. Merrill, Randy White tomó otra decisión. El oficio matinal, que era diario, se había celebrado siempre en Hurd's Church; en realidad no era un servicio religioso, con excepción del ritual de entonar un himno al empezar y otro al terminar, y concluir las observaciones o anuncios matutinos con una oración. Habitualmente el pastor de la escuela no oficiaba el servicio matinal; el oficiante más frecuente era el propio director. A veces un profesor nos daba una mini charla en su especialidad, o uno de los estudiantes pronunciaba una apasionada petición de un nuevo club. En ocasiones, ocurría algo emocionante: recuerdo una demostración de esgrima; otra vez, uno de los antiguos alumnos —a la sazón un mago famoso—, montó un espectáculo de magia para nosotros: se le escapó un conejo en Hurd's Church y nunca lo encontraron.

Lo que decidió Mr. White fue que Hurd's Church era demasiado penumbrosa para que iniciáramos allí nuestra jornada; trasladó nuestra reunión cotidiana al teatro del edificio principal, que recibía el nombre de Gran Sala. Aunque allí la luz de la mañana era más evidente y los techos elevados la dotaban de cierta altivez, al mismo tiempo era austera: los encumbrados retratos de antiguos directores y profesores nos observaban desde arriba, ceñudos, con sus negros atributos académicos. Los profesores que elegían asistir al oficio matinal (ellos no estaban obligados, como nosotros) se sentaban ahora en el escenario elevado y también nos miraban desde arriba. Cuando el escenario estaba preparado para una representación, se dejaba cerrado el telón y quedaba muy poco lugar para los docentes en la estrecha parte delantera. Eso fue lo primero que criticó Owen sobre esta decisión: en Hurd's Church, los profesores se sentaban en bancos, con los estudiantes, y se sentían estimulados a asistir. Pero en la Gran Sala, cuando se montaba en el escenario una de las obras de Dan, quedaba lugar para tan pocas sillas que los profesores no se sentían alentados a concurrir. Asimismo, escribió *La Voz*, «LO ELEVADO DEL ESCENARIO Y LA BRILLANTEZ DE LA LUZ MATINAL PROPORCIONA AL DIRECTOR UNA PLATAFORMA EXAGERADA DESDE DONDE SENTAR CÁTEDRA; Y A MENUDO HAY UNA ESPECIE DE FOCO, REGALADO POR EL SOL, QUE NOS PRODUCE LA SENSACIÓN DE ESTAR EN PRESENCIA DE UN PERSONAJE EXCELSO. ME PREGUNTO SI NO SERA ESTE EL EFECTO BUSCADO».

He de confesar que me gustó bastante el cambio, como a la mayoría de los alumnos. La Gran Sala estaba en la primera planta del edificio principal de Gravesend Academy; se podía llegar desde dos direcciones: subiendo dos majestuosas escalinatas de mármol, a través de un par de puertas dobles altas y

anchas. No había que hacer cola para entrar o salir y muchos ya estábamos en el interior del recinto para la primera clase. En invierno, especialmente, había un largo trecho hasta Hurd's Church, distanciada de todos los edificios con aulas. Owen insistió en que el director estaba GALLEANDO y que había manipulado hábilmente al reverendo Merrill hasta un punto en que éste habría sido un desagradecido si se quejaba; al fin y al cabo, ahora vivía en una buena casa. Si quitar el oficio matinal de Hurd's Church significó un alejamiento del territorio de Mr. Merrill —y si le desagradó el cambio—, no oímos una sola palabra de protesta en labios del congregacionista; únicamente La Voz se quejó.

Pero Randy White sólo estaba entrando en calor; su siguiente decisión consistió en abolir la obligatoriedad del latín... obligatoriedad que todo el mundo (excepto los miembros del Departamento de Latín) había deplorado. La trillada lógica de que el latín ayudaba a la comprensión de *todos* los idiomas era un sonsonete que no solía escucharse fuera de dicho departamento. Había seis miembros en el Departamento de Latín y a tres de ellos les faltaba un año o dos para retirarse. White previó que la inscripción en Latín descendería a la mitad (uno de los requisitos para la graduación era haber cursado tres años de estudios de la asignatura); en un par de años se habría reducido correspondientemente el número de profesores que lo enseñaban, y podrían contratarse otros especializados en las más aceptadas lenguas románicas: francés y español. Se oyeron vítores en la reunión matinal cuando White anunció el cambio; dicho sea de paso, en un lapso muy breve todos habíamos comenzado a llamar por otro nombre al «oficio matinal»; *White* lo llamaba «reunión matinal», y la nueva designación prendió.

Owen señaló que lo que estaba mal era el *método* con que el director había descartado el latín.

«ES MUY ASTUTO POR PARTE DEL NUEVO DIRECTOR TOMAR UNA DECISIÓN TAN POPULAR. ¿Y QUE PUEDE SER MÁS POPULAR ENTRE LOS ESTUDIANTES QUE LA ABOLICIÓN DE UNA OBLIGACIÓN? ¡SOBRE TODO DEL *LATÍN!* PERO HABRÍA QUE HABER LLEGADO A ESTO POR VOTACIÓN... EN UNA REUNIÓN DEL CLAUSTRO. ESTOY SEGURO DE QUE SI EL DIRECTOR LO HUBIESE PROPUESTO, LOS DOCENTES HABRÍAN ESTADO DE ACUERDO. EL DIRECTOR TIENE CIERTO PODER DE DECISIÓN SINGULAR, ¿PERO ERA NECESARIO QUE LO DEMOSTRARA TAN ANTOJADIZAMENTE? PODRÍA HABER CUMPLIDO ESE OBJETIVO MÁS DEMOCRÁTICAMENTE. ¿ERA NECESARIO QUE DEMOSTRARA AL CLAUSTRO QUE *NO NECESITABA* DE SU APROBACIÓN? ¿Y FUE EN REALIDAD *LEGAL*, SEGÚN NUESTRA CARTA O NUESTRA CONSTITUCIÓN, QUE EL DIRECTOR ANULARA POR SU CUENTA UN REQUISITO PARA LA GRADUACIÓN?».

Esta columna dio pie a que el director usara por primera vez la plataforma de la reunión matinal para responder a La Voz. Éramos, al fin y al cabo, una audiencia cautiva.

—Caballeros —comenzó Mr. White—. No cuento con la significativa ventaja de un editorial semanal en *The Grave*, pero quisiera usar el poco tiempo de que dispongo, entre los himnos y antes de nuestras oraciones, para esclareceros sobre el tema de nuestra querida carta de la escuela y su constitución. En ninguno de ambos documentos el claustro es facultado con *ninguna* autoridad sobre el director elegido por la academia, que es designado como «principal», lo que significa miembro principal del claustro; ni en la carta ni en la constitución se inhibe de modo *alguno* el poder decisorio del director o principal. Oremos...

La siguiente decisión de Mr. White consistió en sustituir al abogado de nuestra escuela —un profesional del lugar— por un abogado-amigo de Lake Forest, en otros tiempos director de un bufete que había defendido exitosamente y ganado un pleito por intoxicación alimenticia contra una de las grandes empresas cárnicas de Chicago; la carne pasada había enfermado a mucha gente, pero el abogado de Lake Forest logró desviar la culpa de la empresa cárnica y la empaquetadora, para endosársela a una compañía de camiones frigoríficos. Por consejo de este abogado, Randy White modificó la política de expulsiones de Gravesend Academy.

En el pasado, un Comité Ejecutivo escuchaba los casos de todo estudiante que se veía enfrentado a la expulsión; dicho comité hacía sus recomendaciones al claustro, y todos los profesores votaban a favor o en contra de la expulsión. El abogado de Lake Forest sugirió que la escuela era susceptible de un juicio legal en caso de expulsión, que la totalidad del claustro «actuaba como jurado sin la profunda comprensión del caso que se atribuía al Comité Ejecutivo». El abogado aconsejó que el Comité Ejecutivo tomara la decisión referente a las expulsiones, sin involucrar al cuerpo docente. El director White siguió el consejo y anunció el cambio —en el estilo en que había informado sobre la no-obligatoriedad del latín en una reunión matinal.

«POR MOR DE EVITAR UN HIPOTÉTICO JUICIO», escribió Owen Meany, «EL DIRECTOR HA TRANSFORMADO UNA DEMOCRACIA EN UNA OLIGARQUÍA; HA SACADO DE LAS MANOS DE MUCHOS EL PORVENIR DE UN CHICO EN DIFICULTADES Y HA PUESTO ESE DESTINO EN MANOS DE UNOS POCOS. Y EXAMINEMOS A ESTOS POCOS. EL COMITÉ EJECUTIVO ESTA COMPUESTO POR EL DIRECTOR, EL DECANO DE ESTUDIANTES, EL DIRECTOR DE BECAS Y CUATRO MIEMBROS DEL PROFESORADO, DE LOS CUALES SOLO DOS SON ELEGIDOS POR TODO EL CLAUSTRO; LOS OTROS DOS SON DESIGNADOS POR EL DIRECTOR. ¡ME PERMITO SUGERIR QUE ESTA BARAJA ESTA AMAÑADA! ¿QUIEN CONOCE MEJOR A CUALQUIER CHICO? SU CONSEJERO DE RESIDENCIA,

SUS PROFESORES Y ENTRENADORES. EN EL PASADO, DURANTE LA REUNIÓN DEL CLAUSTRO, ESTAS ERAN LAS PERSONAS QUE TOMABAN LA PALABRA PARA DEFENDER A UN ESTUDIANTE... O LOS QUE MEJOR SABÍAN QUE ESE ESTUDIANTE NO MERECE SER DEFENDIDO. SUGIERO QUE CUALQUIER CHICO QUE SEA EXPULSADO POR ESTE COMITÉ EJECUTIVO *DEMANDE* A LA ESCUELA. EN EL CASO DE UNA EXPULSIÓN, NO HAY MEJORES MOTIVOS QUE ESTOS PARA UN JUICIO: LA GENTE QUE ESTA EN CONDICIONES DE CONOCER EL VALOR DE TU CONTRIBUCIÓN A LA ESCUELA NO ESTA EN CONDICIONES DE *HABLAR*, SIQUIERA, EN TU DEFENSA... PARA NO MENCIONAR QUE NO PUEDE *VOTAR*.

»OS LO ADVIERTO: QUIEN SEA PRESENTADO A ESTE COMITÉ EJECUTIVO YA ESTA DESHAUCIADO DE ANTEMANO. EL DIRECTOR Y SUS DOS DESIGNADOS VOTAN EN CONTRA; LOS DOS MIEMBROS *ELEGIDOS* DEL PROFESORADO QUE FORMAN PARTE DEL COMITÉ, VOTAN A FAVOR. YA VAS PERDIENDO 3-2. ¿Y QUE HACEN EL DECANO DE ESTUDIANTES Y EL DIRECTOR DE BECAS? NO TE CONOCEN DEL AULA, NI DEL GIMNASIO, NI DE LA RESIDENCIA; SON *ADMINISTRADORES*... COMO EL DIRECTOR. *QUIZÁS* EL DIRECTOR DE BECAS TE CONSIDERE BENÉVOLAMENTE SI ERES BECARIO; ENTONCES PERDERÁS POR 4-3 EN LUGAR DE 5-2. DE CUALQUIER MANERA, PIERDES.

»BUSCA “OLIGARQUÍA” EN EL DICCIONARIO SI NO ENTIENDES LO QUE QUIERO DECIR: “FORMA DE GOBIERNO EN QUE EL PODER ES EJERCIDO POR UN GRUPO LIMITADO DE PERSONAS O UNA CLASE SOCIAL O CAMARILLA DOMINANTE; EL GOBIERNO DE UNOS POCOS”».

Pero había otras cuestiones de «gobierno» que captaban la atención de todos en aquella época; hasta Owen se veía distraído de la capacidad de toma de decisión del nuevo director. Todo el mundo hablaba de Kennedy o de Nixon; fue Owen quien inició un simulacro de elecciones entre el alumnado de Gravesend Academy; las organizó, instaló las urnas en la oficina de correos de la escuela, se sentó detrás de una gran mesa y fue tachando el nombre de cada estudiante. Pescó a algunos que votaron dos veces, envió «mensajeros» a fastidiar a los chicos de la residencia que aún no habían votado. A lo largo de dos días, pasó todo el tiempo disponible entre una clase y otra detrás de la gran mesa; no permitió que ningún otro supervisara las elecciones. Las urnas quedaban en una caja cerrada con llave que se guardaba en el despacho del director de becas... cada vez que Owen no las tenía a la vista. Detrás de la mesa, sobresalía una chapa grande como una pelota de béisbol en la solapa de su chaqueta deportiva:

Con J. F. K.

¡Quería a un católico en la presidencia!

—¡EN ESTA ELECCIÓN NO HAY TEJEMANEJES! —decía a los votantes—. ¡SI ERES TAN IMBÉCIL COMO PARA VOTAR A NIXON, TU ESTÚPIDO VOTO SERA CONTABILIZADO... IGUAL QUE EL DE CUALQUIER OTRO!

Ganó Kennedy por una mayoría aplastante, pero La Voz predijo que la verdadera votación —en noviembre— sería mucho más reñida; no obstante, Owen estaba convencido de que Kennedy podía, y debía, ganar. «ESTA ES UNA ELECCIÓN EN QUE LOS JÓVENES PUEDEN SENTIRSE PARTICIPES», anunció La Voz; por cierto, aunque Owen y yo éramos demasiado jóvenes para votar, sentíamos que formábamos parte de la «energía» juvenil que representaba Kennedy. «¿NO SERIA MARAVILLOSO TENER UN PRESIDENTE DE QUIEN NO SE RÍAN LOS MENORES DE TREINTA AÑOS? ¿PARA QUE VOTAR POR LA SOMBRA DE EISENHOWER CUANDO PODEMOS CONTAR CON JACK KENNEDY?».

Una vez más, el director consideró apropiado recusar el «género editorial» de La Voz en la reunión matinal.

—Soy republicano —nos dijo Randy White—. Para que no creáis que *The Grave* representa siquiera con una objetividad marginal a los republicanos, permitidme ocupar un minuto de vuestro tiempo... mientras, quizá, la euforia de la mayoría abrumadora de John Kennedy *aquí* todavía bulle aunque (espero) amaina. No me sorprende que un candidato tan joven haya seducido a muchos de vosotros con su «energía», pero afortunadamente el destino del país no lo deciden unos jovencitos que no tienen edad para votar. La experiencia de Nixon no os parece tan encantadora, probablemente, pero una elección presidencial no es una regata ni un concurso de belleza entre las esposas de los candidatos. —Después de una pausa, el director prosiguió—: Soy un republicano de *Illinois*. Como sabéis, *Illinois* es la tierra de Lincoln.

«ILLINOIS ES LA TIERRA DE ADLAI STEVENSON», escribió Owen Meany. «POR LO QUE SE, ADLAI STEVENSON ES UN RESIDENTE DE ILLINOIS MÁS *RECIENTE* QUE ABRAHAM LINCOLN. POR LO QUE SE, ADLAI STEVENSON ES UN DEMÓCRATA Y AÚN ESTA VIVO».

Y esta pequeña diferencia de opinión, por lo que yo sé, fue la que inspiró otra decisión a Randy White. Reemplazó a Mr. Early como profesor consejero de *The Grave*; el director se nombró a sí mismo profesor consejero y La Voz encontró una censura más contundente que la que había tenido nunca con Mr. Early.

—Será mejor que tengas cuidado, Owen —le aconsejó Dan Needham.

—Será mejor que te espables —le dije yo.

Una noche muy fría, después de Navidad, Owen paró la camioneta tomate en el aparcamiento de detrás de la escuela parroquial de St. Michael. Los faros brillaban a través del patio de juegos, que se había inundado por una lluvia inoportuna, ahora congelada en el negro brillo reflectante de un estanque.

—ES UNA LASTIMA QUE NO TENGAMOS LOS PATINES —dijo Owen. En el otro extremo de la lisa sábana de hielo, los faros de la camioneta hacían resplandecer a María Magdalena en su portería—. ES UNA LASTIMA QUE NO TENGAMOS LOS PALOS DE HOCKEY Y UN DISCO —comentó. Se encendió una luz, y luego otra, en la vivienda de las monjas; después también se encendió la luz del porche, aparecieron dos hermanas y fijaron la vista en nuestros faros—. ¿ALGUNA VEZ HAS VISTO PINGÜINOS EN EL HIELO?

—Será mejor que no hagamos nada —le aconsejé; dio la vuelta a la camioneta en el aparcamiento y condujo hasta 80 Front Street. Daban un «film de creación» en Última Sesión; ahora Owen y yo opinábamos que las únicas películas buenas eran las realmente malas.

Nunca me mostró lo que escribía en su diario... en esa época. Pero después de aquella Navidad solía llevarlo consigo, y yo sabía que era importante para él porque lo guardaba junto a su cama, en la mesita de noche, al lado de sus libros de poemas de Robert Frost y bajo la protección del maniquí de mi madre. Cuando pasaba la noche conmigo, en casa de Dan o en 80 Front Street, siempre escribía en el diario antes de dejarme apagar la luz.

La noche que lo recuerdo escribiendo más frenéticamente fue la siguiente a la investidura del presidente Kennedy; corría el mes de enero de 1961 y le imploré que apagara la lámpara, pero él siguió escribiendo y escribiendo, hasta que se quedó dormido con la luz encendida... no sé en qué momento interrumpió la escritura. Habíamos seguido la toma de posesión por la tele, en 80 Front Street; Dan y Abuela estaban con nosotros, y aunque mi abuela se quejaba de que Jack Kennedy era «demasiado joven y demasiado apuesto», de que parecía «un astro del cine» y de que «debería usar sombrero», Kennedy fue el primer demócrata por el que Harriet Wheelwright votó *en su vida*, y le caía bien. Dan, Owen y yo estábamos colados por él.

En Washington —y también en Gravesend— el día era resplandeciente, frío y ventoso; Owen y yo estábamos preocupados por el clima.

—ES UNA PENA QUE NO SEA UN DÍA MÁS BENIGNO —dijo Owen.

—Tendría que aprender a usar sombrero... eso no lo *matará* —insistió mi abuela—. Con este tiempo puede coger un resfriado mortal.

Cuando nuestro viejo conocido Robert Frost intentó leer su poema inaugural, Owen se alteró bastante; tal vez era el viento, tal vez los ojos de Frost lagrimeaban por el frío, o por el destello del sol, o sencillamente al anciano le fallaba la vista, pero

fuera lo que fuese, se le veía muy débil y no pudo leer correctamente su poema.

—«La tierra era nuestra antes de que nosotros fuésemos de la tierra» —empezó Frost. Era «El don absoluto», y Owen lo sabía de memoria.

—¡QUE ALGUIEN LO AYUDE! —gritó cuando el poeta comenzó a esforzarse. Alguien intentó ayudarlo... quizás el presidente, o Mrs. Kennedy; no lo recuerdo.

En cualquier caso, no sirvió de mucho, y Frost siguió debatiéndose con su poema. Owen trató de soplarle, pero Robert Frost no podía oír a La Voz... desde Gravesend. Owen recitó de memoria; su memoria del poema era mejor que la del propio autor.

ALGO QUE ESTÁBAMOS OCULTANDO NOS HACIA DÉBILES  
HASTA QUE DESCUBRIMOS QUE ERAMOS NOSOTROS MISMOS.  
NOS ESTÁBAMOS OCULTANDO DE NUESTRA TIERRA DE VIDA,  
Y SIN TARDANZA ENCONTRAMOS LA SALVACIÓN EN EL ABANDONO.

Era la misma voz que le soplabla al Angel Anunciador, que ocho años atrás había olvidado *su* mensaje; era el Niño Jesús hablando otra vez desde el pesebre.

—¡CIELOS! ¿POR QUÉ NADIE LO AYUDA? —gritó Owen.

Lo que en verdad nos afectó fue el discurso del presidente; dejó mudo a Owen Meany y lo tuvo escribiendo en su diario hasta altas horas de la noche. Años después —después de todo— llegué a leer lo que había escrito; en aquel entonces, sólo sabía que estaba muy exaltado y que sentía que Kennedy había cambiado todo para él.

«BASTA DE MAESTRO SARCASMO», escribió en el diario. «¡BASTA DE TONTERÍAS CÍNICAS, NEGATIVAS, LISTILLAS Y ADOLESCENTES! HAY UNA FORMA DE *SERVIR* AL PROPIO PAÍS SIN SER TONTO; HAY UNA FORMA DE SER *ÚTIL* SIN SER UTILIZADO... SIN SER UN SIERVO DE LOS VIEJOS Y SUS IDEAS CADUCAS». Había más, mucho más. Pensaba que Kennedy era religioso, e increíblemente no le molestaba que fuese católico. «CREO QUE ES UNA ESPECIE DE SALVADOR», escribió Owen en su diario. «NO ME IMPORTA QUE SEA UN DEPREDADOR DE LA CABALLA... TIENE ALGO QUE NECESITAMOS».

En clase de Sagradas Escrituras, Owen le preguntó al reverendo Merrill si no estaba de acuerdo en que Jack Kennedy era LO MISMÍSIMO QUE ISAÍAS TENÍA EN MENTE... YA SABE, «EL PUEBLO QUE ANDABA EN TINIEBLAS VIO GRAN LUZ; LOS QUE MORABAN EN TIERRA DE SOMBRA DE MUERTE, LUZ RESPLANDECIÓ SOBRE ELLOS». ¿LO RECUERDA?

—Bien, Owen —dijo Mr. Merrill cautelosamente—, estoy seguro de que a Isaías le habría *gustado* John Kennedy; sin embargo, no sé si Kennedy es «lo mismísimo que Isaías tenía en mente», como tú dices.

—«PORQUE UN NIÑO NOS ES NACIDO» —recitó Owen—, «UN HIJO NOS ES DADO; Y EL PRINCIPADO SOBRE SU HOMBRO SERA». ¿LO RECUERDA?

Yo lo recuerdo, y recuerdo cuánto tiempo después de la toma de posesión de



Kennedy, Owen *seguía* citando su discurso: «NO PREGUNTES QUE PUEDE HACER TU PAÍS POR TI, PREGUNTA QUE PUEDES HACER TU POR TU PAÍS».

¿Lo recuerdas?

## El sueño

Era nuestro último curso en Gravesend Academy y teníamos diecinueve años — como mínimo uno más que nuestros condiscípulos—, cuando Owen me dijo, sin ambages, lo que me había expresado simbólicamente a los once años, mutilando mi armadillo.

—DIOS SE HA LLEVADO A TU MADRE —dijo cuando me estaba quejando de la práctica del tiro; yo pensaba que jamás lograría el mate en menos de cuatro segundos y estaba hasta la coronilla de nuestros intentos—. MIS MANOS FUERON EL INSTRUMENTO. DIOS SE HA LLEVADO MIS MANOS. YO SOY EL INSTRUMENTO DE DIOS.

Yo podía entender que *hubiese* pensado algo semejante —que pensara *cualquier* cosa— a los once años, cuando los impresionantes resultados de esa pelota fuera nos afectaron tanto, cuando fuera cual fuese el AGRAVIO INCALIFICABLE que habían sufrido sus padres sumió su educación religiosa en la confusión y la rebelión. ¡Pero *no* a los diecinueve! Me dejó tan pasmado el modo objetivo en que se limitó a anunciar su delirante convicción —«DIOS SE HA LLEVADO MIS MANOS»—, que cuando saltó a las *mías* lo dejé caer. El balón rodó fuera de la pista. Caído, Owen no parecía un INSTRUMENTO DE DIOS: se apretaba la rodilla, que se había golpeado al caer, y se retorció en el suelo del gimnasio, bajo la canasta.

—Si eres el instrumento de Dios, Owen, ¿cómo es que necesitas *mi* ayuda para hacer un mate con el balón?

Transcurrían las vacaciones de Navidad de 1961 y estábamos solos en el gimnasio... con excepción de nuestro viejo amigo (y único público) el bedel retrasado, que ponía en marcha el reloj oficial cada vez que Owen se ponía serio en el cronometraje del tiro. Lamento no recordar su nombre; solía ser el único portero de guardia durante las vacaciones escolares y los fines de semana estivales, y existía un acuerdo unánime en que era retrasado o tenía una «lesión cerebral»; Owen había oído decir que padecía las secuelas de una «neurosis de guerra». Ni siquiera sabíamos de *qué* guerra... ni siquiera sabíamos *qué era* una «neurosis de guerra».

Owen se sentó en la cancha, sin dejar de frotarse la rodilla.

—SUPONGO QUE HAS OÍDO DECIR QUE LA FE PUEDE MOVER MONTAÑAS —dijo—. EL PROBLEMA CONTIGO ES QUE NO TIENES NINGUNA FE.

—El problema contigo es que estás loco —repliqué, pero recuperé el balón—. Es una irresponsabilidad que alguien de tu edad y tu educación vaya por el mundo pensando que es un instrumento de Dios.

—HABÍA OLVIDADO QUE ESTABA HABLANDO CON MISTER RESPONSABILIDAD —dijo.

Había empezado a llamarme Mr. Responsabilidad en el otoño del 61, cuando estábamos padeciendo la agonía del último curso, normalmente llamado solicitudes y entrevistas para el ingreso al college. Como yo había presentado mi solicitud sólo para la universidad estatal, Owen afirmaba que había asumido una responsabilidad cero de mi propio progreso. Naturalmente, él pretendía Harvard y Yale; en cuanto a la universidad estatal, la de New Hampshire le había ofrecido una beca de la Sociedad de Honor... y Owen ni siquiera había presentado una solicitud. La Sociedad de Honor de New Hampshire concedía todos los años una beca especial a alguien que seleccionaban como el mejor estudiante de un instituto o una escuela preparatoria estatal. Tenías que ser residente *bona fide* del estado, y la preciada beca solía otorgarse a un alumno de una escuela pública que ocupase el primer lugar en su promoción, pero Owen ocupaba el primer lugar en nuestra promoción de Gravesend Academy y era la primera vez que un residente nuestro lograba semejante distinción. «¡En competencia con los mejores del país, gana un nativo de Gravesend!», decía el titular de *The Gravesend News-Letter*, la historia apareció en muchos periódicos de New Hampshire. La Universidad de New Hampshire no pensó en ningún momento que Owen aceptaría la beca; en realidad, la Sociedad de Honor se la ofrecía todos los años al «mejor» de New Hampshire, en el trágico entendimiento de que el agraciado iría probablemente a Harvard o a Yale, o a otra facultad «mejor». Para mí era obvio que Owen sería aceptado —y que le ofrecerían becas completas en Harvard y en Yale; la única razón por la que podría aceptar la beca de la Universidad de New Hampshire era Hester... ¿y qué sentido tendría? Él iniciaría su carrera universitaria en el otoño del 62 y Hester se graduaría en la primavera del 63.

—PODRÍAS POR LO MENOS *INTENTAR* EL INGRESO EN UNA UNIVERSIDAD MEJOR —me dijo Owen.

Yo *no* le estaba pidiendo que renunciara a Harvard o a Yale para hacerme compañía en la Universidad de New Hampshire. Me parecía injusto por su parte pretender que hiciera todo lo necesario para presentarme en Harvard y en Yale, sólo para que me rechazaran. Aunque Owen había mejorado considerablemente mi capacidad de estudio, era muy poco lo que podía hacer para mejorar mis mediocres calificaciones; yo no tenía madera para Harvard ni para Yale, sencillamente. Había llegado a ser un buen alumno en los cursos de Literatura y de Historia; era un lector lento pero concienzudo y estaba en condiciones de escribir un artículo legible y bien organizado; pero Owen todavía me llevaba de la mano en los cursos de Matemáticas y Ciencias, y yo aún iba a tuestas en idiomas extranjeros; nunca sería lo que era Owen: un estudiante nato. Sin embargo, se enfadaba conmigo por aceptar que no podía hacer nada mejor que ir a la Universidad de New Hampshire; de hecho, me *gustaba* la Universidad de New Hampshire. Durham, la ciudad, no era más amenazadora que Gravesend, y estaba lo bastante cerca de mi lugar de nacimiento

como para seguir viendo a menudo a Dan y a mi abuela... incluso podía seguir viviendo con ellos.

—ESTOY SEGURO DE QUE YO TAMBIÉN TERMINARE EN DURHAM —dijo Owen, con un levísimo matiz de autocompasión en la voz, pero a mí me enfureció—. NO VEO COMO PUEDO DEJAR QUE TE LAS ARREGLES SOLO —agregó.

—Soy perfectamente capaz de *arreglármelas* solo. E iré a visitarte a Harvard o a Yale.

—NO, LOS DOS HAREMOS OTRAS AMISTADES, NOS SEPARAREMOS... ASÍ OCURRE SIEMPRE —dijo filosóficamente—. Y TU NO ERES UN ESCRITOR EPISTOLAR... NI SIQUIERA LLEVAS UN DIARIO.

—Si bajas de nivel y vas a la Universidad de Hampshire por *mí*, te mataré —le advertí.

—TAMBIÉN DEBO PENSAR EN MIS PADRES. SI FUERA A LA UNIVERSIDAD DE DURHAM, PODRÍA SEGUIR VIVIENDO EN CASA... Y CUIDARLOS.

—¿Para qué necesitas cuidarlos? —le pregunté; a mí me parecía que pasaba con sus padres el menor tiempo posible.

—Y TAMBIÉN DEBO PENSAR EN HESTER —agregó.

—Pongamos las cosas claras —le dije—. Tú y Hester... a mí me parece una relación ocasional. ¿Te *acuestas* siquiera con ella? ¿Te has acostado con ella *alguna vez*?

—PARA ALGUIEN DE TU EDAD Y TU EDUCACIÓN, ERES TREMENDAMENTE *ORDINARIO* —me dijo.

Cuando se levantó de la cancha, cojeaba. Le pasé el balón y me lo devolvió. El bedel idiota volvió a ajustar el cronómetro: los números brillaban, enormes.

00:04

Eso decía el reloj. ¡Me tenía harto!

Retuve el balón; Owen me tendió las manos.

—¿LISTO? —dijo. Al oír esa palabra, el portero puso en marcha el cronómetro. Le pasé el balón a Owen; él saltó a mis brazos; lo alcé; se elevó cada vez más alto y —pivotando en el aire— hizo un mate con el estúpido balón. Fue tan preciso que no tocó el aro. Estaba en el aire, regresando a la tierra, con las manos todavía por encima de su cabeza, pero vacías, y los ojos fijos en el reloj del centro de la cancha, cuando gritó—: ¡TIEMPO! —El bedel paró el reloj.

En ese momento me volví para mirar; habitualmente, nuestro tiempo había expirado.

00:00

Pero esta vez, cuando miré, quedaba un segundo en el reloj.

00:01

¡Había logrado hacer el mate en menos de cuatro segundos!

—¿VES LO QUE PUEDE HACER UN POCO DE FE? —dijo Owen Meany. El descerebrado bedel estaba aplaudiendo—. ¡PONGA EL CRONOMETRO A tres SEGUNDOS! —le indicó.

—¡Caray! —exclamé.

—SI PODEMOS HACERLO EN MENOS DE CUATRO SEGUNDOS, PODEMOS HACERLO EN MENOS DE TRES. SOLO REQUIERE UN POCO MÁS DE FE.

—Requiere más *práctica* —contesté, más que irritado.

—LA FE REQUIERE PRACTICA —sentenció Owen Meany.

El año 1961 fue el primero de nuestra amistad que se vio enturbiado por críticas hostiles y rencillas. Nuestra discusión fundamental comenzó con el otoño, cuando volvimos a la academia para nuestro último curso y uno de los privilegios que se nos acordaban en Gravesend originó una disputa que nos dejó especialmente molestos. En nuestra condición de alumnos del último curso, se nos permitía coger el tren a Boston los miércoles o los sábados por la tarde, que no teníamos clases. Si informábamos en el decanato adónde íbamos, nos permitían regresar tarde a Gravesend, en el Boston & Maine, a las diez de la noche. Como estudiantes externos, en realidad Owen y yo podíamos no regresar a la escuela hasta la reunión matinal del jueves o, si decidíamos ir a Boston en sábado, el servicio dominical en Hurd's Church.

Los sábados, Dan y mi abuela arrugaban la frente ante la idea de que pasáramos gran parte de la noche en la «temible ciudad»; había un tren lechero que partía de Boston a las tres de la madrugada —paraba en *todas* las poblaciones entre Boston y Gravesend, y nos dejaba en casa a las seis y media de la mañana (aproximadamente la hora en que abrían el comedor de la escuela para desayunar)—, pero Dan y mi abuela insistían en que Owen y yo sólo debíamos vivir tan «desordenadamente» en ocasiones muy especiales. Mr. y Mrs. Meany no imponían ninguna regla a Owen; él se contentaba con ceñirse a las pautas que Dan y mi abuela me marcaban a mí.

Pero *no* se contentaba pasando el tiempo en la temible ciudad a la manera en que lo pasaban casi todos los estudiantes del último curso de la academia. Muchos

graduados de Gravesend Academy asistían a Harvard. Una salida típica de un alumno del último curso comenzaba por un viaje en metro hasta Harvard Square; allí — mediante una cartilla de reclutamiento falsa, o con la ayuda de un graduado de Gravesend mayor de edad (ahora alumno de Harvard)— se compraba *alcohol* en abundancia que consumía tranquilamente. En ocasiones —aunque rara vez— conocían a *chicas*. Fortalecidos por el primero (y *nunca* en compañía de las últimas), a continuación nuestros condiscípulos volvían en el metro a Boston, donde —una vez más falsificando la edad— accedían a los espectáculos de striptease, muy admirados por nuestros contemporáneos, en un local conocido como Old Freddy's.

Yo no veía nada moralmente reprehensible en este rito de transición. A los diecinueve años, era virgen. Caroline O'Day ni siquiera había permitido los avances de mi mano, al menos no más de dos o tres centímetros por encima del dobladillo de su falda plisada o de sus calcetines borgoña a juego. Y aunque Owen me había dicho que sólo el catolicismo de Caroline era lo que me impedía acceder a sus favores —«¡ESPECIALMENTE CON SU BENDITO UNIFORME DE SAINT MICHAEL!»—, no había tenido más éxito con Loma —la hija del jefe de policía Ben Pike—, que no era católica y no llevaba ningún tipo de uniforme cuando me enganché el labio en los aparatos de sus dientes. Aparentemente fue mi sangre o mi dolor —o ambas cosas— lo que la llevó a rechazarme. A los diecinueve años, experimentar la lujuria —incluso en su forma más lamentable, en Old Freddy's— era experimentar al menos *algo*; y si habíamos imaginado por primera vez lo que era el amor en The Idaho, yo no veía nada de malo en la lascivia de un espectáculo de variedades. Suponía que Owen *no* era virgen; ¿cómo *podía* seguir siéndolo con Hester? De modo que me parecía pura hipocresía de su parte etiquetar de REPUGNANTE y DEGRADANTE Old Freddy's.

A los diecinueve años, yo casi nunca bebía, y si lo hacía sólo era por la emoción maduradora de emborracharme. Pero Owen Meany no probaba una gota de alcohol; rechazaba tajantemente la pérdida del autocontrol. Asimismo, había interpretado la exhortación de Kennedy en su discurso inaugural —la de *hacer* algo por el país— en su estilo típicamente unidimensional y literal. No falsificaría más cartillas de reclutamiento; no produciría más identificaciones falsas para ayudar a que sus pares asistieran a un espectáculo de strip-tease y bebieran ilegalmente; con respecto a esta cuestión, comunicó a voz en grito tan santurróna decisión. Las cartillas de reclutamiento falsas eran AMORALES, decidió.

En consecuencia, paseábamos sobrios por Harvard Square, una zona de Cambridge no necesariamente destacada por su sobriedad. Sobrios mirábamos a nuestros antiguos compañeros de Gravesend... y *sobrio* yo imaginaba a la comunidad de Harvard (y cómo se vería alterada su ética) con el ingreso de Owen Meany. Uno de nuestros antiguos compañeros nos *dijo*, incluso, que Harvard era una experiencia

deprimente... en estado de sobriedad. Pero Owen se empeñaba en que nuestras excursiones a la temible ciudad se cumplieran como una investigación sin deleites, y así se desarrollaban.

Mantener la sobriedad y presenciar el strip-tease en Old Freddy's era una forma de tortura insólita; las mujeres de Old Freddy's sólo podían ser contempladas por alguien borracho como una cuba. Dado que Owen había falsificado cartillas de reclutamiento para él y para mí antes de su noble resolución de inspiración kennediana, las usamos para entrar en Old Freddy's.

—¡ESTO ES REPUGNANTE! —dijo Owen.

Vimos a una cuarentona de pecho generoso quitarse los parches que cubrían sus pezones con los dientes y luego escupirlos hacia el anhelante público.

—¡ESTO ES DEGRADANTE! —dijo Owen.

Presenciamos cómo otra desafortunada recogía una mandarina del suelo polvoriento del escenario; la levantó casi hasta el nivel de las rodillas, cogiéndola del suelo con los labios de la vulva... pero no llegó más alto. Se le cayó la mandarina, que rodó por el escenario hasta la multitud; dos o tres de nuestros condiscípulos lucharon por apropiársela. *Por supuesto* era REPUGNANTE y DEGRADANTE: estábamos *sobrios*.

—BUSQUEMOS UNA ZONA BONITA DE LA CIUDAD —propuso Owen.

—¿Para hacer *qué*? —le pregunté.

—PARA MIRARLA —respondió.

Ahora se me ocurre que la mayor parte de los alumnos del último curso de Gravesend Academy habían crecido mirando las zonas bonitas de las ciudades, pero al margen de motivos más profundos, Owen Meany estaba interesado en saber cómo era eso.

De este modo, fuimos a parar a Newbury Street... un miércoles por la tarde, en el otoño del 61. Hoy sé que no fue CASUAL que termináramos allí.

En Newbury Street había unas cuantas galerías de arte, algunos lujosos anticuarios que vendían artículos costosísimos, y tiendas de moda muy elegantes. A la vuelta de la esquina, en Exeter Street, había un cine en el que ponían una película extranjera... no del estilo de las que se anunciaban normalmente en las proximidades de Old Freddy's; en The Exeter daban películas subtituladas, que había que *leer*.

—¡Caray! —protesté—. ¿Qué vamos a hacer *aquí*?

—ERES MUY POCO OBSERVADOR —dijo Owen.

Estaba con la vista clavada en un maniquí de un escaparate, un maniquí sin rostro, sumamente perturbador y muy moderno para la época, en el sentido de que era calvo. Llevaba una blusa de seda que le llegaba a la cadera; la blusa era de color rojo coche de bomberos y su corte seguía las líneas sexy de un justillo. El maniquí no tenía puesto nada más; Owen no le quitaba la vista de encima.

—Esto es fantástico —le dije—. ¡Viajamos dos horas en tren, viajaremos otras dos para volver, y tú te quedas embobado delante de un *maniquí*! ¡Si eso es todo lo que quieres hacer, ni siquiera tienes que salir de tu *dormitorio*!

—¿NO NOTAS NADA FAMILIAR? —me preguntó.

*Jerrold's*

—Jerrold's —dije—. ¿Qué tiene de «familiar»?

Metió su manita en el bolsillo y sacó la etiqueta que había descosido del viejo vestido rojo de mi madre; en realidad del vestido rojo del maniquí, porque mi madre lo odiaba. Era FAMILIAR... lo que decía la etiqueta.

*Jerrold's*

El nombre de la tienda, «Jerrold's», estaba pintado en letras de un rojo intenso a través del escaparate, en un florido estilo manuscrito.

Todo lo que logre detectar en el interior de la tienda era del mismo tono intenso de *rojo* flor de Pascua y coche de bomberos.

—Dijo que la tienda se había incendiado, ¿no? —le pregunté a Owen.

—TAMBIÉN DIJO QUE NO RECORDABA EL NOMBRE DE LA TIENDA, QUE HABÍA TENIDO QUE PREGUNTÁRSELO A LA GENTE DEL BARRIO —respondió mi amigo—. PERO EL NOMBRE ESTABA EN LA ETIQUETA... SIEMPRE ESTUVO COSIDO AL VESTIDO.

Estremecido, recordé la aseveración de tía Martha de que mi madre era algo simplona; nadie había dicho jamás que fuera mentirosa.

—Dijo que había un abogado que le aseguró que podía quedarse el vestido —recalqué—. Dijo que *todo* se había quemado, ¿no?

—SE QUEMARON LAS FACTURAS, SE QUEMO EL INVENTARIO, SE QUEMARON LAS EXISTENCIAS... ESO ES LO QUE *DIJO* —contestó Owen.

—Se derritió el teléfono... ¿te acuerdas de eso? —le pregunté.

—SE DERRITIÓ LA CAJA REGISTRADORA... ¿RECUERDAS *ESO*? —me preguntó.

—Quizá la reconstruyeron... después del incendio —sugerí—. Quizás había otra tienda... quizás era una *cadena* de tiendas.

No replicó, pero los dos sabíamos que era inverosímil que el interés del público por el color rojo pudiera sustentar una *cadena* de tiendas como Jerrold's.

—¿Cómo sabías que la tienda estaba aquí? —le pregunté.

—VI UN ANUNCIO EN EL *BOSTON HERALD* DEL DOMINGO. ESTABA BUSCANDO LAS TIRAS CÓMICAS Y RECONOCÍ LA CALIGRAFÍA: ERA



## IGUAL A LA DE LA ETIQUETA.

Era lógico que Owen reconociera la caligrafía; probablemente había estudiado durante tantos años la etiqueta del vestido rojo de mi madre, que él mismo podría haberla imitado para escribir «Jerrold's».

—¿A QUE ESPERAMOS? —me preguntó—. ¿POR QUÉ NO ENTRAMOS Y AVERIGUAMOS SI LA TIENDA SE INCENDIO ALGUNA VEZ?

Dentro nos vimos enfrentados a una frugalidad tan excéntrica como el destellante color de todas las prendas que había a la vista; podría decirse, si hubiese que definir la inclinación temática de Jerrold's, que ésta consistía en tener un solo artículo de todo: un sostén, un camisón, una combinación de cintura, un vestido de fiesta corto, un traje de noche largo, una falda larga, una falda corta, la única blusa que habíamos visto en el maniquí del escaparate, y un mostrador cuadrilátero de cristal que contenía un solo par de guantes de cuero rojo, un par de zapatos rojos de tacón alto, un collar de granates (con un par de pendientes a juego), y un delgado cinturón (también rojo, probablemente de caimán o de lagarto). Las paredes eran blancas, las tulipas de las luces indirectas eran negras, y el único hombre que estaba detrás del único mostrador tenía aproximadamente la edad que tendría mi madre de no haber muerto.

El hombre nos observó despectivamente: vio a dos adolescentes que no iban ataviados al estilo de Newbury Street, probablemente (y patéticamente) haciendo compras para una madre o una novia; dudo de que hubiésemos podido permitirnos siquiera la versión más barata de color rojo que había en Jerrold's.

—¿ALGUNA VEZ HAN TENIDO UN INCENDIO? —le preguntó Owen.

Ahora el hombre pareció menos seguro de nuestra misión; pensó que éramos demasiado jóvenes para vender seguros, pero la pregunta de Owen —para no hablar de su voz —lo desarmó.

—Habría ocurrido en los años cuarenta —apunté.

—O A PRINCIPIOS DE LOS CINCUENTA —apostilló Owen Meany.

—Quizás usted no lleva tanto tiempo aquí, en esta tienda —dije.

—¿USTED ES JERROLD? —le preguntó Owen; como un policía en miniatura, Owen Meany deslizó por el mostrador acristalado la etiqueta arrugada del vestido de mi madre.

—Esa es nuestra etiqueta —dijo el hombre, tocando la prueba con mucha prudencia—. Estamos aquí desde antes de la guerra, pero creo que jamás hemos sufrido un incendio. ¿A qué *clase* de incendio se refiere? —preguntó a Owen... porque, naturalmente, precia ser el que llevaba la voz cantante.

—¿ES *usted* JERROLD? —repitió Owen.

—Es mi padre... *Giordano* —respondió—. Se llamaba Giovanni Giordano, pero le deformaron el nombre cuando desembarcó.

Esa era una historia de inmigrantes, pero *no* la que nos interesaba a Owen y a mí,

de modo que le pregunté amablemente:

—¿Su padre vive?

—¡Eh, Poppa! —gritó el hombre—. ¿Estás vivo?

Se abrió una puerta blanca, tan nivelada con la pared blanca que Owen y yo no habíamos notado su existencia. Apareció un anciano con una cinta métrica alrededor del cuello y muchos alfileres adornando las solapas de su chaleco.

—¡Claro que estoy vivo! —dijo—. ¿Esperabas un milagro? ¿Tienes prisa por heredarme? —su acento era fundamentalmente bostoniano, con un deje italiano.

—Poppa, estos jóvenes quieren hablar con «Jerrold» sobre un incendio —informó de forma lacónica el hijo, con un acento más virulentamente bostoniano que el del padre.

—¿Qué incendio? —nos preguntó Mr. Giordano.

—Nos han dicho que su tienda se incendió... en los cuarenta o en los cincuenta —dije.

—¡Para mí es una novedad! —exclamó Mr. Giordano.

—Mi madre debió de equivocarse —expliqué, mostrándole la vieja etiqueta—. Compró un vestido en su tienda... en los cuarenta o los cincuenta —no sabía qué más decir—. Era rojo —agregué.

—¿En serio? —ironizó el hijo.

—Ojalá tuviese una foto de ella... si puedo volveré con una foto. La recordaría si le mostrara una foto —dije.

—¿Ella quiere que le *reformemos* el vestido? —me preguntó—. No me molesta hacer arreglos... pero tiene que venir personalmente. ¡No hago reformas a partir de *fotografías*!

—HA MUERTO —dijo Owen Meany. Volvió a hundir la manita en el bolsillo. Sacó un sobre cuidadosamente plegado; dentro estaba la foto que mi madre le había regalado... una foto de la boda en la que se veía muy bonita y que no desfavorecía a Dan. Mi madre había incluido la foto con una nota de agradecimiento a Owen y el padre por su original regalo de casamiento— CASUALMENTE HE TRAÍDO UNA FOTO —Owen entregó el sagrado objeto a Mr. Giordano.

—¡Frank Sinatra! —gritó el viejo; su hijo le arrebató la foto.

—A mí no me parece Frank Sinatra —dijo el hijo.

—¡No! ¡No! —gritó el viejo y recuperó la foto—. A ella le encantaban las canciones de Sinatra... y las cantaba maravillosamente. Solíamos hablar de «Frankie Boy»... tu madre decía que como tenía una voz tan bonita debería haber sido *mujer* —concluyó Giovanni Giordano.

—¿SABE POR QUÉ COMPRO EL VESTIDO? —preguntó Owen.

—¡Claro que lo sé! —nos dijo el viejo—. ¡Siempre *cantaba* con ese vestido! «Necesito un vestido para *cantar*», dijo cuando entró. «Necesito algo *distinto a mi*

*estilo*», dijo. Nunca la olvidaré. Pero no sabía quién *era*... cuando entró aquí no lo sabía.

—¿Quién cuernos era? —inquirió el hijo. Me eché a temblar al oírlo: acababa de ocurrírseme que yo tampoco sabía quién era mi madre.

—Era «La dama de rojo». ¿No la recuerdas? —preguntó Mr. Giordanno a su hijo—. Todavía cantaba en ese local cuando volviste de la guerra. ¿Cómo se llamaba el local?

El hijo volvió a arrebatarle la foto.

—¡Es *ella*! —gritó.

—«¡La dama de rojo!». —gritaron los Giordano al alimón.

Yo estaba temblando. Mi madre era cantante... en un *antro*. ¡Era alguien a quien llamaban «La dama de rojo»! ¡Había tenido una *profesión*... *noctámbula*! Miré a Owen, que parecía extrañamente tranquilo, casi sedado y sonriente.

—¿NO ES MÁS INTERESANTE QUE OLD FREDDY'S? —me preguntó.

Los Giordano nos contaron que mi madre había sido vocalista en un club de Beacon Street, «un lugar perfectamente correcto», se apresuró a asegurarnos el viejo. Había un pianista negro que tocaba un piano anticuado, lo que significaba (nos explicaron los Giordano) que interpretaba viejas melodías, discretamente, «para lucimiento de la cantante».

No era un local en que se permitiera la entrada de mujeres ni de hombres solos; no era un bar; era un club-restaurante, y un club-restaurante, insistieron los Giordano, era un lugar donde se cenaba y donde ofrecían un espectáculo en vivo, «algo relajado para acompañar la digestión». Alrededor de las diez de la noche, la cantante y el pianista ofrecían música más adecuada para bailar que para conversar en la mesa... y entonces se bailaba hasta medianoche; los hombres con sus esposas, o al menos con acompañantes «serias». No era «un lugar para llevar a una mujer ligera de cascos... ni para encontrarla». Y casi todas las noches había «una especie de vocalista famosa, alguien de quien habías oído hablar», aunque Owen Meany y yo no conocíamos el nombre de *ninguna* de las que mencionaron los Giordano. «La dama de rojo» sólo cantaba una noche por semana; los Giordano habían olvidado *qué* noche, pero Owen y yo estábamos en condiciones de proporcionarles esa información. Tenía que ser los miércoles... siempre los miércoles. Supuestamente, el maestro de canto de mi madre era tan renombrado que sólo tenía tiempo para ella los jueves por la mañana, y tan temprano que tenía que pasar la noche anterior en la «temible» ciudad.

Los Giordano no sabían *por qué* nunca cantó con su nombre, *por qué* siempre fue «La dama de rojo». Tampoco recordaban el nombre del club; sólo sabían que ya no existía. Siempre había tenido la apariencia de una casa particular; de hecho, ahora se había convertido en una casa particular, «en algún lugar de Beacon Street», eso es todo lo que recordaban. Era una casa particular o una clínica. En cuanto al dueño del

club, era un judío de Miami. Los Giordano habían oído decir que había vuelto a su ciudad. «Supongo que allí todavía hay algún restaurante-espectáculo», conjeturó Mr. Giordano. Se impresionó y entristeció al saber que mi madre había muerto; «La dama de rojo» había llegado a ser bastante popular entre los clientes del club... «no famosa, no como otras, pero sí una especie de figura del local».

Los Giordano recordaban que había llegado, había desaparecido «durante una temporada» y luego había vuelto. Más adelante, desapareció para siempre; pero los asiduos no lo creían y estuvieron años diciendo que algún día volvería. Cuando desapareció «durante una temporada» me estaba teniendo *a mí*, por supuesto.

Los Giordano tenían en la punta de la lengua el nombre del pianista negro; «estuvo tanto tiempo como el local», dijeron. Pero no consiguieron pasar de un nombre: «Buster».

—¡Big Black Buster! —dijo Mr. Giordano.

—No creo que *él* fuera de Miami —apostilló el hijo.

—EVIDENTEMENTE —dijo Owen Meany cuando salimos a Newbury Street—, «BIG BLACK BUSTER» NO ES TU PADRE.

Pensé en preguntarle si conservaba el nombre y el domicilio —incluso el número de teléfono— del maestro de canto y vocalización; sabía que mi madre se los había dado y dudaba de que Owen hubiese tirado *nada* que viniera de ella.

Pero no tuve que preguntárselo. Una vez más, hundió su manita en el bolsillo.

—ESTA EN ESTE BARRIO —me informó—. HE CONCERTADO UNA CITA PARA «ANALIZARME» LA VOZ; CUANDO EL TIPO OYÓ MI VOZ, POR TELÉFONO, DIJO QUE ME RECIBIRÍA CUANDO YO QUISIERA.

Así había ido Owen Meany a Boston, la temible ciudad: había ido preparado.

Había algunas casas elegantes en la parte más densamente bordeada de árboles de Commonwealth Avenue, donde vivía Graham McSwiney, el maestro de vocalización y canto. Pero Mr. McSwiney tenía un apartamento pequeño y atestado en una de las casas viejas menos restauradas, sin ascensor, que había sido dividida y subdividida casi tantas veces como la renta colectiva de los diversos inquilinos se había atrasado o retenido. Dado que era temprano para la cita de Owen, nos quedamos en el pasillo del apartamento de Mr. McSwiney, en cuya puerta había un cartel (sujeto por una chincheta) escrito a mano.

*¡¡¡¡No!!!! ¡¡¡¡No llame ni toque  
el timbre si oye cantar!!!!*

No era precisamente «cantar» lo que oímos al otro lado de la puerta cerrada del

apartamento de Mr. McSwiney, pero sí un ejercicio, de manera que no llamamos ni tocamos el timbre; nos sentamos en un mueble cómodo pero poco corriente —no era un sofá; parecía un asiento arrancado de un autobús— y escuchamos la lección de canto o de vocalización que no estábamos autorizados a interrumpir.

—Una voz de hombre poderosa y resonante dijo:

—¡*Me-me-me-me-me-me-me-me!*

Una voz de mujer tremendamente emocionante repitió:

—¡*Me-me-me-me-me-me-me-me!*

A renglón seguido el hombre dijo:

—¡*No-no-no-no-no-no-no-no!*

Y la mujer respondió:

—¡*No-no-no-no-no-no-no-no!*

Entonces el hombre cantó una sola estrofa de una canción, una canción de *My Fair Lady*, la que dice:

—«Sólo quiero un lugar en algún sitio...».

Y la mujer entonó:

—«Lejos del aire frío de la noche...».

Y al unísono cantaron:

—«Con una silla enorme...».

Y la mujer atacó, sola:

—«¡Sería ma-ra-vi-llo-so!».

—¡*Me-me-me-me-me-me-me-me!* —dijo otra vez el hombre; intervino un piano, una sola tecla.

Sus voces, aun en ese tonto ejercicio, eran las más adorables que Owen Meany y yo habíamos oído en nuestra vida; incluso cuando ella cantó «¡*No-no-no-no-no-no-no-no!*», su voz era mucho más bella que la de mi madre.

Me alegré de que tuviésemos que esperar, porque me dio tiempo a sentirme agradecido al menos por esta parte de nuestro descubrimiento: Mr. McSwiney *era* realmente un maestro de vocalización y canto, que parecía tener una voz absolutamente maravillosa y con una discípula de *mejor* voz aún que mi madre... Esto al menos significaba que era cierto *algo* de lo que yo creía conocer de mi madre. Se necesitaba tiempo para asimilar lo que habíamos descubierto en Jerrold's.

No me sorprendió que el embuste de mi madre sobre el vestido rojo fuese una especie de falsedad devastadora; que hubiese sido cantante —¡una artista de verdad! — no me sorprendió como algo tan horrible como para habérmelo ocultado, o incluso habérselo ocultado a Dan (si es que tampoco se lo había dicho). Lo que me impresionó fue mi memoria de lo *fácil y graciosamente* que nos contó la mentirijilla del incendio de la tienda, lo *convincientemente* preocupada que estaba por el vestido. Con toda probabilidad, pensé, había sido mejor mentirosa que cantante. Y si había

mentido respecto del vestido, y nunca le había dicho a nadie de Gravesend lo de «La dama de rojo», ¿en qué *más* había mentido?

Además de no saber quién era mi padre, ¿qué *más* ignoraba?

Owen Meany, que pensaba a mucha mayor velocidad que yo, lo expresó muy simplemente; me susurró al oído, para no perturbar la lección de Mr. McSwiney.

—AHORA TAMPOCO SABES QUIEN ES TU MADRE.

Tras la salida de una mujer menuda y llamativamente vestida, Owen y yo entramos en el atiborrado cuchitril del maestro; las dimensiones decepcionantemente pequeñas del pecho de la mujer que salió estaban en contradicción con la potencia que habíamos oído en su voz... pero nos impresionó el aire de desorden profesional que nos recibió en el estudio de Graham McSwiney. No había puerta en el cubículo del lavabo, donde la bañera parecía haber sido puesta de prisa, incluso cómicamente; estaba separada de las cañerías, llena de juntas de tubos en codo y sus accesorios: evidentemente allí se había puesto en marcha un proyecto de fontanería que avanzaba a paso de tortuga.

No había pared (o había sido derribada) entre el cubículo de la cocina y la sala; los armarios de la cocina no tenían puertas y en ellos se veía muy poco además de tazas y vasos de café, lo que sugería que Mr. McSwiney se limitaba a una dieta de cafeína o que comía en otro sitio. Tampoco había ninguna cama en la sala —la única estancia de verdad en el diminuto y atestado apartamento—, lo que sugería que el sofá, cubierto de pentagramas, ocultaba una cama plegable. Pero la disposición de las hojas de música parecía de una especificidad meticulosa, y su mero volumen indicaba que nadie se sentaba en el sofá ni lo abría, lo que sugería que Mr. McSwiney tampoco dormía allí.

Se veían souvenirs por doquier: programas de ópera y conciertos; recortes periodísticos sobre cantantes; menciones enmarcadas y medallas colgadas de cintas, sugiriendo premios a gargantas de oro en un reconocimiento de categoría casi atlética. También por doquier había dibujos enmarcados, tamaño poster, del tórax y la garganta, tan clínicos en sus detalles como los dibujos de la *Anatomía de Gray*, y tan simplistas en su disposición alrededor del apartamento como los diagramas educativos de algunos consultorios. Debajo de estos dibujos anatómicos aparecían los lemas de tipo optimista que suelen colgar los entrenadores entusiastas en los gimnasios:

¡Empiece por el *esternón*!

¡Mantenga la parte superior del pecho llena de aire *todo* el tiempo!

¡El diafragma es un músculo de *una* dirección... *sólo* puede inhalar!

¡Practique la respiración *separadamente* del canto!

¡*Nunca* levante los hombros!

¡Nunca contenga el aliento!

Una pared entera estaba dedicada a órdenes instructivas respecto a las vocales; sobre el dintel de la puerta del baño una única exclamación: ¡Suavemente! Dominando el apartamento desde el taciturno centro de la sala —grande, negro, perfectamente lustrado y, es de suponer, de un valor que doblaba la renta anual del estudio de Mr. McSwiney—, estaba el piano.

Mr. McSwiney era completamente calvo. Unos agitados mechones blancos brotaban de sus orejas, como si quisieran protegerlo del volumen de su propia voz. Era un hombre de aspecto campechano, sesentón (quizá setentón), bajo y musculoso, cuyo pecho descendía hasta su cinturón, o cuya tripa redonda y dura consumía su pecho y descansaba bajo su mentón, como esa especie de canto rodado que lucen los bebedores de cerveza.

—¡Bien! ¿Cuál de vosotros tiene *la voz*? —nos preguntó Mr. McSwiney.

—¡YO! —dijo Owen Meany.

—¡Sin duda! —gritó Mr. McSwiney, quien me prestó muy poca atención, aunque Owen se esforzó personalmente en presentarme poniendo un énfasis inconfundible en mi apellido, considerando que podía sonarle familiar al maestro de canto y vocalización.

—ESTE ES MI AMIGO, JOHN *WHEELWRIGHT* —dijo, pero Mr. McSwiney no veía la hora de echar un vistazo a su nuez; aparentemente «Wheelwright» no le decía nada.

—Es lo mismo, se le llame como se le llame —dijo Mr. McSwiney—. Nuez, laringe, caja de la voz: la parte más importante del aparato vocal —explicó, haciendo sentar a Owen en lo que llamó «asiento del cantante», que era una silla simple y de respaldo recto, situada directamente delante del piano. Mr. McSwiney apoyó el pulgar y el índice a ambos lados de la nuez de Owen—. ¡Traga! —indicó. Owen tragó. Cuando puse mis dedos a los lados de mi nuez y tragué, sentí que la nuez saltaba cuello arriba; pero la de Owen apenas se movió—. ¡Bosteza! —indicó Mr. McSwiney. Cuando bostecé, mi nuez *bajó* por mi cuello, pero la de Owen se quedó casi exactamente donde estaba—. ¡Grita! —indicó Mr. McSwiney.

—¡AAAAAHHHHH! —gritó Owen Meany y su nuez apenas se movió.

—¡Asombroso! —exclamó Mr. McSwiney—. Tienes la laringe permanentemente fija. Rara vez he visto algo semejante. Tu caja de la voz nunca reposa; tu nuez está aposentada allí en la posición de un *grito permanente*. Te podría recomendar algunos ejercicios, pero tal vez te convenga ver a un médico especialista; es posible que tengas que operarte.

—NO QUIERO OPERARME Y NO NECESITO EJERCICIOS —replicó Owen Meany—. SI DIOS ME HA DADO ESTA VOZ, TENDRÍA SUS RAZONES.

—¿Cómo es que su voz no *cambia*? —pregunté a Mr. McSwiney, que parecía a punto de hacer una observación satírica respecto al papel jugado por Dios en la caja de la voz de Owen—. Creía que *todos* los chicos cambian la voz... en la pubertad —agregué.

—Si esta voz no ha cambiado todavía, probablemente nunca cambiará —afirmó Mr. McSwiney—. Las cuerdas vocales no conforman las palabras... se limitan a vibrar. En realidad, las cuerdas vocales no son «cuerdas» sino *labios*. La abertura entre esos labios se denomina «glotis». El acto de respirar sobre los labios *cerrados* es lo que produce un sonido. El cambio de la voz masculina sólo es una *parte* de la pubertad... se llama «desarrollo sexual secundario». Pero no creo que *tu* voz cambie —dijo Mr. McSwiney a Owen—. Si tuviera que cambiar, ya lo habría hecho.

—ESO NO EXPLICA POR QUÉ NO LO HA HECHO —dijo Owen Meany.

—No sabría explicártelo —reconoció Mr. McSwiney—. Pero puedo darte algunos ejercicios —repitió— o recomendarte un médico.

—YO NO ESPERO QUE MI VOZ CAMBIE —insistió Owen Meany.

Percibí que Mr. McSwiney estaba aprendiendo lo exasperante que podía ser la fe de Owen en los planes de Dios.

—¿Por qué has venido a verme, hijo? —le preguntó el maestro.

—PORQUE USTED CONOCE A SU MADRE —dijo Owen, señalándome. Graham McSwiney me miró de hito en hito, como si temiera que le planteara un juicio por paternidad.

—Tabitha Wheelwright —dije—. La llamaban Tabby. Era de New Hampshire, y estudió con usted en los cuarenta y los cincuenta... desde antes de mi nacimiento hasta que tuve ocho o nueve años.

—O DIEZ —aclaró Owen Meany; volvió a meter la manita en el bolsillo y le tendió la foto a Mr. McSwiney.

—«¡La dama de rojo!». —exclamó Mr. McSwiney—. Lo siento, había olvidado su nombre —me dijo.

—¿Pero la recuerda?

—Claro que la recuerdo —dijo—. Era muy bonita y muy simpática... yo le conseguí ese estúpido trabajo. No era ningún chollo, pero ella se divertía; tenía la idea de que alguien podía «descubrirla» si cantaba allí... aunque yo le dije que nadie era *descubierto* nunca en Boston. ¡Y menos en ese *club*!

Mr. McSwiney nos explicó que solían llamarlo del club para encontrar talentos locales entre sus estudiantes; tal como nos habían informado los Giordano, el club contrataba a vocalistas conocidas para presentar espectáculos que duraban algo más de un mes, pero las estrellas del club descansaban el miércoles, día en que presentaban «talentos locales». Mi madre se había ganado una pequeña fama vecinal y el club la había transformado en costumbre. Nunca quiso figurar con su nombre...



una forma de timidez o de provincianismo que Mr. McSwiney consideraba tan tonta como su idea de que alguien podía «descubriarla».

—Pero era encantadora —retomó—. Como cantante era pura «cabeza», no tenía «pecho», además de ser bastante holgazana. Le gustaba interpretar canciones sencillas y populares; no era muy ambiciosa y no practicaba.

Nos habló de los dos juegos de músculos implicados en una «voz de falsete» (o de cabeza) y en una «voz de bajo» (o de pecho); aunque no era eso lo que nos interesaba acerca de mi madre, Owen y yo fuimos corteses y dejamos que Mr. McSwiney expusiera su opinión de ella como *maestro*. La mayoría de las mujeres cantan con la laringe en posición elevada, o sólo con lo que Mr. McSwiney denominaba «voz de falsete»; dichas mujeres carecen de potencia vocal desde el Mi por encima del Do medio hacia abajo, y cuando tratan de dar las notas altas *audiblemente*, lo hacen con tono agudo. En las mujeres es muy importante el desarrollo de una «voz de pecho». En el caso de los hombres, lo que necesita desarrollo es la «voz de cabeza». Ambas necesitan *horas* de práctica.

Mi madre, cantante de un día a la semana, era lo que Mr. McSwiney etiquetaba como «equivalente vocal de un tenista dominguero». Tenía una voz *bonita* —tal como ya la he descrito—, pero la evaluación de Mr. McSwiney era coherente con mi recuerdo; su voz no era *fuerte*, nunca fue tan *potente* como la de la alumna que Owen y yo habíamos escuchado a través de la puerta cerrada.

—¿A quién se le ocurrió el *nombre* de «La dama de rojo»? —pregunté al viejo maestro, en un esfuerzo por retrotraerlo a lo que nos interesaba.

—Encontró un vestido rojo en una tienda —dijo Mr. McSwiney—. Me dijo que quería «cambiar de personalidad»... pero sólo una vez por semana —rió—. Nunca fui a escucharla. Era un restaurante-espectáculo. Francamente, *ninguna* de las que cantaban allí era muy buena. Entre las mejores, algunas trabajaban conmigo, de manera que las escuchaba *aquí*, pero nunca puse un pie en ese local. Conocía a Meyerson por teléfono; no recuerdo haberlo visto personalmente. Creo que fue él quien le dio el nombre de «La dama de rojo».

—¿Meyerson? —inquirí.

—Era el dueño del club, un viejo bondadoso... de Miami, me parece. Sincero y poco pretencioso. Todas las cantantes que le envié congeniaron con él, decían que las trataba respetuosamente —nos informó Mr. McSwiney.

—¿RECUERDA EL NOMBRE DEL CLUB? —le preguntó Owen.

Se llamaba The Orange Grove; mi madre se había mofado con Mr. McSwiney de la decoración, salpicada por todas partes de naranjos en tiestos y peceras con peces tropicales... y maridos y esposas celebrando sus aniversarios. ¡A pesar de todo, imaginaba que alguien podía «descubriarla» allí!

—¿TENÍA NOVIO? —preguntó Owen a Mr. McSwiney, quien se encogió de

hombros.

—¡Lo único que sé es que yo no le interesaba! —me sonrió afectuosamente—. Lo sé porque le tiré los tejos —explicó—. Ella manejó muy bien la situación y nunca volví a intentarlo.

—Había un pianista en The Orange Grove, un pianista negro —apunté.

—Seguro, pero estaba en todas partes... tocó de un lado a otro de la ciudad, durante años, antes de terminar allí. Y cuando se fue de allí, volvió a tocar por toda la ciudad —explicó Mr. McSwiney—. ¡Big Black Buster Freebody! —dijo y rió.

—Freebody —repetí.

—Un nombre tan inventado como «La dama de rojo» —aclaró Mr. McSwiney—. Y tampoco puede haber sido el novio de tu madre... Buster era un marica con plumas.

Graham McSwiney también nos contó que Meyerson se había vuelto a Miami... pero agregó que era *anciano* ya en los cuarenta y los cincuenta; era tan viejo que ahora tenía que estar comido por los gusanos, «o al menos viendo crecer las malvas». En cuanto a Buster Freebody, Mr. McSwiney no recordaba dónde había tocado el piano después de los tiempos de The Orange Grove.

—Me lo encontraba en muchos sitios. Estaba tan acostumbrado a tropezar con él, que lo veía como quien ve una lámpara —Big Black Buster interpretaba el piano en un estilo que Mr. McSwiney llamaba «realmente suave»; las cantantes simpatizaban con él porque dejaba que se oyeran sus voces.

—Tuvo algún problema... me refiero a tu madre —rememoró Mr. McSwiney—. Desapareció durante una temporada y luego regresó. Después desapareció para siempre.

—EL PROBLEMA ERA ÉL —Owen Meany me señaló.

—¿Estás buscando a tu padre? —me preguntó el maestro de canto—. ¿Se trata de eso?

—Sí.

—No te molestes, hijo —dijo Mr. McSwiney—. Si él te estuviera buscando, te habría encontrado.

—DIOS LE DIRÁ QUIEN ES SU PADRE —terció Owen; Graham McSwiney se encogió de hombros.

—Yo no soy Dios —Mr. McSwiney se dirigió a Owen—. Ese Dios que tú conoces... debe de estar bastante ocupado.

Le di mi número de teléfono en Gravesend, por si alguna vez recordaba el último lugar en el que tocaba el piano Buster Freebody. Mr. McSwiney me advirtió que también Buster Freebody tenía edad suficiente para estar «viendo crecer las malvas». Le pidió su teléfono a Owen Meany, por si alguna vez se enteraba de alguna teoría que explicara por qué su voz no había cambiado todavía.

—DA IGUAL —contestó Owen, pero le dejó el número.

—Tu madre era una excelente mujer, una buena persona... una mujer *respectable* —me dijo Mr. McSwiney.

—Gracias —dije.

—The Orange Grove era un lugar *estúpido* —prosiguió—, pero no un *tugurio*. Allí no podía ocurrirle ninguna bajeza a tu madre.

—Gracias —repetí.

—Lo único que cantó en su vida fueron canciones de Sinatra... que para mí eran un soporífero —admitió Mr. McSwiney.

—CREO QUE PODEMOS SUPONER QUE A *ALGUIEN* LE GUSTABAN —concluyó Owen Meany.

Toronto: 30 de mayo de 1987. Tendría que saber que no debo leer siquiera un titular del *The New York Times*, sin embargo, como a menudo he señalado a mis alumnas de la Bishop Strachan, el empleo que este periódico hace del punto y coma es ejemplar.

Reagan declara  
Firmeza en el Golfo;  
Planes poco claros

¿No es un clásico? No me refiero al punto y coma; quiero decir si no es precisamente eso lo que necesita el mundo. ¡Firmeza poco clara! La típica política de los Estados Unidos: ¡No seas claro, pero sé firme!

En noviembre de 1961 —después de que Owen Meany y yo nos enteramos de que su caja de la voz nunca reposaba, y de que mi madre había disfrutado (o sufrido) una vida más secreta de la que conocíamos—, el general Maxwell Taylor informó al presidente Kennedy que el apoyo militar, económico y político estadounidense podía asegurarle la victoria a los sudvietnamitas *sin* que los Estados Unidos se implicaran en la guerra. (En privado, el general recomendó el envío de una tropa de combate de ocho mil soldados a Vietnam).

Aquella Nochevieja, que Owen, Hester y yo celebramos en 80 Front Street —con la irregularidad típica de las costumbres festivas de finales de la adolescencia (Hester tenía veinte años), y de forma relativamente tranquila (porque abuela se había ido a acostar)—, sólo había 3205 soldados estadounidenses en Vietnam.

Hester entró en el nuevo año más enfáticamente que Owen o yo; saludó al Año Nuevo de rodillas... en la nieve, en la rosaleta, donde mi abuela no la oiría vomitar su Coca-cola con ron (o cubalibre, un brebaje al que se había aficionado en los

florecientes tiempos de su idilio en Tórtola). Yo era menos entusiasta con respecto al cruce de la línea divisoria anual; me quedé dormido viendo los padecimientos de Charlton Heston en *Ben-Hur*; en algún momento entre la carrera de cuadrigas y la colonia de leprosos, empecé a dar cabezadas. Owen miró toda la película; durante los anuncios, volcaba su desabrida atención en la ventana que daba a la rosaleda, donde se discernía la pálida silueta de Hester en el espectral destello de la luz de la luna contra la nieve. Me maravilla que el cambio de año tuviese tan poco efecto en Owen Meany... sobre todo si pienso que él creía «saber», en aquel momento, exactamente cuántos años le quedaban. Sin embargo, parecía darse por contento viendo *Ben-Hur* y viendo vomitar a Hester; eso es fe: esa complacencia, incluso de cara al porvenir.

En nuestra siguiente Nochevieja juntos, la de 1962, había 11 300 soldados estadounidenses en Vietnam. Y una vez más, la mañana del día de Año Nuevo, mi abuela notaría la salpicadura helada del vómito de Hester en la nieve... afeando la zona normalmente prístina que circundaba la pila para pájaros del centro de la rosaleda.

—¡Cielos misericordiosos! —dijo mi abuela—. ¿Qué es esa *asquerosidad* de la pila?

Y como el año anterior, Owen Meany dijo:

—MISSUS WHEELWRIGHT, ¿NO OYÓ ANOCHE A LOS PÁJAROS? IRÉ A ECHAR UN VISTAZO A LO QUE PONE ETHEL EN LOS COMEDEROS.

Owen habría respetado un libro que leí hace apenas dos años: *Almanaque de la guerra de Vietnam*, del coronel Harry G. Summers, un oficial subalterno veterano de Corea y de Vietnam, un autor que no se anda por las ramas, como decíamos en Gravesend. He aquí la primera frase de su excelente libro: «Una de las grandes tragedias de la guerra de Vietnam es que aunque las fuerzas armadas de los Estados Unidos derrotaron a los norvietnamitas y al Vietcong en todas las batallas importantes, sufrieron la mayor derrota de su historia». ¡Fíjate en eso! En la primera página, el coronel Summers relata una historia sobre el presidente Franklin D. Roosevelt en la Conferencia de Yalta, en 1945, cuando las potencias aliadas intentaban decidir la composición del mundo posbélico. El presidente Roosevelt quería ceder Indochina al dirigente chino, general Chiang Kai-shek, pero éste conocía algo de la historia y la tradición vietnamitas; Chiang Kai-shek entendía que los vietnamitas *no* eran chinos, y que jamás permitirían que el pueblo chino los absorbiera fácilmente. A la generosa oferta de Roosevelt de cederle Indochina, Chiang respondió: «No la queremos». El coronel Summers señala que a los Estados Unidos les llevó treinta años —y una guerra que costó casi cincuenta mil vidas estadounidenses— descubrir lo que Chiang Kai-shek explicó al presidente Roosevelt en 1945. ¡Imagínate eso!

¿Es de extrañar que el presidente Reagan prometa «firmeza» en el Golfo Pérsico,

y que sus «planes sean poco claros»?

En breve concluirá el curso; pronto ya no estarán aquí las chicas de Bishop Strachan. El verano en Toronto es caluroso y húmedo, pero me gusta observar los aspersores que riegan la hierba en St. Clair Reservoir; mantienen Winston Churchill Park verde como una jungla a lo largo de todo el verano. La familia de Katherine Keeling tiene una isla en Georgian Bay; Katherine siempre me invita a visitarla — habitualmente voy como mínimo una vez cada verano— y así satisfago mi cuota de práctica de la natación en agua dulce y de hacer el tonto con los hijos de otros. Montones de chalecos salvavidas, montones de canoas que hacen agua, efluvios de hojas de pino y conservantes de la madera: un poco de todo esto dura largo tiempo para un solterón melindroso como yo.

En los veranos voy a Gravesend y también visito a Dan. Heriría sus sentimientos si no fuera a ver una representación de sus estudiantes de la escuela de verano; entiende que rehúya asistir a una puesta en escena de los Gravesend Players. Mr. Fish es bastante viejo pero sigue actuando; muchos de los antiguos aficionados siguen actuando para Dan, pero yo prefiero no volver a verlos. Y ya no me interesa ver al público que en una época —más de veinte años atrás— nos intrigaba a Owen y a mí.

«¿ESTA AQUÍ ESTA NOCHE?», me susurraba Owen. «¿LO VES?».

En 1961, Owen y yo observábamos a la concurrencia en busca de esa cara especial de las gradas... tal vez una cara conocida, tal vez no. Estábamos buscando al hombre que respondió —o no— al saludo de mi madre. Teníamos la certeza de que era una cara que habría registrado *alguna* expresión al presenciar las consecuencias del contacto del bate de Owen Meany con esa pelota. Una cara, sospechábamos, que mi madre había visto en muchos encuentros con anterioridad... no sólo en los partidos de la liguilla, sino contemplándola desde los naranjos en tiestos y las peceras con peces tropicales en The Orange Grove. Estábamos buscando una cara para la que «La dama de rojo» hubiera *cantado*... al menos una vez, si no muchas.

—¿Lo ves *tú*? —preguntaba yo a Owen Meany.

—ESTA NOCHE NO —respondía Owen—. O NO ESTA AQUÍ, O NO ESTA PENSANDO EN TU MADRE —dijo una noche.

—¿Qué quieres decir?

—SUPÓN QUE DAN DIRIGIERA UNA OBRA REFERENTE A *MIAMI*. SUPÓN QUE LOS GRAVESEND PLAYERS MONTARAN UNA OBRA ACERCA DE UN RESTAURANTE-ESPECTÁCULO EN MIAMI QUE SE LLAMARA THE ORANGE GROVE, DONDE ACTUARA UNA CANTANTE LLAMADA «LA DAMA DE ROJO», Y QUE SOLO CANTARA LAS VIEJAS CANCIONES DE SINATRA.

—Pero no *existe* una obra así —respondí.

—¡*SUPONLO!* USA TU *IMAGINACIÓN*. DIOS PUEDE DECIRTE QUIEN ES

TU PADRE, PERO TU TIENES QUE *CREERLO*... TIENES QUE *AYUDAR UN POCO A DIOS*. ¡SOLO TE PIDO QUE *SUPONGAS* QUE EXISTE ESA OBRA!

—Vale. Lo supongo.

—Y LA OBRA SE TITULA *THE ORANGE GROVE* O *LA DAMA DE ROJO*. ¿NO SUPONES QUE TU PADRE IRÍA A VER *ESA OBRA*? ¿Y NO SUPONES QUE *ENTONCES* LO RECONOCERÍAMOS? —me preguntó Owen Meany.

—Lo supongo.

El problema era que Owen y yo no nos atrevíamos a hablarle a Dan de *The Orange Grove* ni de «La dama de rojo»; no estábamos seguros de que no lo supiera ya. A mí me parecía que le dolería saber que no era *suficiente* padre para mí, pues temía que interpretara mi curiosidad respecto a mi padre biológico como un indicativo de que él (Dan) era menos que adecuado como padre adoptivo.

Y si no sabía nada de *The Orange Grove* ni de «La dama de rojo», ¿no le dolería eso? Hacía que el pasado de mi madre —antes de su llegada— pareciera más romántico de lo que yo nunca había pensado. ¿Para qué iba a abismarse Dan Needham en el pasado enigmático de mi madre?

Owen insinuó que había una forma de lograr que *The Gravesend Players* montaran una obra sobre una vocalista en un club de Miami sin involucrar a Dan en nuestro descubrimiento.

—YO PODRÍA ESCRIBIR LA OBRA —dijo Owen Meany—. LA SOMETERÍA A LA CONSIDERACIÓN DE DAN COMO LA PRIMERA PRODUCCIÓN ORIGINAL DE LOS GRAVESEND PLAYERS. EN UN SEGUNDO ME DARÍA CUENTA DE SI YA CONOCÍA LA HISTORIA.

—Pero tú no la conoces —le recordé—. No tienes ninguna historia, sólo cuentas con un *ambiente* y un grupo incompleto de personajes desdibujados.

—NO PUEDE SER MUY DIFÍCIL INVENTAR UNA BUENA HISTORIA —replicó—. ES EVIDENTE QUE TU MADRE TENÍA TALENTO PARA ELLO... Y NI SIQUIERA ERA ESCRITORA.

—Y supongo que tú eres escritor —dije; Owen se encogió de hombros.

—NO PUEDE SER MUY DIFÍCIL —repitió.

Pero le advertí que no quería que lo intentara, arriesgándose a hacerle daño a Dan; si él ya conocía la historia —incluso si sólo conocía el «ambiente»—, *sufiría*.

—NO CREO QUE SEA DAN QUIEN TE PREOCUPA —dijo Owen Meany.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté; se encogió de hombros... a veces pienso que Owen Meany *inventó* el encogimiento de hombros.

—SOSPECHO QUE TIENES MIEDO DE DESCUBRIR QUIEN ES TU PADRE.

—Owen, vete a la mierda —le dije y volvió a encogerse de hombros.

—ENFOQUÉMOSLO DE OTRA MANERA —propuso Owen Meany—. TE HA SIDO DADA UNA PISTA SIN REQUERIR NINGÚN ESFUERZO DE TU PARTE. DIOS TE HA DADO UNA PISTA. AHORA TIENES UNA OPCIÓN: USAS EL DON DE DIOS O LO DESAPROVECHAS. CREO QUE SE REQUIERE CIERTO ESFUERZO TUYO.

—Pienso que a ti te importa más que a *mí* saber quién es mi padre —le dije; asintió.

Era la víspera de Año Nuevo, el 31 de diciembre de 1961, alrededor de las dos de la tarde; estábamos sentados en la sucia sala de estar del apartamento de Hester en Durham, New Hampshire; compartíamos rutinariamente la sala con las compañeras de residencia de Hester, dos universitarias que casi igualaban a mi prima en la falta de aseo, aunque lamentablemente estaban a mil millas de distancia de ella en cuanto a sex-appeal. Aquel día las chicas no estaban; habían ido a pasar las vacaciones de Navidad en casa de sus padres. Tampoco estaba Hester; Owen y yo jamás habríamos hablado de la vida secreta de mi madre delante de ella. Aunque sólo eran las dos de la tarde, Hester ya había consumido varios cubalibres; dormía como un tronco en su dormitorio... tan ajena a nuestra conversación como mi madre.

—VAYAMOS AL GIMNASIO A PRACTICAR EL TIRO —sugirió Owen Meany.

—No tengo ganas —contesté.

—MAÑANA ES AÑO NUEVO —me recordó Owen—. EL GIMNASIO ESTARÁ CERRADO.

Oíamos la respiración de Hester en su dormitorio, aunque la puerta estaba cerrada. La respiración de mi prima, cuando había bebido, era algo entre un ronquido y un gemido.

—¿Por qué bebe tanto? —pregunté a Owen.

—HESTER SE ADELANTA A SU ÉPOCA.

—¿Qué significa eso? ¿Nos espera una generación de *borrachos*?

—NOS ESPERA UNA GENERACIÓN DE *AIRADOS* —dijo Owen—. Y TAL VEZ DOS GENERACIONES DE INDIFERENTES —añadió.

—¿Cómo lo sabes?

—NO SE COMO LO SÉ. SOLO SE QUE LO SÉ.

Toronto: 9 de junio de 1987. Después de un fin de semana con un clima maravilloso, soleado, de ciclos despejados y fresco como en el otoño, capitulé y compré *The New York Times*; gracias a Dios, no me vio ninguno de mis conocidos. Una de las chicas Brocklebank se casó este fin de semana en la capilla de Bishop Strachan School; nuestras exalumnas suelen hacerlo: vuelven a la vieja escuela para rematar el vínculo, incluso las que eran desdichadas cuando estudiaron aquí. A veces

me convidan a la boda —Mrs. Brocklebank me invitó a la de este fin de semana—, pero esta hija concreta había logrado salvarse de mis clases, y yo sentía que su madre sólo me había invitado porque tropecé con ella cuando recortaba ferozmente su seto. Nadie me envió una invitación formal. Me gusta presenciar una ceremonia *pequeña*; sentí que aquél no era mi lugar. Además, la niña Brocklebank se casaba con un estadounidense. Sospecho que compré *The New York Times* porque me crucé con un coche repleto de estadounidenses en Russell Hill Road.

Estaban perdidos; no encontraban la Bishop Strachan School ni la capilla; el coche tenía matrícula de Nueva York y sus ocupantes no sabían pronunciar Strachan.

—¿Dónde está Bishop *Stray-chen*? —me preguntó una mujer.

—Bishop *Strohan* —la corregí.

—¿Qué? —Se volvió hacia su marido, el conductor—. No le entiendo. Me parece que habla francés.

—Estaba hablando en inglés —informé a esa idiota—. Francés hablan en Montreal. Usted está en Toronto. Aquí hablamos inglés.

—¿Sabe dónde está Bishop *Stray-chen*? —gritó el marido.

—¡Bishop *Strohan*! —grité.

—¡No, *Stray-chen*! —gritó la mujer.

Intervino uno de los chicos del asiento trasero.

—Creo que os está diciendo cómo *se pronuncia* —dijo a sus padres.

—No me interesa saber cómo se pronuncia —dijo el padre—, sólo quiero saber *dónde* está.

—¿Sabe dónde está? —me preguntó la mujer.

—No —respondí—. Jamás la he oído nombrar.

—¡Jamás la ha oído nombrar! —se asombró la mujer. Sacó una carta del bolso y la abrió—. ¿Sabe dónde está Lonsdale Road? —me preguntó.

—Por ahí —dije—. Creo que ésa sí la he oído nombrar.

Se alejaron... en dirección a St. Clair y el embalse; en sentido equivocado, por supuesto. Sin duda sus planes eran poco claros, pero exhibían una ejemplar firmeza estadounidense.

De modo que debí de sentir cierta añoranza; de vez en cuando me pongo así. ¡Y qué día para comprar *The New York Times*! No creo que nunca sea un *buen* día para comprarlo. ¡Pero qué artículo leí!

Audiencias no afectaron al  
Presidente, dice Nancy Reagan

Vaya. Mrs. Reagan afirmó que las vistas sobre la operación Irán-Contra en el Congreso no habían afectado al presidente. Mrs. Reagan estaba en Suecia como



observadora de un programa sobre drogadicción en un instituto de un suburbio de Estocolmo; conjeturo que esta señora sólo es una entre muchos adultos estadounidenses de cierta edad avanzada, que creen que la raíz de todo mal se genera en la esfera de la adicción juvenil. Alguien debería decirle a Mrs. Reagan que los jóvenes —incluyendo a los jóvenes toxicómanos— *no* son responsables de los graves problemas que asolan al mundo.

Las esposas de los presidentes estadounidenses siempre han sido activistas en la erradicación de sus motivos de fastidio; Mrs. Reagan está muy preocupada por el consumo de drogas. Me parece que fue Mrs. Johnson quien quiso librar al país de los cementerios de coches, esa chatarra que ya no podía conducir a ningún lado, aunque permanecía, oxidando el paisaje: se dedicó apasionadamente a su eliminación. Y hubo otra esposa de presidente —tal vez fuera esposa de vicepresidente— que consideraba una «desgracia» que la nación, en su conjunto, prestara tan poca atención al «arte»; he olvidado qué era lo que quería hacer al respecto.

Pero no me sorprende que el presidente «no esté afectado» por las audiencias en el Congreso; tampoco se ha sentido demasiado «afectado» por lo que el Congreso le dice que puede o no puede hacer. Dudo de que estas vistas vayan a «afectarlo» mucho.

¿A quién *le importa* que «supiera» —exacta o inexactamente— que el dinero recaudado mediante la venta secreta de armas a Irán era desviado para apoyar a los rebeldes nicaragüenses? No creo que a muchos estadounidenses les interese.

Los estadounidenses estaban cansados de oír hablar de Vietnam antes de salir de Vietnam; los estadounidenses se hartaron de oír hablar de Watergate, y de lo que Nixon hacía o no hacía... incluso antes de que se presentaran todas las pruebas. Los estadounidenses ya están hastiados de Nicaragua; cuando concluyan estas audiencias sobre el asunto Irán-Contra, los estadounidenses no sabrán (ni les importará) *qué* piensan... salvo que estarán hartos de la cuestión. Al cabo de un tiempo, también estarán hartos del Golfo Pérsico. Ya están hasta las narices de Irán.

Este síndrome me es tan familiar como los vómitos de Hester en Nochevieja. Era la víspera del primer día de 1963; mi prima vomitaba en la rosaleda, Owen y yo mirábamos la tele. Había 16 300 soldados estadounidenses en Vietnam. La víspera del Año Nuevo de 1964, había allí un total de 23 300; Hester estaba vomitando hasta el alma. Creo que el deshielo de enero llegó temprano ese año; creo que fue el año en que Hester vomitó bajo la lluvia, aunque quizás el deshielo temprano haya sido el de la Nochevieja de 1965, cuando había 184 300 soldados estadounidenses en Vietnam. Hester vomitó sin parar. Era violentamente contraria a la guerra de Vietnam; era *radicalmente* contraria. Era tan ferozmente antibelicista que Owen Meany solía decir que conocía un solo método capaz de sacar a todos esos estadounidenses de Vietnam.

—DEBERÍAMOS ENVIARLES A HESTER —solía decir— HESTER *BEBERÍA*

TODO A SU PASO POR VIETNAM DEL NORTE, COMO UNA ESPONJA —decía Owen— TENDRÍAMOS QUE ENVIAR A HESTER A HANOI —me dijo—. HESTER, TENGO UNA IDEA FABULOSA —le dijo—. ¿POR QUÉ NO VAS A VOMITAR A HANOI?

En la Nochevieja de 1966 había 385 300 soldados estadounidenses en Vietnam; 6644 habían muerto en acción. Ese año, Hester, Owen y yo no pasamos juntos la víspera de Año Nuevo. Yo miré solo la tele, en 80 Front Street. Estaba seguro de que Hester vomitaba en algún sitio, aunque yo no sabía dónde. En el 67, había 485 600 soldados estadounidenses en Vietnam; 16. 021 habían muerto allí. Miré la tele en 80 Front Street, otra vez solo. Había bebido un poquitín de más; intenté recordar cuándo había comprado mi abuela el televisor en colores, pero no pude. Estaba achispado y fui yo quien vomitó en la rosaleda; hacía el frío suficiente como para hacerme abrigar la esperanza de que Hester estuviese vomitando en un clima más cálido.

Owen *estaba* en un clima más cálido.

No recuerdo dónde estaba yo, ni qué hice, la Nochevieja de 1968. Había 536 100 soldados estadounidenses en Vietnam; aún faltaban alrededor de 10 000 para alcanzar nuestro récord. Sólo habían muerto en acción 30 610, unos 16 000 menos del número total de estadounidenses que morirían allí. Estuviera donde estuviese en la Nochevieja de 1968, tengo la certeza de que estaba borracho y vomitando; estuviera donde estuviese Hester, tengo la certeza de que estaba borracha y vomitando.

Como ya he dicho, Owen no me mostraba su diario; fue mucho más tarde —después de todo, después de casi todo— cuando vi lo que había escrito. Hay una anotación concreta que lamento no haber leído *cuando* la escribió. Es una de las primeras, no distante de su exaltado optimismo posterior a la toma de posesión de Kennedy, no distante de su agradecimiento a mi abuela por haberle regalado el diario y de su anunciada intención de hacer que se sintiera orgullosa de él. Esta anotación me parece importante; está fechada el primero de enero de 1962 y dice así:

SE TRES COSAS. SE QUE MI VOZ NO CAMBIA Y SE CUANDO MORIRÉ. OJALÁ SUPIERA POR QUÉ MI VOZ NO CAMBIA, OJALÁ SUPIERA COMO VOY A MORIR; PERO DIOS ME HA PERMITIDO SABER MÁS QUE LA MAYORÍA DE LA GENTE... DE MODO QUE NO ME ESTOY QUEJANDO. LO TERCERO QUE SE ES QUE SOY UN INSTRUMENTO DE DIOS; TENGO FE EN QUE ÉL ME HARÁ SABER LO QUE SE SUPONE QUE DEBO HACER, Y CUANDO SE SUPONE QUE DEBO HACERLO. ¡FELIZ AÑO NUEVO!

Era el enero de nuestro último curso en Gravesend Academy; si yo hubiese sabido entonces que ésta era su fatalista aceptación de lo que él «sabía», habría comprendido mejor por qué se comportó como lo hizo... cuando el mundo parecía volverse en su contra y apenas movió una mano en su propia defensa.

Deambulábamos por la redacción de *The Grave* —ese año La Voz también era jefe de redacción—, cuando Larry Lish, un antipático condiscípulo, nos dijo a Owen y a mí que el presidente Kennedy «se tiraba» a Marilyn Monroe.

Larry Lish —Herbert Lawrence Lish, Jr. (su padre era el productor cinematográfico Herb Lish)— era el estudiante más cínico y decadente de Gravesend. En su primer curso, había dejado embarazada a una chica del lugar y su madre —recién divorciada de su padre— maniobró tan hábilmente y arregló con tanta premura el aborto, que ni siquiera Owen y yo supimos quién era la chica; Larry Lish le había malogrado la diversión a muchas chicas. Se decía que su madre estaba dispuesta a meter a sus amiguitas en un avión con destino a Suecia, en menos que canta un gallo; se rumoreaba que además las acompañaba... para cerciorarse de que abortaban. Y después de estos trayectos de ida y vuelta a Suecia, las chicas no querían volver a ver a Larry. Era un sociópata seductor, ese tipo de cretino que causa una primera buena impresión en la pobre y triste gente que se deslumbra con las jergas de la alta sociedad y las camisas a medida.

Era ingenioso —hasta Owen estaba impresionado por la inteligencia de sus escritos para *The Grave*—, y lo odiaban cordialmente estudiantes y profesores; digo «cordialmente», en el caso de los estudiantes, porque ninguno habría rechazado una invitación a las fiestas de su padre o de su madre. En el caso de los profesores, odiaban «cordialmente» a Lish porque su padre era tan famoso que muchos le temían... y porque su madre, la divorciada, era una beldad y una coqueta putona. Estoy seguro de que algunos docentes se desvivían por echarle un vistazo el Día de los Padres; muchos estudiantes también sentían lo mismo por la madre de Larry Lish.

Owen y yo nunca habíamos sido invitados a ninguna fiesta de Mr. o Mrs. Lish; normalmente los nativos de New Hampshire no suelen tener a su alcance Nueva York, para no hablar de Beverly Hills. Herb Lish vivía en Beverly Hills; sus fiestas eran de Hollywood, y los condiscípulos de Harry Lish que tenían la suerte de ser oriundos de la zona de Los Ángeles afirmaban que habían conocido a verdaderas «estrellas» en esas pródigas francachelas.

Las fiestas de Mrs. Lish en la Quinta Avenida no eran menos provocativas; la seducción e intimidación de los jóvenes era una actividad de la que disfrutaban ambos Lish. Y las chicas de Nueva York —aunque no siempre eran aspirantes a actrices— tenían fama de «hacerlo» interponiendo menor resistencia aún que la variedad californiana con sus leves protestas.

Tras su divorcio, Mr. y Mrs. Lish competían por el dudoso afecto del joven Larry; para llegar a su corazón habían elegido un camino sembrado de excesivas fiestas y sexo de lujo. Larry dividía sus vacaciones entre Nueva York y Beverly Hills. En una y otra costa, el segmento social que «conocían» Mr. y Mrs. Lish estaba compuesto por el tipo de gente a los que muchos alumnos del último curso de Gravesend

Academy consideraban la gente más fascinante *del mundo*; sin embargo, Owen y yo jamás habíamos oído nombrar a la mayoría. Pero sí habíamos oído hablar del presidente John F. Kennedy y habíamos visto, ciertamente, todas las películas de Marilyn Monroe.

—¿Sabéis lo que me contó mi madre en las vacaciones navideñas? —nos preguntó Larry Lish.

—Deja que lo adivine —dije—. Te compraré un avión.

—Y CUANDO TU PADRE SE ENTERO —apuntó Owen Meany—, DIJO QUE TE COMPRARÍA UNA VILLA EN FRANCIA... ¡EN LA COSTA AZUL!

—Este año no —replicó maliciosamente Larry Lish—. Mi madre me contó que el presi se está tirando a Marilyn Monroe... y a muchas más —agregó.

—¡ESO ES UNA MENTIRA DE AUTENTICO MAL GUSTO! —le refutó Owen Meany.

—Es la pura verdad —dijo Larry Lish con sonrisa afectada.

—¡QUIEN DIFUNDE ESE TIPO DE RUMORES TENDRÍA QUE ESTAR *EN LA CÁRCEL*! —sentenció Owen Meany.

—¿Te imaginas a mi madre en la cárcel? —preguntó Lish—. No es ningún *rumor*. La verdad es que el presi hace que Mujeriego Meany parezca *casto*... el presi consigue a cualquier mujer.

—¿CÓMO LO SABE TU MADRE?

—Conoce a *todos* los Kennedy —dijo Lish, después de un silencio moderadamente tenso—. Y mi papi conoce a Marilyn Monroe.

—Y SUPONGO QUE «LO HACEN» EN LA CASA BLANCA, ¿NO? —inquirió Owen.

—Sé que lo han hecho en Nueva York —respondió Lish—. Ignoro dónde *más* lo han hecho... sólo sé que llevan *años* haciéndolo. Y cuando el presi deje de interesarse por ella, se la quedará *Bobby*.

—¡ERES REPULSIVO! —exclamó Owen Meany.

—¡El *mundo* es repulsivo! —dijo alegremente Larry Lish—. ¿Crees que estoy mintiendo?

—SI.

—Mi madre vendrá a buscarme para llevarme a esquiar... el próximo fin de semana. Puedes preguntárselo a ella —propuso Lish.

Owen se encogió de hombros.

—¿Crees que *ella* miente? —preguntó Lish; Owen volvió a encogerse de hombros. Detestaba a Lish y a su madre; al menos detestaba al tipo de mujer que, imaginaba, era la madre de Larry Lish. Pero Owen Meany no habría llamado mentirosa a la madre de nadie—. Permíteme decirte, Maestro Sarcasmo, que mi madre es una cotilla y una zorra, pero *no* es mentirosa. ¡No tiene imaginación

suficiente para inventar nada!

Ese era uno de los aspectos más dolorosos de nuestros compañeros de Gravesend Academy; a Owen y a mí nos hacía daño oír cómo muchos de nuestros condiscípulos solían poner a sus padres por los suelos. Cogían su dinero y se aprovechaban de sus casas de verano y refugios de fin de semana... ¡cuando sus padres ni siquiera sabían que los hijos tenían la llave! Y con frecuencia éstos hablaban de sus padres como si los consideraran una lacra, o al menos unos ignorantes sin atenuantes.

—¿SABE JACKIE LO DE MARILYN MONROE? —preguntó Owen a Larry Lish.

—Puedes preguntárselo a mi madre.

La perspectiva de conversar con la madre de Larry Lish no tranquilizó a Owen Meany. Rumió el asunto toda la semana. Evitó la redacción de *The Grave*, una guarida en la que normalmente era el rey. Al fin y al cabo, Owen había sido *inspirado* por J. F. K.; aunque el tema de la moral personal (o sexual) del presidente no habría empañado el entusiasmo de nadie por sus ideales u objetivos políticos, Owen Meany no era «nadie», ni tampoco lo bastante mundano para hacer distinciones entre la moral pública y la privada. Dudo de que mi amigo hubiese llegado a ser alguna vez lo bastante «mundano» para establecer esa distinción... ni siquiera hoy, que los únicos inflexibles en su reivindicación de que la moral pública es *inseparable* de la privada, son esos telepredicadores pelotilleros que profesan «saber» que Dios prefiere los capitalistas a los comunistas, la energía nuclear al pelo largo.

¿Dónde encajaría Owen hoy? Le chocó que J. F. K. —¡un hombre casado!— pudiera estar «tirándose» a Marilyn Monroe, para no hablar de «a muchas más». Pero Owen jamás habría pretendido «saber» lo que quería Dios; siempre odió el sermón que formaba parte del oficio... de *cualquier* oficio. Odiaba a todo el que pretendiera «saber» cuál era la opinión de Dios sobre los acontecimientos actuales.

Hoy, el hecho de que el presidente Kennedy gozara del conocimiento carnal de Marilyn Monroe y de «muchas más» —incluso *durante* su presidencia— sólo impresiona como moderadamente impropio, e incluso elegante, en comparación con la reserva y el engaño deliberados, y los chanchullos ilegales ampliamente practicados por toda la Administración Reagan. La idea de que el presidente Reagan folle —¡con *CUALQUIERA!*— sólo significaría un alivio bienvenido y cómico en comparación con sus *OTROS* enredos.

Pero 1962 no era hoy; las esperanzas puestas por Owen Meany en la Administración Kennedy rebosaban con las expectativas y el optimismo de un muchacho de diecinueve años que deseaba *servir* a su país... ser *útil*. La primavera anterior, la invasión de Bahía de Cochinos, en Cuba, lo había perturbado, pero aunque era un error perturbador, no era adulterio.

—SI KENNEDY PUEDE RACIONALIZAR EL ADULTERIO, ¿QUÉ MÁS ES

CAPAZ DE RACIONALIZAR? —me preguntó. Entonces se enfureció y añadió—: ¡ESTABA OLVIDANDO QUE ES UN DEPREDADOR DE CABALLAS! SI LOS CATÓLICOS PUEDEN CONFESAR CUALQUIER COSA, TAMBIÉN PUEDEN PERDONARSE A SI MISMOS CUALQUIER COSA. LOS CATÓLICOS NI SIQUIERA PUEDEN DIVORCIARSE; TAL VEZ ESE SEA EL PROBLEMA. ¡ES MORBOSO NO PERMITIR QUE LA GENTE SE DIVORCIE!

—Enfócalo de otra manera —le dije—. Eres presidente de los Estados Unidos; tienes muy buena pinta. Muchísimas mujeres quieren acostarse contigo, muchísimas mujeres hermosas harán lo que tú les pidas. ¡Incluso introducirse en la Casa Blanca por la entrada de servicio después de medianoche!

—¿LA ENTRADA DE SERVICIO? —preguntó Owen Meany.

—Ya sabes lo que quiero decir. Si pudieras joder con cualquier mujer a la que desearas, ¿lo harías o no?

—¡NO PUEDO CREER QUE TU CRIANZA Y TU EDUCACIÓN NO TE HAYAN SERVIDO PARA NADA! ¿PARA QUE ESTUDIAR HISTORIA O LITERATURA... SIN HABLAR DE RELIGIÓN, SAGRADAS ESCRITURAS Y ÉTICA? ¿POR QUÉ NO HACER ALGO... SI LA ÚNICA RAZÓN PARA NO HACERLO ES QUE NO TE PESQUEN? —me preguntó— ¿LLAMAS MORAL A ESO? ¿OPINAS QUE ESO ES SER *RESPONSABLE*? EL PRESIDENTE ES ELEGIDO PARA HACER RESPETAR LA CONSTITUCIÓN; DICHO EN UN SENTIDO MÁS AMPLIO, ES ELEGIDO PARA HACER RESPETAR LA *LEY*... NO SE LE CONCEDE LICENCIA PARA ACTUAR *POR ENCIMA* DE LA LEY. ¡SE SUPONE QUE DEBE DARNOS *EJEMPLO*!

¿Recuerdas eso? ¿Recuerdas *entonces*?

También recuerdo lo que dijo Owen del «Proyecto 100 000». ¿Lo recuerdas? Era un programa de reclutamiento pergeñado por el secretario de Defensa, Robert McNamara, en 1966. De los primeros 240 000 llamados a filas entre 1966 y 1968, el 40 por ciento tenía un nivel de lectura que no pasaba del sexto curso, el 41 por ciento eran negros, el 75 por ciento pertenecía a familias de bajos ingresos, el 80 por ciento había abandonado la enseñanza secundaria. «Los pobres de Estados Unidos no han tenido la oportunidad de ganarse su parte en la abundancia de este país», dijo el secretario McNamara, «pero se les puede dar una oportunidad de que sirvan a la defensa de su patria».

Esto hizo que Owen se subiera por las paredes.

—¿CREE QUE LES ESTA HACIENDO UN *FAVOR* A «LOS POBRES DE ESTADOS UNIDOS»? —chilló—. ¡LO QUE ESTA *DICIENDO* ES QUE NO TIENES QUE SER BLANCO, NI SABER LEER, PARA *MORIR*! ¡VAYA «OPORTUNIDAD»! ¡APUESTO A QUE «LOS POBRES DE ESTADOS UNIDOS» SE SENTIRÁN REALMENTE *AGRADECIDOS* POR ESTO!

Toronto: 11 de julio de 1987. Hoy ha hecho tanto calor que lo único que quería era que Katherine me invitara a la isla de su familia en Georgian Bay; pero tiene una familia tan numerosa que creo que ya tiene cubierta su cuota de huéspedes. Aquí he caído en una mala costumbre: casi todos los días compro *The New York Times*. Desconozco exactamente por qué quiero o necesito saber nada *más*.

Según este periódico, una nueva encuesta ha puesto de relieve que la mayoría de los estadounidenses creen que el presidente Reagan está mintiendo. Lo que habría que averiguar es si les *importa*.

He escrito a Katherine preguntándole cuándo me invitará a Georgian Bay. «¿Cuándo vas a rescatarme de mis malas costumbres?», le preguntaba. No sé si es posible comprar *The New York Times* en Pointe au Baril Station; espero que no.

Mitzy Lish —la madre de Larry— tenía el pelo color miel, de aspecto ligeramente pegajoso —llevaba un peinado ahuecado—, y su tez se veía muy mejorada por el bronceado; en los meses invernales, salvo que acabara de regresar de su peregrinaje anual a *Round Hill*, Jamaica, su piel adquiriría un matiz cetrino. Como con el frío extremo se estropeaba aún más su piel por el enrojecimiento, y dado que sus excesos con el tabaco habían perjudicado su circulación, un fin de semana invernal esquiando en Nueva Inglaterra —aunque fuese para contribuir a la causa de su competición por el cariño de su hijo— no favorecía su aspecto ni su estado de ánimo. No obstante, era imposible no verla como a una atractiva mujer «mayor»; Mitzy Lish no estaba a la altura de los patrones del presidente Kennedy, pero era una belleza para los de Owen y mío.

El floreciente erotismo precoz de Hester, por ejemplo, no se había visto mejorado por su dejadez ni por el alcohol; aunque Mrs. Lish fumaba como una chimenea y su pelo rubio era teñido (porque tenía encanecidas las raíces), se veía más sexy que Hester.

Llevaba encima demasiado oro y demasiada plata para New Hampshire; estoy seguro de que iba a la moda neoyorquina, pero su atuendo, sus joyas y su peinado ahuecado eran más idóneos para el tipo de hoteles y ciudades donde son corrientes las ropas formales o «de noche». En Gravesend destacaba, y es difícil imaginar que en New Hampshire o en Vermont hubiese un pequeño alojamiento para esquiadores a su altura. Sus ambiciones iban más allá del simple lujo de un baño privado; era una mujer que necesitaba servicio de habitaciones, que quería fumar su primer cigarrillo, beber su primer café y leer *The New York Times* antes de levantarse. Y también necesitaría suficiente luz y un espejo de maquillaje adecuado, delante del cual pasar una buena cantidad de tiempo; si alguien le daba prisas, seguramente se irritaría.

Su vida cotidiana en Nueva York, antes de almorzar, consistía *únicamente* en

pitillos, café y *The New York Times*, y la paciente y amorosa tarea de acicalarse. Era una mujer impaciente, aunque jamás cuando se estaba aplicando el maquillaje. Luego almorzaba con otra chismosa, o ahora, después del divorcio, con su abogado o con un amante en potencia. Por la tarde se hacía peinar o salía de compras; como mínimo, compraba algunas revistas nuevas o veía una película. Más tarde se encontraba con alguien para tomar una copa. Poseía toda la información actualizada que suele pasar por inteligencia entre la gente que hace una costumbre diaria del *The New York Times* —y de los cotilleos más benignos—, y que dispone de *cantidad* de tiempo para consumir estas novedades contemporáneas. Nunca había trabajado.

También se demoraba bastante en su baño vespertino, y además debía aplicarse un nuevo maquillaje; le irritaba hacer planes para cenar que exigieran su presencia antes de las ocho... aunque le irritaba *más aún* no tener planes para cenar. No cocinaba... ni siquiera un par de huevos. Era demasiado perezosa para hacer café de verdad; el instantáneo iba bien con sus cigarrillos y su periódico. Habría sido una de las primeras seguidoras de esas bebidas dietéticas sin alcohol ni azúcar... porque los kilos la obsesionaban (y era contraria al ejercicio).

Culpaba de su problemático cutis al exmarido, con quien la convivencia había sido tensa, y su divorcio la había alejado de California, donde prefería pasar los meses invernales, como convenía a su piel. Juraba que sus poros eran los *más grandes* de Nueva York. Pero mantenía el apartamento de la Quinta Avenida a todo tren; su pensión alimenticia incluía los gastos de su peregrinaje anual a Round Hill, Jamaica —siempre en una época del invierno en que su propia piel se le había vuelto intolerable— y una casa de verano —de alquiler— en los Hampton (porque en julio y agosto ni siquiera la Quinta Avenida era divertida). Una mujer de su sofisticación —y acostumbrada a los niveles de vida a los que se había acostumbrado como esposa de Herb Lish y madre de su único hijo— necesitaba, sencillamente, el sol y el aire salobre.

Sería una divorciada popular durante unos cuantos años; daría la impresión de no tener ninguna prisa en volver a casarse... de hecho, rechazaría algunas propuestas. Pero algún año empezaría a prever que su aspecto estaba desmejorando, o notaría que había desmejorado; pasaría cada vez más tiempo delante del espejo de maquillaje... con el único propósito de salvar lo que solía ver allí. Entonces cambiaría; se volvería bastante agresiva en la cuestión de su segundo matrimonio; advertiría que había llegado la hora. El novio que tuviera en ese momento sería digno de lástima, al que culparía de engañarla... y, peor aún, de no haberle permitido desarrollar una carrera. Al tipo, fuera quien fuese, no le quedaría otra actitud honorable que la de casarse con la mujer a la que había hecho tan dependiente de él. Ella diría, también, que nunca había dejado de fumar por su culpa: al no casarse con ella, la ponía demasiado nerviosa para abandonar el vicio. Y su cutis graso, antes responsabilidad de su



exmarido, ahora también era culpa del novio: si era cetrina, lo era por causa de *él*.

Él también era la causa de su anunciada depresión. Si la dejaba —si la *abandonaba*, si *no* se casaba con ella—, podía al menos asumir la carga financiera de mantener a su psiquiatra. A fin de cuentas, si *él* no la hubiese agravado, ella nunca habría *necesitado* un psiquiatra.

Quizá alguien se pregunte *cómo* sé, o sabía, tanto sobre Mitzy Lish, la desdichada madre de mi condiscípulo. Te he dicho que los estudiantes de Gravesend Academy — muchos de ellos— eran muy mundanos, y ninguno era más «sofisticado» que Larry Lish. Él le contaba a todo el mundo todo lo que sabía sobre su madre. ¡Imagínate eso! Larry pensaba que su madre era cosa de risa.

Pero en enero de 1962, Owen Meany y yo le teníamos miedo a Mrs. Lish. Llevaba un abrigo de pieles que era responsable de la muerte de innumerables pequeños mamíferos, unas gafas de sol que ocultaban por completo su opinión de nosotros... aunque de alguna manera teníamos la certeza de que ella nos consideraba unos palurdos incapaces de asimilar nuestra eventual educación; estábamos seguros de que Mrs. Lish prefería sufrir la tortura de renunciar al tabaco antes que padecer el aburrimiento de una tarde en *nuestra* compañía.

—HOLA, MISSUS LISH —la saludó Owen Meany—. ES UN PLACER VOLVER A VERLA.

—¡Hola! —dije—. ¿Cómo está?

Era el tipo de mujer que sólo bebía tónica con vodka, porque cuidaba su aliento; dado lo mucho que fumaba, no tenía más remedio que mimarlo. Hoy en día, sería de esas mujeres que llevan vaporizadores refrescantes en el bolso, y se pulverizaría el día entero, por si acaso alguien se sentía espontáneamente movido a besarla.

—Venga, *díselo* —indicó Larry Lish a su madre.

—Mi hijo me ha comentado que no crees que el presidente ande divirtiéndose —dijo Mrs. Lish a Owen. Cuando dijo «divirtiéndose», se abrió las pieles, su perfume nos embistió y aspiramos a fondo—. Bien, permíteme decirte que se divierte... y mucho.

—¿CON MARILYN MONROE? —le preguntó Owen.

—Con ella... y con infinitas más —dijo Mitzy Lish; se había puesto demasiado lápiz de labios, incluso para 1962, y cuando sonrió a Owen Meany vimos una mancha roja en uno de sus grandes dientes.

—¿LO SABE JACKIE? —preguntó Owen.

—Ya debe de estar acostumbrada —dijo Mrs. Lish; parecía paladear la desazón de Owen—. ¿Qué te parece *eso*? —le preguntó; Mitzy Lish también pertenecía a ese tipo de mujeres que intimidaban a los jóvenes.

—ME PARECE QUE ESTA MAL —dijo Owen Meany.

—¿Habla en serio? —preguntó Mrs. Lish a su hijo. ¿Recuerdas eso? ¿Recuerdas

cuando la gente solía preguntar si hablabas «en serio»?

—¿No es un *clásico*? —preguntó Larry Lish a su madre.

—¿Y éste es el jefe de redacción de tu periódico escolar? —preguntó Mrs. Lish a su hijo, riendo.

—Así es —respondió Larry; su madre lo volvía loco.

—¿Éste es el que pronunciará el discurso de despedida de tu *promoción*? —preguntó Mitzy Lish a Larry.

—¡Sí! —Larry no podía parar de reír. Owen se tomaba tan en serio lo de ser representante de nuestra promoción que ya estaba preparando su discurso de la ceremonia de entrega de diplomas... y sólo estábamos en enero. En muchas escuelas, ni siquiera saben quién es el que pronunciará el discurso hasta el trimestre de primavera; pero el promedio de Owen era perfecto y las calificaciones de ningún otro seguían de cerca las suyas.

—Deja que te diga algo —dijo Mrs. Lish a Owen—. Si Marilyn Monroe quisiera acostarse *contigo*, ¿se lo *permitirías*? —Creí que Larry Lish se caería, por la forma en que se descoyuntaba de risa. Owen parecía bastante sereno. Ofreció un pitillo a Mrs. Lish, pero ella prefirió coger uno de su marca; Owen se lo encendió y luego encendió el suyo. Daba la impresión de estar pensando muy atentamente la respuesta—. ¿Y? ¡Venga! —dijo seductoramente Mrs. Lish—. ¡Estamos hablando de *Marilyn Monroe*... estamos hablando del trozo de carne más perfecto que puedas *imaginar*! ¿O no te gusta Marilyn Monroe? —se quitó las gafas de sol; tenía unos ojos preciosos y lo sabía—. ¿Lo harías o no lo harías? —le guiñó un ojo a Owen; a continuación, con la uña pintada de su largo dedo índice, le tocó la punta de la nariz.

—NO SI FUERA EL *PRESIDENTE*. ¡E INDUDABLEMENTE NO SI ESTUVIERA *CASADO*!

Mrs. Lish rió; emitió algo que estaba entre el grito de una hiena y los sonidos que producía Hester durmiendo cuando estaba con una trompa de órdago.

—¿Éste es el *futuro*? —inquirió Mitzy Lish—. ¿Éste es el jefe de la clase de la jodida escuela más prestigiosa del país? ¿*Esto* es lo que podemos esperar de nuestros futuros *líderes*?

No, Mrs. Lish... puedo responderle ahora. Eso *no* era lo que podíamos esperar de nuestros líderes futuros. No nos conduciría a eso nuestro futuro; nuestro futuro nos conduciría a otro sitio... y a líderes que no guardan el menor parecido con Owen Meany.

Pero en aquel entonces yo no era lo bastante audaz para contestarle. Owen, sin embargo, no era de los que se dejan amedrentar... Owen Meany aceptaba lo que consideraba su destino, pero no aguantaba que lo trataran *a la ligera*.

—POR SUPUESTO, *NO SOY EL PRESIDENTE* —dijo Owen tímidamente—. Y TAMPOCO ESTOY *CASADO*. NI SIQUIERA *CONOZCO A MARILYN*

MONROE, POR SUPUESTO. Y CON TODA PROBABILIDAD ELLA JAMAS QUERRÍA ACOSTARSE CONMIGO. PERO... ¿SABE UNA COSA? —preguntó a Mrs. Lish que, lo mismo que su hijo, reía a mandíbula batiente—. SI *USTED* QUISIERA ACOSTARSE CONMIGO... QUIERO DECIR *AHORA*, QUE NO SOY PRESIDENTE Y NO ESTOY CASADO... ¡DEMONIOS! —dijo Owen a Mitzy Lish — SUPONGO QUE LO *INTENTARÍA*.

¿Has visto alguna vez a un perro atragantarse con comida? Los perros *inhalan* la comida... se sofocan dramáticamente. Nunca vi a nadie dejar de reír tan rápido como lo hicieron Mrs. Lish y su hijo. Pararon en seco.

—¿Qué me has dicho? —preguntó Mrs. Lish a Owen.

—¿Y? ¡VENGA! —dijo Owen Meany—. ¿LO HARÍA O NO LO HARÍA? —no esperaba respuesta; se encogió de hombros. Estábamos rodeados de la seca y polvorienta peste del humo de cigarrillos que era el aire normal en la redacción de *The Grave*; Owen se acercó al perchero y cogió su gorra de cazador a cuadros rojos y negros, su chaqueta de la misma tela gastada y salió al frío, que tanto afectaba la problemática tez de Mrs. Lish. Larry Lish era tan cobarde que no le dijo una sola palabra a Owen: ni le saltó sobre la espalda ni le golpeó la cabeza contra el montón de nieve más cercano. O Larry era un cobarde, o sabía que el «honor» de su madre no merecía tan vigorosa defensa; en mi opinión, Mitzy Lish no merecía ninguna clase de defensa.

Pero nuestro director, Randy White, era un caballero... un elegante de la vieja escuela cuando se trataba de defender al sexo débil. Naturalmente, se indignó al oír las insultantes observaciones que había hecho Owen a Mrs. Lish; naturalmente, estaba agradecido por el apoyo que prestaban los Lish a la «campana de provisión de fondos». «Naturalmente», aseguró Randy White a Mrs. Lish, «haría algo» con respecto a la indignidad de que había sido víctima.

Cuando Owen y yo fuimos citados al despacho del director, no sabíamos todo lo que Mitzy Lish había contado del «incidente», como decía Randy White.

—Tengo la intención de llegar al fondo de este desgraciado *incidente* —nos dijo el director—. ¿Hiciste o no una *proposición deshonesta* a Missus Lish en la redacción de *The Grave*? —preguntó Randy White a Owen.

—ERA UNA BROMA —respondió Owen Meany—. EN ESE MOMENTO ELLA SE ESTABA RIENDO DE MI... EXPRESANDO CON TODA CLARIDAD QUE PENSABA QUE YO ERA SU HAZMERREÍR. DE MANERA QUE DIJE ALGO QUE CONSIDERE *APROPIADO*.

—¿Cómo pudiste pensar que era «apropiado» hacerle una proposición deshonesto a la *madre* de un compañero? —le preguntó Randy White—. ¡Y en el recinto escolar! —agregó.

Más adelante Owen y yo nos enteramos de que el hecho de que la proposición

deshonesta hubiese tenido lugar *en el recinto escolar* había sacado de sus casillas a Mrs. Lish; le había dicho al director que sin duda era «motivo de expulsión». Fue Larry Lish quien nos lo contó; no le caíamos bien, pero se sentía un tanto avergonzado de que su madre siguiera empeñada en que expulsaran a Owen Meany de la escuela.

—¿Cómo pudiste pensar que era «apropiado» hacerle una proposición deshonestamente a la madre de un compañero? —repitió Randy White.

—ME REFERÍA A QUE MIS OBSERVACIONES ERAN «APROPIADAS» A SU COMPORTAMIENTO —explicó Owen.

—Ella se mostró grosera con él —tercié.

—SE RIÓ DE MÍ PORQUE YO PRONUNCIARÍA EL DISCURSO DE GRADUACIÓN.

—Se rió a carcajadas —dije al director—. Se rió en la cara de Owen... lo intimidó.

—FANFARRONEO SEXUALMENTE CONMIGO —aclaró Owen.

En esa época, ni Owen ni yo éramos capaces de poner en palabras la descripción correcta del tipo de provocadora sexual que era Mrs. Lish; quizás hasta Randy White habría entendido nuestra animosidad hacia una mujer que nos había impuesto tan cruelmente su sofisticación sexual... en particular a Owen. Había coqueteado con él, lo había atormentado, lo había humillado, lo había trastornado... o había *intentado* hacerlo. ¿Qué derecho tenía a sentirse insultada por la ruda respuesta de Owen?

Pero yo no supe expresar todo esto a los diecinueve años, nervioso, en la dirección de la escuela.

—¡Le preguntaste a la madre de otro alumno si se acostaría contigo... en presencia de su propio hijo! —le recordó Randy White.

—USTED NO ENTIENDE EL CONTEXTO —replicó Owen Meany.

—Explícame el «contexto» —dijo Randy White.

Owen parecía acongojado.

—MISSUS LISH NOS REVELO UN COTILLO ESPECIALMENTE DAÑINO Y ABOMINABLE. PARECÍA CONTENTA POR LA FORMA EN QUE ME AFECTO LA NATURALEZA DE ESE COTILLO.

—Es verdad, señor —intervine.

—¿Cuál era el cotillo? —quiso saber Randy White. Owen guardó silencio.

—Owen... en defensa propia. ¡Por Dios! —exclamé.

—¡CALLA! —me ordenó.

—Cuéntame lo que te dijo ella, Owen —le pidió el director.

—ERA ALGO MUY FEO —respondió Owen Meany. ¡Realmente creía estar protegiendo al presidente de los Estados Unidos! ¡Owen Meany estaba protegiendo la reputación de su comandante en jefe!

—¡Díselo, Owen! —imploré.

—ES INFORMACIÓN CONFIDENCIAL —dijo Owen—. TENDRÁ QUE CONFIAR EN MI PALABRA... MISSUS LISH SE MOSTRO MUY *DESAGRADABLE*. MERECEÍA UNA BROMA... A SU PROPIA COSTA.

—Missus Lish afirma que te le insinuaste groseramente delante de su hijo; «groseramente», repito —dijo Randy White—. Dijo que estuviste insultante, libidinoso, obsceno... y antisemita.

—¿MISSUS LISH ES *JUDÍA*? —me preguntó Owen— ¡NI SIQUIERA *SABÍA* QUE LO FUERA!

—Dice que evidenciaste tu antisemitismo —insistió el director.

—¿HACIÉNDOLE UNA *PROPOSICIÓN*?

—¿Entonces admites que les has hecho una «proposición deshonesta»? —le preguntó Randy White—. ¿Y si te hubiera respondido afirmativamente?

Owen Meany se encogió de hombros.

—NO SE —dijo con tono reflexivo—. SUPONGO QUE LO *HABRÍA* HECHO... ¿NO LO *HABRÍAS* HECHO *TÚ*? —me preguntó. Asentí—. ¡SE QUE *USTED* NO LO *HABRÍA* HECHO! —dijo al director—. PORQUE ESTA *CASADO* —añadió—. ESO ES LO QUE YO QUERÍA DEMOSTRAR... CUANDO ELLA EMPEZÓ A REÍRSE DE MÍ. ME PREGUNTO SI YO «LO HARÍA» CON MARILYN MONROE —explicó—. RESPONDÍ QUE NO LO HARÍA «SI ESTUVIERA *CASADO*», Y ELLA SOLTÓ UNA CARCAJADA.

—¿Marilyn Monroe? —preguntó el director—. ¿Qué tiene que ver Marilyn Monroe con todo esto?

Pero Owen no dijo una palabra más. Después, me comentó:

—¡PIENSA EN EL *ESCANDALO*! ¡PIENSA LO QUE OCURRIRÍA SI UN RUMOR SEMEJANTE SE FILTRARA A LA *PRENSA*!

¿Creía que la ruina del presidente Kennedy podía originarse en un editorial de *The Grave*?

—¿Quieres que te echen a patadas de la escuela por proteger al presidente? —le pregunté.

—ÉL ES MÁS IMPORTANTE QUE YO —se limitó a contestar Owen Meany. Hoy no estoy tan seguro de que Owen tuviera razón en eso; tenía razón en casi todas las cosas... pero me siento inclinado a pensar que Owen Meany merecía tanto ser protegido como J. F. K.

¡Fíjate en la sarta de *majaderos* que en estos tiempos tratan de proteger al presidente!

Pero fue imposible convencer a Owen Meany de que se protegiera a sí mismo; le dijo a Dan Needham que la naturaleza de la incitación de Mrs. Lish constituía «UNA AMENAZA PARA LA SEGURIDAD NACIONAL»; ni siquiera para salvarse de las

iras de Randy White repetiría el rumor difamatorio que había llegado a sus oídos.

En la reunión del claustro, el director argumentó que este tipo de falta de respeto con los adultos —¡con padres de condiscípulos!— no podía tolerarse. Mr. Early observó que no había ninguna regla escolar contraria a hacerle proposiciones a las *madres*; Owen, dijo Mr. Early, no había quebrantado ninguna regla.

El director intentó derivar la cuestión al Comité Ejecutivo; pero Dan Needham sabía que las probabilidades de supervivencia de Owen serían escasas con *ese* grupo de secuaces (en gran parte) del director... al menos componían la mayoría en cualquier votación, como ya había señalado La Voz. No era un asunto que compitiera al Comité Ejecutivo, argumentó Dan; Owen no había cometido ninguna transgresión de una categoría que la escuela considerara «motivo de expulsión».

¡Cómo que no!, dijo el director. ¿Y qué pasa con la «conducta censurable con las chicas»? Varios profesores se apresuraron a señalar que Mitzy Lish no era «ninguna chica». Entonces el director leyó un telegrama que le había enviado Herb, el exmarido de Mrs. Lish. El productor de Hollywood decía que abrigaba la esperanza de que el insulto sufrido por su exesposa —y la consiguiente turbación de su hijo— no quedara impune.

—Sometamos a Owen a disciplina vigilada —propuso Dan Needham—. Es un castigo y lo considero más que suficiente.

Pero Randy White afirmó que había contra Owen una acusación más grave que la mera proposición a la madre de un compañero. ¿Acaso los miembros del claustro no consideraban «grave» el antisemitismo? ¿Podía la escuela de una población étnica tan amplia tolerar este tipo de «discriminación»?

Pero Mrs. Lish no formalizó en ningún momento la acusación de que Owen se había mostrado antisemita. Ni siquiera Larry Lish, cuando lo interrogaron, pudo recordar una sola observación de Owen que pudiera interpretarse como antisemita. De hecho, Larry admitió que su madre tenía la costumbre de etiquetar de antisemita a *todos* los que la trataban con algo menos que una reverencia absoluta... como si a sus ojos, la única razón *posible* para encontrarla antipática fuese que era judía. Owen, subrayó Dan Needham, ni siquiera *sabía* que los Lish eran judíos.

—¿Cómo podía *no* saberlo? —gritó Randy White.

Dan sugirió que la observación del director era más antisemita que cualquiera de las atribuidas a Owen.

Así fue como se libró; lo sometieron a disciplina vigilada —por el resto del trimestre— con la advertencia, entendida por todos, de que *cualquier* transgresión de *cualquier* tipo se consideraría «motivo de expulsión», en cuyo caso, sería juzgado por el Comité Ejecutivo y ninguno de sus amigos del claustro podría salvarlo.

El director propuso —además de la disciplina vigilada— que apartaran a Owen de su cargo como jefe de redacción de *The Grave*, o que La Voz fuera silenciada

hasta finales del trimestre de invierno, o ambas cosas, pero los miembros del profesorado no aprobaron su moción.

En verdad, la acusación de antisemitismo de Mrs. Lish resultó un tiro por la culata entre algunos profesores, que eran bastante beligerantemente antisemitas. En cuanto al director, Dan, Owen y yo sospechábamos que era tan antisemita como cualquiera de aquéllos.

De este modo, el incidente se zanjó con Owen Meany recibiendo el castigo de una disciplina vigilada mientras durara el trimestre de invierno; aparte del riesgo que ello implicaba —con respecto a cualquier otro conflicto en que pudiera meterse—, no era un gran correctivo, sobre todo para un alumno externo. Perdió fundamentalmente el privilegio de ir a Boston los miércoles y los sábados por la tarde; si hubiese sido interno, habría perdido el derecho a pasar los fines de semana fuera de la escuela; pero como era externo, igualmente pasaba todos los fines de semana en su casa o conmigo.

Sin embargo, Owen no sintió ninguna gratitud por la indulgencia que le brindó la escuela; de hecho, le enfureció que le hubiesen impuesto un castigo. La hostilidad que mostró, a su vez, no fue apreciada por el claustro... incluyendo a muchos de sus defensores. Querían ser felicitados por su generosidad y por haberse resistido al director; Owen, en cambio, los ignoraba en los senderos del patio. No saludaba a nadie; ni siquiera levantaba la vista. No hablaba —¡ni siquiera en clase!— a menos que le dirigieran la palabra, en cuyo caso, sus respuestas eran sumamente breves, algo poco característico en él. En cuanto a sus obligaciones como redactor en jefe de *The Grave*, dejó de contribuir con el artículo de fondo que había dado nombre y fama a La Voz.

—¿Qué le ha ocurrido a La Voz, Owen? —le preguntó Mr. Early.

—LA VOZ HA APRENDIDO A MANTENER LA BOCA CERRADA —respondió.

—Owen, no fastidies a tus amigos —le dijo Dan Needham.

—LA VOZ HA SIDO CENSURADA. DILE A LOS PROFESORES Y AL DIRECTOR QUE LA VOZ TIENE MUCHAS OCUPACIONES... ESTA REVISANDO SU DISCURSO DE DESPEDIDA. ¡SUPONGO QUE NADIE PODRA EXPULSARME DE LA ESCUELA POR LO QUE DIGA EN LA GRADUACIÓN!

Así respondió Owen Meany a su castigo: *amenazando* al director y a los profesores con La Voz, que sólo estaba momentáneamente silenciada, aunque sin duda echando chispas por los ojos.

Fue el lelo de Zurich, el Dr. Dolder, quien propuso al claustro que conminaran a Owen Meany a hablar con él.

—¡Cuánta hostilidad! —exclamó el Dr. Dolder—. Tiene talento para hablar... ¿no? Y ahora nos priva de su talento, negándose a sí mismo el placer de expresarse...

¿por qué? Carente de expresión, su hostilidad irá en aumento... ¿no? Lo mejor será que le dé la oportunidad de *desahogar* su hostilidad... *conmigo* —dijo el médico—. Al fin y al cabo, nadie quiere que se repita el incidente con *otra* señora mayor. La próxima vez puede ser la *mujer* de un profesor... ¿no?

En consecuencia, le dijeron a Owen Meany que tenía que ir a ver al psiquiatra de la academia.

—«PADRE, PERDONALOS, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN» —fue SU respuesta.

Toronto: 14 de julio de 1987... todavía esperando la invitación a Georgian Bay; no veo la hora de que llegue. *The New York Times* parece haber reducido el asunto Irán-Contra a la única duda de si el presidente Reagan «sabía» que los beneficios de la venta secreta de armas a Irán se desviaban para el apoyo a los contras nicaragüenses. ¡Caray! ¿No es suficiente «saber» que el presidente quería continuar y tenía la intención de continuar su apoyo a los contras después de que el Congreso le dijera que ya era *suficiente*?

Me enferma oír las monsergas que le echan al teniente coronel Oliver North. ¿Para qué lo sermonean? El coronel quiere ayudar a la contra «por amor a Dios y a la patria»; ya ha testimoniado que haría cualquier cosa que le pidiera su comandante en jefe. Y ahora tenemos que escuchar a los senadores y diputados que se presentan a la reelección; ellos le informan al coronel de todo lo que él ignora sobre la Constitución de los Estados Unidos; le indican que el patriotismo no se define, necesariamente, como una devoción ciega a los planes personales del presidente... y que discutir una política presidencial no es, necesariamente, antipatriótico. ¡Podrían agregar que Dios no es un derechista *probado*! ¿Por qué endosan lo obvio al coronel North? ¿Por qué no tienen los huevos de decirle esto a su bendito comandante en jefe?

Si Hester está prestando atención a algo de todo esto, seguro que está vomitando; apuesto a que tiene el estómago y los sesos revueltos. Recordará, por supuesto, aquellos poco atractivos adhesivos de la época de Vietnam... esas artificiosas banderas patrias, y las letras rojas, blancas y azules con el nombre de nuestra amada nación. Apuesto a que el coronel North los recuerda. Decían así:

¡Estados Unidos!

¡Amalo o déjalo!

Tenían mucho sentido, ¿verdad? ¿Los recuerdas?

Y ahora tenemos que asistir a una clase de educación cívica: los funcionarios electos del país instruyen a un teniente coronel del Cuerpo de Infantería de Marina



sobre el tema de que el amor al país y el amor a Dios (y el odio al comunismo) pueden expresarse, en una democracia, mediante diferentes puntos de vista. El coronel no da señales de conversión. ¿Por qué estos baluartes del fariseísmo gastan saliva en *él*? Tampoco creo que fuera posible convertir al presidente Reagan a la democracia.

Sé lo que solía decir mi abuela cada vez que veía o leía algo que sólo era *basura*. Owen copió la frase de ella y era letal en su aplicación mientras cursábamos el último año en Gravesend. Cada vez que alguien decía algo que para él era un montón de *basura*, Owen Meany solía decir: «¿SABES LO QUE ES ESO? ESO ESTA *HECHO PARA LA TELEVISIÓN*». Y eso es lo que habría dicho Owen acerca de las audiencias Irán-Contra... concernientes a lo que el presidente Reagan «sabía» o «no sabía».

«HECHO PARA LA TELEVISIÓN», habría dicho.

De la misma forma se refería a sus sesiones con el Dr. Dolder; la escuela lo obligaba a visitarlo dos veces por semana, y cuando le pedí que describiera sus diálogos con el idiota suizo, me contestó:

—HECHOS PARA LA TELEVISIÓN.

No me contó mucho más sobre las sesiones, pero le gustaba mofarse de algunas preguntas que le hacía el Dr. Dolder, exagerando su acento.

—¡AJÁ! TE ZIENTES ATGRAIDO POGR LAS ZEÑOGRAS MAYOGRES... ¿CÓMO ES ESO?

Yo me preguntaba si le contestaría que siempre le había atraído mi madre... quizá que había estado enamorado de ella. Estoy seguro de que esta respuesta habría provocado una gran excitación en el Dr. Dolder.

—¡AJÁ! LA ZEÑOGRA QUE MATASTE CON LA PELOTA DE BÉISBOL... ELLA TE HIZO DESEAGR A LAS MADGRES DE LOS OTGROS... ¿NO?

—¡Eh, no es *tan* estúpido! —le dije a mi amigo.

—¡AJÁ! ¿EN CUAL ESPOSA DE PGROFESOGH HAS PUESTO LOS OJOS?

—¡Venga! —le pedí—. ¿Qué clase de preguntas te hace *realmente*?

—¡AJÁ! ¡TU CGREES EN DIOS... ESO ES MUY INTEGRESANTE!

Owen nunca me contó lo que ocurría realmente en esas sesiones. Yo sabía que el Dr. Dolder era un papanatas, pero también sabía que hasta un papanatas podía descubrir algunos elementos de perturbación en Owen Meany. Por ejemplo, el Dr. Dolder —por papanatas que fuera— tenía que conocer, aunque fuera poco, el tema del INSTRUMENTO DE DIOS; hasta él tenía que haber detectado el turbio y sorprendente anticatolicismo de Owen. Y la índole particular de su fatalismo habría sido un desafío incluso para un buen psiquiatra; estoy seguro de que le tenía pavor. ¿Habría llegado Owen tan lejos como para hablarle de la tumba de Scrooge? ¿Habría sugerido que SABÍA cuánto tiempo le quedaba en este mundo?

—¿Qué le dices? —pregunté a Owen.

—LA VERDAD —dijo—. RESPONDO SINCERAMENTE... Y SIN SENTIDO DEL HUMOR —agregó— A TODAS LAS PREGUNTAS QUE ME HACE.

—¡Dios! —exclamé—. ¡Te podrías meter en dificultades!

—MUY GRACIOSO.

—Pero, Owen, ¿le cuentas *todo* lo que piensas y todo lo que *crees*? Al menos no le dirás todo lo que crees, ¿verdad?

—TODO. TODO LO QUE ME PREGUNTA.

—¡Caray! ¿Y qué dice *él*? ¿Qué te ha dicho?

—QUE HABLARA CON EL PASTOR MERRILL... DE MODO QUE TAMBIÉN TENGO QUE VERLO A *ÉL* DOS VECES POR SEMANA —dijo Owen—. Y CON CADA UNO DE ELLOS HABLO DE LO QUE YA HABLE CON EL *OTRO*. SOSPECHO QUE ESTÁN DESCUBRIENDO MUCHAS COSAS EL UNO DEL OTRO.

—Comprendo —dije, pero no comprendía.

Owen había seguido *todas* las clases del reverendo Lewis Merrill en la academia; había consumido tan vorazmente todos los cursos de Religión y Sagradas Escrituras que no le quedó ninguno para el último año, y Mr. Merrill lo había autorizado a seguir estudios independientes en ese campo. Owen estaba especialmente interesado en el milagro de la resurrección; le atraían los milagros en general y la vida después de la muerte en particular; estaba escribiendo un ensayo trimestral interminable que relacionaba estas cuestiones con el viejo tópico de Isaías 5:20, que nos encantaba. «¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo!». La opinión de Owen sobre el pastor Merrill había mejorado considerablemente desde aquellos tiempos en que las dudas del clérigo habían molestado su lado dogmático; Mr. Merrill tenía que conocer —aunque fuera por encima— el papel que había desempeñado La Voz en su nombramiento como pastor de la escuela. Cuando se sentaban juntos en la sacristía del pastor Merrill, imaginaba yo, ninguno de los dos estaba del todo cómodo; no obstante, parecían respetarse mutuamente.

Owen no tenía un efecto tranquilizador en nadie, y nadie que yo conociera era *menos* relajado que el reverendo Mr. Merrill; en consecuencia, yo imaginaba que Hurd's Church chirriaba excesivamente durante sus entrevistas... o como las llamaran. Sin duda los dos estaban nerviosos; Mr. Merrill abriría y cerraría los viejos cajones, y deslizaría la vieja silla con ruedas de un extremo a otro del escritorio, mientras Owen Meany haría crujir sus nudillos, cruzaría y descruzaría sus piernecitas, se encogería de hombros y suspiraría y alargaría las manos hasta el escritorio, aunque sólo fuera para coger un pisapapeles o un libro de oraciones, y volver a dejarlo.

—¿De qué hablas con Mister Merrill? —le pregunté.

—CON EL PASTOR MERRILL HABLO DEL DOCTOR DOLDER Y CON EL

DOCTOR DOLDER HABLO DEL PASTOR MERRILL —respondió.

—No, yo sé que te *gusta* el pastor Merrill... o algo así. ¿No es cierto? —le pregunté.

—HABLAMOS DE LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE —dijo Owen Meany.

—Comprendo —dije, pero no comprendía. No comprendía hasta qué punto Owen Meany nunca se cansaba de hablar de eso.

Toronto: 21 de julio de 1987. Un día abrasador. Me estaba haciendo cortar el pelo en la barbería de costumbre, cerca de la esquina de Bathurst y St. Clair, y la peluquera (¡algo a lo que *jamás* me acostumbraré!) me hizo la pregunta habitual:

—¿Cómo lo quiere?

—Corto como el de Oliver North —dije.

—¿Quién? —me preguntó. ¡Oh, Canadá! Pero estoy seguro de que en los Estados Unidos hay jovencitas cortando el pelo que tampoco saben quién es el coronel North, y dentro de unos años, nadie se acordará de él. ¿Cuánta gente recuerda a Melvin Laird? ¿Cuánta gente recuerda al general Creighton Abrams o al general William Westmoreland... para no hablar de quién sustituyó a quién? ¿Y quién reemplazó al general Maxwell Taylor? ¿Quién reemplazó al general Curtis LeMay? ¿Y a quién sustituyó Ellsworth Bunker? ¿Lo recuerdas? ¡Claro que no!

Fuera de la barbería, en la esquina de Bathurst y St. Clair, había una obra en construcción que producía un terrible estrépito, pero yo estaba seguro de que mi peluquera me había oído.

—Oliver North —repetí—. Teniente coronel Oliver North, Cuerpo de Infantería de Marina de los Estados Unidos.

—Supongo que lo quiere realmente corto —conjeturó.

—Sí, por favor —dije. ¡He dejado de leer *The New York Times*, sencillamente! No trae ninguna noticia que valga la pena recordar. ¿Por qué, entonces, me cuesta tanto olvidarlo?

Nadie tenía la memoria de Owen Meany. A finales del trimestre de invierno del 62, apuesto a que ni una sola vez confundió lo que le había dicho al Dr. Dolder con lo que le había dicho al reverendo Lewis Merrill. ¡Pero apuesto a que *ellos* estaban confundidos! A finales del trimestre de invierno, apuesto a que pensaban que *tendrían* que haber expulsado a Owen de la escuela o que tendrían que haberlo nombrado director. A finales de *todos* los trimestres de invierno en Gravesend Academy, el clima de New Hampshire había vuelto medio loco a *todo el mundo*.

¿Quién no se harta de levantarse en la oscuridad? Y Owen tenía que levantarse más temprano que la mayoría; debido a su trabajo de camarero de los profesores, en su condición de becario, las mañanas que le tocaba servir debía llegar a la cocina del

comedor como mínimo una hora antes del desayuno. Los camareros tenían que poner las mesas —y desayunar en la cocina— antes de que llegaran los demás estudiantes y los profesores; luego tenían que sacar las mesas entre la terminación oficial del desayuno y el principio de la reunión matinal... como había etiquetado tan exitosamente el director a lo que solía ser nuestro servicio matinal.

Aquella mañana de un sábado de febrero, la camioneta tomate no quiso ponerse en marcha y hacía tanto frío que Owen tuvo que cebar el camión con remolque de la Meany Granite Company y hacerlo rodar Maiden Hill abajo hasta que arrancó. No le gustaba estar de guardia —como decía él— en el comedor los fines de semana; se sumaba el problema añadido de que era alumno externo y tenía que recorrer esa distancia extra hasta la escuela. Supongo que cuando llegó estaba de mal humor. Había otro coche en la rampa circular del edificio principal, donde siempre aparcaba. El camión con remolque era tan inmenso que la presencia de un solo coche en la rampa lo obligaría a aparcar en Front Street... pero en los meses invernales una ordenanza municipal imponía restricciones al aparcamiento en Front Street para permitir la tarea de los quitanieves, y probablemente también eso influyó en el ánimo de Owen. El coche que le impedía aparcar el camión en la rampa circular adyacente al edificio principal era el Volkswagen Escarabajo del Dr. Dolder.

En consonancia con la delicada y exasperante pulcritud de sus compatriotas, el Dr. Dolder era preciso y previsible en cuanto a su pequeño VW. Su apartamento de soltero estaba en Quincy Hall, una residencia en el extremo más alejado del campus de Gravesend; daba la impresión de estar en el «extremo más alejado» de cualquier parte, pero en verdad lo estaba tanto del edificio principal como era posible estarlo sin salir del campus. El Dr. Dolder sólo aparcaba su VW junto al edificio principal cuando había bebido.

Randy y Sam White lo invitaban a cenar a menudo; aparcaba junto al edificio principal cuando comía con ellos... y cuando bebía demasiado dejaba el coche allí y volvía andando a su casa. El campus no era tan extenso como para que no pudiera (o no debiera) caminar en *ambos* sentidos —para ir y volver de cenar—, pero el Dr. Dolder era uno de esos europeos enamorados de una peculiaridad de los Estados Unidos: ningún estadounidense irá andando a *ningún sitio* si puede ir en coche. Tengo la certeza de que en Zurich, el Dr. Dolder caminaba a donde fuese, pero conducía su pequeño VW de un lado a otro del campus como si estuviera de excursión por los estados de Nueva Inglaterra.

Siempre que el Escarabajo del Dr. Dolder estaba aparcado en la rampa circular junto al edificio, *todos* sabían que se limitaba a ejercitar su prudencia específicamente suiza; *no* era un borracho, y los pocos caminos pequeños que habría debido recorrer para volver a Quincy Hall después de cenar con los White, no le habrían dado oportunidad de mutilar a muchos residentes sobrios e inocentes de Gravesend. Con

toda probabilidad no habría encontrado a *nadie*; pero el Dr. Dolder adoraba su VW y era un hombre prudente.

Una vez —sobre la nieve recién caída en el parabrisas del Volkswagen— un estudiante del primer curso de alemán había escrito con el dedo: *Herr Doktor Dolder hat zu viel betrunken!* Normalmente yo sabía —cuando veía a Owen, ya fuera durante el desayuno o en la reunión matinal— si el Dr. Dolder había bebido demasiado la noche anterior; si era invierno y veía a Owen malhumorado, sabía que se había visto enfrentado a un problema de aparcamiento a primera hora de la mañana. Sabía si no había podido poner en marcha la camioneta —y no había tenido lugar para aparcar el camión— con sólo *mirarlo*.

—¿Qué pasa? —le preguntaba.

—¡EL BICHO DE ESE SUIZO PIRIPI Y CAGÓN! —respondía Owen Meany.

—Ya veo —decía yo.

Imagino cuánto debió de afectarlo el Escarabajo del psiquiatra aquella mañana de febrero.

Supongo que Owen estaba sentado en la gélida cabina del camión —podías viajar allí una hora seguida antes de *percibir* siquiera que la calefacción estaba encendida— y apuesto a que estaba fumando, y probablemente mascullando para sus adentros, cuando siguió con la vista la luz de los faros y vio a unos cuantos jugadores del equipo de baloncesto que iban en su misma dirección. En pleno aire helado, la respiración de los baloncestistas debió de hacerle pensar que también ellos estaban fumando... aunque los conocía a todos y sabía que ninguno fumaba; los invitaba como mínimo dos o tres veces por semana a compartir su devoción en la práctica del tiro.

Más adelante me contó que eran ocho o diez... no la totalidad del equipo. Todos vivían en la misma residencia, una de las tradicionales del campus; como jugarían en una escuela distante, iban camino del comedor para desayunar temprano con los camareros que estaban de guardia. Eran muchachotes robustos y felices que avanzaban a zancadas, a los que no molestaba abandonar la cama antes de que clareara: no asistirían a las clases matinales del sábado, y consideraban el día entero como una aventura. Owen Meany no estaba tan contento; bajó la ventanilla de la escarchada cabina del camión y los llamó.

Fueron cordiales y —como siempre— se alegraron mucho al verlo; saltaron a la plataforma del remolque y se zarandearon mutuamente, empujándose y echándose los unos a los otros de la plataforma.

—PARECE QUE HOY ESTÁIS MUY *FUERTES* —dijo Owen Meany y todos silbaron para mostrar su acuerdo. A la luz de los faros del camión, se alzaba la inocente silueta del Escarabajo del Dr. Dolder, envuelta en hielo y ligeramente empolvada con la nieve caída durante la noche—. APUESTO A QUE NO TANTO

## COMO PARA LEVANTAR ESE VOLKSWAGEN.

Pero eran lo bastante fuertes, por supuesto; no sólo lo bastante fuertes para levantar el Escarabajo del Dr. Dolder... sino para sacarlo de los límites de la ciudad. El capitán del equipo era un gigante simpatiquísimo; cuando Owen practicaba el tiro con él, lo levantaba con una sola mano.

—Ningún problema —le dijo a Owen—. ¿Dónde quieres que lo dejemos?

Owen me juró que sólo en ese momento se le ocurrió LA IDEA.

Para mí es evidente que Owen nunca se sobrepuso a su irritación con Randy White por haber trasladado el servicio matinal de Hurd's Church al edificio principal de la academia y por llamarlo reunión matinal, que todavía seguía pensando que el director GALLEABA. Los decorados de la obra invernal de Dan ya habían sido desmantelados; el escenario de la Gran Sala estaba desnudo. Y la amplia escalinata de mármol que llevaba a las dobles puertas triunfantes de la Gran Sala... Owen estaba seguro, era lo bastante grande para permitir que el Volkswagen del Dr. Dolder pasara fácilmente. Y sería interesante aparcar ese descarado cochecito en el centro del escenario: una especie de mensaje alegre e inofensivo para recibir al director y al cuerpo estudiantil; algo para hacerles sonreír mientras llegaba la canícula de marzo y no veíamos la hora de que vinieran a salvarnos las largamente esperadas vacaciones de primavera.

—LLEVADLO AL EDIFICIO PRINCIPAL —pidió Owen al capitán del equipo de baloncesto—. SUBIDLO A LA GRAN SALA Y APARCADLO EN EL ESCENARIO —dijo La Voz—. PONEDLO EXACTAMENTE EN EL CENTRO, DE FRENTE... JUSTO AL LADO DEL PODIO DEL DIRECTOR. MUCHO CUIDADO CON HACERLE UN SOLO ARAÑAZO... Y NO LO DEJÉIS CAER, POR FAVOR. NO DAÑÉIS NADA —advirtió a los baloncestistas—, NO CAUSÉIS NINGÚN PERJUICIO... NI AL COCHE NI A LAS ESCALERAS, NI A LAS PUERTAS DE LA GRAN SALA NI AL ESCENARIO. ¡QUE DE LA IMPRESIÓN DE HABER VOLADO HASTA ALLÍ! ¡QUE PAREZCA QUE UN ÁNGEL LO CONDUJO HASTA EL ESCENARIO! —concluyó Owen Meany.

Cuando los jugadores de baloncesto acarrearón el Volkswagen del Dr. Dolder, Owen sopesó a fondo la idea de utilizar el espacio ahora disponible para aparcar el camión, pero decidió que era más sensato conducir hasta Waterhouse Hall y dejarlo junto al coche de Dan. Ni siquiera Dan lo vio aparcar allí, y si alguien lo hubiese visto correr por el campus, ya que estaba amaneciendo, no le habría parecido extraño: era un camarero de guardia que se apresuraba para no llegar tarde.

Desayunó en la cocina con los demás camareros, y con un puñado de baloncestistas extraordinariamente hambrientos y regocijados. Owen estaba poniendo la mesa de los profesores cuando el capitán del equipo se despidió de él.

—Ni el más mínimo daño... a nada —le aseguró.

—¡BUEN PARTIDO! —les deseó Owen.

Quien descubrió el Escarabajo en escena fue uno de los bedeles del edificio principal, cuando estaba levantando las persianas de las ventanas altas que dejaban pasar tanta luz en la Gran Sala. Llamó al director, naturalmente. Desde la ventana de la cocina de su obstructora casa, directamente al otro lado del edificio principal, Randy White vio el pequeño rectángulo de calzada sin nieve ni hielo donde había pasado la noche el Volkswagen del Dr. Dolder.

Dan Needham nos informó que el director le telefoneó cuando salía de la ducha; la mayoría de los profesores se preparaban el desayuno en su casa, o se lo saltaban, con tal de no tomarlo en el comedor de la escuela. El director le dijo a Dan que estaba reuniendo a todos los profesores forzudos con el propósito de sacar el Volkswagen del Dr. Dolder del escenario de la Gran Sala, *antes* de la reunión matinal. Los estudiantes, le aseguró el director a Dan, *no* «reirían los últimos». Dan contestó que no se sentía especialmente forzado, aunque trataría de ayudar. Cuando colgó el teléfono, rió para sus adentros... hasta que se asomó a la ventana de Waterhouse Hall y vio el camión con remolque de la Meany Granite Company aparcado junto a su coche. De pronto pensó que LA IDEA de poner el Escarabajo del Dr. Dolder en el escenario de la Gran Sala llevaba la firma de Owen.

Eso fue exactamente lo que dijo el director, cuando él y aproximadamente una docena de miembros del claustro *no* muy forzudos, junto con unas pocas esposas fornidas, hacían esfuerzos con el Escarabajo.

—¡Esto lleva la firma de Owen Meany! —exclamó el director.

—No creo que Owen pueda levantar un Volkswagen —aventuró cautamente Dan Needham.

—¡Me refiero a la *idea*! —replicó el director.

Tal como describe la escena Dan, los profesores estaban mal entrenados para levantar cualquier cosa; ni los de tipo atlético eran tan fuertes y flexibles como unos jóvenes baloncestistas... y para cumplir su tarea tendrían que haber tenido en cuenta algo elemental: es mucho más fácil *subir* que *bajar* por una escalera algo pesado y poco manejable.

Mr. Tubulari, el entrenador de atletismo, se entusiasmó demasiado al bajar los peldaños del escenario; se cayó y aterrizó en el duro banco de madera de la primera fila de asientos; afortunadamente un libro de himnos amortiguó el golpe en la cabeza que, de lo contrario, lo habría dejado sin sentido. Dan Needham afirmó que a Mr. Tubulari «ya le faltaba el sentido antes de la caída», pero el entrenador se dislocó el tobillo en el accidente y tuvieron que llevarlo a la enfermería Hubbard. A raíz de ello quedaron menos profesores menos que forzudos —y algunas esposas fornidas— para ocuparse del infortunado Volkswagen, que ahora estaba de culo, el extremo más pesado de un Escarabajo, donde está el motor. El cochecito, en tan extraña posición

vertical, parecía saludar o aplaudir a los agotados profesores que con tan poca gracia lo habían dejado caer del escenario.

—Es una suerte que el Dr. Dolder no esté aquí —observó Dan.

Como el director estaba tan exasperado, nadie quiso manifestar lo obvio: habrían hecho bien dejando que los estudiantes «rieran los últimos», ordenado a un grupo de los más fuertes y saludables que sacaran sano y salvo el coche del escenario. Si los estudiantes lo estropeaban al retirarlo del edificio principal, *ellos* habrían sido los responsables. Pero tal como se desarrollaron los acontecimientos, las cosas fueron de mal en peor, como suele ocurrir cuando unos aficionados se entrometen en una actividad que realizan con mal humor y a toda prisa.

Los estudiantes llegarían en diez o quince minutos para la reunión matinal; un Volkswagen de culo y aplastado en la Gran Sala podía producir una risotada más altisonante y prolongada que un coche en buen estado e indemne en el escenario. Pero esto se discutió muy poco o nada. El director, con la cara arrebatada por el esfuerzo de levantar la pequeña y sólida maravilla alemana de las carreteras, instó a los docentes a poner músculos a la obra y a ahorrarle sus comentarios.

Pero había hielo y un poco de nieve en el VW, y ahora se estaba derritiendo. El coche estaba húmedo y resbaladizo. Se formaron charcos de agua en el suelo. Una de las esposas —de prolífica progenie, y cuya consecuente gordura maternal era más abundante que coordinada— se deslizó *debajo* del Volkswagen cuando lo estaban poniendo sobre sus ruedas; aunque no se hizo daño, quedó encajada como una cuña bajo el porfiado cochecito. La empresa Volkswagen fue pionera en el cierre hermético de los bajos de sus coches, y la pobre mujer descubrió que no había un solo hueco que le permitiera algún contoneo para liberarse.

Esto significó —a menos de diez minutos de la reunión matinal— una nueva humillación para el director: el ahora averiado Escarabajo del Dr. Dolder goteaba aceite del motor y de la transmisión sobre el cuerpo postrado de la esposa de un profesor *atrapada*; la mujer tampoco era muy *popular* entre los estudiantes.

—¡Jodido Cristo! —blasfemó Randy White.

Ya estaban llegando algunos «pelotas madrugadores». Los «pelotas madrugadores» eran los estudiantes tan ansiosos por empezar el día escolar que llegaban a la reunión matinal mucho antes de la hora. No sé cómo los llaman hoy, pero tengo la certeza de que no es un apelativo *simpático*.

Algunos de los «pelotas madrugadores» se sobresaltaron cuando el director les gritó que volvieran «a la hora que corresponde». Entretanto, al ladear el VW —lo suficiente para permitir el rescate de la corpulenta esposa de profesor—, los inexpertos manipuladores lo inclinaron demasiado; cayó sobre el lado del conductor (perdiendo la ventanilla y el espejo lateral de ese lado; los restos, junto con el cristal de los faros traseros de la torpe caída del Escarabajo desde el escenario, fueron



rápidamente barridos bajo el banco de madera donde se había lesionado Mr. Tubulari).

Alguien sugirió que llamaran al Dr. Dolder; si éste lo abría, el resistente vehículo podía rodarse, o conducirse, hasta lo alto de la amplia escalinata de mármol. ¿No sería más fácil bajar la escalera con alguien dentro, al volante?

—¡Que nadie llame a Dolder! —chilló el director. Alguien señaló que dado que la ventanilla estaba rota, de cualquier manera era un paso innecesario. Además, señaló otro alguien, el Volkswagen no podía conducirse, ni hacerse rodar, de *costado*; mejor sería resolver *ese* problema. Pero según Dan, los incapacitados profesores no tenían conciencia de sus propias fuerzas; cuando intentaron enderezar el coche y posarlo sobre sus ruedas, empujaron demasiado: en lugar de quedar asentado del lado del conductor, pasó a estabilizarse del lado del acompañante... aplastando el banco de madera de la primera fila (y perdiendo la ventanilla de ese costado y el *otro* retrovisor lateral).

—¿No deberíamos suspender la reunión matinal? —sugirió prudentemente Dan Needham. Pero en ese momento el director, para asombro de todos, enderezó *solo* el Volkswagen. ¡Supongo que sus glándulas suprarrenales bombeaban a todo gas! Entonces Randy White se cogió la región lumbar con ambas manos y cayó, echando maldiciones, de rodillas.

—¡No me toquéis! —gritó—. ¡No me pasa nada! —hizo una mueca y logró ponerse de pie... aunque inestablemente. Le dio una buena patada al parachoques del Escarabajo. A continuación metió la mano a través del hueco de la ventanilla del lado del conductor y destrabó la portezuela. Se sentó al volante —con evidentes sacudidas de incomodidad en los riñones— y ordenó a los profesores que lo empujaran.

—¿Hacia dónde? —le preguntó Dan Needham.

—¡A bajar la jodida *escalera*! —vociferó el director White. Lo empujaron; no tenía sentido tratar de *razonar* con él, nos explicó después Dan Needham.

Estaba sonando la campana de la reunión matinal cuando Randy White inició su zarandeado descenso por la amplia escalinata de mármol; varios estudiantes —*normales* además de los «pelotas madrugadores»— se estaban arremolinando en el vestíbulo del edificio principal, al pie de la escalera.

¿Quién puede en realidad montar todas las piezas de un caso semejante? Quiero decir, ¿quién puede poner en orden lo que ocurrió *exactamente* en todos sus detalles? Fue un momento emotivo para el director. Y no debemos sobrestimar el dolor en su región lumbar; había *levantado* él solo el coche, y sería bizantino discutir si los músculos de su espalda sufrieron espasmos *mientras* intentaba conducir el VW escaleras abajo, o si los espasmos lo atacaron *después* de su espectacular accidente... ¿verdad?

Baste decir que los estudiantes del vestíbulo huyeron despavoridos del pequeño

vehículo que se aproximaba hecho una fiera. Sin duda también había nieve y hielo derretidos en los neumáticos... y el mármol, como todo el mundo sabe, es resbaladizo. El dinámico cochecito bajó la escalera dando botes, patinando de un lado a otro; grandes trozos de mármol parecían desprenderse de los lustrados pasamanos de la escalinata, pues el Escarabajo arrancó trozos de mármol en su deslizamiento de aquí para allá.

Hay una vieja expresión de New Hampshire destinada a expresar el colmo de la fragilidad y del daño: «Como un huevo de petirrojo rodando por el tubo de desagüe de una alcantarilla».

Así bajó el director la escalinata de mármol de la Gran Sala hasta el vestíbulo del edificio principal de Gravesend Academy... pero no llegó a destino. El coche pegó un respingo y aterrizó panza arriba, atascándose de lado —e invertido— en mitad de la escalera. No lograron abrir las puertas... ni sacar al director de entre las ruinas; Randy White se vio asaltado por unos espasmos tan dolorosos en la región lumbar que no le fue posible contorsionarse hasta adoptar la postura conveniente para salir del cochecito a través del hueco donde antes estaba el parabrisas. Sentado patas arriba y aferrado al volante, gritó que había una «conspiración de alumnos y profesores» que estaban —evidentemente— «en contra» de él. Pronunció numerosas expresiones impublicables acerca de los «malditos hábitos de bebida» del Dr. Dolder, acerca de *todos* los coches de fabricación alemana, de la cantidad de «alfeñiques y escuchimizados» entre los profesores —¡y sus mujeres!— que se enmascaraban como «forzudos», y se desgañitó *gritando* que la espalda lo estaba «matando» hasta que apareció Sam en el lugar de los hechos, se arrodilló en los peldaños de mármol desportillados y proporcionó a su invertido marido el consuelo que pudo. Llamaron a unos profesionales para sacarlo del estropeado Volkswagen; más tarde —mucho después de que concluyera la reunión matinal— rescataron al director, finalmente, quitando la puerta del lado del conductor con ayuda de un soplete.

El director quedó confinado en la enfermería Hubbard el resto del día. Las enfermeras y el médico de la escuela insistieron en que pasara allí la noche —en observación—, pero él amenazó con despedirlos a todos si no lo soltaban.

Se oyó repetidas veces a Randy White chillando, gritando o murmurando a su mujer:

—¡Esto lleva la firma de Owen Meany!

Aquella reunión matinal fue sumamente interesante. Tardamos más del doble que nunca en sentarnos, porque sólo disponíamos de una escalera para subir a la Gran Sala, y además estaba el problema del banco de la primera fila roto; los chicos que normalmente se sentaban allí tuvieron que buscar sitio en el suelo o en el escenario. Había vidrio triturado, pintura desportillada, y charcos de aceite del motor y de la transmisión por todas partes; con excepción de los himnos del principio y el final, que

ahogaron los gritos del director inmovilizado, no tuvimos más remedio que oír el drama que seguía su curso en la escalinata. Sospecho que esto nos distrajo de la oración del reverendo Mr. Merrill y de la estimulante charla anual que daba Mr. Early a los alumnos del último curso. No debíamos permitir que nuestras angustias por la admisión (o el rechazo) pendiente del college nos impidieran pasar unas buenas vacaciones de primavera, nos aconsejó Mr. Early.

—¡Condenado y jodido *Cristo*... apartad ese soldador de mi *cara*! —oímos gritar al director.

Y al final de la reunión matinal, Sam —su mujer— gritó a los estudiantes que trataban de bajar la bloqueada escalera trepando por el destartalado Volkswagen —en el cual seguía aprisionado el director:

—¿Dónde están vuestros *modales*?

Sólo después de la reunión matinal tuve oportunidad de hablar con Owen Meany.

—Supongo que *tú* no habrás tenido nada que ver con todo eso —le espeté.

—FE Y ORACIÓN —dijo—. FE Y ORACIÓN... REALMENTE *FUNCIONAN*.

Toronto: 23 de julio de 1987. Katherine me ha invitado a la isla; basta de estúpidos periódicos. ¡Iré a Georgian Bay! Otro día abrasador.

Entretanto, leí —en la primera plana del *Globe and Mail* (tiene que ser un día escaso en noticias)— un artículo en el que decía que la Corte Suprema sueca pasará a la «historia legal»; la Corte Suprema está viendo una apelación en un caso de custodia que involucra a un gato muerto. ¡Qué mundo! ¡HECHO PARA LA TELEVISIÓN!

Hace más de un mes que no voy a la iglesia: demasiados periódicos. Los diarios son una mala costumbre, una lectura equivalente a la comida-basura. Lo que me pasa es que me dejo atrapar por alguna noticia: el tema suele ser el equivalente moral/filosófico, político/intelectual de una hamburguesa con *todo* encima; pero mientras dura mi interés en la cuestión, el resto de mis intereses son consumidos por ella, y cualquier apetito y capacidad de objetividad y reflexión se ven repentinamente subordinados a esta *hamburguesa* de mi vida. Lo planteo como autocrítica, pero ser «un animal político» significa abrir los brazos a estas obsesiones con hamburguesas... a costa del resto de tu vida.

Recuerdo el estudio independiente que estaba haciendo Owen Meany con el reverendo Merrill en el trimestre de invierno de 1962. Me pregunto si aquellas hamburguesas de la Administración Reagan estarán familiarizadas con Isaías 5:20. Como diría La Voz: «¡AY DE LOS QUE A LO MALO DICEN BUENO, Y A LO BUENO MALO!».

El pastor Merrill fue el primero —después de mí— en preguntarle a Owen si había tenido algo que ver con el «accidente» del Escarabajo del Dr. Dolder; el malaventurado cochecito pasó todas las vacaciones de primavera en el taller.

—¿DEBO ENTENDER QUE EL TEMA DE NUESTRA CONVERSACIÓN ES CONFIDENCIAL? —preguntó Owen al pastor Merrill—. YA SABE LO QUE QUIERO DECIR... COMO SI USTED FUERA EL CONFESOR Y YO EL CONFESO. Y QUE, SALVO EN CASO DE ASESINATO, NO REPETIRÁ NADA DE LO QUE LE DIGA.

—Entiendes correctamente, Owen —respondió el reverendo Mr. Merrill.

—¡FUE IDEA MIA! —dijo Owen—. PERO NO LEVANTE UN DEDO Y NI SIQUIERA PUSE UN PIE EN EL EDIFICIO... PARA VER COMO LO HACÍAN.

—¿Quiénes fueron? —preguntó Mr. Merrill.

—CASI TODO EL EQUIPO DE BALONCESTO. PASABAN CASUALMENTE POR ALLÍ.

—¿Fue un impulso?

—OCURRIÓ COMO POR ENSALMO... PURA IMPROVISACIÓN. UN FOGONAZO, COMO EL INCENDIO DEL MONTE.

—Bien, no exactamente, me parece. —El reverendo Merrill le aseguró que sólo quería conocer los pormenores tendentes a *disipar* las presunciones del director respecto a él, que era su primer sospechoso—. Será útil que esté en condiciones de decirle que sé, a ciencia cierta, que no *tocaste* el coche del Dr. Dolder, ni pusiste un pie en el edificio... como dices tú.

—TAMPOCO SE CHIVE DE LOS BALONCESTISTAS.

—¡Por supuesto! —respondió Mr. Merrill y agregó que esperaba que Owen no fuese tan cándido con el Dr. Dolder... en caso de que le preguntara si sabía algo del «accidente». Aunque estaba claro que los temas de conversación entre un psiquiatra y su paciente también eran «confidenciales», Owen debía entender cuánto cariño sentía por su coche el delicado caballero suizo.

—ENTIENDO LO QUE QUIERE DECIR —respondió Owen Meany.

Dan Needham, quien le dijo a Owen que no quería oír una sola palabra acerca de lo que sabía o no sabía sobre el coche del Dr. Dolder, nos contó que el director hablaba al claustro de «falta de respeto por la propiedad privada» y «vandalismo»; ambos hechos entraban en la categoría de «punible de expulsión».

—FUERON EL DIRECTOR Y LOS PROFESORES QUIENES ESTROPEARON EL VOLKSWAGEN —señaló Owen—. A ESE COCHE NO LE PASABA ABSOLUTAMENTE NADA HASTA QUE EL DIRECTOR Y ESOS PATOSOS LE PUSIERON LAS MANOS ENCIMA.

—Dado que soy uno de «esos patosos», no quiero saber *cómo* estás enterado de

eso, Owen —le dijo Dan—. ¡Te advierto que debes tener mucho cuidado con lo que dices... a cualquiera!

Faltaban unos pocos días para que concluyera el trimestre de invierno, que también sería el final de la «disciplina vigilada» para Owen Meany. Una vez iniciado el trimestre de primavera, Owen podría permitirse algún que otro desliz en su sometimiento a las reglas escolares; de todos modos, no era un transgresor habitual.

El Dr. Dolder, naturalmente, interpretó lo ocurrido a su coche como un ejemplo supremo de la «hostilidad» que solían mostrarle los estudiantes. Era un hombre sumamente sensible a la hostilidad, tanto real como imaginaria, porque no se sabía de un solo estudiante de Gravesend Academy que buscara de buena voluntad el consejo del psiquiatra; sus *únicos* pacientes eran aquéllos a quienes la escuela obligaba, o sus padres imponían.

En la primera sesión posterior a la destrucción de su VW, el Dr. Dolder empezó diciéndole a Owen:

—Sé que me odias... ¿no? ¿Pero *por qué* me odias?

—DETESTO TENER QUE HABLAR CON USTED —reconoció Owen—, PERO NO LO ODO... *NADIE* LO ODA, DR. DOLDER.

—¿Y qué dijo cuando oyó *eso*? —le pregunté a Owen.

—ESTUVO LARGO RATO CALLADO... CREO QUE ESTABA LLORANDO.

—¡Cristo! —exclamé.

—CREO QUE LA ACADEMIA ESTA EN UN MOMENTO BAJO DE SU HISTORIA —observó Owen. Muy típico: en una situación precaria sugería, como tema de crítica, algo que no tenía nada que ver con él.

Pero no había pruebas fehacientes en su contra. Ni siquiera el empeño del director consiguió culpar a Owen Meany del estropicio sufrido por el Escarabajo. Luego, en cuanto esa espada de Damocles dejó de pender sobre su cabeza, surgió un problema más grave. Pillaron a Larry Lish tratando de comprar cerveza en una tienda de comestibles; el dueño de la tienda confiscó la identificación de Lish —la cartilla de reclutamiento que falseaba su edad— y llamó a la policía. Lish admitió que había sido impresa a partir de una tarjeta en blanco, en la redacción de *The Grave*... su identificación ilegal había sido inventada en la fotocopidora. Según Lish, «incontables» estudiantes de Gravesend Academy habían adquirido cartillas falsificadas con este sistema.

—¿Y de quién fue la idea? —le preguntó el director.

—Mía no —dijo Larry Lish—. Yo *compré* mi cartilla... como todo el mundo.

Corre por cuenta de mi imaginación, pero estoy seguro de que el director temblaba de emoción; el interrogatorio tuvo lugar en el despacho del jefe de policía de Gravesend... nuestro viejo conocido «instrumento del delito» y «arma homicida». Jefe Ben Pike, quien ya había informado a Larry Lish que falsificar una cartilla de

reclutamiento conllevaba una «acusación penal».

—¿Quién estuvo vendiendo y falsificando estas cartillas de reclutamiento, Larry? —preguntó Randy White.

No me cabe la menor duda de que Larry Lish hizo que su madre se enorgulleciera de él.

—Owen Meany —contestó.

Así, las vacaciones de primavera de 1962 no llegaron a tiempo. El director llegó a un acuerdo con el jefe de policía: no se presentaría ninguna «acusación penal» contra ningún miembro de la academia si White entregaba a Jefe Pike todas las cartillas falsas que había en la escuela. Le resultó fácil. El director dijo a todos los asistentes a la reunión matinal que dejaran sus carteras en el escenario antes de salir de la Gran Sala; quienes no las llevaban encima debían volver inmediatamente a sus residencias y entregárselas a un miembro del claustro acompañante. Las carteras serían devueltas a cada estudiante en su apartado de correos.

No hubo clases aquella mañana; los profesores estaban demasiado ocupados registrando las carteras y retirando las cartillas de reclutamiento falsas.

En la reunión extraordinaria que convocó Randy White, Dan Needham dijo:

—¡Lo que usted está haciendo ni siquiera es *legal*! ¡Cada padre de cada estudiante de esta escuela debería *querellarse* contra usted!

Pero el director argumentó que estaba ahorrando a la escuela la ignominia de que presentaran una «acusación penal» contra los estudiantes de Gravesend Academy. La reputación de la academia como buena escuela no se resentiría tanto por esta confiscación como se resentiría si se presentaba una «acusación penal». En cuanto al *delincuente* que había fabricado y vendido las cartillas falsas —«¡para obtener beneficios!»—, el destino de *ese* estudiante, naturalmente, sería decidido por el Comité Ejecutivo.

Así fue como lo crucificaron... así de rápido. Les dio igual que les dijera que había abandonado su empresa ilegal; les dio igual que dijera que se había sentido inspirado a corregir su conducta por el discurso inaugural de J. F. K... o que sabía que las cartillas de reclutamiento se usaban para comprar alcohol ilegalmente, y que él desaprobaba la bebida; les dio igual que nunca probara una gota de alcohol. Larry Lish y todos los que poseían una cartilla de reclutamiento falsa fueron sometidos a disciplina vigilada por el resto del trimestre de primavera. Pero el Comité Ejecutivo crucificó a Owen Meany: lo liquidaron, le dieron una patada en el culo, lo expulsaron.

Dan intentó obstaculizar la expulsión de Owen solicitando una votación especial entre los miembros del claustro, pero el director afirmó que la decisión del Comité Ejecutivo era irrevocable... «con o sin votación». Mr. Early telefoneó a cada uno de los miembros del Consejo de Administración; pero sólo faltaban dos días para que

terminara el trimestre... era imposible reunirlos antes de las vacaciones de primavera y no revocarían una decisión del Comité Ejecutivo sin una reunión irreprochable.

La decisión de expulsar a Owen Meany de la escuela fue tan impopular que el antiguo director —el viejo Archibald Thorndike— surgió de su retiro para expresar su desaprobación; el viejo Archie dijo a uno de los estudiantes que escribía para *The Grave* y a un reportero del periódico de la ciudad, *The Gravesend News-Letter*, que «Owen Meany es uno de los mejores ciudadanos que ha producido nunca la academia; espero grandes cosas de ese chiquillo». El viejo Thorny también mostró su disconformidad con los que denominó «métodos propios de la *Gestapo* al retener los billeteros de los estudiantes» y cuestionó la táctica de Randy White sobre la base de que «enseñaba muy poco respeto por la propiedad privada».

«Ese viejo pedo de monja...», comentó Dan Needham. «Sé que lo hace con buenas intenciones, pero nadie le prestó la menor atención cuando era director y nadie se la prestará ahora». En opinión de Dan, era autogratificante adjudicar a la academia el mérito de «producir» estudiantes, y en el caso de Owen Meany menos que en el de nadie. En cuanto a los méritos de enseñar «respeto por la propiedad privada», era una idea anticuada y la palabra «billeteros», en opinión de Dan, estaba pasada de moda... aunque coincidía con Archibald Thorndike en que la táctica de Randy White era del más puro estilo «*Gestapo*».

Pero nada de esto fue útil para Owen. El reverendo Lewis Merrill nos llamó a Dan y a mí para preguntarnos si sabíamos dónde estaba Owen: él lo había estado buscando sin encontrarlo. Cada vez que alguien llamaba a casa de los Meany, el teléfono comunicaba —probablemente estaba descolgado— o atendía Mr. Meany diciendo que creía que su hijo estaba «en Durham». Eso significaba que estaba con Hester; pero cuando llamé a mi prima, no quiso reconocer que estuviese allí.

—¿Tienes alguna noticia buena para él? —me preguntó—. ¿Esa jodida escuela de mierda le permitirá graduarse?

—No —respondí—. No tengo ninguna buena noticia.

—Entonces déjalo en paz —me sugirió.

Más tarde, oí que Dan hablaba por teléfono con el director.

—Usted es lo peor que le haya ocurrido jamás a esta escuela —le dijo a Randy White—. Si sobrevive a este desastre, yo me iré de aquí... y no me iré como si nada. Usted se ha tomado el lujo de caer en una autocomplacencia fatal y pueril, ha hecho algo que podría hacer un *chico*, se ha enzarzado en una especie de *combate* con un estudiante... ha estado *compitiendo* con un chico. Usted mismo es tan infantil, que se ha sentido menoscabado por Owen Meany. Como un *chico* le cogió antipatía, decidió *pagarle con la misma moneda*, un pensamiento digno de un *chico*. Usted no es lo bastante adulto para dirigir una escuela. ¡Y era un *becario*! —chilló Dan en el auricular del teléfono—. Un estudiante que también irá a un college con una beca... o

que no irá. ¡Si Owen Meany no obtiene el mejor trato posible de la mejor universidad de los alrededores... usted también será responsable de eso!

Supongo que en ese momento el director colgó; al menos, yo tenía la impresión de que Dan Needham quería decir muchas más cosas, pero de pronto se interrumpió y, lentamente, colgó el receptor.

—Mierda —dijo.

Más entrada la noche, mi abuela nos llamó para decirnos que *ella* tenía noticias de Owen.

—¿MISSUS WHEELWRIGHT? —le había dicho Owen por teléfono.

—¿Dónde estás, Owen? —le preguntó.

—ESO NO IMPORTA —contestó él—. SOLO QUERÍA DECIRLE QUE LAMENTO HABERLE FALLADO. NO QUIERO QUE PIENSE QUE SOY UN DESAGRADECIDO CON LA OPORTUNIDAD QUE ME BRINDO... DE IR A UNA BUENA ESCUELA.

—A mí no me parece tan buena escuela... ya no, Owen —dijo mi abuela—. Y tú no me has fallado.

—LE PROMETO QUE HARÉ QUE SE SIENTA ORGULLOSA DE MI.

—¡*Estoy orgullosa de ti, Owen!* —replicó mi abuela.

—¡HARÉ QUE SE SIENTA MÁS ORGULLOSA TODAVÍA! —dijo Owen y luego... casi como si fuera una ocurrencia tardía, agregó—: POR FAVOR, DÍGALES A DAN Y A JOHN QUE NO DEJEN DE IR AL OFICIO MATINAL.

Era muy propio de él llamarle «oficio» cuando todos los demás lo habían convertido en la reunión matinal.

—Debemos impedir que haga lo que piensa hacer, sea lo que sea —me dijo Dan—. No debe hacer nada que empeore la situación... tiene que concentrarse en ingresar en la universidad y conseguir una beca. Estoy seguro de que el instituto de Gravesend le *dará* un diploma, pero no debe hacer ninguna locura.

No pudimos localizarlo, por supuesto. Mr. Meany dijo que estaba «en Durham»; Hester afirmó que ignoraba dónde se encontraba... pensaba que estaba haciendo algún trabajo para su padre porque lo había visto con el camión, no con la camioneta, y acarreaba todo un equipo en el remolque.

—¿Qué clase de equipo? —le pregunté.

—¿Cómo puedo saberlo? —replicó mi prima—. Un montón de *cosas* que parecían pesadas.

—¡Por Dios! —exclamó Dan— ¡Con toda probabilidad tiene la intención de dinamitar la casa del director!

Dimos vueltas por la ciudad y por el campus, aunque no encontramos huellas de él ni del camión. Entramos y salimos de la ciudad un par de veces... y subimos Maiden Hill, hasta las minas, sólo para ver si el remolque había vuelto sano y salvo.



No estaba allí. Nos pasamos la noche dando vueltas de un lado a otro con el coche.

—¡Piensa! —me ordenó Dan—. ¿Qué quiere hacer?

—No sé.

Volvíamos a la ciudad, pasando por la gasolinera de al lado de St. Michael's School. La claridad previa al amanecer tenía un efecto halagador sobre el mísero patio de juegos parroquial; las primeras luces bañaban los baches del macadán resquebrajado haciendo que toda la superficie del patio pareciera tan lisa como la de un lago no agitado por ninguna brisa. La casa donde vivían las monjas estaba completamente a oscuras; entonces salió el sol: un roja rosa de luz cayó sobre el patio. La arcada de piedra recién encalada que albergaba la estatua de la bendita María Magdalena me devolvió el reflejo rosa. El único problema era que la bendita guardameta no estaba en su portería.

—Para el coche —dije a Dan. Paró y retrocedió. Nos metimos en el aparcamiento de detrás de St. Michael y Dan hizo avanzar el coche poco a poco por el patio; condujo hasta la arcada de piedra ahora vacía.

Owen había hecho un trabajo impecable. Entonces yo no estaba seguro del equipo que había usado... quizás esos raros cinceles y destornilladores, las cosas que él llamaba cuñas y biseles; pero el tap-tap-tap del metal sobre la piedra habría despertado a las siempre vigilantes monjas. Tal vez utilizó una sierra especial para granito, cuya hoja está tachonada de diamantes: tengo la certeza de que había hecho un trabajo impecable separando a María Magdalena de sus pies... de hecho, había separado sus pies del pedestal. Hasta es posible que hubiera recurrido a un toque de dinamita... ingeniosamente colocado, por supuesto. No me extrañaría que hubiese ideado la forma de *volar* a la bendita María Magdalena para separarla de su base; estoy seguro de que había amortiguado tan hábilmente la explosión, que las monjas no se habían despertado. Más adelante, cuando le pregunté cómo lo había hecho, me dio la respuesta acostumbrada.

—FE Y ORACIÓN. FE Y ORACIÓN... *FUNCIONAN* REALMENTE.

—¡Esa estatua tiene que pesar entre ciento cincuenta y ciento ochenta kilos! —se asombró Dan Needham.

Sin duda el pesado equipo que había visto Hester incluía algún tipo de grúa o cabria neumática, aunque eso no lo habría ayudado a subir a María Magdalena por la larga escalinata del edificio principal... ni al escenario de la Gran Sala. Para eso tendría que haber usado una plataforma rodante manual, y aun así no habría sido fácil.

—HE MOVIDO LAPIDAS MÁS PESADAS —diría, más adelante; pero no creo que estuviese habituado a trasladar lápidas escaleras *arriba*.

Cuando Dan y yo llegamos al edificio principal de la academia y subimos a la Gran Sala, el bedel ya estaba sentado en uno de los bancos de la primera fila, con la

vista fija en la santa figura; el hombre daba la impresión de pensar que María Magdalena le hablaría si tenía paciencia... aunque Dan y yo notamos de inmediato que no era exactamente la misma de siempre.

—Fue él, ¿no? El pequeñín que expulsaron, ¿no le parece? —preguntó el bedel a Dan, que estaba mudo.

Nos sentamos detrás del portero, bajo las primeras luces del alba. Como siempre en el caso de Owen Meany, había que considerar los *símbolos*. Le había amputado los brazos a María Magdalena, más arriba del codo, de modo que su gesto de implorar al público reunido pareciera mucho más suplicante... y mucho más impotente. Dan y yo sabíamos que Owen sufría una obsesión con los lisiados de las extremidades superiores: eso era el tótem familiar de Watahantowet, eso era lo que Owen había hecho a mi armadillo. Al maniquí de mi madre también le faltaban los brazos.

Pero ni Dan ni yo estábamos preparados para ver a María Magdalena *decapitada*... su cabeza había sido limpiamente serrada o cincelada o volada. Como el maniquí de mi madre también era acéfalo, pensé que María Magdalena guardaba con ella cierto parecido en ciento cincuenta o ciento ochenta kilos de piedra; mi madre tenía mejor figura, pero María Magdalena era más alta. También era más alta que el director, incluso sin cabeza; comparada con Randy White, la descabezada María Magdalena era algo más voluminosa: sus hombros y el muñón de su cuello sobresalían más que los del director por encima del podio del escenario. Y Owen no había subido a la bendita guardameta en ningún pedestal. La había atornillado al suelo del escenario. Y la había sujetado con las mismas abrazaderas de acero que usan los canteros para sujetar los bloques de granito a la plataforma del remolque; la había amarrado al podio y sujetado al suelo, cerciorándose de que retirarla del escenario no resultara tan fácil como retirar el Volkswagen del Dr. Dolder.

—Supongo que esas bandas metálicas están bien sujetas —dijo Dan al bedel.

—¡Sí!

—Supongo que esos pernos *atraviesan* el podio y *atraviesan* el escenario —dijo Dan—, y apuesto a que esas tuercas están bien *apretadas*.

—¡No! —respondió el bedel—. Está todo soldado.

—Eso significa bien apretado.

—¡Sí! —dijo el portero.

No me acordaba: Owen había aprendido a soldar. Mr. Meany quería que como mínimo uno de sus canteros fuera soldador y Owen —un aprendiz nato de todas las cosas— era el que había aprendido.

—¿Se lo ha dicho al director? —preguntó Dan al portero.

—¡No! Y no pienso hacerlo... *esta vez*.

—Supongo que no le haría ningún bien saberlo, de todos modos —comentó Dan.

—¡Eso es lo que pensé! —dijo el portero.

Dan y yo fuimos al comedor escolar, donde no éramos caras muy conocidas a la hora del desayuno; pero teníamos mucha hambre, después de haber dado vueltas toda la noche... y además yo quería transmitir el recado: «Dile a todo el mundo que llegue temprano a la reunión matinal», pedí a mis amigos. Oí que Dan hacía lo mismo con algunos amigos del claustro: «Si vas a una sola reunión matinal más el resto de tus días, creo que tiene que ser la de hoy».

Salimos juntos del comedor. No había tiempo de volver a Waterhouse Hall para darnos una ducha antes de la reunión matinal, aunque la necesitábamos. Los dos estábamos ansiosos por Owen, y agitados... sin saber que su presentación de la mutilada María Magdalena haría que su expulsión de la academia pareciera más justificada de lo que era; nos preocupaba que su profanación de la estatua de una santa produjera cierta *reticencia* en los colleges y universidades que sin duda lo aceptarían.

—Para no hablar de lo que le hará la Iglesia Católica... Saint Michael, quiero decir. Creo que lo mejor será que vaya a hablar con el que manda allí... el padre Nosecuántos —dijo Dan.

—¿Lo conoces? —le pregunté.

—No, pero creo que es un tipo amable... padre O'Alguien, me parece. Ojalá recordara su nombre... O'Malley, O'Leary, O'Rourke, O'Alguien.

—Seguro que el pastor Merrill lo conoce —dije. Por eso Dan y yo fuimos andando hasta Hurd's Church antes de la reunión matinal; a veces el reverendo Lewis Merrill decía allí sus oraciones antes de dirigirse al edificio principal; a veces se levantaba temprano y esperaba en la sacristía a que llegara la hora. Vimos el camión de la Meany Granite Company aparcado detrás. Owen estaba sentado en el despacho de la sacristía... en el asiento habitual de Mr. Merrill, detrás del escritorio, inclinando hacia atrás la vieja silla crujiente y haciéndola rodar de un lado a otro sobre sus ruedas chirriantes. No había indicios del pastor Merrill.

—TENGO UNA CITA —nos explicó Owen—. EL PASTOR MERRILL SE HA RETRASADO UN POCO.

Parecía estar muy bien... quizás un poco cansado, un poco nervioso, o sólo impaciente. No podía quedarse quieto en la silla y toqueteaba los cajones del escritorio, abriéndolos y cerrándolos, aparentemente sin prestar atención a lo que había dentro, sólo abriéndolos y cerrándolos porque los tenía a mano.

—Has tenido una noche de mucho trajín, Owen —le dijo Dan.

—BASTANTE —respondió.

—¿Cómo *estás*? —le pregunté.

—BIEN. QUEBRANTE LA LEY, ME PILLARON, PAGARE... ASÍ SON LAS COSAS.

—¡Te han puteado! —le dije.

—UN POQUITÍN —asintió... y se encogió de hombros— NO TANTO COMO SI FUERA DEL TODO *INOCENTE* —añadió.

—Lo importante es que pienses en ingresar en un college —le dijo Dan—. Lo importante es que ingreses y consigas una beca.

—HAY COSAS MÁS IMPORTANTES —sentenció Owen Meany. Abrió en rápida sucesión los tres cajones de la derecha del escritorio del reverendo Mr. Merrill y los cerró con la misma rapidez. En ese instante entró el pastor en la sacristía.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Mr. Merrill.

—NADA —replicó Owen Meany—. LO ESTABA ESPERANDO.

—En mi escritorio, me refiero... estás ocupando mi escritorio —aclaró el pastor; Owen lo miró sorprendido.

—LLEGUE TEMPRANO —explicó—. SOLO ME HABÍA SENTADO EN SU SILLA... NO ESTABA *HACIENDO* NADA. —Se levantó, rodeó el escritorio y se sentó en su silla habitual... al menos supongo que era su silla «habitual»; me recordó el «asiento del cantante» del extravagante estudio de Graham McSwiney. Yo estaba decepcionado porque no había tenido noticias tuyas; pensaba que Mr. McSwiney no había sabido nada de Big Black Buster Freebody.

—Owen, disculpa si te hablé con brusquedad —dijo el pastor Merrill—. Sé que debes estar muy alterado.

—ESTOY BIEN —respondió Owen.

—Me alegró que me llamas —dijo Mr. Merrill.

Owen se encogió de hombros. Nunca lo había visto *burlarse* antes, pero tuve la impresión de que casi se estaba burlando del reverendo Mr. Merrill.

—¡Bien! —dijo el pastor mientras se sentaba en su silla crujiente—. Bien, Owen, lo siento *mucho*... todo —tenía una forma de entrar en los sitios... un aula, la Gran Sala, Hurd's Church, o su propia sacristía, como si se disculpara con *todos*. Al mismo tiempo, se esforzaba tan sinceramente que no querías interrumpirlo. Te caía bien y sólo deseabas que se *relajara*; sin embargo, te hacía sentir culpable por irritarte con él, a causa de la forma ardua y fracasada en que intentaba que te sintieras cómodo.

—He venido a preguntarle si sabe cómo se llama el que manda en Saint Michael —dijo Dan—. Es el *mismo* tipo en la iglesia y en la escuela, ¿no?

—Así es —dijo el pastor Merrill—. El padre Findley.

—Me parece que no lo conozco. Creía que era el padre O'Alguien.

—No, es O'Nadie —dijo Mr. Merrill—. Se trata del padre Findley —el reverendo Merrill aún no sabía *por qué* Dan quería saber quién era el que «mandaba» a los católicos. Por supuesto Owen comprendió en qué andaba Dan.

—DAN, NO TIENES QUE HACER NADA POR MÍ —dijo.

—Puedo tratar de impedir que te metan *preso* —dijo Dan—. *Quiero* que vayas a la universidad... y que consigas una beca. Pero puedo, como mínimo, tratar de evitar

que te acusen de robo y vandalismo.

—¿Qué has hecho, Owen? —le preguntó Mr. Merrill.

Owen bajó la cabeza; por un momento pensé que se echaría a llorar... pero enseguida se encogió de hombros. Miró a los ojos al reverendo Merrill.

—QUIERO QUE DIGA UNA ORACIÓN POR MÍ —dijo Owen Meany.

—¿Una o-o-o-oración... por *ti*? —tartamudeó el reverendo Merrill.

—CUALQUIER COSA... SI NO ES MUCHO PEDIR. ESE ES SU TRABAJO, ¿NO?

El reverendo Lewis Merrill lo pensó.

—Sí —dijo con tono prudente—. ¿En la reunión matinal?

—HOY... DELANTE DE TODOS.

—De acuerdo —aceptó el reverendo Mr. Merrill, pero parecía a punto de tener un ataque de pánico.

Dan me cogió del brazo y me llevó hacia la puerta de la sacristía.

—Os dejaremos solos, si queréis hablar —dijo a Mr. Merrill y a Owen.

—¿Quería algo más? —preguntó Mr. Merrill a Dan.

—No, sólo el nombre del padre Findley.

—¿Y tú sólo querías verme por eso... por la oración? —preguntó Mr. Merrill a Owen, quien pareció pensarlo detenidamente... o esperar a que Dan y yo nos alejáramos.

Salimos de la sacristía; en el oscuro pasillo había dos filas de perchas de madera —para abrigos— a todo lo largo de dos paredes; vimos colgados varios abrigos perdidos u olvidados, como viejos practicantes que se habían rezagado tanto como para haberse quedado dormidos contra las paredes. Y había algunos pares de chanclos, pero no directamente debajo de los abrigos abandonados, de modo que en la oscuridad los practicantes parecían haber sido separados de sus pies. En la percha de madera más cercana a la puerta del despacho, estaba la chaqueta cruzada y extrañamente juvenil de la Marina, perteneciente a Mr. Merrill, y en la percha contigua, su gorro de marinero de guardia. Justo al pasar por allí, Dan y yo oímos decir al pastor Merrill.

—¡Owen! ¿Es el sueño? ¿Has vuelto a tener ese sueño?

—Sí —dijo Owen Meany y se echó a llorar... comenzó a sollozar como un niño. Yo no lo había oído emitir esos sonidos desde las vacaciones de Acción de Gracias en que se había meado... encima de Hester.

—¿Owen? Owen, escúchame —dijo Mr. Merrill—. ¡Owen! *Sólo es un sueño...* ¿me oyes? *Sólo es un sueño.*

—¡NO!

Entonces Dan y yo salimos al aire frío y gris de febrero; las viejas huellas en el aguanieve surcada estaban congeladas: fósiles de las muchas almas que habían

entrado y salido de Hurd's Church. Todavía era muy temprano; aunque Dan y yo habíamos visto salir el sol, su luz había sido absorbida por el cielo bajo, uniformemente gris.

—¿Qué sueño? —me preguntó Dan Needham.

—No sé —respondí.

Owen no me había hablado del sueño, todavía. Me lo contaría... y yo le respondería lo mismo que el reverendo Merrill: «Sólo es un sueño».

He aprendido que las consecuencias de nuestras acciones pasadas siempre son interesantes; he aprendido a ver el presente con la mirada hacia delante. Pero entonces no era así; en aquel momento, Dan y yo no pensábamos mucho más allá de la reacción de Randy White ante la decapitada y manca María Magdalena... cuya acerada sujeción al podio del escenario, en la Gran Sala, obligaría al director a dirigirse a los estudiantes desde una posición más desprotegida.

Directamente enfrente del edificio principal, el director se estaba poniendo su abrigo de pelo de camello; su mujer le cepillaba la parte de atrás del cuello y se despedía de su marido con un beso. Sería un mal día para el director —un día PREDESTINADO, habría dicho Owen Meany—, pero estoy seguro de que aquella mañana no tenía los ojos puestos en el futuro. Creía que había acabado con Owen Meany. No sabía que en última instancia Owen lo derrotaría; no sabía nada del voto de «censura» que le interpondría el claustro, ni de la decisión del Consejo de Administración de no renovar su contrato como director. No podía imaginar la parodia que serían los ensayos de la ceremonia de entrega de diplomas a causa de la ausencia de Owen Meany, ni cómo un estudiante tímido, más bien soso y casi totalmente ignorado por todos —que fue el representante *sustituto* de nuestra clase— encontraría coraje para decir, como discurso de despedida, únicamente estas palabras: «No soy el primero de esta clase. El líder de esta clase es Owen Meany; él es La Voz de nuestra clase... y la única voz que queremos oír». Entonces ese chico asustado se sentaría... ante un tumultuoso pandemonio: nuestros compañeros de clase levantaron sus voces por La Voz, sábanas y estandartes más artísticos exhibieron su nombre en mayúsculas (por supuesto), y el cántico ahogó los intentos del director por llamarnos al orden.

«¡Owen Meany! ¡Owen Meany! ¡Owen Meany!», lo ovacionó la promoción del 62.

Pero aquella mañana de febrero, mientras se ponía el abrigo de pelo de camello, el director no podía saber que Owen Meany sería su ruina. ¡Qué frustrado e impotente se veía Randy White el día de la graduación, cuando amenazó con retener nuestros diplomas si no cesábamos en nuestro alboroto! Entonces ya debió de comprender que había perdido... porque Dan Needham y Mr. Early, además de un tercio o la mitad del claustro, se levantaron para aplaudir nuestro clamoroso apoyo a Owen; y se

unieron a nosotros varios miembros bien informados del Consejo de Administración, para no hablar de todos los padres que habían escrito cartas indignadas al director por la ilegalidad de haber confiscado nuestras carteras. Lamento que Owen no estuviera presente para verlo; pero no estaba, por supuesto: no se graduó.

Y no estuvo en la reunión matinal de aquel día de febrero, poco antes de las vacaciones de primavera, aunque la sustituta que dejó en el escenario era lo bastante grotesca como para captar toda nuestra atención. La sala estaba de bote en bote, dado que muchos miembros del claustro decidieron aparecer en esa ocasión. Y allí estaba María Magdalena para recibirnos: manca, pero alargando los brazos hacia nosotros; acéfala, pero elocuente... con el muñón perfectamente perfilado de su cuello, que había sido cortado a la altura de la nuez y expresaba dramáticamente lo mucho que tenía que decirnos. Permanecimos en absoluto silencio aguardando la llegada del director a la Gran Sala.

¡Qué elemento execrable era Randy White! En las «buenas» escuelas existe una tradición: cuando expulsas a un alumno del último curso —a pocos meses de su graduación—, planteas la menor cantidad posible de inconvenientes para su ingreso en la universidad. Por supuesto, informas a los college acerca de lo que tienen que saber; ya lo has perjudicado: lo has expulsado y no intentas impedirle, además, su entrada en la universidad. Pero Randy White pretendió poner punto final a la carrera universitaria de Owen Meany antes de que empezara.

Owen fue aceptado en Harvard; fue aceptado en Yale... y ambas instituciones le ofrecieron becas completas. Pero además de lo que consignaba el expediente de Owen —que había sido expulsado de Gravesend Academy por imprimir cartillas de reclutamiento falsas y vendérselas a otros estudiantes—, el director informó de mucho más a Harvard y a Yale (y a la Universidad de New Hampshire). Dijo que Owen Meany era «tan virulentamente antirreligioso» que había desencadenado una «campana profundamente anticatólica» en el campus de Gravesend, con la cobertura de que no estaba de acuerdo en que los viernes, en el comedor de la escuela, sólo se sirviera pescado; también agregó que se habían presentado contra él «acusaciones de antisemitismo».

En cuanto a la Sociedad de Honor de New Hampshire, retiró su oferta de una beca de honor; un estudiante con los logros académicos de Owen Meany sería bien recibido si quería asistir a la Universidad de New Hampshire, pero la Sociedad de Honor —«a la luz de tan desagradable y desgraciada información»— no podía concederle una beca; si asistía a dicha universidad, tendría que costearse los estudios.

Harvard y Yale fueron más indulgentes, pero también más complicadas. Yale volvió a entrevistarle; inmediatamente comprendieron que las «acusaciones» de antisemitismo eran un embuste, pero sin duda Owen fue demasiado sincero en cuanto a sus sentimientos hacia (mejor dicho, contra) la Iglesia Católica. Yale propuso

aplazar un año su aceptación. En ese lapso, sugirió el director de admisiones, Owen debía «encontrar algún empleo significativo», y su empleador debía escribir periódicamente a Yale para informar sobre su «carácter y empeño». Dan Needham le dijo a Owen que esta era una actitud razonable, justa y no poco común... tratándose de una universidad de tanta calidad como Yale. Owen no discrepó; se limitó a rechazar la oferta.

—ES LO MISMO QUE ESTAR EN LIBERTAD CONDICIONAL —dijo.

Harvard también fue justa y razonable... aunque ligeramente más exigente y creativa que Yale. También dijeron que aplazarían su aceptación, pero fueron más específicos respecto al tipo de «trabajo significativo» que debía desempeñar. Querían que colaborara de alguna manera con la Iglesia Católica; podía ofrecerse como voluntario para los Servicios de Socorro Católico, podía ser una especie de asistente social para alguna de las organizaciones benéficas católicas, o incluso podía trabajar para la mismísima escuela parroquial cuya estatua de María Magdalena había estropeado. El padre Findley, de St. Michael, resultó ser un hombre bondadoso; no sólo no presentó ninguna acusación contra Owen Meany, sino que después de hablar con Dan Needham accedió a contribuir a su causa (respecto de la admisión en la universidad) por todos los medios a su alcance.

Incluso algunos estudiantes de la parroquia habían defendido a Owen. Buzzy Thurston —que lanzó aquella pelota rasa, la que tendría que haber sido la última fuera de línea, la que tendría que haber impedido que Owen Meany llegara a batear —, hasta Buzzy Thurston, intervino en favor de Owen, diciendo que éste había pasado «un mal momento», que «tenía sus motivos» para estar alterado. El director White y el jefe de policía Ben Pike eran partidarios de «crucificar» a Owen Meany por el robo y la mutilación de María Magdalena. Pero St. Michael's School y el padre Findley fueron clementes.

Dan dijo que el padre Findley «conocía a la familia» y se mostró muy comprensivo cuando cayó en la cuenta de quiénes eran los padres de Owen: había tenido tratos con ellos; aunque no quiso entrar en detalles relacionados con esos «tratos», prometió que haría todo lo que pudiera para ayudar a Owen.

—¡Y desde luego no levantaré un solo dedo para *herirlo*! —dijo el padre Findley.

Dan Needham le comentó a Owen que la idea de Harvard no era mala.

—Muchos católicos hacen un sinfín de cosas buenas, Owen. ¿Por qué no analizar algunas?

Durante unos días, pensé que Owen aceptaría la propuesta de Harvard, «EL CONVENIO CATÓLICO», como lo llamaba él. Incluso fue a ver al padre Findley, pero aparentemente lo confundió... ver lo auténticamente preocupado que estaba el cura por su bienestar. Quizás a Owen le *gustó* el padre Findley, lo que también debió de confundirlo.



Por último, descartó EL CONVENIO CATÓLICO.

—MIS PADRES NUNCA PODRÍAN ENTENDERLO. ADEMAS, QUIERO IR A LA UNIVERSIDAD DE NEW HAMPSHIRE... QUIERO ESTAR CONTIGO, QUIERO IR DONDE TU VAYAS —me dijo.

—Pero ellos no te ofrecen ninguna beca —le recordé.

—NO TE PREOCUPES POR ESO. —No me dijo, al principio, cómo había conseguido una «beca» allí.

Acudió a las oficinas de reclutamiento del Ejército de los Estados Unidos en Gravesend; se acordó todo «en familia», como decíamos en New Hampshire. Ya sabían quién era él: el mejor de su promoción en Gravesend Academy, aunque terminara obteniendo un diploma, por los pelos, en el instituto de Gravesend. Fue admitido en la Universidad de New Hampshire... donde también sabían quién era: lo habían leído en *The Gravesend News-Letter*. Más aún, era una especie de héroe local; a pesar de su ausencia, logró trastornar la ceremonia de entrega de diplomas de la academia. En cuanto a fabricar y vender cartillas de alistamiento falsas, los reclutadores del Ejército de los Estados Unidos sabían de qué se trataba: era una cuestión relacionada con la bebida... y no una falta de respeto con la institución. ¿Y qué estadounidense joven y vigoroso no se entregaba de vez en cuando a un pequeño acto de vandalismo?

Así consiguió Owen Meany su «beca» para la universidad; se enroló en el Cuerpo de Instrucción de Oficiales de Reserva, el ROTC, al que llamábamos «sede podrida».

[5] ¿Lo recuerdas? Asistías al college universitario a expensas del Ejército de los Estados Unidos, y mientras estudiabas seguías unos pocos cursos que impartían ellos: Historia Militar y Táctica de Unidades Reducidas, o asignaturas parecidas, que no exigían grandes esfuerzos. El verano siguiente al primer año, te sometían a una mínima Instrucción Básica, el curso normal de seis semanas. Y al graduarte, te daban el grado de oficial; eras subteniente del Ejército de los Estados Unidos... y debías a tu país cuatro años de servicio activo, además de dos en la Reserva.

—ESO NO PUEDE REPRESENTAR NINGÚN INCONVENIENTE —nos dijo Owen a Dan y a mí. Cuando nos anunció sus planes, sólo estábamos en 1962; había un total de 11 300 soldados estadounidenses en Vietnam, pero ni uno solo participaba en combates.

Aun así, a Dan Needham no le gustó nada la decisión de Owen.

—Me gustaba más la idea de Harvard —dijo Dan.

—PERO AHORA NO TENDRÉ QUE ESPERAR UN AÑO —señaló Owen—. Y ESTARÉ CONTIGO... ¿NO TE PARECE FABULOSO? —me preguntó.

—Sí, es fabuloso. Pero estoy un poco sorprendido, eso es todo —le dije.

Yo estaba *más* que «un poco sorprendido»: ¡no podía creer que el Ejército de los Estados Unidos hubiese *aceptado* a Owen!

—¿No hay una exigencia de altura mínima? —me susurró Dan Needham.

—Yo creía que también había una exigencia de peso mínimo —le susurré.

—SI ESTÁIS PENSANDO EN LAS EXIGENCIAS DE ALTURA Y PESO —dijo Owen—, OS INFORMO QUE SON UN METRO CINCUENTA Y TRES Y CUARENTA Y CINCO KILOS RESPECTIVAMENTE.

—¿Mides un metro cincuenta y tres? —le preguntó Dan.

—¿Desde cuándo pesas cuarenta y cinco kilos? —lo interrogué.

—HE ESTADO COMIENDO MONTONES DE PLÁTANOS Y HELADOS —replicó Owen Meany—. Y CUANDO ME MIDIERON, RESPIRE HONDO Y ME PUSE DE PUNTILLAS.

Bien, cabía felicitarlo; estaba encantado con haber arreglado la «beca» universitaria a su manera. Y, en ese momento, parecía haber derrotado por completo a Randy White. En aquel entonces, Dan y yo no conocíamos su «sueño»; creo que si nos lo hubiera contado nos habría preocupado más su compromiso con el Ejército de los Estados Unidos.

Y aquella mañana de febrero, cuando el reverendo Lewis Merrill entró en la Gran Sala y contempló horrorizado a la decapitada y amputada María Magdalena, Dan Needham y yo no pensábamos ni remotamente en el futuro. Sólo nos inquietaba que el reverendo Merrill estuviese demasiado aterrorizado para decir su oración, que el estado de María Magdalena se apoderara de su tartamudeo normalmente leve y volviera incomprensibles sus palabras. Se quedó al pie del escenario, con la vista fija en ella... incluso olvidó, durante largo rato, quitarse su chaqueta de la Marina y su gorro de marinero de guardia; además, como los congregacionalistas no siempre llevan puesto el alzacuello, el reverendo Lewis Merrill se parecía menos a un pastor escolar que a un marinero borracho que finalmente se había resistido, tambaleante, al incentivo de su conversión religiosa.

El reverendo Merrill permanecía sobrecogido cuando el director llegó a la Gran Sala. Si Randy White se asombró al ver tantas caras de profesores en la reunión matinal, no permitió que este hecho alterara sus habituales zancadas agresivas; subió los peldaños del escenario de dos en dos, como de costumbre. Y no se inmutó —ni siquiera dio muestras de sorprenderse ligeramente— al ver que ya había alguien ocupando el podio. A menudo, el reverendo Lewis Merrill anunciaba el himno inicial, y a continuación decía *su* oración. Luego el director hacía sus observaciones, también nos decía el número de página del himno final, y eso era todo.

Al director le costó unos segundos reconocer al pastor Merrill, que estaba al pie del escenario, con su chaqueta y su gorro de marinero, mirando tontamente a la figura que nos imploraba desde el podio. Randy White era un hombre acostumbrado a tomar el mando, a tomar decisiones. Cuando vio la monstruosidad que ocupaba el podio, hizo lo primero y más directoral que le pasó por la cabeza; de una zancada llegó a la

santa, la cogió por la pudibunda túnica a la altura de la cintura e intentó levantarla. No creo que advirtiera las fajas de acero que ceñían sus caderas, ni los pernos de diez centímetros que atravesaban sus pies y estaban soldados a sus respectivas tuercas debajo del escenario. Supongo que todavía tenía la espalda un tanto dolorida después del impresionante esfuerzo realizado con el Volkswagen del Dr. Dolder, pero tampoco prestó la menor atención a su espalda. Cogió a María Magdalena por la cintura, sencillamente, soltó un gruñido... y no pasó nada. No era tan fácil mover a María Magdalena —y a todo lo que representaba— como a un Escarabajo.

—¡Supongo que creéis que esto es *gracioso*! —dijo el director a los reunidos, aunque nadie reía—. Bien, yo os diré qué es esto. Es un *delito* —dijo Randy White—. ¡Esto es vandalismo, esto es robo... y profanación! Esto es abuso premeditado de la propiedad privada, incluso *sagrada*.

Uno de los estudiantes chilló:

—¿Qué himno?

—¿Qué has dicho? —preguntó Randy White.

—¡Que nos diga el número del himno! —gritó otro.

—¿Qué *himno*? —dijeron unos cuantos más, al unísono.

Yo no había visto al pastor Merrill subir —supongo que tembloroso— al escenario; cuando me di cuenta, estaba de pie junto a la martirizada María Magdalena.

—Es el himno de la página tres ochenta y ocho —dijo con toda claridad el pastor Merrill. El director le habló ásperamente, pero no oímos sus palabras, por el exceso de crujidos de banco y topetazos de libros de himnos cuando nos levantamos para cantar. Ignoro qué influyó en la elección de Mr. Merrill. Si Owen me hubiese hablado de su sueño, habría encontrado el himno especialmente agorero, pero como no era así, me resultó sencillamente familiar, una elección frecuente, con toda probabilidad porque era de tono victorioso y encajaba exactamente en la categoría de «peregrinaje y conflicto» que suele ser tan inspiradora para los jóvenes.

El Hijo de Dios va a la guerra, a ganar su corona de Rey;  
A lo lejos ondea su rojo estandarte. ¿Quién sigue su fe?  
Quien apure su aflicción y alivie el dolor de la grey,  
Quien paciente soporte su cruz, ése seguirá su fe.

A Owen le gustaba ese himno y lo cantamos a voz en grito, con tono más sincero —y desafiante— que de costumbre. El director no tenía dónde colocarse; ocupó el centro del escenario... pero sin nada *delante* parecía expuesto, inseguro. Mientras atronábamos con el himno, el reverendo Lewis Merrill dio la impresión de ganar confianza... e incluso estatura. Aunque no se veía exactamente cómodo junto a la

descabezada María Magdalena, estaba tan cerca de ella que la luz del podio también brillaba sobre él. Cuando concluimos el himno, el reverendo Mr. Merrill dijo:

—Oremos. Oremos por Owen Meany.

Reinó el silencio en la Gran Sala y aunque teníamos las cabezas gachas, no apartamos los ojos del director. Esperamos a que Mr. Merrill comenzara. Tal vez está *tratando* de comenzar, pensé; luego me di cuenta de que —torpe como siempre— había querido decir que *nosotros* rezáramos por Owen. Su intención era que ofreciéramos nuestras mudas oraciones por Owen Meany; a medida que se prolongaba el silencio, quedó bien sentado que el pastor no tenía la menor intención de darnos prisas. No es un hombre valiente, pensé, pero está tratando de serlo. Oramos y seguimos orando; si yo hubiese conocido el sueño de Owen, habría rezado mucho más intensamente.

De sopetón, el director dijo:

—Ya es suficiente.

—L-lo s-s-s-siento —tartajó Mr. Merrill—, pero yo diré cuándo es «suficiente».

Creo que ese fue el momento en que Randy White comprendió que había perdido, que estaba acabado. Porque, ¿qué podía hacer? ¿Decirnos que dejáramos de rezar? Seguimos con la cabeza baja, seguimos orando. Pese a toda su torpeza, el reverendo Lewis Merrill nos había transmitido con toda claridad que la oración por Owen no tenía fin.

Poco después, el director abandonó el escenario; tuvo la sensatez, si no la decencia, de largarse sin ruido... oímos sus pasos cuidadosos en la escalinata de mármol, y el hielo de la madrugada aún estaba tan frágil que llegó a nuestros oídos cómo se quebraba en el sendero del edificio principal. Y cuando dejamos de escuchar sus pisadas en nuestras oraciones silenciosas por Owen Meany, el pastor Merrill dijo «Amén».

Dios mío, cuántas veces lamenté no poder vivir otra vez ese momento; entonces no sabía rezar muy bien... ni siquiera creía en la oración. Si ahora se me brindase la oportunidad de orar por Owen Meany, lo haría mejor; sabiendo lo que ahora sé, sería capaz de rezar con suficiente intensidad.

Por supuesto, me habría ayudado conocer su diario, pero nunca me lo ofreció... lo llevaba para sí mismo. Muchísimas veces escribió en esas páginas su nombre —su nombre *completo*— en las grandes letras mayúsculas a las que se refería como ESTILO MONUMENTO o ROTULACIÓN GRAVESEND; muchísimas veces transcribió su nombre, en su diario, exactamente igual a como lo había visto en la tumba de Scrooge. Y *antes* del asunto del ROTC, me refiero, antes aún de que lo expulsaran de la escuela y supiera que el Ejército de los Estados Unidos sería su pasaporte a la universidad. *Antes de saber* que se enrolaría, quiero decir... Ya entonces había escrito su nombre tal como se leen los que están inscritos en las

lápidas.

TENIENTE PAUL O. MEANY, JR.

Así lo escribía; eso era lo que el Espíritu del Futuro había visto en la tumba de Scrooge; eso y la fecha... la fecha también estaba escrita en su diario. Escribió la fecha en el diario muchas, muchísimas veces, pero nunca me dijo cuál era. Tal vez si la hubiese conocido, habría podido ayudarlo. Owen creía saber cuándo moriría; también creía conocer su grado: moriría siendo teniente.

Y después del sueño, creía saber todavía más. La certeza de sus convicciones siempre daban un poco de miedo, y la anotación sobre el sueño, en el diario, no es una excepción.

AYER ME ECHARON DE LA ESCUELA. ANOCHE  
TUVE UN SUEÑO. AHORA SÉ CUATRO COSAS. SÉ  
QUE MÍ VOZ NO CAMBIA... PERO TODAVÍA NO SÉ  
POR QUÉ. SÉ QUE SOY UN INSTRUMENTO DE DIOS. SÉ  
CUANDO MORIRÉ... Y AHORA UN SUEÑO ME HA  
MOSTRADO *COMO* MORIRÉ. ¡MORIRÉ COMO UN  
*HÉROE!* CONFÍO EN LA AYUDA DE DIOS, PORQUE  
LO QUE SE SUPONE QUE DEBO HACER PARECE MUY DIFÍCIL.

## El dedo

Hasta el verano de 1962, no veía la hora de hacerme mayor para que me trataran con el tipo de respeto que, pensaba, siempre se deparaba a los adultos y que por rutina merecían... no veía la hora de revolearme en la libertad y los privilegios de que gozaban, imaginaba, los adultos. Hasta aquel verano, mi largo aprendizaje hacia la madurez me resultó arduo y humillante; Randy White había confiscado mi cartilla de reclutamiento falsa, y todavía no había alcanzado la edad para beber cerveza, no era lo bastante independiente para contar con una vivienda, no ganaba lo suficiente para comprar un coche, y no era lo bastante *nada* para convencer a una mujer de que me concediera sus favores sexuales. ¡Nunca había logrado persuadir a ninguna! Hasta el verano del 62, pensaba que la infancia y la adolescencia eran un purgatorio sin fin; creía que ser joven, en una palabra, era ser un pelele. Pero Owen Meany, que creía saber cuándo y cómo moriría, no tenía prisa en ser adulto. En cuanto a mi consideración de que el período de nuestra juventud era un «purgatorio», Owen se limitó a decir:

—NO *EXISTE* EL PURGATORIO... ES UN INVENTO CATÓLICO. EXISTE LA VIDA EN ESTA TIERRA, EXISTE EL CIELO... Y EXISTE EL INFIERNO.

—Yo opino que la vida en esta tierra *es* el infierno —respondí.

—ESPERO QUE PASES UN BUEN VERANO —me deseó Owen.

Fue el primero que estuvimos separados. Supongo que debo estarle agradecido a aquel verano, porque me permitió vislumbrar qué sería mi vida sin Owen... me preparó, podríamos decir. A finales del verano de 1962, Owen Meany me había hecho temer cómo sería la etapa siguiente. Yo ya no quería hacerme mayor; lo que deseaba era que Owen y yo siguiéramos siendo críos el resto de nuestra vida. A veces el canónigo Mackie me dice, con poca generosidad, que he logrado mi objetivo. El canónigo Campbell, que en paz descanse, solía decirme que ser un chico el resto de mis días era una aspiración perfectamente loable.

Pasé el verano del 62 en Sawyer Depot, trabajando para tío Alfred. Después de lo ocurrido a Owen, no quise volver a la oficina de admisiones de Gravesend Academy para hacer de guía turístico... nunca más. La Eastman Lumber Company me ofreció un buen trabajo. Era fatigoso y se trabajaba al raso, pero estaba siempre con Noah y Simon... y casi todas las noches había fiestas en Loveless Lake, y nadábamos y hacíamos esquí acuático casi todos los días, después del trabajo, y todos los fines de semana. Tío Alfred y tía Martha me trataban como a un príncipe; me cedieron la habitación de Hester durante todo el verano. Mi prima conservaba su apartamento en Durham y trabajaba como camarera en uno de esos arenosos restaurantes langosteros... me parece que en Kittery o en Portsmouth. Cuando salía del trabajo, ella y Owen recorrían «la franja» de Hampton Beach en la camioneta tomate. Sus

compañeras de la universidad no estaban, y los dos pasaban todas las noches en el apartamento de Durham, solos. Vivían «como marido y mujer» decía desaprobadora y gélidamente tía Martha, en las raras ocasiones en que lo mencionaba.

Pese a que Owen y Hester vivían como marido y mujer, Noah, Simon y yo nunca estuvimos del todo seguros de si realmente «lo hacían». Simon tenía la certeza de que Hester no podía vivir sin hacerlo, Noah de alguna manera pensaba que lo *habían* hecho... pero que por alguna razón habían dejado de hacerlo. Yo tenía la extraña sensación de que entre ellos *cualquier cosa* era posible: que lo hacían, que siempre lo habían hecho con desenfreno; que nunca lo habían hecho, aunque podían estar haciendo algo peor —o mejor— y que el *verdadero* vínculo entre ellos («lo hicieran» o no) era aún más apasionado y mucho más triste que el sexo. Me sentía aislado de Owen... trabajaba con madera y aspiraba un fresco aire norteño aromatizado de árboles; él trabajaba con granito, sentía el azote del sol en la cantera a cielo abierto, inhalaba polvo de roca y aspiraba dinamita.

En esa época las sierras mecánicas eran relativamente nuevas; en la Eastman Company se usaban, aunque muy selectivamente: eran pesadas y poco manipulables, ni remotamente tan ligeras y potentes como las de nuestros días. En aquellos tiempos, sacábamos los troncos del bosque con un tractor oruga, y la madera solía cortarse con hachas y sierras tronadoras. Cargábamos a mano los troncos en los camiones, con la ayuda de garfios y palancas con gancho; hoy en día, utilizan camiones de autocarga, deslizadores de mandíbula y virutadoras. Noah y Simon me lo han mostrado. Hasta el aserradero ha cambiado: ¡ya no hay serrín! Pero en el 62, descortezábamos los troncos allí y los serrábamos en diversos grados y tamaños de madera, y toda la corteza y el serrín se desperdiciaban; en la actualidad, Noah y Simon llaman a todo eso «residuos forestales» o incluso «energía»: los usan para producir su propia electricidad.

—¿Qué te parece el progreso? —dice siempre Simon.

Ahora somos los adultos que tanta prisa teníamos por llegar a ser; ahora podemos beber toda la cerveza que queremos, sin que nadie nos exija pruebas de nuestra edad. Noah y Simon tienen casa propia —y mujer e hijos— y cuidan admirablemente a tío Alfred y tía Martha, que sigue siendo una mujer encantadora, aunque está bastante canosa; tiene un gran parecido con mi recuerdo de Abuela en el verano del 62.

A tío Alfred le han hecho dos *bypass*, pero está muy bien. La Eastman Company les ha proporcionado a él y a mi tía Martha una larga y buena vida. En muy raras ocasiones mi tía muestra algún vestigio de su antiguo interés por saber quién es o era mi verdadero padre; la última Navidad, en Sawyer Depot, consiguió pescarme a solas un segundo y me dijo:

—¿*Todavía* no lo sabes? A mí puedes decírmelo. ¡Apuesto a que lo sabes! ¿Cómo es posible que *no* hayas descubierto algo... en todo este tiempo?

Me llevé un dedo a los labios, como si estuviera a punto de contarle algo que no quería que oyeran tío Alfred, ni Dan, ni Noah, ni Simon. Tía Martha me dedicó toda su atención... con los ojos brillantes, la sonrisa amplia, expresión traviesa y conspiradora.

—Dan Needham es el mejor padre que puede tener un chico —le susurré.

—Lo sé... Dan es maravilloso —refunfuñó, impaciente: no era eso lo que quería oír.

¿Y de qué podemos hablar Noah, Simon, yo... después de tantos años? Hablamos de lo que Owen «sabía» o creía saber, y hablamos de Hester. ¡Seguiremos hablando de Hester cuando estemos enterrados!

—¡Hester siempre quiere joder! —dice Simon.

—¿Quién podía imaginar que todo esto era *posible*? —pregunta Noah.

Y todas las navidades, tío Alfred o tía Martha dirán:

—Creo que Hester estará en casa la *próxima* Navidad... eso ha dicho.

Y Noah y Simon contestarán:

—Eso es lo que *siempre* dice.

Creo que Hester es la única desdicha de mis tíos. Ya me parecía así en el verano del 62. No la trataban de la misma manera que a Noah y Simon, y ella se lo hacía pagar. ¡Cómo la irritaban! Hester se llevaba la rabia de Sawyer Depot y fuera donde fuese encontraba otras personas y otras cosas donde descargarla.

No creo que Owen albergara irritación, no exactamente. Pero él y Hester compartían cierta sensación de injusticia; había una atmósfera de injusticia que los envolvía a ambos. Owen creía que Dios le había asignado un papel y él se sentía impotente para cambiarlo; el sentido de su propio destino —su convicción de que tenía que cumplir una misión— lo privaba de su capacidad de *diversión*. En el verano del 62, sólo tenía veinte años; pero desde el momento en que le dijeron que Jack Kennedy «se tiraba» a Marilyn Monroe, dejó de hacer cosas por placer. Hester simplemente estaba jodida, nada le importaba un comino. ¡Qué pareja tan deprimente!

Pero en el verano del 62, yo pensaba que tía Martha y tío Alfred eran una pareja *perfecta*, y no obstante me deprimían, precisamente por ser tan felices. En su felicidad, me recordaban el breve período en que mi madre y Dan Needham habían estado juntos... y en lo dichosos que habían sido.

Entretanto, aquel verano no tuve éxito con ninguna chica. Noah y Simon hicieron todo lo que pudieron por mí. Me presentaron a todas las chicas de Loveless Lake. Fue un verano de bañadores secándose en la antena del coche de Noah... y lo más cerca que llegué del sexo fue la visión de las entrepiernas de los bañadores de varias chicas ondeando al viento que azotaba el descapotable, un Chevy 57 negro y blanco, de esos con aletas. Noah me lo dejaba para que fuera al autocine, cuando lograba que una



chica aceptara mi invitación.

—¿Qué tal la peli? —me preguntaba siempre Noah... cuando yo volvía a casa con el coche, siempre demasiado temprano.

—Por la cara que tiene, no se perdió ni un minuto —decía Simon... y tenía razón. Vi desde el primero al último minuto de todas las películas en que tuve una chica al lado. Para mayor vergüenza, Noah y Simon me brindaron infinitas posibilidades de ir a solas con alguna al cobertizo para botes. De noche, el cobertizo tenía fama de ser un motel barato, pero nunca pasé más allá de jugar largamente a los dardos; algunas veces mi chica y yo nos sentábamos en el malecón, acallando todo comentario sobre el espectáculo de las estrellas tenaces y distantes hasta que (por fin) llegaban Noah o Simon y nos liberaban de nuestro torpe tormento.

Empecé a tener miedo... sin comprender por qué.

Georgian Bay: 25 de julio de 1987. Lamentablemente, se puede comprar *The Globe and Mail* y *The Toronto Star* en Pointe au Baril Station. ¡Gracias a Dios, no tienen *The New York Times*! La isla de Georgian Bay, que pertenece a la familia de Katherine Keeling desde 1933 —cuando, según dicen, su abuelo la ganó en una partida de poker—, está a un cuarto de hora en barca desde Pointe au Baril Station; se encuentra en las proximidades de Burnt Island y de Hearts Content Island y de Peesay Point. Creo que se llama Gibson Island u Ormsby Island: en la familia de Katherine hay varios Gibson y varios Ormsby; me parece que Gibson era el apellido de soltera de Katherine, pero se me ha olvidado.

En la isla hay un puñado de casas de madera de cedro ranurada, sin electricidad; toda la energía que necesitan es cómoda y eficazmente proporcionada por el gas propano: las neveras, los calentadores, las cocinas y las lámparas funcionan a propano; las bombonas llegan allí en barca. La isla tiene su propia fosa séptica, tema de frecuente discusión entre las hordas de Keeling y Gibson y Ormsby que almacenan allí sus deposiciones... y que temen una rebelión del sistema.

No me habría gustado nada visitar a los Keeling (ni a los Gibson, ni a los Ormsby) en su isla *antes* de la instalación del sistema séptico; ese período de encuentros a oscuras con arañas en retretes al aire libre, y diversos sobresaltos nocturnos en el mundo íntimo, es otro tema de discusión predilecto entre las familias que comparten la isla todos los veranos. He oído contar, muchas veces, la historia del tío Bulwer Ormsby, cuando fue atacado por un búho en el excusado... que no tenía puerta; «tanto mejor para ventilarlo», afirmaban todos los Keeling y los Gibson y los Ormsby. Tío Bulwer fue picoteado en la coronilla durante un afortunado hiato de lo que habría tenido que ser un acto sumamente privado, y se pegó tal susto con el ataque del cuervo que huyó despavorido del retrete, con los pantalones bajos hasta los tobillos, y se hizo por su cuenta más daño que el que le había hecho el *búho*,

chocando de cabeza contra un pino.

Y cada vez que visito la isla, hay rencillas familiares referentes a qué *tipo* de búho era... o incluso a si *era* un búho. El marido de Katherine, Charlie Keeling, dice que con toda probabilidad era un tábano o una mariposa nocturna. Otros afirman que era una lechuza... pues se sabe que son feroces en la defensa de sus nidos, incluso hasta el punto de atacar a los seres humanos. Otros aseguran que la autonomía de vuelo de una lechuza no se extiende hasta Georgian Bay, y que sin duda era un esmerejón... un *falco columbario*, estos últimos son *muy* agresivos y de noche se los suele confundir con mochuelos.

La compañía de la familia numerosa y amigable de Katherine me resulta reconfortante. Las conversaciones se encaminan hacia anécdotas legendarias en la isla... muchas de las cuales se refieren a actos de valentía o cobardía del período del retrete al aire libre. También son populares algunos encuentros polémicos con la naturaleza; paso mis días más gozosos aquí identificando especies de aves y mamíferos y peces y reptiles y, lamentablemente, insectos; casi ninguno me es conocido.

¿Era eso un visón o una nutria o una rata almizclera? ¿Aquello era un somorgujo o un pato o un ánade negro marino? ¿Pica o muerde o es ponzoñoso? Entre estas distinciones se intercalan preguntas más directas a los niños. ¿Tiraste de la cadena, apagaste el gas, cerraste la puerta de tela metálica, dejaste algún grifo abierto (la bomba funciona con un motor de gasolina), pusiste a secar el bañador y la toalla? Todo me recuerda mis tiempos en Loveless Lake... sin el dolor de salir con chicas; además. Loveless Lake es un estanque de juguete comparado con Georgian Bay. Incluso en el verano del 62, en Loveless Lake pululaban las motoras... y en aquella época, muchas casas de verano descargaban sus aguas residuales directamente en el lago. En Canadá, los llamados grandes espacios abiertos son mucho más grandes y hermosos de lo que nunca fueron —en mis tiempos— en New Hampshire. Pero la resina de pino entre los dedos es igual en todas partes, y los chicos con el pelo mojado todo el día, y los bañadores húmedos, y alguien con una rodilla despellejada, o una espina, y el sonido de los pies descalzos en el muelle... y las disputas, todas las disputas. Me encanta; durante unos días es muy sedante. Casi puedo imaginar que he llevado una vida muy distinta a la real.

Se aprende mucho a través de las delgadas paredes de las casas de verano. Por ejemplo, una vez oí que Charlie Keeling le decía a Katherine que yo era un «homosexual no practicante».

—¿Qué significa *eso*? —le preguntó Katherine.

Contuve el aliento y me esforcé por escuchar la respuesta de Charlie... durante años he querido saber qué *significa* ser un «homosexual no practicante».

—Ya sabes lo que quiero decir, Katherine —replicó Charlie.

—Quieres decir que no lo hace —aventuró Katherine.

—Creo que no —dijo Charlie.

—¿Y que cuando piensa en hacerlo, piensa en hacerlo con hombres? —preguntó Katherine.

—Creo que nunca piensa en eso —contestó Charlie.

—¿Entonces en qué sentido es «homosexual», Charlie?

Charlie suspiró; en las casas de verano, hasta los suspiros se oyen.

—Es bastante atractivo —dijo—. No tiene novia. ¿Ha tenido novia *alguna* vez?

—No veo por qué eso lo convierte en gay —insistió Katherine—. A mí no me parece que lo sea.

—No he dicho que fuera *gay* —matizó Charlie—. Un homosexual que no ejerce, no siempre *sabe* lo que es.

Entonces eso es lo que significa ser un «homosexual no practicante», pensé: ¡significa que no sé *qué* soy!

Todos los días hay una discusión sobre lo que se comerá... y quién cogerá la lancha, o una de las lanchas, e irá a la estación a buscar los alimentos y demás cosas esenciales. La lista de la compra es sumamente elemental.

- gasolina
- pilas
- tiritas
- maíz (poco)
- insecticida
- hamburguesas y bollos (montones)
- huevos
- leche
- harina
- mantequilla
- cerveza (montones)
- fruta (poco)
- bacon
- tomates
- pinzas de ropa (para Prue)
- limones
- cebo vivo

Dejo que los más pequeños me enseñen cómo han aprendido a tripular la lancha. Dejo que Charlie Keeling me lleve de pesca; disfruto realmente pescando róbalos

para el aperitivo... un día al año. Siempre echo una mano en el proyecto más urgente de la isla: los Ormsby necesitan reconstruir su muelle; los Gibson están cambiando tablillas en el techo del cobertizo.

Todos los días me ofrezco como voluntario para ir a la estación; para mí, hacer la compra para una familia numerosa es una delicia... durante unos días. Me llevo a uno o dos chicos, porque en mí se desperdiciaría el placer de conducir la lancha. Y siempre comparto mi habitación con uno de los niños Keeling... mejor dicho, se le impone a un niño el que comparta *su* habitación conmigo. Me quedo dormido escuchando la asombrosa complejidad de la respiración de un niño mientras duerme, de un somorgujo gritando en las aguas oscuras, de las olas lamiendo las rocas. Y por la mañana, mucho antes de que el niño se mueva, oigo a las gaviotas y pienso en la camioneta tomate recorriendo el camino costero entre Hampton Beach y Rye Harbor; oigo a los estridentes cuervos, formados en orden de batalla, cuyas agudas disputas y arengas me recuerdan que al fin y al cabo he despertado en el mundo *real*, en el mundo que conozco.

Por un momento, hasta que los cuervos inician sus chillones litigios, imagino que aquí, en Georgian Bay, he descubierto otra vez lo que antaño se llamaba Nuevo Mundo, he desembarcado trastabillante en la tierra intacta que Watahantowet vendió a mi antepasado. Porque en Georgian Bay es posible imaginar a Norteamérica tal como era... antes de que los Estados Unidos echaran a rodar los mortíferos engaños y la irreflexiva negligencia que prácticamente la han *saqueado*.

Entonces oigo a los cuervos, que me retrotraen al mundo con sus chillidos mutiladores. Me esfuerzo en no pensar en Owen. Trato de hablar con Charlie Keeling sobre las nutrias.

—Tienen una cola larga y aplastada que se asienta horizontalmente en el agua —me explicó Charlie.

—Comprendo —dije. Estábamos sentados en las rocas, en esa parte de la orilla donde uno de los niños dijo que había visto una rata almizclera.

«Era una nutria», le había corregido Charlie.

«Tú no la viste, papi», terció otro de los niños.

De modo que Charlie y yo decidimos esperar a que apareciera. Muchas almejas de agua dulce marcaban la entrada de la madriguera del animalejo en las rocas.

—Una nutria es mucho más rápida que una rata almizclera, en el agua —me explicó Charlie.

—Comprendo —dije.

Así estuvimos una o dos horas, y Charlie me informó que el nivel de las aguas de Georgian Bay —y de todo el lago Hurón— estaba cambiando, que cambia todos los años. Dijo que le preocupaba que la lluvia ácida —de los Estados Unidos— estuviese matando el lago, empezando, como siempre (dijo), por el principio de la cadena

alimenticia.

—Comprendo —dije.

—Las algas han cambiado, ya no pescas lucios como los de antes... y *una* nutria no ha matado a todas esas almejas —concluyó, señalando las conchas.

—Comprendo —dije.

Luego, mientras Charlie meaba —en «la breña», como dicen los canadienses— apareció nadando un animal del tamaño aproximado de un perro beagle pequeño, con una especie de cabeza aplastada y piel marrón oscuro.

—¡Charlie! —grité. El animal se zambulló y no volvió a asomar la cabeza. Uno de los niños apareció instantáneamente a mi lado.

—¿Qué era? —me preguntó.

—No sé.

—¿Tenía la cola aplastada? —gritó Charlie desde la breña.

—Tenía una especie de *cabeza* aplastada —respondí.

—Era una rata almizclera —afirmó uno de los niños.

—Tú no lo viste —dijo su hermana.

—¿Qué clase de *cola* tenía? —preguntó Charlie.

—No vi la cola —reconocí.

—Era *muy* veloz, ¿no? —me preguntó Charlie al emerger de la breña, subiéndose la cremallera de la bragueta.

—Era bastante rápida, me parece —dije.

—Era una nutria —aseguró.

(Me sentí tentado a decirle que era un «homosexual no practicante», pero me contuve).

—¿Has visto al pato? —me preguntó una chiquilla.

—No era ningún pato, imbécil —aclaró su hermano.

—Tú no lo viste... se zambulló —replicó la niña.

—Era un *algo* del sexo femenino —apuntó otro.

—¿Tú qué sabes? —intervino otro crío.

—Yo no vi nada —dije.

—Mira allá... no desvíes la mirada —me indicó Charlie Keeling—. Ha salido en busca de aire —explicó—. Probablemente es un ánade de cola larga o un lavanco o una cerceta de alas azules... si es del sexo femenino.

Los pinos huelen de maravilla, y los líquenes de las rocas huelen de maravilla, y hasta el olor del agua dulce es maravilloso... ¿o es en realidad el olor de alguna *putrefacción* orgánica lo que pasa justo por debajo de la superficie de tanta agua? No sé qué es lo que hace que un lago huela así, pero es una maravilla. Podría preguntarle a la familia Keeling *por qué* el lago huele así, pero prefiero el silencio... me basta con la brisa casi constante entre los pinos, el lametón de las olas, los gritos de las

gaviotas, los chillidos de las golondrinas de mar.

—Ésa es una golondrina *caspiana* —me dijo uno de los varoncitos Keeling—. ¿Ves el pico largo y rojo, ves los pies negros?

—Veo —respondí. Pero no estaba prestando atención a la golondrina; recordé la carta que escribí a Owen Meany en el verano de 1962. Dan Needham me había contado que un domingo lo vio en el gimnasio de Gravesend Academy. Dijo que Owen tenía el balón en la mano, aunque no estaba practicando lanzamientos; se había parado en la línea de tiros libres, con la vista fija en la canasta... ni siquiera botaba la pelota, y no hizo un solo lanzamiento. Dan dijo que le pareció muy extraño.

—Estaba allí *parado*, simplemente —dijo—. Lo estuve observando unos cinco minutos, y no movió un solo músculo... sujetaba el balón y contemplaba la canasta. Es tan menudo que debía de parecerle que estaba a un kilómetro de distancia.

—Seguro que estaba pensando en el tiro —le comenté.

—No le molesté —dijo Dan—. No sé en qué pensaba, pero estaba tan concentrado que no me vio... ni siquiera lo saludé. De todos modos, no creo que me hubiera oído.

Tener noticias tuyas me hizo echar de menos incluso la práctica de ese estúpido tiro; por eso le escribí, claro que sin darle importancia porque... ¿desde cuándo un hombre de veinte años *dice* que echa de menos a su mejor amigo?

«Querido Owen», le escribí. «¿En qué andas? Esto es bastante aburrido. Lo que más me gusta es trabajar en el bosque... en la tala, quiero decir, si no fuera por los moscardones verdes. En el aserradero y en los depósitos hace mucho más calor... pero no hay moscardones verdes. Tío Alfred insiste en que Loveless Lake es “potable”; afirma que hemos tragado tanta agua, que si no lo fuera ya estaríamos muertos. Pero según Noah allí hay muchas más meadas y cagadas que en el océano. Echo de menos la playa, ¿cómo está este verano? ¿Crees que el próximo tu padre me daría trabajo en la cantera?».

Me contestó; no se molestó en empezar con el acostumbrado «Querido John». La Voz tenía su propio estilo, nada rebuscado, estrictamente mayúsculo.

«¿ESTÁS LOCO?», me escribió. «¿QUIERES TRABAJAR EN LAS MINAS? ¿PIENSAS QUE EN UN DEPOSITO DE MADERA HACE CALOR? MI PADRE NO CONTRATA A MUCHA GENTE... Y ESTOY SEGURO DE QUE NO TE PAGARÍA TANTO COMO TU TÍO ALFRED. LO QUE A MI ME PARECE ES QUE ALLÍ NO HAS ENCONTRADO A LA CHICA ADECUADA».

«¿Cómo está Hester?», le pregunté cuando volví a escribirle. «No te olvides de decirle que me encanta su habitación... eso la sacará de quicio. No creo que ella te haya estado ayudando con el tiro... sería una pena que perdieras la práctica. Estabas muy cerca de hacerlo en menos de tres segundos».

Me escribió a vuelta de correo: «MENOS DE TRES SEGUNDOS ES,

DECIDIDAMENTE, POSIBLE. NO HE ESTADO PRACTICANDO PERO PENSAR EN ELLO ES IGUALMENTE ÚTIL. MI PADRE TE CONTRATARA EL PRÓXIMO VERANO... NO SERA DEMASIADO TERRIBLE SI EMPIEZAS DESPACIO, POR EJEMPLO EN LA TIENDA DE MONUMENTOS FUNERARIOS. DICHO SEA DE PASO, LA PLAYA HA ESTADO FABULOSA... MONTONES DE CHICAS GUAPAS, Y CAROLINE O'DAY ME HA PREGUNTADO POR TI. TENDRÍAS QUE VERLA CUANDO NO LLEVA SU UNIFORME DE ST. MICHAEL. VI A DAN EN SU BICI... TENDRÍA QUE PERDER ALGUNOS KILOS. HESTER Y YO PASAMOS UNA TARDE CON TU ABUELA; VIMOS LA CAJA TONTA, POR SUPUESTO, Y TENDRÍAS QUE HABER OÍDO A TU ABUELA OPINANDO SOBRE LA CONFERENCIA DE GINEBRA. DIJO QUE CREERÍA EN LA "NEUTRALIDAD" DE LAOS CUANDO LOS SOVIÉTICOS DECIDIERAN IRSE... A LA LUNA. DIJO QUE CREERÍA EN LOS ACUERDOS DE GINEBRA CUANDO EN LA RUTA HO CHI MINH SOLO QUEDARAN LOROS Y MONOS. NO REPETIRÉ LO QUE DIJO HESTER CUANDO LE COMENTE QUE ESTABAS USANDO SU HABITACIÓN... ES LO MISMO QUE DICE SOBRE SU MADRE Y SU PADRE Y NOAH Y SIMON Y TODAS LAS CHICAS DE LOVELESS LAKE, POR LO QUE CON TODA PROBABILIDAD ESTARÁS FAMILIARIZADO CON ESA EXPRESIÓN».

Le escribí una carta a Caroline O'Day; no me contestó. Corría el mes de agosto de 1962. Recuerdo un día bochornoso... húmedo y con el cielo neblinoso; amenazaba tormenta, pero no se desencadenó. Era un día muy parecido al de la boda de mi madre, antes de la tormenta, lo que Owen y yo llamábamos tiempo típico de Gravesend.

Noah, Simon y yo estábamos talando; los moscardones nos volvían locos y además había mosquitos. Simon era el que se volvía loco con más facilidad; de los tres, era el preferido de los moscardones y los mosquitos. Talar es muy peligroso si eres impaciente; las sierras y las hachas, los garfios y palancas con gancho son herramientas para manos pacientes. Simon se impacientó con su palanca, persiguió a un moscardón verde con el gancho y se lo clavó en la pantorrilla. Se hizo una herida profunda, aunque no grave, de unos diez centímetros de largo. Era necesario darle unos puntos de sutura para cerrar la herida, y aplicarle una inyección antitetánica.

Noah y yo estábamos encantados; hasta Simon, que toleraba muy bien el dolor, estaba contento: la herida significaba que los tres nos largaríamos del bosque. Fuimos en el *jeep* por el sendero, hasta el Chevy de Noah; con éste salimos a la autopista, atravesando Sawyer Depot y Conway, hasta la entrada de urgencias del North Conway Hospital.

En algún sitio, cerca del límite de Maine, había habido un accidente de tráfico, de modo que Simon perdió prioridad en la sala de urgencias; a todos nos pareció bien,

porque cuanto más tardaran en ponerle la antitetánica y los puntos, más tiempo pasaríamos lejos de los moscardones, los mosquitos y el calor. Simon incluso fingió que no sabía si era alérgico a algo; hubo que telefonar a sus padres, lo que significó más tiempo aún. Noah empezó a coquetear con una de las enfermeras; sabía que con un poco de suerte podíamos escaquearnos del trabajo durante el resto del día.

Una de las víctimas menos afectadas del accidente estaba en la sala de espera con nosotros. Era alguien que Noah y Simon conocían vagamente... un ejemplar nada raro en el territorio norteño, uno de esos memos del esquí que no saben qué hacer cuando no hay nieve. Estaba bebiendo cerveza de una botella cuando los coches chocaron; conducía, nos contó, y el cuello de la botella se le había roto en la boca por el impacto: tenía heridas en el paladar, cortes en las encías, y el cuello roto de la botella se le había clavado en la mejilla. Nos mostró orgulloso las laceraciones de la boca y el agujero en la mejilla... limpiándose constantemente la boca y la cara con unas gasas empapadas en sangre, que cada tanto retorció en una toalla también empapada en sangre. Era exactamente el tipo de lunático del territorio norteño que provocaba en Hester su desdén por Sawyer Depot y la llevaba a mantener su residencia en la comunidad universitaria de Durham a lo largo de todo el año.

—¿Habéis oído lo de Marilyn Monroe? —nos preguntó el memo del esquí.

Estábamos preparados para oír un chiste verde... bien obsceno. La sonrisa del memo del esquí era una cuchillada sangrante en su cara, tan repulsiva como la herida abierta en su mejilla. Era un tío lascivo, depravado... nuestra deseada vacación en la sala de urgencias había adquirido un sesgo desagradable. Intentamos hacernos los despistados.

—¿Habéis oído lo de Marilyn Monroe? —insistió. De pronto, tuve la impresión de que no iba a contar un chiste. Quizá sea algo referente a los Kennedy, pensé.

—No. ¿Qué le pasa? —le pregunté.

—Ha muerto —dijo el memo del esquí. Había un placer sádico en su anuncio, su sonrisa parecía bombear la sangre que salía por su boca y por el agujero de la mejilla; pensé que se complacía en lo impresionante de la noticia y que lo estremecía el espectáculo de retorcer su propia sangre de las gasas empapadas sobre la toalla empapada. Desde entonces, vería su cara sangrante cada vez que imaginaba cómo habrían reaccionado Larry Lish y su madre ante esta noticia. ¡Con qué ansia, con qué avidez debieron difundirla! «¿Te has enterado? ¡No me digas que no lo sabes!». ¡El éxtasis de tantas conjeturas y suposiciones arrebataría sus expresiones tan increíblemente como la sangre!

—¿Cómo? —pregunté al memo del esquí.

—Una sobredosis —dijo; parecía decepcionado... como si hubiera esperado algo más sangriento—. Tal vez fue un accidente, tal vez un suicidio —agregó.

Tal vez fueron los Kennedy, pensé. Me dio miedo; al principio, aquel verano, me



había dado miedo algo muy vago. Ahora me asustó algo concreto... aunque mi miedo seguía siendo vago: ¿qué podía tener que ver *conmigo* la muerte de Marilyn Monroe?

—TIENE QUE VER CON *TODOS* —dijo Owen Meany, cuando lo llamé por teléfono esa noche—. ERA COMO EL CONJUNTO DE NUESTRA NACIÓN... YA NO TAN JOVEN, AUNQUE TAMPOCO VIEJA; UN POCO JADEANTE, MUY HERMOSA, QUIZÁS ALGO ESTÚPIDA, QUIZÁ MUCHO MÁS INTELIGENTE DE LO QUE PARECÍA. Y ESTABA BUSCANDO ALGO... CREO QUE QUERÍA SER BUENA.

Y FIJATE EN LOS HOMBRES DE SU VIDA: JOE DIMAGGIO, ARTHUR MILLER, TAL VEZ LOS KENNEDY. ¡FIJATE EN LO BUENOS QUE *PARECEN*! ¡FIJATE EN LO *DESEABLE* QUE ERA ELLA! ESO ERA: DESEABLE. ERA DIVERTIDA Y SEXY...

Y TAMBIÉN VULNERABLE. NUNCA FUE PLENAMENTE FELIZ, SIEMPRE LE SOBRARON ALGUNOS KILOS. ERA IDÉNTICA AL CONJUNTO DE NUESTRA NACIÓN —repitió; estaba lanzado. Oí que Hester tocaba la guitarra en un segundo plano, como si estuviera tratando de improvisar una canción folk con todo lo que él decía— Y ESOS HOMBRES —dijo—, ESOS HOMBRES FAMOSOS, PODEROSOS... ¿LA AMARON REALMENTE? ¿SE OCUPARON DE ELLA? SI ALGUNA VEZ ESTUVO CON LOS KENNEDY, ELLOS NO PODÍAN AMARLA... SOLO LA ESTABAN USANDO, ERAN NEGLIGENTES Y ESTABAN BRINDÁNDOSE A SI MISMOS ALGUNA EMOCIÓN. ESO ES LO QUE LE HACEN LOS HOMBRES PODEROSOS A ESTA NACIÓN: ES HERMOSA, SEXY, JADEANTE, Y LOS HOMBRES PODEROSOS LA USAN PARA BRINDARSE A SI MISMOS UNA EMOCIÓN. DICEN QUE LA AMAN, PERO NO LO SIENTEN. DICEN COSAS PARA PARECER BUENOS... PARA PARECER *MORALES*. ESO ES LO QUE YO PENSABA DE KENNEDY: QUE ERA UN MORALISTA. PERO SOLO NOS ESTABA CAMELANDO, ERA UN BUEN SEDUCTOR. YO LO CREÍA UN SALVADOR. PENSABA QUE QUERÍA USAR SU PODER PARA HACER EL BIEN. PERO LA GENTE ES CAPAZ DE DECIR Y HACER CUALQUIER COSA CON TAL DE CONQUISTAR EL PODER; DESPUÉS LO USAN PARA BRINDARSE UNA EMOCIÓN. MARILYN MONROE SIEMPRE ESTUVO BUSCANDO AL MEJOR... TAL VEZ DESEABA AL MÁS INTEGRO, TAL VEZ DESEABA AL MÁS CAPAZ DE HACER EL BIEN. Y FUE SEDUCIDA, REPETIDAS VECES... LA EMBAUCARON, SE APROVECHARON DE ELLA, LA UTILIZARON, LA *CONSUMIERON*. LO MISMO LE PASO A LA NACIÓN. NUESTRO PAÍS NECESITA UN SALVADOR. ABSORBE A HOMBRES PODEROSOS QUE *PARECEN* BUENOS. CREEMOS QUE SON *MORALISTAS* Y NOS UTILIZAN. ESO ES LO QUE NOS OCURRIRÁ A TI Y A MÍ —dijo Owen Meany— SEREMOS UTILIZADOS.

Georgian Bay: 26 de julio de 1987. *The Toronto Star* dice que el presidente Reagan «encabezó realmente las primeras tentativas de ocultar detalles esenciales de su programa secreto armas-por-rehenes y lo mantuvo vivo después de pasar a ser del dominio público». El periódico agregaba que «posteriormente el presidente hizo declaraciones engañosas acerca de la venta de armas», en cuatro ocasiones distintas.

Owen solía decir que lo más preocupante del movimiento pacifista —contra la guerra de Vietnam— era que, sospechaba, muchos de los manifestantes estaban motivados por intereses personales; pensaba que si no hubiese estado en juego el reclutamiento obligatorio en la cuestión de la guerra, habría habido muy pocas protestas.

Fíjate en los Estados Unidos de hoy, ¿recluían a jóvenes estadounidenses para luchar en Nicaragua? No, todavía no. ¿Se sienten agraviadas *masas* de jóvenes estadounidenses por la superchería y la falacia de la Administración Reagan? Apenas se oye un murmullo.

Sé lo que diría de esto Owen Meany; sé lo que *dijo*... y sigue siendo válido.

—LA ÚNICA MANERA DE LOGRAR QUE LOS ESTADOUNIDENSES SE ENTEREN DE ALGO ES GRAVARLOS CON IMPUESTOS, RECLUTARLOS O MATARLOS —dijo Owen... un día en que Hester propuso la abolición del alistamiento—. SI ELIMINAS EL RECLUTAMIENTO OBLIGATORIO, A LA MAYORÍA DE LOS ESTADOUNIDENSES SENCILLAMENTE DEJARA DE IMPORTARLES LO QUE ESTAMOS HACIENDO EN OTRAS PARTES DEL MUNDO.

Hoy he visto un visón pasar corriendo debajo del cobertizo; tenía un cuerpo esbelto, era ligeramente más grande que una comadreja y avanzaba con los mismos movimientos ondulantes. Su piel era tan espesa y brillante, que instantáneamente recordé a la madre de Larry Lish. ¿Dónde estará ahora?, me pregunté.

Sé dónde está Larry Lish; es un periodista célebre en Nueva York... «un reportero-investigador». He leído algunos artículos suyos; no están mal —siempre fue inteligente— y noto que ha adquirido una calidad necesaria en su voz («necesaria», pienso, si un periodista quiere hacerse un nombre, y tener un público, y así sucesivamente). Larry Lish ha llegado a ser un fariseo, y la calidad de su voz que yo considero «necesaria» es un tono de indignación moral. Larry Lish se ha convertido en un *moralista*. ¡Imagínatelo!

Me pregunto en qué se habrá convertido su madre. Si ha conseguido el marido adecuado —antes de que fuera demasiado tarde—, es posible que también Mitzy Lish se haya convertido en moralista.

En el otoño del 62, cuando Owen Meany y yo iniciamos nuestra vida como

estudiantes de primer curso en la Universidad de New Hampshire, disfrutábamos de ciertas ventajas que nos apartaban de nuestros compañeros más modestos, menos experimentados. No estábamos sujetos a las normas de residencia porque vivíamos en casa; viajábamos todos los días desde Gravesend y nos permitían aparcar nuestros vehículos en el campus, cosa que estaba prohibida a los demás estudiantes de ese curso. En Gravesend, yo dividía el tiempo entre Dan y mi abuela, lo que también era ventajoso en el sentido de que si había una fiesta universitaria hasta altas horas de la noche en Durham, podía decirle a Dan que dormiría en casa de mi abuela, y a ella que iría a dormir con Dan... ¡y no volver a casa! A Owen no le pedían que estuviera en su casa a ninguna hora; teniendo en cuenta que había pasado todas las noches del verano en el apartamento de Hester, me sorprendió que se tomara la molestia de organizar las cosas para vivir con sus padres. No obstante, las compañeras de piso de mi prima habían vuelto; si Owen se quedaba allí, no había ninguna duda de en qué cama pasaba la noche; lo hicieran o no lo hicieran, al menos estaban familiarizados con la íntima cercanía que les imponía el colchón de Hester. Pero una vez comenzadas las clases, Owen no se quedaba a dormir en el apartamento de ella más de una o dos veces por semana.

Las otras ventajas sobre nuestros condiscípulos eran diversas. Nosotros habíamos padecido los rigores de Gravesend Academy; en comparación, el trabajo en la Universidad de New Hampshire era fácil. Yo me beneficié muchísimo, porque —como me había enseñado Owen— lo que necesitaba era más tiempo, principalmente, para cumplir con las tareas asignadas. Lo que me pedían era *tanto* menos de lo que estaba acostumbrado a esperar en la academia que —por fin— tenía tiempo de sobra. Sacaba buenas notas casi sin esforzarme; por vez primera —aunque me llevó dos o tres años— empecé a pensar que era «inteligente». Pero las expectativas relativamente poco exigentes de la universidad tuvieron un efecto muy diferente en Owen Meany.

Era capaz de hacer todo lo que le pedían casi sin intentarlo y se volvió remolón. Rápidamente cayó en la costumbre de sacar las notas justas que necesitaba para satisfacer su «beca» del ROTC; para mi gran sorpresa, obtenía sus mejores calificaciones en los cursos del ROTC... en algo que se llamaba Ciencias Militares. Seguíamos muchos cursos juntos; en Literatura y en Historia, yo sacaba notas más altas que él... ¡La Voz se había vuelto indiferente con su escritura!

—ESTOY DESARROLLANDO UN ESTILO MINIMALISTA —dijo a nuestro profesor de Literatura, quien se había quejado de que Owen nunca se extendiera en un solo tema de ninguno de sus ejercicios; nunca ampliaba más de un solo tema de la cuestión que abordaba—. PRIMERO ME DICE QUE NO PUEDO ESCRIBIR EN MAYÚSCULAS Y AHORA QUIERE QUE «ELABORE EN DETALLE», QUE SEA MÁS «EXPANSIVO». ¿LE PARECE COHERENTE? —preguntó a nuestro

profesor de Literatura—. ¿NO PRETENDERÁ QUE CAMBIE MI PERSONALIDAD, TAMBIÉN?

Si La Voz —en Gravesend Academy— había convencido a la mayoría de los docentes de que sus excentricidades y peculiaridades no sólo eran un derecho individual sino parte inseparable de su brillantez unánimemente reconocida, el claustro más diverso, pero también más especializado de la Universidad de New Hampshire, no estaba en lo más mínimo interesado en «el muchacho integral»; los profesores ni siquiera formaban una comunidad y no compartían la opinión de que Owen Meany era brillante, no mostraban ningún acuerdo general de que sus derechos individuales necesitaran protección, y no toleraban excentricidades y peculiaridades. Las clases que dictaban no estaban destinadas a un desarrollo especial de los estudiantes; sus intereses eran las asignaturas propiamente dichas —sus pasiones correspondían a la política de la universidad, o a sus propios departamentos— y su visión global de nosotros, los estudiantes, era que debíamos adaptarnos a *sus* métodos de *sus* disciplinas de estudio.

Owen Meany, que había sido tan llamativo —toda mi vida, hasta entonces—, pasaba fácilmente inadvertido en la Universidad de New Hampshire. En ninguna de sus clases se destacaba tanto como la camioneta tomate, tan distinguible entre los muchos coches de modelos económicos que la mayoría de los padres compraban a la mayoría de los estudiantes que tenían coche propio: mi abuela, por ejemplo, me había comprado un Volkswagen Escarabajo. En los aparcamientos del campus había tantos VW del mismo año y el mismo color azul marino, que sólo identificaba el mío por su matrícula o por lo que había dejado en el asiento trasero.

Y aunque al principio Owen y yo contamos con la amistad de Hester como una ventaja, su amistad fue otra de las razones por las que Owen Meany se sintió perdido en Durham; Hester tenía montones de amigos entre los alumnos del último año mientras nosotros cursábamos el primero. Esos estudiantes eran los que Owen y yo frecuentábamos; no necesitamos buscar amistades entre nuestros condiscípulos... y cuando Hester y los suyos se graduaron, Owen y yo no teníamos un solo amigo.

En cuanto a lo que me había hecho tener miedo en el verano del 62... fuera lo que fuese ese temor, se vio reemplazado por una especie de desolación, una sensación de aislamiento, aunque sin soledad; la soledad vendría después. Respecto del miedo, cualquiera habría pensado que la crisis de los misiles en Cuba —aquel octubre— sería suficiente; cualquiera habría pensado que eso nos habría dado un susto de infarto, como *siempre* pretende, falsamente, la gente de New Hampshire. Pero Owen nos dijo a Hester y a mí —y a un puñado de parásitos—, en el apartamento de ella:

—NO TEMÁIS. ESTO NO ES GRAN COSA, APENAS UN POCO DE FANFARRONERÍA NUCLEAR. NO PASARA NADA. CREEDME. LO SÉ.

Lo que quería decir era que creía «saber» qué le ocurriría a *él*, que a *él* no lo

cogerían los misiles —ni los de los soviéticos ni los nuestros— y que, fuera lo que fuese, no ocurriría en octubre de 1962.

—¿Cómo sabes *tú* que no pasará nada? —le preguntó alguien. Era el tipo que merodeaba por el apartamento de Hester como si estuviera esperando a que Owen Meany se muriera. Insistía en que Hester leyera *El cuarteto de Alejandría*, en especial *Justine* y *Clea*, que según él había leído cuatro o cinco veces. Hester no era una gran lectora, y yo sólo había leído *Justine*. Owen Meany había leído todo el cuarteto y nos había aconsejado a Hester y a mí que no nos tomáramos la molestia de leer las tres últimas novelas.

—TRES CUARTOS DE LO MISMO, Y NO TAN BIEN ESCRITO —decía Owen—. UN LIBRO SOBRE EL SEXO EN UNA ATMÓSFERA EXÓTICA ES SUFICIENTE.

—¿Qué sabes *tú* del «sexo en una atmósfera exótica»? —le había preguntado el amante del cuarteto. Owen no le había contestado. Sin duda sabía que el tipo era un rival en el afecto de Hester; también sabía que a los rivales se los mata con la indiferencia.

—¡Eh, tú! —gritó el tío a Owen—. Te estoy hablando *a ti*. ¿Qué te hace pensar que sabes que no habrá guerra?

—BIEN, HABRÁ GUERRA, DE ACUERDO —reconoció Owen Meany—. PERO NO AHORA... NO POR LO DE CUBA. O JRUSCHOV RETIRARA LOS MISILES DE CUBA O KENNEDY LE OFRECERÁ ALGO QUE LO AYUDARA A SALVAR LAS APARIENCIAS.

—Este pequeñín lo sabe todo —dijo el tío.

—No lo lames «pequeñín» —intervino Hester—. Tiene el pene más grande *del mundo*. Y si hay uno más grande, no quiero conocerlo.

—NO ES NECESARIO SER GROSERAS —dijo Owen Meany.

Fue la última vez que vi al tío que quería que Hester leyera *El cuarteto de Alejandría*. He de confesar que en las duchas del gimnasio de Gravesend Academy —después de practicar el tiro—, yo *había* notado que la pilila de Owen era especialmente grande; al menos era desproporcionadamente grande. ¡Comparada con el resto de su cuerpo, era *enorme*!

Mi primo Simon, cuya pilila era bastante pequeña —tal vez debido a la violencia que había ejercido Hester en ella durante la infancia—, afirmó una vez que las pililas pequeñas crecían mucho, muchísimo, cuando estaban en erección; las pililas grandes, dijo, nunca crecían tanto cuando se empinaban. He de confesar que lo ignoro: no tengo una teoría de la pilila tan precisa y optimista como la de Simon. La única vez que vi a Owen Meany con una erección, estaba envuelto en pañales: sólo era un Niño Jesús de once años; aunque su erección fue sumamente inadecuada, no la juzgué asombrosa.

En cuanto al tiro, Owen y yo éramos culpables de falta de práctica; a finales de nuestro primer curso, en el verano de 1963 —¡habíamos cumplido veintiún años, por fin habíamos alcanzado la edad legal para beber!— teníamos problemas para realizar el mate en menos de *cinco* segundos. Tuvimos que trabajar en el tiro todo el verano... sólo para volver al punto de partida, para volver a batir los cuatro segundos. Fue el verano en que se manifestaron los budistas en Vietnam: los bonzos se prendían fuego. Fue el verano en que Owen dijo: «¿QUÉ HACE UN CATÓLICO COMO PRESIDENTE DE UN PAÍS DE BUDISTAS?». Fue el verano en que al presidente Diem le quedaba poco tiempo en este mundo; al presidente John F. Kennedy tampoco le quedaba mucho. Y fue el primer verano que entré a trabajar en la Meany Granite Company.

Me hacía ilusión trabajar para Mr. Meany, y él también estaba ilusionado. Me había sido ampliamente demostrado quién mandaba a quién en esa familia. Tendría que haber sabido, desde el principio, que Owen estaba a cargo de todo.

—MI PADRE QUIERE QUE EMPIECES EN LA TIENDA DE MONUMENTOS FUNERARIOS —me dijo—. EMPEZARAS POR UNA COMPRENSIÓN DEL PRODUCTO ACABADO... EN ESTE OFICIO, ES MÁS FÁCIL COMENZAR POR LO MÁS SUTIL. LO COMPLICADO ES SACAR LA MATERIA PRIMA DE LA CANTERA. ESPERO QUE NO PIENSES QUE ESTOY SIENDO CONDESCENDIENTE, PERO TRABAJAR CON EL GRANITO SE PARECE MUCHO A ESCRIBIR UN ENSAYO TRIMESTRAL... LO QUE PUEDE MATARTE ES EL PRIMER BORRADOR. UNA VEZ QUE LLEGA UNA BUENA MATERIA PRIMA AL TALLER DE LA TIENDA, EL TRABAJO FINO ES FÁCIL: CORTAR LA PIEDRA, GRABAR LAS LETRAS... BASTA CON QUE SEAS DELICADO. TODO CONSISTE EL ALISAR Y PULIR... HAY QUE HACERLO LENTAMENTE.

»NO TENGAS PRISA POR TRABAJAR EN LAS MINAS. EN EL TALLER DE LA TIENDA, AL MENOS EL TAMAÑO Y EL PESO DE LA PIEDRA SON MANEJABLES... TRABAJAS CON HERRAMIENTAS MÁS PEQUEÑAS Y HACES UN PRODUCTO DE MENOR DIMENSIÓN. ADEMÁS, EN LA TIENDA, CADA DÍA ES DISTINTO; NUNCA SABES HASTA QUE PUNTO ESTARÁS OCUPADO... CASI NADIE SE MUERE SEGÚN UN PLAN RIGUROSO, LA MAYORÍA DE LAS FAMILIAS NO ENCARGAN LAS LAPIDAS POR ANTICIPADO.

No dudo de que estaba auténticamente preocupado por mi seguridad, y no ignoro que sabía todo lo que hay que saber sobre el granito; era sensato desarrollar una sensibilidad por la piedra —en una escala menor y más refinada— antes de ir al encuentro de su tamaño y peso intimidatorios en la mina. Los canteros, el señalero, el que maneja la grúa, los perforadores de barra de canal y los dinamiteros, e incluso los

aserradores que tenían que manipular la roca antes de que se cortara del tamaño adecuado para un monumento... a *todos* los hombres que trabajaban en las canteras se les concedía un margen de error menos generoso que a los que cumplíamos nuestra labor en el taller de la tienda. Aun así, en mi opinión, fue algo más que prudencia lo que motivó a Owen a *mantenerme* trabajando en la tienda de monumentos funerarios todo el verano del 63. Por un lado, yo quería tener músculos y el trabajo físico en el taller de la tienda era mucho menos intenso que el de maderero con mi tío Alfred. Por otro lado, envidiaba a Owen el bronceado: él trabajaba en las canteras, salvo cuando llovía; los días lluviosos trabajaba en la tienda, conmigo. Y lo sacábamos de las canteras cada vez que alguien encargaba una lápida; Owen insistía en que él y sólo él se ocuparía de eso... y cuando el pedido no lo hacía una casa de pompas fúnebres, cuando el cliente era miembro de la familia o amigo íntimo de la familia, todos agradecíamos que Owen quisiera ocuparse personalmente.

Hacía muy bien su papel... era respetuoso con el dolor, mostraba mucho tacto (y al mismo tiempo lograba ser *sumamente* específico). No quiero decir que se tratara simplemente de escribir el nombre correctamente y verificar dos veces la fecha de nacimiento y la de muerte; quiero decir que la personalidad del fallecido se discutiera en profundidad: Owen no quería nada inferior a un monumento CORRECTO, a un monumento COMPATIBLE. Se tomaba en consideración la estética del difunto; el tamaño, la forma y el color de la piedra sólo eran los borradores de la profesión; Owen quería conocer los gustos de los deudos que verían la lápida más de una vez. Jamás vi a un cliente descontento con el producto final; lamentablemente —para las empresas de Meany Granite—, tampoco vi nunca *muchos* compradores.

—NO SEAS PRESUNTUOSO —me dijo Owen cuando me quejé por lo prolongado de mi aprendizaje en la tienda— SI ESTÁS EN EL FONDO DE UNA CANTERA PENSANDO EN PONERTE MORENO, O EN TUS ESTÚPIDOS MÚSCULOS, TERMINARAS ENTERRADO DEBAJO DE DIEZ TONELADAS DE GRANITO. ADEMÁS, MI PADRE OPINA QUE LO ESTÁS HACIENDO MUY BIEN CON LAS LAPIDAS.

Pero no creo que Mr. Meany se enterara del trabajo que yo estaba haciendo con los monumentos; sólo en agosto apareció por allí y pareció sorprendido al verme... pero siempre decía lo mismo cuando me encontraba. «¡Vaya, si es Johnny Wheelwright!», había dicho siempre.

Y cuando no llovía —o cuando no se estaba ocupando personalmente de un cliente— Owen sólo se presentaba en la tienda si había que hacer un corte especialmente difícil, una lápida muy complicada, una forma compleja, muchas curvas cerradas y ángulos agudos, etc. Las familias típicas de Gravesend eran sencillas y austeras ante la muerte; recibíamos muy pocos pedidos de piedra de albardilla elaborada, menos aún de arcos con sobrelomos, y ninguna de querubines

descendiendo por molinetes como los de las barberías. Era una lástima, porque ver a Owen trabajando con la muela adiamantada era ser testigo del arte de la escultura. No había nadie tan preciso como Owen Meany con la muela adiamantada.

Una muela adiamantada es similar a una sierra de brazo radial, una sierra para madera que yo conocía del aserradero de mi tío; una muela adiamantada es una sierra de mesa, pero la hoja no forma parte de la mesa... la hoja, que es una rueda impregnada en diamantes, baja *hasta* la mesa en una grúa de pórtico. La hoja de la rueda tiene unos sesenta centímetros de diámetro y está tachonada (o «sembrada») de segmentos diamantinos, que son trocitos de diamante de apenas un centímetro y cuarto de largo y la mitad de ancho. Cuando la hoja baja sobre el granito, atraviesa la piedra en un ángulo predeterminado y penetra en un bloque de madera. Es una hoja muy afilada, que hace un corte exacto y pulido; resulta perfecta para hacer los bordes precisos y pulimentados de la parte superior y los lados de las losas: al igual que un escalpelo, no comete errores, o sólo está sometida a las equivocaciones del usuario. En comparación con otras sierras de la industria granítica, es una herramienta tan fina y delicada que ni siquiera se la denomina sierra... siempre ha sido llamada «muela adiamantada». Atraviesa el granito con tan poca resistencia que el sonido es mucho menos estrepitoso que el de las sierras para madera de alta potencia; una muela adiamantada emite un único grito agudo... muy lastimero. Owen Meany decía:

—UNA MUELA ADIAMANTADA HACE QUE UNA LAPIDA SUENE COMO SI LA PIEDRA MISMA ESTUVIERA DE LUTO.

Piensa en el tiempo que Owen pasaba en esa horripilante tienda de monumentos funerarios de Water Street, rodeado de inscripciones incompletas de los nombres de los muertos... ¿es de extrañar que *VIERA* su propio nombre y la fecha de su muerte en la tumba de Scrooge? No. ¡Lo extraño es que *NO VIERA* cosas tan espeluznantes todos los días! Y cuando se ponía esas disparatadas gafas protectoras para bajar la muela adiamantada hasta la posición de corte, el grito hondamente firme de la hoja debía de recordarle el «grito permanente» que era su propia voz invariable... para usar la expresión de Mr. McSwiney. Después del verano que pasé en la tienda de monumentos, supe apreciar lo que debía de atraer a Owen en la quietud de las iglesias, la paz de la oración, la serena cadencia de himnos y letanías... e incluso el simplista ritual de practicar el tiro.

En cuanto al resto del verano de 1963 —cuando los budistas de Vietnam se prendían fuego y les quedaba poco tiempo a los Kennedy—, Hester estaba trabajando otra vez de camarera en un restaurante langostero.

—Para eso sirve una licenciatura en Música —decía mi prima.

Por fin comprendí a qué aludía Owen Meany cuando decía de Randy White:

—ME GUSTARÍA TENERLO BAJO LA MUELA ADIAMANTADA... ME BASTARÍAN UNOS SEGUNDOS. ME ENCANTARÍA PONER SU *PILILA* BAJO



## LA MUELA ADIAMANTADA.

Y hablando de *pililas* —de la mía en particular—, desaproveché otro verano. La Iglesia Católica tenía motivos para sentirse orgullosa de la inexpugnable virtud de Caroline O’Day, con o sin uniforme de St. Michael; y cualquier iglesia podía enorgullecerse de la virtud de muchísimas más: todas eran virtuosas conmigo. Palpé fugazmente el pecho desnudo de alguien —una sola vez y fue accidental—, una noche calurosa que fuimos a nadar a la playa de Little Boar’s Head y la fosforescencia, a mis ojos, era especialmente seductora. La chica era una compañera de música de Hester, y en la camioneta tomate, en el camino de regreso a Durham, mi prima se ofreció voluntariamente a sentarse en mis rodillas, porque la otra estaba sumamente disgustada por mis torpes avances de aficionado.

—Oye, siéntate tú en el medio, yo me sentaré en sus rodillas —le dijo a su amiga—. Ya he sentido su tonta erección antes, y no me molesta.

—NO ES NECESARIO SER GROSERA —dijo Owen Meany.

Así fuimos desde Little Boar’s Head hasta Durham, con Hester en mis rodillas... una vez más humillado por mi erección. Pensé que sin duda unos pocos segundos bajo la muela adiamantada bastarían para *mí*; y si alguien ponía mi pilila bajo la muela, no me parecía una gran pérdida.

Tenía veintiún años y seguía siendo casto; entonces era un casto José, y lo sigo siendo.

Georgian Bay: 27 de julio de 1987. ¿Por qué no puedo gozar de todo lo que la naturaleza me ofrece aquí? Engatusé a uno de los niños Keeling para que me llevara en una lancha hasta Pointe au Baril Station. Milagrosamente, en la isla nadie necesitaba nada de la estación: ni un huevo, ni un trozo de carne, ni una pastilla de jabón; ni siquiera cebo vivo. Yo era el único que necesitaba algo; «necesitaba» un diario, me avergüenza decirlo. La necesidad de conocer las noticias es una debilidad, algo mucho peor que otras adicciones, una dolencia especialmente debilitante.

*The Toronto Star* decía que la Casa Blanca estaba tan frustrada por el Congreso y el Pentágono que se había creado un pequeño grupo de fuerzas especiales del estamento militar; también informaba que las auténticas tropas de los Estados Unidos en servicio activo dispararon con misiles y artillería contra soldados nicaragüenses... sin que lo supiera el Congreso ni el Pentágono. ¿Por qué los estadounidenses no están tan asqueados —tan hartos— de sí mismos como todo el mundo? ¡Cuánta palabrería sobre la democracia, cuánta conducta patentemente antidemocrática! ¡Tengo que dejar de leer estas necedades! Esos titulares pueden hacerte papilla los sesos... y son titulares que dentro de un año parecerán casi olvidables o, en caso de recordarlos, meramente pintorescos. Vivo en Canadá, tengo pasaporte canadiense: ¿por qué pierdo el tiempo ocupándome de lo que hacen los estadounidenses, sobre todo teniendo en

cuenta que a ellos les da igual?

Trataré de interesarme por algo más cósmico... algo más universal, aunque sospecho que la absoluta falta de integridad del gobierno es «universal», ¿verdad?

En *The Toronto Star* había otro artículo, más adecuado a la visión paradisíaca del universo que puede gozarse desde Georgian Bay. Hablaba de los agujeros negros; los científicos dicen que los agujeros negros pueden tragarse dos galaxias enteras. El artículo trataba del potencial «colapso del sistema estelar». ¿Puede haber algo más importante que eso?

Presta atención a esto: «Los agujeros negros son concentraciones de materia tan densas que colapsan sobre sí mismas. Nada, por muy ligero que sea, puede escapar a la intensa atracción de sus campos gravitatorios». ¡Imagínate eso! Ni siquiera *la luz*... ¡Dios mío! Anuncié la novedad a la familia Keeling, pero uno de los hijos medianos —una especie de lumbrera en el estudio de las ciencias— me respondió con bastante descortesía.

—Sí —dijo—, pero todos los agujeros negros están a unos dos millones de años luz de distancia de la Tierra. Y pensé:

Aproximadamente a la misma distancia que está Owen Meany de la Tierra; aproximadamente a la misma distancia que me gustaría estar a mí de la Tierra.

¿Y dónde está hoy J. F. K.? ¿A qué distancia está?

El 22 de noviembre de 1963, Owen Meany y yo nos encontrábamos en mi habitación de 80 Front Street, estudiando para un examen de Geología. Yo estaba furioso con él por haberme manipulado hasta lograr que me inscribiera en Geología, cuya auténtica naturaleza quedaba oculta —en la Universidad de New Hampshire— en el catálogo del plan de estudios bajo el título, de inspiración *hippie*, de Ciencias de la Tierra. Owen me había llevado a pensar que el curso sería un medio fácil para satisfacer una parte de lo que nos exigían en ciencias: él sabía todo lo que hay que saber sobre rocas, me aseguró, y el resto del curso trataría de fósiles.

—¡SERA COJONUDO ENTERARNOS DE LA VIDA DE LOS DINOSAURIOS! —había dicho, y logró seducirme. Pasamos menos de una semana con los dinosaurios... y con los fósiles mucho menos del que pasamos aprendiendo los horrendos nombres de las eras geológicas. Para colmo, en realidad Owen Meany no sabía distinguir un esquisto metamórfico de una intrusión ígnea... a menos que esta última fuese granito.

El 22 de noviembre de 1963, yo acababa de confundir la época paleocena con la pleistocénica, y estaba más confundido aún por las diferencias entre una época y una era.

—La cenozoica es una *ERA*, ¿no? —le pregunté.

—¿A QUIEN LE IMPORTA? —me contestó Owen Meany—. PUEDES

OLVIDAR ESA PARTE. Y PUEDES OLVIDARTE DE TODO LO QUE SEA TAN AMPLIO COMO EL TERCIARIO Y EL CUATERNARIO... ES DEMASIADO AMPLIO. LO QUE TIENES QUE APRENDER ES MÁS ESPECÍFICO, HAS DE SABER QUE CARACTERIZA A UNA ÉPOCA... POR EJEMPLO, ¿QUÉ ÉPOCA SE CARACTERIZA POR EL FLORECIMIENTO DE LOS PÁJAROS Y LOS MAMÍFEROS PLACENTARIOS?

—¡Caray! ¿Cómo me he dejado convencer de que me metieras en esto? —fue mi respuesta.

—PRESTA ATENCIÓN. HAY MÉTODOS PARA RECORDAR CUALQUIER COSA. PARA QUE TE ACUERDES DE *PLEISTOCENO* BASTA CON QUE RECUERDES QUE ESTA ÉPOCA SE CARACTERIZO POR LA APARICIÓN DEL HOMBRE Y LA EXTENSIÓN DE LOS HIELOS GLACIALES... RECUERDA LA PALABRA *HIELOS*, CUYAS LETRAS APARECEN TODAS EN PLEISTOCENO, MENOS LA HACHE.

—¡Dios mío! —exclamé.

—SOLO ESTOY TRATANDO DE AYUDARTE A RECORDAR —dijo Owen—. SI CONFUNDES EL FLORECIMIENTO DE LAS AVES Y LOS MAMÍFEROS PLACENTARIOS CON LA PRIMERA APARICIÓN DEL *HOMBRE*, ERRARAS EN UNOS SESENTA MILLONES DE AÑOS... ¡ESTARÁS COMETIENDO UN ERROR GARRAFAL!

—El mayor error que he cometido ha sido apuntarme en Geología —afirmé. Imprevistamente apareció Ethel en mi habitación; no la habíamos oído llamar ni abrir la puerta... a propósito, no recuerdo haberla visto en mi habitación antes (ni después).

—Tu abuela quiere verte en la sala de la tele —dijo.

—¿LE PASA ALGO AL APARATO? —le preguntó Owen.

—Le pasa algo al presidente —dijo Ethel.

Cuando nos enteramos de qué le pasaba a Kennedy —cuando vimos que le disparaban y, más tarde, cuando supimos que había muerto—, Owen Meany dijo:

—SI APARECIMOS EN EL PLEISTOCENO, SOSPECHO QUE ESTE ES EL MOMENTO EN QUE *DESAPARECEREMOS*... SUPONGO QUE UN MILLÓN DE AÑOS DEL HOMBRE ES SUFICIENTE.

Con la muerte de Kennedy fuimos testigos del triunfo de la televisión; lo que vimos con su asesinato, y con su funeral, fue el inicio del dominio de la televisión sobre nuestra cultura... porque la tele es más solemnemente autogratificante e hipnótica cuando muestra la muerte inoportuna de los elegidos y los meritorios. Es como testigo de la carnicería de los héroes en la flor de la vida —y de todos los inocentes aparentemente santos— que la televisión alcanza su más deplorable grandeza. La sangre en la ropa de Mrs. Kennedy y su rostro estragado bajo el velo; los niños huérfanos de padre; LBJ jurando el cargo; el hermano Bobby... con aspecto

de ser el siguiente de la lista.

—SI BOBBY ERA EL SIGUIENTE PARA MARILYN MONROE, ¿EN QUE MÁS ES EL SIGUIENTE? —preguntó en voz alta Owen Meany.

Menos de cinco años más tarde, cuando asesinaron a Bobby Kennedy, Hester dijo:

—La televisión proporciona buenos desastres —supongo que ésta sólo era una versión más vulgar de la observación de mi abuela sobre el efecto de la tele en los viejos: verla apresuraría su muerte. Aunque ver televisión no apresura la muerte, sin duda logra que parezca atractiva. La sentimentaliza y la vuelve tan romántica que logra que los vivos sientan que se han perdido algo... por el mero hecho de seguir vivos.

En 80 Front Street, aquel noviembre del 63, mi abuela, Owen Meany y yo vimos durante horas enteras cómo mataban al presidente; durante *días* enteros vimos cómo lo mataban y volvían a matarlo, repetidas veces.

—YA ENTIENDO —dijo Owen Meany—. SI UN MANIACO TE ASESINA, INSTANTÁNEAMENTE TE CONViertes EN UN HÉROE... AUNQUE SOLO ESTUVIERAS PASEANDO EN UN DESFILE DE AUTOMÓVILES.

—Ojalá un maníaco me asesinara *a mí* —dijo mi abuela.

—¡MISSUS WHEELWRIGHT! ¿QUÉ QUIERE DECIR? —preguntó Owen.

—Quiero decir que por qué no puede un maníaco asesinar a una persona *vieja*... como yo —dijo mi abuela—. Preferiría ser asesinada por un maníaco antes que verme obligada a abandonar mi hogar... y eso es lo que me *ocurrirá*. Tal vez Dan, tal vez Martha... tal vez *tú* —me dijo con tono acusador—. Uno de vosotros, o todos... me obligaréis a abandonar esta casa. Me pondréis en un sitio con un puñado de viejos *locos*. Y preferiría ser asesinada por un maníaco... eso es lo que quiero decir. Algún día, Ethel no estará en condiciones de... ¡algún día serán necesarias *cien* Ethels sólo para limpiar lo que yo ensucio! Algún día, ni siquiera *tú* querrás ver televisión conmigo —le dijo a Owen—. Algún día —me dijo a mí—, vendrás a visitarme y ni siquiera sabré quién eres. ¿Por qué no educa alguien a los maníacos para que asesinen a los *viejos* y dejen en paz a los jóvenes? ¡Qué *desperdicio*! —gritó. Mucha gente decía lo mismo sobre la muerte del presidente Kennedy... aunque con un significado ligeramente distinto, por supuesto—. Seré una idiota incontinente —afirmó y miró a los ojos a Owen Meany—. ¿No preferirías *tú* ser asesinado por un maníaco? —le preguntó.

—SI *SIRVIERA* DE ALGO... SI, LO PREFERIRÍA —contestó Owen Meany.

—Creo que hemos estado viendo demasiada televisión —interviene.

—Para eso no hay remedio —dijo mi abuela.

Pero después del asesinato del presidente Kennedy, tuve la impresión de que tampoco había «remedio» para Owen Meany; sucumbió a un estado de ánimo del que

no quería hablar conmigo: entró en una visible decadencia de la comunicación. Yo solía ver aparcada la camioneta tomate detrás de la sacristía de Hurd's Church; Owen se había mantenido en contacto con el reverendo Lewis Merrill, cuya silenciosa y prolongada oración por Owen le había hecho ganar el respeto de los profesores y estudiantes de Gravesend. El pastor Merrill siempre había «caído simpático», pero antes de su oración nadie lo respetaba. Estoy seguro de que Owen también se sentía agradecido por su gesto... aunque hubiera sido fruto de un esfuerzo y no un paso dado por propia iniciativa. Pero después de la muerte de J. F. K., Owen parecía verlo más a menudo y nunca me contaba de qué hablaban. Quizá de Marilyn Monroe y los Kennedy. Hablaban del «sueño», supongo; pero yo aún no había logrado que Owen Meany me lo contara.

—¿Qué es eso que he oído decir de un *sueño* que se repite? —le pregunté una vez.

—NO SÉ QUE ES LO QUE HAS OÍDO DECIR.

Y poco antes de Nochevieja, le pregunté a Hester si *ella* sabía algo de un sueño. Mi prima llevaba unas copas encima; estaba empezando a caer en su estado de vomitadora, pero rara vez alguien la pescaba con la guardia baja. Me miró con suspicacia.

—¿Qué sabes *tú*? —me preguntó.

—Sólo sé que tiene un sueño... y que lo fastidia —agregué.

—Yo sólo sé que me fastidia *a mí* —dijo—. *Me* despierta... cuando lo sueña. Y no me gusta mirarlo mientras lo sueña, ni después. ¡No me preguntes *a mí* en qué consiste! Pero estoy en condiciones de decirte algo: es mejor que no lo sepas.

De vez en cuando veía la camioneta tomate aparcada en St. Michael... no en la escuela, sino en el bordillo de la rectoría de la *Iglesia Católica* de St. Michael. Me figuraba que conversaba con el padre Findley; tal vez porque Kennedy había sido católico, tal vez porque le habían exigido un diálogo continuo con el padre Findley... en lugar de obligarlo a compensar a la Iglesia Católica por el daño causado a María Magdalena.

—¿Cómo van las cosas con el padre Findley? —le pregunté una vez.

—CREO QUE TIENE BUENAS INTENCIONES —replicó Owen prudentemente—. PERO EN CUESTIÓN DE FE HAY UN OBSTÁCULO INSALVABLE PARA ÉL, POR SU FORMACIÓN CATÓLICA. NO CREO QUE NUNCA LLEGUE A COMPRENDER LA *MAGNITUD*... EL AGRAVIO INCALIFICABLE... —se interrumpió.

—¿Qué? Estabas diciendo... el agravio incalificable... ¿te refieres al que infligieron a tus padres?

—EL PADRE FINDLEY NO PUEDE ENTENDER, SENCILLAMENTE, CUANTO LOS HICIERON SUFRIR.

—Ah, comprendo —dije, en broma, por supuesto. Pero Owen Meany no captó mi sentido del humor, o no tenía la menor intención de ser más claro en esta cuestión—. ¿Pero te *gusta* el padre Findley? —le pregunté—. O algo parecido, quiero decir... has dicho que tiene buenas intenciones. Te gusta hablar con él... supongo.

—RESULTA QUE ES IMPOSIBLE VOLVER A DEJAR A MARÍA MAGDALENA TAL COMO ESTABA... ME REFIERO A LA ESTATUA —dijo—. MI PADRE CONOCE UNA EMPRESA QUE HACE SANTOS Y OTRAS FIGURAS SAGRADAS... EN GRANITO, ME REFIERO. PERO SUS PRECIOS SON DESORBITADOS. EL PADRE FINDLEY HA SIDO MUY PACIENTE. ESTOY TRATANDO DE CONSEGUIRLE UN BUEN GRANITO... Y A ALGUIEN QUE ESCULPA ESTOS SANTOS UN POCO MÁS BARATOS, Y LOS HAGA UN POCO MÁS PERSONALES... YA SABES, NO SIEMPRE EL MISMO GESTO DE SUPLICA, PARA QUE NO TODOS PAREZCAN PORDIOSEROS. LE HE DICHO AL PADRE FINDLEY QUE PUEDO HACER UN PEDESTAL MUCHO MEJOR QUE EL QUE TIENE Y HE ESTADO TRATANDO DE CONVENCERLO DE QUE QUITE ESA ESTÚPIDA ARCADA... SI NO PARECIERA UNA GUARDAMETA EN SU PORTERÍA, TAL VEZ LOS CHICOS NO SE DEDICARAN A ATACARLA. YA SABES LO QUE QUIERO DECIR.

—¡Han pasado casi dos años! —me asombré—. No sabía que *todavía* estabas comprometido en la restitución de María Magdalena... no sabía que estuvieses *tan* comprometido —añadí.

—BIEN, ALGUIEN TIENE QUE HACERSE CARGO —respondió—. EL PADRE FINDLEY ME HIZO UN FAVOR... NO ME GUSTA NADA QUE ESOS COMERCIANTES SE APROVECHEN DE ÉL. SI ALGUIEN NECESITA UN SANTO O UNA FIGURA SAGRADA DEPRISA, ¿SABES LO QUE HACEN? TE LO COBRAN A PRECIO DE ORO, O TE DEJAN ESPERANDO ETERNAMENTE... SE CREEN QUE TE TIENEN AGARRADO DE LAS BOLAS. ¿Y QUIÉN PUEDE PERMITIRSE EL LUJO DEL *MÁRMOL*? SOLO ESTOY TRATANDO DE DEVOLVER UN FAVOR.

Me pregunté si de paso le hablaría del sueño al padre Findley. Me molestaba que se viera con alguien a quien yo ni siquiera conocía... y que quizás hablara con esa persona de cosas que no mencionaba conmigo. Supongo que es lo mismo que me molestaba de Hester... y hasta el reverendo Merrill empezó a irritarme. No me lo encontraba a menudo, aunque él asistía regularmente a los ensayos y funciones de los Gravesend Players... pero cada vez que nos veíamos, me miraba como si supiera algo de mí (como si Owen le hubiese estado hablando de *mí*, como si *yo* apareciera en el maldito sueño de Owen), o eso imaginaba.

En mi opinión, 1964 no fue un año muy interesante. El general Greene sustituyó al general Shoup; Owen me contaba muchas noticias de los militares; como buen

estudiante del ROTC, se enorgullecía en saber estas cuestiones. El presidente Johnson ordenó la retirada de contingentes estadounidenses de Vietnam del Sur.

—EN TÉRMINOS GENERALES, NO ES UNA SEÑAL OPTIMISTA —dijo Owen Meany. Si bien la mayoría de sus profesores en la Universidad de New Hampshire lo encontraban menos que brillante, sus profesores de Ciencias Militares estaban encantados con él.

Fue el año en que el almirante Sharp sustituyó al almirante Felt, en que el general Westmoreland sustituyó al general Harkins, en que el general Wheeler sustituyó al general Taylor, en que el general Johnson sustituyó al general Wheeler... en que el general Taylor sustituyó a Henry Cabot Lodge como embajador de los Estados Unidos en Vietnam.

—SE ESTÁN COCINANDO MUCHAS COSAS —dijo Owen Meany. Fue el año de la Resolución del Golfo de Tonkin, que llevó a Owen a preguntar: «¿SIGNIFICA ESO QUE EL PRESIDENTE PUEDE DECLARAR UNA GUERRA SIN DECLARARLA?». Fue el año en que el promedio de Owen resultó inferior al mío; pero en Ciencias Militares, sus notas eran perfectas.

Incluso el verano del 64 fue poco interesante... si exceptuamos que culminó la sustitución de María Magdalena, ahora firmemente asentada en el formidable pedestal de Owen Meany en el patio de St. Michael, más de dos años después del ataque a su predecesora.

—ERES MUY POCO OBSERVADOR —me dijo mi amigo—. ¡LA GUARDAMETA HA FALTADO DE SU PORTERÍA DURANTE DOS AÑOS Y NI SIQUIERA HAS NOTADO SU REAPARICIÓN!

Lo que sí noté enseguida fue que había convencido al padre Findley para que quitara la portería. La arcada de piedra encalada había desaparecido... lo mismo que la idea de encalar. La nueva María Magdalena era gris granito, gris lápida, un color que Owen Meany denominaba NATURAL. Su cara, como su color, se veía algo abatida, casi apologética; además, no tenía los brazos extendidos en evidente actitud de súplica... más bien, tenía las manos unidas ante sus delgados pechos, y apenas emergían de las mangas de su túnica, que caía informe por su cuerpo hasta los pequeños pies descalzos, grises. En conjunto, parecía demasiado gazmoña para ser una exprostituta... y excesivamente privada de expresión gestual para ser una santa. No obstante, irradiaba cierta aquiescencia; parecía tan fácil congeniar con ella como con mi madre.

Y el pedestal sobre el que Owen la había aposentado —en contraste con el acabado áspero de la mismísima María Magdalena (el granito nunca es tan liso como el mármol)— lucía muy pulido, exquisitamente biselado; Owen había cortado muy finos los bordes con la muela adiamantada, creando la impresión de que María Magdalena estaba de pie sobre su tumba, o a punto de resucitar.

—¿QUÉ OPINÁIS? —nos preguntó a Hester y a mí— EL PADRE FINDLEY ESTABA MUY SATISFECHO.

—Es enfermizo... todo es enfermizo —afirmó Hester—. Sólo muerte y más muerte... en ti sólo hay eso, Owen.

—HESTER ES MUY SENSIBLE —declaró Owen.

—Me gusta más que *la otra* —aventuré, cautamente.

—¡NO HAY NI PUNTO DE COMPARACIÓN! —exclamó Owen.

—Me gusta el pedestal —dije—. Es casi como si... bien, ya sabes... como si estuviera saliendo de su propia tumba.

Owen asintió enérgicamente.

—TIENES OJO CLÍNICO —afirmó—. ESE ES EXACTAMENTE EL EFECTO QUE QUERÍA LOGRAR. ESO ES LO QUE SIGNIFICA LA SANTIDAD, ¿VERDAD? ¡UN SANTO TIENE QUE SER UN EMBLEMA DE INMORTALIDAD!

—¡Cuánta *mierda* junta! —concluyó Hester. También para ella fue un año poco interesante; era una graduada universitaria, todavía vivía en su mugriento apartamento de su antigua ciudad universitaria, todavía hacía de camarera en el restaurante langostero de Kittery o de Portsmouth. Yo nunca había comido allí, pero Owen decía que estaba bastante bien... en el puerto, un tanto excesivamente pintoresco con el tópico marisquero (predominaban las nasas y las boyas y las amarras en el decorado). El problema era que Hester detestaba las langostas; las llamaba «insectos del mar» y todas las noches se lavaba la cabeza con zumo de limón porque decía que su pelo olía a pescado.

Creo que sus horarios (sólo trabajaba de noche) fueron en parte responsables del declinar de Owen Meany como estudiante; iba a recogerla fielmente... y yo tenía la impresión de que mi prima trabajaba casi todas las noches. Tenía permiso de conducir y coche propio —en realidad, el viejo Chevy 57 de Noah—, pero odiaba conducir; que mis tíos le hubiesen regalado un coche usado podía tener algo que ver con ello. A juicio de Owen, el Chevy 57 estaba en mejor estado que su camioneta tomate, pero Hester sabía que ya era de segunda mano cuando los Eastman se lo regalaron a Noah, quien a su vez se lo pasó a Simon, que había tenido un accidente sin importancia con él antes de que fuera a parar a manos de Hester.

Pero yéndola a buscar al trabajo, Owen Meany rara vez volvía al apartamento de ella antes de la una de la madrugada; después de servir las mesas, Hester estaba tan exacerbada que no se mostraba dispuesta a acostarse antes de las dos... primero tenía que lavarse la cabeza, lo que la desvelaba más aún; luego necesitaba protestar. A menudo alguien la había ofendido; a veces se trataba de un cliente que había intentado ligársela... y al fracasar le había dejado una propina miserable. Y las demás camareras eran «deplorablemente inconscientes», decía Hester; jamás aclaró *de qué*



eran inconscientes... pero a menudo la ofendían. Y cuando *no* pasaba la noche en su apartamento —si volvía en la camioneta tomate a Gravesend—, Owen no solía acostarse antes de las *tres*.

Hester dormía toda la mañana, pero él iba a clases o, en verano, entraba a trabajar muy temprano en la cantera. A veces me parecía un viejo cansado... un viejo cansado y *casado*. Traté de pincharlo para que se interesara más por sus estudios, pero él hablaba de la escuela cada vez más como algo de donde había que irse.

—CUANDO SALGA DE AQUÍ, TENGO QUE CUMPLIR MI SERVICIO ACTIVO, Y NO QUIERO HACERLO SENTADO A UN *ESCRITORIO*... ¿A QUIEN LE INTERESA ESTAR EN EL EJERCITO PARA OCUPARSE DEL *PAPELEO*?

—¿A quién le interesa *estar* en el ejército? —le pregunté—. Tendrías que pasar más tiempo sentado a un *escritorio*... tal como te va en el college, daría igual que ya estuvieras en el Ejército. No te entiendo... con tu capacidad innata tendrías que pasar por aquí con las mejores notas.

—COMO QUE ME HIZO MUCHO BIEN PASAR POR GRAVESEND ACADEMY CON LAS MEJORES NOTAS, ¿NO ES CIERTO?

—Tal vez si no fueses un estúpido estudiante especializado en Geología, mostrarías un poco más de entusiasmo por tus cursos.

—PARA MÍ LA GEOLOGÍA ES FÁCIL —dijo—. AL MENOS, YA SÉ ALGO DE PIEDRAS.

—No solías hacer las cosas sólo porque fueran *fáciles* —le espeté.

Se encogió de hombros. ¿Recuerdas cuando la gente «pasaba»? ¿Lo recuerdas? Owen Meany fue la primera persona que vi «pasar». Hester era, por supuesto, una «pasota» *nata*; tal vez Owen se inspiró en ella, aunque creo que era demasiado original para eso. Era original y tozudo.

Yo también era tozudo; los jóvenes de veintidós años son tozudos. Owen intentó mantenerme en la tienda de monumentos funerario todo el verano del 64. Le dije que un verano entero allí era suficiente... o me dejaba trabajar en la cantera o me largaba.

—ES POR TU PROPIO BIEN —me dijo—. ES EL MEJOR TRABAJO DE ESTE OFICIO... Y EL MÁS FÁCIL.

—Es posible que yo no quiera hacer lo más «fácil» —repliqué—. A lo mejor hasta me dejas decidir qué es «lo mejor» para mí.

—ADELANTE, LARGATE —dijo.

—Muy bien. Supongo que debo hablar con tu padre.

—MI PADRE NO TE CONTRATO —dijo Owen Meany.

No me largué, naturalmente, pero puse mi tozudez en un pie de igualdad con la suya: insinué que estaba perdiendo interés en la práctica del tiro. En el verano del 64, Owen Meany parecía pasar —en muchos sentidos—, pero su fervor por la práctica

del tiro había reaparecido. Llegamos a un acuerdo: trabajé de aprendiz en la muela adiamantada hasta agosto; y aquel agosto —cuando en el Golfo de Tonkin fueron atacados el *Maddox* y el *Turner Joy*—, Owen me puso a trabajar como señalero en las minas. Si llovía, me dejaba trabajar con los aserradores; a finales del verano me puso de aprendiz en las perforadoras de barra de canal.

—EL VERANO QUE VIENE TE DEJARE APRENDER A MANEJAR LA GRÚA —dijo—. EL PRÓXIMO AGOSTO TE DARÉ UNA PEQUEÑA LECCIÓN SOBRE DINAMITA... CUANDO VUELVA DE LA INSTRUCCIÓN BÁSICA.

Justo antes de comenzar nuestro penúltimo año en la Universidad de New Hampshire —justo antes de que los estudiantes regresaran a Gravesend Academy y al resto de escuelas y universidades del país—, Owen Meany hizo el mate, en el gimnasio de Gravesend Academy, en menos de tres segundos.

Sugerí que el bedel se había retrasado al poner el reloj oficial del marcador, pero Owen insistió en que había hecho el mate en tiempo récord... dijo que el cronómetro era exacto y que nuestro éxito era oficial.

—SENTÍ LA DIFERENCIA... EN EL AIRE —parloteó, excitado—. TODO FUE UN POQUITÍN MÁS RÁPIDO, UN POQUITÍN MÁS ESPONTANEO.

—Supongo que ahora me dirás que es posible bajar de *dos* segundos —dije.

Owen botaba la pelota... delirante, frenéticamente, como en una película acelerada de uno de los Harlem Globetrotters. Pensé que no me había oído.

—¡Supongo que pensarás que es posible hacerlo en menos de *dos* segundos! —grité.

Dejó de jugar con el balón.

—NO SEAS RÍDICULO. TRES SEGUNDOS ES SUFICIENTE.

Me sorprendí.

—Creía que consistía en ver hasta dónde éramos capaces de llegar. Siempre podemos hacerlo más rápido —dije.

—LA IDEA CONSISTE EN SER LO BASTANTE RÁPIDO —contestó—. LA CUESTIÓN ES SI PODEMOS HACERLO EN MENOS DE TRES SEGUNDOS *TODAS LAS VECES*. ESA ES LA IDEA.

De manera que seguimos practicando. Cuando había estudiantes en el gimnasio de Gravesend Academy, íbamos al patio de St. Michael. No teníamos quién nos cronometrara, no había nada parecido al reloj oficial del gimnasio y Hester no estaba dispuesta a colaborar en nuestras prácticas, no quería hacer de suplente del bedel. Y el aro oxidado de la canasta estaba un poco torcido, y la red hacía tiempo que había desaparecido... y el macadán del patio estaba tan destrozado que ni siquiera podíamos hacer botar el balón. Pero seguimos practicando. Owen decía que SENTÍA cuándo hacía el mate en menos de tres segundos. Y aunque no había ningún portero retardado que nos ovacionara, las religiosas del cuchitril del extremo opuesto del

patio solían vernos. A veces incluso nos saludaban con la mano, y Owen Meany les devolvía el saludo... aunque afirmaba que las monjas seguían poniéndole la piel de gallina. Y María Magdalena siempre nos observaba; sentíamos su mudo estímulo. Cuando nevaba, Owen la limpiaba. Aquel otoño nevó pronto, mucho antes de Acción de Gracias. Recuerdo haber practicado el tiro con la gorra de esquiar y los guantes puestos; Owen nunca se los ponía. Y por las tardes, cuando oscurecía temprano, se encendían las luces de la casa de las monjas antes de que termináramos de practicar. María Magdalena adquiría una tonalidad de gris más oscura; prácticamente desaparecía en las sombras.

Una vez, cuando estaba casi demasiado oscuro para ver la canasta, discerní su figura... de pie en el límite de la oscuridad total. Imaginé que se parecía al ángel que Owen creía haber visto junto a la cama de mi madre. Se lo dije, y miró a María Magdalena; soplándose las manos frías y desnudas, la observó atentamente.

—NO, NO EXISTE EL MENOR PARECIDO —dijo—. AQUEL ÁNGEL ESTABA MUY ATAREADO; SE MOVÍA, SIEMPRE ESTABA EN MOVIMIENTO. SOBRE TODO LAS MANOS... EN NINGÚN MOMENTO DEJO DE TENDERLAS.

Fue la primera vez que le oí decir que el ángel estaba en movimiento... que había visto a un ángel muy atareado.

—Nunca mencionaste que estuviera *en movimiento* —comenté.

—PUES SE MOVÍA —dijo Owen Meany—. POR ESO NUNCA TUVE NINGUNA DUDA. NO PODÍA SER EL MANIQUÍ PORQUE SE MOVÍA. Y EN TODOS LOS AÑOS QUE HE TENIDO EL MANIQUÍ. NUNCA SE MOVIÓ.

Desde cuando, me pregunté, había albergado Owen Meany alguna DUDA. ¿Y con cuánta frecuencia había contemplado al maniquí de mi madre? *Esperaba* que se moviera, pensé.

Cuando en el patio de St. Michael estaba tan oscuro que no veíamos la canasta, tampoco veíamos a María Magdalena. Lo que más le gustaba a Owen era practicar el tiro hasta que perdíamos de vista a María Magdalena en la oscuridad. Entonces se paraba conmigo debajo de la canasta y decía:

—¿LA VES?

—Ya no —contestaba yo.

—NO LA VES PERO SABES QUE ESTA ALLÍ... ¿VERDAD?

—¡*Por supuesto* que sigue allí! —decía yo.

—¿ESTÁS SEGURO? —me preguntaba.

—¡*Claro* que estoy seguro! —replicaba yo.

—PERO NO LA VES —decía, con tono bromista—. ¿CÓMO SABES QUE ESTA ALLÍ SI NO LA VES?

—¡Porque sé que está allí... porque sé que no puede haberse ido a otro sitio...

porque *lo sé!* —me emperraba.

Y un día frío de finales de otoño —era noviembre o quizá principios de diciembre; Johnson había derrotado a Goldwater para la presidencia; Jruschov había sido sustituido por Brézhnev y Kosiguin; habían muerto cinco estadounidenses en un ataque del Vietcong a la base aérea de Bien Hoa—, ya estaba especialmente harto del juegucito que me hacía con eso de que no veía a María Magdalena pero sabía que estaba allí.

—¿NO TIENES NINGUNA DUDA DE QUE ESTA ALLÍ? —repitió por enésima vez.

—¡Claro que no tengo ninguna duda! —exclamé.

—PERO NO LA VES... PODRÍAS EQUIVOCARTE.

—No, *no* me equivoco. ¡Está allí, sé que está allí! —chillé.

—¿TIENES LA CERTEZA ABSOLUTA DE QUE ESTA ALLÍ... AUNQUE NO LA VES? —me preguntó.

—¡Sí! —vociferé.

—BIEN, AHORA YA SABES LO QUE SIENTO YO CON RESPECTO A DIOS —dijo Owen Meany—. ¡NO LO VEO... PERO TENGO LA CERTEZA ABSOLUTA DE QUE ESTA ALLÍ!

Georgian Bay: 29 de julio de 1987; hoy Katherine me ha dicho que debía hacer un esfuerzo por no leer *ningún* periódico. Notó cómo me había estropeado el día *The Globe and Mail*. Aquí todo es espléndido, pacífico, rodeado de agua; aquí es una vergüenza *no* relajarse, *no* aprovechar la oportunidad de pensar más serena, más reflexivamente. Katherine sólo quiere lo mejor para mí y sé que tiene razón: debería renunciar a las noticias, pasar. De todos modos, no se entiende nada leyéndolas.

Si alguna vez alguien presumiera de instruir a mis estudiantes de Bishop Strachan sobre Charles Dickens o Thomas Hardy o Robertson Davies con la misma comprensión superficial que estoy seguro de poseer en asuntos mundanos —o incluso en errores estadounidenses—, me indignaría. Soy un profesor de Literatura lo bastante bueno para saber que mi conocimiento de las desgracias de los Estados Unidos —incluso en Vietnam, para no hablar de Nicaragua— es poco profundo. ¿Quién ha adquirido alguna vez un conocimiento real o sólido con la lectura de los *periódicos*? Estoy seguro de no poseer una comprensión profunda de la villanía estadounidense; sin embargo, no puedo dejar en paz las noticias. Cualquiera diría que he sabido beneficiarme con mi experiencia de los helados. Si hay helado en el congelador, me lo comeré... me lo comeré *todo* de un tirón. Por tanto, he aprendido a no comprar helado. Para mí, los periódicos son más dañinos aún que el helado; los titulares, y los grandes asuntos que los generan, son pura grasa.

La biblioteca de la isla está llena de guías de campaña... de todo lo que nunca

supe; me refiero a cuestiones *reales*, no a «asuntos». Podría estudiar las agujas de pino, o la identificación de pájaros, tema de estudio en el que incluso hay categorías: movimiento en vuelo, siluetas posadas, gritos de alimentación y apareamiento. Es fascinante... supongo. Y con tanta agua en torno, sin duda podría tomarme más de *un* día para ir de pesca con Charlie; sé que le decepciona que no me interese más por la pesca. Y Katherine me ha reprochado que hace mucho que no hablamos de nuestras respectivas creencias, los artículos compartidos y personales de nuestra fe. Solía hablar de esto durante *horas* con ella, y con el canónigo Campbell antes que con ella. Ahora me avergüenza contarle a Katherine cuántos oficios dominicales me he saltado.

Katherine tiene razón. Trataré de renunciar a las noticias. Hoy, *The Globe and Mail* decía que los contras nicaragüenses han ejecutado a sus prisioneros; están investigándolos por «22 casos graves de violación de los derechos humanos». ¡Y estos mismos contras asquerosos son «el equivalente moral de nuestros padres fundadores», dice el presidente Reagan! Mientras, el líder espiritual de Irán, el ayatolá, instó a todos los musulmanes a «hacerle tragar sus propios dientes a los Estados Unidos»; esto suena muy propio del tipo al que Estados Unidos debe de venderle armas... ¿verdad? Los Estados Unidos son una insensatez, sencillamente.

Estoy de acuerdo con Katherine. Es hora de pescar, hora de observar la cola plana de ese pequeño mamífero acuático... ¿es una nutria o una rata almizclera? Es hora de descubrir. Y allá, donde las aguas de la bahía se vuelven verdiazules y luego del color de un moretón, ¿aquello que veo zambullirse es un somorgujo o una fúlica? Es hora de ver, hora de olvidar el resto. ¡Y es «más que hora» —como siempre dice el canónigo Mackie— de que intente *ser* canadiense!

Cuando llegué a Canadá, pensaba que me resultaría fácil ser canadiense; como tantos estadounidenses estúpidos, imaginaba a Canadá como una región noroeste de los Estados Unidos, más fría y probablemente más provinciana, imaginaba que sería como mudarse a Maine o a Minnesota. Fue una sorpresa descubrir que en Toronto no nevaba tanto ni hacía tanto frío como en New Hampshire... aparte de que tampoco era tan provinciana. Y fue más que una sorpresa descubrir lo diferentes que eran los canadienses. ¡Fueron tan cordiales! Naturalmente, yo empecé disculpándome: «En realidad, no soy un objetor de conciencia», decía; pero a la mayoría de los canadienses les importaba un rábano *qué* era yo. «No estoy aquí para evadirme del reclutamiento», explicaba. «Sin duda, me clasificaría a mí mismo como pacifista», decía en aquellos tiempos. «Me va la expresión “resistente de guerra”», le decía a todo el mundo, «pero no *necesito* eludir ni esquivar el reclutamiento... no estoy aquí por ese motivo».

Pero a casi ningún canadiense le importaba saber *por qué* había venido; no me hacían ninguna pregunta. Corría el año 1968, probablemente el momento de mayor

afluencia de «resistentes» de Vietnam a Canadá; la mayoría de los canadienses eran comprensivos: también ellos opinaban que la guerra de Vietnam era una estupidez y una equivocación. En 1968, necesitabas cincuenta puntos para convertirte en inmigrante asentado; los inmigrantes asentados podían solicitar la ciudadanía canadiense, a la que tendrían derecho en cinco años. Me resultó fácil ganarme los primeros cincuenta «puntos»; tenía una licenciatura *cum laude* y un doctorado en Literatura: con ayuda de Owen Meany, había escrito mi tesis sobre Thomas Hardy. También tenía dos años de experiencia en la docencia. Mientras estudiaba en la escuela para graduados de la Universidad de New Hampshire, dictaba unas horas de clase de Comentario de Textos para alumnos del noveno curso en Gravesend Academy. Dan Needham y Mr. Early me habían recomendado para el puesto.

En 1968, uno de cada nueve habitantes de Canadá era inmigrante, y los «resistentes» de Vietnam tenían mejor educación y eran más empleables que la mayoría de inmigrantes. Aquel año, se organizó la llamada Unión de Exiliados Estadounidenses; en comparación con Hester —y sus amigos de la SDS, la agrupación Estudiantes para una Sociedad Democrática—, los pocos tipos que conocí en la Unión de Exiliados Estadounidenses eran bastante mansos. Yo estaba acostumbrado a los *amotinados*; en aquel entonces Hester era muy proclive a los motines. Fue el año que la arrestaron en Chicago.

Le partieron la nariz mientras se manifestaba ante la sede de la convención nacional del Partido Demócrata. Contó que un policía le aplastó la cara contra la puerta lateral de una furgoneta; claro que Hester se habría sentido decepcionada volviendo de Chicago con todos los huesos sanos. Los estadounidenses con quienes tropecé en Toronto —incluso los organizadores de AMEX, incluso los desertores— eran mucho más razonables que ella y que muchos otros estadounidenses que yo había conocido «en casa».

Había un malentendido general respecto a los así llamados desertores; los que yo conocí eran políticamente tibios. Nunca encontré a ninguno que hubiese estado realmente en Vietnam, nunca conocí a ninguno que estuviera siquiera a punto de ser movilizado. Sólo eran tíos a los que habían reclutado y que detestaban el servicio militar; algunos hasta se habían alistado. Sólo unos pocos me contaron que habían desertado porque les daba vergüenza mantener *cualquier* relación con esa insoportable guerra; incluso respecto a un par de los que me dijeron esto... yo tenía la sensación de que sus relatos eran mentirosos, que sólo decían que habían desertado porque la guerra era «insoportable»: sabían que era políticamente aceptable decir eso.

Y en aquella época había otro malentendido general: en contra de lo que se creía, venir a Canadá *no* era una forma muy astuta de hurtarle el cuerpo al reclutamiento; había maneras mejores y más fáciles de hacerlo... más adelante hablaremos de una de ellas. Pero venir a Canadá —ya fuera como objetor de conciencia o como desertor, o

incluso por mis propias razones, más complicadas— era una proclama política contundente. ¿Recuerdas eso? ¿Recuerdas cuando lo que se hacía era una especie de «proclama»? Recuerdo que uno de los tipos de AMEX me dijo que «la resistencia como exiliado era un juicio definitivo». ¡Yo no podía estar más de acuerdo con él! Me parecía sumamente importante estar emitiendo «el juicio definitivo».

La verdad es que yo nunca padecí. Cuando llegué por primera vez a Toronto en el 68, conocí a unos cuantos jóvenes estadounidenses confundidos y preocupados; yo era un poco mayor que la mayoría... y por cierto no me parecieron más confundidos ni preocupados que muchos de los estadounidenses que había conocido en mi tierra. A diferencia de Buzzy Thurston, por ejemplo, no habían lanzado sus coches de frente contra el contrafuerte de un puente en su esfuerzo por eludir el reclutamiento. A diferencia de Harry Hoyt, no habían muerto a causa de la picadura de una víbora de Russell mientras esperaban turno para estar con una puta vietnamita.

Para mi gran sorpresa, los canadienses que conocí *simpatizaron* conmigo. Y gracias a mi título —e incluso a mi experiencia docente en una escuela tan prestigiosa como Gravesend Academy— fui instantáneamente respetable y casi de forma automática conseguí empleo. La distinción que me apresuraba a señalar a casi todos los canadienses que conocía, era con toda probabilidad una pérdida de tiempo; no les importaba mucho que *no* estuviera allí evadiendo el reclutamiento ni como desertor. Sí les importaba a los estadounidenses que conocí, y no me gustó nada su reacción: a mis ojos, estar en Canadá por elección, *sin* ser un fugitivo, *sin tener que estar* en Toronto, volvía más serio mi compromiso; pero en opinión de ellos, yo estaba menos desesperado y, por consiguiente, era *menos* serio. Es cierto: nosotros los Wheelwright rara vez hemos sufrido. Y a diferencia de la mayoría de esos otros estadounidenses, yo también contaba con la iglesia; no hay que subestimar a la iglesia... ni su influencia cicatrizadora y el consuelo que te reserva.

Durante mi primera semana en Toronto, tuve una entrevista en el Upper Canada College; todos me hicieron sentir como si nunca hubiera salido de Gravesend Academy. No tenían ninguna vacante en el Departamento de Literatura, pero me aseguraron que mi *curriculum vitae* era «muy loable» y que no tendría ningún problema en encontrar trabajo. Fueron tan serviciales como para enviarme a corta distancia, bajando por Lonsdale Road, hasta Grace Church on-the-Hill; el canónigo Campbell, me dijeron, estaba especialmente interesado en ayudar a los estadounidenses.

Y vaya si lo estaba. Cuando me preguntó a qué iglesia pertenecía, respondí:

—Creo que soy episcopaliano.

—¿*Crees*? —me preguntó.

Le expliqué que no había asistido a un verdadero oficio en la Iglesia Episcopal desde la famosa Navidad del 53; pensando en el congregacionalismo más bien laxo

de Hurd's Church y del pastor Merrill, dije:

—Supongo que soy una especie de aconfesional.

—¡Bien, ya arreglaremos eso! —dijo el canónigo Campbell. Me dio mi primer libro de oraciones *anglicano*, mi primer libro de oraciones *canadiense*; se trata del Libro de Oraciones de la Iglesia Anglicana que todavía utilizo. Para mí fue así de sencillo unirme a una iglesia, convertirme en anglicano. No diría que nada de ello significó un sufrimiento.

Así, los primeros canadienses que conocí eran practicantes... una gente muy servicial, mucho menos confundida y preocupada que los pocos estadounidenses que había conocido en Toronto (y que la *mayoría* de los que había conocido en mi tierra). Estos anglicanos de Grace Church on-the-Hill eran conservadores y el «conservadurismo» —en ciertas cuestiones de decoro, sobre todo— nos va como anillo al dedo a los Wheelwright. En tales cuestiones, los habitantes de Nueva Inglaterra tienen más en común con los canadienses de lo que nosotros tenemos con los *neoyorquinos*. Por ejemplo, enseguida aprendí a preferir las posiciones declaradas por el Programa Torontés Antirreclutamiento a las posturas más abrasivas de la Unión de Exiliados Estadounidenses. El Programa Torontés Antirreclutamiento estaba a favor de la «asimilación en la corriente principal de la vida canadiense»; consideraban que la Unión de Exiliados Estadounidenses era «demasiado política», con lo que querían decir demasiado activista, demasiado militarmente antiestadounidense. Con toda probabilidad la Unión de Exiliados Estadounidenses se había contaminado en sus tratos abiertos con los desertores. El objetivo del Programa Torontés Antirreclutamiento consistía en «asimilar» *rápidamente* a los estadounidenses; razonaban que debíamos iniciar nuestro proceso de asimilación *abandonando* el tema de los Estados Unidos.

Al principio, esto me pareció muy razonable... y muy fácil. Un año después de mi llegada, hasta la Unión de Exiliados Estadounidenses daba muestras de «asimilación». Cambió el significado de las siglas AMEX: exiliado se convirtió en expatriado. ¿No suena más simpático para la meta de «asimilación en la corriente principal de la vida canadiense»? A mí me parecía que sí.

Cuando algún anglicano de Grace Church on-the-Hill me preguntaba qué *pensaba* del «conocido punto de vista» del primer ministro Pearson en el sentido de que los desertores (a diferencia de los resistentes de guerra) pertenecían a una categoría de ciudadanos estadounidenses a los que había que desalentar de venir a Canadá, ¡respondí que estaba totalmente de acuerdo! Aunque como ya he dicho, nunca había conocido a un desertor *duro*, ni a uno solo de ningún tipo. Los que conocí pertenecían a «una categoría de ciudadanos» que *cualquier* país habría asimilado e incluso apreciado. Y en el vigésimo-octavo Parlamento —en 1969— se aireó que estaban devolviendo desertores estadounidenses a la frontera porque eran «personas



susceptibles de convertirse en cargas públicas»; nunca *dije* —a ninguno de mis amigos canadienses— que sospechaba que esos desertores no eran más susceptibles que yo de convertirse en una «carga pública». El canónigo Campbell ya me había presentado al viejo Teddybear Kilgore, quien me contrató para dar clases en la Bishop Strachan School. Nosotros los Wheelwright siempre nos hemos beneficiado de nuestras relaciones.

Owen Meany no tenía ninguna relación. Para él nunca fue fácil encajar. Creo saber lo que habría dicho ante la gilipollez que publicó *The Toronto Daily Star*, en esa época, creí que semejante gilipollez daba tan en el clavo que la recorté y la pegué a la puerta de mi nevera: 17 de diciembre de 1970. Respondía a la declaración publicada por AMEX sobre las «cinco prioridades» de los expatriados estadounidenses (siendo la quinta «procurar encajar en la vida canadiense»). Cito textualmente lo publicado por el periódico: «A menos que los jóvenes estadounidenses en cuyo nombre habla AMEX revisen sus prioridades y pongan como primera la Número Cinco, corren el riesgo de engendrar una creciente hostilidad y suspicacias entre los canadienses». Nunca dudé de que esto fuera verdad. Pero sé lo que habría dicho Owen Meany. «¡ESO SUENA COMO ALGO QUE PODRÍA DECIR UN ESTADOUNIDENSE!», habría dicho Owen Meany. «LA “PRIMERA PRIORIDAD” EN LA VIDA DE TODO JOVEN ESTADOUNIDENSE ES TRATAR DE ENCAJAR EN LA VIDA ESTADOUNIDENSE. ¿NO SABE ESE ESTÚPIDO TORONTO DAILY STAR QUIENES SON ESOS JÓVENES ESTADOUNIDENSES QUE ESTÁN EN CANADÁ? SON CIUDADANOS ESTADOUNIDENSES QUE DEJARON SU PAÍS PORQUE NO PODÍAN Y NO QUERÍAN “ENCAJAR”. ¿AHORA SE SUPONE QUE DEBEN CONVERTIR EN SU “PRIMERA PRIORIDAD” ENCAJAR AQUÍ? CHICO... ESO TIENE MUCHO SENTIDO, ES REALMENTE BRILLANTE. ¡MERECE UNO DE ESOS ESTÚPIDOS PREMIOS DE PERIODISMO!».

Pero yo no me quejaba, nunca protestaba por nada... entonces. En labios de Hester creía haber escuchado «quejas» suficientes para toda la vida. ¿Recuerdas el Decreto de Medidas de Guerra? No dije una sola palabra, estuve de acuerdo con todo. ¿Y qué si quedaban suspendidas las libertades civiles durante seis meses? ¿Y qué si podían hacer registros sin mandamiento judicial? ¿Y qué si podían retener a la gente durante noventa días sin asesoramiento legal? Toda la acción ocurría en Montreal. Si Hester hubiera estado entonces en Toronto, ni siquiera ella habría sido arrestada. Yo guardaba silencio; estaba cultivando mis amistades canadienses y la mayoría de mis amigos opinaban que Trudeau no podía equivocarse, que era un príncipe. Hasta mi querido y viejo amigo el canónigo Campbell me hizo una observación desprovista de sentido para mí... pero no le discutí. El canónigo Campbell dijo: «Trudeau es *nuestro* Kennedy, ya sabes». Me alegré de que el canónigo Campbell no le dijera «Trudeau es

*nuestro Kennedy*» a Owen Meany; creo que sé qué le habría respondido.

«AH, ¿QUIERE DECIR QUE TRUDEAU SE TIRO A MARILYN MONROE?», le habría contestado Owen Meany.

Pero yo no vine a Canadá para ser un estadounidense listillo; además, el canónigo Campbell me dijo que la mayoría de los listillos canadienses solían irse a los Estados Unidos. Yo no *quería* ser uno de esos que critican todo. En los años setenta había muchos quejicas estadounidenses en Toronto; algunos se quejaban de Canadá, también... Canadá vendió a los Estados Unidos municiones y otras provisiones por un valor superior a los quinientos millones de dólares, decían los quejicas.

«¿Dólares canadienses o estadounidenses?», preguntaba yo. Era imperturbable; no pensaba meterme de cabeza en nada. En síntesis, hacía todo lo posible por ser canadiense. ¡No me dedicaba a divagar sobre que los condenados Estados Unidos *esto* o los malditos Estados Unidos *aquello*! Y cuando me dijeron, en 1970, que Canadá ganaba más dinero —«per cápita»— que cualquier otra nación del *mundo* como exportadora internacional de armas, dije: «¿Sí? ¡Qué interesante!».

Alguien me dijo que la mayoría de los resistentes de guerra que regresaban a los Estados Unidos no habían podido adaptarse al *clima* canadiense. ¿Qué pensaba yo de la seriedad de la resistencia a la guerra si «esa gente» era capaz de descomprometerse por un poco de frío?

Respondí que en New Hampshire hacía más frío.

Alguien me preguntó si sabía por qué no habían venido muchos estadounidenses negros a Canadá. Y los que vienen no se quedan, dijo otro. Porque el *ghetto* de donde vienen los trata mejor, dijo un tercero. Yo no abrí la boca.

Era más anglicano de lo que *nunca* había sido congregacionalista o episcopaliano... o incluso aconfesional de lo que fuese en Hurd's Church. Participaba en Grace Church on-the-Hill de una forma que *nunca* había participado antes; además, me estaba convirtiendo en un buen maestro. Todavía era joven, apenas había cumplido veintiséis años. No tenía novia cuando empecé a dar clases a las niñas de BSS... y nunca las miré con doble intención, ni una sola vez, ni siquiera a las que se enamoraban de mí en su condición de colegialas. Sí, hubo unos pocos años en que esas chicas se enamoraban de mí... pero ya no, ahora no, por supuesto. Sin embargo aún recuerdo lo bonitas que eran. ¡Algunas incluso me invitaron a su boda!

En aquellos primeros años, cuando el canónigo Campbell era tan amigo mío y una verdadera fuente de inspiración —¡yo llevaba a todas partes mi libro de oraciones y mi *Manual para inmigrantes a Canadá en edad de reclutamiento!*—, me comportaba como un auténtico canadiense portador de tarjetas.

Cada vez que me encontraba con alguno de AMEX —y no me los encontraba a menudo en Forest Hill—, ni siquiera *hablaba* de los Estados Unidos o de Vietnam. Probablemente creía que mi cólera y mi soledad se evaporarían... si las dejaba en

paz.

Había mítines; había protestas, por supuesto. Pero yo no asistía; ni siquiera merodeaba por Yorkville. ¡Estaba apartado de todo! Cuando desapareció «The Riverboat» no lloré... ni canté viejas canciones folk para mis adentros. Había oído a Hester cantando suficientes canciones folk. Entonces llevaba el pelo corto; hoy lo llevo corto. Nunca me dejé la barba. Los *hippies*, los tiempos de las canciones de protesta y de la «libertad sexual...», ¿recuerdas eso? Owen Meany había sacrificado mucho más, había sufrido mucho más... yo no estaba siquiera interesado en los sacrificios de otra gente ni en lo que imaginaban que era su heroico sacrificio.

Dicen que no hay ardor como el ardor del converso... y yo era ese tipo de anglicano. Dicen que no hay ciudadano tan patriota como el inmigrante recién llegado... y nadie hizo más esfuerzos que yo por ser «asimilado». Dicen que no hay maestro más abrasado de deseo por su asignatura que el novicio... ¡Y yo enseñaba a leer y a escribir a las niñas de BSS con sus blusitas marineras!

En 1967, hubo 40 227 desertores de las fuerzas armadas de los Estados Unidos; en 1970, hubo 89 088... ese año, sólo 3712 estadounidenses fueron procesados por infracciones al Servicio Selectivo. Me pregunto cuántos más habían quemado o estaban quemando sus cartillas de reclutamiento. ¿A mí qué me importaba? Quemar la cartilla de reclutamiento, venir a Canadá, hacerte aplastar la nariz por un poli en Chicago... jamás pensé que estos gestos fueran heroicos, no lo eran en comparación con el cometido de Owen Meany. Y en 1970, habían muerto más de cuarenta mil estadounidenses en Vietnam; no puedo imaginar que uno solo de ellos pensara que quemar la cartilla o venir a Canadá fuese especialmente «heroico»; tampoco habrían pensado que dejarse arrestar por amotinarse en Chicago fuese gran cosa.

En cuanto a Gordon Lightfoot y Neil Young, en cuanto a Joni Mitchell y Ian y Sylvia... ya había oído a Bob Dylan y a Joan Baez y a Hester. Incluso había oído a Hester cantar «Four Strong Winds». Siempre tocó bien la guitarra y tenía la voz bonita de su madre —aunque la de tía Martha no era tan bonita como la de mi madre—, que era *meramente* bonita, no muy potente, nada educada. A Hester le habrían venido bien cinco años de lecciones con Graham McSwiney, pero ella no creía que se pudiera aprender a cantar. Cantar era algo «interior», afirmaba.

—POR LA FORMA EN QUE LO EXPRESAS PARECE UNA ENFERMEDAD—le decía Owen Meany, aunque era su seguidor número uno. Sé que cuando ella se esforzaba por componer sus propias canciones, Owen le dio algunas ideas; tiempo después Hester me contó que incluso había escrito algunas para ella. Y en aquellos tiempos parecía una cantante folk... lo que significa que era como le venía en gana o como todos los demás: un tanto sucia, un tanto mundana, un mucho maltratada. Daba la impresión de estar siempre viajando, de haber dormido en una alfombra (con un montón de hombres), *parecía* que su pelo olía a langosta.

La recuerdo cantando «Four Strong Winds», lo recuerdo vívidamente.

*I think I'll go to Alberta,  
Weather's good there in the fall;  
I got some friends that I can go workin' for.*

—¿DÓNDE ESTA ALBERTA? —le había preguntado Owen Meany.

—En Canadá, imbécil —le había contestado Hester.

—NO ES NECESARIO SER GROSERO —le había dicho Owen—. ES UNA CANCIÓN BONITA. DEBE DE SER TRISTE IR A CANADÁ.

Corría 1966 y Owen estaba a punto de convertirse en subteniente del Ejército de los Estados Unidos.

—¿Te parece «triste» ir a *Canadá*? —le gritó Hester—. A ti te van a mandar a un lugar *mucho más triste*.

—NO QUIERO MORIR EN UN SITIO FRÍO —replicó Owen Meany.

Lo que quería decir era que creía saber que moriría en un sitio *caluroso*... muy caluroso.

En la Nochebuena de 1964, murieron en Saigón dos militares estadounidenses, cuando los terroristas del Vietcong bombardearon los alojamientos de los soldados; una semana después, en Nochevieja, Hester vomitó... y quizás arrojó con más bríos que de costumbre, porque Owen Meany se sintió movido a interpretar la potencia de su vomitera como una señal.

—PARECE QUE ESTE SERA UN AÑO MALO —observó Owen, mientras contemplaba los espasmos de Hester en la rosaleda.

De hecho, fue el año en que empezó en serio la guerra; al menos fue el año en que el típico estadounidense poco observador empezó a notar que teníamos un problema en Vietnam. En febrero, la Fuerza Aérea de los Estados Unidos llevó a cabo la Operation Flaming Dart, una «represalia aérea táctica».

—¿Qué significa eso? —le pregunté a Owen, tan buen estudiante de Ciencias Militares.

—ESO SIGNIFICA QUE ESTAMOS CAGANDO BOMBAS SOBRE LOS BLANCOS NORVIETNAMITAS —contestó.

En marzo, la Fuerza Aérea de los Estados Unidos puso en marcha la Operation Rolling Thunder... «para impedir la afluencia de provisiones al sur».

—¿Qué significa *eso*? —le pregunté.

—ESO SIGNIFICA QUE ESTAMOS CAGANDO BOMBAS SOBRE LOS BLANCOS NORVIETNAMITAS —contestó Owen Meany.

Fue el mes en que desembarcaron las primeras tropas de combate en Vietnam; en abril, el presidente Johnson autorizó la intervención de tropas de tierra estadounidenses... «para operaciones ofensivas en Vietnam del Sur».

—ESO SIGNIFICA «BUSCAR Y DESTRUIR, BUSCAR Y DESTRUIR» —dijo Owen.

En mayo, la Marina de los Estados Unidos inició la Operation Market Time... «para detectar e interceptar tráfico de superficie en aguas costeras de Vietnam del Sur». Harry Hoyt estaba allí; Harry era muy feliz en la Marina, decía su madre.

—¿Pero qué están *haciendo* allí? —le pregunté a Owen.

—ESTÁN TOMANDO Y DESTRUYENDO BARCOS ENEMIGOS —dijo Owen Meany. Sobre la base de conversaciones que había mantenido con uno de sus profesores de Ciencias Militares, se sintió movido a observar—: ESTO NO TIENE FIN. NOS VEMOS ABOCADOS A UNA GUERRA DE GUERRILLAS. ¿ESTAMOS PREPARADOS PARA ARRASAR TODO EL PAÍS? PUEDES LLAMARLO «BÚSQUEDA Y DESTRUCCIÓN» O «TOMA Y DESTRUCCIÓN», DE CUALQUIER MANERA, ES DESTRUIR Y DESTRUIR. ESTO NO PUEDE ACABAR BIEN.

No me cabía en la cabeza la idea de que Harry Hoyt «tomara y destruyera barcos enemigos». ¡Era tan idiota! ¡Ni siquiera sabía jugar en la liguilla escolar de béisbol! Yo no podía perdonarle el desplazamiento que derivó en la rasa de Buzzy Thurston... que a su vez derivó en que Owen Meany ocupara la base del bateador. Si Harry hubiese golpeado la pelota, todo habría sido distinto. Pero era un caminante nato.

—¿Cómo puede estar implicado Harry Hoyt en «tomar y destruir» *nada*? —le pregunté a Owen—. ¡No es lo bastante inteligente para *reconocer* un «barco enemigo» aunque lo tenga en las narices!

—¿NUNCA SE TE HA OCURRIDO PENSAR QUE VIETNAM ESTA *LLENO* DE HARRYS HOYT? —me preguntó Owen.

El profesor de Ciencias Militares que había impresionado a Owen y le había transmitido una sensación de catástrofe acerca del manejo táctico y estratégico de la guerra, era un viejo coronel de infantería malhumorado y crítico, un loco de la aptitud física que consideraba a Owen demasiado menudo para las secciones de combate del Ejército. Creo que Owen sobresalía en sus cursos de Ciencias Militares en un esfuerzo por persuadir a ese viejo buitre de que era capaz de compensar con creces su tamaño; pasaba mucho tiempo charlando con él después de clase... Owen tenía la impresión de ser *el* graduado de honor, el número uno de su unidad en el ROTC. Estaba seguro de que si ocupaba el primer puesto lo asignarían a una «especificación de armas de combate»: Infantería, Fuerzas Blindadas o Artillería.

—No entiendo por qué *quieres* estar en una sección de combate —le dije.

—SI HAY GUERRA Y ESTOY EN EL EJERCITO, QUIERO ESTAR *EN LA*

GUERRA —respondió—. NO QUIERO PASARME LA GUERRA EN UN ESCRITORIO. MIRA LAS COSAS DE OTRA MANERA: COINCIDIMOS EN QUE HARRY HOYT ES UN IDIOTA. ¿QUIEN IMPEDIRÁ QUE A LOS HARRYS HOYT DE ESTE MUNDO LES LEVANTEN LA TAPA DE LOS SESOS?

—¡Ah, entonces quieres ser un *héroe*! —le dije—. ¡Si fueras un pelín más inteligente que Harry Hoyt, tendrías inteligencia suficiente para pasarte la guerra en un *escritorio*!

Comencé a tener mejor opinión del coronel que pensaba que Owen era demasiado pequeño para una sección de combate. Se llamaba Eiger, y una vez intenté hablar con él; yo estaba convencido de que le estaba haciendo un favor a Owen.

—Coronel Eiger, señor —le dije. A pesar de las manchas hepáticas del dorso de sus manos y del rollo de piel estropeada por el sol que apenas se superponía a su apretado cuello marrón, parecía capaz de hacer setenta y cinco flexiones rápidas a la orden—. Sé que usted conoce a Owen Meany, señor —le dije; él no habló... esperó a que yo continuara, mascando su chicle tan conservadoramente que no podía estar seguro de que tuviera un chicle en la boca; quizás estaba haciendo unos ejercicios muy disciplinados para la lengua—. Quiero que sepa que estoy de acuerdo con usted, señor —agregué—. No creo que Owen Meany sea apto para el combate —el coronel dejó de mascar, aunque en un movimiento casi imperceptible—. No sólo se trata de que no dé la talla —aventuré—. Soy su *mejor* amigo, y hasta yo tengo que poner en tela de juicio su estabilidad... emocional.

—Gracias. Eso es todo —concluyó el coronel.

—Gracias a usted, señor —dije.

Era el mes de mayo de 1965; yo observaba atentamente a Owen, para ver si el coronel Eiger había vuelto a desanimarlo. Algo debió de ocurrir —seguramente el coronel le dijo algo— porque fue la primavera en que Owen Meany dejó de fumar; de repente, así como suena. ¡Y se dedicó a correr! A las dos semanas, corría cinco millas diarias; decía que su meta —a finales de mes— consistía en promediar seis minutos la milla. Y empezó a beber cerveza.

—¿Por qué cerveza? —le pregunté.

—¿QUIEN HA OÍDO HABLAR DE ALGUIEN QUE NO BEBA CERVEZA EN EL EJERCITO? —me preguntó.

Eso sonaba a algo dicho por el coronel Eiger, quien probablemente pensaba que el hecho de que Owen fuese abstemio también indicaba que era enclenque.

Así, cuando se marchó para la Instrucción Básica, estaba en buena forma: tanto correr, a pesar de la cerveza, era un cambio favorable respecto a una cajetilla de cigarrillos diaria. Reconocía que no le gustaba correr, pero había desarrollado el gusto por la cerveza. No bebía demasiado —nunca lo vi emborracharse, no antes de la Instrucción Básica—, pero Hester señaló que la cerveza mejoraba ampliamente su

talante.

—Nada volvería a Owen exactamente *tierno* —dijo—, pero créeme que la cerveza ayuda.

Me sentía raro trabajando para la Meany Granite cuando Owen no estaba.

—SOLO ESTARÉ FUERA SEIS SEMANAS —me recordó—. ADEMÁS, ME SIENTO MEJOR SABIENDO QUE ESTÁS TU A CARGO DE LA TIENDA DE MONUMENTOS. SI ALGUIEN MUERE, TU TIENES LOS MODALES ACERTADOS PARA ENCARGARTE DEL PEDIDO DE LA LAPIDA. CONFÍO EN TU TACTO.

—¡Buena suerte! —le dije.

—NO ESPERES QUE TENGA TIEMPO DE ESCRIBIR... LA INSTRUCCIÓN SERA BASTANTE INTENSA. BÁSICAMENTE, TENGO QUE DESTACARME EN TRES CAMPOS: ASIGNATURAS ACADÉMICAS, MANDO, APTITUD FÍSICA. FRANCAMENTE, EN ESTA ÚLTIMA CATEGORÍA ME PREOCUPA LA CARRERA DE OBSTÁCULOS... HE OÍDO DECIR QUE HAY UN MURO DE MÁS DE TRES METROS Y MEDIO. QUIZÁ SEA UN POCO ALTO PARA MI.

Hester estaba cantando; se negaba a participar en cualquier conversación sobre Instrucción Básica. Decía que si oía a Owen enunciar una vez más sus SECCIONES DE COMBATE preferidas, vomitaría. Nunca olvidaré qué cantaba Hester; era una canción *canadiense*, y a lo largo de los años la he oído un centenar de veces. Sospecho que siempre me pondrá la piel de gallina.

Aunque hayas estado apenas vivo en los sesenta, estoy seguro de que has oído la canción que cantaba Hester y que recuerdo tan vívidamente.

*Four strong winds that blow lonely,  
Seven seas that run high  
All those things that don't change come what may  
But our good times are all gone  
I'll look for you if I'm ever back this way.*

Lo enviaron a Fort Knox, o tal vez fuera Fort Bragg; lo he olvidado... una vez le pregunté a Hester si ella se acordaba adónde habían enviado a Owen para la Instrucción Básica.

—Lo único que sé es que no tendría que haber ido... debería haberse marchado a *Canadá* —contestó mi prima.

¡Cuántas veces he pensado lo mismo! Hay momentos en que me encuentro buscándolo... incluso esperando verlo. Una vez, en Winston Churchill Park había unos chicos alborotando y vi a uno aproximadamente de su tamaño, ligeramente apartado de la actividad que consumía a los demás, con aspecto vacilante pero muy

atento, sin duda ansioso por *probar* lo que hacían los otros, pero refrenándose, o esperando el instante exactamente perfecto para hacerse cargo de todo.

Pero Owen no vino a Canadá; fue a Fort Knox o a Fort Bragg, donde no pasó la carrera de obstáculos. Académicamente era el mejor y sacó las notas más altas en Mando... fuera lo que fuese *esto* y el método que usara el Ejército de los Estados Unidos para decidirlo. Pero había acertado en cuanto al muro; resultó un poco alto para él y no logró pasar al otro lado, sencillamente. «No franqueó el muro», dijo el Ejército. Y dado que el baremo del ROTC es la media en Asignaturas Académicas, Mando y Aptitud Física, Owen Meany no consiguió —así de sencillo— ser el número uno. En consecuencia, su elección de una «especificación de armas de combate» *no* estaba asegurada.

—¡Pero tú eres un excelente *saltador*! —le dije—. ¿No pudiste *saltarlo*... no pudiste cogerte de lo alto del muro y encaramarte?

—¡NO PUDE *LLEGAR A LO ALTO DEL MURO*! —respondió—. SOY UN BUEN SALTADOR, PERO MIDO UN JODIDO METRO CON CINCUENTA Y DOS. NO ES LO MISMO QUE PRACTICAR EL TIRO... ¡NO ME PERMITEN QUE ALGUIEN ME *AUPE*!

—Lo siento —dije—. Todavía te queda el último año. ¿No puedes trabajarte al coronel Eiger? Apuesto a que eres capaz de convencerlo para que te adjudique lo que quieres.

—OCUPO EL SEGUNDO PUESTO... ¿NO LO ENTIENDES? LO DICEN LAS REGLAS. EL CORONEL EIGER *SIMPATIZA CONMIGO*... PERO NO CREE QUE SEA *FÍSICAMENTE APTO* —estaba tan aturdido por su fracaso, que no lo presioné para que me diera la lección de dinamita. Al ver a Owen tan alterado, me sentí culpable por haber hablado con el coronel Eiger. Aunque al mismo tiempo no quería que lo asignaran a una sección de combate.

En el otoño del 65, cuando volvimos a Durham para cursar el último año, ya había protestas contra la política de los Estados Unidos en Vietnam; aquel octubre, hubo manifestaciones en treinta o cuarenta ciudades del país; creo que Hester asistió como mínimo a la mitad. Como era característico en mí, estaba inseguro: pensaba que los contestatarios eran más sensatos que cualquiera que suscribiera, aunque fuese remotamente, la «política de los Estados Unidos en Vietnam», pero al mismo tiempo consideraba que Hester y casi todos sus amigos eran unos perdedores y unos pelmas. Mi prima ya comenzaba a llamarse a sí misma «socialista».

—¡DISCULPA, YO CREÍA QUE ERAS *CAMARERA*! —dijo Owen Meany—. ¿COMPARTES TODAS TUS PROPINAS CON LAS DEMÁS *CAMARERAS*?

—Que te den por el culo, Owen —dijo Hester—. ¡Podría llamarme a mí misma *republicana* y seguiría siendo más coherente que *tú*!

No tuve más remedio que estar de acuerdo. Era como mínimo incoherente, por



parte de Owen, querer que lo asignaran a una sección de combate; con la agudeza que siempre le había caracterizado para detectar la *gilipollez*, ¿por qué *quería* ir a Vietnam? Y la guerra, y las protestas... apenas eran un comienzo, cualquiera se daba cuenta.

El día de Navidad, el presidente Johnson suspendió la Operation Rolling Thunder: interrumpió los bombardeos a Vietnam del Norte «para inducir negociaciones de paz». ¿Alguien se dejó engañar por eso?

—¡HECHO PARA LA TELEVISIÓN! —dijo Owen Meany. ¿Entonces para qué quería *ir*? ¿Estaba tan desesperado por ser un héroe que habría ido *a cualquier lado*?

Aquel otoño le dijeron que tenía «madera» para el Cuerpo de Ayudantía General; no era eso lo que él quería oír: el Cuerpo de Ayudantía General no era una sección de combate. Apeló la decisión; según él, eran corrientes errores de este tipo referentes a los nombramientos.

—CREO QUE EL CORONEL EIGER ESTA DE MI LADO —dijo—. POR MI PARTE, SIGO ESPERANDO QUE ME ASIGNEN A UNA SECCIÓN DE COMBATE.

En la Nochevieja de 1965 —mientras Hester transmitía su habitual declaración en la rosaleda de 80 Front Street—, sólo habían muerto en acción 636 soldados estadounidenses: apenas era el principio. Supongo que la cifra no incluía la muerte de Harry Hoyt; al pobre no lo habían matado exactamente «en acción». Como si otra vez se hubiera desplazado inoportunamente, pensé: picadura de víbora mientras esperaba turno para estar con una puta, picadura de víbora mientras meaba bajo un árbol.

—COMO UN LANZAMIENTO CON DESCENSO REPENTINO —dijo Owen Meany— POBRE HARRY.

—Pobre su madre —dijo mi abuela y amplió su tesis sobre la forma de morir—. Preferiría ser asesinada por un maníaco a ser picada por una serpiente.

Así, en Gravesend, nuestra primera visión de la muerte en Vietnam no fue la del trillado soldado del Vietcong con sandalias y pijama negro, con un sombrero que parecía la pantalla de una lámpara... y con el fusil de asalto soviético AK-47, con balas de calibre 7,62, disparadas en modalidad tiro a tiro o automática. Por eso consultamos la *Enciclopedia Wharton de víboras venenosas* de mi abuela —que ya de niños nos había proporcionado a Owen y a mí varias pesadillas— y allí encontramos nuestra visión del enemigo en el sudeste asiático: la víbora de Russell. ¡Era tan tentador reducir la desgracia de los Estados Unidos en Vietnam a un enemigo *visible*!

La madre de Harry Hoyt resolvió que *nosotros* éramos nuestro propio enemigo. Transcurrido menos de un mes del nuevo año —después de reiniciar nuestro bombardeo de Vietnam del Norte y el objetivo de la Operation Rolling Thunder—, Mrs. Hoyt plasmó su perturbación en las oficinas de la junta de reclutamiento local,

eligiendo su tablón de anuncios para avisar que daría consejo gratuito sobre el alistamiento en su casa: sesiones para aprender a eludir el reclutamiento. Logró anunciarse en toda la universidad y también en Durham; Hester me contó que en la comunidad universitaria Mrs. Hoyt atrajo a una multitud más nutrida que entre los lugareños de Gravesend. Los estudiantes universitarios estaban más próximos a ser reclutados que los del instituto de Gravesend que lograran ser aceptados aunque fuera en una universidad de ínfima categoría.

En 1966, dos millones de estadounidenses gozaban de las llamadas prórrogas que los protegían del reclutamiento. Un año después este beneficio sería modificado... excluyendo a los estudiantes de escuelas para graduados, aunque los del segundo curso o más adelantados seguirían eximidos. Yo encajé por los pelos en la prórroga. Cuando ésta alcanzó a los estudiantes de escuelas para graduados, yo ya estaba en *primer* año y me salvé. Me citaron para un examen físico previo a la incorporación en la junta local, donde tenía todas las razones para esperar que me encontraran plenamente aceptable —algo que se llamaba 1-A— para el servicio... y a la cabeza de la lista.

Para este tipo de cosas intentaba prepararnos Mrs. Hoyt; ya en febrero de 1966 comenzó a advertir a todos los jóvenes que quisieran escucharla. Se puso en contacto con todos los contemporáneos de Harry en Gravesend.

—¡Johnny Wheelwright, préstame atención! —Me pescó en el teléfono de 80 Front Street y yo le tenía miedo.

Hasta mi abuela opinaba que Mrs. Hoyt debía comportarse «de una manera más adecuada al luto», pero la mujer estaba loca como una cabra. ¡Hasta le había dado un sermón a Owen en la tienda de monumentos, mientras elegía la losa para Harry!

—No quiero ninguna cruz —le dijo—. ¡Dios nunca le hizo ningún bien!

—SI SEÑORA —dijo Owen Meany.

—Y no quiero una de esas cosas que parecen una pasarela... es muy propio de los militares ofrecerte una tumba que la gente pueda pisar —dijo Mrs. Hoyt.

—COMPRENDO.

A continuación lo instruyó sobre su «obligación» con el ROTC, diciéndole que debía hacer todo lo posible para que le dieran un «trabajo de escritorio», si sabía lo que le convenía.

—¡Y no me refiero a un trabajo de escritorio en *Saigón*! —prosiguió—. ¡No te atrevas a participar en ese *genocidio*! —le advirtió—. ¿Quieres prender fuego a esas pequeñas mujeres asiáticas y a esos niños? —le preguntó.

—¡NO SEÑORA! —dijo Owen Meany.

Por teléfono, Mrs. Hoyt me dijo:

—¡No te permitirán especializarte en literatura en la escuela para graduados! ¿Qué les importa la *literatura*? ¡Si apenas saben leer!

—Sí señora —repliqué.

—No puedes esconderte en la escuela para graduados... no funcionará, créeme —dijo Mrs. Hoyt—. Y a menos que te pase algo, físicamente me refiero, morirás en un arrozal. ¿Te pasa algo? —me preguntó.

—Que yo sepa no, señora.

—Pues tendrás que pensar en algo —me dijo Mrs. Hoyt—. Sé de alguien que proporciona asesoramiento psiquiátrico, puede darte consejos... puede conseguir que parezcas loco. Pero es arriesgado y tendrías que empezar ahora mismo; necesitas tiempo para tener un historial si quieres convencer a alguien de que no estás en tu sano juicio. No servirá de nada que te emborraches y te embadurnes el pelo con mierda de perro la noche antes del examen físico... Si no tienes un *historial* mental, no servirá que intentes fingirlo.

No obstante, eso fue lo que intentó Buzzy Thurston... y funcionó. Tal vez demasiado bien. Su «historial» sólo tenía dos semanas, pero aun en tan breve plazo logró meterse en el organismo suficiente alcohol y suficientes drogas para convencer a su cuerpo de que le *gustaba* esta forma de abuso. Para Mrs. Hoyt, Buzzy era tan víctima de la guerra como su Harry; Buzzy se mató tratando de mantenerse alejado de Vietnam.

—¿Has pensado en el Cuerpo de Paz? —me preguntó Mrs. Hoyt. Añadió que había asesorado a un joven, también especializado en literatura, para que solicitara el ingreso en el Cuerpo de Paz. Lo habían aceptado como maestro de literatura en Tanzania. Era una lástima, reconoció Mrs. Hoyt, que la China Roja hubiese enviado a cuatrocientos «consejeros» a Tanzania en el verano del 65; el Cuerpo de Paz se había apresurado a retirarse, naturalmente. Piénsalo —me dijo Mrs. Hoyt—. ¡Hasta *Tanzania* es mejor idea que Vietnam!

Le dije que lo pensaría, pero creía que me sobraba tiempo. Imagínalo: eres estudiante del último curso universitario, eres virgen... ¿le crees a alguien que te dice que tienes que optar entre Vietnam y Tanzania?

—Mejor que lo creas —me dijo Hester.

Fue el año —1966, en febrero— en que el Comité del Senado para relaciones exteriores comenzó a televisar audiencias sobre la guerra.

—Creo que te conviene hablar con Missus Hoyt —me dijo mi abuela—. No quiero que un nieto mío tenga nada que ver con este desastre.

—Escúchame, John —me dijo Dan Needham—. Este *no* es el momento de hacer lo mismo que Owen Meany. Esta vez tu amigo está cometiendo un error.

Le conté a Dan que tenía miedo de ser responsable de haber saboteado el deseo de Owen de incorporarse a una «especificación de armas de combate»; le confesé que había dicho al coronel Eiger que la «estabilidad emocional» de Owen era dudosa, y que coincidía con él en que Owen no era apto para una sección de combate. Le dije a

Dan que me sentía culpable de haber dicho todo esto «a espaldas de Owen».

—¿Cómo puedes sentirte «culpable» por tratar de salvarle la vida? —me preguntó Dan.

Hester dijo lo mismo cuando le confesé que había traicionado a Owen ante el coronel Eiger.

—¿Cómo puedes decir que lo «traicionaste»? Si le quieres, ¿cómo puedes estar de acuerdo con lo que pretende? ¡Está loco! —gritó Hester— ¡Si el Ejército insiste en que no es «apto» para el combate, estoy dispuesta incluso a amar al jodido Ejército!

Pero *todos* comenzaban a parecerme «locos». Mi abuela farfullaba delante del televisor todo el día y toda la noche. Empezaba a olvidar cosas y personas —si no las había visto por la tele— y, peor aún, recordaba todo lo que había visto en la pantalla con una inconsciente precisión automática. Hasta Dan Needham me daba la impresión de estar loco. ¿Durante cuántos años puede *alguien* mantener su entusiasmo por el teatro de aficionados en general... y por el papel más adecuado para Mr. Fish en *Canción de Navidad*, en particular? Y aunque yo no estaba de acuerdo con que la manufactura de gas de Gravesend despidiera a Mrs. Hoyt como recepcionista, pensaba que ella también estaba loca. Y los «patriotas» lugareños que fueron aprehendidos cuando se comportaron como vándalos con el coche y el garaje de Mrs. Hoyt, estaban más locos que ella. Y el rector Wiggin y su mujer, Barbara... ésos *siempre* habían estado locos; ahora afirmaban que Dios «apoyaba» a las tropas estadounidenses en Vietnam... insinuando que *no* apoyar la presencia de esas tropas era antiestadounidense e impío. Aunque el reverendo Lewis Merrill era —con Dan Needham— el principal portavoz de lo que equivalía al movimiento antibélico en Gravesend Academy, hasta él me parecía loco; pese a todas su peroratas sobre la paz, no hacía ningún progreso con Owen Meany.

El más loco era Owen, por supuesto; supongo que entre él y Hester siempre había que echar a cara o cruz esta cuestión, pero en cuanto a su deseo y su búsqueda activa de un nombramiento en una sección de combate, en mi mente no había ninguna duda: Owen estaba más loco.

—¿Por qué *quieres* ser un héroe? —le pregunté.

—TU NO ENTIENDES —dijo.

—No, no lo entiendo —admití. Estábamos en la primavera de nuestro primer año de estudios, 1966; a mí ya me habían aceptado en la escuela para graduados de la Universidad de New Hampshire. Durante el año siguiente, al menos, no iría a ningún lado; tenía mi prórroga 2-S y me agarraba a ella. Owen ya había rellenado su Declaración de Prioridades en el Nombramiento de Oficial... su HOJA SOÑADA, decía él. En su Formulario de Servicio, hizo notar que se ofrecía «como voluntario para el servicio de ultramar». En ambos formularios había especificado que quería ir a Vietnam: Infantería, Fuerzas Blindadas o Artillería... en ese orden. *No* era

optimista; con su segundo puesto en la unidad del ROTC, el Ejército no estaba obligado a satisfacer su elección. Owen reconocía que nadie había sido muy estimulante con respecto al cambio de su destino del Cuerpo de Ayudantía General a una sección de combate... ni siquiera el coronel Eiger lo había animado.

—EL EJERCITO TE BRINDA LA ILUSIÓN DE QUE PUEDES ELEGIR... LA MISMA POSIBILIDAD QUE TODOS LOS DEMÁS —decía Owen. Mientras abrigaba la esperanza de que lo trasladaran, aireaba las frases gilipollas predilectas del Departamento del Cuartel General del Ejército: INSTRUCCIÓN COMANDO ANTIGUERRILLERO, INSTRUCCIÓN TROPAS AEROTRANSPORTADAS, INSTRUCCIÓN FUERZAS ESPECIALES... un día dijo que lamentaba no haber ido a la ESCUELA DE SALTO o a la ESCUELA DE SELVA, y Hester vomitó.

—¿Para qué *quieres* ir, siquiera? —le increpé.

—SE QUE VOY A IR —respondió—. NO NECESARIAMENTE ES CUESTIÓN DE *DESEARLO*.

—Quiero asegurarme de que te entiendo. ¿Tú «sabes» *adónde* vas?

—A VIETNAM.

—Ya veo —dije.

—No, no «ves» —terció Hester—. Pregúntale *cómo* «sabe» que va a Vietnam.

—¿Cómo lo *sabes*, Owen? —le pregunté; yo creía saber cómo lo sabía él: era ese *sueño* que me ponía la piel de gallina.

Owen y yo estábamos sentados en las sillas de madera de respaldo recto, en la cocina de Hester plagada de cucarachas. Mi prima preparaba una salsa de tomate; no era una gran cocinera y la cocina estaba impregnada del ácido olor encebollado de muchas de sus anteriores salsas de tomate. En una sartén de hierro colado chamuscaba una cebolla en aceite de oliva barato; luego volcaba allí el contenido de una lata de tomates. Agregaba agua... y albahaca, orégano, sal, pimienta roja, y a veces el hueso sobrante de una chuleta de cerdo o de una costilla de cordero, o un bistec. Reducía este revoltijo hasta un volumen inferior al de la lata de tomates original, con la consistencia del engrudo. Arrojaba este mejunje sobre la pasta, que había hervido demasiado y estaba excesivamente blanda. En ocasiones, nos sorprendía con una ensalada... cuyo aliño consistía en demasiado vinagre y el mismo aceite de oliva barato que había usado para atacar a la cebolla.

A veces, después de cenar, escuchábamos música en el salón de la sala, o Hester nos cantaba algo a Owen y a mí. Pero ahora el sofá no era nada invitador, debido a que Hester se había apiadado de uno de los perros callejeros de Durham, un bastardo que había demostrado su gratitud llenando de pulgas el sofá de la sala. Esta era la vida que Hester y yo consideramos que Owen no apreciaba en todo su valor.

—NO QUIERO SER UN HÉROE —dijo Owen Meany— NO SE TRATA DE QUE QUIERA SERLO... SINO DE QUE SOY UN HÉROE. SE QUE ESO ES LO

QUE SE SUPONE QUE SOY.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—NO ES QUE YO QUIERA IR A VIETNAM... SINO QUE ES ADONDE TENGO QUE IR. ES EL LUGAR DONDE SOY UN HÉROE. TENGO QUE ESTAR ALLÍ.

—¡Dile cómo lo «sabes», pedazo de idiota! —le gritó Hester.

—DEL MODO EN QUE SE SABEN ALGUNAS COSAS... TUS OBLIGACIONES, TU DESTINO O TU SUERTE —contestó—. DEL MODO EN QUE SABES LO QUE DIOS QUIERE QUE HAGAS.

—¿Dios quiere que vayas a Vietnam? —le pregunté.

Hester salió corriendo de la cocina y se encerró en el lavabo; empezó a llenar la bañera.

—¡No pienso oír esas mierdas, Owen... ni una sola vez más, te lo había advertido! —chilló.

Cuando Owen se levantó de la mesa de la cocina para bajar la llama de la salsa de tomate, oímos vomitar a Hester en el baño.

—Es el sueño, ¿verdad? —le pregunté; Owen removía la salsa de tomate como si supiera lo que estaba haciendo—. ¿El pastor Merrill te dice que Dios quiere que vayas a Vietnam? ¿Te lo dice el padre Findley?

—ELLOS DICEN QUE SOLO ES UN SUEÑO.

—Eso es lo que digo yo... ni siquiera sé de qué se trata, pero digo que sólo es un sueño.

—PERO TU NO TIENES FE —sentenció—. ESE ES TU PROBLEMA.

Desde el lavabo, Hester emitía sonidos de Nochevieja; la salsa de tomate hervía a fuego lento.

Owen Meany era capaz de manifestar cierta serenidad que nunca terminó de gustarme; si se ponía así cuando practicábamos el tiro, no quería tocarlo... al pasarle el balón me sentía incómodo; y cuando tenía que ponerle las manos encima, cuando lo alzaba realmente, siempre sentía que estaba tocando a un ser que no era exactamente humano o del todo real. No me habría sorprendido que se diera la vuelta en el aire, entre mis manos, y me mordiera, o que —después de levantarlo— siguiera volando.

—Sólo es un sueño —repetí.

—NO ES TU SUEÑO —dijo Owen Meany.

—No seas remilgado, no juegues conmigo —le reproché.

—NO ESTOY JUGANDO. ¿SOLICITARÍA UN PUESTO EN COMBATE SI ESTUVIERA JUGANDO?

Empecé de nuevo.

—¿En el sueño eres un héroe? —le pregunté.

—SALVO A UNOS NIÑOS —dijo Owen Meany—. SALVO A UN MONTÓN DE NIÑOS.

—¿Niños?

—EN EL SUEÑO NO SON SOLDADOS, SON NIÑOS —explicó.

—¿Niños vietnamitas?

—POR ESO SE DONDE ESTOY... DECIDIDAMENTE SON NIÑOS VIETNAMITAS Y YO LOS SALVO. ¡NO ME TOMARÍA TANTAS MOLESTIAS SI SE SUPUSIERA QUE DEBO SALVAR SOLDADOS! —agregó.

—Owen, todo esto es muy infantil —le dije—. ¡No puedes creer que todo lo que pasa por tu cabeza *significa* algo! ¡No puedes tener un sueño y creer que «sabes» lo que *se supone* que debes hacer!

—LA FE NO ES EXACTAMENTE ESO —dijo y volcó toda su atención en la salsa de tomate—. YO NO CREO TODO LO QUE PASA POR MI CABEZA... LA FE ES UN POCO MÁS SELECTIVA.

Supongo que algunos sueños son MÁS SELECTIVOS, también. Owen encendió el fuego de la gran olla para la pasta... como si los sonidos de la náusea seca en el lavabo fuesen para él un indicativo de que en breve Hester recuperaría el apetito. Después fue al dormitorio de mi prima a buscar su diario. No me lo mostró; encontró la parte que buscaba y empezó a leérmela. Yo no sabía que estaba oyendo una versión corregida. En el escrito no mencionaba la palabra «sueño», como si en lugar de un sueño estuviera describiendo algo que había presenciado con más certeza y autoridad que cualquier cosa que pudiera aparecersele mientras dormía... como si estuviera describiendo una serie de acontecimientos que había visto con sus propios ojos. No obstante, permanecía separado de lo que veía, como quien mira a través de una ventana, y el tono del escrito no era tan apremiante como el que tan a menudo había empleado *La Voz*; la tónica de certeza y autoridad que oía me recordaba el informe simple y menos que entusiasta de un documental, que se corresponde con el tono de voz de los fragmentos incuestionables de la Biblia.

«NO OIGO LA EXPLOSIÓN. LO QUE OIGO SON LAS SECUELAS DE UNA EXPLOSIÓN. SUENA UN ZUMBIDO EN MIS OÍDOS, Y LOS SONIDOS AGUDOS DE DETONACIONES Y TICTACS QUE PRODUCE UN MOTOR CALIENTE DESPUÉS DE APAGARLO; CAEN TROZOS DEL CIELO Y PEDAZOS DE ALGO BLANCO, TAL VEZ PAPEL, TAL VEZ YESO, BAJAN FLOTANDO COMO SI FUERA NIEVE. TAMBIÉN HAY CHISPAS PLATEADAS EN EL AIRE... QUIZÁ SEAN CRISTALES HECHOS AÑICOS. HAY HUMO Y HUELE A QUEMADO; NO HAY LLAMAS, PERO TODO ARDE.

»ESTAMOS TUMBADOS EN EL SUELO. SE QUE LOS NIÑOS ESTÁN BIEN PORQUE SE LEVANTAN DEL SUELO, UNO POR UNO. TIENE QUE HABER SIDO UNA EXPLOSIÓN FUERTE PORQUE ALGUNOS NIÑOS SE SIGUEN

TAPANDO LOS OÍDOS; ALGUNAS OREJAS SANGRAN. LOS NIÑOS NO SABEN INGLÉS, PERO SUS VOCES SON LOS PRIMEROS SONIDOS HUMANOS POSTERIORES A LA EXPLOSIÓN. LOS MÁS PEQUEÑOS LLORAN, PERO LOS MAYORES HACEN TODO LO POSIBLE POR CONSOLARLOS... PARLOTEAN, EN REALIDAD FARFULLAN, PERO SU VOZ ES TRANQUILIZADORA.

»POR LA FORMA EN QUE ME MIRAN, SE DOS COSAS. SE QUE LOS SALVE... AUNQUE NO SE COMO. Y SE QUE TEMEN POR MI. PERO YO NO *ME VEO*... NO SE QUE ME PASA. LAS EXPRESIONES DE LOS NIÑOS ME INDICAN QUE PASA ALGO.

»REPENTINAMENTE, ALLÍ ESTÁN LAS MONJAS; *LAS PINGÜINOS* ME MIRAN DESDE ARRIBA... UNA SE INCLINA SOBRE MI. NO OIGO LO QUE LE DIGO, PERO PARECE COMPRENDERME... A LO MEJOR SABE INGLÉS. SOLO CUANDO ME TOMA EN SUS BRAZOS VEO LA SANGRE... LLEVA LA TOCA ENSANGRENTADA. MIENTRAS MIRO A LA MONJA, NOTO QUE SU TOCA SIGUE SALPICÁNDOSE DE SANGRE, QUE LA SANGRE LE GOTEA EN LA CARA, TAMBIÉN, PERO NO TIENE MIEDO. LAS CARAS DE LOS NIÑOS, QUE ME MIRAN DESDE ARRIBA, REFLEJAN EL PÁNICO; PERO LA MONJA QUE ME TIENE ENTRE SUS BRAZOS ESTA MUY SERENA.

»LA SANGRE ES *MIA*, POR SUPUESTO... LA MONJA ESTA CUBIERTA CON MI SANGRE, PERO SU EXPRESIÓN ES DE SOSIEGO. CUANDO VEO QUE ESTA A PUNTO DE HACER LA SEÑAL DE LA CRUZ SOBRE MI CUERPO, ME ESTIRO PARA TRATAR DE IMPEDÍRSELO. PERO NO PUEDO... ES COMO SI NO TUVIERA BRAZOS. LA MONJA ME SONRÍE. UNA VEZ QUE ELLA HACE LA SEÑAL DE LA CRUZ, LOS DEJO A TODOS... ME VOY, SENCILLAMENTE. SIGUEN EXACTAMENTE DONDE ESTABAN, MIRÁNDOME DESDE ARRIBA, PERO EN REALIDAD NO ESTOY ALLÍ. TAMBIÉN YO *ME MIRO* DESDE ARRIBA. TENGO EL ASPECTO QUE TENÍA CUANDO HICE DE NIÑO JESÚS... ¿RECUERDAS AQUELLOS ESTÚPIDOS PAÑALES? ESE ASPECTO TENGO CUANDO ME ABANDONO A MI MISMO.

»PERO AHORA TODA ESA GENTE EMPEQUEÑECE... NO SOLO YO, SINO LAS MONJAS Y TAMBIÉN LOS NIÑOS. ESTOY BASTANTE LEJOS POR ENCIMA DE ELLOS, PERO NO LEVANTAN LA VISTA; SIGUEN CON LA VISTA BAJA, MIRANDO LO QUE *ERA* YO. Y ENSEGUIDA ESTOY ENCIMA DE TODAS LAS COSAS; LAS PALMERAS SON RECTAS Y ALTAS, PERO ENSEGUIDA ESTOY TAMBIÉN MUY POR ENCIMA DE LAS PALMERAS. LAS PALMERAS Y EL CIELO SON UNA HERMOSURA, PERO HACE MUCHO CALOR... EL AIRE ES MÁS CALIENTE QUE EL DE NINGÚN SITIO EN EL QUE HAYA ESTADO. SE QUE NO ESTOY EN NEW HAMPSHIRE».



No dije nada; Owen volvió a dejar su diario en el dormitorio de Hester, removió la salsa de tomate, miró por debajo de la tapadera de la olla para ver si el agua estaba a punto de hervir. Luego llamó a la puerta del lavabo; adentro reinaba el silencio.

—Saldré en un minuto —dijo Hester.

Owen volvió a la cocina y se sentó a la mesa, conmigo.

—Sólo es un sueño, Owen —le dije. Cruzó las manos y me miró, muy paciente. Recordé el día en que se desató la cuerda de seguridad, cuando nadábamos en la cantera. Recordé cuánto se enfureció... al ver que no nos zambullíamos al instante para salvarlo.

«¡DEJASTEIS QUE ME AHOGARA!», había dicho. «¡NO HICISTEIS NADA! ¡CONTEMPLASTEIS COMO ME AHOGABA! ¡YA ESTOY MUERTO!», nos había dicho. «RECORDADLO: ME DEJASTEIS MORIR».

—Owen —le dije—, dada la sensibilidad de tus sentimientos por los católicos, ¿no te parece *natural* soñar que una monja es tu Ángel de la Muerte?

Se miró las manos cruzadas sobre la mesa; oímos que se vaciaba la bañera.

—Sólo es un sueño —repetí; él se encogió de hombros; en su actitud hacia mí vi la leve conmiseración y el leve desdén que había notado antes... cuando *The Flying Yankee* pasó por encima del puente de caballete de Maiden Hill, precisamente cuando Owen y yo pasamos por debajo, y yo lo llamé «casualidad».

Hester salió del baño envuelta en una toalla amarillo claro, con la ropa en la mano. Entró en el dormitorio sin mirarnos; cerró la puerta y la oímos sacudir los cajones de la cómoda, mientras las perchas protestaban en el armario por su rudeza.

—Owen, eres muy original, pero ese sueño es un estereotipo, es estúpido —dije—. Entrarás en el Ejército, hay guerra en Vietnam... ¿crees que podías tener un sueño en el que salvabas a niños *estadounidenses*? Y hay palmeras, por supuesto, ¿qué podías esperar, i glús?

Hester salió del dormitorio vestida; se estaba secando el pelo fuertemente con la toalla. Se había puesto unas prendas casi exactamente iguales a las que llevaba antes: otro tejano y otro jersey de cuello vuelto que le sentaba mal. Cada vez que Hester se cambiaba de ropa, era un cambio del negro al azul marino o viceversa.

—Owen —dije—, *no puedes* creer que Dios quiere que vayas a Vietnam con el propósito de que estés disponible para rescatar a los personajes de un *sueño*.

No asintió ni se encogió de hombros; permaneció inmóvil, mirándose las manos cruzadas encima de la mesa.

—Eso es exactamente lo que cree... has dado en el clavo —dijo Hester. Aferró la toalla húmeda y la arrolló, muy ceñida, en lo que llamábamos «cola de rata». La sacudió muy cerca de la cara de Owen Meany, pero él no se inmutó—. ¿Es eso, no? ¡Imbécil! —le gritó. Volvió a balancear la toalla, la desenrolló y cayó sobre él, envolviéndosela alrededor de la cabeza—. Crees que *Dios* quiere que vayas a

Vietnam, ¿verdad? —chilló.

Hester forcejeó hasta hacerle caer de la silla... mantuvo la toalla en su cabeza gracias a una llave de lucha y se echó de lado contra su pecho, apretándolo contra el suelo de la cocina, mientras le daba puñetazos con la mano libre. Owen pataleaba, intentaba tirarle del pelo, pero Hester debía de pesar como quince kilos más que él y daba la impresión de golpearlo con todas sus fuerzas. Cuando vi sangre en la toalla amarillo claro, cogí a Hester por la cintura e intenté separarlos.

No fue fácil; tuve que rodearle a Hester la garganta con las manos y amenazar con estranglarla, hasta que dejó de golpearlo a él para tratar de golpearme a mí. Era muy fuerte y estaba histérica; intentó poner a prueba su llave de lucha conmigo, pero Owen se arrancó la toalla y le hizo un placaje a la altura de los tobillos. Entonces le tocó a él tratar de separarla de mí. Le sangraba la nariz y tenía el labio inferior partido e hinchado, pero entre los dos conseguimos reducirla. Owen se le sentó en la corva, yo me arrodillé entre sus omóplatos y le sujeté los brazos contra los costados del cuerpo; le quedó suficiente libertad de movimientos para sacudir la cabeza... trató de morderme y, al ver que era imposible, empezó a golpearse la cara contra el suelo hasta que le empezó a sangrar la nariz.

—¡No me quieres, Owen! —chilló—. ¡Si me quisieras no irías... ni por todos los condenados niños del *mundo*! ¡Si me quisieras no irías!

Owen y yo seguimos encima de ella, hasta que empezó a llorar y dejó de golpearse la cara contra el suelo.

—SERA MEJOR QUE TE VAYAS —me dijo Owen.

—No, será mejor que te vayas *tú*, Owen —le dijo Hester—. ¡Vete de aquí!

Owen cogió su diario del dormitorio de Hester y nos marchamos juntos. Era una cálida noche de primavera. Seguí a la camioneta tomate hasta la costa; sabía adónde se dirigía Owen. Estaba seguro de que quería sentarse en el espigón de Rye Harbor, construido con el material de desecho —las losas rotas— de la Meany Granite Quarry: Owen siempre sentía que tenía derecho a estar allí. Desde el espigón se disfrutaba de una vista preciosa del pequeño puerto; en primavera no se veían muchas embarcaciones en el agua... la sensación era distinta a la de verano, época del año en que habitualmente nos sentábamos en el mismo sitio.

De todos modos, este verano sería diferente. Como durante el otoño daba clases de Comentario de Textos en el noveno curso de Gravesend Academy, no trabajaría en el verano. Incluso unas horas de enseñanza en Gravesend Academy compensarían con creces mis gastos en la escuela para graduados; incluso un trabajo a tiempo parcial —durante todo el curso lectivo— valía más la pena que otro verano en la Meany Granite.

Además, mi abuela me había dado un poco de dinero y Owen estaría en el Ejército. Se había regalado a sí mismo treinta días entre la graduación y el comienzo

de su servicio activo como subteniente. Habíamos hablado de hacer un viaje juntos. Salvo durante su Instrucción Básica —en Fort Knox o Fort Bragg—, Owen nunca había salido de Nueva Inglaterra; yo tampoco.

—Deberíais ir a *Canadá* —nos había dicho Hester—. ¡Y no volver!

El agua salobre entraba y salía precipitadamente del espigón; unos charcos quedaban atrapados en las rocas, debajo de la línea de pleamar. Owen hundió la cara en uno de esos charcos; le había dejado de sangrar la nariz, pero tenía el labio partido —y sangrante— y lucía una considerable hinchazón encima de una ceja. Tenía los dos ojos amoratados, uno mucho más oscuro que el otro, y tan inflamado que entre los párpados apenas se veía una raja.

—¡SI CREES QUE VIETNAM ES PELIGROSO, DEBERÍAS TRATAR DE VIVIR CON *HESTER*! —me dijo.

¡Pero Owen Meany era tan exasperante! ¿Cómo podía *nadie* vivir con él y, sabiendo lo que creía saber, *no* sentirse tentado a propinarle una buena paliza?

Permanecimos en el espigón hasta que oscureció y los mosquitos empezaron a molestarnos.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

Se señaló el labio inferior, que no había dejado de sangrar.

—NO CREO QUE PUEDA COMER NADA, PERO TE ACOMPAÑARE.

Fuimos a una de esas fondas marisqueras de «la franja». Comí montones de almejas fritas y Owen bebió una cerveza... con pajita. La camarera nos conocía, porque también estudiaba en la Universidad de New Hampshire.

—Te convendría hacerte poner unos puntos en ese labio antes de que se te caiga —le dijo a Owen.

Fuimos a la sala de urgencias del Gravesend Hospital, Owen en la camioneta tomate y yo detrás, en mi Volkswagen. Era una noche de poca actividad —no estábamos en verano ni en fin de semana— de manera que no tuvimos que esperar mucho. Hubo una discusión respecto a la forma de pago.

—¿Y SI NO PUDIERA PAGAR? —preguntó—. ¿SIGNIFICA ESO QUE NO ME TRATARÍAIS?

Me sorprendió que no tuviera un seguro médico; aparentemente su familia no seguía ninguna política de cobertura de enfermedad y él ni siquiera había pagado la pequeña prima que se pide a los estudiantes de la universidad para el seguro colectivo. Por último, dije que podían enviarle la cuenta a mi abuela; todos sabían —hasta la recepcionista de urgencias— quién era Harriet Wheelwright y, después de una llamada telefónica, aceptaron esta forma de pago.

—¡QUE PAÍS! —dijo Owen, mientras un joven médico extranjero, que parecía muy nervioso, le daba cuatro puntos de sutura en el labio inferior—. ¡AL MENOS CUANDO ESTE EN EL EJERCITO TENDRÉ ALGÚN TIPO DE SEGURO

## SANITARIO!

Después Owen me dijo que le daba vergüenza aceptar dinero de mi abuela: «¡YA ME HA DADO MÁS DE LO QUE MEREZCO!». Pero cuando llegamos a 80 Front Street, se presentó un problema totalmente distinto.

—¡Cielos misericordiosos, Owen! —exclamó mi abuela—. ¡Has estado *peleando!*

—ME CAI POR LA ESCALERA —dijo.

—¡A mí no me mientas, Owen Meany! —dijo mi abuela.

—ME ATACARON UNOS DELINCUENTES JUVENILES EN HAMPTON BEACH —dijo él.

—¡A mí no me mientas! —repitió Abuela.

Advertí que Owen intentaba dilucidar qué efecto tendría en mi abuela que le contara que su nieta le había dado una paliza; Hester, salvo cuando vomitaba, siempre era relativamente comedida delante de ella.

Owen me señaló.

—FUE ÉL —dijo.

—¡Cielos misericordiosos! —exclamó mi abuela—. ¡Vergüenza tendría que darte! —me dijo.

—No lo hice a propósito —expliqué—. No estábamos peleando *de verdad...* era un juego.

—ESTABA MUY OSCURO —agregó Owen— NO ME VEÍA MUY BIEN.

—¡Igualmente debería darte vergüenza! —me dijo mi abuela.

—Sí —admití.

Este pequeño malentendido pareció animar a Owen. Mi abuela se dedicó a atenderlo a cuerpo de rey; llamó a Ethel y le indicó que preparara algo nutritivo en la batidora: una piña fresca, un plátano, algo de helado, un poco de levadura de cerveza.

—¡Algo que el pobre chico pueda beber con una pajita! —dijo mi abuela.

—PODEMOS ELIMINAR LA LEVADURA —sugirió Owen Meany.

Cuando mi abuela se acostó, nos quedamos viendo Última Sesión y Owen me tomó el pelo por mi nueva fama... como gallito. Pero la película tenía como mínimo veinte años: *Se necesitan maridos*, con Betty Grable. La música y los decorados me hicieron pensar en el local llamado The Orange Grove y en mi madre cantando como «La dama de rojo». Probablemente nunca sabré algo más acerca de todo eso, pensé.

—¿Te acuerdas de la obra que ibas a escribir? —le pregunté a Owen—. Sobre el restaurante-espectáculo... sobre «La dama de rojo».

—CLARO QUE ME ACUERDO. TU NO QUISISTE QUE LA ESCRIBIERA.

—Se me ocurrió que de todos modos podrías haberla escrito.

—LA EMPECE... UN PAR DE VECES —respondió—. ERA MÁS DIFÍCIL DE LO QUE YO PENSABA... INVENTAR UNA HISTORIA.

En *Se necesitan maridos* también actuaban Carole Landis y Don Ameche; el tema era la pesca de marido en Florida. Sólo el brillo del televisor iluminaba la cara de Owen cuando dijo:

—TIENES QUE APRENDER A HACER UN SEGUIMIENTO DE LAS COSAS... SI TE INTERESA ALGO, TIENES QUE SEGUIRLO HASTA EL FINAL, TIENES QUE TRATAR DE TERMINARLO. APUESTO A QUE NUNCA HAS MIRADO UN LISTÍN TELEFÓNICO DE BOSTON... BUSCANDO A UN TAL BUSTER FREEBODY.

—Es un nombre inventado —dije.

—ES EL ÚNICO NOMBRE QUE CONOCEMOS —dijo Owen.

—No, no lo he buscado.

—¿VES? DE HECHO, FIGURAN UNOS CUANTOS FREEBODY... PERO NINGÚN «BUSTER» —dijo.

—Tal vez Buster sólo sea un mote —dije... ahora más interesado.

—NINGUNO DE LOS FREEBODY CON QUIENES HABLE HABÍA OÍDO HABLAR NUNCA DE UN «BUSTER» —dijo Owen Meany—. Y LAS RESIDENCIAS DE ANCIANOS NO PROPORCIONAN LISTAS DE NOMBRES... ¿SABES POR QUÉ? —me preguntó.

—¿Por qué? —le pregunté.

—PORQUE LOS DELINCUENTES PODRÍAN USARLAS PARA DESCUBRIR QUIEN HA DEJADO DE VIVIR EN SU CASA. SI EN EL LISTÍN SIGUE FIGURANDO EL MISMO NOMBRE Y LA CASA O EL APARTAMENTO NO HAN VUELTO A OCUPARSE... LOS DELINCUENTES HABRÁN DESCUBIERTO UN LUGAR FÁCIL DE ROBAR: NO HABRÁ NADIE DENTRO. POR ESO LAS RESIDENCIAS DE ANCIANOS NO DAN NOMBRES. INTERESANTE, ¿NO? SI ES CIERTO —agregó.

—Veo que te has movido —dije.

Se encogió de hombros.

—TAMBIÉN HAY QUE MIRAR EN LAS PAGINAS AMARILLAS... LOS LOCALES QUE OFRECEN «MUSICA EN DIRECTO» —dijo—. EN NINGUNO DE LOS LOCALES DE BOSTON HAN OÍDO HABLAR DE UN TAL BIG BLACK BUSTER FREEBODY. FUE HACE TANTO TIEMPO QUE BUSTER FREEBODY HABRÁ MUERTO.

—No me gustaría nada ver la cuenta de tu teléfono —bromeé.

—UTILICE EL DE HESTER —dijo.

—Me sorprende que no te haya dado una paliza por eso.

—*LO HIZO* —replicó; apartó la cara de la luz brillante del televisor—. NO QUISE CONTARLE EL MOTIVO DE LAS LLAMADAS Y PENSÓ QUE TENÍA OTRA NOVIA.

—¿Por qué *no* tienes otra novia? —le pregunté; volvió a encogerse de hombros.

—NO SE PASA TODO EL TIEMPO PEGÁNDOME —aclaró.

¿Qué podía decirle? Yo ni siquiera tenía una.

—Habría que pensar en nuestro *viaje* —le dije—. Tendremos treinta días por delante... ¿adónde quieres ir?

—A ALGÚN SITIO CALIDO —dijo Owen Meany.

—Todos los lugares son cálidos... en junio —le recordé.

—ME GUSTARÍA IR DONDE HAYA PALMERAS.

Miramos un rato *Se necesitan maridos*, en silencio.

—Podríamos ir a Florida —propuse.

—EN LA CAMIONETA NO —replicó—. LA CAMIONETA NO LLEGARÍA HASTA FLORIDA.

—Podemos ir en el Volkswagen. El Escarabajo llegaría a California sin ningún problema.

—¿Y DONDE DORMIRÍAMOS? —me preguntó—. YO NO PUEDO PAGAR MOTELES.

—Mi abuela nos prestaría el dinero.

—YA HE ACEPTADO BASTANTE DINERO DE TU ABUELA.

—Bien, podría prestártelo yo —dije.

—SALE DE LA MISMA BOLSA —persistió Owen Meany.

—Podríamos llevar una tienda... y sacos de dormir, para acampar.

—YA HE PENSADO EN ESO. SI LLEVAMOS MUCHAS COSAS DE CAMPING, NOS CONVENDRÍA IR EN LA CAMIONETA... QUE NOS DEJARÍA TIRADOS SI LE HICIERAMOS RECORRER SEMEJANTE DISTANCIA.

Me pregunté si había algo en lo que Owen Meany no hubiera pensado antes que yo.

—NO TENEMOS POR QUÉ IR A DONDE HAYA PALMERAS... SOLO ERA UNA IDEA.

No estábamos de humor para *Se necesitan maridos*; una historia sobre la pesca de marido exige un estado de ánimo especial. Owen salió hasta la camioneta y cogió su linterna; después subimos andando por Front hasta Linden Street... más allá del instituto de Gravesend, hasta el cementerio. La noche era tibia y no muy oscura. Para lo que suelen ser las tumbas, la de mi madre se veía muy bonita. Mi abuela había plantado un reborde de azafranes, narcisos y tulipanes, de modo que todo estaba lleno de color; además, su toque especial para las rosas era evidente en el rosal bien podado y firmemente tramado en el enrejado que se alzaba como un cómodo cabezal directamente detrás del sepulcro de mi madre. Owen recorrió las aristas biseladas de la lápida con el haz de luz de la linterna; yo había visto buenos trabajos con la muela adiamantada... el de Owen era infinitamente mejor. Claro que nunca pensé que en

aquel entonces él tuviese edad suficiente para hacer la lápida de mi madre.

—MI PADRE NUNCA FUE UN EXPERTO CON LA MUELA ADIAMANTADA —observó. Hacía poco que Dan Needham había puesto un ramo de flores primaverales delante de la lápida, pero igualmente logramos ver las letras con el nombre de mi madre... y las correspondientes fechas.

—¡Si estuviera viva tendría cuarenta y tres años! —me asombré—. Imagínate eso.

—¡SEGUIRÍA SIENDO HERMOSA! —dijo Owen Meany.

Mientras volvíamos andando por Linden Street, pensé que podríamos viajar «por el este», como dicen en New Hampshire... lo que significa por la costa de Maine, hasta Nueva Escocia.

—¿Llegaría la camioneta a Nueva Escocia? —le pregunté—. Supón que nos lo tomamos con calma y vamos por la costa de Maine... si ninguna prisa, sin importarnos cuándo llegaremos a Nueva Escocia, sin importarnos siquiera si llegamos... ¿crees que aguantaría la camioneta?

—YA HE ESTADO PENSANDO EN ESO —respondió—. SÍ, CREO QUE PODRÍAMOS HACERLO... SI NO INTENTÁRAMOS HACER DEMASIADOS KILÓMETROS EN UN SOLO DÍA. EN LA CAMIONETA PODRÍAMOS LLEVAR TODO EL EQUIPO DE CAMPING QUE NECESITÁRAMOS... INCLUSO PODRÍAMOS ARMAR LA TIENDA EN LA PARTE DE ATRÁS SI ALGUNA VEZ TUVIÉRAMOS DIFICULTADES PARA ENCONTRAR TERRENO SECO O NIVELADO...

—¡Sería fantástico! —dije—. Nunca he estado en Nueva Escocia... nunca me he adentrado mucho en Maine.

En Front Street nos detuvimos para acariciar a un gato.

—TAMBIÉN ESTUVE PENSANDO EN SAWYER DEPOT —dijo Owen Meany.

—¿Qué has estado pensando? —le pregunté.

—YA SABES QUE NUNCA HE ESTADO ALLÍ.

—En realidad, Sawyer Depot no es muy interesante —dije prudentemente. No creía que tía Martha y tío Alfred recibieran a Owen Meany con los brazos abiertos y, teniendo en cuenta lo que acababa de ocurrir con Hester, me pregunté qué atractivo podía seguir teniendo Sawyer Depot para él.

—ME GUSTARÍA VERLO. HE OÍDO HABLAR TANTO DE SAWYER DEPOT. AUNQUE LOS EASTMAN NO QUISIERAN QUE FUERA A SU CASA, PODRÍAS ENSEÑARME LOVELESS LAKE... Y EL COBERTIZO, Y LA MONTAÑA A LA QUE TODOS IBAIS A ESQUIAR. ¡Y A FIREWATER!

—¡Firewater ha muerto hace años! —le dije.

—AH.

La rampa de la casa parecía un aparcamiento. Estaba el viejo Cadillac de Abuela, mi Volkswagen Escarabajo y la polvorienta camioneta tomate; aparcado en segunda línea vimos el destartado Chevy de Hester.

Mi prima debía de estar buscando a Owen y, al ver su camioneta en la rampa, entró en 80 Front Street a buscarlo. La encontramos dormida en el sofá; la única luz que brillaba sobre ella era el fantasmal destello color hueso del televisor, que tenía sintonizado otro canal; aparentemente, tampoco Hester estaba de humor para *Se necesitan maridos*. Se había quedado dormida viendo *La duquesa de Idaho*.

—HESTER ODI A ESTHER WILLIAMS, A MENOS QUE ESTE SUMERGIDA —dijo Owen Meany. Entró y se sentó junto a ella en el sofá; le tocó el pelo, la mejilla. Cambié de canal; nunca había una sola Última sesión... ya no. *Se necesitan maridos* había terminado; en su lugar había empezado algo llamado Sesión de Madrugada: John Wayne, en *Operación Pacífico*.

—HESTER DETESTA A JOHN WAYNE —dijo Owen y Hester se despertó.

John Wayne estaba en un submarino, en la segunda guerra mundial, combatiendo con los japoneses.

—No quiero ver una película de guerra —dijo Hester; encendió la lámpara de la mesita rinconera de al lado del sofá... examinó atentamente la sutura del labio de Owen—. ¿Cuántos? —le preguntó.

—CUATRO —le dijo Owen.

Hester le besó muy tiernamente el labio superior, y la punta de la nariz, y las comisuras de la boca... poniendo mucha atención en no besarle los puntos.

—¡Lo siento! ¡Te adoro! —le susurró.

—NO ES NADA —dijo Owen Meany.

Cambié rápidamente de un canal a otro hasta encontrar algo interesante: Sherlock Holmes en *Terror de noche*, con Basil Rathbone.

—No recuerdo si la he visto —dijo Hester.

—Yo sé que la he visto, pero no la recuerdo —dije.

—ES LA DE LA JOYA EN EL TREN... BASTANTE BUENA —dijo Owen Meany. Se acurrucó junto a Hester en el sofá; apoyó su cabeza en el pecho de ella, que lo acunó entre sus brazos. Unos minutos más tarde, Owen estaba profundamente dormido.

—Baja el volumen —me susurró Hester. Cuando la miré para ver si estaba suficientemente bajo, la vi llorando.

—Creo que me iré a acostar —le dije en voz baja—. He visto a Sherlock Holmes un centenar de veces.

—Nosotros nos quedaremos un rato. Buenas noches.

—Quiere ir a Sawyer Depot —le dije.

—Lo sé —me dijo.



Estuve despierto largo rato. Cuando oí sus voces en la rampa de acceso, me levanté y entré en el dormitorio vacío de mi madre. Desde la ventana, podía verlos. En el dormitorio de mi madre jamás se cerraban las cortinas, en memoria de cuánto odiaba la oscuridad.

Rayaba el alba, y Hester y Owen discutían cómo volverían a Durham.

—Yo te seguiré —dijo Hester.

—NO, TE SEGUIRÉ YO —replicó él.

Me gradué en la Universidad de New Hampshire: una licenciatura en Literatura, *cum laude*. Owen se graduó, simplemente: subteniente Paul O. Meany, Jr., con una licenciatura en Geología. No lo destinaron a una sección de combate; le ordenaron que se presentara en Fort Benjamin Harrison, en Indiana, donde iniciaría un curso de ocho a diez semanas en Administración Básica para el Cuerpo de Ayudantía General. Después, el Ejército quería que se presentara en un comando de comunicaciones en Arizona. Aunque el Ejército más adelante podía enviarlo a cualquier parte del país —o incluso a Saigón—, le estaban asignando un *trabajo de escritorio*.

—¡SE SUPONE QUE LOS SUBTENIENTES SON *JEFES DE PELOTÓN!* —dijo Owen Meany. Naturalmente, Hester y yo tuvimos que disimular nuestra alegría. Incluso en Vietnam, el Cuerpo de Ayudantía General no era una sección con un alto índice de bajas. Sabíamos que Owen no capitularía; cada tantos meses rellenaría otro formulario de Acción Personal, requiriendo un nuevo destino... y afirmaba que el coronel Eiger le había proporcionado el nombre y el número de teléfono de alguien del Pentágono, cierto mayor que supuestamente supervisaba los archivos de personal y los destinos de los oficiales subordinados. Hester y yo sabíamos que nunca se podía subestimar la capacidad de manipulación de Owen.

Pero por el momento, lo consideramos a salvo; y el Ejército de los Estados Unidos, creía yo, no era tan fácil de manipular como un pesebre infantil de Navidad.

—¿Qué *hace* exactamente el Cuerpo de Ayudantía General? —le pregunté cautamente. Pero no quiso hablar del tema.

—SOLO SE TRATA DE UN DESTINO *PROVISIONAL* —respondió Owen Meany.

Dan y yo no tuvimos más remedio que reír; era divertido pensar en él soportando un curso de Administración Básica en Indiana, cuando se había imaginado a sí mismo saltando de un helicóptero y abriéndose camino en la selva a machetazo limpio y con su M-16. Owen estaba enfadado, pero no deprimido; estaba irritable, pero resuelto.

Una noche me paseaba por el campus de Gravesend Academy cuando vi la camioneta tomate aparcada en la rampa circular desde donde el Volkswagen Escarabajo del pobre Dr. Dolder había sido elevado a su momento álgido en la historia. Los faros de la camioneta brillaban a través del vasto jardín que bordeaba la fachada del edificio principal; el césped estaba repleto de sillas. Filas y filas de sillas,

y los bancos de la Gran Sala, ordenados en el jardín; calculé que había asientos para unas quinientas personas. Era la época del año en que Gravesend Academy abrigaba la esperanza de que no lloviera; las sillas y los bancos estaban dispuestos para la ceremonia de entrega de diplomas. Si llovía —para desdicha de todos—, no había lugar suficiente para los asistentes, excepto el gimnasio; ni siquiera la Gran Sala tenía el aforo necesario.

La ceremonia se había celebrado al aire libre el año que me gradué... el año que *debía* de haberse graduado Owen, el año que él tendría que haber sido el representante de nuestra clase.

Hester estaba sentada, sola, en la cabina de la camioneta; me hizo señas de que subiera y me sentara a su lado.

—¿Dónde está? —le pregunté. Mi prima señaló la senda de los faros de la camioneta. Más allá de las filas y filas de sillas y bancos había un escenario improvisado, cubierto con el estandarte de Gravesend Academy, salpicado de sillas para los dignatarios y los oradores; en el centro del escenario se alzaba el podio, y en el podio estaba Owen Meany. Tenía la vista fija en los centenares de asientos vacíos... parecía algo cegado por los faros de la camioneta, pero necesitaba la luz para leer su discurso de despedida.

—No quiere que nadie lo oiga... sólo quiere *decirlo* —me comentó Hester.

Cuando Owen se reunió con nosotros en la cabina de la camioneta, le dije:

—Me habría gustado oírlo. ¿No nos lo leerías?

—YA HE TERMINADO —dijo Owen Meany—. SOLO ES UNA VIEJA HISTORIA.

Y luego partimos hacia el territorio norteño... hacia Sawyer Depot y Loveless Lake. Fuimos en la camioneta; no llevamos a Hester. No estoy seguro de que quisiera acompañarnos, pero había hecho el esfuerzo de hablar con sus padres; tío Alfred y tía Martha siempre se alegraban de verme y fueron amables —aunque no exactamente cálidos— con Owen Meany. Pasamos la primera noche de nuestro viaje en casa de los Eastman, en Sawyer Depot. Yo dormí en la cama de Noah, que estaba en el Cuerpo de Paz... creo que enseñaba Silvicultura, o «Administración de Montes» a los nigerianos. Tío Alfred decía que lo que hacía Noah era un «pasaporte»; África, o el Cuerpo de Paz, era su «pasaporte de salida de Vietnam».

Aquel verano, Simon se ocupaba del aserradero; con el correr de los años se había dañado tantas veces las rodillas —esquiando—, que éstas fueron *su* pasaporte de salida de Vietnam. Tenía una prórroga 4-F; lo juzgaban físicamente no apto para el servicio.

—A menos que el país sea invadido por extraterrestres —dijo Simon—, el viejo Tío Sam no me cogerá.

Owen se refirió a su curso de Administración Básica para el Cuerpo de Ayudantía

General como algo *interino*. Arizona también sería algo *interino*, aseguró Owen. Tío Alfred se mostró muy respetuoso con su deseo de ir a Vietnam, pero tía Martha — durante nuestra elegante cena— puso en duda la «moral» de la guerra.

—SI, YO TAMBIÉN LA CUESTIONO —dijo Owen Meany—. PERO SIENTO QUE HAY QUE VER LAS COSAS CON LOS PROPIOS OJOS PARA ESTAR SEGUROS. POR CIERTO, ME SIENTO INCLINADO A COINCIDIR CON LA EVALUACIÓN DE KENNEDY DEL PROBLEMA VIETNAMITA... YA EN EL SESENTA Y TRES. PROBABLEMENTE RECORDAIS LO QUE DIJO EL PRESIDENTE: «PODEMOS AYUDARLOS, PODEMOS EQUIPARLOS, PODEMOS ENVIAR ALLÍ A NUESTROS HOMBRES COMO CONSEJEROS, PERO TIENEN QUE GANARLA ELLOS, TIENE QUE GANARLA EL PUEBLO DE VIETNAM». CREO QUE ESTA OPINIÓN SIGUE SIENDO VALIDA... Y PARA TODOS NOSOTROS ES EVIDENTE QUE EL «PUEBLO DE VIETNAM» NO ESTA GANANDO LA GUERRA. PARECE QUE ESTAMOS TRATANDO DE GANARLA POR ELLOS.

»PERO SUPONGAMOS, POR UN MOMENTO, QUE CREEMOS EN LOS OBJETIVOS MANIFIESTOS DE LA ADMINISTRACIÓN JOHNSON SOBRE LA POLÍTICA EN VIETNAM... Y QUE APOYAMOS DICHA POLÍTICA. ACORDAMOS RESISTIR LA AGRESIÓN COMUNISTA EN VIETNAM DEL SUR... TANTO SI VIENE DE LOS NORVIETNAMITAS COMO DEL VIETCONG. APOYAMOS LA IDEA DE AUTODETERMINACIÓN PARA VIETNAM DEL SUR... Y QUEREMOS LA PAZ EN EL SUDESTE ASIÁTICO. SI ESTOS SON NUESTROS OBJETIVOS, SI COINCIDIMOS EN QUE ESTO ES LO QUE QUEREMOS... ¿POR QUÉ ESTAMOS EN UNA ESCALADA BÉLICA?

»EN SAIGÓN NO PARECE HABER UN GOBIERNO QUE PUEDA ARREGLÁRSELAS MUY BIEN SIN NOSOTROS. ¿LE GUSTA SIQUIERA AL PUEBLO SUDVIETNAMITA LA JUNTA MILITAR DEL MARISCAL KY? ¿POR SUPUESTO, HANOI Y EL VIETCONG NO NEGOCIARAN UN ACUERDO AMISTOSO SI PIENSAN QUE PUEDEN GANAR LA GUERRA! EXISTEN TODAS LAS RAZONES DEL MUNDO PARA QUE LOS ESTADOS UNIDOS MANTENGAN EN VIETNAM DEL SUR SUFICIENTES FUERZAS DE TIERRA PARA CONVENCER A HANOI Y AL VIETCONG DE QUE NUNCA LOGRARAN UNA VICTORIA MILITAR. ¿PERO QUE SIGNIFICA QUE NOSOTROS BOMBARDEEMOS EL NORTE?

»SUPONIENDO QUE DIGAMOS EN SERIO LO QUE DECIMOS, O SEA QUE QUEREMOS QUE VIETNAM DEL SUR SEA LIBRE DE GOBERNARSE POR SU CUENTA, *DEBERÍAMOS* ESTAR PROTEGIENDO A VIETNAM DEL SUR DE UN ATAQUE. SIN EMBARGO, DA LA IMPRESIÓN DE QUE NOSOTROS ESTAMOS ATACANDO A TODO EL PAÍS... DESDE EL AIRE. SI

BOMBARDEAMOS TODO EL PAÍS HASTA DESTRUIRLO... PARA PROTEGERLO DEL COMUNISMO... ¿QUÉ CLASE DE PROTECCIÓN ES ESA?

»CREO QUE ESE ES EL PROBLEMA —concluyó Owen Meany—, PERO ME GUSTARÍA VER LA SITUACIÓN CON MIS PROPIOS OJOS.

—¡Sí, entiendo! —dijo tía Martha. Tío Alfred se quedó mudo.

Pero ambos estaban impresionados.

Comprendí que, en parte, Owen había insistido en ir a Sawyer Depot para tener la oportunidad de impresionar a los padres de Hester. Yo había oído su tesis con anterioridad; no era muy original —creo que la había tomado prestada de algo escrito o dicho por Arthur Schlesinger, Jr.—, pero su discurso fue impresionante. Pensé que era una lástima que Hester hiciera tan pocos esfuerzos por impresionar a sus padres y que no se dejara impresionar por ellos.

Por la noche, oí a Owen charlar con tía Martha... que le había adjudicado la habitación de Hester. Owen le hacía preguntas sobre determinados ositos de felpa y muñecos y figurillas.

—¿Y CUANTOS AÑOS TENÍA HESTER CUANDO LE GUSTABA ESTE? —preguntaba—. Y SUPONGO QUE ESTE ES DE LA ÉPOCA DE FIREWATER.

Antes de acostarme, Simon me dijo, apreciativamente:

—¡Owen está tan raro como siempre! ¿No es *fabuloso*?

Me quedé dormido recordando cómo había aparecido Owen por primera vez ante mis primos... aquel día, en el desván de 80 Front Street, cuando forcejeábamos con la máquina de coser y Owen se paró bajo el sol que se filtraba por la claraboya y que resplandecía a través de sus orejas. Recordé lo que nos pareció a todos: un ángel descendente... un dios minúsculo pero feroz, enviado a juzgar nuestros errores.

Por la mañana, Owen sugirió que nos trasladáramos a Loveless Lake. Simon nos aconsejó que usáramos el cobertizo como campamento base. Cuando él saliera de trabajar en el aserradero, dijo, nos llevaría a hacer esquí acuático; de noche podíamos dormir en el cobertizo. Había un par de cómodos sofás convertibles en camas, y tela metálica nueva en las ventanas. Tenían algunas lámparas de queroseno; cerca había un retrete; una bomba manual extraía agua del lago y la llevaba a la pila, junto a la barra; había un hornillo de gas propano y algunos cazos para hervir el agua destinada a beber. En aquellos tiempos se nos permitía bañarnos (¡con jabón!) en el lago.

Owen y yo coincidimos en que era más acogedor que acampar en nuestra tienda; asimismo, para mí era relajante alejarme de mis tíos... y del esfuerzo que hacía Owen para impresionarlos. En el lago, estábamos solos; Simon sólo aparecía al final del día para llevarnos a practicar esquí acuático; tenía novia estable, de modo que rara vez lo veíamos por la noche. Preparábamos hamburguesas al carbón en una parrilla, junto al lago, pescábamos peces luna y percas desde el muelle, y pequeñas lubinas cuando salíamos en la canoa. De noche, Owen y yo nos sentábamos en el muelle hasta que

nos atacaban los mosquitos. Entonces entrábamos en el cobertizo, encendíamos las lámparas de queroseno y charlábamos un rato, o leíamos nuestros libros.

Yo estaba tratando de leer *El final de la parada*; lo estaba empezando. Los estudiantes de escuelas para graduados tienen ambiciones de lecturas serias, pero no terminan muchos libros que comienzan; yo no concluí *El final de la parada* hasta la cuarentena, cuando volví a intentarlo. Owen estaba leyendo un manual de campaña del Departamento de Ejército, titulado *Supervivencia, evasión y fuga*.

—TE LEERÉ ALGO DEL MIO SI TÚ ME LEES ALGO DEL TUYO —propuso Owen.

—De acuerdo —dije.

—«LA SUPERVIVENCIA ES PRINCIPALMENTE UNA CUESTIÓN DE PERSPECTIVA MENTAL» —leyó.

—Parece razonable —comenté.

—PERO ESCUCHA ESTO —dijo—. TRATA DE LA RELACIÓN CON LOS NATIVOS —no pude menos que imaginar que los únicos «nativos» con que Owen tendría que relacionarse serían los residentes de Indiana y Arizona—. «RESPETAR LA PROPIEDAD PERSONAL, ESPECIALMENTE A SUS MUJERES» —leyó.

—¡No puede decir eso! —salté.

—¡ESCUCHA ESTO! «EVITAR EL CONTACTO FÍSICO SIN QUE SE NOTE QUE ES ADREDE».

Los dos pensamos que era hilarante... aunque no le conté que en parte me reía porque estaba pensando en los «nativos» de Indiana y Arizona.

—¿QUIERES OÍR COMO DEBES CUIDARTE LOS PIES? —me preguntó.

—Si te he de decir la verdad, no.

—¿Y «PRECAUCIONES CONTRA LAS PICADURAS DE MOSQUITO»? —me preguntó—. «UNTARSE LA CARA CON BARRO, EN ESPECIAL ANTES DE ACOSTARSE» —leyó.

Reímos históricamente un buen rato.

—AQUÍ HAY UNA PARTE QUE TRATA DE LA COMIDA Y EL AGUA —dijo—. «NO BEBER ORINA».

—¡Eso parece un manual de campamento para *niños*! —exclamé.

—ESO ES LO QUE SON CASI TODOS LOS QUE ESTÁN EN EL EJERCITO —dijo Owen Meany.

—¡Qué mundo!

—AQUÍ HAY UN BUEN CONSEJO SOBRE LA FORMA DE ESCAPAR DE UN TREN EN MOVIMIENTO —me dijo—. «ANTES DE SALTAR, CERCIORARSE DE HACERLO POR EL LADO QUE CORRESPONDE PARA NO SALTAR A LAS VÍAS POR DONDE CORRE UN TREN EN SENTIDO CONTRARIO».

—¡No jodas! —grité.

—ESCUCHA ESTO. «LAS PLANTAS SILVESTRES DE *ESTRICNINA* CRECEN DE UN LADO A OTRO DE LOS TRÓPICOS. EL FRUTO BLANCO O AMARILLO DE ASPECTO APETITOSO ABUNDA EN EL SUDESTE ASIÁTICO. EL FRUTO TIENE UNA PULPA SUMAMENTE AMARGA Y LAS SEMILLAS CONTIENEN UN PODEROSO VENENO».

Me abstuve de decir que dudaba de que creciera una sola planta de estricnina en Indiana o Arizona.

—AQUÍ HAY OTRO COMENTARIO APTO PARA LA CATEGORÍA «¡NO JODAS!». —anunció—. ESTÁN HABLANDO DE «TÉCNICAS DE EVASIÓN CUANDO HAY POCA DIFERENCIA ENTRE TERRITORIO AMIGO Y TERRITORIO HOSTIL». OYE BIEN ESTO: «ES DIFÍCIL DIFERENCIAR AL POPULACHO INSURGENTE DEL POPULACHO ALIADO».

No pude contenerme y dije:

—Espero que no tropieces con ese problema en Indiana o en Arizona.

—OIGAMOS ALGO DE *TU* LIBRO —dijo, cerrando su manual de campaña.

Traté de explicarle cómo era la hija de Mrs. Satterthwaite, una mujer que había abandonado a su marido y su hijo para fugarse con otro hombre, y que ahora quería que aquél volviera a aceptarla, aunque lo detestaba y tenía la intención de hacerlo desdichado. Un amigo de la familia —sacerdote— está confiando a Mrs. Satterthwaite su opinión de la forma en que la hija, algún día, responderá a una infidelidad del marido, lo que a juicio del sacerdote es lo que cabe esperar. El hombre cree que la hija «echará la casa abajo», que «el mundo se hará eco de su errores».

He aquí la escena que le leí a Owen Meany:

«¿Quiere usted decir que Sylvia haría algo tan vulgar?», dijo Mrs. Satterthwaite.

«¿No es lo que hacen todas las mujeres cuando pierden a un hombre al que han torturado durante años?», preguntó el sacerdote. «Cuanto más se haya ocupado de torturarlo, menos derecho considerará que tiene a perderlo».

—¡QUE MUNDO! —opinó Owen Meany.

En Loveless Lake había más motoras que somorgujos; incluso de noche, oíamos más sonidos de motores que de la fauna. Decidimos dirigirnos al norte, a través de Dixville Notch, hasta Lake Francis; aquello era un «verdadero desierto», nos había dicho Simon. Por cierto, el camping de Lake Francis, que es uno de los lagos más norteños de New Hampshire, era espectacular; pero Owen Meany y yo no habíamos nacido para campistas. En Lake Francis, los chillidos de los somorgujos eran tan dolientes que nos asustaban; la negrura absoluta de esa orilla del lago vacía, de noche, resultaba aterradora. Había tantos ruidos nocturnos —insectos, pájaros, bestias— que no podíamos dormir. Una mañana vimos un alce.

—VOLVAMOS A CASA ANTES DE VER UN OSO —dijo Owen Meany—.

ADEMAS, TENGO QUE PASAR ALGÚN TIEMPO CON HESTER.

Pero cuando salimos de Lake Francis, enfiló la camioneta rumbo norte... hacia Quebec.

—ESTAMOS MUY CERCA DE CANADÁ —dijo—. QUIERO VERLO.

En esa frontera concreta hay muy poco que ver: sólo bosques, kilómetros y kilómetros de bosques, y un delgado camino tan castigado por el invierno que tiene el color de una mina de lápiz y está moteado de montículos helados. El puesto fronterizo —la aduana— era una cabaña; la verja que cruzaba el camino era endeble y de aspecto tan inocente como la barrera de un paso a nivel ferroviario; de hecho, estaba levantada. Los funcionarios de aduana canadienses no nos prestaron la menor atención... aunque aparcamos a unos cien metros de la frontera, otra vez de cara a los Estados Unidos; bajamos la puerta trasera de la camioneta y nos sentamos allí, de cara a Canadá. Llevábamos así media hora cuando uno de los funcionarios canadienses dio unos pocos pasos en nuestra dirección y se detuvo, para dedicarse a mirarnos.

No había tráfico en ninguna de las dos direcciones y los altos abetos que se alzaban a ambos lados de la frontera no evidenciaban ningún respeto especial por los límites nacionales.

—ESTOY SEGURO DE QUE ES UN BONITO PAÍS PARA VIVIR —dijo Owen Meany y nos volvimos a Gravesend.

Le dimos una modesta fiesta de despedida en 80 Front Street; Hester y mi abuela estaban algo lacrimosas, pero el tono general de nuestra celebración fue alegre. Dan Needham —nuestro historiador— se despachó con una larga e irresoluta meditación sobre si Fort Benjamin Harrison se llamaba así en honor al padre o el nieto de William Henry Harrison; después nos ofreció una especulación igualmente irresoluta sobre el origen de «hoosier», que todos sabíamos era el mote de los nativos de Indiana... aunque nadie sabía qué más significaba «hoosier», si es que significaba algo. Luego dejamos a Owen Meany en el oscuro interior del pasadizo secreto, mientras Mr. Fish recitaba, en voz muy alta, el pasaje que Owen siempre había admirado del *Julio César* de Shakespeare.

—«¡Los cobardes mueren varias veces antes de expirar! ¡El valiente nunca saborea la muerte sino una vez!». —declamó Mr. Fish.

—¡LO SÉ! ¡LO SÉ! ¡ABRID LA PUERTA! —chilló Owen Meany.

—«¡De todas las maravillas que he oído, la que mayor asombro me causa es que los hombres tengan miedo!». —dijo Mr. Fish—. «¡Visto que la muerte es un fin necesario, cuando haya de venir, vendrá!».

—¡VALE! ¡VALE! NO TENGO MIEDO... PERO ESTO ESTA LLENO DE TELARAÑAS. ¡ABRID LA PUERTA! —gritó Owen.

Tal vez la oscuridad lo llevó a insistir en que Hester y yo lo siguiéramos al desván. Quiso que nos metiéramos con él en el armario de mi abuelo; pero esta vez no repetimos el juego del armadillo —no teníamos linterna— ni corrimos el riesgo de que Hester nos tironeara de la pilila. Owen sólo quería que nos quedáramos allí un momento, en la oscuridad.

—¿Por qué estamos haciendo esto? —preguntó Hester.

—¡SSSHHH! ¡FORMEMOS UN CIRCULO, COGIDOS DE LA MANO! —ordenó. Obedecimos; la mano de Hester era mucho más grande que la de mi amigo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Hester.

—¡SSSHHH! —reiteró Owen. Aspiramos naftalina; las viejas prendas chocaban entre sí; los mecanismos de los viejos paraguas estaban tan oxidados que, pensé, jamás volverían a abrirse; las alas de los viejos sombreros estaban tan secas que se quebrarían si alguien intentaba darles forma—. NO TEMÁIS —dijo Owen Meany. Eso era todo lo que tenía que decirnos antes de marcharse a Indiana.

Pasaron varias semanas hasta que Hester y yo tuviéramos noticias suyas; supongo que lo tenían bastante atareado en Fort Benjamin Harrison. A veces yo veía a Hester de noche, por «la franja» de Hampton Beach; habitualmente la acompañaba un tipo... rara vez el mismo, y nunca nadie que mi prima se molestara en presentarme.

—¿Sabes algo de él? —le preguntaba.

—Todavía nada —decía Hester—. ¿Y tú?

Cuando tuvimos noticias suyas, las recibimos al mismo tiempo; sus primeras cartas no eran nada extraordinario; Owen parecía más aburrido que abrumado. Con toda probabilidad Hester y yo nos esforzamos en *hablar* sobre esas primeras cartas más de lo que Owen se había esforzado en escribirlas.

Un mayor se había encariñado con él; Owen decía que sus escritos y tareas editoriales para *The Grave* lo habían formado mejor que su aprendizaje en el ROTC o la Instrucción Básica para lo que aparentemente el Ejército esperaba de él. Hester y yo coincidimos en que parecía descorazonado. Dijo, sencillamente: «TODOS LOS DÍAS HAY QUE ESCRIBIR MUCHÍSIMO».

Aproximadamente dos meses después de su partida, las cartas eran más animadas. Se mostraba más optimista con lo que tenía que hacer; había oído unas cuantas cosas buenas de Fort Huachuca, Arizona. Según se decía en Fort Benjamin Harrison, Fort Huachuca era un destino privilegiado; él trabajaría en la Oficina de Ayudantía del Comando de Comunicaciones Estratégicas y le habían informado que el general de división a cargo era «flexible» en el tema de los traslados; se sabía que había ayudado a sus oficiales inferiores con las solicitudes.

Cuando inicié el curso en la escuela para graduados, en el otoño del 66, todavía buscaba apartamento en Durham... o incluso en Newmarket, entre Durham y Gravesend. Buscaba sin entusiasmo, pero a los veinticuatro años sabía que debía



reconocer que lo que me había señalado Owen era cierto: ya no tenía edad para seguir viviendo con mi padrastro o mi abuela.

—¿Por qué no te vienes a vivir conmigo? —me preguntó Hester—. Tendrías tu propio dormitorio —agregó... innecesariamente.

Cuando sus dos antiguas compañeras se graduaron, Hester sólo reemplazó a una; al fin y al cabo, Owen pasaba allí mucho tiempo... y que ella sólo tuviera una compañera de piso era menos incómodo para él. Cuando esta última se fue para casarse, Hester no la reemplazó. Mi primera angustia en cuanto a compartir el apartamento con Hester se basaba en que Owen podía desaprobarlo.

—Fue idea de él —me dijo mi prima—. ¿No te escribió *a ti* al respecto?

La carta llegó después de que Owen se instalara en Fort Huachuca.

«SI HESTER TODAVÍA NO TIENE OTRA COMPAÑERA DE PISO, ¿POR QUÉ NO TE VAS A VIVIR CON ELLA? DE ESA FORMA, PODRÍA LLAMAROS A LOS DOS —¡A COBRO REVERTIDO!— AL MISMO NUMERO.

»¡TENDRÍAS QUE VER FORT HUACHUCA! ¡SETENTA Y TRES MIL ACRES! PASTOS DE PRADERA, ALTITUD APROXIMADA CINCO MIL PIES... TODO ES AMARILLO Y OCRE CON EXCEPCIÓN DE LAS MONTAÑAS QUE A LA DISTANCIA SON AZULES Y PURPUREAS E INCLUSO ROSAS. ¡HAY UN LAGO DE PESCA JUSTO DETRÁS DEL CLUB DE OFICIALES! AQUÍ SOMOS CASI VEINTE MIL HOMBRES, AUNQUE EL FUERTE ES TAN EXTENSO QUE NO SE NOTA... SEIS MILLAS DESDE LA ENTRADA OESTE DEL FUERTE HASTA EL AERÓDROMO, OTRA MILLA HASTA LAS BARRACAS DEL CUARTEL GENERAL, DESDE DONDE PUEDES DIRIGIRTE AL ESTE SEIS MILLAS MÁS. EMPEZARE A JUGAR AL TENIS. ¡Y SI QUIERO PUEDO TOMAR LECCIONES DE PILOTAJE DE AVIONES! ¡Y MÉXICO SOLO ESTA A VEINTE MILLAS DE DISTANCIA! LA PRADERA NO ES COMO EL DESIERTO... PERO HAY ARBOLES DE JOSUÉ Y CHUMBERAS Y CERDOS SALVAJES QUE SE LLAMAN *JÁVELIN A* Y COYOTES. ¿SABES QUE ES LO QUE MÁS LES GUSTA COMER A LO COYOTES? ¡GATOS DOMÉSTICOS!

»FORT HUACHUCA TIENE LA MÁS NUMEROSA POBLACIÓN CABALLAR DE TODOS LOS PUESTOS DEL EJERCITO. LOS CABALLOS Y LA ARQUITECTURA DE FINALES DE SIGLO EN LAS CASA VIEJAS, Y LAS BARRACAS DE MADERA, Y LOS CAMPOS DE DESFILE —QUE SON RESTOS DE LAS GUERRAS INDIAS— HACEN QUE TE SIENTAS EN EL PASADO. Y AUNQUE TODO ES ENORME, TAMBIÉN ES AISLADO; ESTO TAMBIÉN TE HACE SENTIR EN EL PASADO.

»CUANDO LLUEVE, HUELES LOS ARBUSTOS DE CREOSOTA. EN GENERAL EL TIEMPO ES CALIDO Y SOLEADO... NO EXCESIVAMENTE CALUROSO; NUNCA ESTUVE EN UN SITIO CON UN AIRE TAN SECO. PERO

**NO TE PREOCUPES: ¡NO HAY PALMERAS!».**

Así fue como me mudé con Hester. En breve comprendí que la había juzgado mal al considerarla dejada. Sólo se trataba con dejadez a sí misma; mantenía bastante pulcras las habitaciones compartidas del apartamento e incluso recogía mi ropa y mis libros... cuando los dejaba en la cocina y en la sala. Ni siquiera las cucarachas de la cocina podían atribuirse a la suciedad de Hester. Aunque parecía conocer a un montón de tipos, ni uno solo pasó una noche con ella en el apartamento. A menudo regresaba bastante tarde, pero siempre regresaba. Nunca le pregunté si le era «fiel» a Owen Meany; prefería concederle el beneficio de la duda... además: ¿quién podía saber qué estaba haciendo *Owen*?

Por sus cartas, supimos que «mecnografiaba» muchísimo; jugaba al tenis, lo que Hester y yo consideramos inverosímil... y había tomado un par de lecciones de pilotaje, lo que consideramos increíble. Se quejaba de que su habitación en la Residencia de Oficiales Solteros —una habitación tipo residencia estudiantil, con baño privado— era sofocante. Pero durante un tiempo, no se quejó de nada más.

Confesó que estaba «HACIÉNDOLE LA PELOTA AL COMANDANTE», el general de división LaHoad. «LO LLAMAMOS LATOAD»,<sup>[6]</sup> escribió Owen, «PERO ES UN BUEN TIPO. PODRÍAN OCURRIRME COSAS PEORES QUE TERMINAR SIENDO SU AYUDANTE DE CAMPO... ESPERO HACER CARAMBOLA. DISCULPA LA EXPRESIÓN: HE ESTADO JUGANDO AL BILLAR EN LA SALA DE DÍA DE LA COMPAÑÍA.

»TÍPICO DEL EJERCITO: CUANDO LLEGO Y ME PRESENTO AL COMANDO DE COMUNICACIONES ESTRATÉGICAS, ME DICEN QUE SE HA DESLIZADO UN ERROR; ME NECESITAN EN LA SECCIÓN DE PERSONAL, DENOMINADA EN EL PUESTO “ACCIÓN DEL PERSONAL Y LA COMUNIDAD”. FIRMO LOS PAPELES DE PERMISO, ASISTO A LA JUNTA DE OFICIALES COMANDANTES Y A LA DE SUBOFICIALES... HE SIDO “ARCHIVERO” EN ESTA ÚLTIMA. DE LO QUE HAGO, LO QUE MÁS MIEDO DA ES JUGAR A VIGILANTE NOCTURNO: VOY CON UNA LINTERNA Y UNA RADIO DE LA POLICÍA MILITAR. SE TARDA DOS HORAS EN COMPROBAR TODAS LAS CERRADURAS DEL FUERTE QUE SUPONES PUEDEN SER FORZADAS CON GANZÚA: LAS TIENDAS Y LOS CLUBS Y LOS ALMACENES Y LA SALA DE MAQUINAS Y EL ECONOMATO Y EL DEPOSITO DE MUNICIONES. ENTRETANTO, CONOZCO DE MEMORIA LOS PROCEDIMIENTOS DEL CUADERNO DEL OFICIAL DE GUARDIA DE ESTADO MAYOR: “ANTE LA ADVERTENCIA DE UN ATAQUE NUCLEAR DEBE NOTIFICAR...” Y ASÍ SUCESIVAMENTE.

»CON SUERTE, EL GENERAL DE DIVISIÓN LAHOAD ME ELEGIRÁ COMO CAMARERO DE SUS FIESTAS... EN LA ÚLTIMA, SERVÍ BEBIDAS AL

BOMBONCITO DE SU MUJER *TODA LA NOCHE*; NO LOGRE HARTARLA, PERO LE GUSTO LA ATENCIÓN RECIBIDA. OPINA QUE SOY “MONO”: YA CONOCES A ESE TIPO DE MUJER. IMAGINO QUE SI FUERA AYUDANTE DE CAMPO DE LATOAD —SI LO LOGRARA—, ÉL VERÍA CON BUENOS OJOS MI SOLICITUD DE TRASLADO. PIENSA EN EL GOLPE QUE SIGNIFICARÍA PARA LA SECCIÓN DE PERSONAL. ¡CUANTO ME ECHARÍAN DE MENOS! HOY HE FIRMADO EL LICENCIAMIENTO DE UN CAPELLÁN Y AYUDADO A UNA MADRE HISTERICA A LOCALIZAR A SU HIJO EN EL CUERPO DE TRANSMISIONES... APARENTEMENTE ESTE CHICO TAN MALO NO HABÍA ESCRITO A SU CASA.

»HABLANDO DE CASA, TENDRÉ DIEZ DÍAS DE PERMISO PARA NAVIDAD».

Hester y yo ansiábamos verlo. Aquel octubre, el presidente Johnson visitó a las tropas estadounidenses en Vietnam; pero no oímos una sola palabra más de Owen Meany... concerniente al progreso o el éxito que había logrado en sus esfuerzos por conseguir nuevo destino. Todo lo que dijo fue: «EL GENERAL DE DIVISIÓN LAHOAD ES LA CLAVE. DE MOMENTO LE SOBO EL LOMO... YA CONOCES EL RESTO».

Sólo en diciembre mencionó que había enviado otro Formulario de Acción Personal a Washington, solicitando el traslado a Vietnam; dichos formularios, por muchas veces que los presentara, debían atravesar toda su cadena de mando, incluyendo al general de división LaHoad. En diciembre, éste lo puso a trabajar como oficial asistente de bajas en la Sección de Personal. Aparentemente, Owen había causado una impresión favorable en una afligida familia de Arizona que tenía relaciones en el Pentágono; a través de la cadena de mando, el general de división recibió una carta de recomendación especial. La Sección Bajas del puesto tenía motivos de orgullo: el subteniente Paul O. Meany, Jr. había significado un gran consuelo para los padres de un subteniente de infantería muerto en Vietnam. Owen había estado especialmente conmovedor cuando leyó la mención que condecoraba con la Estrella de Plata a su pariente más cercano. El general de división LaHoad felicitó personalmente a Owen.

En Fort Huachuca, la Sección Bajas estaba compuesta por el subteniente Paul O. Meany, Jr. y un treintañero sargento de Estado Mayor, «UN PROFESIONAL DESCONTENTO», según Owen; pero la mujer del sargento, que era italiana, hacía una pasta casera «EXQUISITA COMPARADA CON LA DE HESTER, LOGRANDO QUE DE VEZ EN CUANDO VALIERA LA PENA ESCUCCHAR AL SARGENTO». En la Sección Bajas, el subteniente y el sargento eran asistidos por «UN SPEC5 DE VEINTITRÉS AÑOS Y UN SPEC4 DE VEINTIDÓS».

—¡Por lo que a mí respecta... podría estar hablando de *insectos*! —comentó

Hester—. ¿Qué mierda es un «Spec Cuatro» y un «Spec Cinco»... y cómo se le ocurre pensar que sabemos de qué está hablando?

Le escribí a Owen. «¿Qué *hace* exactamente un oficial asistente de bajas?», le pregunté.

Owen dijo que en las paredes de la Sección Bajas de Fort Huachuca había mapas de Arizona y de Vietnam... y una lista de hombres de Arizona que eran prisioneros de guerra o habían desaparecido en acción, junto al nombre de su pariente más cercano. Cuando llegaba de Vietnam el cadáver de un hombre de Arizona, ibas a California para escoltar el cadáver hasta su casa; el cuerpo, explicó Owen, tenía que ser escoltado por un hombre del mismo grado o más elevado; o sea que el cadáver de un soldado raso podía ser trasladado a su casa por un sargento, y un subteniente escoltaría el cadáver de otro subteniente o (digamos) de un suboficial.

—¡Hester! —exclamé—. ¡Está entregando *cadáveres*! Él es quien acompaña a las bajas a su casa.

—Acorde con su especialidad —fue el comentario de Hester—. Al menos está familiarizado con el tema.

Mi «especialidad», parecía, era la lectura; mis ambiciones no iban más allá de mi elección del material de lectura. Me *encantaba* estudiar en la escuela para graduados; también me encantó mi primer puesto en la enseñanza... aunque sentía que era muy poco atrevido. La sola idea de acompañar cadáveres y entregárselos al pariente más cercano me ponía la piel de gallina.

En su diario, Owen escribió: «LA OFICINA DE LA SECCIÓN BAJAS ESTA EN LA ZONA DEL PUESTO QUE SE CONSTRUYO INMEDIATAMENTE DESPUÉS DE LA EXPEDICIÓN DE BLACK JACK PERSHING CONTRA PANCHE VILLA. NUESTRO EDIFICIO ES VIEJO Y ESTUCADO Y LA PINTURA VERDE MENTA DEL TECHO SE ESTA DESCONCHANDO. EN LA PARED TENEMOS UN POSTER EN EL QUE SE VEN TODAS LAS MEDALLAS QUE OFRECE EL EJERCITO. CON UN LÁPIZ GRASO, SOBRE DOS GRÁFICOS CUBIERTOS DE PLÁSTICO, ESCRIBIMOS LOS NOMBRES DE LAS BAJAS DE LA SEMANA, JUNTO CON LOS DE LOS PRISIONEROS DE GUERRA DE ARIZONA. EL EJERCITO ME DA EL TITULO DE “OFICIAL ASISTENTE DE BAJAS”; LO QUE SOY ES UN ESCOLTA DE CADÁVERES».

—¡Caray! ¡Cuéntamelo todo! —le dije... cuando volvió con permiso para Navidad.

—¿TE GUSTA SER ESTUDIANTE EN LA ESCUELA PARA GRADUADOS? —me preguntó—. ¿QUÉ TAL ES COMO COMPAÑERO DE PISO? —le preguntó a Hester.

Estaba moreno y parecía en forma; tal vez fuera por el tenis. Su uniforme sólo tenía una medalla.

—¡SE LA DAN A TODO EL MUNDO! —dijo. En la manga izquierda llevaba un parche que indicaba su grado, y en cada charretera un galón de latón que significaba que era subteniente; en cada uno de los cuellos lucía la insignia de latón de los Estados Unidos y el escudo plateado con rayas rojas y azules de su sección, el Cuerpo de Ayudantía General. La etiqueta en la que se leía MEANY era la única quincallería restante de su uniforme; no había insignias sobre su puntería ni nada más—. NINGÚN PARCHE DE ULTRAMAR... NO HAY MUCHO QUE VER —concluyó tímidamente; Hester y yo no podíamos quitarle los ojos de encima.

—¿De verdad van en bolsas de plástico... los cadáveres? —le preguntó Hester.

—¿Tienes que verificar el contenido de las bolsas? —le pregunté.

—¿Algunas veces sólo hay fragmentos de una cabeza, dedos sueltos de las manos y de los pies? —le preguntó Hester.

—Supongo que esto puede cambiar tus sentimientos... respecto a ir allá —le dije.

—¿Los padres *enloquecen*? —le preguntó Hester—. Y las mujeres... ¿tienes que hablar con las *esposas*?

Owen parecía tan compuesto... que nos hizo sentir como colegiales; y lo éramos, por supuesto.

—ES UNA FORMA DE IR A CALIFORNIA —dijo Owen Meany, imperturbable—. VUELO A TUCSON. VUELO A OAKLAND... EN LA BASE DEL EJERCITO EN OAKLAND ES DONDE TE DAN LAS INSTRUCCIONES DEL CADÁVER.

—¿Qué cuernos son «instrucciones del cadáver»? —preguntó Hester, pero Owen no le hizo caso.

—A VECES VUELVO EN AVIÓN DESDE SAN FRANCISCO —prosiguió—. EN CUALQUIER CASO, VOY A VERIFICAR EL CONTENEDOR EN LA ZONA DE EQUIPAJES... UNAS DOS HORAS ANTES DE DESPEGAR.

—¿Revisas las bolsas de plástico? —le pregunté.

—ES UN CONTENEDOR DE CONTRACHAPADO. NO UNA BOLSA. EL CUERPO ESTA EMBALSAMADO. EN UN ATAÚD. EN CALIFORNIA, SOLO INSPECCIONO EL CONTENEDOR DE CONTRACHAPADO.

—¿Para qué? —pregunté.

—PARA COMPROBAR QUE NO GOTEE —dijo. Hester parecía a punto de vomitar—. Y HAY INFORMACIÓN GRAPADA AL CONTENEDOR... YO ME LIMITO A COMPARARLA CON LA HOJA MEA.

—MEA, ¿qué es eso? —le pregunté.

—MUERTO EN ACCIÓN —contestó.

—Sí, claro —dije.

—EN ARIZONA, EN LA FUNERARIA... ES DONDE EXAMINO EL CADÁVER.

—No quiero oír una sola palabra más —dijo Hester.

—VALE —dijo Owen y se encogió de hombros.

Cuando nos separamos de Hester —fuimos al gimnasio de Gravesend Academy a practicar el tiro, por supuesto—, seguí preguntándole por los cadáveres.

—NORMALMENTE, DISCUTES CON EL EMPRESARIO DE POMPAS FÚNEBRES SI EL CADÁVER ES O NO APTO PARA SER VISTO... SI LA FAMILIA DEBE VERLO O NO —me explicó—. A VECES LA FAMILIA QUIERE ESTAR CERCA DE TI... SIENTEN QUE ERES UNO DE ELLOS. EN OTROS CASOS, TIENES LA SENSACIÓN DE QUE DEBES MANTENERTE APARTADO... HAY QUE IMPROVISAR SOBRE LA MARCHA. TAMBIÉN DEBO PLEGAR LA BANDERA... SE LA ENTREGAS A LA MADRE, NORMALMENTE; O A LA MUJER, SI ERA CASADO. ENTONCES PRONUNCIAS TU BREVE DISCURSO.

—¿Qué dices? —le pregunté.

Owen botaba la pelota y movía la cabeza casi imperceptiblemente al ritmo de los botes del balón, con los ojos siempre fijos en el aro de la canasta.

—«TENGO EL PRIVILEGIO DE ENTREGARLE LA BANDERA DE NUESTRO PAÍS EN AGRADECIDO APRECIO POR LOS SERVICIOS PRESTADOS A ESTA NACIÓN POR SU HIJO»; NATURALMENTE, SI LE ENTREGAS LA BANDERA A LA ESPOSA, DICES «POR SU MARIDO» —agregó.

—Naturalmente —dije; me pasó el balón.

—¿LISTO? —preguntó. Ya avanzaba hacia mí, ya cronometraba el salto y, mentalmente, veía el mate... cuando le devolví el balón.

Fueron días y noches que pasaron volando; tratamos de recordar qué portavoz del gobierno había dicho que la Operation Rolling Thunder estaba «rodeando Hanoi». Eso era lo que había llevado a Owen a decir: CREO QUE HANOI SABRÁ ARREGLÁRSELAS.

Según el Departamento de Estado —según Dean Rusk— estábamos «ganando una guerra de desgaste». Eso fue lo que llevó a Owen a decir: ESA NO ES UNA GUERRA QUE ESTEMOS GANANDO.

Había modificado algunos conceptos anteriores sobre nuestra política en Vietnam. Algunos veteranos de la guerra, a quienes había conocido en Fort Huachuca, lo habían convencido de que el mariscal Ky *en otros tiempos* había sido popular, pero ahora el Vietcong se estaba ganando el apoyo de los campesinos sudvietnamitas... porque nuestras tropas se habían retirado de las áreas pobladas y perdían el tiempo persiguiendo a los norvietnamitas a través de las junglas y montañas. Owen quería saber por qué nuestras tropas no volvían a las zonas pobladas a esperar que los norvietnamitas y el Vietcong llegaran a ellas. Si estábamos «protegiendo» a Vietnam del Sur, ¿por qué no nos quedábamos *con* el pueblo y lo protegíamos?

Por otro lado, todo era confuso, porque muchos veteranos que Owen había conocido opinaban que debíamos combatir más «acérrimamente», que debíamos bombardear *más aún* Vietnam del Norte, minar los puertos y hacer un aterrizaje anfibio al norte de la zona de desmilitarización para cortar las líneas de aprovisionamiento del ejército norvietnamita: en síntesis, luchar para ganar. No había forma de saber realmente qué debíamos hacer si uno no iba a verlo con sus propios ojos, decía Owen, pero él consideraba que tratar de ganar una guerra convencional contra Vietnam del Norte era una estupidez. Debíamos quedarnos en Vietnam del Sur y proteger a los sudvietnamitas de la agresión norvietnamita y del Vietcong... hasta el momento en que Vietnam del Sur desarrollara un ejército y, más importante todavía, un gobierno fuerte y lo bastante popular para lograr que Vietnam del Sur fuera capaz de protegerse por su cuenta.

—Entonces los sudvietnamitas serán capaces de atacar por sí solos a Vietnam de Norte... ¿es eso lo que quieres decir? —le preguntó Hester—. Evidencias tanta sensatez como LBJ —dijo. Hester nunca quiso decir «el presidente Johnson».

Con respecto al presidente Johnson, Owen dijo:

—JAMAS HA HABIDO UN PRESIDENTE PEOR... NO *PODRÍA* HABERLO, A MENOS QUE ELIGIERAN A MCNAMARA.

Hester habló del «Movimiento por la Paz».

—¿*QUÉ* «MOVIMIENTO POR LA PAZ»? ¿O TE REFIERES AL MOVIMIENTO POR NO TE DEJES RECLUTAR? ESE ES EL ÚNICO «MOVIMIENTO» QUE VEO POR AQUÍ —dijo Owen Meany.

Hablábamos como la guerra propiamente dicha: no íbamos a ningún sitio. Me fui del apartamento, para que pudieran pasar unas noches a solas... no sé si alguno de los dos supo apreciarlo. Yo pasé algunas veladas preciosas con Dan y mi abuela.

Había convencido a mi abuela de que cogiera el tren a Sawyer Depot, conmigo, para las navidades; con anterioridad, ella había decidido que nunca volvería a viajar en tren. Acordamos que Dan cogiera el tren de Nochebuena en Gravesend, después de la última función de *Canción de Navidad*. Tía Martha y tío Alfred habían persuadido a Hester de que llevara a Owen a Sawyer Depot para Navidad... tanto había logrado impresionarlos él. Hester seguía amenazando con desdecirse de tan desmesurados planes; creo que sólo por Owen accedió a volver a su casa... especialmente para Navidad.

De pronto, todos los planes se desbarataron. Nadie había notado cuán gravemente se estaba deteriorando el servicio ferroviario; resultó que no era posible coger un tren desde Gravesend hasta Sawyer Depot... y en Nochebuena, le dijo a Dan el jefe de estación, era imposible ir en tren *a ningún sitio*. De manera que una vez más volvimos a nuestro aislamiento navideño. El día de Nochebuena, mientras practicábamos el tiro en el gimnasio de Gravesend Academy, Owen me dijo que

pasaría una Navidad tranquila con sus padres, sencillamente. Yo estaría con Abuela y con Dan. Según Owen, Hester —sin pensarlo dos veces— había aceptado una invitación a UN LUGAR SOLEADO.

—TENDRÍAS QUE PENSAR EN UNIRTE AL «MOVIMIENTO POR LA PAZ», VIEJO —me dijo. Supongo que lo de VIEJO se le había pegado en Fort Huachuca— TAL COMO YO LO VEO, ES UNA BUENA FORMA DE LLEGAR A JODER. TE HACES EL DISTRAÍDO, MOSTRARSE AIRADO TAMBIÉN AYUDA, E INSISTES EN QUE ESTÁS «CONTRA LA GUERRA». POR SUPUESTO, YO NO CONOZCO A NADIE QUE ESTE A FAVOR... PERO TU INSISTE EN QUE ESTÁS «CONTRA LA GUERRA» Y PON CARA DE QUE TODO TE PRODUCE UNA GRAN ANGUSTIA PERSONAL. Y CASI SIN QUE TE DES CUENTA, TE ENCONTRARAS JODIENDO... NO TE QUEPA LA MENOR DUDA.

Seguimos practicando el tiro. Todavía me quedo sin aliento al recordar lo bien que lo hacíamos. Quiero decir que *zas*, Owen me pasaba la pelota. «¿LISTO?», preguntaba, y *zas*, se la pasaba yo y me preparaba para alzarlo. Era automático: casi en cuanto le pasaba el balón, lo tenía en mis brazos, remontándose. Ya no se molestaba en gritar «TIEMPO». Ya no nos molestábamos en cronometrarnos; estábamos evidentemente por debajo de los tres segundos —no teníamos la menor duda sobre eso— y creo que a veces éramos más rápidos aún.

—¿Cuántos cadáveres hay por semana? —le pregunté.

—¿EN ARIZONA? YO DIRÍA QUE EL PROMEDIO ES DE DOS... COMO MÁXIMO TRES BAJAS SEMANALES. ALGUNAS SEMANAS NO HAY NINGUNA, O SOLO UNA. CALCULO QUE SOLO LA MITAD DE NUESTRAS BAJAS TIENEN ALGO QUE VER CON VIETNAM... HAY MONTONES DE ACCIDENTES DE COCHE, YA SABES, Y ALGUNOS SUICIDIOS.

—¿Qué porcentaje de cadáveres no es... cómo dijiste... «apto para ser visto»? —le pregunté.

—OLVIDATE DE LOS CADÁVERES. NO SON TU PROBLEMA... TU PROBLEMA ES QUE SE TE ESTA ACABANDO EL TIEMPO. ¿QUÉ HARAS CUANDO SE ACABE TU PRORROGA POR ESTUDIOS? ¿TIENES ALGÚN PLAN? ¿SABES SIQUIERA LO QUE QUIERES HACER... SIEMPRE QUE HAYA UNA FORMA DE HACERLO? NO CREO QUE TE HAGA FELIZ EL EJERCITO. SE QUE NO QUIERES IR A VIETNAM. PERO TAMPOCO TE VEO EN EL CUERPO DE PAZ. ¿ESTÁS DISPUESTO A IR A? A MÍ NO ME LO PARECE. NI SIQUIERA TIENES PINTA DE CONTESTATARIO. CON TODA PROBABILIDAD ERES LA ÚNICA PERSONA QUE CONOZCO QUE PODRÍA UNIRSE A LO QUE HESTER LLAMA «MOVIMIENTO POR LA PAZ» Y LOGRAR QUE NO TE FOLLEN. NO TE VEO FRECUENTANDO A ESOS



IMBÉCILES... NO TE VEO FRECUENTANDO A *NADIE*. LO QUE TE ESTOY DICRIENDO ES QUE SI QUIERES HACER LAS COSAS A TU MANERA, TENDRÁS QUE TOMAR UNA *DECISIÓN*... TENDRÁS QUE ENCONTRAR UN POCO DE CORAJE.

—Quiero seguir siendo estudiante —le dije—. Quiero ser maestro. Sólo soy un *lector*.

—NO LO DIGAS COMO SI TE AVERGONZARA —dijo Owen Meany— LEER ES UN DON.

—Lo aprendí de ti.

—NO IMPORTA DONDE LO APRENDISTE... ES UN DON. SI TE INTERESA ALGO, TIENES QUE PROTEGERLO... SI ERES LO BASTANTE AFORTUNADO PARA DESCUBRIR UNA FORMA DE VIDA QUE TE GUSTE, DEBES ENCONTRAR EL CORAJE DE *VIVIRLA*.

—¿Para qué necesito yo coraje? —le pregunté.

—LO *NECESITARAS*. CUANDO TE NOTIFIQUEN QUE DEBES PRESENTARTE PARA EL EXAMEN FÍSICO DE PREINCORPORACIÓN, NECESITARAS ALGÚN CORAJE. DESPUÉS DEL EXAMEN, CUANDO TE CONSIDEREN «PLENAMENTE APTO PARA LA INCORPORACIÓN», SERA TARDE PARA TOMAR UNA *DECISIÓN*. EN CUANTO TE TENGAN CLASIFICADO COMO UNO-A, NO TE SERVIRÁ DE NADA UN POCO DE CORAJE. SERA MEJOR QUE LO PIENSES AHORA, VIEJO —dijo Owen Meany.

Se presentó en Fort Huachuca antes de Nochevieja; Hester seguía afuera, donde fuese, y yo pasé solo la Nochevieja... Abuela dijo que era demasiado vieja para quedarse levantada a recibir el nuevo año. No bebí demasiado, pero bebí un poco. Los prejuicios que causaba Hester al rosedal habían alcanzado la estatura de una tradición, sin duda; su ausencia y la de Owen me parecieron amenazadoras.

Había más de 385 000 soldados estadounidenses en Vietnam, y casi 7000 habían muerto allá; me pareció correcto beber algo por ellos.

Cuando Hester volvió de UN LUGAR SOLEADO, me abstuve de comentarle que no estaba morena. Hubo más protestas, más manifestaciones, nunca me pidió que la acompañara. Sin embargo, no permitía a ninguno de sus amigos pasar la noche con ella en nuestro apartamento; cuando hablábamos de Owen, hablábamos de lo mucho que lo queríamos.

—Entre lo mucho que lo quieres y lo que piensas de mí, sea lo que fuere, a veces me pregunto si *alguna vez* joderás —me dijo Hester.

—Siempre estoy a tiempo de unirme al «Movimiento por la Paz» —repliqué—. Ya sabes, podría poner cara de distraído, mostrarse airado también ayuda, y podría insistir en que estoy «contra la guerra». La angustia personal... es la clave. Podría transmitir mucha angustia personal respecto de mi ira «contra la guerra» y casi sin

darme cuenta, alguien me follaría —Hester ni siquiera esbozó una sonrisa.

—Ya he oído ese rollo —dijo.

Escribí a Owen contándole que había escogido a Thomas Hardy como tema de mi tesis para el doctorado; no creo que se sorprendiera. También le dije que había reflexionado en su consejo: reuniría el coraje necesario para tomar una decisión cuando me viera enfrentado a la pérdida de mi prórroga de estudios. Estaba tratando de resolver qué clase de decisión tomaría... no lograba imaginar ninguna solución muy satisfactoria, y me desconcertaba pensar en la clase de CORAJE que él suponía necesario. Salvo ir a Vietnam, no me parecía que ninguna de las decisiones a mi disposición exigiera mucho coraje.

«Siempre me dices que no tengo fe», escribí a Owen Meany. «Bien... ¿no te das cuenta de que es por eso, en parte, por lo que soy tan indeciso? Siempre espero a ver lo que ocurrirá, porque no creo que *importe* nada de lo que pueda decidir yo. Sé que conoces el poema “El destino”, de Hardy. ¿Lo recuerdas...? “¿Cómo es que el goce termina asesinado, / Y por qué deslucen las mejores esperanzas? / El mero azar vela el sol y la lluvia, / Y el hado Tiempo a modo de alegría emite un quejido... / Estos ciegos amos del destino derraman idéntico / Dolor sobre las dichas de mi peregrinaje.” Sé que sabes lo que significa: tú crees en Dios pero yo creo en el “mero azar”, en la *casualidad*, en la *suerte*. Eso es lo que quiero decir. ¿Comprendes? ¿De qué *sirve* tomar cualquier decisión? ¿De qué sirve el coraje... cuando anda suelto lo que vendrá?».

Owen Meany me contestó: «NO SEAS TAN CÍNICO... NO TODO “ANDA SUELTO”. ¿TU CREES QUE CUALQUIER COSA QUE DECIDAS HACER NO *IMPORTA*? PERMITE QUE TE HABLE DE LOS CADÁVERES. DIGAMOS QUE TIENES SUERTE... DIGAMOS QUE NO VAS A VIETNAM, DIGAMOS QUE NUNCA TIENES UN TRABAJO PEOR QUE EL *MIO*. HAS DE EXPLICARLES COMO SE CARGA EL CADÁVER EN EL AVIÓN, Y COMO SE DESCARGA... TIENES QUE CERCIORARTE DE QUE MANTENGAN LA CABEZA MÁS ELEVADA QUE LOS PIES. ES BASTANTE REPUGNANTE SI SE ESCAPA ALGÚN FLUIDO A TRAVÉS DE LOS ORIFICIOS... SI HAY ORIFICIOS.

»TAMBIÉN TRATAS CON EL ENCARGADO DE POMPAS FÚNEBRES LOCAL. PROBABLEMENTE NO CONOCIÓ AL DIFUNTO. AUN SUPONIENDO QUE EL CUERPO ESTE ENTERO —AUN SUPONIENDO QUE NO ESTE QUEMADO, Y QUE TENGA LA NARIZ ENTERA, Y ASÍ SUCESIVAMENTE—, NINGUNO DE LOS DOS SABE QUE ASPECTO *TENÍA* EL HOMBRE. LAS SECCIONES FUNERARIAS DE LOS PUESTOS DE MANDO EN VIETNAM NO SON CELEBRES POR LA ATENCIÓN QUE PRESTAN A LA VEROSIMILITUD. ¿CREERÁ SIQUIERA ESA FAMILIA QUE ES *ÉL*? PERO SI LE DICES A LA FAMILIA QUE EL CADÁVER NO ES “APTO PARA SER

VISTO”, PARA ELLOS SERA MUCHO PEOR... IMAGINAR QUE COSA HORRIBLE REPOSA BAJO LA TAPA DEL ATAÚD. SI DICES “NO, NO DEBÉIS VER EL CUERPO”, SIENTES QUE DEBERÍAS AGREGAR: “EN REALIDAD NO ESTA *TAN MAL*”. Y SI LOS DEJAS MIRAR, PREFERIRÍAS NO ESTAR ALLÍ. DE MANERA QUE LA DECISIÓN ES DURA. TU TAMBIÉN TIENES QUE TOMAR UNA DECISIÓN DURA... PERO NO ES *TAN DURA*, Y SERA MEJOR QUE LA TOMES CUANTO ANTES».

En la primavera de 1967, cuando recibí de la junta de reclutamiento de Gravesend la notificación de que debía presentarme al examen físico de preincorporación *todavía* no estaba seguro de lo que quería decir Owen Meany.

—Mejor que lo llames —me dijo Hester; habíamos leído y seguíamos leyendo la notificación—. Mejor que averigües lo que quiere decir... deprisa.

—NO TENGAS MIEDO —me dijo—. *NO TE PRESENTES AL EXAMEN FÍSICO. NO HAGAS NADA. TIENES UN POCO DE TIEMPO. ME DARÁN UN PERMISO. ESTARÉ ALLÍ EN CUANTO PUEDA. LO ÚNICO QUE TIENES QUE SABER ES QUE QUIERES. ¿QUIERES IR A VIETNAM?*

—No.

—¿QUIERES PASAR EL RESTO DE TUS DÍAS EN CANADÁ... PENSANDO EN LO QUE TE *HIZO* TU PAÍS? —me preguntó.

—Si lo pones así... no —le contesté.

—BIEN. LLEGARE PRONTO... NO TENGAS MIEDO. ESTO SOLO REQUIERE UN POCO DE CORAJE —dijo Owen Meany.

—¿*Qué* es lo que «sólo requiere un poco de coraje»? —me preguntó Hester.

Un domingo de mayo, Owen me llamó desde la tienda de monumentos; unos aviones estadounidenses acababan de bombardear una central eléctrica en Hanoi y Hester había vuelto de un multitudinario mitin antibélico en Nueva York.

—¿Qué haces en el taller? —le pregunté; respondió que había estado ayudando a su padre, que llevaba retraso con unos cuantos pedidos importantes. ¿Por qué no iba a verlo allí?—. ¿Por qué no nos encontramos en un lugar más acogedor... para tomar una cerveza? —sugerí.

—AQUÍ TENGO CERVEZA DE SOBRA —dijo.

Fue extraño reunirme con él un domingo en la tienda de monumentos. Estaba solo en ese espantoso taller. Llevaba un delantal sorprendentemente limpio... y las gafas protectoras, sueltas, alrededor del cuello. Sentí un olor raro en la tienda... él ya había abierto una cerveza y estaba bebiendo; tal vez el olor raro era ése.

—NO TENGAS MIEDO —dijo Owen.

—No tengo miedo, pero no sé qué hacer —respondí.

—LO SE, LO SE —dijo y me apoyó una mano en el hombro.

Había algo diferente en la muela adiamantada.

—¿Esa sierra es nueva? —le pregunté.

—SOLO LA HOJA ES NUEVA. SOLO LA MUELA ADIAMANTADA PROPIAMENTE DICHA.

Nunca la había visto tan brillante; los segmentos de diamante centelleaban.

—NO SOLO ES NUEVA... LA HERVÍ —dijo— Y DESPUÉS LA LIMPIE CON ALCOHOL —ése es el olor raro, pensé: alcohol. El bloque de madera de la mesa de aserrar parecía nuevo... el bloque de corte, lo llamábamos; no tenía una sola muesca—. TAMBIÉN EMPAPE LA MADERA EN ALCOHOL DESPUÉS DE HERVIRLA.

Siempre he sido bastante lento: ¡soy el lector perfecto! Sólo cuando penetró en mis narices un soplo hospitalario en la tienda de monumentos, comprendí qué quería decir Owen con SOLO UN POCO DE CORAJE. Detrás de la muela adiamantada había un banco de trabajo para las herramientas de inscripciones y rebordes; sobre este banco Owen había dispuesto las vendas esterilizadas y los elementos para un torniquete.

—NATURALMENTE, A TI TE CORRESPONDE DECIDIR —dijo.

—Naturalmente —dije.

—EL REGLAMENTO MILITAR EN CUESTIÓN ESTABLECE QUE UNA PERSONA NO SERA FÍSICAMENTE APTA PARA EL SERVICIO EN CASO DE AUSENCIA DE LA PRIMERA ARTICULACIÓN DE CUALQUIER PULGAR O LA AUSENCIA DE LAS DOS PRIMERAS ARTICULACIONES DEL INDICE, EL DEDO DEL MEDIO O EL ANULAR. SE QUE DOS ARTICULACIONES SERA DURO, PERO SUPONGO QUE NO QUERRÁS PERDER UN PULGAR.

—No, no quiero.

—TU SABES QUE PARA *MI* EL DEL MEDIO O EL ANULAR SERA UN POCO MÁS DIFÍCIL: DEBERÍA DECIR QUE PARA LA MUELA ADIAMANTADA ES MÁS DIFÍCIL SER TAN *PRECISA* COMO ME GUSTARÍA... EN EL CASO DEL DEDO DEL MEDIO O DEL ANULAR. QUIERO PROMETERTE QUE NO HABRÁ NINGÚN ERROR. ME RESULTA MÁS FÁCIL PROMETÉRTELO EN EL CASO DEL INDICE.

—Te comprendo.

—EL REGLAMENTO MILITAR NO ESTABLECE NINGUNA DIFERENCIA SI ERES DIESTRO O ZURDO... PERO TU ERES DIESTRO, ¿NO?

—Sí.

—ENTONCES CREO QUE TENDRÁ QUE SER EL DEDO INDICE DE LA MANO DERECHA... PARA ESTAR SEGUROS. QUIERO DECIR QUE, OFICIALMENTE, ESTAMOS HABLANDO DEL DEDO QUE APRETARÍA EL GATILLO.

Me quedé helado. Se acercó a la mesa de debajo de la muela adiamantada y me demostró cómo tenía que poner la mano en el bloque... pero no tocó la madera; de

haberla tocado, habría anulado su opinión de que estaba esterilizada. Cerró el puño, sujetando los otros dedos bajo el pulgar y extendió el índice, de canto.

—ASÍ —dijo—. LO QUE TIENES QUE MANTENER APARTADO DE MI CAMINO ES EL NUDILLO DEL DEDO DEL MEDIO —yo no podía hablar, ni moverme, y Owen Meany me observó—. SERA MEJOR QUE TE TOMES OTRA CERVEZA. PUEDES SER LECTOR CON TODOS LOS DEMÁS DEDOS... PUEDES PASAR LAS PAGINAS CON CUALQUIER DEDO VIEJO —notó que me faltaba valor—. ES COMO CUALQUIER OTRA COSA... COMO BUSCAR A TU PADRE. SE NECESITAN AGALLAS. Y FE —agregó—. LA FE AYUDARÍA, PERO EN TU CASO DEBERÁS CONCENTRARTE EN LAS AGALLAS. HE ESTADO PENSANDO EN TU PADRE... ¿RECUERDAS LA LLAMADA CONEXIÓN LUJURIA? FUERA QUIEN FUESE, TU PADRE DEBIÓ DE TENER EL MISMO PROBLEMA... ES ALGO QUE NO TE GUSTA EN TI MISMO. BIEN, TE ESTOY DICIENDO QUE FUERA QUIEN FUESE, PROBABLEMENTE TENÍA MIEDO. ESO ES ALGO QUE TAMPOCO TE GUSTA EN TI MISMO. FUERA QUIEN FUESE TU MADRE, APUESTO A QUE NUNCA TUVO MIEDO —dijo Owen Meany. Yo no sólo no podía hablar ni moverme: no podía tragar saliva—. ¡SI NO VAS A TOMAR OTRA CERVEZA, AL MENOS TERMINA ESA!

La terminé. Owen señaló la pila.

—LAVATE LA MANO... FRÓTALA A FONDO Y LUEGO FRICCIÓNALA CON ALCOHOL.

Seguí sus instrucciones.

—NO TE PASARA NADA. TE LLEVARE AL HOSPITAL EN CINCO MINUTOS... EN MENOS DE DIEZ. ¿CUÁL ES TU GRUPO SANGUÍNEO? —me preguntó; meneé la cabeza... no conocía mi grupo sanguíneo... Owen soltó una carcajada—. YO SE CUAL ES... ¡TU NUNCA RECUERDAS NADA! TIENES EL MISMO QUE YO. SI NECESITAS SANGRE, TE DARÉ DE LA MIA —yo no podía apartarme de la pila—. HAY ALGO QUE NO QUERÍA DECIRTE PARA NO PREOCUPARTE, PERO TE LO DIRÉ: TÚ ESTÁS EN EL SUEÑO. NO ENTIENDO COMO *PODRÍAS* ESTAR, PERO ASÍ ES... SIEMPRE QUE LO SUEÑO.

—¿En *TU* sueño? —le pregunté.

—SE QUE TU PIENSAS QUE «SOLO ES UN SUEÑO», LO SE, LO SE... PERO ME FASTIDIA QUE ESTES ALLÍ. ME IMAGINO QUE SI NO VAS A VIETNAM, *NO PUEDES* ESTAR EN ESE SUEÑO.

—Estás loco como una cabra, Owen —le dije; se encogió de hombros... y me sonrió.

—A TI TE CORRESPONDE DECIDIR.

Me aparté de la pila y me encaminé a la mesa; la muela adiamantada brillaba

tanto que no pude mirarla. Coloqué el dedo en el bloque de madera. Owen puso en marcha la sierra.

—NO MIRES LA HOJA Y NO TE MIRES EL DEDO —me dijo—. MIRAME A MÍ —cerré los ojos cuando se acomodó las gafas protectoras—. NO CIERRES LOS OJOS... PODRÍAS MAREARTE. SIGUE MIRÁNDOME A MI. DE LO ÚNICO QUE DEBES TENER MIEDO ES DE *MOVERTE*... NO TE MUEVAS. CUANDO SIENTAS ALGO, TODO HABRÁ TERMINADO.

—No puedo hacerlo.

—NO TENGAS MIEDO. PUEDES HACER CUALQUIER COSA QUE QUIERAS HACER... SI CREES QUE ERES CAPAZ.

Las lentes de las gafas protectoras estaban muy limpias; sus pupilas, muy claras.

—TE QUIERO —me dijo Owen—. NO TE OCURRIRÁ NADA MALO... CONFÍA EN MÍ —dijo. Mientras bajaba la muela adiamantada hasta la grúa de pórtico, traté de apartar el sonido de mi mente. Antes de sentir nada, vi sangre salpicada en las lentes de las gafas protectoras, a través de las cuales sus ojos en ningún momento parpadearon: era un experto—. INTERPRÉTALO COMO MI PEQUEÑA OFRENDA —dijo Owen Meany.

## El tiro

Cada vez que oigo a alguien generalizar favorablemente sobre «los años sesenta», siento lo mismo que Hester; siento ganas de vomitar. Recuerdo a los ardientes bobalicones que decían —*después* de la masacre de aquellos 2800 civiles en Hué, en el 68— que el Vietcong y los norvietnamitas eran moralmente superiores a nosotros. Recuerdo que un contemporáneo mío me preguntó —sin el menor sentido del humor— si no pensaba a veces que toda nuestra generación se tomaba a sí misma demasiado en serio; ¿no me preguntaba a veces si no sería la marihuana lo que nos volvía más conscientes?

«¿MÁS CONSCIENTES DE QUÉ?», —habría preguntado Owen Meany.

Recuerdo la agresividad de los llamados «chicos de las flores»; sí, el extremismo en la causa de la paz, o en cualquier otra causa, es agresivo. Y la mística turbiedad de gran parte del pensamiento... también recuerdo eso, y que había que hablarles a las plantas. Y, con excepción de Owen Meany y los Beatles, recuerdo que en todo aquello había muy poca ironía.

Por eso Hester fracasó como cantante y como autora de canciones... por una letal carencia de ironía. Tal vez por la misma razón tiene tanto éxito ahora: con la orientación que llevó su música del folk al rock, y con la ayuda visual de esos horrorosos videoclips —esas sórdidas y perezosas asociaciones de «imágenes» que pasan como narrativa en todos los canales de televisión del mundo—, la ironía ya no es necesaria. Sólo el nombre que adoptó Hester refleja la ironía con la que en otros tiempos estuvo tan familiarizada... en su relación con Owen Meany. Como cantante folk, era Hester Eastman, una seria nadería, un fiasco. Pero como estrella madura del rock duro, como reina decadente del tipo de rock'n'roll más chirriante y cachondo, es... ¡*Hester Joder!*

—¿Quién lo hubiera creído? —dice Simon—. Se inspiró en «Hester siempre quiere joder», una condenada expresión casera. La muy zorra tendría que pagarme comisión... ese es el nombre que yo le puse.

Ser primo carnal de Hester Joder me distingue entre mis alumnas de la Bishop Strachan, que en cualquier otro sentido se sienten inclinadas a verme como puntilloso y cascarrabias... un chalado de pelo corto con pantalones de pana y chaquetas de *tweed*, sólo excéntrico en sus arrebatos políticos y en su desagradable hábito de golpetear la cazoleta de la pipa con el muñón de su dedo índice amputado. ¿Y por qué no habría de hacerlo? Mi dedo tiene un corte perfecto; nosotros, los disminuidos, tenemos que aprender a aprovechar nuestras mutilaciones y desfiguraciones.

Cuando Hester da un concierto en Toronto, las alumnas que se cuentan entre sus adoradoras siempre me piden entradas *a mí*; saben que dispongo de alrededor de una docena. Y el hecho de que asista a los ocasionales conciertos de Hester aquí, en

compañía de jovencitas tan atractivas, me permite infiltrarme sin ser visto en la muchedumbre de delirantes estrepitosos; que vaya a sus conciertos como acompañante de estas niñas me vuelve casi «pasable» a ojos de Hester.

—Aún hay esperanzas para ti —dice invariablemente mi prima, mientras mis chicas se arremolinan en su desordenado camerino de detrás del escenario... naturalmente mudas de pavoroso respeto al ver a Hester en su desaliño típicamente obsceno.

—Son mis *alumnas* —le recuerdo a Hester.

—No dejes que eso te detenga —me aconseja. Y a algunas, les dice—: Si os interesa el «sexo seguro», tendríais que probar con *él*... —En ese momento me apoya su manaza en el hombro—. Es casto, nadie más seguro que *él*.

Y ellas ríen entre dientes por la broma: creen que *es* una broma. Precisamente el tipo de broma escandalosa que esperan de Hester Joder. Sé que ni siquiera se les cruza por la imaginación que la afirmación de Hester —en el sentido de que soy virgen— pueda ser *verdad*.

Hester sabe que es verdad. Ignoro por qué considera ofensiva mi situación. Después de tantos años de humillación tratando de perder la castidad, en la que nadie salvo yo mismo parecía siquiera interesado —prácticamente nadie quiso hacérmela perder—, decidí que, a largo plazo, mi virginidad sólo era valiosa si la mantenía. No creo ser un «homosexual no practicante», signifique lo que signifique. Lo que me ha ocurrido me ha *castrado*, sencillamente. No me apetece «practicar».

A su manera, Hester también ha seguido siendo virgen. Owen Meany fue el amor de su vida; después de él, nunca se permitió a sí misma comprometerse tan seriamente con nadie.

—Me gusta un jovencito, de vez en cuando —dice—. De acuerdo con los tiempos, estoy a favor del «sexo seguro»; además, prefiero que sea virgen. ¡Y esos pollitos no se atreven a mentirme! Además, es fácil despedirlos... de hecho, se van más bien agradecidos. ¿Conoces algo mejor? —me pregunta. Tengo que responder con una sonrisa a su sonrisa pícara.

¡Hester Joder! Tengo todos sus álbumes, pero no tengo tocadiscos; también tengo todas sus cintas, pero no tengo magnetofón... ni siquiera uno de éstos para el coche. Por no tener, tampoco tengo coche. Confío plenamente en mis alumnas para mantenerme informado sobre los nuevos videoclips de Hester.

—¡Mister Wheelwright! ¿Ha visto «Conduciendo sin manos»? —Me estremezco sólo de pensarlo. En última instancia, los veo todos: es imposible escapar a ellos; los videoclips de Hester son famosos. ¡Hasta la reverenda Katherine Keeling es adicta! Afirma que se debe a que sus hijos los ven y ella quiere mantenerse al día de toda nueva atrocidad que penetre en sus mentes.

Los vídeos de Hester son auténticamente horripilantes. Su voz se ha vuelto más



fuerte, aunque no mejor; la música que la acompaña está plagada de bajos eléctricos y otras vibraciones que reducen sus tonos nasales al equivalente vocal de una mujer violada que pide socorro desde el fondo de un cañón de hierro. El acompañamiento *visual* es un batiburrillo mistificador de encuentros carnales contemporáneos con donceles no identificados, intercalados con documentales en blanco y negro de la guerra de Vietnam. Víctimas del napalm, madres acunando a sus hijos asesinados, helicópteros aterrizando y despegando y estrellándose en medio de peligrosos fuegos antiaéreos, cirugía de urgencia en campaña, innumerables soldados con la cabeza entre las manos... y la propia Hester entrando y saliendo de habitaciones de hotel diferentes pero similares, donde un jovencito cohibido siempre se está vistiéndolo o desnudando.

Los que pertenecen al mismo grupo de edades que ese jovencito —en especial las *jovencitas*— piensan que Hester Joder es profunda y humana.

—No es como si sólo se tratara de su música, o de su voz, ya sabe... es la totalidad de su *planteamiento* —me dijo una de mis estudiantes; se me hizo un nudo en la boca del estómago y no pude hablar.

—Ni siquiera son sus letras... es toda su *proclama*, ya sabe —dijo otra. ¡Y estoy hablando de chicas *inteligentes*... jovencitas educadas en familias refinadas!

No niego que a Hester le marcó lo ocurrido a Owen Meany; estoy seguro de que piensa que la marcó más aún que a mí... y no voy a discutir con ella esta cuestión. A los dos nos marcó lo que le ocurrió a Owen; ¿a quién le importa quién se vio *más* marcado? Pero es paradójico que Hester Joder haya convertido su dolor en millones de dólares y fama... que del sufrimiento de Owen, y del propio, Hester haya construido un revoltijo de sexo y protesta con el que las jovencitas que *nunca* han sufrido sienten que pueden «identificarse».

¿Qué habría dicho de eso Owen Meany? Sólo puedo imaginar cómo habría criticado uno de los videoclips de Hester Joder:

«HESTER, NUNCA HABRÍA ADIVINADO, A PARTIR DE ESTA INMUNDA MARAÑA RUIDOSA, QUE ERAS LICENCIADA EN MUSICA Y SOCIALISTA. CUALQUIERA LLEGARÍA A LA CONCLUSIÓN, ANTE LA EVIDENCIA DE ESTE DESCOYUNTADO *REVOLCADERO*... DE QUE NACISTE SIN OÍDO Y QUE TE BASAS, CASI EXCLUSIVAMENTE, EN TUS EXPERIENCIAS COMO *CAMARERA*».

¿Y cómo habría interpretado Owen los crucifijos? A Hester Joder le gustan los crucifijos, o le gusta burlarse de ellos... crucifijos de todo tipo y tamaño; alrededor del cuello y en las orejas. Algunas veces hasta se cuelga uno de la nariz; se ha hecho perforar la ventanilla derecha.

—¿Eres católica? —le preguntó una vez un entrevistador.

—¡No jodas! —contestó Hester.

El licenciado en Literatura que hay en mí debe dejar constancia de que Hester tiene oído para los títulos, ya que no para la música.

«Conduciendo sin manos»; «Ido a Arizona»; «Ni iglesia, ni país, nunca más»; «Sólo otro héroe muerto»; «No creo en alma alguna»; «No me verás en su funeral»; «La vida después de ti»; «Por qué me desean los chicos»; «Tu voz me convence»; «No hay que olvidar el sesenta y ocho».

He de reconocer que los títulos de Hester son pegadizos; además, tiene tanto derecho como yo a interpretar el silencio que Owen Meany dejó tras de sí. Debería cuidarme de generalizar «el silencio»; en mi caso, Owen no me dejó en paz y tranquilidad absolutas. De hecho, en dos ocasiones me hizo oírlo... quiero decir que, en ambos casos, me hizo oírlo *después* de habernos dejado.

Hace muy poco —en agosto— supe de Owen en un estilo que era típico de él, lo que significa decir de una manera abierta a la interpretación y la discusión.

Me había quedado levantado hasta tarde en 80 Front Street y he de confesar que tenía los sentidos embotados; Dan Needham y yo estábamos disfrutando de nuestras acostumbradas vacaciones... bebiendo demasiado. Recordábamos las medidas que tomamos, años atrás, para permitir que mi abuela siguiera viviendo en 80 Front Street el mayor tiempo posible; rememoramos los incidentes que por último nos llevaron a internarla en la residencia para ancianos de Gravesend. Detestamos hacerlo, pero ella no nos dejó alternativa; volvía loca a Ethel... y no lográbamos encontrar una criada o una enfermera a quienes no volviera locas. Cuando Owen Meany ya no estaba, todos eran demasiado torpes para hacerle compañía a Harriet Wheelwright.

Durante años, los hermanos Poggio le llevaban a casa los pedidos de su tienda de comestibles: Dominic Poggio y el que murió, cuyo nombre no recuerdo. Después los Poggio dejaron de hacer reparto a domicilio. Por consideración a mi abuela —que era su clienta viva más vieja y la única que siempre había pagado las cuentas cuando correspondía—, Dominic Poggio se ofreció generosamente a seguir entregando la compra en 80 Front Street.

¿Supo mi abuela apreciar la generosidad de Dominic? No sólo *no* supo apreciarla; ni siquiera recordaba que los Poggio ya no repartían a domicilio y que le estaban haciendo un favor especial. La gente siempre le había hecho favores especiales a Harriet Wheelwright y ella daba por sentado que ése era el tratamiento que merecía. No sólo no supo apreciarlo, sino que protestaba. Telefoneaba a Dominic Poggio casi diariamente y le señalaba que su servicio de entrega a domicilio era un desastre. En primer lugar, le reprochaba, los recaderos eran unos «completos desconocidos». En realidad no era así, se trataba de los nietos de Dominic Poggio; mi abuela no recordaba quiénes eran ni que durante años los había visto entregándole mercancías. Además, se quejaba mi abuela, esos «completos desconocidos» eran culpables de *sobresaltarla*... y a ella no le gustaban las sorpresas, le recordaba al pobre Dominic.

¿No podían los Poggio telefonarle antes de hacer su amenazador reparto?, preguntó mi abuela. De ese modo al menos estaría prevenida cuando llegaran los completos desconocidos.

Dominic accedió. Era un hombre tierno y quería a mi abuela; además con toda probabilidad previo, erróneamente, que Harriet Wheelwright moriría el día menos pensado... y él se vería libre de su carga.

Pero Abuela siguió viviendo. Cuando los Poggio la llamaban para decirle que los repartidores estaban en camino, les daba las gracias amablemente, colgaba el teléfono y al instante olvidaba que alguien iría a la casa... y que se lo habían advertido. Cuando los chicos la «sobresaltaban», telefoneaba a Dominic hecha una furia y le decía:

—¡Si vas a mandar a esta casa a unos *completos desconocidos*, al menos podrías tener la gentileza de *advertírmelo*!

—¡Sí, Missus Wheelwright! —respondía siempre el tendero. A continuación, Dominic llamaba a Dan para quejarse; algunas veces incluso me llamó a mí... ¡a Toronto!

—Estoy preocupado por tu abuela, John —empezaba.

Para entonces, mi abuela había perdido todo el pelo. Tenía una cómoda llena de pelucas, y denigraba a Ethel —y a varias de sus sustitutas— quejándose de que sus pelucas recibían malos tratos en la cómoda, además de que tanto Ethel como las demás se las sujetaban desmañadamente a su calva cabeza. Abuela *escondía* sus pelucas de manera que estas desafortunadas no las encontrarán; después las insultaba por dejar en cualquier sitio prendas tan vitales.

—¿De verdad esperas que deambule por el mundo como si fuera una pelada escapada del circo? —decía.

—Missus Wheelwright... ¿dónde ha puesto sus pelucas? —le preguntaba alguna.

—¿Me estás acusando de desear *intencionadamente* parecer la víctima de un desastre nuclear? —le preguntaba a su vez mi abuela—. ¡Preferiría que me asesinara un maníaco antes que ser *calva*!

Se compraba más pelucas; la mayoría —pero en modo alguno todas— de las viejas aparecían. Cuando a Abuela le disgustaba alguna en especial, la retiraba a los cuarteles de invierno en el rosedal, sumergiéndola en la pila para pájaros.

Y como los Poggio siguieron enviándole completos desconocidos —con la intención de sobresaltarla—, Harriet Wheelwright respondió sobresaltándolos. Se precipitaba a abrir la puerta —saliendo como una saeta delante de Ethel o de sus sustitutas— y recibía a los aterrados repartidores arrancándose la peluca de la cabeza

y chillándoles con la calvicie a la vista.

¡Pobres nietos de Dominic Poggio! ¡Cuánto se peleaban entre sí para *no* entregar las mercancías en 80 Front Street!

Poco después del cuarto o quinto incidente de este tipo, Dan me telefoneó a Toronto:

—Se trata de tu abuela. Ya *sabes* cuánto la quiero, pero creo que ha llegado el momento.

Incluso este agosto, el recuerdo de aquellos tiempos nos hizo partir de risa. Era tarde, por la noche, y habíamos estado bebiendo... como de costumbre.

—¿Sabes una cosa? —me dijo Dan—. *Todavía* existen aquellas condenadas mermeladas y jaleas, y unas cosas sencillamente horribles que tu abuela había *conservado*... ¡Siguen en esos estantes del pasadizo secreto!

—¡No! —exclamé.

—¡Sí, en serio! Ven a verlo con tus propios ojos —Dan intentó levantarse del asiento para investigar conmigo los misterios del pasadizo secreto, pero perdió el equilibrio en el enorme esfuerzo que hizo por ponerse en pie y volvió a desplomarse, con expresión de disculpas—. ¡Ve tú mismo! —repitió y eructó.

Tuve dificultades para abrir la puerta oculta; no creo que nadie la hubiese abierto en años. Tiré unos cuantos libros de los estantes de la puerta mientras buscaba a tientas la llave y la cerradura. Recordé que en una oportunidad Germaine había sido igualmente torpe... cuando murió Lydia y ella escogió el pasadizo secreto para esconderse de la Muerte.

Por fin la puerta se abrió de par en par. Aunque el pasadizo estaba a oscuras, logré detectar a las arañas que se escabullían. Sus telas eran densas. Recordé el día que dejé a Owen encerrado y él gritó que algo húmedo lo lamía... no creía que fuera una telaraña, pensaba que era ALGO CON LENGUA. También recordé cuando lo dejamos allí en su fiesta de despedida, mientras Mr. Fish recitaba unas líneas de *Julio César* al otro lado de la puerta cerrada. «¡Los cobardes mueren varias veces antes de expirar! ¡El valiente nunca saborea la muerte sino una vez!», y así sucesivamente. Y recordé cómo habíamos asustado Owen y yo a Germaine... y a la pobre Lydia antes que ella.

Entre las telarañas del pasadizo secreto acechaban montones de viejos recuerdos; tanteé en busca del interruptor de la luz, pero no lo encontré. No quería tocar esos oscuros objetos de los estantes sin ver qué eran.

Entonces Dan Needham cerró la puerta.

—¡No hagas eso, Dan! —grité. Lo oí reír. Alargué la mano en la oscuridad. Mi mano tocó uno de los estantes; lo palpé, pasando a través de las telarañas, en dirección a la puerta. Creía recordar que el interruptor estaba al lado. En ese instante apoyé la mano en algo *espantoso*. Parecía velludo, flexible, vivo (¡imaginé un nido de

ratas recién nacidas!) y retrocedí, gritando.

Lo que mi mano había encontrado era una de las pelucas escondidas por Abuela, pero yo no lo sabía. Retrocedí demasiado, hasta el borde del peldaño más alto de la larga escalera; sentí que perdía el equilibrio y empezaba a caer. En una fracción de segundo imaginé que Dan encontraría mi cadáver en el suelo de tierra, al pie de la escalera... cuando una mano pequeña y fuerte (o algo como una mano pequeña y fuerte) *guió* la mía hasta el interruptor; una mano pequeña y fuerte o algo como una mano pequeña y fuerte, *me retuvo* cuando oscilaba en lo alto de la escalera. Y su voz —era, inconfundiblemente, la voz de Owen— dijo:

—NO TEMAS. NO TE OCURRIRÁ NADA MALO.

Volví a gritar.

Dan Needham abrió la puerta; ahora le tocó gritar a él.

—¡Tus *cabellos!* —chilló. Cuando me miré en un espejo, pensé que eran telarañas: mi cuero cabelludo parecía espolvoreado con harina. Pero al cepillarme el pelo, noté que las raíces se habían vuelto blancas. Esto ocurrió aquel agosto: desde entonces el pelo me ha crecido canoso. A mi edad, ya estaba encaneciendo; hasta mis alumnas opinan que mis canas son distinguidas, que mejoran mi aspecto.

La mañana después de que Owen me «hablara», Dan Needham dijo:

—Los dos estábamos borrachos, por supuesto... especialmente *tú*.

—¡Especialmente yo!

—Así es. Oye: nunca me he mofado de tu fe... ¿verdad? Nunca me reiré de tu fe religiosa, ya lo sabes. Pero no puedes esperar que crea que la *auténtica mano* de Owen Meany evitó que te cayeras por la escalera del sótano; no puedes pensar que me convencerás de que la *auténtica voz* de Owen Meany te «habló» en el pasadizo secreto.

—Te entiendo, Dan —dije—. No soy un evangelizador, no soy un predicador. ¿Alguna vez intenté volverte creyente? Si quisiera *predicar*, sería pastor, tendría una congregación... ¿verdad?

—Oye, te entiendo —dijo.

Pero no pudo apartar la mirada de las raíces nevadas de mi pelo. Un rato después, me preguntó:

—¿Realmente te sentiste *retenido*... sentiste que una mano real tironeaba de ti?

—Reconozco que estaba borracho —contesté.

Y más tarde aún, Dan dijo:

—¿Era *su voz*... estás seguro que lo que oíste no fue algo que dije *yo*? ¿Era *su voz*?

Repliqué, un tanto mosqueado:

—Dan, ¿cuántas voces has oído en tu vida que puedan confundirse con *su voz*?

—Bien, los dos estábamos borrachos... ¿no es cierto? Eso es lo que digo —

concluyó Dan Needham.

Recuerdo el verano de 1967, cuando se me estaba cicatrizando el dedo... recuerdo que el verano pasó corriendo. Fue el verano en que ascendieron a Owen Meany; su uniforme tenía algo distinto cuando Hester y yo volvimos a verlo: era teniente. Los galones de sus charreteras pasaron del latón a la plata. También me ayudó a comenzar mi tesis doctoral sobre Thomas Hardy. Yo tenía muchos problemas para empezar las cosas... y, según Owen, más problemas aún para llegar al final.

«TIENES QUE HACER INMERSIÓN PROFUNDA», me escribió Owen. «PIENSA EN HARDY COMO UN HOMBRE QUE ERA CASI RELIGIOSO, COMO UN HOMBRE QUE ESTUVO TAN CERCA DE CREER EN DIOS QUE CUANDO LO RECHAZO, SU REPUDIO LO VOLVIÓ FEROSAMENTE AMARGO. EL TIPO DE DESTINO EN EL QUE CREE HARDY ES CASI LO MISMO QUE CREER EN DIOS... AL MENOS EN ESE DIOS TERRIBLE Y SENTENCIOSO DEL ANTIGUO TESTAMENTO. HARDY DETESTA LAS INSTITUCIONES: LA IGLESIA —MÁS QUE LA FE O LA CREENCIA— Y SIN DUDA EL MATRIMONIO (LA INSTITUCIÓN), Y LA INSTITUCIÓN DE LA EDUCACIÓN. LA GENTE ES VÍCTIMA DEL DESTINO, VÍCTIMA DE LA ÉPOCA... SUS PROPIAS EMOCIONES LA PIERDEN Y LAS INSTITUCIONES DE TODA ÍNDOLE LE FALLAN.

»¿TE DAS CUENTA DE QUE UNA CREENCIA EN UN UNIVERSO TAN AMARGO NO ES DISTINTA A LA FE RELIGIOSA? AL IGUAL QUE LA FE, AQUELLO EN QUE CREÍA HARDY ERA DESNUDO, SIMPLE, VULNERABLE. CREES EN DIOS O EN QUE —EN ÚLTIMA INSTANCIA— *TODO* TIENE CONSECUENCIAS TRÁGICAS... EN CUALQUIERA DE AMBOS CASOS, NO DEJAS LUGAR A LA OBJETIVIDAD FILOSÓFICA. EN CUALQUIERA DE AMBOS CASOS, NO TE MUESTRAS MUY INTELIGENTE. NUNCA PIENSES EN HARDY COMO UN HOMBRE *INTELIGENTE*; NUNCA CONFUNDAS LA FE NI LA CREENCIA —DE NINGÚN TIPO— CON ALGO NI SIQUIERA REMOTAMENTE INTELECTUAL.

»INMERSIÓN PROFUNDA... Y EMPIEZA. YO COMENZARÍA POR SUS NOTAS, SUS DIARIOS... DONDE NUNCA SE ANDUVO CON RODEOS. MUY PRONTO —CUANDO VIAJO POR FRANCIA, EN 1982— ESCRIBIÓ: “DESDE QUE DESCUBRÍ HACE UNOS AÑOS QUE ESTABA VIVIENDO EN UN MUNDO DONDE NADA CORROBORA EN LA PRACTICA LO QUE EN ESTADO INCIPIENTE PROMETE, ME HE PREOCUPADO MUY POCO POR LAS TEORÍAS. ME CONTENTO CON EL TANTEO DÍA A DÍA”. ¿PODRÍAS APLICAR ESA OBSERVACIÓN A TODAS Y CADA UNA DE SUS NOVELAS! POR ESO DIGO QUE ERA “CASI RELIGIOSO”, PORQUE NO ERA UN GRAN

PENSADOR, ERA UN GRAN SONDEADOR.

»PARA EMPEZAR, BASTARA CON QUE TOMES UNA DE SUS OBSERVACIONES CATEGÓRICAS Y LA JUNTES CON UNA DE SUS OBSERVACIONES MÁS *LITERARIAS*... SOBRE EL OFICIO, YA SABES. A MÍ ME GUSTA ESTA: “UNA HISTORIA TIENE QUE SER LO BASTANTE EXCEPCIONAL PARA JUSTIFICAR QUE SE LA RELATE. TODOS LOS CUENTISTAS SOMOS VIEJOS MARINEROS, Y NINGUNO DE NOSOTROS TIENE DERECHO A INTERRUMPIR A LOS INVITADOS A UNA BODA A MENOS QUE PUEDA NARRAR ALGO MÁS INSÓLITO QUE LA EXPERIENCIA ORDINARIA DE TODO HOMBRE Y TODA MUJER DE LA CALLE”.

»¿ENTIENDES? ES FÁCIL. ADOPTAS SUS ELEVADOS NIVELES DE RELATOS QUE SEAN “EXCEPCIONALES” Y LOS JUNTAS CON SU CONVICCIÓN DE QUE “NADA CORROBORA EN LA PRACTICA LO QUE EN ESTADO INCIPIENTE PROMETE”, Y YA TIENES TU TESIS. DE HECHO, ES SU TESIS... LO ÚNICO QUE TÚ TIENES QUE HACER ES PONER LOS EJEMPLOS. PERSONALMENTE, YO EMPEZARÍA POR UNO DE LOS MÁS AMARGOS... CASI CUALQUIER COSA DE *JUDE EL OSCURO*. ¿QUÉ TE PARECE ESA ESPELUZNANTE Y BREVE ORACIÓN QUE RECUERDA JUDE MIENTRAS SE QUEDA DORMIDO CUANDO ERA NIÑO?

«ENSEÑAME A VIVIR, PARA QUE PUEDA TEMER  
A LA TUMBA TAN POCO COMO A MI CAMA.  
ENSEÑAME A MORIR...».

«NADA PUEDE SER MÁS FÁCIL», escribió Owen Meany.

Así —después de cortarme el dedo para permitir que me graduara—, también perfiló y plasmó mi tesis doctoral.

Aquel agosto en Gravesend —adonde procuro volver todos los agostos—, los estudiantes de Dan de la escuela de verano se debatían con Eurípides; le comenté que en mi opinión había hecho una elección extraña y despiadada. Para estudiantes de la edad de mis chicas de Bishop Strachan, pasar siete semanas del verano memorizando *Medea* y *Las troyanas* debía de ser tedioso... además del riesgo de matar en los jóvenes su amor por las tablas.

—¿Qué podía hacer? —dijo Dan—. ¡En la clase había veinticinco estudiantes y sólo seis eran varones! —por cierto, tal como estaban las cosas, estos últimos parecían sobrecargados de trabajo; un jovencito desusadamente pálido tenía que hacer de Creonte en una obra y de Poseidón en la otra. Todas las chicas entraban y salían del Coro de Corintias y del Coro de Troyanas como si las mujeres corintias y

troyanas poseyeran una estridencia intercambiable. Me conquistó la dolorosa muchachita que Dan había escogido para interpretar a Hécuba; además de las pesadumbres propias de su papel, tenía que estar en el escenario desde el principio al fin de *Las troyanas*. Por tanto, Dan le dio la oportunidad de descansar en *Medea*, en la que le asignó un papel especialmente triste pero en su mayor parte mudo, en el Coro de Corintias... aunque la singularizó al final de la obra; sin la menor duda era una de sus mejores actrices, y Dan acertó al enfatizar esas líneas finales del coro haciéndola declamar sola.

—«Muchas son las cosas que logran los dioses y que están más allá de nuestro entendimiento» —dijo la niña triste—. «Lo que pensamos no está confirmado y lo que pensamos no es idea de Dios».

Muy cierto. Ni siquiera Owen Meany lo habría discutido.

A veces envidio a Dan su capacidad para enseñar *en el escenario*; el teatro tiene una gran fuerza expresiva, sobre todo para los jóvenes, que no poseen suficiente experiencia de la vida por la cual juzgar las experiencias con que tropiezan en la literatura, y que no tienen gran confianza en el lenguaje, ni para emplearlo ni para oírlo. El teatro, afirma acertadamente Dan, dramatiza tanto la experiencia como la confianza en el lenguaje, de las que los jóvenes —como nuestros estudiantes— adolecen. Los estudiantes de la edad de los de Dan —y de las mías— no tienen una gran sensibilidad por el *ingenio*, por ejemplo; el ingenio pasa a su lado, sencillamente, o lo interpretan como una forma de snobismo adulto, un mero lucimiento con el lenguaje que utilizan (en el mejor de los casos) con indecisión. El ingenio no es indeciso; por tanto, tampoco es joven. El ingenio es uno de los muchos aspectos de la vida y de la literatura que se reconoce en un escenario con más facilidad que en un libro. Mis alumnas siempre se pierden el ingenio en lo que leen, o no confían en él; en escena, hasta un actor aficionado es capaz de hacer que cualquiera *vea* qué es el ingenio.

Agosto es el mes que dedico a hablar con Dan de la enseñanza. Cuando nos encontramos por Navidad, cuando vamos juntos a Sawyer Depot, todo es puro trajín y siempre hay gente alrededor. Pero en agosto solemos estar solos; en cuanto concluyen las funciones teatrales de la escuela de verano, Dan y yo nos tomamos vacaciones juntos... lo que en general significa que nos quedamos en Gravesend y nuestra mayor aventura consiste en hacer alguna excursión diurna a la playa de Little Boar's Head. Pasamos las noches en 80 Front Street, charlando; desde que Dan se mudó allí, no vemos televisión. Cuando la abuela fue a la residencia para ancianos, se llevó consigo el televisor; a su muerte, nos dejó la casona de 80 Front Street a Dan y a mí.

Es una casa inmensa y solitaria para un hombre al que nunca se le pasó por la imaginación la idea de volver a casarse, pero contiene casi tanta historia para Dan



como para mí. Aunque disfruto en mis visitas, ni siquiera la tentadora nostalgia de la casa de 80 Front Street podría atraerme para volver a los Estados Unidos. Éste es un tema —mi retorno— que Dan aborda todos los agostos, siempre una noche en que es evidente para él que disfruto de la atmósfera de 80 Front Street y de su amistad.

—Aquí hay lugar más que suficiente para un par de solterones como nosotros —dice—. Y con tus años de experiencia en la Bishop Strachan... sin hablar de la recomendación que, estoy seguro, te daría tu directora, para no hablar de que eres un antiguo alumno distinguido... el Departamento de Literatura de Gravesend Academy estaría contento de contar contigo, por supuesto. Bastará con que lo digas.

No por amabilidad, sino debido a mi cariño por Dan, lo dejé pasar.

Este agosto, cuando empezó de nuevo con la misma cantinela, me limité a decir:

—Es muy difícil... sin el montaje en un escenario, enseñar a los adolescentes qué es el ingenio. Me desespera que ya tengamos encima otro otoño y deba volver a esforzarme por hacer que mis chicas de Nivel Diez noten algo en *Cumbres borrascosas*, además de los más mínimos pormenores acerca de Catherine y Heathcliff... la historia, la historia. ¡Es lo único que les interesa!

—John, querido John —dijo Dan Needham—. Hace veinte años que está muerto. Perdona. Perdona y olvida... y vuelve a casa.

—Hay un párrafo, al principio, que se les pasa por alto todos los años —dije—. Me refiero a la descripción que hace Lockwood de Joseph; se lo hago notar hace tantos años que lo sé de memoria: «... mirándome... a la cara tan acerbamente que conjeturé, caritativamente, que debía de necesitar de la ayuda divina para digerir la cena...». Se lo he leído en voz alta, pero les resbala... ni siquiera esbozan una sonrisa. Y no sólo el ingenio de Emily Bronte se les escapa. Tampoco lo entienden si se trata de un contemporáneo. ¿Mordecai Richler es demasiado ingenioso para unas niñas del undécimo curso? Parecería que sí. Oh, sí, piensan que *El aprendizaje de Duddy Kravitz* es «entretenido», pero se pierden la mitad del humor. ¿Conoces la descripción del balneario de judíos de la clase media? Siempre es la descripción lo que omiten; te juro que no la consideran importante. Quieren diálogo, acción. ¡Pero la descripción contiene tanta *escritura*! «Aún había algunos focos de resistencia gentil, es verdad. Ninguno de los dos hoteles que todavía estaban en sus manos admitía judíos pero eso, como el raj británico que sigue deambulando por la costa de Malabar, no era tan molesto como conmovedoramente desafiante». Todos los años observo sus caras cuando se lo leo: no se les mueve un pelo.

—John —dijo Dan—. Olvidemos lo pasado... ni siquiera Owen estaría furioso todavía. ¿Crees que Owen Meany habría culpado a todo el país de lo que le ocurrió? Aquello fue una locura y esto también lo es.

—¿Cómo enseñas la locura en el escenario? —le pregunté—. *Hamlet*, supongo, para los principiantes... yo les doy *Hamlet* a mis chicas de Nivel Trece, pero les

cuesta leerlo, no llegan a comprenderlo. Y *Crimen y castigo*... hasta mis chicas de Nivel Trece tienen que esforzarse muchísimo con la llamada «novela psicológica». El «concentrado abatimiento» de Raskólnikov está a su alcance, pero no entienden cómo opera la psicología de la novela ni siquiera en las descripciones más sencillas de Dostoievski; una vez más, lo que dejan de lado es la descripción. El casero de Raskólnikov, por ejemplo: «Su rostro parecía cubierto por una espesa capa de aceite, como una vieja cerradura de hierro». ¡Qué rostro más perfecto para un casero! «¿No es maravilloso?», pregunto a la clase; me miran como si pensarán que estoy más loco que Raskólnikov.

De vez en cuando, Dan Needham me mira de la misma manera. ¿Cómo se le ocurre que yo podría «perdonar y olvidar»? Es demasiado lo que hay que olvidar. Cuando a los maestros nos preocupa que nuestros estudiantes no tengan sentido de la historia, ¿no es lo que la gente olvida lo que nos preocupa? Durante años he intentado olvidar quién podía ser mi padre; no quería descubrir quién era, como señaló Owen. ¿Cuántas veces, por ejemplo, volví a llamar al viejo maestro de canto de mi madre, Graham McSwiney? ¿Cuántas veces lo llamé y le pregunté si se había enterado del paradero de Buster Freebody, o si había recordado sobre mi madre algo que no nos hubiese dicho a Owen y a mí? Una sola vez; lo llamé una sola vez. Graham McSwiney me dijo que me olvidara de intentar averiguar quién era mi padre; yo lo estaba deseando.

Mr. McSwiney dijo:

—Buster Freebody... si está vivo, si lo encuentras, sería tan viejo que ni siquiera recordaría a tu madre... para no hablar del novio de tu madre —Mr. McSwiney estaba mucho más interesado en Owen Meany... en por qué su voz no había cambiado—. Tendría que ver a un médico... no existe ninguna *razón* para una voz como la suya.

Pero *existía* una razón. Cuando supe cuál era, no llamé a Mr. McSwiney para contárselo; dudo de que la explicación fuese lo suficientemente científica para él. Intenté decírselo a Hester, pero ella me aseguró que no quería saberlo.

—Creería cualquier cosa que me dijeras, de modo que ahórrame los detalles, por favor —contestó mi prima.

En cuanto al *tema* de la voz de Owen Meany, y de todo lo que le ocurrió, sólo se lo dije a Dan y al reverendo Lewis Merrill.

—Supongo que es posible —dijo Dan—. Supongo que cosas más extrañas han sucedido... aunque no se me ocurre ningún ejemplo. Lo importante es que *tú* lo crees, y yo nunca cuestionaría tu derecho a creer en lo que quieras.

—¿Pero *tú* lo crees? —le pregunté.

—Bien, te creo *a ti* —dijo.

—¿Cómo puede usted *no* creerlo? —le pregunté al pastor Merrill—. Precisamente

usted, un religioso... ¿cómo puede *no* creerlo?

—Creerlo, me refiero a todo —dijo el reverendo Merrill—, creerlo todo... bien, exige más fe de la que yo tengo.

—¡Pero precisamente usted! —exclamé—. Fíjese en mí... nunca fui creyente hasta que ocurrió esto. Si yo puedo creerlo, ¿por qué no usted? —le pregunté. Mr. Merrill empezó a tartamudear.

—Es *más fácil* para ti a-a-a-aceptarlo. La fe no es algo que has sentido y d-d-d-después *no* sientes; tú no has v-v-v-vivido con fe y *sin* fe. P-p-p-para ti es *más fácil* —repitió el reverendo—. Tú no has estado ll-ll-ll-llo de fe y lleno de d-d-d-duda. Algo t-t-t-te impresiona como un milagro y lo crees. Para mí no es t-t-t-tan s-s-s-sencillo.

—¡Pero es un milagro! —grité—. Él le contó aquel sueño... lo sé. Y usted estaba presente... cuando vio su nombre y la fecha de su muerte en la tumba de Scrooge. ¡Estaba *delante!* —chillé—. ¿Cómo puede dudar de que lo *sabía?* —le pregunté—. ¡Él *sabía...* lo sabía *todo!* ¿Cómo llama a eso... si no lo llama milagro?

—Tú has presenciado lo que ll-ll-ll-llamas milagro y ahora crees... crees todo —contestó el pastor Merrill—. Pero los milagros no p-p-p-producen fe... los verdaderos milagros no crean fe; y-y-y-ya *tienes que tener fe* a fin de creer en los *verdaderos* milagros. Yo creo que Owen era un ser extraordinariamente *d-d-d-dotado...* sí, dotado y profundamente seguro de sí mismo. Sin duda también padeció algunas visiones muy perturbadoras... e indudablemente era emotivo, muy emotivo. Pero en cuanto a saber lo que parecía «saber», hay otros ejemplos de p-p-p-precognición, y no todos los ejemplos se atribuyen necesariamente a *Dios*. Fíjate en ti... nunca creíste ni siquiera en D-D-D-Dios; eso es lo que decías y ahora atribuyes a la m-m-m-mano de Dios *todo* lo que le ocurrió a Owen M-M-M-Meany.

Aquel agosto, en 80 Front Street, me despertó un perro. En lo más profundo de mi sueño, lo oí y pensé que era Sagamore; después pensé que era *mi* perro —solía tener perro, en Toronto— y sólo cuando estuve plenamente despierto volví a mi tiempo presente y me di cuenta de que tanto Sagamore como mi perro habían muerto. Era encantador tener un perro para pasear por Winston Churchill Park; debería conseguir otro.

En Front Street, el perro desconocido ladraba sin parar. Me levanté; seguí el oscuro pasillo familiar hasta la habitación de mi madre... donde siempre hay más luz, donde nunca se corren las cortinas. Dan duerme en el antiguo dormitorio de mi abuela... el dormitorio principal oficial de 80 Front Street, supongo.

Me asomé a la ventana de mi madre pero no vi al perro. Luego fui al estudio... o a lo que se llamaba estudio cuando vivía mi abuelo. Más tarde fue una especie de habitación de juegos para los niños, el lugar donde mi madre ponía discos en la vieja

Victrola, para cantar con Frank Sinatra y la orquesta de Tommy Dorsey. En el sofá de ese cuarto Hester se había tendido a esperar, mientras Noah, Simon y yo registrábamos 80 Front Street de punta a punta, en vano, buscando a Owen Meany. Nunca supimos dónde lo había escondido, o dónde se había escondido él. Me tumbé en el viejo sofá y recordé todo aquello. Debí de quedarme dormido; era un sofá histórico, en el cual —también rememoré— mi madre me había susurrado al oído, por primera vez: «¡Mi canita al aire!».

Al despertar descubrí que tenía una mano debajo de uno de los mullidos cojines; mi muñeca detectó algo... al tacto parecía una carta de baraja, pero cuando la saqué vi que era una reliquia de la pretérita colección de Owen Meany: una ficha de béisbol muy vieja y doblada. ¡Hank Bauer! ¿Lo recuerdas? La tarjeta se imprimió en 1950, cuando Bauer tenía veintiocho años, en su segunda temporada completa como bateador de los Yankees. Sin embargo, parecía mayor; tal vez por la guerra... abandonó el béisbol por la segunda guerra mundial y luego volvió a jugar. Aunque nunca fui un fanático del béisbol, recordaba a Hank Bauer como un jugador fiable, nada caprichoso... y por cierto, su expresión ligeramente fatigada y bronceada reflejaba su sólida ética laboral. No mostraba los rasgos de una estrella en su paciente sonrisa y tampoco ocultaba los ojos bajo la visera de la gorra de béisbol, echada hacia atrás de la cabeza, poniendo de relieve su reflexiva frente arrugada. Era una de esas fotos viejas a las que se añadía color con intenciones optimistas: su bronceado era demasiado bronceado, el cielo demasiado azul, las nubes demasiado uniformemente blancas. Las altas nubes aborregadas y la brillantez del cielo azul creaban un fondo tan asombrosamente irreal para Bauer, con su uniforme blanco a rayas, que daba la impresión de haberse muerto y ascendido a los cielos.

Por supuesto, en ese momento comprendí dónde había escondido Hester a Owen Meany; él estaba *debajo* de los cojines del sofá —y debajo de *ella*— mientras registrábamos la casa. Eso explicaba por qué había aparecido tan arrugado y con el pelo como si acabara de levantarse de la cama. La ficha de Hank Bauer debió de caérsele del bolsillo. En ocasiones, descubrimientos como éste —por no mencionar la voz de Owen «hablándome» en el pasadizo secreto y su mano (o algo como una mano) reteniéndome— hacen que le tenga miedo a 80 Front Street.

Sé que hacia el final, mi abuela le tenía miedo a la vieja casona.

—¡Demasiados fantasmas! —refunfuñaba. Por último, creo, se sintió feliz de *no* ser «asesinada por un maníaco», idea que en otros tiempos consideró preferible a abandonar 80 Front Street. Dejó la vieja casa bastante tranquilamente y se mostró filosófica con su partida—. Es hora de partir —nos dijo a Dan y a mí—. ¡Demasiados fantasmas!

En la residencia de ancianos de Gravesend, su decadencia fue bastante rápida e indolora. Al principio olvidó todo lo referente a Owen; después me olvidó a mí; nada

podía recordarle ni siquiera a mi madre... nada excepto mi bastante experta imitación de la voz de Owen. Esa voz sacudía su memoria; esa voz sacaba a la superficie sus recuerdos, casi todas las veces. Murió mientras dormía, sólo dos semanas antes de cumplir cien años. No le gustaban las cosas que «sobresalían», por ejemplo: «¡Ese peinado *sobresale* como un pulgar dolorido!».

La imagino meditando en su centenario; la reunión familiar organizada para celebrar el acontecimiento la habría «matado», sin ningún género de dudas... y sospecho que ella lo sabía. Tía Martha ya había puesto en antecedentes al programa Hoy; como es sabido, este programa felicita a todos los que cumplen cien años en los Estados Unidos... si se enteran del acontecimiento. Tía Martha se ocupó de que así fuera. ¡Harriet Wheelwright cumpliría cien años la víspera de Todos los Santos, el día de Halloween! Mi abuela *odiaba* ese día; era una de sus pocas rencillas con Dios... el hecho de que Él hubiese permitido que naciera en semejante fecha. A sus ojos, era un día inventado para provocar graves accidentes entre las clases bajas, un día en que se invitaba a éstas a insultar a los ricos... y la casa de mi abuela siempre recibía insultos el día de las brujas. La casa de 80 Front Street aparecía envuelta en papel higiénico, las ventanas del garaje debidamente enjabonadas, las farolas de la rampa de acceso rociadas con pintura (anaranjada), y una vez alguien metió la mitad más grande de una lamprea en el buzón. Owen siempre había sospechado de Mr. Morrison, el cartero cobarde.

A su llegada al hogar de ancianos, Abuela consideró que el mando a distancia para cambiar de canal en el televisor era un verdadero hijo de Satanás; era el triunfo definitivo de la televisión, decía, que pudiera dejarte descerebrado, sin siquiera permitirte que te levantas del sillón. Fue Dan quien la encontró muerta, una tarde que la visitó en la residencia de ancianos. La visitaba todas las tardes, y las mañanas de los domingos también la iba a ver con un periódico y se lo leía.

La noche que murió, Dan la encontró sentada en su cama de hospital; aparentemente se había quedado dormida con el televisor encendido y el mando a distancia en la mano, en una posición que producía un cambio constante de canales. Pero estaba muerta, no dormida, y su frío pulgar se había quedado adherido al botón que recorría sin descanso todos los canales... buscando algo bueno.

¡Cuánto lamento que Owen Meany no haya muerto tan pacíficamente!

Toronto: 17 de septiembre de 1987... lluvioso y frío; atmósfera de retorno a la escuela, atmósfera de retorno a la iglesia. Estos rituales familiares de la iglesia y la escuela son mi mayor consuelo. Pero Bishop Strachan School ha contratado una nueva profesora para el Departamento de Literatura; supe, cuando la entrevistaron la primavera pasada, que era alguien a quien habría que soportar... una mujer que da nuevo significado a la llamativa primera frase de *Orgullo y prejuicio* con que

comienza el trimestre de otoño para mis niñas de Nivel 9: «Es una verdad reconocida por todo el mundo que un hombre soltero, dueño de una gran fortuna, ha de sentir algún día la necesidad de casarse».

No sé si encajo en la idea que tiene Jane Austen de «una gran fortuna», pero mi abuela me proveyó muy generosamente.

Mi nueva colega se llama Eleanor Pribst, y me encantaría leer lo que Jane Austen habría escrito acerca de ella. Y sería muchísimo más feliz leyendo sobre Ms. Pribst que conociéndola. Pero la soportaré; aguantaré más que ella. Es una mujer alternativamente tonta y agresiva, y con cualquiera de ambos métodos resulta voluntariosamente insufrible: es una déspota germánica.

Cuando ríe, recuerdo la maravillosa frase cercana al final de *En la superficie*, de Margaret Atwood: «Río y sale un ruido semejante al que emitiría algo que estuvieran matando: ¿un ratón, un pájaro?». En el caso de la risa de Eleanor Pribst, juraría que llegaban a mis oídos los estertores de una rata o un buitre. En la reunión del departamento, cuando volví a plantear mi solicitud de que se leyera *El gato y el ratón* de Günter Grass en Nivel 13, Ms. Pribst atacó.

—¿Para qué quiere enseñar un libro tan desagradable a las *niñas*? —preguntó—. Es un libro para *chicos* —afirmó—. La escena de la masturbación es ofensiva para las mujeres.

Después se quejó de que yo estaba «consumiendo» a Margaret Atwood y a Alice Munro en el curso de Literatura Canadiense de Nivel 13; no había nada que impidiera a Ms. Pribst enseñar a Atwood o a Munro en otro curso... pero quería buscar camorra. Un hombre que da clases sobre esas dos mujeres «las consume», decía... para que las mujeres del departamento *no* puedan enseñarlas. Conozco bien su estilo. Es de las que te dicen que si enseñas a un autor canadiense en el curso de Literatura Canadiense, estás condescendiendo con los canadienses... *no* enseñándolo en otro curso de literatura. Y si los «consumes» en otro curso de literatura, te preguntará qué piensas que tiene de «malo» el curso de Literatura Canadiense; entonces te dirá que estás siendo condescendiente con los canadienses. Todo ello se debe a que soy un exestadounidense y a ella no le gustan los estadounidenses; esto es tan obvio... esto y el hecho de que soy soltero, de que vivo solo y no me he desvivido por invitarla a «salir» (como suele decirse). Es una de esas mujeres agresivas que de buena gana te humillarán si *la invitas* a «salir»; si *no* la invitas, intentarán humillarte *más*.

Esto me retrotrae a unos años atrás y a una neoyorquina que me recordó a Mitzy Lish. Acompañó a su hija a una entrevista en Bishop Strachan; la madre quería entrevistar a alguien del Departamento de Literatura... para averiguar, dijo a la directora, si enfocábamos de forma «pueblerina» la literatura. La mujer era un caldero hirviente de contradicciones sexuales. En primer lugar, quería que su hija estudiara en una escuela canadiense —«una escuela de la vieja escuela», dijo varias

veces— porque tenía la intención de «salvarla» de los peligros que conlleva crecer en Nueva York. Todas las escuelas de Nueva Inglaterra, decía, estaban llenas de neoyorquinos; era una tragedia que una jovencita no tuviera la oportunidad de asimilar los valores y las virtudes de una época más sana, más segura.

Por otro lado, era una de esas neoyorquinas que pensaba que «moriría» si pasaba un minuto fuera de Nueva York... que estaba segura de que el resto del mundo era un lugar provinciano de flagelación donde la gente como ella, de gustos refinados y energías sumamente urbanas, sería fustigada con las virtudes y valores anticuados hasta expirar de aburrimiento.

—Confidencialmente, ¿qué *hace* aquí una persona adulta? —me susurró. Supongo que quería decir en Toronto... en Canadá... en este *desierto*, por así decirlo. Sin embargo, deseaba fervientemente desterrar a su hija, para no exponerla al saber revelador que había hecho de ella una prisionera de Nueva York.

Le interesaba saber cuántos autores canadienses figuraban en nuestra lista de lecturas; como no los había leído, sospechaba que eran de una grave mentalidad pueblerina. No llegué a conocer a la hija; probablemente era simpática... un tanto temerosa de la nostalgia que sentiría, estoy seguro, pero simpática. La madre no la inscribió, aunque la solicitud de la chica fue aceptada por la escuela. Tal vez la madre había venido a Canadá por un capricho; ni yo mismo puedo decir que he venido por motivos del todo sólidos. Tal vez la madre no inscribió a su hija porque no podía (la madre) soportar las privaciones que sufriría (la madre) cuando visitara a su hija en este *desierto*.

Yo tengo mi propia versión de por qué no la inscribió. ¡La madre me tiró los tejos! Había pasado bastante tiempo desde que alguien lo hiciera; ya estaba empezando a creer que este peligro había quedado atrás, pero de repente la madre dijo:

—¿Qué *hace* una aquí... para pasarlo bien? ¿No quiere enseñármelo?

La escuela había llegado a un acuerdo bastante inusual, aunque no del todo extraordinario, para que la hija pasara una noche en uno de los dormitorios de estudiantes: conocería a otras chicas, algunas estadounidenses... ese tipo de cosas. ¡La madre me preguntó si yo podía disponer de «una noche en el centro»!

—Soy divorciada —se apresuró a agregar... innecesariamente; yo debía *abrigar la esperanza* de que estuviera divorciada. ¡Pero aun así!

Bien, no pretendo poseer ningún tipo de habilidad para librarme de invitaciones tan atrevidas; no he tenido mucha práctica. Sospecho que me comporté como un pazguato hecho y derecho; no dudo de que di a la mujer otro asombroso ejemplo de la «mentalidad pueblerina» que estaba condenada a encontrar fuera de Nueva York.

De cualquier manera, nuestro encuentro acabó amargamente. La mujer había tenido, en su opinión, valor suficiente para ofrecérseme; que yo no tuviese la valentía

de aceptar su generoso obsequio demostraba con toda claridad que era la esencia diabólica de la cobardía. Después de honrarme con sus seductores encantos, se sintió justificada para volcar en mí su justificable desdén. Le dijo a Katherine Keeling que nuestras listas de lectura eran «más pueblerinas aún» de lo que temía. Si he de decir la verdad, no encontré «pueblerinas» las listas de lectura. ¡El pueblerino era yo! No tuve suficientes entendederas para reconocer una insinuación cuando me la ponían en bandeja.

Y ahora —en mi propio Departamento de Literatura— tengo que soportar a una mujer de temperamento aparentemente similar, una mujer cuya susceptibilidad también se agita en un mar de contradicciones sexuales: ¡Eleanor Pribst!

Incluso se quejó de mi elección de *Tempest-tost*; sugirió que tal vez se debía a que no supe reconocer que *Fifth Business* era «mejor». Yo había enseñado ambas novelas, naturalmente, y muchas obras más de Robertson Davies, con gran —no, con el mayor— placer. Le aseguré que había tenido buena suerte enseñando *Tempest-tost* en el pasado.

—Las propias estudiantes se sienten como aficionadas —dije—. Creo que encuentran sumamente divertidas y sumamente familiares todas las intrigas de la liga de teatro local —pero Ms. Pribst quería saber si yo conocía Kingston; por cierto, al menos sabía que la ciudad ficticia de Salterton es fácilmente identificable como Kingston. Había oído decir que era cierto, apostillé, aunque no había estado personalmente en Kingston.

—¡Nunca *ha estado!* —gritó—. ¡Supongo que eso es lo que ocurre cuando hay estadounidenses dando clases de Lit Can!

—Detesto la expresión «Lit Can» —informé a Ms. Pribst—. Nosotros no llamamos «Lit Est» a la literatura estadounidense y no veo ninguna razón para *encoger* la literatura más interesante de este país en una abreviatura peyorativa. Además, considero a Mister Davies un autor de importancia tan universal que he decidido no enseñar lo «canadiense» de sus libros, sino lo que tienen de maravillosos.

Tras esta conversación, quedó declarada la guerra. Cuestionó mi sustitución —en Nivel 11— de *Granja de animales* de Orwell por *Días birmanos*, de Orwell. En términos de «importancia perdurable», dijo, había que elegir entre *1984* y *Granja de animales*; *Días birmanos* era un «mal sustituto».

—Orwell es Orwell —dije—, y *Días birmanos* es una buena novela.

Pero Ms. Pribst —graduada en Queens (de ahí su amplio conocimiento de Kingston)— está redactando su tesis doctoral en la Universidad de Toronto, sobre algo relacionado con «política en la ficción». Me preguntó si yo no había escrito la mía sobre *Hardy* —insinuando «meramente» Hardy— y si no era mi tesis doctoral lo *único* que había escrito.

Así fue como le pregunté a mi vieja amiga Katherine Keeling:



—¿Crees que Dios creó a Eleonor Pribst sólo para ponerme a prueba?

—Ya eres bastante malo —respondió Katherine—. No seas también malvado.

Cuando quiero ser «malvado», muestro el dedo; corrección: muestro lo que falta, muestro el *no* dedo. Reservaré el dedo faltante para mi próximo encuentro con Ms. Pribst. Estoy agradecido a Owen Meany por muchas cosas; no sólo me mantuvo alejado de Vietnam, sino que me creó una herramienta perfecta para la enseñanza, me proporcionó un estupendo foco de atención para cuando la clase está adormilada. Levanto la mano y señalo. Es la ausencia del dedo señalador lo que vuelve interesante rematar algo señalando. Al instante cuento con la atención de todo el mundo. También funciona de perlas en las reuniones del departamento.

—¡No me señales con *esa cosa*! —solía decir Hester.

Pero no era «esa cosa», no era *ninguna cosa* lo que la alteraba, sino lo que faltaba. La amputación era muy limpia... el corte más limpio que cabe imaginar. Mi muñón no tiene nada grotesco ni deforme, ni siquiera tosco. Lo único malo es lo que está ausente. Falta Owen Meany.

Después de que Owen me cortara el dedo —a finales del verano del 67, cuando estuvo en Gravesend con unos días de permiso—, Hester le dijo que no asistiría a su funeral; se negó de plano.

—Me casaré contigo, me mudaré a Arizona... iré *a cualquier lado* contigo, Owen —le dijo—. ¿Me ves como recién casada en una base del Ejército? ¿Me ves invitando a otro matrimonio joven... cuando *no* estés escoltando a un cadáver? ¡Puedes llamarme Hester Huachuca! —gritó—. Incluso me quedaré *embarazada*... si quieres, Owen. ¿Quieres tener hijos? ¡Yo te los daré! —vociferó—. Haría *cualquier cosa* por ti... y lo sabes. Pero no pienso asistir a tu jodido funeral.

Hester cumplió su palabra; no estuvo presente en el funeral de Owen Meany... Hurd's Church estaba abarrotada, pero ella no formaba parte de la muchedumbre. Él nunca le pidió que se casaran; nunca la hizo mudarse a Arizona, ni a ningún otro sitio.

—NO SERIA JUSTO... NO SERIA JUSTO CON *ELLA*, ME REFIERO —me había dicho Owen.

En el otoño del 67, Owen había hecho un trato con el general de división LaHoad; *no* lo nombraron ayudante de campo: LaHoad estaba demasiado orgulloso de las recomendaciones que recibió Owen como oficial asistente de bajas. Al general de división lo trasladarían un año y medio después; si Owen permanecía en Fort Huachuca —como el «mejor» escolta de cadáveres de la sección bajas—, LaHoad le prometía «un buen puesto en Vietnam». Esperar dieciocho meses era mucho esperar, pero el teniente Meany consideró que merecía la pena.

—¿No sabe que *no* hay «buenos puestos» en Vietnam? —me preguntó Hester.

Corría octubre; estábamos en Washington con otros cincuenta mil manifestantes pacifistas. Nos reunimos frente al Lincoln Memorial y marchamos hacia el Pentágono, donde nos recibieron filas de oficiales y policías militares de los Estados Unidos; incluso había oficiales y policías militares en el tejado del Pentágono. Hester llevaba una pancarta:

Apoyemos a nuestros soldados.  
¡Traigámoslos ahora a casa!

Yo no llevaba nada; todavía me cohibía un poco mi dedo faltante. El tejido cicatrizal era muy reciente y cualquier esfuerzo hacía que el muñón pareciera inflamado. Pero traté de sentirme parte integrante de la manifestación; lamentablemente, *no* lo sentí... no me sentía parte integrante de nada. Gozaba de una prórroga 4-F; nunca tendría que ir a la guerra ni a Canadá. Mediante el simple acto de quitar las dos primeras articulaciones de mi dedo índice derecho, Owen Meany me había permitido sentirme totalmente disociado de mi generación.

—Si es la mitad de listo de lo que se cree —me había dicho Hester mientras marchábamos hacia el Pentágono—, se habría cortado su propio dedo al mismo tiempo que el tuyo... se habría cortado tantos dedos como fuera necesario. Te salvó... feliz de ti. ¿Cómo es que no tiene suficiente materia gris para salvarse a sí mismo?

En Washington, aquel octubre, vi miríadas de estadounidenses auténticamente consternados por lo que su país estaba haciendo en Vietnam; también vi a miríadas de otros estadounidenses atraídos hipócritamente hacia una noción pueril del heroísmo... concretamente, el propio. Pensaban que forzar una confrontación con los militares y los policías no sólo los elevaría a la categoría de héroes; se engañaban a sí mismos pensando que esta confrontación expondría la corrupción del sistema político y social al que se oponían con arrogancia. Era la misma gente que, años después, adjudicaría al «movimiento» antibélico el mérito de retirar a las fuerzas armadas estadounidenses de Vietnam. No es eso lo que yo vi. Lo que vi es que el sentido justiciero de muchos de estos manifestantes contribuyó, sencillamente, a endurecer las actitudes de los pobres imbéciles que *apoyaban* la guerra. Esto es lo que llevó a decir a Ronald Reagan —dos años después, en 1969— algo tan ridículo como que las protestas contra Vietnam «proporcionaban ayuda y consuelo al enemigo». Lo que yo vi fue que las protestas hicieron algo peor que eso: proporcionaron ayuda y consuelo a los idiotas que apoyaban la guerra... hicieron que la guerra *se prolongara*. Eso es lo que yo vi. Me volví con mi dedo faltante a New Hampshire, dejando que arrestaran a Hester sola en Washington; aunque no estaba exactamente sola: aquel octubre hubo arrestos en masa.

En las postrimerías del 67 había problemas en California, había problemas en Nueva York; y había 500 000 soldados estadounidenses en Vietnam, donde habían muerto más de 16.000. Fue entonces cuando el general Westmoreland dijo: «Hemos llegado a un punto importante en que el fin comienza a vislumbrarse».

Eso fue lo que llevó a Owen Meany a preguntar: «¿QUÉ FIN?». El fin de la guerra no llegaría a tiempo para salvarlo.

Lo pusieron en un ataúd cerrado, por supuesto, envuelto en la bandera de los Estados Unidos, donde iba prendida su medalla. Como cualquier teniente en servicio activo, mereció un funeral militar con todos los honores, oficiales de escolta, toques de silencio... y toda la parafernalia. Podría haber sido enterrado en Arlington, pero los Meany insistieron en darle sepultura en Gravesend. Debido a la medalla, debido a que el relato del heroísmo de Owen apareció en todos los periódicos de New Hampshire, el zoquete del reverendo Dudley Wiggin quería ofrecerle un oficio episcopaliano; el rector Wiggin, virulento partidario de la guerra de Vietnam, se empeñó en celebrar el funeral de Owen en Christ Church.

Convencí a los Meany de que lo hicieran en Hurd's Church... y permitieran que el reverendo Lewis Merrill oficiara el servicio. Mr. Meany todavía estaba enfadado con Gravesend Academy por haber expulsado a Owen, pero lo persuadí de que su hijo «se indignaría en los cielos» si los Wiggin le ponían una mano encima.

—Owen los *odiaba* —expliqué a Mr. y Mrs. Meany—. Y tenía una relación bastante especial con el pastor Merrill.

Corría el verano del 68; yo estaba harto de oír decir a los blancos cuánto había cambiado su vida *Alma en hielo* —apuesto a que Eldridge Cleaver también estaba harto— y de oír decir a Hester que si oía hablar una vez más de «Mrs. Robinson», vomitaría. Esa primavera —en el mismo mes— habían asesinado a Martin Luther King y se estrenó *Hair* en Broadway; el verano del 68 sufrió lo que se convertiría en la tópica combinación social de lo mortífero y lo trivial.

Me estaba abrasando en la casa herméticamente cerrada de los Meany... cerrada a cal y canto, decían siempre, porque Mrs. Meany era alérgica al polvo de piedra. Permanecía con su mirada normalmente desenfocada dirigida —como casi siempre— a las cenizas apagadas de la chimenea, encima de la cual las desmembradas figuras del Nacimiento rodeaban la cuna vacía del pesebre. Mr. Meany empujó un morillo con la punta de su bota sucia.

—¡Nos dieron cincuenta mil dólares! —dijo Mr. Meany; Mrs. Meany movió afirmativamente la cabeza... o pareció mover afirmativamente la cabeza—. ¿De dónde saca el gobierno tanto dinero? —me preguntó; meneé la cabeza, aunque sabía que nos los sacaban a *nosotros*.

—Estoy familiarizado con los himnos favoritos de Owen —les dije—. Sé que el pastor Merrill dirá una oración apropiada.

—¡Para lo que le ha servido a Owen tanto rezar! —dijo Mr. Meany y le dio una patada al morillo.

Después me senté en la cama de Owen. Los brazos amputados de la estropeada estatua de María Magdalena estaban curiosamente sujetos al maniquí de mi madre... con anterioridad tan manco como acéfalo. Los pálidos brazos encalados eran demasiado largos para las proporciones de la figura de mi madre, pero supongo que esos brazos exageradamente tendidos habían servido para afianzar el recuerdo que Owen tenía del cariño que mi madre le prodigaba. A mi lado, en la cama, estaba su bolsa de lona del Ejército; los Meany no la habían deshecho.

—¿Quieren que la deshaga? —les pregunté.

—Encantado —me dijo su padre. Más tarde, entró en la habitación y dijo—: Me haría feliz que si hubiese algo que quieres... sé que a él le habría gustado que lo tuvieras tú.

En la bolsa estaba su diario y su manoseada edición en rústica de *Selecciones de los escritos de Santo Tomás de Aquino*... cogí las dos cosas; también su Biblia. Fue duro revisar sus pertenencias. Me sorprendió que nunca hubiese desempaquetado las fichas de béisbol que tan simbólicamente me entregara y que le devolví; me sorprendió lo marchitas y grotescas que estaban las garras arrancadas de mi armadillo... otrora parecían tesoros y ahora, además de su fealdad, parecían mucho más pequeñas de lo que yo recordaba. Pero sobre todo me sorprendió no encontrar aquella pelota de béisbol.

—No está aquí —dijo Mr. Meany; me estaba observando desde la puerta del dormitorio de Owen— Busca todo lo que quieras, pero no la encontrarás. Nunca ha estado aquí... lo sé porque la he buscado años enteros.

—Yo suponía... —dije.

—¡Yo también! —dijo Mr. Meany.

¡La pelota, la llamada «arma homicida» o «instrumento del delito» nunca había estado en el cuarto de Owen Meany!

Leí el fragmento que Owen había subrayado más vehementemente en su libro de santo Tomás de Aquino: «Demostración de la existencia de Dios a partir del movimiento». Lo leí varias veces, sentado en la cama de Owen Meany.

Puesto que todo lo que se mueve funciona como una especie de instrumento del primer movedor, si no hubiese primer movedor, cualesquiera cosas que están en movimiento serían simples instrumentos. Por cierto, si una serie infinita de movedores y cosas movidas fuera posible sin primer movedor, la infinidad de movedores y cosas movidas serían instrumentos. Ahora bien, es ridículo, aun para las personas indoctas, suponer que los instrumentos son movidos pero no por un agente principal. Esto sería como

suponer que la construcción de un cajón o una cama podría lograrse poniendo a trabajar una sierra o un hacha sin un carpintero que las hiciera funcionar. Por ende, tiene que existir un primer movedor por encima de todas las cosas... y a este primer movedor llamamos Dios.

La cama se movió; Mr. Meany se había sentado a mi lado. Sin mirarme, me cubrió una mano con su manaza de trabajador; no tuvo ningún remilgo en tocar el muñón del dedo amputado.

—Ya sabes que él no era... natural —dijo Mr. Meany.

—Era muy especial —respondí, pero Mr. Meany meneó la cabeza.

—Quiero decir que no era normal, *nació*... diferente —dijo Mr. Meany. Excepto cuando me había dicho que lamentaba lo de mi pobre madre, nunca había oído hablar a Mrs. Meany; mi desconocimiento de su voz —y el hecho de que hablara desde su sitio en la chimenea, en la sala— hizo que me sobresaltara.

—¡Basta! —gritó. Mr. Meany me apretó la mano.

—Quiero decir que no nació de manera natural —prosiguió Mr. Meany—. Como el Niño Jesús... eso es lo que quiero decir. Yo y su madre nunca lo *hicimos*...

—¡Basta! —gritó Mrs. Meany.

—Ella concibió un hijo... como el Niño Jesús —dijo Mr. Meany.

—¡No te creerá! ¡Nadie te cree, nunca! —gritó Mrs. Meany.

—¿Está diciendo que Owen nació de parto virginal? —pregunté a Mr. Meany; no me miró, pero asintió enérgicamente.

—¡Ella era virgen... sí! —dijo.

—¡Nunca, nunca, nunca, nunca te *creen*! —gritó Mrs. Meany.

—¡Calla! —le gritó él.

—¿No puede haber sido... un accidente? —pregunté.

—¡Ya te he dicho que nunca lo *hicimos*! —repitió Mr. Meany con tono áspero.

—¡Basta! —gritó Mrs. Meany, aunque ahora con menos apremio. Estaba completamente loca, por supuesto. Podría haber sido retrasada. Podía no haber sabido siquiera *cómo* «hacerlo», o incluso si lo *había* hecho y cuándo. Podía haber estado mintiendo todos estos años, o podía haber quedado tan terriblemente lesionada que no recordaba el medio a través del cual había logrado quedarse embarazada.

—Ustedes realmente creen... —empecé a decir.

—¡Es verdad! —me interrumpió Mr. Meany y me apretó tanto la mano que hice una mueca—. ¡No seas como esos condenados *sacerdotes*! —dijo—. ¡Creen *aquella* historia, pero no quieren ni escuchar *ésta*! Incluso *enseñan* la otra, pero nos dicen que la *nuestra* es peor que un *pecado*. ¡Owen no era ningún pecado!

—No, no lo era —dije en voz baja. Tuve ganas de *matar* a Mrs. Meany... por su ignorancia. ¡Tuve ganas de asfixiar a esa loca en la chimenea!

—Fui de iglesia en iglesia... ¡*Esos católicos!* —chilló Mr. Meany—. Yo sólo entendía de granito —dijo. ¡*Eso es realmente lo único que sabe!*, pensé—. Trabajaba en las canteras de Concord, los veranos, de niño. Cuando conocí a mi señora, cuando ella... concibió a Owen... no había en todo Concord un católico con el que pudiéramos siquiera *hablar*. ¡Fue un agravio... lo que le dijeron!

—¡Basta! —gritó Mrs. Meany, tranquilamente.

—Nos mudamos a Barre... allí había buen granito. ¡Ojalá el de aquí fuera tan bueno! —dijo Mr. Meany—. Pero la Iglesia Católica de Barre no era diferente... nos hicieron sentir como blasfemos de la Biblia, como si estuviéramos tratando de inventar nuestra *propia* religión o algo parecido.

Claro que *habían* inventado su propia «religión»; eran unos monstruos de superstición, eran lelos fervientes del tipo de camelo que los telepredicadores llaman «milagros».

—¿Cuándo se lo dijeron a Owen? —pregunté a Mr. Meany. Sabía que eran lo bastante estúpidos como para haberle dicho lo que tan absurdamente creían.

—¡Basta! —gritó Mrs. Meany; ahora su voz sonaba meramente repetitiva... o como si estuviera impartiendo un mensaje pregrabado.

—Cuando consideramos que tenía edad suficiente —dijo Mr. Meany; cerré los ojos.

—¿Cuántos años tendría... cuando se lo dijeron? —pregunté.

—Calculo que diez u once... fue más o menos cuando bateó aquella pelota —me contestó Mr. Meany.

Sí, exacto, pensé. Imaginé que ése era un momento en que la historia de su «parto virginal» habría impresionado suficientemente a Owen Meany... ¡el auténtico descendiente de Dios! Imaginé que el relato le había puesto la piel de gallina. Me pareció que Owen Meany había sido tan cruelmente usado por la ignorancia como lo había sido por cualquier designio. Yo vi para qué lo había utilizado Dios; ahora también vi cómo lo había utilizado la ignorancia.

Fue Owen, recordé, quien dijo que Cristo había sido UTILIZADO... cuando Barb Wiggin insinuó que Cristo había sido «afortunado», cuando el reverendo Dudley Wiggin dijo que Cristo, después de todo, había sido «salvado». Tal vez Dios había utilizado a Owen, pero sin la menor duda, Mr. y Mrs. Meany y su colosal ignorancia, también.

Pensé que ya tenía todo lo que quería, pero Mr. Meany se sorprendió al ver que no me llevaba también el maniquí.

—¡Me figuro que todo lo que guardaba era *para* algo! —dijo Mr. Meany.

No logré imaginar *para* qué podía servir el triste vestido rojo de mi madre, su maniquí y los brazos robados a María Magdalena... y lo dije, más secamente de lo que quería. Pero los Meany eran invulnerables a sutilezas como las de un tono de voz.

Me despedí de Mrs. Meany, que no me dijo una palabra ni me miró; siguió con la vista fija en la chimenea, en algún punto imaginario, más allá de las cenizas muertas... o en lo más profundo de su interior. ¡La *detestaba*! Esa mujer era un argumento convincente para la esterilización obligatoria.

En la calzada de tierra llena de baches, Mr. Meany me dijo:

—Tengo algo que quiero mostrarte... en la tienda de monumentos.

Fue a buscar la camioneta tomate y dijo que me seguiría hasta la tienda; mientras lo esperaba, oí que Mrs. Meany gritaba en el interior de la casa cerrada a cal y canto:

—¡Basta!

No había estado en el taller de la tienda desde que Owen creara quirúrgicamente mi prórroga. Cuando estuvo en casa por navidades —fue su *última* Navidad, la de 1967— pasó mucho tiempo allí, poniendo al día pedidos con los que su padre, como de costumbre, se había rezagado, o con los que había hecho algún tipo de chapuza. Owen me había invitado varias veces a la tienda, a tomar una cerveza con él, pero rechacé todas las invitaciones; todavía estaba adaptándome a la vida sin el dedo índice derecho y sospechaba que ver la muela adiamantada me pondría la piel de gallina.

Fue un permiso navideño tranquilo para él. Practicamos el tiro tres o cuatro días seguidos; mi intervención en el ejercicio era sumamente limitada, por supuesto, pero tenía que atajar la pelota y pasársela. El dedo no significó ningún problema, lo que puso muy contento a Owen. Yo pensaba que habría sido poco generoso de mi parte quejarme de las dificultades que tenía con otras tareas: escribir y comer, por ejemplo; escribir a máquina, por supuesto.

También fue una especie de Navidad triste para él; no veía mucho a Hester, cuyas observaciones —apenas unos meses antes— referentes a la negativa a asistir a su funeral parecían haber herido sus sentimientos. Y luego todo lo que ocurrió después de Navidad precipitó una nueva declinación en su relación con mi prima, que se radicalizó en la oposición a la guerra en enero, cuando McCarthy anunció su candidatura para la nominación demócrata a la presidencia.

—¿A quién quiere engañar? —preguntó Hester—. ¡Es tan buen candidato como *poeta*!

En febrero, Nixon anunció *su* candidatura.

—¡Hablando de ruinas! —dijo Hester.

Y ese mismo mes se registró el índice semanal de víctimas de los Estados Unidos en Vietnam más alto de todos los tiempos: murieron 543 estadounidenses en una semana. Hester envió a Owen una carta sumamente desagradable: «¡Debes de estar de cadáveres hasta el culo... incluso en Arizona!». En marzo, Bobby Kennedy anunció *su* candidatura para la nominación demócrata; el mismo mes, el presidente Johnson dijo que no se presentaría a la reelección. Hester consideró la renuncia de

Johnson como un triunfo del «Movimiento por la Paz»; un mes más tarde, cuando Humphrey anunció que *él* era el candidato, Owen Meany le escribió a Hester: «VAYA TRIUNFO PARA EL ASÍ LLAMADO MOVIMIENTO... ¡ESPERA Y VERAS!».

Creo saber qué estaba haciendo Owen; la estaba ayudando a desenamorarse de él antes de morir. Hester no podía saber que lo había visto por última vez... pero él sabía que jamás volvería a verla.

En todo esto pensaba cuando entré en la tienda de monumentos con el tarado de Mr. Meany.

La lápida era extraordinariamente grande aunque escrupulosamente sencilla.

### TENIENTE PAUL O. MEANY, JR.

Bajo el nombre estaban las fechas —las fechas correctas de su nacimiento y de su muerte— y debajo de éstas, la simple inscripción latina que significaba «por siempre».

#### IN AETERNUM

Era un verdadero agravio que Mr. Meany me la mostrara, pero seguí mirándola. El rotulado era exactamente el que Owen prefería —su estilo predilecto— y los bordes biselados en las aristas y la parte superior se veían sumamente delicados. Por lo que Owen había dicho —y por lo grosero del trabajo con la muela adiamantada que ya había visto en la lápida de mi madre—, nunca habría imaginado que Mr. Meany fuera capaz de realizar una tarea tan precisa. Tampoco tenía idea de que estuviera familiarizado con el latín... naturalmente Owen había sido un excelente alumno de latín. Sentí un cosquilleo en el muñón del dedo índice derecho cuando le dije a Mr. Meany:

—Ha hecho usted un trabajo muy fino con la muela adiamantada.

—No es trabajo *mío*... sino de *él* —dijo—. La hizo cuando estuvo en casa de permiso. La tapó... y me dijo que no la mirara mientras viviera —volví a mirar la piedra.

—Entonces usted sólo agregó la fecha... ¿la fecha de la muerte? —le pregunté, pero ya tenía la piel de gallina: conocía la respuesta.

—¡No agregué *nada*! —dijo Mr. Meany—. Él *conocía* la fecha. Pensé que tú lo sabías —lo sabía, por supuesto... y ya había buscado en el diario y me había convencido de que Owen siempre conoció la fecha *exacta*. Pero verla firmemente tallada en su lápida no dejaba lugar a dudas: había estado en casa con permiso durante las navidades de 1967. ¡Terminó su propia lápida más de seis meses antes de morir!

—Si se le puede creer a Mr. Meany —me dijo el reverendo Lewis Merrill cuando



se lo conté—. Como tú dices, ese hombre es un «monstruo de superstición» y la madre puede ser «retrasada», sencillamente. ¡Que creyeran que Owen había nacido de «parto virginal» es una monstruosidad! Pero que se lo *dijeran*... cuando era tan joven e impresionable, es un «agravio más incalificable», como decía siempre Owen, que cualquier «agravio» que los Meany sufrieran a manos de la Iglesia Católica. ¡Hablarle de eso al padre Findley!

—¿Owen le hablaba a usted de eso? —pregunté.

—Siempre —dijo el pastor Merrill, con un irritante ademán de rechazo displicente—. Me hablaba a mí, le hablaba al padre Findley... ¿por qué crees que éste le perdonó el vandalismo de su bendita estatua? ¡El padre Findley sabía con qué basura esos padres *monstruosos* habían estado alimentando a Owen... durante años!

—¿Pero qué le decía *usted* a Owen?

—Desde luego, *no* que pensaba que era el segundo Cristo —contestó el reverendo Merrill.

—Desde luego que no —dije—. ¿Pero qué decía *él*?

El reverendo Mr. Merrill frunció el ceño. Empezó a tartamudear.

—Owen M-M-M-Meany no creía exactamente que era J-J-J-Jesús... pero me decía que si yo podía creer en un parto v-v-v-virginal, no veía por qué no podía creer en otro.

—Muy propio de Owen.

—Owen c-c-c-creía que había un propósito en todas las cosas que l-l-l-le ocurrían... que D-D-D-Dios quería que la historia de su vida tuviera algún significado. Dios lo había *e-e-e-elegido*.

—¿Y *usted* lo cree? —le pregunté.

—Mi f-f-f-fe... —empezó a decir y se interrumpió—. Yo c-c-c-creo... —empezó de nuevo y volvió a interrumpirse— Es evidente que Owen estaba d-d-d-dotado de cierto poder *p-p-p-precognitivo*... las visiones del f-f-f-futuro no son insólitas, tú lo sabes.

Estaba indignado con el reverendo Mr. Merrill por hacer de Owen Meany lo que tantas veces había hecho de Jesucristo o de Dios: un tema de «especulación metafísica». Estaba convirtiendo a Owen Meany en un problema intelectual y se lo dije.

—Tú quieres llamar *m-m-m-milagro* a Owen y a todo lo que le ocurrió, ¿verdad? —me preguntó Mr. Merrill.

—Bien, *es* «milagroso», ¿verdad? —le pregunté—. ¡Tiene que estar de acuerdo en que al menos es *extraordinario*!

—Decididamente pareces un *converso* —dijo Mr. Merrill con tono condescendiente—. Yo que tú me cuidarías de no confundir tu p-p-p-pena con la auténtica *creencia* religiosa...

—¡Me da la impresión de que usted mismo no cree mucho! —repliqué, airado.

—¿Respecto a Owen?

—No sólo respecto a Owen. A mí me parece que no cree mucho en Dios... ni en *ninguno* de los llamados milagros. Siempre está hablando de «la duda como la esencia y no la enemiga de la fe», pero a mí me parece que *su* duda lo domina. Creo que esto es lo mismo que pensaba Owen de usted.

—Sí, es verdad... eso es lo que él pensaba de m-m-m-mí —dijo Lewis Merrill. Seguimos juntos en la sacristía, sin hablar, durante casi una hora, tal vez dos; oscureció mientras estábamos allí, pero Mr. Merrill no se movió para encender la lámpara del escritorio.

—¿Qué va a decir sobre él... en su funeral? —le pregunté finalmente.

En la oscuridad no discernía su expresión, pero Mr. Merrill estaba tan rígido ante su viejo escritorio que la rigidez antinatural de su postura me dio la impresión de que no confiaba en su capacidad para cumplir su trabajo como era debido. «QUIERO QUE DIGA UNA ORACIÓN POR MÍ», le había dicho Owen Meany. ¿Por qué aquella oración había sido tan difícil para el reverendo Mr. Merrill? «ES ASUNTO SUYO, ¿NO?», le había preguntado Owen. ¿Por qué Mr. Merrill dio la impresión de aceptar casi por obligación? ¿Acaso no era ASUNTO suyo, no sólo rezar por Owen Meany, entonces y ahora y *siempre*, sino aquí, en Hurd's Church —en el funeral de Owen—, dar testimonio de la manera en que Owen había dado su vida, como si fuera por asignación divina, como si cumpliera una orden sagrada de Dios? Y creyera o no el reverendo Lewis Merrill en todo lo que había creído Owen, ¿no era también ASUNTO suyo dar testimonio del fiel siervo de Dios que había sido Owen Meany?

Sentado en la sacristía a oscuras, pensé que para el pastor Merrill la religión sólo era una *profesión*. Enseñaba las mismas historias trilladas, con los mismos personajes trillados; predicaba las mismas virtudes y valores trillados; teologizaba sobre los mismos «milagros» trillados... y sin embargo daba la impresión de no creer en nada. Su mente estaba cerrada a la posibilidad de una nueva historia; en su corazón no había lugar para un nuevo personaje elegido por Dios, ni para un nuevo «milagro». Owen Meany había creído que su muerte era necesaria si otros habían de salvarse de la estupidez y el rencor que a él lo estaban destruyendo. En esa creencia no era, sin duda, un héroe tan singular.

En la oscuridad de la sacristía, sentí de pronto que Owen Meany estaba muy cerca.

El reverendo Lewis Merrill encendió la lámpara; tuve la impresión de haberlo despertado mientras estaba soñando... parecía haber sufrido una pesadilla. Cuando intentó hablar, el tartamudeo le agarrotó de tal modo la garganta que tuvo que levantar las dos manos hasta la boca... para arrancar casi las palabras. Pero no emitió ningún sonido. Parecía atragantado. Luego abrió la boca... y *tampoco* encontró las

palabras. Sus manos se agarraron al escritorio y serpentearon hasta los tiradores de los cajones del viejo escritorio.

Cuando el reverendo Merrill habló, no lo hizo con su propia voz; se expresó con el falsete exacto, el «grito permanente» de Owen Meany. La boca de Mr. Merrill formaba las palabras, pero la voz que me habló fue la de Owen Meany: «MIRA EN EL TERCER CAJÓN DE LA DERECHA». A continuación la mano derecha del reverendo Mr. Merrill voló hasta el tercer cajón de la derecha; tiró tan fuerte que el cajón se soltó del escritorio... y la pelota de béisbol rodó por el frío suelo de piedra de la sacristía. Cuando miré la cara del pastor Merrill, no dudé de qué pelota se trataba.

—¿Padre? —dije.

—¡Perdóname, *h-h-h-hijo* mío! —dijo el reverendo Lewis Merrill.

Fue la primera vez que Owen me habló... *después* de haberse ido. La segunda fue este agosto, cuando —como si quisiera recordarme que jamás permitiría que me ocurriera nada malo— evitó que me cayera por la escalera del sótano, en el pasadizo secreto. Y sé que volveré a tener noticias tuyas, de vez en cuando. Es típico de Owen, que siempre fue capaz de contragolpes eficaces; tendría que saber que no necesito oírlo para saber que está. Como su burda sustituta gris de María Magdalena, la estatua que según Owen era como el Dios que *él* sabía que estaba —incluso en la oscuridad, incluso invisible—, no tengo duda de que Owen está.

Mi amigo me prometió que Dios me diría quién era mi padre. Siempre sospeché que me lo diría *Owen*... siempre estuvo mucho más interesado que *yo* en esa historia. No me sorprende que cuando Dios decidió que había llegado la hora de informarme sobre quién era mi padre, escogiera hablarme con la voz de *Owen*.

«MIRA EN EL TERCER CAJÓN DE LA DERECHA», dijo Dios.

Y allí estaba la pelota bateada por Owen Meany, allí estaba mi desgraciado padre pidiéndome que lo perdonara.

Mi percepción primordial de los últimos veinte años es que somos una civilización que bandea hacia una sucesión de decepciones... hacia una infinidad de desenlaces desagradables e insatisfactorios. La decepcionante, insatisfactoria y desagradable noticia de que el reverendo Mr. Merrill era mi padre —para no hablar de la muerte de Owen Meany— sólo es un ejemplo más de este estado de decepción universal.

En el caso de mi lamentable padre, mi decepción aumentó por su negativa a reconocer que Owen Meany había logrado —desde más allá de la tumba— revelarme su identidad. Mi padre carecía de fe para creer en este otro milagro. Había sido un momento emotivo; he de reconocer que me estaba volviendo experto en imitar la voz de Owen. Además, el propio Mr. Merrill siempre había deseado decirme quién era; le faltaba valor, sencillamente; tal vez había encontrado valor usando una voz que no

era la propia. Siempre había *deseado* mostrarme la pelota, también, admitió... «confesármelo».

El reverendo Lewis Merrill estaba intelectualmente tan aislado de su fe, que tiempo atrás se había apartado de la necesaria dosis de *darle alas* que se requiere para creer, que no podía aceptar un milagro pequeño pero firme cuando ocurría no sólo en su presencia, sino que había sido pronunciado por sus propios labios y cristalizado con su propia mano... que, con una fuerza que no le era propia, había *arrancado* completamente del escritorio el tercer cajón de la derecha. He ahí a un ministro ordenado de la Iglesia Congregacional, pastor y portavoz de los fieles, diciéndome que el milagro de la voz de Owen Meany hablando en la sacristía —sin mencionar la contundente revelación del «instrumento del delito», del «arma homicida»— *no* era tanto una demostración del poder de Dios como un indicativo del poder del inconsciente; concretamente, el reverendo Merrill pensaba que los dos nos habíamos visto «inconscientemente motivados». En mi caso, para usar la voz de Owen Meany o para hacer que la usara Mr. Merrill; en el caso de Mr. Merrill, para confesarme que era mi padre.

—¿Usted es pastor o psiquiatra? —le pregunté. El hombre estaba tan confundido, que en ese momento yo podría haber estado hablando con el Dr. Dolder.

Como tantas cosas en los últimos veinte años, ésta empeoró. El reverendo Mr. Merrill confesó que no tenía ninguna fe, la había perdido, me dijo, a la muerte de mi madre. Dios había dejado de hablarle y él había dejado de pedirle que le hablara. Mi padre estaba sentado en las gradas en aquel partido de la liguilla, y cuando vio a mi madre pasearse despreocupadamente por la línea de la tercera base —cuando ella lo divisó en las gradas y lo saludó con la mano, de espaldas a la base de meta—, en ese momento, me contó mi padre, le había rogado a Dios que mi madre se cayera muerta.

Exasperantemente, me aseguró que en realidad no era eso lo que deseaba, que sólo había sido un «pensamiento fugaz». Con más frecuencia deseaba que fueran amigos y que verla no lo cubriera de asco por su pretérita transgresión. Cuando vio los hombros desnudos de mi madre se odió a sí mismo... se avergonzó de seguir sintiéndose atraído por ella. Entonces ella lo vio y —descaradamente, sin una pizca de culpa— lo saludó con la mano. Lo hizo sentir culpable y él deseó su muerte. El primer lanzamiento había pasado lejos y Owen Meany ni se movió. Mi madre había dejado la iglesia de mi padre, pero aparentemente nunca la perturbó encontrarse con él: siempre era cordial, le hablaba, lo saludaba con la mano. A él le dolía recordar hasta el más mínimo detalle de ella: el bonito hueco de su axila al descubierto, que vio con toda claridad cuando levantó el brazo para saludarlo. El segundo lanzamiento estuvo a un tris de darle a Owen en la cabeza; mi amigo se zambulló en la tierra para evitarlo. Recordara lo que recordase mi madre, mi padre pensaba que nada le producía dolor. Siguió saludándolo. ¡Que se caiga muerta!, pensó.

En ese preciso instante, eso es lo que rogó. Entonces Owen Meany bateó el siguiente lanzamiento. Esto es lo que hace con nosotros una religión egocéntrica: nos permite utilizarla para nuestros propios fines. ¿Cómo podía el reverendo Lewis Merrill coincidir conmigo —en que Mr. y Mrs. Meany eran «monstruos de superstición»— si él mismo creía que Dios había escuchado su oración en el partido de liguilla y que *no* lo «escuchaba» desde entonces? Como había deseado la muerte de mi madre, dijo mi padre, Dios lo había castigado; Dios le había enseñado al pastor Merrill a no jugar frívolamente con la oración. Y sospecho que por eso le había resultado tan difícil orar por Owen Meany... y nos había invitado a ofrecer nuestras oraciones silenciosas por él, en lugar de pronunciarlas personalmente. ¡Y él llamaba «supersticiosos» a Mr. y Mrs. Meany! Qué mundo: cuántos de nuestros incomparables líderes presumen de decirnos que saben qué desea *Dios*. ¡No nos jode Dios sino los gritones que dicen creer en Él y afirman perseguir sus fines en Su santo nombre!

La razón de que Lewis Merrill hubiese implorado tan peregrinamente que mi madre se cayera muerta era una historia vieja y agotada. El breve idilio de mi madre, me decepcionó saber, había sido más patético que romántico; al fin y al cabo, mi madre sólo era una jovencita de una ciudad de paletos. Cuando empezó a cantar en The Orange Grove, buscó la aprobación de su pastor: necesitaba estar segura de comprometerse en un empeño decente y honorable; le había pedido que fuera a verla y oírla cantar. Con toda evidencia, fue *verla* lo que impresionó al reverendo Merrill; en ese ambiente —con ese vestido desusadamente escarlata—, «La dama de rojo» no lo impresionó como la misma niña del coro a la que había guiado a través de la pubertad y la adolescencia. Sospecho que fue una seducción lograda con apenas un poco más de sinceridad de la habitual... pues mi madre era sinceramente inocente, y al menos debo conceder al reverendo Lewis Merrill el beneficio de suponer que estaba sinceramente «enamorado»; a fin de cuentas, no tenía mucha experiencia con el amor. Más adelante, la realidad de que no tenía la intención de dejar a su mujer y a sus hijos —¡que ya eran (y siempre habían sido) desdichados!— debió de avergonzarlo.

Sé que mi madre se lo tomó con calma; en mi memoria, nunca puso mala cara al llamarme «mi canita al aire». En síntesis, Tabitha Wheelwright se sobrepuso bastante rápido a Lewis Merrill y soportó más que estoicamente la tarea de dar a luz a su hijo ilegítimo. Las intenciones de mi madre siempre fueron sanas, nunca turbias, no creo que nunca se haya tomado la molestia de sentirse culpable. Pero el reverendo Mr. Merrill era un hombre proclive a revolcarse en la culpa; de cualquier modo, sólo podía aferrarse a su remordimiento... especialmente después que lo abandonara su escaso coraje y se viera forzado a reconocer que nunca tendría la valentía de abandonar a su desgraciada mujer e hijos por mi madre. Continuaría torturándose, por

supuesto, con la insistente y autodestructiva noción de que amaba a mi madre. Supongo que su «amor» por ella estaba intelectualmente aislado del sentimiento y la acción, así como su «fe» estaba sujeta a su inmensa capacidad de interpretación distante y realista. Mi madre era un animal más sano; cuando él le dijo que no abandonaría a su familia por ella, lo apartó de su mente y siguió cantando.

Aunque era incapaz de una «respuesta» sentida a una situación real, el reverendo Merrill era infatigablemente capaz de *pensar*, reflexionó, rumió, postuló y conjeturó sobre mi madre hasta su muerte. El hecho de que conociera a Dan Needham y se comprometiera con él, debió de amenazar con poner fin a sus conjeturas; el hecho de que se casara con Dan debió de amenazar con poner fin al autoinfligido dolor al que tanto se había aficionado. Y que, a pesar de toda su amargura, *ella* siempre viera el lado bueno de las cosas —que incluso recorriera alegremente con la vista las gradas y lo *saludara* una tracción de segundo antes de morir— debió de volverla inconsistente a sus ojos. El reverendo Lewis Merrill nunca estuvo tan cerca de Dios como en los remordimientos por su «pecado» con mi madre.

Y cuando tuvo el *privilegio* de presenciar el milagro de Owen Meany, a mi agrio padre no se le ocurrió mejor respuesta que quejarse sobre su fe perdida... su fe ridículamente subjetiva y frágil, que con tanta facilidad permitió que fuera sustituida por su autoimpuesta duda de espíritu mezquino. ¡Qué *debilucho* era el pastor Merrill! ¡Pero qué orgulloso me sentí de mi madre... de que hubiese tenido la sensatez de minimizar las dificultades y quitárselo de encima!

No es de extrañar que fuese una tribulación para Mr. Merrill saber qué diría sobre Owen... en su funeral. ¿Cómo podía saber qué decir sobre Owen Meany un hombre como él? Había llamado *monstruos* a sus padres mientras presumía escandalosamente de que Dios había «escuchado» de verdad su ardiente y mezquina oración rogando que mi madre se cayera muerta; también presumía arrogantemente de que ahora Dios guardaba silencio y no lo escuchaba... como si él solito tuviera el poder de hacer que Dios le prestara atención y de endurecer el corazón de Dios contra él. ¡Qué hipócrita era! ¡Coincidir conmigo en que Mr. y Mrs. Meany eran «monstruos de superstición»!

En la sacristía, donde se suponía que nos estábamos preparando para el funeral de Owen Meany, dije muy sarcásticamente a mi padre:

—¡Ojalá pudiera ayudarlo a recuperar la fe!

Lo dejé allí... probablemente pensando cómo sería posible semejante recuperación. En mi vida estuve tan rabioso; fue entonces cuando me vi «excitado a hacer lo malo», y cuando recordé que Owen Meany había intentado prepararme para la decepción que para mí significaría mi padre.

Toronto: 27 de septiembre de 1987... encapotado, con lluvia inevitable al final del día. Katherine dice que lo menos cristiano que hay en mí es que no perdono; sé

que es cierto y que va de la mano con el resurgimiento de mi constante deseo de venganza. Estaba en Grace Church on-the-Hill, solo, bajo la tenue luz... tan nublado como el día. Para colmo de males, los Toronto Blue Jays están en plena carrera: si logran clasificarse para la Serie Mundial, el único tema de conversación será el *béisbol*.

En algunas ocasiones necesito leer repetidas veces el Salmo 37.

Déjate de la ira, y depón el enojo;

No te excites en manera alguna a hacer lo malo.

He pasado una semana difícil en Bishop Strachan. Todos los otoños empiezo exigiendo demasiado a mis estudiantes; después me decepciono irracionalmente con ellas... y conmigo mismo. Las he tratado con excesivo sarcasmo. Y francamente mi nueva colega —Ms. Eleanor Pribst— me excita a hacer lo malo.

Esta semana estuve leyendo a mis niñas de Nivel 10 un cuento de fantasmas de Robertson Davies: *El fantasma que se esfumaba gradualmente*. En medio del relato, que me encanta, pensé: ¿qué saben unas niñas de Nivel 10 sobre estudiantes universitarios o tesis doctorales o sobre el tipo de posturas académicas que Mr. Davies vuelve tan divertidas? Tuve la impresión de que mis alumnas estaban dormidas; en el mejor de los casos, prestaban una atención letárgica. Enfadado con ellas, leí realmente mal, sin hacer justicia a la historia; después me enfadé conmigo por escoger este relato concreto sin tener en cuenta la edad e inexperiencia de mi público. ¡Dios, qué situación!

En este cuento, Davies dice que «el ingenio de un estudiante universitario es como el champagne... como el champagne canadiense». Una frase absolutamente impagable, como diría mi abuela; creo que se la soltaré a Eleanor Pribst la próxima vez que intente ser ingeniosa conmigo. Creo que introduciré el muñón del dedo índice derecho en la ventanilla derecha de mi nariz... para darle la impresión de que he logrado meter tan a fondo las dos primeras articulaciones del dedo que la yema debe de estar asentada entre mis ojos; una vez captada así su atención, le despacharé esa impagable frase sobre el ingenio de los estudiantes universitarios.

En Grace Church on-the-Hill, bajé la cabeza e intenté que se me pasara la ira. No hay forma de estar más solo en la iglesia que rezagarse después de un oficio dominical.

Esta semana he arengado a mis alumnas de Literatura Canadiense sobre el tema de los «comienzos audaces». Dije que si los libros que les pedía que leyeran comenzaran tan indolentemente como sus ejercicios sobre *Últimas palabras famosas* de Timothy Findley, nunca habrían logrado leer uno solo. Utilicé la novela de Findley como un ejemplo de lo que quería decir cuando hablaba de un comienzo audaz... la

impresionante escena en que el padre lleva a su hijo de diez años al tejado del Arlington Hotel para mostrarle el panorama de Boston y Cambridge y Harvard y el río Charles, y luego salta desde el piso número quince, matándose delante de su hijo. Imagínate eso. Se inscribe en la misma línea que el primer capítulo de *El alcalde de Casterbridge*, donde Michael Henchard coge tal borrachera que pierde a su mujer y a su hija en una *apuesta*. ¡Imagínate eso! Hardy sabía lo que hacía: siempre lo supo.

Pregunté a mis adormiladas alumnas qué quería decir que en general sus ejercicios «empezaban» después de cuatro o cinco páginas de vagabundeos por una sopa de *ideas* a modo de comienzo. Si necesitaban cuatro o cinco páginas para encontrar el principio acertado, ¿no pensaban que deberían *revisar* sus ejercicios y empezarlos en la página cuatro o cinco?

Oh, jóvenes, jóvenes, jóvenes... ¿dónde está vuestro gusto por el *ingenio*? Lloro a lágrima viva enseñando Trollope a estas chicas de BSS; me importa menos que ellas parezcan llorar porque las obligo a leerlo. Me gustan especialmente los placeres de *Las torres de Barchester*, pero enseñar Trollope a esta generación de niñas de la tele es lo mismo que echarle margaritas a los cerdos. Sus caderas, sus cabezas e incluso sus corazones se conmueven con esos videoclips implacablemente estúpidos; sin embargo, el inicio del capítulo IV no les provoca ni siquiera una risilla.

«No es mucho lo que puedo decir del linaje del reverendo Mr. Slope. He oído decir que es descendiente en línea directa del eminente médico que asistió al nacimiento de Mr. T. Shandy y que en tiempos tempranos agregó una “e» a su apellido por cuestiones de eufonía, como hicieron otros grandes hombres antes que él.»<sup>[7]</sup>

¡Ni siquiera una sonrisa! Pero sus corazones golpetean y repiquetean, sus caderas se menean de un lado a otro, sus cabezas cuelgan y se sacuden —y sus ojos quedan en blanco, desapareciendo por completo el iris en sus inexperimentados cerebros— con sólo *oír* a Hester Joder, para no hablar de *ver* la desarticulada tontería que acompaña la banda sonora de su último videoclip.

Supongo que ahora entiendes por qué necesitaba sentarme a solas en Grace Church on-the-Hill.

Esta semana estuve leyendo *Las lunas de Júpiter* —ese maravilloso relato breve de Alice Munro— a mis estudiantes de *Lit Can* Nivel 13, como diría la abrasiva Ms. Pribst. Sentí cierta ansiedad al leerlo, porque una de mis alumnas —Yvonne Hewlett— se encontraba en una situación muy similar a la de la narradora del cuento: su padre estaba en el hospital, a punto de sufrir una delicada operación quirúrgica del corazón. Cuando empecé a leerle a la clase *Las lunas de Júpiter*, no recordaba lo que le estaba ocurriendo al padre de Yvonne Hewlett; era demasiado tarde para dar marcha atrás o modificar la historia a medida que avanzaba. Además, no era de ningún modo brutal... sino tierna, aunque no exactamente tranquilizante para los



hijos de pacientes cardíacos. De cualquier manera, ¿qué podía hacer? Yvonne Hewlett había perdido una semana de clases recientemente, cuando su padre sufrió un ataque al corazón; parecía tensa y agotada mientras yo leía el cuento de Munro... parecía tensa y agotada, naturalmente, desde la primera línea: «Encontré a mi padre en el pabellón de cardiología...».

¿Cómo pude ser tan desconsiderado?, pensé. Tuve ganas de interrumpir la narración y decirle a Yvonne Hewlett que todo saldría bien... aunque no tenía ningún derecho a hacerle semejante promesa, sobre todo en relación con su pobre padre. ¡Dios, qué situación! De pronto me sentí como *mi* padre... soy el infeliz hijo de mi infeliz padre, pensé. Entonces lamenté lo malo que me sentí impelido a hacerle; de hecho, al final le hice el bien... resultó que le hice un favor. Pero no era mi intención hacerle ningún favor.

Cuando lo dejé solo en la sacristía, meditando en qué podía decir en el funeral de Owen Meany, me llevé la pelota de béisbol. Fui a ver a Dan y la dejé en la guantera de mi coche. Estaba tan furioso que no sabía qué haría... y lo primero que no sabía era si debía contárselo a Dan.

Fue entonces cuando le pregunté a Dan Needham —dado que evidentemente no tenía fe religiosa— por qué había insistido en que mi madre y yo cambiáramos de iglesia, en que dejáramos a los congregacionalistas y nos volviéramos episcopalianos.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó Dan—. ¡Fue idea *tuya*!

—¿Qué dices? —le pregunté a mi vez.

—Tu madre me dijo que todos tus amigos estaban en la Iglesia Episcopal... concretamente Owen —respondió—. Tu madre me dijo que tú le pediste que cambiaran de iglesia para poder asistir a la escuela dominical con tus amigos. Dijo que no tenías ninguno en la Iglesia Congregacional.

—¿Mi madre te dijo eso? A *mí* me dijo que debíamos hacernos episcopalianos para pertenecer a la misma iglesia que *tú*... porque eras episcopaliano.

—Soy presbiteriano... aunque no tiene la menor importancia.

—Entonces nos mintió —le dije; después de un rato, se encogió de hombros.

—¿Cuántos años tenías en esa época? —me preguntó—. ¿Ocho, nueve, diez? Tal vez no recuerdas correctamente todas las circunstancias.

Pensé unos minutos, sin mirarle. Luego dije:

—Estuviste prometido a ella mucho tiempo... antes de casaros. Fueron alrededor de cuatro años... por lo que recuerdo.

—Sí, unos cuatro años... correcto —dijo, cautamente.

—¿Por qué esperasteis tanto para la boda? Los dos sabíais que os amabais... ¿verdad?

Dan miró los estantes de la puerta oculta que llevaba al pasadizo secreto.

—Tu padre... —empezó a decir y se interrumpió—. Tu padre quería que ella

esperara —dijo Dan.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Para que estuviera segura... segura de mí.

—¿Acaso era asunto *suyo*? —grité.

—Exacto... eso es exactamente lo que le dije a tu madre: que no era asunto de él... si ella estaba *segura* de mí. ¡*Por supuesto* que estaba segura, y yo también!

—¿Por qué hizo ella lo que *él* quería?

—Por ti —me dijo Dan—. Quería que él le prometiera que nunca se identificaría ante ti. Él no quería prometérselo a menos que esperáramos a casarnos. Los dos tuvimos que esperar hasta que se lo prometió. Fueron necesarios cuatro años.

—Siempre pensé que mi madre me lo hubiera dicho... de no haber muerto —dije—. Pensé que sólo estaba esperando a que tuviera edad suficiente... y que entonces me lo diría.

—Nunca tuvo la intención de decírtelo —observó Dan Needham—. A mí me aclaró que ni tú ni yo lo sabríamos *nunca*. Acepté, y tú también lo habrías aceptado viniendo de ella. Era tu *padre* quien no lo aceptaba... no lo aceptó durante cuatro años.

—Pero podría haberme hablado después de la muerte de mi madre —dije—. ¿Quién habría sabido que rompía una promesa? Sólo lo habría sabido *yo*... y nunca me habría enterado de que ella le había hecho prometer nada. ¡Nunca supe que él estuviese *interesado* en identificarse!

—Debe de ser alguien en quien podía confiarse que cumpliera una promesa. Yo pensaba que estaba celoso de mí... que quiso que ella esperara tanto tiempo porque pensaba que la abandonaría o que ella se cansaría de mí. Solía pensar que intentaba separarnos... que sólo fingía preocuparse de que ella estuviera *segura* de mí o de que quería que le diera permiso para identificarse ante ti. Pero ahora creo que debía querer sinceramente que ella no se equivocara conmigo... y debió de resultarle difícil prometerle que *jamás* trataría de ponerse en contacto contigo.

—¿Tú sabías lo de «La dama de rojo»? —le pregunté a Dan Needham—. ¿Estabas enterado del Orange Grove... y todo eso?

—Era la única forma en que ella podía verlo, era la única forma en que podían hablar. Eso es todo lo que sé al respecto —dijo—. Y no te preguntaré a *ti* cómo te enteraste.

—¿Has oído nombrar a Big Black Buster Freebody? —le pregunté.

—Era un viejo músico negro... tu madre le tenía mucho cariño. Recuerdo quién era porque la última vez que ella y yo viajamos juntos, antes de su muerte... fuimos al funeral de Buster Freebody.

De modo que Dan Needham creía que mi padre era un hombre de palabra. Me pregunté a cuantos hombres conocemos *así*. Pensé que no tenía sentido desengañar a

Dan sobre su idea de la sinceridad de mi padre. Me parecía casi inútil que yo supiera quién era mi padre y estaba seguro de que saberlo no beneficiaría a Dan. ¿Cómo podía beneficiarlo saber que el reverendo Lewis Merrill había estado sentado en aquellas gradas, rogando que mi madre muriera... sin hablar de que era lo bastante arrogante como para creer que su oración había *funcionado*? Tuve la certeza de que Dan no necesitaba saber estas cosas. ¿Y por qué otra razón habría querido mi madre que cambiáramos la Iglesia Congregacionalista por la Episcopaliana... salvo para alejarse de Mr. Merrill? Mi padre no era un hombre valiente ni honorable, pero una vez intentó serlo. Tenía miedo pero se atrevió —a su manera— a rezar por Owen Meany; lo había hecho bastante bien.

¿Qué imaginó que ocurriría identificándose ante mí? Lo que ocurrió con sus propios hijos, lamentablemente, era que no recibían mucho afecto de su padre... más allá de su inconmensurable e inexpresable remordimiento, al que se aferraba a la manera de un hombre que había olvidado cómo se reza. Yo podía enseñarle a rezar de nuevo, pensé. Después de hablar con Dan se me ocurrió cómo podía enseñar al pastor Merrill a creer otra vez... supe cómo podía estimularlo a tener un poco de fe. Pensé en la informe hija mediana de ese hombre triste, que con su pelo brutalmente corto apenas era identificable como una niña; pensé en el alto hermano mayor, el gandul... y vándalo de cementerios. El retoño más joven se arrastraba debajo de los bancos de la iglesia... ni siquiera logré recordar su sexo.

Si Mr. Merrill no tenía fe en Owen Meany, si Mr. Merrill creía que Dios lo estaba castigando con el silencio... yo sabía que podía darle algo en qué creer. Si ni Dios ni Owen Meany podían restablecer la fe del reverendo Mr. Merrill, yo conocía un «milagro» en el que mi padre era susceptible de creer.

Más o menos a las diez de la noche dejé al pastor Merrill sentado ante su escritorio, en la sacristía; sólo media hora más tarde terminé de hablar con Dan y pasé en el coche por Hurd's Church, en la esquina de Front Street y Tan Lane. Lewis Merrill seguía allí, con la luz de la sacristía encendida; ahora también se filtraba luz a través de las vidrieras del presbiterio... ese lugar cerrado y destinado a ser sagrado en torno al altar de las iglesias, donde mi padre (sin duda) estaba componiendo sus últimas palabras para Owen Meany.

«¡Me figuro que todo lo que guardaba era *para* algo!», había dicho Mr. Meany... refiriéndose al maniquí de mi madre con el vestido rojo. Estoy seguro de que el pobre imbécil no sabía cuánta razón tenía.

En Maiden Hill Road reinaba la oscuridad; aún había algunos conos de reparación de carreteras y señales apagadas al costado del camino, junto al puente de caballete, el contrafuerte que había significado la muerte de Buzzy Thurston. El accidente había dejado bastante malparadas las piedras angulares del puente y habían tenido que

alquitranar el camino donde el Plymouth aplastado de Buzzy arrancó la superficie asfáltica.

Brillaba la luz habitual en la cocina de los Meany, la luz que rutinariamente dejaban encendida para Owen. Mr. Meany tardó bastante en responder a mi llamada a la puerta. Nunca lo había visto en pijama; parecía estrafalariamente infantil... o un payaso vestido con ropas de niño.

—¡Vaya, si es Johnny Wheelwright! —dijo automáticamente.

—Quiero el maniquí.

—¡Por supuesto! —dijo con tono animado—. Pensé que lo querías.

No era pesado pero resultó difícil meterlo en mi Volkswagen Escarabajo, porque no se doblaba. Recordé con cuánta incomodidad había encajado Owen Meany con sus pañales, en la cabina del gran camión de granito, el día que sus padres se lo llevaron después de la representación navideña. También recordé que Hester, Owen y yo habíamos viajado en la plataforma del camión la noche que Mr. Meany nos llevó —con el maniquí— a la playa de Little Boar's Head.

—Puedes llevarte la camioneta, si te resulta más cómoda —sugirió Mr. Meany. Pero no fue necesario; con su ayuda logré introducirlo en el Escarabajo. Tuve que separar los brazos blancos y desnudos de la antigua María Magdalena de los soportes de tela metálica de debajo de los hombros del maniquí. Éste no tenía pies y se asentaba en una varilla de un pedestal delgado y chato... que dejé asomado por la ventanilla del asiento del acompañante, inclinado hacia delante, para que las caderas de muchachito y la esbelta cintura, el busto lleno y pequeño, los hombros en escuadra, quedaran extendidos en el asiento trasero. Si el maniquí hubiera tenido cabeza, no habría cabido.

—Gracias —dije a Mr. Meany.

—¡No es nada!

Aparqué el Volkswagen en Tan Lane, lejos de Hurd's Church y el parpadeante semáforo amarillo del cruce con Front Street. Hundí la pelota en el bolsillo; acarreeé al maniquí bajo un brazo, y los largos brazos pálidos de María Magdalena bajo el otro. Volví a montar a mi madre en los arriates débilmente iluminados por la luz de colores oscuros que se colaba a través de las vidrieras del presbiterio. En la sacristía seguía encendida la luz, pero el pastor Merrill estaba practicando sus oraciones por Owen en el presbiterio de la vieja iglesia de piedra; de vez en cuando jugueteaba con el órgano. De sus tiempos de director del coro de la Iglesia Congregacionista, Mr. Merrill había conservado un dominio amateur del órgano. Yo estaba familiarizado con los himnos que tocaba... tratando de encontrar el talante para rezar por Owen Meany.

Interpretó «A Cristo coronad»; después probó suerte con «El Hijo de Dios va a la guerra». El mejor lugar para el maniquí era un arriate de verdolagas; las plantas de hojas carnosas y casi pegadas al suelo cubrían el pedestal, y las florecillas —en su

mayoría cerradas durante la noche— no chocaban con el vestido rojo flor de Pascua, que cubría por completo las caderas de tela metálica. La cuña negra y delgada sobre la que el maniquí se elevaba de su pedestal era invisible en la penumbra... como si mi madre no tuviera los pies en el suelo, como si hubiera decidido flotar exactamente por encima de los arriates. Fui y volví entre los canteros y la puerta de la sacristía, tratando de ver qué aspecto tendría el maniquí desde esa distancia... situando en ángulo el cuerpo de mi madre para que su figura inolvidable fuera instantáneamente reconocible. Era perfecto que la luz de colores oscuros del presbiterio proyectara sobre ella la cantidad precisa de iluminación... sólo había luz suficiente para acentuar el reverbero escarlata de su vestido, aunque no la bastante para que fuera evidente que estaba decapitada. Su cabeza y sus pies no se veían... o habían sido consumidos por las sombras de la noche. Desde la puerta de la sacristía, la silueta de mi madre era al mismo tiempo intensamente vívida y fantasmal; «La dama de rojo» parecía dispuesta a cantar. El efecto del semáforo amarillo parpadeante en la esquina de Tan Lane y Front Street también realzaba su figura; incluso los faros de algún coche que pasaba eran lo bastante distantes para contribuir a la incertidumbre de la silueta del arriate de verdolagas.

Oprimí la pelota; no había tenido una bola de béisbol en la mano desde aquel último partido de la liguilla. Me preocupaba la forma de cogerla, porque las dos primeras articulaciones del dedo índice son importantes para arrojar una pelota de béisbol, aunque no tenía que tirarla muy lejos. Esperé a que Mr. Merrill dejara de tocar el órgano; en el instante en que paró la música, lancé la pelota —con la mayor fuerza posible— a través de una de las altas vidrieras de colores del presbiterio. La pelota practicó un pequeño orificio en el cristal y un haz de luz blanca —semejante al de una linterna— brilló hacia arriba, entre las hojas de un gran olmo detrás del cual me escondí para esperar al pastor Merrill.

Tardó un momento en descubrir *qué* había pasado a través de una de las sagradas vidrieras del presbiterio. Supongo que la pelota rodó más allá de los tubos del órgano, o incluso cerca del púlpito.

—¡Johnny! —oí gritar a mi padre. Se abrió y cerró la puerta de la iglesia que daba a la sacristía—. Johnny... sé que estás enojado, pero esto es infantil —gritó. Oí sus pisadas en el pasillo donde estaban las perchas. Abrió de par en par la puerta de la sacristía, con la pelota en la mano derecha, y parpadeó ante la intermitente luz amarilla de la esquina de Tan Lane y Front Street—. ¡Johnny! —volvió a gritar.

Salió; miró a la izquierda, hacia el campus de Gravesend Academy; miró a la derecha, a lo largo de Front Street... y luego posó la mirada en los arriates que brillaban a la luz de las vidrieras del presbiterio. Entonces el reverendo Lewis Merrill cayó de rodillas y apretó la pelota contra su corazón.

—¡Tabby! —susurró. Dejó caer la pelota, que rodó hasta la acera de Front Street

—. ¡Dios... perdóname! —dijo el pastor Merrill—. ¡Tabby... yo no se lo dije! Te prometí que no se lo diría y no lo hice... no fui yo —chilló mi padre. Su cabeza comenzó a oscilar; no era capaz de mirar a mi madre y se cubrió los ojos con ambas manos. Cayó de costado, tocando con la cabeza el borde de césped del sendero de la sacristía, y levantó las rodillas hasta el pecho, como si tuviera frío, o como si fuera un bebé a punto de quedarse dormido. Siguió con los ojos tapados y gimoteó—: ¡Tabby... perdóname, por favor!

Después comenzó a balbucear incoherentemente; su voz sólo era un murmullo y noté que se sacudía o retorció en el suelo. Llegaban a mis oídos suficientes ruidos de movimientos como para hacerme saber que no estaba muerto. He de confesar que me decepcionó un poco que la impresión de la aparición de mi madre no lo hubiera matado. Recogí el maniquí y me lo puse bajo un brazo; se cayó uno de los brazos blancos de María Magdalena y me lo puse bajo el otro. Cogí la pelota de béisbol de la acera y me la guardé en el bolsillo. Me pregunté si mi padre me oiría moverme, porque tuve la impresión de que se contorsionaba más rígidamente para alcanzar la posición fetal y se tapaba con más fuerza los ojos... como si temiera que mi madre se le estuviera aproximando. Tal vez lo habían asustado especialmente esos largos brazos color hueso... como si la Muerte hubiese exagerado el *alcance* de mi madre y el reverendo Merrill creyera que estaba a punto de tocarlo.

Introduje el maniquí y los brazos de María Magdalena en el Volkswagen; fui hasta el espigón de Rye Harbor. Era medianoche. Tiré la pelota lo más lejos que pude; produjo una pequeña salpicadura... que no perturbó a las gaviotas. También arrojé los largos y pesados brazos de María Magdalena al agua; provocaron algo más que una salpicadura, pero los botes que se mecían en los amarres y la espuma que golpeaba el espigón más allá del puerto habían condicionado a las gaviotas a permanecer impertérritas con *cualquier* ruido del agua.

Entonces bajé por el espigón con el maniquí vestido de rojo; la marea era alta y ya empezaba a bajar. Entré en el canal del puerto, a la altura del extremo del espigón. Enseguida me vi sumergido hasta el pecho y tuve que retroceder hasta la última losa de granito del espigón... para poder lanzar el maniquí a la mayor distancia posible. Quería cerciorarme de que llegara al canal que, como yo sabía, era muy profundo. Por un instante abracé el cuerpo del maniquí contra mi cara; no obstante, cualquier aroma que antaño hubiese impregnado el vestido rojo había desaparecido. Finalmente lo arrojé en el canal.

Durante un horrendo instante flotó. Había quedado aire atrapado bajo la tela metálica hueca del cuerpo. El maniquí giró hasta quedar de espaldas en el agua. Vi el pecho maravilloso de mi madre por encima de la superficie. «¡LOS MEJORES PECHOS DE TODAS LAS MADRES!», había dicho Owen Meany. El maniquí volvió a girar; escaparon burbujas de aire de su cuerpo y «La dama de rojo» se

hundió en el canal a la altura del espigón de Rye Harbor, donde Owen Meany siempre había considerado que tenía derecho a sentarse para contemplar el mar.

Vi salir el sol como una bola en llamas sobre la superficie gris granito del Atlántico. Fui al apartamento que compartía con Hester en Durham, me di una ducha y me vestí para el funeral de Owen. No sabía dónde estaba mi prima, pero daba igual: yo ya conocía su opinión sobre el funeral. La había visto por última vez en 80 Front Street; ella, Abuela y yo habíamos visto cómo mataban a Bobby Kennedy en Los Ángeles... repetidas veces. Fue entonces cuando Hester dijo: «La televisión ofrece buenos desastres».

Owen nunca me dijo una sola palabra sobre el asesinato de Bobby Kennedy. Había ocurrido en junio de 1968, cuando a Owen Meany le quedaba poco tiempo. Estoy seguro de que estaba demasiado preocupado por su propia muerte como para comentar la de Bobby Kennedy.

Era muy temprano y tenía tan pocas cosas en el apartamento de Hester que no tuve dificultades en meter en la maleta todo lo que quería, en su mayoría libros. Owen también tenía algunos libros suyos allí y me guardé uno: *Reflexiones sobre los salmos*, de C. S. Lewis. Owen había rodeado con un círculo una de sus frases favoritas: «Escribo para los ignorantes sobre cuestiones que yo mismo ignoro». Cuando terminé de hacer la maleta —y de dejar a Hester un talón por mi parte del alquiler para el resto del verano—, todavía me sobraba tiempo, de modo que leí algunos fragmentos del diario de Owen; me fijé en las anotaciones más inconexas, redactadas en estilo lista de la compra, como si hubiera estado tomando notas para sí mismo. Me enteré de que *huachuca* —como en Fort Huachuca— significa «montaña de los vientos». Había varias páginas de vocabulario y expresiones vietnamitas... Owen había prestado especial atención a «FORMAS VERBALES DE MANDO». Había dos órdenes escritas varias veces, con especial hincapié en la pronunciación; había escrito el vietnamita fonéticamente.

«*NAM SOON: ¡AL SUELO! DOONG SA: ¡NO TEMÁIS!*».

Leí esa parte una y otra vez, hasta sentir que asimilaba bien la pronunciación. Había un dibujo a lápiz bastante bueno, de un fénix, el ave mítica que según se suponía ardía viva en una pira funeraria dispuesta por ella misma y renacía de sus propias cenizas. Debajo del dibujo, Owen había escrito: «CON FRECUENCIA UN SÍMBOLO DE IDEALISMO RENACIDO O ESPERANZA... O UN EMBLEMA DE INMORTALIDAD». En otra página, apuntado deprisa en el margen —sin ninguna relación con nada de la misma página— había garabateado: «TERCER CAJÓN DE LA DERECHA». Esta anotación marginal *no* estaba enfatizada; Owen no había indicado de manera alguna que se tratara de un mensaje para *mí*... pero indudablemente, pensé, debía de haber recordado aquel día en que estaba sentado ante el escritorio de Mr. Merrill, conversando con Dan y conmigo mientras abría y

cerraba los cajones, aparentemente sin prestar atención al contenido.

Había visto la pelota de béisbol, por supuesto —entonces supo quién era mi padre —, pero la fe de Owen Meany era inmensa; también supo que Dios me indicaría quién era mi padre. Consideró innecesario decírmelo personalmente. Además, sabía que sólo serviría para decepcionarme.

Pasé a una de las partes del diario en que me mencionaba.

«¡LO MÁS DIFÍCIL QUE HE TENIDO QUE HACER EN LA VIDA FUE MUTILARLE EL DEDO A MI MEJOR AMIGO! CUANDO TODO ESTO TERMINE, MI MEJOR AMIGO DEBERÍA CORTAR LIMPIAMENTE CON EL PASADO... DEBERÍA EMPEZAR DE NUEVO, SENCILLAMENTE. JOHN TENDRÍA QUE IRSE A CANADÁ. ESTOY SEGURO DE QUE ES UN PAÍS BONITO PARA RADICARSE... Y ESTE PAÍS ESTA MORALMENTE AGOTADO».

Salté hasta el final del diario y volví a leer la última anotación.

«¡HOY ES EL DÍA! “... QUIEN CREA EN MI, AUNQUE ESTE MUERTO VIVIRÁ; QUIEN VIVA Y CREA EN MI, NUNCA MORIRÁ.”»

Cerré el diario de Owen y lo guardé con el resto de mis cosas. Mi abuela era madrugadora; había algunas fotos suyas, y de mi madre, que quería recoger en 80 Front Street... y más ropa. Quería desayunar en la rosaleda con mi abuela; aún faltaba bastante para el funeral de Owen... quedaba tiempo suficiente para decirle a mi abuela adónde me iba.

Fui a Waterhouse Hall y le comuniqué mis planes a Dan Needham; también él tenía algo que yo quería llevarme y sabía que no pondría objeciones: ¡durante años se había golpeado allí los dedos de los pies! Quería llevarme el tope de puerta de granito que Owen había dado a Dan y a mi madre como regalo de bodas, con la inscripción en su famoso estilo lápida —JULIO DE 1952— y pulcramente biselado en los costados, perfectamente bordeado en las aristas; era burdo, pero había sido el primer trabajo conocido de Owen con la muela adiamantada y quería tenerlo conmigo. Dan me dijo que comprendía todo y que me quería.

—Eres el mejor padre que puede haber tenido un chico... y el único padre que he necesitado en mi vida —le dije.

Había llegado la hora del funeral de Owen Meany.

Nuestro jefe de policía, Ben Pike, montaba guardia ante las pesadas puertas dobles de Hurd's Church... como si tuviera la intención de *cachear* a los deudos de Owen Meany en busca del «arma homicida» o el «instrumento del delito», largo tiempo perdidos; me sentí tentado a decirle al muy cabrón dónde podía encontrar la jodida pelota. Allí estaba el gordo Mr. Chickering, todavía lamentando haber decidido que Owen Meany bateara por mí, lamentando haberle dicho que «pivotara».



Los Thurston —los padres de Buzzy— estaban allí, aunque eran católicos y hacía muy poco habían asistido al funeral de su propio hijo. Y allí estaba el cura católico, el padre Findley, lo mismo que Mrs. Hoyt, pese a lo mal que la había tratado la ciudad por sus actividades «antinorteamericanas» de asesoramiento sobre el reclutamiento forzoso. No estaban allí el rector Wiggin y su mujer Barbara; habían intentado con tanto fervor celebrar el oficio por Owen en Christ Church, que sin duda se sentían ofendidos por haber sido rechazados. El capitán Wiggin, ese delirante expiloto, había afirmado que nada lo complacería más que un funeral por todo lo alto a un héroe.

Una unidad de la Guardia Nacional de New Hampshire envió un destacamento funerario local; formaron la guardia de honor de Owen Meany. Mi amigo me había contado una vez que lo hacían por dinero: recibían la paga de una jornada. El oficial asistente de bajas —el escolta del cadáver de Owen— era un joven subteniente de expresión atemorizada, que hacía un saludo militar con más frecuencia de la que yo creía necesaria; era su primera gira de servicios como miembro de la Sección Bajas. El así llamado oficial asistente sobreviviente no era otro que el profesor favorito de Owen en Ciencias Militares, de la Universidad de New Hampshire; el coronel Eiger me saludó muy solemnemente ante las pesadas puertas dobles.

—Creo que estábamos equivocados respecto de tu pequeño amigo —me dijo el coronel Eiger.

—Sí, señor —contesté.

—Demostró que era apto para el combate —dijo el coronel Eiger.

—Sí, señor —contesté. El coronel apoyó en mi hombro su mano hepática; luego se retiró a un lado de las pesadas puertas dobles y permaneció en posición de firmes, a la manera de un reto al puesto de autoridad de Jefe Pike.

La guardia de honor, con polainas y guantes blancos, bajó a zancadas por el pasillo en cadencia nupcial y los hombres se abrieron limpiamente a ambos lados del ataúd envuelto en la bandera, donde la medalla de oro —prendida a la bandera— reflejaba con brillantez el haz de luz de sol que se colaba por el orificio practicado por la pelota en la vidriera de colores del presbiterio. En la eterna penumbra de la vieja iglesia de piedra, este inusitado haz de luz parecía atraído hacia el oro brillante de la medalla de Owen... como si un rayo de sol hubiese quemado un orificio en los oscuros cristales, como si la luz estuviera buscando a Owen Meany.

Un severo militar, a quien el coronel Eiger se había referido como sargento mayor, susurró algo a la guardia de honor, cuyos hombres estaban en posición de descanso y miraron ansiosamente al coronel Eiger y al subteniente que cumplía su primer servicio como escolta de cadáveres. El coronel Eiger susurró algo al subteniente.

La congregación carraspeó; crujieron los viejos y gastados bancos de la iglesia. El órgano atacó un himno fúnebre tras otro, mientras los rezagados buscaban asiento.

Aunque Mr. Early y Dan Needham hacían de ujieres, prácticamente todos los demás eran hombres de la cantera; reconocí al encargado de la grúa y a los dinamiteros; saludé con la cabeza al señalero, a los aserradores y a los perforadores de barra de canal. Parecían de granito: con su increíble fuerza soportan una presión de mil quinientos kilos por centímetro cuadrado. El granito, como la lava, ha sido en otros tiempos roca derretida; pero no se elevó a la superficie de la tierra, sino que se endureció enterrada; como se endurecía lentamente, formaba cristales enormes.

Mr. y Mrs. Meany ocupaban, solos, el primer banco del centro derecha de Hurd's Church. Estaban sentados como losas de granito verticales, inmóviles, con los ojos fijos en la destellante medalla que centelleaba bajo el haz de luz en el ataúd de Owen. Los Meany tenían la vista fija; contemplaban el ataúd de su hijo con el mismo respeto estrangulado que había asomado a sus ojos cuando el pequeño Niño Jesús los había visto en la congregación de la función navideña de Christ Church en 1953... cuando la «columna de luz» había seguido a Owen. El estado de alerta y la angustia en la expresión de los Meany me sugirieron que recordaban cómo les había reprochado Owen su asistencia al Nacimiento, sin haber sido invitados.

«¿QUÉ HACÉIS VOSOTROS AQUÍ?», les había gritado el Niño Jesús. «¡NO TENDRÍAIS QUE ESTAR AQUÍ!», había gritado Owen. «¡VUESTRA PRESENCIA AQUÍ ES UN SACRILEGIO!».

Eso es lo que yo pensé en el funeral de Owen: era un SACRILEGIO que los Meany estuvieran presentes. Y su nerviosa mirada, fija en la medalla prendida a la bandera de los Estados Unidos, sugería que probablemente temían que Owen se levantara de su ataúd, como se había levantado de la montaña de heno en el pesebre... y volviera a hacerles un reproche. ¡Le habían contado a un niño de diez u once años que era producto de un «parto virginal», que era «como el Niño Jesús»!

En el funeral de Owen en Hurd's Church, me encontré rogando que se *levantara* del ataúd cerrado y gritara a sus pobres padres: «¡NO TENDRÍAIS QUE ESTAR AQUÍ!». Pero Owen Meany no se movió, no habló.

Mr. Fish parecía muy débil, pero se había sentado junto a mi abuela en la segunda fila de bancos del centro derecha, con *su* mirada fija en la centelleante medalla del ataúd, como si también él abrigara la esperanza de que Owen nos ofreciera otra de sus actuaciones, como si no pudiera creer que en *esta* representación Owen Meany no tuviese un papel hablado.

Mis tíos Alfred y Martha también estaban en el banco de Abuela; ninguno de nosotros había mencionado la ausencia de Hester. Hasta Simon —sentado en el mismo banco— se había abstenido de nombrarla. Los Eastman hablaron con más holgura de cuánto lamentaban que no estuviese presente Noah... quien seguía en África, enseñando silvicultura a los nigerianos. Nunca olvidaré lo que me dijo Simon cuando le comuniqué que me iba a Canadá.

—¡Canadá! Ese será uno de los peores problemas que habrán de enfrentar los aserraderos del noreste. ¡Ya verás! —dijo—. ¡Esos canadienses exportarán la madera a un costo muy inferior al que tenemos nosotros para producirla!

El buen Simon no tenía una gota de sangre política en sus venas; dudo que se le pasara por la imaginación que yo no me iba a Canadá por la *madera*.

Reconocí el Preludio de *El Mesías* de Händel: «Sé que mi Redentor ha vivido». También reconocí al hombre rechoncho que estaba a mi altura, al otro lado del pasillo; tenía aproximadamente mi edad y me había estado mirando. Pero sólo cuando comenzó a registrar con la vista el alto techo abovedado de Hurd's Church —quizá buscando ángeles en los sombríos arbotantes—, me di cuenta de que era el gordo Harold Crosby, antiguo Ángel Anunciador que había olvidado su parlamento y necesitó que se lo soplaran, y que había quedado abandonado en los cielos de Christ Church aquella Navidad del 53. Lo saludé con la cabeza y me sonrió con los ojos llenos de lágrimas; yo había oído decir que Mrs. Hoyt logró entrenarlo con éxito para que consiguiera una prórroga 4-F... por razones psicológicas.

Al principio no reconocí a nuestra vieja maestra de la escuela dominical, Mrs. Walker. Se veía sumamente austera vestida de negro de la cabeza a los pies; sin sus agudas críticas a Owen Meany —para que volviera a su *asiento*, para que *bajara* de allí—, no la recordé al instante como la tirana de la escuela dominical, tan estúpida como para creer que Owen Meany se había elevado *por su cuenta* en el aire.

Y allí estaban los Dowling, *sin* aprovechar la oportunidad de utilizar *esta* ocasión para hacer alarde de su tan cacareada inversión de roles sexuales; nunca habían tenido un hijo, probablemente para bien. También estaba allí Larry O'Day, el representante de Chevy; había interpretado a Bob Cratchit en *Canción de Navidad*... el famoso año en que Owen Meany hizo el papel de Espíritu de las Navidades Futuras. Lo acompañaba su picante hija Caroline O'Day, que estaba con su amiga de toda la vida, Maureen Early, quien dos veces se había meado encima al ver a Owen Meany señalar su futuro a Scrooge... fue Caroline quien muchas veces rechazó mis avances, tanto con como *sin* su uniforme de St. Michael. Hasta Mr. Kenmore, el carnicero del supermercado, estaba allí... con su mujer y su hijo Donny, tan fieles forofos del béisbol que nunca se habían perdido un partido de la liguilla escolar. Sí, estaban todos... hasta Mr. Morrison, el cartero cobarde. ¡Hasta *él* estaba allí! Y también el nuevo director de Gravesend Academy; no había conocido a Owen Meany... pero estaba allí, tal vez reconociendo que nunca habría sido el nuevo director si Owen Meany no hubiese perdido la batalla pero ganado la guerra contra Randy White. Y sé que el viejo Archie Thorndike, de no haber muerto, también habría asistido.

No hicieron acto de presencia los Brinker-Smith; tengo la certeza de que habrían asistido, de no haber regresado a Inglaterra... eran tan contrarios a la guerra de Vietnam que no quisieron que sus gemelos fueran estadounidenses. Abrigué la

esperanza de que, estuvieran donde estuviesen, siguieran amándose tan apasionadamente como se habían amado en Waterhouse Hall, en todas las plantas, en todas las camas.

Y nuestro viejo amigo el bedel retrasado del gimnasio de Gravesend —quien tan lealmente había cronometrado el tiro, quien había sido testigo de la primera vez que conseguimos el mate en menos de tres segundos— también había ido a presentar sus respetos al pequeño Maestro Mate.

Pasó una nube por el orificio que había hecho la pelota en la vidriera de colores del presbiterio; la medalla de oro de Owen brilló con menos insistencia. Mi abuela, que estaba temblando, me cogió de la mano mientras nos levantábamos para unirnos al himno procesional... sin quererlo, me estrujó el muñón del dedo amputado. Mientras el coronel Eiger y el joven subteniente se aproximaban al ataúd desde el pasillo central, la guardia de honor se cuadró. Cantamos el himno que habíamos cantado en la reunión matinal el día que Owen Meany atornilló a la acéfala y manca María Magdalena al podio del escenario de la Gran Sala.

El Hijo de Dios va a la guerra, a ganar su corona de Rey;  
A lo lejos ondea su rojo estandarte. ¿Quién sigue su fe?  
Quien apure su aflicción y alivie el dolor de la grey,  
Quien paciente soporte su cruz, ése seguirá su fe.

En el Libro de Liturgia Anglicana hay una nota que sigue al «Orden del Entierro de los Muertos»... para uso de la Iglesia Episcopaliana. Se trata de una nota muy sensata. «La liturgia para los muertos es Pascual», dice la nota. «Encuentra todo su significado en la resurrección. Así como Jesús fue levantado de entre los muertos, también nosotros seremos levantados. En consecuencia, es una liturgia caracterizada por la alegría... No obstante, esta alegría no vuelve poco cristiano el dolor humano...», concluye la nota. De modo que cantamos con toda el alma por Owen Meany... sabedores de que en tanto la liturgia para los muertos se caracterizara por la alegría, nuestro llamado «dolor humano» no nos volvía «poco cristianos». Cuando logramos terminar el himno nos sentamos y levantamos la vista... el reverendo Lewis Merrill ya estaba de pie en el púlpito.

—«Soy la resurrección y la vida, dijo el Señor...». —comenzó mi padre. Había algo novedosamente intenso y confiado en su voz, y los deudos lo percibieron; la congregación le dedicó toda su atención. Yo sabía, por supuesto, qué era lo que había cambiado en él; había encontrado su fe perdida... pronunciaba con absoluta convicción todas las palabras y, por ende, en ningún momento tartamudeó.

Cuando levantó la vista del Libro de Liturgia, movió los brazos en el ademán de un nadador que practica la braza de pecho, y los dedos de su mano derecha se

extendieron hacia el rayo de sol que penetraba por el orificio hecho por la pelota en la vidriera; los dedos de Mr. Merrill que entraban y salían del haz de luz hacían titilar la medalla de Owen Meany.

—«El Espíritu del Señor Dios es sobre mí, porque me ungió; hame enviado a predicar buenas nuevas a los afligidos, a vendar a los quebrantados de corazón» —gritó Mr. Merrill, cuyas dudas habían desaparecido para siempre. Apenas hacía alguna pausa para respirar—. «... a consolar a todos los enlutados» —proclamó.

Pero Mr. Merrill no estaba satisfecho; debió de sentir que no encontraríamos consuelo suficiente sólo en Isaías. Mi padre pensó que también debíamos consolarnos con las Lamentaciones y leyó:

—«Bueno es el Señor a los que en Él esperan, al alma que le buscare» —y por si ese bocado no era suficiente para calmar nuestra hambre de consuelo, el pastor Merrill nos adentró más aún en las Lamentaciones—: «Porque el Señor no desechará para siempre; antes si afligiere, también se compadecerá según la multitud de sus misericordias, porque no aflige ni congoja de su corazón a los hijos de los hombres».

Los dedos de la pálida mano de mi padre entraban y salían del rayo de sol como pececillos, y la medalla de Owen nos guiñaba como si fuera el fanal de un faro. Luego el pastor Merrill nos exhortó a través de un salmo conocido:

—«El Señor guardará tu salida y tu entrada, desde ahora y para siempre».

Así nos condujo hasta la Lección del Nuevo Testamento, empezando por el fragmento de valentía de los romanos:

—«Porque tengo por cierto que lo que en este tiempo se padece, no es de comparar con la gloria venidera que en nosotros ha de ser manifestada».

Pero Lewis Merrill era incansable; como echábamos tanto de menos a Owen Meany y nos dolíamos por él, el pastor Merrill no descansaría hasta asegurarnos que Owen nos había dejado por un mundo mejor. Mi padre pasó a toda velocidad a la Primera Epístola a los corintios.

—«Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos...». —nos aseguró el pastor Merrill—. «Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre entró la resurrección de los muertos» —dijo mi padre.

Abuela no me soltaba el dedo amputado y hasta las mejillas de Simon estaban húmedas de lágrimas; pero Mr. Merrill no podía descansar... nos envió a toda prisa a la Segunda a los corintios.

—«Por tanto, no desmayemos: antes aún que este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior empero se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas. ¡Así que vivamos confiados siempre!». —nos exhortó mi padre—. «Sabiedo que entre tanto que

estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor, porque por la fe andamos, no por la vista. Pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor. Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables».

A continuación nos introdujo en otro salmo y luego ordenó a la congregación que se pusiera en pie, lo que hicimos, mientras nos leía del Evangelio según Juan:

—«Yo soy el buen pastor, el buen pastor su vida da por las ovejas» —dijo el pastor Merrill y nosotros, los deudos, bajamos la cabeza como corderos. Y cuando estuvimos sentados, el reverendo Merrill dijo—: ¡Oh, Dios... cuánto echamos en falta a Owen Meany!

A renglón seguido nos leyó el pasaje sobre el milagro en el Evangelio según Marcos:

—«Cuando llegó a donde estaban los discípulos, vio una gran multitud alrededor de ellos, y escribas que disputaban con ellos. Y enseguida toda la gente, viéndole, se asombró y corriendo a él, le saludaron. Él les preguntó: ¿Qué disputáis con ellos? Y respondiendo uno de la multitud, dijo: Maestro, traje a ti mi hijo, que tiene un espíritu mudo, el cual, donde quiera que le toma, le sacude; y echa espumarajos, y cruje los dientes, y se va secando; y dije a tus discípulos que lo echasen fuera, y no pudieron. Y respondiendo él, les dijo: ¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo. Y se lo trajeron; y cuando el espíritu vio a Jesús, sacudió con violencia al muchacho, quien cayendo en tierra se revolcaba, echando espumarajos. Jesús preguntó al padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Y él dijo: Desde niño. Y muchas veces le echa en el fuego y en el agua, para matarle; pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos. Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible. E inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo: Creo; ayuda a mi incredulidad. Y cuando Jesús vio que la multitud se agolpaba, reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y solo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él. Entonces el espíritu, clamando y sacudiéndole con violencia, salió; y él quedó como muerto, de modo que muchos decían: Está muerto. Pero Jesús, tomándole de la mano, le enderezó; y se levantó. Cuando él entró en casa, sus discípulos le preguntaron aparte: ¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera? Y él les dijo: Este género con nada puede salir, sino con la oración».

Al terminar de leer este pasaje, el pastor Merrill levantó la cara hacia nosotros y gritó:

—«¡Creo; ayuda a mi incredulidad!». Owen Meany ayudó a *mi* «incredulidad» —dijo mi padre—. En comparación con Owen Meany, soy un aficionado... en mi fe. Owen no sólo fue un héroe para el Ejército de los Estados Unidos... fue *mi* héroe. Fue *nuestro* héroe... repetidas veces fue nuestro héroe; *siempre* fue nuestro héroe. Y siempre lo echaremos de menos.

»Y tantas veces como tengo la certeza de que Dios existe, ignoro cuál es la diferencia entre que exista y que no exista... e incluso siento que creer en Dios, y yo creo, plantea más preguntas que respuestas. Así, en mis momentos de mayor fe, también siento que quisiera plantearle a Dios unas cuantas preguntas difíciles... el tipo de interrogantes *críticos* de la variedad *cómo puede, cómo pudo, cómo se atreve*.

»Por ejemplo, me gustaría pedirle a Dios que nos *devuelva* a Owen Meany —dijo Mr. Merrill; cuando abrió los brazos, los dedos de su mano derecha danzaban en el rayo de luz—. ¡Oh, Dios... devuélvenoslo! —pidió el pastor Merrill. Reinó el silencio en Hurd's Church mientras esperamos a ver qué haría Dios. Oí caer una lágrima... era de mi abuela, y la oí corretear por la tapa del Himnario del Peregrino, que ella tenía en el regazo—. Por favor, devuélvenos a Owen Meany —insistió mi padre, y al ver que nada ocurría, agregó—: ¡Oh, Dios... seguiré pidiéndotelo! —una vez más volvió al Libro de Liturgia; era insólito que un congregacionista, sobre todo de una iglesia aconfesional, apelara tan escrupulosamente al libro de oraciones, pero yo estaba seguro de que mi padre respetaba el hecho de que Owen hubiera sido episcopaliano.

Lewis Merrill se llevó el libro de oraciones cuando abandonó el púlpito; se aproximó al ataúd envuelto en la bandera y se paró tan cerca de la medalla de Owen que el rayo de sol, que se colaba por el orificio que había hecho la pelota de béisbol, parpadeaba en el libro que Mr. Merrill había levantado.

—Oremos —dijo, y volvió la cara hacia el cadáver de Owen—. «En tus manos, oh misericordioso Salvador, te encomendamos a tu siervo Owen Meany» —dijo mi padre—. «Saluda, humildemente te imploramos, a una oveja de tu propio rebaño, un cordero de tu propia grey, un pecador de tu propia redención. Recíbelo en los brazos de tu misericordia, en el bendito reposo de la paz perdurable, en la gloriosa compañía de los santos de luz» —rezó... la luz del orificio de la vidriera seguía haciendo travesuras con la medalla y el Libro de Liturgia—. Amén —dijo el reverendo Mr. Merrill.

Entonces hizo una señal al coronel Eiger y al joven teniente que parecía asustado; éstos se acercaron al ataúd, retiraron la bandera de los Estados Unidos y la estiraron... la medalla rebotó como una moneda, pero estaba bien prendida a la bandera y no podía caerse. Luego el coronel y el subteniente se fueron acercando de frente, vacilantes, plegando la bandera en forma de un triángulo exacto, para que la medalla quedara encima, tarea que el coronel Eiger dejó por completo al cuidado del asustado subteniente. El coronel Eiger hizo un saludo militar a la bandera plegada y a la medalla; después dio una media vuelta tan enérgica que mi abuela se sobresaltó; la sentí encogerse contra mi cuerpo. A continuación el subteniente murmuró algo confuso a Mr. y Mrs. Meany, quienes parecieron sorprenderse de que les dirigiera la palabra. Dijo algo sobre la medalla: «Por el heroísmo que implica el riesgo voluntario

de la propia vida». Luego el subteniente carraspeó y la congregación lo oyó con más claridad. Le habló directamente a Mrs. Meany; le entregó la bandera con la medalla y dijo... en voz demasiado alta:

—Missus Meany, tengo el privilegio de entregarle la bandera de nuestro país en agradecido aprecio por el servicio prestado a esta nación por su hijo.

Al principio, ella no quiso coger la bandera; no parecía entender que se suponía que debía aceptarla... Mr. Meany la cogió por ella, pues sabía que de lo contrario su mujer la dejaría caer. Los dos habían permanecido todo el tiempo sentados como piedras.

Entonces el órgano sobresaltó a mi abuela, que se estremeció, y el reverendo Lewis Merrill nos guió por el himno recesional... el mismo que había escogido para el recesional del funeral de mi madre.

A Cristo coronad divino Salvador,  
Sentado en alta majestad es digno de loor.  
Al rey de gloria y paz loores tributad,  
Y bendecid al inmortal por toda eternidad.  
A Cristo coronad Señor de nuestro amor,  
Al Rey triunfante celebrad glorioso vencedor.  
Potente Rey de paz el triunfo consumó  
Y por su muerte de dolor su grande amor mostró.

Mientras cantábamos, la guardia de honor levantó el pequeño ataúd gris de Owen y se encaminó con él pasillo arriba; así salió el cadáver de la iglesia, más o menos al tiempo que entonábamos la tercera estrofa del himno... la que inspiraba especialmente a Owen Meany.

A CRISTO CORONAD SEÑOR DE VIDA Y LUZ,  
CON ALABANZAS PROCLAMAD LOS TRIUNFOS DE LA CRUZ.  
A EL SOLO ADORAD SEÑOR DE SALVACIÓN  
LOOR ETERNO TRIBUTAD DE TODO CORAZÓN.

No hay mucho que agregar sobre el entierro. Hacía calor, el aire estaba pegajoso y desde el cementerio, al final de Linden Street, una vez más oímos a los chicos jugando al béisbol en el campo del instituto... los sonidos de su diversión, sus discusiones, y el consabido crujido del bate, tan simbólicamente estadounidenses, llegaron a nuestros oídos mientras permanecíamos ante la tumba de Owen Meany, oyendo al reverendo Merrill decir lo acostumbrado.

—«En segura y certera esperanza de resurrección a la vida eterna por medio de nuestro señor Jesucristo, encomendamos a Dios Todopoderoso a nuestro hermano



Owen...» —dijo mi padre. Si le presté especial atención, fue porque sabía que estaba escuchando por última vez al pastor Merrill. ¿Qué más podía decirme? Ahora que había encontrado su fe perdida, ¿qué necesidad tenía de un hijo perdido? ¿Y qué necesidad tenía yo de él? Estaba ante la tumba de Owen, de la mano de Dan, con mi abuela apoyada entre los dos. «... tierra a la tierra, las cenizas a las cenizas, el polvo al polvo» —estaba diciendo el pastor Merrill, y pensé que mi padre era un *impostor*, al fin y al cabo, había visto cara a cara el milagro de Owen y no había creído en él... ahora creía en *todo* no a causa de Owen Meany sino porque yo le había hecho una faena. Lo había engañado con un maniquí; el *verdadero* milagro fue Owen Meany, pero la fe de mi padre se restableció en un encuentro con un *maniquí*, que el pobre tonto confundió con mi madre... que le tendía los brazos desde el más allá.

«DIOS OPERA DE MANERAS EXTRAÑAS», habría dicho Owen Meany.

—«... el Señor levantó su semblante hacia él y le otorgó paz» —dijo Lewis Merrill... mientras caían terrones sobre el pequeño ataúd gris. Luego el grave soldado a quien el coronel Eiger se había referido como sargento mayor, hizo el toque de silencio por Owen Meany.

Estaba saliendo del cementerio cuando se me acercó. Podía haber sido la esposa de un granjero, o una mujer que trabajaba a la intemperie; tenía mi edad, pero parecía mucho mayor... no la reconocí. La acompañaban sus tres hijos; acarreaba a uno de ellos, un niño que hacía pucheros y era demasiado pesado para ser acarreado con facilidad, o muy lejos. Tenía dos hijas; una de ellas iba colgada de su cadera y le tironeaba del vestido negro desteñido en el que seguía limpiándose los mocos. La otra —la hija mayor, de unos siete u ocho años— iba a la zaga y me miró con un torpe apocamiento doloroso de soportar. Era una niña hermosa, de pelo rubio pajizo, pero no podía apartar las manos de una mancha de nacimiento color frambuesa que se destacaba en su frente, del tamaño aproximado de una foto de pasaporte, y que intentaba tapar con el pelo. Observé la cara fatigada de la mujer, sus ojos inyectados; noté que se esforzaba por no deshacerse en un mar de lágrimas.

—¿Te acuerdas cuando lo alzábamos? —me preguntó. Entonces la reconocí: era Maribeth Baird, nuestra vieja colega de la escuela dominical, la chica que había elegido Owen Meany para el papel de Virgen María. «MARIBETH BAIRD NUNCA HA SIDO MARÍA», había dicho Owen. «ASÍ, MARÍA SERA MARÍA».

Había oído decir que se quedó embarazada y abandonó la escuela secundaria; se había casado con el padre de la criatura, hijo de una familia de granjeros... y ahora vivía en una granja vacuna de Stratham. No la había visto desde su tambaleante actuación en el Nacimiento de 1953... cuando además de sus esfuerzos como Virgen Madre del Niño Jesús Owen, había contribuido con los asombrosos disfraces de vaca de cornamenta blanda, que hacían que las vacas parecieran renos lesionados. Supongo que entonces no era experta en vacas lecheras... ni en vacas de ningún tipo.

—¡Era tan fácil alzarlo! —me dijo Maribeth Baird—. ¡Era tan *ligero*... no pesaba nada! ¿Cómo podía ser tan ligero? —me preguntó. En ese momento descubrí que me resultaba imposible hablar. Había perdido la voz. Ahora se me ocurre que no era *mi* voz la que quería oír. Si no podía oír la voz de Owen, no quería oír la de *nadie*. La única voz que quería oír era la de Owen, y cuando Maribeth Baird me habló comprendí que mi amigo ya no estaba.

Tampoco hay mucho que agregar sobre mi venida a Canadá. Como habíamos descubierto Owen y yo en la frontera New Hampshire-Quebec, hay muy poco que ver... sólo bosques, kilómetros y kilómetros de bosques, y un estrecho camino tan castigado por el invierno que tiene el color de una mina de lápiz y está moteado de montículos helados. El puesto fronterizo, la aduana, que yo recordaba como una cabaña, no era exactamente igual a mi recuerdo; y pensaba que había una verja que estaba levantada —como la barrera de un paso a nivel ferroviario—, pero también eso parecía distinto. Estaba seguro de que nos habíamos sentado en la puerta trasera de la camioneta tomate, contemplando los altos abetos que había a ambos lados de la frontera... pero entonces me pregunté si todo lo que había hecho con Owen Meany se habría grabado en mi memoria con la exactitud que yo recordaba. Quizás Owen había modificado incluso mis recuerdos.

Fuera como fuese, crucé la frontera sin incidentes. Un funcionario de aduanas canadiense me interrogó sobre el tope de puerta de granito:

«JULIO DE 1952». Se mostró sorprendido cuando le dije que era un regalo de boda. También me preguntó si estaba evadiendo el reclutamiento; aunque él debía de suponer que ya tenía demasiada edad para estar eludiendo el servicio, hacía más de un año que estaban reclutando a gente *mayor* de veintiséis. Respondí a su pregunta mostrándole el dedo ausente.

—No estoy preocupado por la guerra —le dije, y me dejó entrar en Canadá sin hacerme más preguntas.

Podría haber terminado en Montreal, pero allí mucha gente se mostró antipática conmigo porque no sabía hablar francés. Y llegué a Ottawa un día lluvioso, por lo que seguí al volante hasta Toronto. Nunca había visto un lago tan grande como el Ontario; sabía que echaría de menos el panorama del océano Atlántico desde el espigón de Rye Harbor, por lo que me resultó atractiva la idea de un lago que *parecía* tan vasto como el mar.

No es mucho más lo que me ha ocurrido. Soy practicante anglicano y maestro de escuela. Estas dos devociones no suponen necesariamente una vida poco interesante, pero mi vida ha sido decididamente poco interesante; mi vida es una lista de lecturas. No me estoy quejando; he vivido bastantes emociones. Owen Meany fue emoción suficiente para toda una vida.

Cuánto debió de decepcionarlo... descubrir que mi padre era un hombre tan

insulso. Lewis Merrill era un hombre tan inocuo que nunca recordé haberlo visto en las gradas. Sólo Mr. Merrill podía escapar a mi atención. Ninguna de las veces que recorrí con la mirada al público de las actuaciones de los Gravesend Players (y el reverendo Merrill *siempre* asistía) lo vi, nunca lo recordé en las gradas; lo pasaba por alto, sencillamente. Mr. Merrill no sólo no se destacaba en ninguna reunión... sino que no se veía.

Y cuánto me decepcionó a mí... descubrir que mi padre sólo era otro casto José. Nunca me atreví a contárselo a Owen, pero una vez soñé que mi padre era J. F. K.; a fin de cuentas, mi madre era tan hermosa como Marilyn Monroe. Cuánto me decepcionó... descubrir que mi padre sólo era otro hombre como yo.

En cuanto a mi fe, he llegado a ser el hijo de mi padre... quiero decir que me he transformado en la especie de creyente que *solía* ser el pastor Merrill. La duda un minuto, la fe al siguiente... a veces inspirado, a veces desesperado. El canónigo Campbell me enseñó a hacerme una pregunta cuando se instala en mí este último estado de ánimo. ¿A qué persona quiero, que esté viva? Una buena pregunta... que puede devolverte a la vida. Ahora, quiero a Dan Needham y a la reverenda Katherine Keeling; sé que los quiero porque me preocupo por ellos... Dan debería perder algunos kilos, Katherine debería ganarlos. Lo que siento por Hester no es exactamente amor; la admiro... sin duda ha sido una sobreviviente más heroica que yo, y su forma de supervivencia es admirable. También están los distantes vínculos familiares que pasan por amor... hablo de Noah y Simon, de tía Martha y tío Alfred. Espero verlos todas las navidades.

No odio a mi padre; sólo que no pienso mucho en él... y no lo veo desde el día en que entregó el cadáver de Owen Meany a la tierra. Sé por Dan que es un as como predicador y que no quedan huellas del leve tartamudeo que en otros tiempos le estropeaba el habla. A veces envidio a Lewis Merrill; deseo que alguien pudiera engañarme tal como yo lo engañé a él, para tener una fe tan absoluta e inquebrantable. Porque aunque creo saber qué son los *verdaderos* milagros, mi fe en Dios me perturba y desquicia mucho más de lo que nunca me desquició *no* creer; ahora la incredulidad me parece mucho más dura que la fe... pero la fe plantea tantas preguntas sin respuesta...

¿Cómo podía saber Owen Meany lo que «sabía»? No es una respuesta, por supuesto, creer en los accidentes o en las casualidades. ¿Pero Dios es, realmente, una respuesta *mejor*? Si Dios tuvo algo que ver en lo que Owen «sabía», esto plantea una pregunta espantosa. Porque, ¿cómo pudo Dios permitir que le ocurriera a Owen Meany lo que le ocurrió?

¡Cuidado con la gente que se llama a sí misma religiosa; cerciórate de que sabes lo que quieren decir... cerciórate de que *ellos* saben lo que quieren decir!

Había transcurrido más de un año desde mi llegada a Canadá cuando las iglesias

del ayuntamiento de Gravesend —y Hurd's Church, a instancias de Lewis Merrill— organizaron algo que se llamó Moratoria de Vietnam. Un día determinado de octubre, todas las campanas repicaron a las seis de la mañana —estoy seguro de que eso fastidió a unos cuantos— y se celebraron oficios a las siete en punto. Después de los servicios, salió un desfile del kiosco de música municipal, marchando Front Street arriba para reunirse en los jardines de la fachada del edificio principal de la academia, en el campus de Gravesend; a continuación hubo una manifestación pacífica y se pronunciaron algunos discursos antibélicos. Como era de esperar, el periódico de la ciudad, *The Gravesend News-Letter*, no mencionó el acontecimiento en el editorial, salvo para decir que una marcha contra los accidentes de carretera de toda la nación sería una muestra más significativa de tanto celo civil; en cuanto al periódico de la academia, *The Grave*, informó que «era hora» de que la escuela y el ayuntamiento unieran sus fuerzas para manifestarse contra la guerra. *The News-Letter* calculaba que habían asistido menos de cuatrocientas personas... «y casi igual número de perros». *The Grave* afirmaba que habían asistido como mínimo seiscientas personas «de buen comportamiento». Ambas publicaciones dejaron constancia de la única contramanifestación. Cuando la multitud subía por Front Street —más allá del viejo ayuntamiento donde los Gravesend Players habían entretenido durante tanto tiempo a jóvenes y adultos—, un antiguo comandante de la Legión de los Estados Unidos salió de la acera y agitó una bandera norvietnamita en las narices de un joven intérprete de tuba de la banda de Gravesend Academy.

Dan me contó que el antiguo comandante de la Legión no era otro que Mr. Morrison, el cartero cobarde.

—¡Me gustaría saber cómo consiguió ese idiota una bandera norvietnamita! —fue el comentario de mi abuela.

Así, con muy pocas interrupciones, los años también han pasado por Front Street y siguen marchando.

Owen Meany me enseñó a llevar un diario, pero el mío refleja mi poco interesante vida, así como el suyo reflejaba las cosas mucho más interesantes que le ocurrían a él. He aquí una entrada típica de mi diario:

«Toronto: 17 de noviembre de 1970. Hoy se incendió el invernadero de la Bishop Strachan; los profesores y las estudiantes tuvieron que evacuar los edificios escolares».

Veamos: también apunto en mi diario cada vez que las chicas cantan «Hijos de Dios» en el oficio matinal. Además apunté en mi diario el día que un columnista de una revista de rock intentó hacerme una «entrevista» aquí-y-ahora, cuando estaba a punto de ocupar mi sitio en el oficio matinal. Era un joven frenético y peludo, ataviado con un caftán púrpura, totalmente ajeno a cómo lo observaban las chicas y

aparentemente sujeto por cables y cordones que lo enredaban en su voluminoso equipo de grabación. Se había presentado sin ser invitado —¡sin anunciarse!— y me metió un micrófono en la cara, para preguntarme, en mi condición de «primo besador» de Hester Joder si no estaba de acuerdo en que a Hester todo había empezado a «ocurrirle» después de conocer a alguien que se llamaba «Janet the Planet».

—¡Disculpe! —dije. A mi alrededor, *ristras* de niñas miraban y reían entre dientes.

El entrevistador estaba interesado en interrogarme sobre las «influencias» a que había estado sometida Hester; estaba escribiendo un artículo sobre los «primeros tiempos» de mi prima y tenía algunas ideas sobre quién la había influido... dijo que quería «rebotar» sus ideas *conmigo*. Respondí que no sabía quién cuernos *era* «Janet the Planet», aunque si le interesaba saber quiénes habían «influido» en Hester, debía empezar por Owen Meany. No conocía este nombre y me pidió que lo deletreara. Se sintió desconcertado: ¡Creía que había oído hablar de *todos*!

—¿Es alguien que la influyó en sus *primeros tiempos*? —quiso saber. Le aseguré que la influencia de Owen sobre Hester podía considerarse entre las primerísimas.

Veamos: ¿qué más? La muerte de Mrs. Meany, no mucho después de la de Owen; la apunté. También la primavera en que estuve en Gravesend para el funeral de mi abuela... en la vieja Iglesia Congregacional, la de toda su vida, y el pastor Merrill *no* ofició la ceremonia; el oficiante fue el que lo reemplazó, quienquiera sea, en la Iglesia Congregacional. Aquella primavera todavía había mucha nieve en la tierra —nieve vieja, gris— y yo estaba abriendo otra cerveza para Dan y para mí en la cocina de 80 Front Street, cuando por casualidad me asomé a la ventana, a la rosaleta marchita, y vi a Mr. Meany. Más gris que la nieve vieja y siguiendo unas huellas derretidas y vueltas a congelar sobre la capa dura, se abría paso lentamente hacia la casa. Me impresionó como una especie de aparición. Mudo, lo señalé, y Dan dijo:

—Sólo es el pobre y viejo Mister Meany.

La Meany Granite Company estaba muerta y bien muerta; llevaba años sin ser explotada... y en venta. Mr. Meany trabajaba medio jornada como lector de contadores de la compañía de electricidad. Aparecía una vez por semana en la rosaleta, me dijo Dan, donde estaba el contador, a un lado de la casa.

No quise hablar con él, pero seguí observándolo por la ventana. Le había escrito para darle el pésame cuando me enteré de la muerte de Mrs. Meany —y de cómo había muerto—, pero nunca me contestó; tampoco yo esperaba que lo hiciera.

Mrs. Meany se había incendiado. Estaba demasiado cerca de la chimenea y una chispa, un ascua, había encendido la bandera de los Estados Unidos, con la que —le contó Mr. Meany a Dan— acostumbraba a envolverse, como si fuera un chal. Aunque sus quemaduras no parecían tan graves, falleció en el hospital... a causa de unas

complicaciones nunca reveladas.

Cuando vi a Mr. Meany leyendo el contador de la electricidad de 80 Front Street, me di cuenta de que la medalla de Owen no se había consumido con la bandera en el incendio. Mr. Meany la *llevaba puesta...* siempre, dijo Dan. El paño que tapaba el broche de encima de la medalla estaba muy desteñido —rayas rojas y blancas sobre un galón azul— y el oro de la medalla propiamente dicha no brillaba tanto como el día en que se había reflejado en ella un rayo de luz, en Hurd's Church; pero las alas levantadas y desplegadas del águila estadounidense no eran menos visibles.

Siempre que pienso en la medalla al heroísmo de Owen Meany, rememoro una anotación del diario de Thomas Hardy en 1882; Owen me había mostrado el fragmento que dice «... vivir en un mundo donde nada corrobora en la práctica lo que en estado incipiente promete». Lo recuerdo cada vez que pienso en Mr. Meany usando la medalla de Owen mientras lee los contadores.

Veamos: no hay mucho más... no hay casi nada que añadir. Sólo esto: me llevó años afrontar mi recuerdo de *cómo* murió Owen Meany... y una vez que me obligué a recordar los detalles, jamás lo olvidé; jamás lo olvidaré; estoy condenado a recordarlo.

Nunca había participado con entusiasmo de las celebraciones del Cuatro de Julio en Gravesend; pero la ciudad era fervientemente patriótica... no permitía que el día de la Independencia pasara inadvertido. Se organizaba el desfile en el kiosco de música del centro de la ciudad, y todos marchaban prácticamente del principio al fin de Front Street, alcanzando el apogeo del ruido de la banda y el número de perros ladradores, y de niños en bicicleta, en el punto medio de la marcha... exactamente en 80 Front Street, donde mi abuela tenía la costumbre de mirar el jolgorio desde el umbral. Mi abuela experimentaba sentimientos ambivalentes todos los Cuatro de Julio; era lo bastante patriótica para permanecer de pie en el umbral de su casa, haciendo ondear una pequeña bandera estadounidense —no más grande que la palma de su mano—, pero al mismo tiempo fruncía el entrecejo ante tanto lío; con frecuencia reprendía a los niños que pasaban pedaleando por su jardín, y gritaba a los perros para que dejaran de ladrar.

A menudo yo también miraba pasar el desfile; después de la muerte de mi madre, Owen y yo nunca lo seguimos en bici... porque el destino final de la banda y de los que marchaban era el cementerio de Linden Street. Desde 80 Front Street oíamos el cañoneo que honraba a los héroes muertos; en Gravesend era costumbre concluir el desfile del día de los Caídos y del día de los Veteranos y del día de la Independencia con viriles cañonazos sobre los sepulcros que estaban demasiado tranquilos todos los demás días del año.

El Cuatro de Julio de 1968 no fue distinto... salvo que Owen Meany estaba en

Arizona, probablemente viendo o incluso participando en un desfile en Fort Huachuca; de hecho, no sabía qué estaba haciendo Owen. Dan y yo habíamos dado cuenta de un desayuno tardío con mi abuela y los tres nos llevamos las tazas de café al umbral, para esperar la aparición del desfile; por el sonido, cada vez más cercano, estaba pasando por el edificio principal de la academia... reuniendo fuerzas, ciclistas y perros. Dan y yo nos sentamos en el umbral de piedra, pero mi abuela permaneció erguida; sentarse en un umbral no habría estado a la altura de los elevados niveles planteados por Harriet Wheelwright a las mujeres de su edad y posición.

Si estaba pensando en algo —si es que pensaba—, consideraba que mi vida se había convertido en una especie de sentada permanente, viendo pasar desfiles. Aquel verano no trabajé y no trabajaría en el otoño. Con mi título en la mano, me había apuntado en el programa de doctorado de la Universidad de Massachusetts. En realidad no sabía qué quería estudiar, ni siquiera sabía si quería alquilar una habitación o un apartamento en Amherst, pero estaba decidido a estudiar allí con dedicación plena. Nunca pensaba en eso. A fin de seguir el mayor número posible de cursos, no daría clases como mínimo durante un año... ni siquiera media jornada, ni siquiera un curso. Abuela pagaría mis estudios, naturalmente, lo que contribuía más a mi sensación de ser un tío que siempre estaba sentado, cruzado de brazos. No hacía nada, no *tenía* nada que hacer.

Hester andaba en las mismas. Aquella noche del Cuatro de Julio, nos sentamos en el bordillo de césped de Swasey Parkway a contemplar la exhibición de fuegos artificiales sobre el Squamscott; Gravesend mantenía una Junta Municipal de Fuegos de Artificio y todos los Cuatro de Julio los miembros que entendían de cohetes y bombas preparaban los fuegos artificiales en los muelles del cobertizo de botes de la academia. La gente bordeaba Swasey Parkway, a lo largo de la ribera herbácea del río; las bombas estallaban en el aire, los cohetes llameaban... silbaban cuando caían en las sucias aguas del río. En los últimos tiempos había habido una tibia protesta ecológica; alguien afirmó que los fuegos artificiales perturbaban a los pájaros que anidaban en la marisma de la orilla opuesta a Swasey Parkway. Pero en una discusión entre garzas y patriotas, las garzas no suelen ganar; el bombardeo proseguía, tal como estaba planeado... el firmamento nocturno se iluminaba brillantemente y las explosiones nos gratificaban a todos.

De vez en cuando se extendía una luz blanca, como un líquido recién inventado, a través de la oscura superficie del Squamscott, reflejándose con tal brillantez que las tiendas y oficinas de la ciudad, a oscuras, y el enorme edificio que albergaba toda la industria textil ciudadana, brotaban perfilados en una especie de ciudad creada de la nada por las explosiones. Las múltiples ventanas desiertas de la industria textil reflejaban la luz... las amplias dimensiones y la vaciedad del edificio sugerían una industria tan dueña de sí que funcionaba sin necesidad de la mano de obra humana.

—Si Owen no se casa conmigo, nunca me casaré —me dijo Hester entre destellos y estallidos—. Si él no me da hijos, nunca los tendré.

En el muelle, uno de los expertos en demoliciones no era otro que el viejo dinamitero Mr. Meany. Algo semejante a una estrella en plena explosión se derramó sobre las negras aguas del río.

—Parece esperma —dijo Hester, muy malhumorada. Yo no era lo bastante experto en esperma para contradecirla; decir que los fuegos artificiales «parecían esperma» me resultaba inverosímil, o al menos cogido por los pelos... ¿pero qué sabía yo de eso?

Vi a Hester tan taciturna que no quise pasar la noche en Durham con ella. No era una noche de verano muy agradable, pero corría la brisa. Fui en el coche a 80 Front Street y vi las noticias de las once con mi abuela, que últimamente sólo se interesaba por un pésimo canal local en el que las noticias detallaban las truculentas estadísticas de unas pocas víctimas de accidentes de tráfico y no mencionaban para nada la guerra de Vietnam; también dieron una historia de «interés humano» sobre un chico malo que había dejado ciego a un pobre perro con un petardo.

—¡Cielos misericordiosos! —exclamó mi abuela.

Cuando se fue a dormir, sintonicé Última sesión; un canal pasaba una «película de animales», *La bestia de 20 000 brazas*, una de las viejas predilectas de Owen; en otro canal daban *Mamá va al colegio*, en la que Loretta Young es una viuda que asiste a la escuela con su hija adolescente; pero en otro canal pasaban mi película favorita, *Un americano en París*. Podía quedarme toda la noche viendo bailar a Gene Kelly; entre las canciones y los bailes volvía al canal donde el monstruo prehistórico aplastaba Manhattan, o iba a la cocina a buscar otra cerveza.

Estaba en la cocina cuando sonó el teléfono; había pasado la medianoche y Owen era tan respetuoso con el sueño de mi abuela que nunca llamaba a 80 Front Street a una hora en que pudiera despertarla. Al principio pensé que la diferencia horaria — con Arizona— lo había confundido; pero sabía que habría llamado a Hester en Durham y a Dan en Waterhouse Hall antes de encontrarme en casa de Abuela, y estaba seguro de que Hester o Dan, o ambos, le habrían hecho notar que era muy tarde.

—¡ESPERO NO HABER DESPERTADO A TU ABUELA! —fue lo primero que me dijo.

—El teléfono sonó una sola vez... estoy en la cocina —respondí—. ¿Qué pasa?

—TIENES QUE PEDIRLE DISCULPAS EN MI NOMBRE... POR LA MAÑANA. NO TE OLVIDES DE DECIRLE QUE LO SIENTO *MUCHÍSIMO*... PERO SE TRATA DE UNA ESPECIE DE *EMERGENCIA*.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—HABÍA UN CADÁVER FUERA DE LUGAR EN CALIFORNIA...



CREYERON QUE SE HABÍA PERDIDO EN VIETNAM, PERO ACABA DE APARECER EN OAKLAND. OCURRE CADA VEZ QUE HAY UN DÍA FESTIVO... ALGUIEN SE QUEDA DORMIDO EN EL DESVÍO. ES NORMAL EN EL EJERCITO... ME DAN DOS HORAS PARA PREPARAR UNA MALETA Y SIN DECIR AGUA VA ME ENCUENTRO EN CALIFORNIA. COGERÉ UN AVIÓN A TUCSON, TENGO ENLACE CON UN VUELO COMERCIAL A OAKLAND... A PRIMERA HORA DE MAÑANA. ME HAN RESERVADO PLAZA EN UN VUELO DE SAN FRANCISCO A PHOENIX AL DÍA SIGUIENTE. EL CADÁVER PERTENECE A PHOENIX... EL MUERTO ERA UN SUBOFICIAL, PILOTO DE HELICÓPTERO. EN GENERAL ESTO SIGNIFICA QUE SE ESTRELLÓ E INCENDIO... OYES LA PALABRA «HELICÓPTERO» Y PUEDES CONTAR CON QUE ESTARÁ EN UN ATAÚD CERRADO. ¿PODEMOS ENCONTRARNOS EN PHOENIX? —me preguntó.

—¿Encontrarnos en Phoenix? ¿Por qué?

—¿POR QUÉ NO? —dijo Owen—. NO TIENES NINGÚN PLAN, ¿VERDAD?

—No —reconocí.

—PUEDES PAGARTE EL PASAJE, ¿NO?

—Sí —reconocí. Entonces me dio toda la información de vuelos... sabía la hora exacta de salida de mi avión desde Boston y la de llegada a Phoenix; llegaría un rato antes que él con el cadáver desde San Francisco, pero no tendría que esperar mucho. Podía reunirme con él en el aeropuerto y después no nos separaríamos; ya había reservado habitación para los dos en un motel.

—¡CON AIRE ACONDICIONADO, TELE, UNA ENORME PISCINA! ¡LO PASAREMOS BOMBA! —me aseguró Owen; ya lo había arreglado todo.

El funeral estaba estancado porque el cadáver llevaba dos días de retraso. Los parientes del suboficial fallecido —familiares de Modesto y Yuma— llevaban en Phoenix lo que parecía una eternidad. Se habían hecho, cancelado y vuelto a hacer los acuerdos con la empresa de pompas fúnebres; Owen conocía al funebrero y al pastor.

—UNOS AUTÉNTICOS IMBÉCILES: PARA ELLOS LA MUERTE SOLO ES UN NEGOCIO Y CUANDO LAS COSAS NO SALEN SEGÚN LOS PLANES SE QUEJAN DE LOS MILITARES Y EMPEORAN LA COSA PARA LA POBRE FAMILIA.

Aparentemente la familia había organizado una especie de «picnic-velatorio» que iba por su tercer día. Owen estaba casi seguro de que lo único que tendría que hacer era entregar el cadáver en los servicios funerarios; el oficial asistente superviviente —un profesor del ROTC en la universidad estatal de Arizona, un mayor al que Owen también conocía— le había advertido que la familia estaba tan indignada con el Ejército que con toda probabilidad no desearían la presencia del escolta militar en el funeral.

—PERO NUNCA SE SABE —me dijo Owen—. NOS QUEDAREMOS POR ALLÍ E IMPROVISAREMOS... DE CUALQUIER MANERA, GRACIAS A ESTO PUEDO CONSEGUIR UN PAR DE DÍAS LIBRES. CUANDO SE HA PRODUCIDO UN DESPISTE COMO ESTE, NUNCA TENGO NINGÚN PROBLEMA PARA CONSEGUIR UN PAR DE DÍAS LEJOS DEL PUESTO. ME BASTA CON NOTIFICAR AL EJERCITO QUE ME QUEDARE EN PHOENIX... «POR SOLICITUD DE LA FAMILIA», ESTA ES LA EXPRESIÓN QUE USO HABITUALMENTE. A VECES HASTA ES VERDAD... MUCHAS VECES LA FAMILIA *QUIERE* TENERTE CERCA. LA CUESTIÓN ES QUE TENDRÉ UN MONTÓN DE TIEMPO LIBRE Y PODEMOS HOLGAZANEAR JUNTOS. COMO YA TE HE DICHO, EL MOTEL TIENE UNA GRAN PISCINA Y SI NO HACE MUCHO CALOR, PODEMOS JUGAR AL TENIS.

—Yo no juego al tenis —le recordé.

—NO *TENEMOS* POR QUE JUGAR AL TENIS —dijo.

Me parecía un viaje demasiado largo para reunimos sólo un par de días. También pensé que los detalles sobre la escolta del cadáver —en este caso particular— eran bastante más que inciertos, si no del todo vagos. Pero no había duda de que Owen se afanaba de todo corazón para que me encontrara con él en Phoenix, e incluso lo noté más agitado que de costumbre. Pensé que quizá necesitaba compañía; no nos veíamos desde Navidad. Al fin y al cabo, yo nunca había estado en Arizona... y he de reconocer que a esas alturas ya sentía curiosidad por ver algo de eso que llamaban «escolta de cadáveres». No se me ocurrió que julio no era la mejor época del año para estar en Phoenix... ¿pero qué sabía yo?

—Vale, hecho... parece divertido —le dije.

—ERES MI MEJOR AMIGO —dijo Owen Meany... y se le quebró un poco la voz. Supuse que era el teléfono; pensé que la conexión era defectuosa.

Fue el día en que decretaron que la profanación de la bandera de Estados Unidos era un delito federal. Owen Meany pasó la noche del 5 de julio de 1968 en Oakland, California, donde lo alojaron en la Residencia de Oficiales Solteros; la mañana del 6 de julio, Owen salió del depósito del Ejército en Oakland tras apuntar en su diario: «SE SOLICITA A LOS RECLUTADOS EN LA LEVA DEL LEJANO ESTE QUE FORMEN FILA ANTE UNA PUERTA NUMERADA, DONDE LES ENTREGAN ROPA DE FAJINA DE SELVA Y OTRAS MIERDAS. SE DA DE CENAR A LOS RECLUTAS UN BISTEC ANTES DE INICIAR SU VUELO A VIETNAM. HE VISTO ESTE LUGAR DEMASIADAS VECES: LAS CABRIAS Y LAS GRÚAS Y LOS TECHOS DE LATÓN DE LOS ALMACENES, Y LAS GAVIOTAS DESLIZÁNDOSE SOBRE LOS HANGARES... Y LOS NUEVOS RECLUTAS CAMINO DE VIETNAM Y LOS CADÁVERES QUE VUELVEN. MONTONES

DE BOLSAS DE LONA VERDE EN LAS ACERAS. ¿CONOCEN LOS RECLUTAS EL CONTENIDO DE ESOS CAJONES GRISES CONTRACHAPADOS?».

Owen anotó en su diario que le entregaron, como de costumbre, la caja de cartón triangular, donde estaba la bandera correctamente plegada. «¿QUIEN INVENTA ESTAS COSAS? ¿LA PERSONA QUE FABRICA LA CAJA DE CARTÓN SABE PARA QUE ES?». Le dieron los habituales formularios funerarios y el habitual brazalete negro... le mintió a un empleado diciéndole que se le había caído el brazalete en un urinario para que le dieran otro; quería que yo también llevara brazalete negro, para que tuviera un aspecto ACEPTABLEMENTE OFICIAL. Aproximadamente a la hora en que mi avión salió de Boston, Owen Meany estaba identificando un contenedor contrachapado en la zona de equipajes del aeropuerto de San Francisco.

Desde el aire, sobrevolando Phoenix, percibes la nada que es esa región. Parece una luna de color bronce y chocolate, pero tiene vastos manchones verdes... campos de golf y otras tierras mimadas donde se han instalado sistemas de riego. Sabía, por mi curso de Geología, que todo lo que estaba a mis pies había sido antaño un mar poco profundo; en el crepúsculo, cuando volaba hacia Phoenix, las sombras sobre las rocas eran de un mar púrpura tropical, y los hierbajos de color aguamarina... de modo que logré imaginar el océano que en otros tiempos había sido. En realidad, Phoenix seguía pareciéndose a un mar poco profundo, echado a perder por los verdes y los azules falsos de las piscinas. A una distancia de diez o veinte millas, una cadena de montañas dentadas de color té rojizo aparecían rematadas, de vez en cuando, por depósitos cerosos de piedra caliza. Para un oriundo de Nueva Inglaterra, parecía nieve sucia. Pero hacía demasiado calor para ser nieve.

Aunque al atardecer el sol había perdido su intensidad, el calor seco relucía sobre el alquitrán; pese a la brisa, el calor persistía como si lo generara una caldera. Lo primero que noté después del calor fueron las palmeras... las altísimas y bellas palmeras.

El avión de Owen, como el cadáver que escoltaba, llegaría con retraso.

Esperé con los hombres en guayaberas y guaraches, y sus botas de cowboy; las mujeres, desde las más menudas hasta las rollizas aparecían impudicamente contenidas en *shorts* muy cortos y blusas sin espalda, chancleteando sus sandalias con tiras de goma contra los suelos del aeropuerto de Phoenix, al que con desbordante optimismo habían bautizado como Sky Harbor.<sup>[8]</sup> Tanto hombres como mujeres sentían una incontenible inclinación por las joyas locales de plata y turquesa.

Había una sala de juegos donde un joven soldado bronceado por el sol arremetía contra un tragaperras con una especie de resentimiento inquebrantable. El primer servicio de hombres que encontré estaba cerrado con llave y en la puerta tenía un

cartel que decía «TEMPORALMENTE NO FUNCIONA»; pero el papel estaba tan amarillento que parecía un viejo anuncio. Después de una búsqueda que me transportó a través de grados muy variados de aire acondicionado, descubrí un lavabo para hombres improvisado, en cuya puerta leí: «SERVICIO TEMPORAL PARA HOMBRES».

Al principio, no estaba seguro de encontrarme en un lavabo; era una oscura estancia subterránea con un inmenso fregadero industrial... me pregunté si no sería un urinario para gigantes. El auténtico urinario estaba oculto tras una barricada de fregonas y cubos, y habían erigido un único retrete en medio del lugar, levantando una caseta de madera contrachapada tan fresca que el aroma a carpintería contrarrestaba casi eficazmente el nauseabundo olor a desinfectante. Había un espejo largo apoyado, más que colgado, en una pared. Era el lavabo más «temporal» que es posible encontrar en esta vida. El recinto —que, supuse, en su vida anterior había sido un armario/almacén, pero con un fregadero tan misteriosamente gigantesco que no logré imaginar qué se lavaba o enjabonaba allí— tenía el techo ridículamente alto para un espacio tan reducido; era como una sala larga y estrecha a la que un terremoto o una explosión había puesto en posición vertical. Y la única ventana, pequeñísima, estaba tan alta que casi tocaba el techo, como si el cuchitril estuviese tan profundamente hundido en el subsuelo que la ventana tenía que tener esa altura a fin de alcanzar la luz del nivel del suelo... aunque muy escasa sería la que podía penetrar hasta el suelo distante. Era una ventana de tipo tragaluz, pero sin puerta debajo; se movía como una ventana de bisagras, con un antepecho tan alto en el interior que un hombre podía sentarse allí cómodamente... aunque la cabeza y los hombros le quedarían aplastados contra el techo. La saliente estaba a gran distancia del suelo... probablemente más de tres metros. Era ese tipo de ventana inalcanzable que se abría y cerraba con ayuda de un gancho sujeto a un palo larguísimo... si es que alguien la abría y la cerraba; por cierto, daba la impresión de que nunca la habían lavado.

Meé en el exiguo urinario; pateé una fregona que estaba en un cubo; sacudí el débil contrachapado del retrete «temporal». El lavabo de hombres era *tan* improvisado que me pregunté si alguien se habría molestado en conectar las cañerías al urinario y al retrete. El intimidatorio fregadero estaba tan sucio que decidí no tocar los grifos... de modo que no pude lavarme las manos. Además, no había toalla. Vaya «Sky Harbor», pensé... y me largué, redactando mentalmente una carta de reclamación. En ningún momento se me ocurrió que en otro lugar del aeropuerto podía haber un lavabo de hombres perfectamente limpio y en funcionamiento; quizá lo había. Quizá donde yo había estado sólo era uno de esos sitios lamentables «reservados para el personal».

Me paseé por la frescura climatizada del aeropuerto; de vez en cuando salía, sólo

para sentir el sorprendente calor bochornoso desconocido en New Hampshire. La insistente brisa debía de llegar del desierto, porque era un viento que nunca había sentido con anterioridad y que nunca sentí después. Un viento seco y caliente que hacía que las guayaberas sueltas de los hombres aletearan como banderas.

Estaba fuera, bajo el viento ardiente, cuando vi a la familia del sargento fallecido; también ellos esperaban el avión de Owen Meany. Como yo era un Wheelwright —y por tanto un *snob* de Nueva Inglaterra—, suponía que Phoenix estaba poblada principalmente por mormones, baptistas y republicanos; sin embargo, la parentela del sargento no era lo que yo suponía. Lo primero que me pareció extraño en la familia era que sus miembros no parecían pertenecer al mismo ambiente, ni estar siquiera relacionados entre sí. Unos seis de ellos estaban de pie bajo el viento del desierto, junto a un coche fúnebre gris plata; aunque se mantenían bastante juntos, no parecían tanto un retrato de familia como los empleados de una pequeña empresa desordenada, reunidos apresuradamente.

Con ellos estaba un oficial del Ejército... debía de ser el mayor con el que Owen había tenido tratos anteriormente, el profesor del ROTC de la Universidad estatal de Arizona. Era un hombre robusto y parecía estar en forma; su atlética inquietud me recordó a Randy White; llevaba unas gafas de sol del estilo anteojos protector que prefieren los pilotos. Su edad indeterminada —podía tener treinta años o cuarenta y cinco— era, en parte, resultado de la rigidez muscular de su cuerpo; llevaba el erizado cráneo afeitado tan a fondo que su vello incipiente podía ser rubio blancuzco o blanco grisáceo.

Traté de identificar a los demás. Creí acertar con el director de la funeraria... el funebrero o su delegado. Una presencia alta, delgada y pálida, con una camisa blanca almidonada, de cuello largo y puntiagudo... y único miembro del inaudito grupo que llevaba traje oscuro y corbata. También había un hombre voluminoso con uniforme de chófer, que se mantenía apartado del grupo y fumaba un pitillo tras otro. La familia propiamente dicha era inescrutable... excepto por estar en evidente posesión de una ira compartida aunque desigual, menos manifiesta en un hombre de hombros inclinados y aspecto frío, con camisa de manga corta y corbata de lazo. Decidí que era el padre. Su mujer —la presunta madre del difunto— se retorció y temblaba junto a él, que a mis ojos no estaba conmovido y era inmovible. Por contraste, la mujer no podía estarse quieta; se tironeaba de la ropa, se hurgaba el pelo... que estaba apilado en una montaña y tenía el aspecto pegajoso de un cucurucho de algodón de azúcar. Y en el ocaso del desierto, sus cabellos parecían, en efecto, tan rosados como el algodón de azúcar. Tal vez tres días de «*picnic-velatorio*» habían hecho estragos en su rostro, y la habían dejado sólo con una mínima conciencia y el control de sus manos. De vez en cuando cerraba los puños y soltaba una maldición que el viento del desierto —y mi considerable distancia de la reunión familiar—, no me permitía oír;

no obstante, el efecto de la maldición era instantáneamente evidente en el chico y la chica que, supuse, eran los hermanos supervivientes.

La hija retrocedía acobardada ante los violentos estallidos de la madre... como si ésta le dedicara personalmente las maldiciones —aunque no me pareció que fuera así—, o como si en tándem con sus maldiciones se las arreglara para azotar a la hija con un látigo que yo no veía. A cada maldición, la hija se sacudía y se encogía... una o dos veces se tapó los oídos. Como llevaba un vestido de algodón arrugado demasiado pequeño para ella, cuando el viento se lo ciñó al cuerpo noté que estaba embarazada... aunque apenas parecía tener edad suficiente para esperar, y no estaba con ningún hombre que me diera la impresión de ser el padre de su bebé. Me parecía que el chico que estaba a su lado era el hermano... un hermano *más joven* que el difunto sargento y que su hermana embarazada.

Era un chico alto y desgarbado, de cara huesuda, al que daba miedo mirar por el tamaño *potencial* que desarrollaría. Pensé que no tendría más de catorce o quince años; pese a su delgadez, su osamenta era grande y ancha en su larguirucho esqueleto. Sus manos parecían tan fuertes y la cabeza era tan desmesurada que, pensé, podría haber aumentado cincuenta kilos sin alterar siquiera ligeramente sus dimensiones exteriores. Con cincuenta kilos más, habría resultado gigantesco y aterrador; en cierto modo, pensé, parecía un hombre que acababa de *perder* cincuenta kilos... y al mismo tiempo parecía tener bastante lugar para recuperarlos de la noche a la mañana.

El larguirucho se destacaba por encima de todos los demás —meciéndose al viento como las altas palmeras que bordeaban la entrada de la terminal aérea de Phoenix— y *su ira* era la más manifiesta, *su ira* (como su cuerpo) parecía un monstruo con mucha capacidad de desarrollo. Cuando su madre hablaba, el muchacho echaba la cabeza hacia atrás y soltaba un escupitajo de una considerable trayectoria color fango. ¡Me sorprendió que a su edad los padres le permitieran mascar tabaco! A continuación se volvía y clavaba la vista en la madre, de frente, hasta que ella desviaba la mirada, jugueteando en todo momento con sus manos, nerviosa.

El chico llevaba lo que me pareció (desde mi perspectiva distante) un mono de trabajo y algo como un cinturón de carpintero de cuyas presillas colgaban herramientas importantes... sólo que de cerca se asemejaban más a los instrumentos de un mecánico de coche o de un reparador de teléfonos; quizás el muchacho trabajaba a la salida de la escuela, pensé, y había venido directamente del trabajo para recibir el cadáver de su hermano en el aeropuerto.

Si ésta era la recepción más íntima de la familia del sargento, se me puso la piel de gallina sólo de pensar en los miembros menos presentables de la familia que todavía estarían divirtiéndose en el «*picnic-velatorio*» de tres días de duración.

Mirando a esta tribu pensé que no querría el trabajo de Owen Meany por nada de este mundo... ni por un millón de dólares.

Nadie sabía en qué dirección esperar la llegada del avión. Yo me fié del mayor y el funebrero; eran las únicas dos personas que miraban en la misma dirección y yo sabía que éste no era el primer cadáver que iban a buscar. De modo que miré en la misma dirección que *ellos*. Aunque el sol se había puesto, vívidas franjas de luz bermeja recorrían el firmamento inmenso, y a través de una de ellas vi descender el avión de Owen... como si fuera donde fuese Owen Meany, siempre lo acompañara alguna luz.

En todo el trayecto de San Francisco a Phoenix, Owen escribió páginas y más páginas en su diario... sabía que no le quedaba mucho tiempo.

«ES MUCHO LO QUE SE, PERO NO SE TODAS LAS COSAS», escribió. «SOLO DIOS SABE TODO. YA NO HAY TIEMPO PARA QUE VAYA A VIETNAM. CREÍA SABER QUE IRÍA. TAMBIÉN CREÍA CONOCER LA FECHA. PERO SI ACIERTO EN LA FECHA, ME EQUIVOCO EN CUANTO AL LUGAR. Y SI ACIERTO EN CUANTO A VIETNAM, ME EQUIVOCO EN LA FECHA. ES POSIBLE QUE REALMENTE “SOLO SEA UN SUEÑO”. ¡PERO PARECE TAN *REAL!* LO MÁS REAL PARECÍA LA *FECHA* PERO NO SÉ... YA NO LO SÉ.

»NO TENGO MIEDO, PERO ESTOY MUY NERVIOSO. ¡AL PRINCIPIO, NO ME GUSTABA SABER... AHORA NO ME GUSTA NO SABER! DIOS ME ESTA PONIENDO A PRUEBA», escribió Owen Meany.

Había mucho más; Owen estaba confundido. Me había amputado el dedo para que no tuviera que ir a Vietnam; a su juicio, había intentado apartarme físicamente de su sueño. Pero aunque me había mantenido apartado de la guerra era evidente — según su diario— que yo seguía apareciendo en el sueño. Logró apartarme de Vietnam, logró cortarme el dedo, pero no consiguió apartarme de su sueño y eso lo tenía preocupado. Si había de morir, sabía que yo tenía que estar presente... aunque ignoraba por qué. Si me había amputado el dedo para salvarme la vida, era una contradicción haberme invitado a reunirme con él en Arizona. Dios le había prometido que nada malo me ocurriría y Owen Meany se aferraba a esa convicción.

«¡QUIZÁ SOLO SEA UN SUEÑO!», repitió. «QUIZÁ LA FECHA SOLO SEA UN PRODUCTO DE MI IMAGINACIÓN. ¡PERO ESTABA ESCRITA EN PIEDRA... *ESTA “ESCRITA EN PIEDRA”!*», agregó; se refería, naturalmente, a que ya había grabado la fecha de su muerte en su propia lápida. Pero ahora estaba confundido; ahora no estaba tan seguro.

«¿CÓMO PUEDE HABER NIÑOS VIETNAMITAS EN *ARIZONA?*», se preguntaba Owen; incluso le hacía una pregunta a *Dios*. «DIOS MIO... SI NO

SALVO A ESOS NIÑOS, ¿CÓMO PUDISTE HACERME PASAR POR TODO ESTO?». Más adelante, agregó: «TENGO QUE CONFIAR EN EL SEÑOR».

Y justo antes de que el avión aterrizara en Phoenix, hizo desde el aire esta apresurada observación: «AQUÍ ESTOY OTRA VEZ... POR ENCIMA DE TODAS LAS COSAS. LAS PALMERAS SON MUY ALTAS Y ERGUIDAS... ESTOY MUY POR ENCIMA DE LAS PALMERAS. EL CIELO Y LAS PALMERAS SON UNA BELLEZA».

Fue el primero en bajar del avión; su uniforme era un sorprendente desafío al calor, el brazalete negro identificaba su misión; llevaba la bolsa de lona verde en una mano y la caja triangular de cartón en la otra. Se encaminó directamente al compartimiento de equipajes del avión; aunque no oía su voz, percibí que estaba dando órdenes a quienes manipulaban el cadáver y al operador de la carretilla elevadora... tengo la certeza de que les estaba indicando que mantuvieran la cabeza del cadáver más elevada que los pies, para que no escapara ningún fluido por los orificios. Owen hizo un saludo militar mientras bajaban del avión el cadáver en su contenedor contrachapado. Una vez que el operador sujetó el cajón, Owen saltó a uno de los dientes de la carretilla... y así, como el mascarón de proa de un buque, recorrió la corta distancia que separaba la pista del coche fúnebre.

Me encaminé por el suelo alquitranado hacia la familia, que no se había movido... sólo seguían con la vista a Owen Meany y al cadáver en su cajón. Permanecieron paralizados por la indignación, pero el mayor del Ejército se adelantó garbosamente a saludar a Owen; el chófer del largo coche gris plata abrió la puerta trasera y el empresario de pompas fúnebres se transformó en el untuoso delegado de la muerte, en el entrometido nato que era.

Owen bajó de un salto de la carretilla; tiró la bolsa de lona en el alquitrán y abrió la caja triangular de cartón. Con ayuda del mayor, desplegó la bandera... que era difícil de manipular bajo el intenso viento. De pronto se encendieron más luces en la pista; la bandera se hinchó y restalló brillante contra el cielo oscuro; torpemente, por fin Owen y el mayor lograron cubrir con ella el cajón. Una vez deslizado el cadáver en el interior del coche fúnebre, la bandera permaneció quieta y la familia —como una enorme bestia desgarrada— se aproximó al coche fúnebre y a Owen Meany.

En ese momento noté que el gigantesco larguirucho *no* llevaba un mono de obrero, sino ropa de fajina de la jungla... y que lo que yo había confundido con lamparones de grasa o aceite eran, en realidad, los estampados propios del camuflaje. El traje de fajina parecía auténtico, pero evidentemente el muchacho no tenía edad suficiente para «servir» y no podía decirse que el uniforme fuera del todo correcto... sus enormes pies iban calzados con unas gastadas y mugrientas zapatillas de baloncesto; además, su mata de pelo enmarañado a la altura del hombro no correspondía, sin la menor duda, a ningún reglamento del Ejército. Y no usaba un



cinturón de carpintero, sino una especie de cartuchera, con algo que parecía munición sin utilizar, proyectiles cargados —al menos parte de la cartuchera estaba llena de balas—, y de diversos ganchos, presillas y cuerdas del cinturón colgaban ciertas cosas... que no eran las herramientas de un mecánico ni el equipo corriente de un reparador de teléfonos. El larguirucho portaba pertrechos del *Ejército* aparentemente auténticos: una herramienta para atrincheramiento, un machete, una bayoneta... aunque la vaina de esta última ni siquiera a mí me pareció propia del Ejército; estaba fabricada con un material de color verde brillante y lucía la tradicional calavera de tono naranja brillante.

La chica embarazada, a quien tomé por la hermana del monstruo larguirucho, no podía tener más de dieciséis o diecisiete años; comenzó a sollozar... e inmediatamente cerró el puño y se mordió el nudillo de la base del índice para reprimir el llanto.

—¡Mierda! —gritó la madre. El hombre de movimientos lentos que parecía su marido, cruzaba y descruzaba los fornidos brazos; espontáneamente, ante la maldición de su madre, el espectro con ropa de fajina echó la cabeza hacia atrás y lanzó otro considerable escupitajo de color fango.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —le pidió la chica embarazada.

—Vete al carajo —respondió él.

El hombre de movimientos lentos no era tan lento como yo pensaba. Arremetió contra el muchacho y le propinó un sólido derechazo en plena mejilla que lo dejó tirado en el alquitrán, como la bolsa de lona de Owen.

—No le hables así a tu hermana —dijo el hombre.

El chico, sin moverse, le espetó:

—Vete al carajo... *no* es mi hermana. ¡Apenas es mi *media* hermana!

—No le hables así a tu padre —dijo la madre.

—No es mi padre... pedazo de tarada —replicó el muchacho.

—¡No llames «pedazo de tarada» a tu madre! —dijo el hombre, pero cuando se acercó al larguirucho tendido en el alquitrán, como si quisiera situarse en posición de darle una patada, aquél se levantó con dificultad. Blandía el machete en una mano y la bayoneta en la otra.

—Los *dos* sois tarados —dijo el muchacho al hombre y la mujer... y cuando su hermana volvió a ponerse a llorar, echó una vez más la cabeza hacia atrás y escupió el jugo de tabaco; no la escupió a ella, pero sí en su dirección.

Fue Owen quien le habló.

—ME GUSTA ESA FUNDA... LA DE LA BAYONETA —dijo—. ¿LA HAS HECHO TU MISMO?

Tal como yo había visto muchas veces cuando se trataba de desconocidos, toda la familia se quedó congelada al oír la voz de Owen Meany. La chica embarazada dejó

de llorar; el padre —que *no* era el padre del larguirucho— retrocedió, apartándose de Owen, como si temiera más a La Voz que a una bayoneta o un machete, o a ambas cosas; la madre se toqueteó nerviosa el pelo pegajoso, como si Owen la hubiera impulsado a preocuparse por su aspecto. La copa de la gorra de Owen Meany apenas llegaba al pecho del muchacho, quien le dijo:

—¿Quién eres *tú*, pequeño *renacuajo*?

—El oficial asistente de bajas —intervino el mayor del Ejército—. Es el teniente Meany.

—Me gustaría oírsele decir *a él* —dijo el larguirucho, sin quitarle los ojos de encima.

—SOY EL TENIENTE MEANY —dijo mi amigo y le tendió la mano—. ¿CÓMO TE LLAMAS TÚ? —pero para poder estrecharle la mano a Owen, tendría que haber enfundado como mínimo una de sus armas y no parecía dispuesto a hacerlo. Tampoco se molestó en decirle su nombre a Owen.

—¿Qué le pasa a tu voz? —le preguntó.

—NADA... ¿QUÉ TE PASA A TI? —le preguntó Owen—. TE GUSTA DISFRAZARTE Y JUGAR A QUE ERES UN SOLDADO... ¿NI SIQUIERA SABES COMO SE LE HABLA A UN OFICIAL?

Como gallito innato que era, el larguirucho sabía respetar a alguien que fanfarroneaba.

—Sí, señor —replicó sarcásticamente.

—LAMENTO LA MUERTE DE TU HERMANO —dijo Owen Meany—. ¿NO QUIERES PRESTARLE UN POCO DE ATENCIÓN A ÉL?

—Sí, señor —dijo el muchacho con tono sereno; no sabía *cómo* PRESTAR UN POCO DE ATENCIÓN a su difunto hermano, de modo que fijó la vista melancólicamente en el ángulo de la bandera cercano a la puerta abierta del coche fúnebre, que de vez en cuando aleteaba con el viento.

Entonces Owen Meany circuló entre los miembros de la familia, estrechando manos, dando el pésame; la cara de la madre reflejaba tal gama de sentimientos, que parecía contradictoriamente estimulada a coquetear con él y a matarlo. El impasible padre me pareció el más desagradablemente impresionado por el raro tamaño de Owen; su pastoso semblante oscilaba entre la estupidez bestial y el desprecio. La chica embarazada se sintió muy apocada cuando Owen le dirigió la palabra.

—LAMENTO LO OCURRIDO A TU HERMANO —le dijo; le llegaba justo al mentón.

—Mi *medio* hermano —musitó la chica—. ¡Pero lo quería! —agregó. Su *otro* medio hermano, el que estaba vivo, tuvo que reprimirse violentamente para no escupir. De modo que son una familia partida en mitades o algo peor, pensé.

El mayor, en su coche —donde Owen y yo tuvimos la primera oportunidad de

saludarnos, de abrazarnos, de palmearnos la espalda—, nos explicó la composición de la familia.

—Son un revoltijo, por supuesto... y todos pueden ser criminalmente retrasados —dijo. Se llamaba Rawls... y a Hollywood le habría encantado contar con él. De cerca parecía un cincuentón de tipo bronco, aunque sólo tenía treinta y siete años. Había ganado el despacho de oficial en el campo de batalla, hacia el final de la guerra de Corea; completó una gira de servicios en Vietnam como oficial ejecutivo de un batallón de infantería. El mayor Rawls se había alistado en el Ejército en 1949, a los dieciocho años. Prestó servicios en el Ejército durante diecinueve años; participó en dos guerras; lo habían postergado para un ascenso a teniente coronel y, en una época en que todos los buenos oficiales «de graduación en el campo de batalla» estaban en Washington o en Vietnam... él había terminado como profesor del ROTC gracias a su gira de servicios.

El mayor Rawls se había ganado el grado de oficial en el campo de batalla... y también una buena dosis de cinismo; hablaba en ráfagas sostenidas y explosivas... como las descargas de un arma automática.

—Pueden estar follándose *todos* entre sí... no me sorprendería nada en una familia como ésta —comentó el mayor Rawls—. El hermano es el rey de los chiflados... se pasa el día deambulando por el aeropuerto, observando los aviones, charlando con los soldados. No ve *la hora* de tener edad para ir a Vietnam. El único miembro de la familia que podría haber sido más chiflado que él es el muerto... ¡ésta era su *tercera* y jodida gira «de servicios»! Tendríais que haberlo visto entre una gira y otra... toda la jodida tribu vive en un estacionamiento de remolques y el sargento se pasaba todo el tiempo espionando las ventanas de los vecinos a través de una mira telescópica. Ya sabéis lo que quiero decir: enfilando a todo el mundo en la retícula. Si no hubiese vuelto a Vietnam, habría terminado con sus huesos en chirona.

»Los dos hermanos son de diferente padre... ambos *muertos*, no este fante —nos informó el mayor Rawls—. Este fante es el padre de esa desgraciada muchachita... no os puedo jurar quién le echó ese polvo, pero estoy seguro que es un asunto que quedó en familia. Personalmente, apuesto por el sargento... sospecho que también la había enfilado en la retícula. ¿Entendéis lo que quiero decir? Tal vez los dos hermanos se la estaban cepillando, aunque creo que el más joven está demasiado loco para que se le empine... no ve la hora de tener edad suficiente para matar.

»En cuanto a la *madre*... no sólo flota en el espacio, sino que está en jodida *órbita* —prosiguió el mayor Rawls—. ¡Y esperad a llegar al *velatorio*... esperad a conocer al *resto* de la familia! Os aseguro... que no tendrían que haber devuelto al hermano de Vietnam; ni siquiera en un cajón. ¡Lo que tendrían que haber hecho es enviar a toda su jodida familia *allá*! Podría ser la única forma de ganar esta jodida guerra... si entendéis lo que quiero decir.

Estábamos siguiendo al coche fúnebre gris plata, cuyo chófer conducía laboriosamente por una carretera denominada Black Canyon. Luego giramos por algo llamado Camelback Road. Las palmeras se mecían al viento en lo alto; en los pastos de Bermuda, en un barrio, vi a unos viejos sentados en sillas metálicas de jardín... pese al calor que hacía allí incluso de noche, todos se habían puesto un suéter y nos saludaron con la mano. También debían de estar locos.

Owen Meany me había presentado como su MEJOR AMIGO al mayor Rawls.

—MAYOR RAWLS... ESTE ES MI MEJOR AMIGO, JOHN WHEELWRIGHT —había dicho Owen—. ¡HA VENIDO DESDE NEW HAMPSHIRE PARA ENCONTRARSE CONMIGO!

—Es mejor que venir de Vietnam. Encantado de conocerte, John —había dicho el mayor Rawls; su apretón de manos era aplastante y conducía su coche como si todos los demás conductores del camino ya hubiesen hecho algo para ofenderlo.

Ahora, el mayor me dijo:

—¡Espera a ver la jodida funeraria!

—ES UNA ESPECIE DE FUNERARIA DE PASEO COMERCIAL —dijo Owen; al mayor Rawls le gustó la expresión y rió.

—¡Es un jodido *servicio funerario* de «paseo comercial»! —exclamó Rawls.

—TIENEN CRUCES DE QUITA Y PON EN LA CAPILLA —me informó Owen—. PUEDEN CAMBIARLAS SEGÚN LA CONFESIÓN DEL OFICIO QUE SE CELEBRA... TIENEN UN CRUCIFIJO DEL QUE CUELGA UN CRISTO QUE PARECE VIVO, PARA LOS CATÓLICOS. TIENEN UNA CRUZ DE MADERA SENCILLA PARA LOS PROTESTANTES DE TIPO SENCILLO. INCLUSO TIENEN UNA CRUZ EXTRAVAGANTE, CON JOYAS, PARA LOS INTERMEDIOS.

—¿Quiénes son «intermedios»? —pregunté a Owen Meany.

—Exactamente los que tenemos entre manos —contestó el mayor Rawls—. Tenemos a unos jodidos *baptistas*... son unos jodidos «intermedios». ¿Te acuerdas de aquel pastor imbécil, Meany? —le preguntó a Owen.

—¿SE REFIERE AL BAPTISTA QUE UTILIZAN EN LA FUNERARIA? ¡ME ACUERDO, POR SUPUESTO!

—¡Espera a conocerlo *a él!* —me dijo el mayor Rawls.

—No veo la hora —respondí.

Owen me hizo poner el brazalete negro.

—NO TE PREOCUPES, TENDREMOS MUCHO TIEMPO LIBRE —me dijo.

—¿Queréis salir con *chicas*? —nos preguntó el mayor Rawls—. Conozco a unas cuantas calentorras.

—YA LO SE —dijo Owen—. PERO NO, GRACIAS... SOLO QUEREMOS HARAGANEAR.

—Os mostraré la *Sex-shop* —se ofreció el mayor Rawls.

—NO, GRACIAS —repitió Owen—. SOLO QUEREMOS DESCANSAR.

—¿Qué sois... una pareja de maricas? —preguntó el mayor y rió de su propio chiste.

—TAL VEZ LO SEAMOS —dijo Owen Meany y el mayor Rawls soltó una carcajada.

—Tu amigo es el pequeño follador más divertido del Ejército —me dijo.

*Era* realmente una especie de funeraria de galería comercial, rodeada de una insondable impropiedad teniendo en cuenta el ramo a que se dedicaban. Al estilo de una hacienda mexicana, la empresa de pompas fúnebres —y su capilla con las cruces de quita y pon— formaba una de varias L en una larga serie de edificios estucados en blanco y rosa, comunicados entre sí. Inmediatamente contigua a la funeraria había una heladería; al lado de la capilla vi una tienda de animalitos domésticos... cuyo escaparate exponía un arreglo de serpientes que estaban en venta.

—No es extraño que el sargento quisiera volver a Vietnam —comentó el mayor Rawls.

Antes de que el untuoso funebrero preguntara quién era yo —o preguntara con qué autoridad se *me* permitía ver el contenido del cajón contrachapado—, Owen Meany me presentó.

—ESTE ES MISTER WHEELWRIGHT... NUESTRO EXPERTO EN CADÁVERES. ESTA EN INTELIGENCIA —dijo al funebrero—. DEBO PEDIRLE QUE NO HABLE DE ESTO.

—¡No... nunca! —contestó el funebrero; evidentemente no sabía de qué había, o podía haber, que HABLAR. El mayor Rawls puso los ojos en blanco y ahogó una carcajada seca fingiendo un acceso de tos. Un vestíbulo alfombrado nos condujo a una habitación que olía a laboratorio de química, donde dos asistentes inadecuadamente alegres estaban aflojando los tornillos del cajón de traslado... otro hombre apilaba la madera contrachapada contra una pared distante; estaba terminando de tomar un cucurucho de helado, de manera que apilaba la madera desmañadamente con la mano libre. Fueron necesarias cuatro personas para levantar el pesado ataúd, probablemente de calibre veinte, en la plataforma metálica rodante. El mayor Rawls hizo girar tres cerraduras parecidas a esos extraños cerrojos de volante de ciertos coches deportivos.

Owen Meany abrió la tapa y se asomó al interior. Poco después, se volvió hacia Rawls y le preguntó:

—¿ES ÉL?

El mayor Rawls observó el ataúd durante largo rato. El funebrero sabía que debía esperar su turno.

Finalmente, el mayor giró.

—Creo que es él —dijo—. Se parece bastante —agregó. El funebrero hizo amago de acercarse al ataúd, pero Owen lo detuvo.

—POR FAVOR, PRIMERO PERMITA QUE LO VEA MISTER WHEELWRIGHT —dijo.

—¡Sí... naturalmente! —dijo el funebrero, retrocedió y susurró a sus asistentes —: ¡Es un asunto de *Inteligencia*... no hay que hablar de ello! —Los dos asistentes, e incluso el tío de aspecto tranquilo que manipulaba el contrachapado y el helado, intercambiaron una mirada nerviosa.

—¿Cuál fue la causa de la muerte? —preguntó el funebrero al mayor Rawls.

—ESO ES PRECISAMENTE LO QUE SE ESTA INVESTIGANDO —se apresuró a responder Owen—. ¡DE ESO ES DE LO QUE NO DEBEMOS HABLAR!

—¡Sí... naturalmente! —contestó el imbécil del funebrero.

El mayor Rawls volvió a contener la risa; tosió.

Evité mirar demasiado de cerca el cadáver del sargento. Estaba tan preparado para algo ni siquiera reconociblemente humano que, al principio, sentí un enorme alivio; no parecía haberle pasado casi nada... era un soldado entero con su uniforme verde, sus alas de aviador, su galón de sargento. Llevaba un bronceado de maquillaje y la piel de su cara parecía estirada y demasiado tensa sobre sus huesos, que eran prominentes. Había un elemento irreal en su pelo, semejante a una peluca en pleno proceso de confección. Luego mi examen del rostro del sargento me hizo percibir ciertas cosas específicas nada agradables... tenía las orejas oscuras y encogidas como ciruelas pasas, como si se le hubieran incendiado los auriculares mientras escuchaba algo; en la piel de alrededor de los ojos había sendos círculos con la forma perfecta de unas gafas protectoras, como si el hombre hubiera sido en parte mapache. Comprendí que se le habían derretido las gafas de sol contra la cara y que la tirantez de su piel era, en realidad, el resultado de que se le hubiera hinchado toda la cara... transformándola en una ampolla tersa y ceñida, que me produjo la sensación de que el terrible calor al que había estado expuesto se había generado en el *interior* de su cabeza.

Me sentí mal, pero más avergonzado que enfermo; me pareció una indecencia mi invasión de la intimidad del sargento... en la misma medida en que un buscador de emociones fuertes que se arrima a los restos de un accidente de carretera puede sentirse culpable por vislumbrar los cabellos sanguinolentos que sobresalen a través del limpiaparabrisas roto. Owen Meany sabía que yo no podía hablar.

—ES LO QUE MISTER WHEELWRIGHT ESPERABA... ¿VERDAD? —me preguntó Owen; asentí y me aparté.

Ni corto ni perezoso, el funebrero se precipitó al ataúd.

—*Francamente*... cualquiera diría que podrían hacer algo mejor que *esto* —dijo.

Con remilgos, cogió un pañuelo de papel y limpió algo que goteaba, un fluido, de la comisura de los labios del sargento—. De todos modos, a mí no me convencen los ataúdes abiertos. Esa última mirada puede partir el corazón.

—No creo que este tipo tuviera el don de partir corazones —apostilló el mayor Rawls. Pero yo pensé en un corazón que el sargento había roto; su altísimo hermano menor tenía el corazón destrozado... tenía algo mucho *peor* que el corazón destrozado, pensé.

Owen y yo tomamos un helado de cucurucho, al lado, mientras el mayor Rawls y el funebrero discutían sobre el «imbécil del pastor». Era sábado. Como al día siguiente sería domingo, el oficio no podría celebrarse en la Iglesia Baptista... pues en tal caso entraría en conflicto con los demás servicios dominicales. Había un pastor baptista que viajaba a la empresa de pompas fúnebres y celebraba el oficio en su flexible capilla.

—¡No querrá decir que es un pastor *ambulante* porque es tan imbécil como para no tener iglesia propia! —exclamó el mayor Rawls; acusó al funebrero y al pastor de trabajar juntos con frecuencia, «por dinero».

—En una iglesia también cuesta dinero... mueras donde mueras, si hay un oficio, cuesta dinero —declaró el funebrero.

—EL MAYOR RAWLS ESTA HARTO DE ESCUCHAR A ESTE BAPTISTA CONCRETO —me explicó Owen.

Cuando volvimos al coche Rawls dijo:

—No creo que nadie de esta familia haya ido a la iglesia... en toda su vida. Ese jodido funebrero los convenció de que fueran baptistas, lo sé. Con toda probabilidad les dijo que tenían que decir que eran *algo*... y los persuadió de que fueran baptistas. ¡Él y ese jodido pastor... son un matrimonio celebrado en el infierno!

—DE HECHO, LOS CATÓLICOS HACEN ESTAS COSAS MEJOR QUE NADIE —apuntó Owen Meany.

—¡Los jodidos católicos! —exclamó el mayor Rawls.

—NO, SON QUIENES MEJOR HACEN ESTAS COSAS... TIENEN LA SOLEMNIDAD ADECUADA, EL TIPO ADECUADO DE RITUALES, EL RITMO ADECUADO.

Me sorprendió oír que Owen Meany *alabara* a los católicos, pero lo dijo absolutamente en serio. Ni siquiera el mayor Rawls quiso discutir con él.

—Lo único que sé... es que nadie hace *bien* «estas cosas» —comentó el mayor.

—YO NO HE DICHO QUE NADIE LAS HICIERA «BIEN», SEÑOR... HE DICHO QUE LOS CATÓLICOS LAS HACEN «MEJOR»; SON QUIENES *MEJOR* LAS HACEN.

Le pregunté a Owen qué era lo que goteaba de la boca del sargento.

—Fenol —dijo el mayor Rawls.

—TAMBIÉN SE LLAMA ÁCIDO CARBÓLICO —aclaró Owen.

—Yo lo llamo «fenol» —insistió Rawls.

Entonces les pregunté cómo había muerto el sargento.

—Era un verdadero imbécil —dijo el mayor Rawls—. Estaba repostando un helicóptero... y cometió un estúpido error.

—UNA CIRCUNSTANCIA AGRAVANTE CUANDO SE MANIPULA ALTO OCTANAJE —dijo Owen Meany.

—No veo la hora de mostraros ese jodido «picnic-velatorio» —confesó el mayor Rawls. Aparentemente, allí nos dirigíamos... al «picnic-velatorio» que iba por su tercer día de festejos. El mayor Rawls le tocó el claxon a alguien que, en su imaginación, probablemente pretendía salir poco a poco de una calle lateral y obstaculizarnos el camino; en realidad, yo tuve la impresión de que el conductor estaba esperando a que pasáramos—. ¡Fijaos en ese imbécil! —chilló el mayor Rawls.

Atravesamos el Phoenix nocturno. Owen Meany me palmeó el dorso de la mano.

—NO TE PREOCUPES —me dijo—. SOLO TENEMOS QUE HACER ACTO DE PRESENCIA EN EL VELATORIO... PERO NO TENEMOS QUE QUEDARNOS MUCHO.

—¡No os conseguiréis escaquear! —dijo el mayor con tono exaltado—. Os digo que esta gente está a un tris de matarse entre s... ¡Es el tipo de escena de donde sacan todas sus *ideas* los asesinos de masas!

El mayor Rawls había exagerado. La «tribu», como llamaba él a la familia, no vivía (como él había dicho) en un estacionamiento de remolques, sino en una casa prefabricada de una planta, con paredes de aluminio turquesa; a pesar de la audaz elección del turquesa, la casa era idéntica a todas las demás, en lo que yo supongo que todavía se llama urbanización de viviendas de renta baja. El barrio se distinguía por una numerosa población de vehículos desmantelados... por cierto, había más coches en bloques de escoria, sin las ruedas o con los motores arrancados, que automóviles vivos aparcados en los bordillos o en la calzada. Y como casi todas las casas estaban construidas con materiales baratos no aislantes —y los residentes no podían permitirse el lujo o no querían molestarse en poner aire acondicionado—, el vecindario (incluso de noche) pululaba practicando al aire libre actividades que normalmente se practican de puertas adentro. Habían arrastrado afuera los televisores; mesas de juego plegables y sillas plegables daban al abarrotado suburbio la atmósfera de una miserable cafetería en la acera... y manzana tras manzana de hoyos para asadores y parrillas de carbón —que soltaban un humo oscuro y chisporroteaban grasa—, daban al recién llegado la impresión de que esa zona de Phoenix se estaba recuperando de un ataque aéreo que había incendiado el terreno y sacado a los residentes de sus casas sólo con sus pertenencias más queridas y



salvables. Algunas personas mayores se columpiaban en hamacas.

Las puertas metálicas golpeaban toda la noche, los gatos se peleaban y follaban sin cesar, una cacofonía de perros remoloneaba en las inmediaciones de cada barbacoa al aire libre, y de vez en cuando el destello de un relámpago iluminaba la oscuridad, reflejando la silueta de la enredada maraña de antenas de televisión que sobresalían por encima de las casas bajas... como si una vasta red de telarañas gigantes amenazaran a la comunidad humana, inferior en número.

—Os digo que lo único que impide un asesinato aquí es que *todos* serían testigos —dijo el mayor Rawls.

Las tiendas —para los niños— llenaban el pequeño patio trasero de la casa del sargento; también había allí dos coches en bloques de escoria y durante la celebración del «picnic-velatorio» los más pequeños habían dormido dentro. También había una enorme barca en bloques de ceniza... una embarcación de regatas color coche de bomberos, cuya proa sobresaliente estaba rodeada por una brillante barandilla cromada. Tuve la impresión de que sería más cómodo dormir en la barca que en la casa turquesa, por cada uno de cuyos huecos asomaban las cabezas de los niños o de los adultos, con la vista fija en la oscuridad.

Uno de los grandes motores de la barca había sido retirado de la popa y sujeto al borde de un gran barril de hierro, lleno de agua; dentro funcionaba sin parar el motor... como mínimo media docena de adultos formaban corro a este despliegue de gasolina y aceite desperdiciados, y a las potentes hélices que removían el agua en el chapoteante barril. Los hombres permanecían en actitud tan reverente en torno a esta demostración de potencia, que el mayor Rawls, Owen y yo casi esperábamos que el barril alzara el vuelo... o al menos que se alejara por su propia cuenta.

Mediante la maravilla de un largo cable de prolongación, habían colocado en posición prioritaria un televisor, sobre la hierba seca y amarronada; un grupo de hombres miraba un partido de béisbol, por supuesto. ¿Y dónde estaban las mujeres? Apiñadas por edad o matrimonio o divorcio o grado de embarazo, las mujeres permanecían dentro de la casa sofocante, donde la temperatura semejante a la de un horno parecía haberlas marchitado, como a las lacias verduras crudas tiradas en un surtido de cuencos junto a la diversidad de «mojos» que iban por su tercer día de exposición al aire fétido.

También dentro la pila estaba llena de hielo, donde uno podía buscar en vano una cerveza fresca. La madre de pelo rosa, pegajoso y apilado, estaba apoyada con dejadez en la nevera, a la que parecía custodiar para que nadie la tocara; de vez en cuando arrojaba la ceniza de su cigarrillo en lo que distraídamente suponía que era un cenicero... aunque se trataba de una bandejita con nueces creativamente mezcladas con cereales de desayuno.

—¡Aquí viene el jodido Ejército! —exclamó... al vernos. Estaba bebiendo algo

que olía a *bourbon* en un vaso largo... decorado con un mal dibujo al aguafuerte de un faisán, o un urogallo, o una codorniz.

No fue necesario presentarme, aunque Owen y el mayor Rawls lo intentaron varias veces. De cualquier manera, no todos conocían a todos los demás; era difícil distinguir a la familia de los vecinos, y ni siquiera se tenían en cuenta especificidades tales como qué hijos eran descendientes del matrimonio anterior o actual de quién. Los parientes de Yuma y Modesto —al margen del incómodo hecho de que sus hijos, y quizás ellos mismos, se alojaban en tiendas y coches desmantelados— se mezclaban, sencillamente.

El padre que había golpeado a su hijastro en el aeropuerto estaba borracho como una cuba y había perdido el conocimiento en un dormitorio, dejando la puerta abierta; estaba despatarrado, no en la cama sino en el suelo, al pie de la cama, donde cuatro o cinco críos se habían pegado a otro televisor, con la atención fija en una serie de crímenes que seguramente no contenían para ellos ninguna sorpresa.

—Si encuentras aquí a una mujer, te pago el hotel —me dijo Rawls—. He estado trabajando en este escenario dos noches seguidas... esta es la tercera. Te aseguro que no hay una sola mujer a la que pudieras *atreverte* a hacerle una insinuación... aquí no. ¡Lo mejor que he visto es la hermana embarazada... imagínatelo!

Lo imaginé: la hermana embarazada era la única que había tratado de ser amable con nosotros; intentaba ser especialmente amable con Owen.

—Tu trabajo es muy duro —le dijo.

—NO TAN DURO COMO ESTAR EN VIETNAM —respondió él cortésmente.

La hermana embarazada también tenía un trabajo duro, pensé; daba la impresión de hacer un esfuerzo constante por no ser golpeada por su madre o su padre, o violada por éste, o violada y golpeada por su medio hermano menor... o alguna combinación de estas circunstancias, o todas.

—ME PREOCUPA TU HERMANO... ME REFIERO A TU MEDIO HERMANO, EL CHICO ALTO —le dijo Owen—. IRÉ A CONVERSAR CON ÉL. ¿DÓNDE ESTA?

La chica parecía demasiado asustada para hablar, pero finalmente dijo:

—Sé que tienes que darle la bandera a mi madre... en el funeral. Y sé lo que hará... cuando se la entregues. Ha dicho que te *escupirá*. Y la conozco: sé que lo hará. ¡Te escupirá a la cara!

—A VECES OCURRE. ¿DÓNDE ESTA EL CHICO ALTO... TU MEDIO HERMANO? ¿CÓMO SE LLAMA?

—¡Si Vietnam no hubiese matado a ese cabrón, alguna otra cosa lo habría matado... eso es lo que yo digo! —soltó la hermana embarazada y rápidamente paseó la mirada a su alrededor, temerosa de que alguien de la familia la hubiera oído.

—NO TE PREOCUPES POR EL FUNERAL —le dijo Owen—. ¿DÓNDE ESTA

EL CHICO ALTO? ¿CÓMO SE LLAMA? —había una puerta cerrada que daba a un estrecho pasillo y la chica la señaló, cautelosamente.

—No le digas que te lo dije —susurró.

—¿CÓMO SE LLAMA? —insistió Owen.

La chica embarazada miró de un lado a otro para cerciorarse de que nadie la observaba; tenía una mancha de mostaza en la tripa hinchada de su vestido arrugado.

—Dick —dijo y se apartó.

Owen llamó a la puerta.

—Cuidado, Meany —le aconsejó el mayor Rawls—. Conozco a la policía y sé que en el aeropuerto nunca le quitan los ojos de encima.

Owen volvió a llamar a la puerta, más insistentemente.

—¡Vete al carajo! —gritó Dick a través de la puerta cerrada.

—¡ESTÁS HABLANDO CON UN OFICIAL! —le recordó Owen Meany.

—¡Vete al carajo, señor! —gritó Dick.

—ESO ESTA MEJOR. ¿QUÉ HACES ENCERRADO ALLÍ? ¿UNA PAJA?

El mayor Rawls nos apartó de un empujón; estábamos los tres a un costado cuando Dick abrió la puerta. Se había puesto otros pantalones de fajina, iba descalzo y con el pecho descubierto; se había ennegrecido la cara con algo que parecía betún... como si tuviera pensado dedicarse, después de que se retiraran los jueguistas, a actividades clandestinas en el peligroso vecindario. Con la misma pintura negra se había dibujado círculos alrededor de las tetillas... como ojos de buey gemelos sobre su pecho.

—Adelante —dijo y retrocedió al interior, donde sin duda había estado soñando sin cesar con hacer una carnicería del Vietcong.

La habitación apestaba a marihuana; Dick terminó la pequeña colilla del porro que sostenía con unas pinzas... sin ofrecernos la última chupada. El difunto piloto de helicópteros, el sargento, se llamaba Frank Jarvits... pero Dick prefería llamarlo por su «nombre de asesino de congs», el que le habían puesto sus colegas de Nam, que era «Hubcap».<sup>[9]</sup> Dick nos mostró, muy orgulloso, todos los recuerdos que Hubcap había logrado contrabandear desde Vietnam. Había varias bayonetas, unos cuantos machetes, una colección de «escarabajos acuáticos» envueltos en plástico, y un casco con una raída badana... que llevaba escrito el posesivo «Sombrero de Hubcap» con algo que parecía sangre. Había un fusil de asalto AK-47 que Dick desmontó en la culata, el cañón, el receptáculo, el cerrojo... y así sucesivamente. Volvió a montar en un santiamén el arma de fabricación soviética. Sus ojos pétreos destellaron en una breve emoción pasajera al ganar nuestra aprobación; había querido mostrarnos cómo había desmontado Hubcap el fusil a fin de meterlo de contrabando en los Estados Unidos. También había dos granadas de la China comunista... esas granadas en forma de botella con la parte gorda serrada y la cuerda de la espoleta en el extremo en

forma de pipa del cuello de la botella.

—No explotan tan bien como las *nuestras* pero pueden mandarte a Leavenworth por birlar una Eme-sesenta-y-siete... me lo dijo Hubcap. —Dick fijó una mirada entristecida en las dos granadas chinas; luego levantó una—. Jodida *mierda* Chicom —dijo—, pero capaz de un buen trabajito —nos mostró cómo había pegado el sargento el extremo de la granada, donde está la cuerda del percutor; a continuación Hubcap había pegado todas las granadas en cartón, colocando una de ellas en un equipo de afeitar y la otra en una bota de combate—. Llegan a casa como equipaje de mano.

Aparentemente, varios «colegas» habían estado implicados en traer el fusil de asalto AK-47; distintos tipos habían traído diferentes piezas.

—Así es como se hace —dijo Dick sabiamente... meneando la cabeza al ritmo de la melodía que tocaba la marihuana—. La cosa se puso jodida después del sesenta y seis por el tráfico de drogas... empezaron a revisar más a fondo los equipos, ya sabéis.

Las paredes de la habitación estaban festoneadas de cartucheras colgantes, un surtido de ropa de fajina y prendas de uniformes que no hacían juego. El larguirucho vivía soñando con alcanzar la edad legal para matar legalmente.

—¿Por qué no estás *tú* en Nam? —le preguntó a Owen—. ¿Eres demasiado *pequeñajo*... o qué?

Owen prefirió hacer caso omiso de él, pero el mayor Rawls dijo:

—El teniente Meany ha solicitado el traslado a Vietnam... y está previsto que vaya en breve.

—¿Cómo es que no estás *tú* allá? —preguntó Dick al mayor.

—¡CÓMO ES QUE NO ESTA USTED ALLÁ, SEÑOR! —lo corrigió Owen Meany.

Dick cerró los ojos y sonrió; cabeceó, o se instaló en un ensueño, un par de segundos. Luego dijo al mayor Rawls:

—¿Cómo es que no está usted allá, *señor*?

—Ya *he estado* —contestó Rawls.

—¿Cómo es que no ha *vuelto*? —le preguntó Dick—. *Señor*... —agregó de mala manera.

—Aquí tengo un trabajo mejor —replicó el mayor Rawls.

—Bueno, *alguien* tiene que hacer los trabajos sucios... ¿verdad? —preguntó el larguirucho.

—CUANDO ENTRES EN EL EJERCITO, ¿QUÉ CLASE DE TRABAJO CREES QUE *HARAS*? —preguntó Owen al muchacho—. CON LA ACTITUD QUE TIENES, NO *LLEGARAS* A VIETNAM... NO IRAS A LA GUERRA, SINO A LA

CÁRCEL. NO SE NECESITA SER LISTO PARA IR A LA GUERRA —dijo Owen Meany—, PERO HAY QUE SER MÁS LISTO QUE TÚ.

El muchacho cerró los ojos y volvió a sonreír. Asintió con la cabeza. El mayor Rawls sacó un lápiz y golpeteó el cañón del fusil de asalto. El sonido devolvió a Dick a la vida, momentáneamente.

—Será mejor que no llesves a éste nene al aeropuerto, muchacho —dijo el mayor Rawls—. Más te valdrá no aparecer por allí con el fusil ni con las granadas. —El larguirucho volvió a cerrar los ojos y Rawls le golpeteó la frente con el lápiz. El muchacho parpadeó; en sus ojos aparecía y desaparecía el encono, un encono fugaz y flotante, como nubes o humo—. Ni siquiera sé si esas bayonetas o machetes son *legales*... ¿me entiendes? Más te vale dejarlos guardados en sus vainas.

—A veces los polis me los quitan... a veces me los devuelven el mismo día —noté que podía contar cada una de las costillas de Dick, cada músculo de su estómago. Vio que lo miraba y preguntó—: ¿Quién es el tío sin uniforme?

—ES DEL SERVICIO SECRETO —dijo Owen. Dick parecía impresionado, pero al igual que el encono, la sensación flotó y pasó.

—¿Vas armado? —me preguntó Dick.

—NO ES DE *ESE* TIPO DE SERVICIO SECRETO, SINO DE INTELIGENCIA —dijo Owen Meany y Dick volvió a cerrar los ojos: en su opinión, evidentemente no había *ninguna* inteligencia que no fuera armada.

—LAMENTO LO OCURRIDO A TU HERMANO —dijo Owen... mientras salíamos.

—Nos veremos en el funeral —dijo el mayor Rawls al larguirucho.

—¡Yo no voy a ningún jodido *funeral*!, —le espetó Dick—. Cierra la puerta, Señor de Inteligencia —me dijo, y la cerré.

—Fue un buen intento, Meany —dijo el mayor Rawls y le apoyó una mano en el hombro—. Pero ese animal no tiene salvación.

—NO NOS CORRESPONDE NI A USTED NI A MI... SEÑOR, NO NOS CORRESPONDE A NOSOTROS DECIR QUIEN «NO TIENE SALVACIÓN».

Ahora el mayor Rawls apoyó una mano en mi hombro.

—Te digo que Owen es demasiado bueno para este mundo —sentenció.

Cuando salíamos de la casa turquesa, la hija embarazada estaba tratando de reanimar a su madre, que yacía en el suelo de la cocina. El mayor Rawls miró la hora.

—Justo a la hora prevista —dijo—. Lo mismo que anoche, lo mismo que anteanoche. Los *picnics* ya no son lo que eran... para no hablar de los «*picnic-velatorios*».

—¿QUÉ LE PASA A ESTE PAÍS? —preguntó Owen Meany—. DEBERÍAMOS ESTAR TODOS EN CASA, CUIDANDO A GENTE COMO ESTA. ¡EN CAMBIO, MANDAMOS A GENTE COMO ESTA A VIETNAM!

El mayor Rawls nos llevó al hotel —un lugar modestamente bonito, de tipo hacienda—, donde una piscina con luces sumergidas producía el perturbador efecto de agrandar y deformar considerablemente a los nadadores. Pero no había muchos; después de que Rawls se invitara a sí mismo a una dolorosa cena tardía —y que *por fin* se fuera—, Owen Meany y yo quedamos solos. Nos sentamos en el agua, en la parte poco profunda de la piscina, bebiendo y bebiendo cerveza, contemplando el inmenso cielo del sudoeste.

—A VECES ME GUSTARÍA SER UNA ESTRELLA. ¿TE ACUERDAS DE ESA ESTÚPIDA CANCIÓN? «CUANDO LE PIDES UN DESEO A UNA ESTRELLA, NO IMPORTA QUIEN ERES». ¡DETESTO ESA CANCIÓN! NO QUIERO «PEDIRLE UN DESEO A UNA ESTRELLA», QUISIERA SER UNA ESTRELLA... TENDRÍA QUE HABER UNA CANCIÓN SOBRE ESTO —protestó Owen Meany, quien según mis cálculos iba por la sexta o séptima cerveza.

El mayor Rawls nos despertó con una llamada telefónica a primera hora de la mañana.

—No vengáis al jodido funeral... la familia está armando jaleo por el servicio. No quieren la presencia de *ningún* militar, nos han dicho que podemos *guardarnos* la bandera de los Estados Unidos... no la quieren.

—POR MI, DE ACUERDO —contestó Owen Meany.

—De modo que podéis volveros a dormir —dijo el mayor.

—POR MI, TAMBIÉN DE ACUERDO —contestó Owen.

De manera que no llegué a conocer al famoso «pastor baptista», el llamado «baptista ambulante». El mayor Rawls me contó, más tarde, que la madre había escupido al pastor y al funebrero... probablemente lamentando haber renunciado a la oportunidad de escupir a Owen cuando le entregara la bandera de los Estados Unidos.

Era el domingo 7 de julio de 1968.

Después de la llamada del mayor, volví a dormirme, pero Owen se puso a escribir su diario.

«¿QUÉ LE PASA A ESTE PAÍS?», escribió. «EXISTE UNA ESTÚPIDA MENTALIDAD DE “DESQUITE”... UNA COLERA SÁDICA». Encendió el televisor, pero lo dejó sin volumen; cuando desperté, mucho más tarde, seguía escribiendo en el diario y viendo a un telepredicador... sin sonido.

—ES MEJOR CUANDO NO HAY QUE OÍR LO QUE DICEN —me comentó.

En el diario, escribió: «¿ESTE PAÍS ES TAN INMENSO QUE NECESITA SIMPLIFICARLO TODO? CONSIDEREMOS LA GUERRA: O TENEMOS UNA ESTRATEGIA PARA “GANARLA”, LO QUE —A OJOS DEL MUNDO— NOS CONVIERTE EN ASESINOS, O ESTAMOS MURIENDO, SIN COMBATIR PARA GANAR. CONSIDEREMOS LO QUE LLAMAMOS “POLÍTICA EXTERIOR”: NUESTRA “POLÍTICA EXTERIOR” ES UN EUFEMISMO DE RELACIONES

PUBLICAS, Y NUESTRAS RELACIONES PUBLICAS EMPEORAN DÍA A DÍA. ESTAMOS SIENDO DERROTADOS Y NO SOMOS BUENOS PERDEDORES.

»Y CONSIDEREMOS LO QUE LLAMAMOS “RELIGIÓN”: ¡ENCIENDE CUALQUIER TELEVISIÓN CUALQUIER DOMINGO POR LA MAÑANA! FIJATE EN LOS COROS DE LOS POBRES E IGNORANTES... Y EN ESOS HORRENDOS PREDICADORES QUE NOS VENDEN VIEJAS HISTORIAS DE JESÚS COMO SI FUERA COMIDA-BASURA. EN BREVE HABRÁ UN PREDICADOR EN LA CASA BLANCA; EN BREVE HABRÁ UN CARDENAL EN LA CORTE SUPREMA. ALGÚN DÍA HABRÁ UNA EPIDEMIA... APUESTO QUE UNA MARAVILLA DE ENFERMEDAD SEXUAL. ¿Y QUE DIRÁN NUESTROS IMPAGABLES LIDERES, NUESTROS CABEZAS DE LA IGLESIA Y EL ESTADO... QUE NOS *DIRÁN*? ¿CÓMO NOS AYUDARAN? PUEDES TENER LA CERTEZA DE QUE NO NOS *CURARAN*... PERO ¿CÓMO NOS RECONFORTARAN? ENCIENDE EL TELEVISOR... Y HE ALLÍ LO QUE DIRÁN NUESTROS IMPAGABLES LIDERES, NUESTROS CABEZAS DE IGLESIA Y DE ESTADO DIRÁN: “¡TE LO HABÍA DICHO!”. DIRÁN: “ESO ES LO QUE TE PASA POR ANDAR FOLLANDO... TE DIJE QUE NO LO HICIERAS HASTA DESPUÉS DEL MATRIMONIO”. ¿NO VE CUALQUIERA EN QUE ANDAN ESTOS BOBALICONES? ESTOS FARISEOS FANÁTICOS NO SON “RELIGIOSOS”, SU SABIDURÍA CASERA NO ES “MORALIDAD”.

»A ESO SE ENCAMINA ESTE PAÍS... SE ENCAMINA A UN EXCESO DE SIMPLIFICACIÓN. ¿QUIERES VER A UN PRESIDENTE DEL FUTURO? ENCIENDE CUALQUIER TELEVISIÓN CUALQUIER DOMINGO POR LA MAÑANA... BUSCA A UNO DE ESOS CHARLATANES: ¡ES ÉL, ESE ES EL NUEVO MINISTRO PRESIDENTE! ¿Y QUIERES VER EL FUTURO DE TODOS ESOS CHICOS QUE CAERÁN EN LAS GRIETAS DE NUESTRA SOCIEDAD GRANDIOSA, ENORME Y CHAPUCERA? ACABO DE CONOCERLO; ES UN CHICO ALTO, FLACO, DE QUINCE AÑOS, Y SE LLAMA “DICK”. DA BASTANTE MIEDO. LO QUE LE PASA NO ES DISTINTO A LO QUE LE PASA AL TELEPREDICADOR... NUESTRO FUTURO PRESIDENTE. LO QUE LES PASA A AMBOS ES QUE ESTÁN ABSOLUTAMENTE SEGUROS DE TENER RAZÓN. ESO DA BASTANTE MIEDO... EL FUTURO, CREO, ASUSTA».

En ese momento desperté y lo vi hacer una pausa en la escritura. Miraba fijamente al predicador de la tele, a quien no oía; el predicador hablaba sin parar, agitando los brazos, mientras a sus espaldas permanecía un coro de hombres y mujeres con vestimentas ridículas... no estaban cantando, pero se balanceaban hacia atrás y hacia delante y sonreían; sus labios estaban tan firme y uniformemente cerrados que daban la impresión de zumbiar, o de lo contrario habían comido algo que los dejó en trance; o lo que decía el predicador los ponía en trance.

—¿Qué estás haciendo, Owen? —le pregunté.

Fue entonces cuando dijo:

—ES MEJOR CUANDO NO HAY QUE OÍR LO QUE DICEN.

Pedí un suculento desayuno para los dos... ¡nunca habíamos tenido servicio de habitación con anterioridad! Mientras me duchaba, Owen escribió un poco más en el diario.

«NO SABE POR QUÉ ESTA AQUÍ, Y NO ME ATREVO A DECÍRSELO», escribió. «YO NO SÉ POR QUÉ ESTA AQUÍ... SOLO SE QUE TIENE QUE ESTAR. PERO NI SIQUIERA “SÉ” ESO... YA NO. ¡NO TIENE SENTIDO! ¿DÓNDE ESTA VIETNAM... EN TODO ESTO? ¿DÓNDE ESTÁN ESOS POBRES NIÑOS? ¿SOLO FUE UN SUEÑO ESPANTOSO? ¿ESTOY LOCO, SENCILLAMENTE? ¿MAÑANA SOLO SERA OTRO DÍA?»

—Bien —dije, mientras desayunábamos—. ¿Qué quieres hacer hoy?

Me sonrió.

—NO IMPORTA LO QUE HAGAMOS... PASÉMOSLO BIEN —dijo Owen Meany.

Preguntamos en la recepción dónde podíamos jugar al baloncesto; Owen quería practicar el tiro, por supuesto, y yo pensé que, especialmente con semejante canícula, un gimnasio sería un lugar fresco y agradable para pasar un par de horas. Estábamos seguros de que el mayor Rawls podía hacernos entrar a cualquier instalación deportiva del estado de Arizona, pero no queríamos pasar el día con él ni alquilar un coche y buscar un lugar donde jugar solos al baloncesto. El recepcionista dijo:

—Esta es una ciudad de golf y de tenis.

—NO IMPORTA —dijo Owen—. ESTOY SEGURO DE QUE HEMOS PRACTICADO BASTANTE ESE TONTO TIRO.

Intentamos dar un paseo, pero yo afirmé que el calor nos mataría.

Comimos opíparamente en el patio, junto a la piscina; entre un plato y otro entrábamos y salíamos del agua y cuando terminamos el almuerzo seguimos bebiendo cerveza y refrescándonos en la piscina. Teníamos todo el motel prácticamente para nosotros solos; los camareros y el barman nos miraban constantemente... debían de pensar que estábamos locos o que éramos de otro planeta.

—¿DÓNDE ESTA TODO EL MUNDO? —preguntó Owen al barman.

—No hacemos mucho negocio en esta época del año —confesó el barman—. ¿En qué negocio está usted? —preguntó a Owen.

—EN EL DE LA MUERTE —dijo Owen Meany. Después nos sentamos en la piscina, riéndonos al comentar que el negocio de la muerte no era de temporada.

Más o menos a media tarde, Owen empezó a jugar a lo que llamaba «JUEGO DEL RECUERDO».



—¿RECUERDAS EL DÍA QUE CONOCISTE A MISTER FISH? —me preguntó.

Dije que no lo recordaba... me parecía que Mr. Fish siempre había estado presente.

—SE LO QUE QUIERES DECIR. ¿RECUERDAS LO QUE LLEVABA PUESTA TU MADRE CUANDO ENTERRAMOS A SAGAMORE?

No logré recordarlo.

—EL SUÉTER NEGRO DE ESCOTE EN V Y LOS PANTALONES DE FRANELA GRIS... QUIZÁS ERA UNA FALDA LARGA, GRIS —agregó.

—No creo que *tuviese* una falda gris larga —dije.

—CREO QUE TIENES RAZÓN —dijo—. ¿TE ACUERDAS DE LA VIEJA CHAQUETA DEPORTIVA DE DAN... LA QUE PARECÍA HECHA CON ZANAHORIAS?

—¡Del color exacto de su pelo!

—¡A ESA ME REFIERO! —dijo Owen Meany.

—¿Te acuerdas de los disfraces de *vaca* de Maribeth Baird? —le pregunté.

—ERAN UN PROGRESO RESPECTO A LOS TÓRTOLOS. ¿RECUERDAS A ESOS *ESTÚPIDOS* TÓRTOLOS?

—¿Te acuerdas cuando Barb Wiggin te provocó una erección? —le pregunté.

—¡RECUERDO CUANDO GERMAINE TE PROVOCO A *TI* UNA ERECCIÓN! —dijo.

—¿Recuerdas tu *primera* erección? —le pregunté. Los dos guardamos silencio. Imaginé que Hester me había provocado la primera erección y no quería decírselo a Owen; imaginé que mi madre le había provocado la primera a *él*, y probablemente por eso callaba.

Por fin, dijo:

—ES COMO LO QUE DICES TU DE MISTER FISH... CREO QUE EN MÍ *SIEMPRE* ESTUVO PRESENTE UNA ERECCIÓN.

—¿Recuerdas a Amanda Dowling? —le pregunté.

—¡NO ME PONGAS LA PIEL DE GALLINA! —exclamó—. ¿TE ACUERDAS DEL JUEGO CON EL ARMADILLO?

—¡Por supuesto! —contesté—. ¿Te acuerdas cuando Maureen Early se meó encima?

—¡SE MEO *DOS VECES*! —dijo—. ¿TE ACUERDAS CUANDO TU ABUELA GIMIÓ COMO UN HADA MALIGNA?

—Nunca lo olvidaré. ¿Te acuerdas cuando te desataste de la cuerda en la cantera y te escondiste... mientras nadábamos?

—ME DEJASTEIS AHOGAR... ME DEJASTEIS MORIR.

Cenamos junto a la piscina; bebimos cerveza en el agua hasta mucho después de

medianoche... cuando el barman nos informó que no estaba autorizado a servirnos más.

—De todos modos se supone que no se puede beber *dentro* de la piscina —dijo—. Podrían ahogarse. Y yo debo irme a casa —concluyó.

—TODO COMO EN EL EJERCITO —dijo Owen—. REGLAS, REGLAS, REGLAS.

Nos llevamos un cartón de seis cervezas y un cubo con hielo a nuestra habitación; vimos Última Sesión y después Sesión de Madrugada... al tiempo que intentamos recordar todas las películas que habíamos visto. Yo estaba tan borracho que no recuerdo las que vimos en Phoenix aquella noche. Owen Meany estaba tan borracho que se quedó dormido en la bañera; se había metido allí porque, dijo, echaba de menos estar sentado en la piscina. Claro que desde la bañera no podía ver la película... e insistió en que se la describiera.

—¡Ahora ella está besando su fotografía! —le grité.

—¿CUÁL ESTA BESANDO LA FOTOGRAFÍA DE EL... LA RUBIA? —me preguntó—. ¿QUÉ FOTO?

Seguí contándole la película hasta que lo oí roncar. Entonces vacié el agua de la bañera y lo alcé para sacarlo... era muy ligero, no pesaba nada. Lo sequé con una toalla; no se despertó. Murmuraba en su sueño etílico.

—SE QUE ESTÁS AQUÍ POR UNA RAZÓN —dijo.

Cuando lo arrojé en su cama, abrió los ojos de golpe y dijo:

—DIOS... ¿POR QUÉ NO HA CAMBIADO MI VOZ, POR QUÉ ME HAS DADO ESTA VOZ? TIENE QUE HABER UNA RAZÓN —cerró los ojos y agregó—: WATAHANTOWET.

Cuando me acosté y apagué la luz, le di las buenas noches.

—Buenas noches, Owen —dije.

—NO TENGAS MIEDO. NADA MALO TE OCURRIRÁ —dijo Owen Meany— TU PADRE NO ES TAN MAL TIPO.

Cuando desperté por la mañana, tenía una terrible resaca; Owen ya estaba despierto... y escribía en el diario. Fue su última anotación... fue en ese momento cuando escribió: «¡HOY ES EL DÍA! "... QUIEN CREA EN MI, AUNQUE ESTE MUERTO VIVIRÁ; QUIEN VIVA Y CREA EN MI, NUNCA MORIRÁ"».

Era el lunes 8 de julio de 1968... la fecha que Owen había visto en el sepulcro de Scrooge.

El mayor Rawls nos recogió en el hotel y nos llevó al aeropuerto... al así llamado Sky Harbor. Pensé que Rawls había cambiado de personalidad —no estaba nada locuaz, se limitó a refunfuñar algo sobre una «cita fallida»—, pero Owen ya me había advertido que tenía un humor tornadizo.

—NO ES MAL TIPO... PERO SABE QUE SU BARCO NO SIEMPRE LLEGARA A BUEN PUERTO —había dicho Owen Meany del mayor Rawls—. ES DE LA VIEJA GUARDIA, DEL EJERCITO DE ZAPATOS MARRONES... LE GUSTA FINGIR QUE NO TIENE LA MENOR EDUCACIÓN, PERO LO ÚNICO QUE HACE ES LEER; NI SIQUIERA VA AL CINE. Y NUNCA HABLA DE VIETNAM... SOLO ALGÚN COMENTARIO CRÍPTICO DICIENDO QUE EL EJERCITO NO LO PREPARO PARA MATAR A MUJERES Y NIÑOS, NI PARA SER MATADO POR ELLOS. POR ALGUNA RAZÓN QUE IGNORO, NO LO ASCENDIERON A TENIENTE CORONEL; PRÁCTICAMENTE SE HAN ACABADO SUS VEINTE AÑOS EN EL EJERCITO Y ESTA AMARGADO POR ELLO... SOLO ES MAYOR. AÚN NO HA LLEGADO A LOS CUARENTA Y ESTÁN A PUNTO DE RETIRARLO.

El mayor Rawls se quejó de que íbamos demasiado temprano al aeropuerto; aún faltaban dos horas para mi vuelo a Boston. Owen no había reservado ningún vuelo a Tucson... aparentemente salían aviones con mucha frecuencia de Phoenix a Tucson y él esperaba a que me fuera; luego cogería el siguiente avión.

—Hay lugares mejores que este jodido aeropuerto para perder el tiempo —protestó el mayor Rawls.

—NO TIENE POR QUÉ PERDER EL TIEMPO CON NOSOTROS... SEÑOR —dijo Owen Meany.

Pero Rawls no quería quedarse solo; no tenía ganas de hablar, pero quería compañía... o no sabía lo que quería. Entró con paso cansino en la sala de juegos y se puso a jugar en las tragaperras con unos jóvenes reclutas. Cuando éstos se enteraron de que había estado en Vietnam, lo bombardearon a preguntas; su única respuesta fue:

—Es una guerra imbécil... y vosotros sois unos imbéciles si queréis ir —el mayor Rawls les señaló a Owen—. ¿Queréis ir a Vietnam? Hablad con él... id a ver a aquel teniente pequeñito. Es otro imbécil que quiere ir a Vietnam.

Casi todos los nuevos reclutas iban camino de Fort Huachuca; tenían el pelo tan corto que en el cuero cabelludo se les veían las costras dejadas por la maquinilla de afeitar... la mayoría de los destinados a Fort Huachuca probablemente serían trasladados en breve a Vietnam.

—Parecen *bebés* —dijo a Owen.

—LOS BEBÉS HACEN LA GUERRA —me contestó Owen Meany; dijo a los jóvenes reclutas que creía que les gustaría Fort Huachuca—. SIEMPRE BRILLA EL SOL. Y NO HACE TANTO CALOR COMO AQUÍ. —No dejaba de mirar la hora.

—Tenemos mucho tiempo —le dije y me sonrió... esa vieja sonrisa con leve conmisericordia y leve desdén.

Aterrizaron algunos aviones; despegaron otros. Algunos reclutas partieron hacia

Fort Huachuca.

—¿Usted no viene, señor? —le preguntaron a Owen Meany.

—MÁS TARDE —les dijo—. OS VERÉ MÁS TARDE.

Llegaron nuevos reclutas y el mayor Rawls siguió jugando con éxito... era un profesional de las tragaperras.

Me quejé del alcance de mi resaca; la de Owen debía de ser peor —o como mínimo tan atroz como la mía— pero, supongo ahora, él la estaba saboreando; sabía que era su última resaca. Luego volvió a sumirse en la confusión y debió de sentir que no sabía absolutamente nada. Estaba sentado a mi lado y lo vi pasar del nerviosismo a la depresión, del miedo al júbilo. Pensé que era debido a la resaca, pero en un minuto dado debía de pensar: «QUIZÁS OCURRA EN EL AVIÓN». Un minuto después, probablemente decía para sus adentros: «NO HAY NIÑOS. NI SIQUIERA TENGO QUE IR A VIETNAM... TODAVÍA PUEDO LIBRARME».

De repente, como llovido del cielo, me dijo:

—NO ES NECESARIO SER UN GENIO PARA SER MÁS LISTO QUE EL EJERCITO.

Yo no sabía de qué hablaba, pero dije:

—Supongo que no.

Y un minuto después, debía de estar pensando: «¡SOLO ERA UN SUEÑO DELIRANTE! ¿QUIEN CUERNOS SABE LO QUE SABE DIOS? ¡TENDRÍA QUE HACERME VER POR UN PSIQUIATRA!».

A veces se levantaba y paseaba; miraba a su alrededor, buscaba niños; estaba buscando a su asesino. No dejaba de mirar la hora.

Cuando anunciaron mi vuelo a Boston —partiría media hora después—, Owen sonrió de oreja a oreja.

—¡ESTE PUEDE SER EL DÍA MÁS FELIZ DE MI VIDA! —dijo—. ¡TAL VEZ NO OCURRA NADA!

—Me parece que todavía estás borracho —le dije—. Ya verás cuando llegue la resaca.

Acababa de aterrizar un avión; llegaba desde algún lugar de la Costa Oeste y carreteaba por la pista. Oí jadear a Owen Meany y me volví para ver qué estaba mirando.

—¿Qué te pasa? —le pregunté—. Sólo son pingüinos.

Las monjas —eran dos— habían ido a recibir a alguien que venía en el avión de la Costa Oeste; estaban ante la puerta de la pista. Las primeras personas que bajaron del avión también eran monjas... otras dos. Unas y otras se saludaron con la mano. Cuando bajaron los niños del avión —siguiendo de cerca a las monjas— Owen Meany dijo:

—¡AQUÍ ESTÁN!

Incluso desde la puerta de la pista, noté que eran niños asiáticos... una de las monjas que había bajado del avión también era oriental. Había unos doce niños; sólo dos eran lo bastante pequeños para ir en brazos... una de las monjas llevaba a un pequeñín, y uno de los niños mayores a otro. Había niñas y niños... la edad media sería de cinco o seis años, pero había un par de chicos de doce o trece. Eran huérfanos vietnamitas, niños refugiados.

Muchas unidades militares patrocinaban orfanatos en Vietnam; muchas tropas dedicaban su tiempo —además de los regalos que solicitaban a sus casas— para ayudar a los niños. No había un programa de refugiados oficial, patrocinado por el gobierno, para reubicar a los niños vietnamitas —no antes del otoño de Saigón, en abril de 1975—, pero algunas iglesias desplegaron bastante actividad en Vietnam durante el curso de la guerra.

El Servicio de Socorro Católico, por ejemplo; sus grupos eran responsables de acompañar a los huérfanos en su salida de Vietnam y de darles ubicación en los Estados Unidos... ya a mediados de los sesenta. Una vez en los Estados Unidos, los huérfanos entrarían en contacto con asistentes sociales de la archidiócesis o diócesis de la ciudad concreta adonde llegaban. Los luteranos también estaban comprometidos en patrocinar la reubicación de huérfanos vietnamitas.

Los niños que Owen Meany y yo vimos en Phoenix iban acompañados por religiosas del Servicio de Socorro Católico; quedarían a cargo de monjas de la archidiócesis de Phoenix, cuyo personal los llevaría a sus nuevos hogares y sus nuevas familias en Arizona. Owen y yo percibimos que los niños estaban angustiados por todo esto.

Si bien el calor no los conmocionaba —pues sin duda hacía mucho calor en su lugar de origen—, el desierto y la inmensidad del firmamento y el paisaje lunar de Phoenix debió de abrumarlos. Iban cogidos de la mano y permanecían muy juntos, rodeando de cerca a las monjas. Uno de los pequeños lloraba.

Cuando entraron en la terminal de Sky Harbor, la ráfaga de aire acondicionado los heló instantáneamente; tenían frío... se abrazaron y se frotaron los brazos. El pequeñín que lloraba trató de envolverse con el hábito de una monja. Todos se arremolinaron en un mar de confusión y —desde la sala de juego— los jóvenes reclutas se asomaron, con sus cabezas afeitadas, y los miraron fijamente. Los niños también miraron a los soldados; estaban acostumbrados a los soldados, por supuesto. Mientras los niños y los reclutas se miraban mutuamente, era evidente que entrecruzaban sentimientos encontrados; Owen Meany estaba nervioso como un ratón asustado. Una de las monjas le habló.

—Oficial —dijo.

—SI, SEÑORA... ¿EN QUE PUEDO AYUDARLA?

—Algunos niños tienen que ir al lavabo —dijo la monja; otra, más joven, rió con

disimulo—. Nosotras podemos llevar a las niñas, pero si usted tuviera la amabilidad... de acompañar a los niños...

—SI, SEÑORA... SERA UN PLACER AYUDAR A LOS NIÑOS —dijo Owen Meany.

—Espera a ver lo que aquí llaman servicio de hombres —le dije, mientras lo guiaba. Owen sólo estaba concentrado en los niños. Eran siete; la monja vietnamita nos acompañó: llevaba en brazos al más pequeño. El chico que estaba llorando dejó de hacerlo en cuanto vio a Owen Meany. Todos lo observaron atentamente; habían visto muchos soldados, sí... pero nunca a uno que fuese casi tan pequeño como *ellos*. No le quitaban los ojos de encima.

Seguimos la marcha; cuando pasamos por la sala de juegos, el mayor Rawls estaba de espaldas a nosotros y no nos vio. En ese momento aporreaba una de las tragaperras. En el recodo de un pasillo por el que yo había pasado más temprano —y que no llevaba a ningún lado—, dejamos atrás, en las sombras, a Dick Jarvits, el hermano alto y lunático del difunto sargento.

Llevaba el traje de fajina; había agregado una cartuchera o dos a su atuendo. Aunque el pasillo era oscuro, se había puesto el tipo de gafas de sol que debieron de derretirse en la cara de su hermano cuando se incendió el helicóptero. Y como llevaba gafas oscuras, no supe si Dick vio a Owen, a mí o a los niños; pero noté que estaba boquiabierto y llegué a la conclusión de que *algo* acababa de sorprenderlo.

El «Servicio Temporal para Hombres» estaba tal cual lo había dejado. Las mismas fregonas y cubos, el espejo sin colgar todavía apoyado en la pared. El vasto fregadero misterioso confundió a los niños; uno de ellos intentó mear dentro, pero le señalé el atestado urinario. A uno de los niños se le ocurrió mear en un cubo, pero le mostré el retrete de la caseta improvisada de madera contrachapada. Owen Meany, el buen soldado, se paró bajo la ventana; vigilaba la puerta. De vez en cuando levantaba la vista, evaluando el ancho antepecho de la ventana de bisagras. Owen se veía especialmente menudo debajo de esa ventana, porque el antepecho estaba como mínimo a tres metros de altura... muy por encima de él.

La monja esperaba a sus niños afuera, al otro lado de la puerta.

Ayudé a un niño a abrirse la bragueta; no parecía familiarizado con las cremalleras. Todos los niños hablaban atropelladamente en vietnamita; el pequeño recinto de techo alto —como un ataúd vertical— se hacía eco de sus voces.

Ya he dicho que soy muy lento; sólo cuando oí sus aflautadas voces extranjeras recordé el sueño de Owen. Lo vi controlando la puerta, con los brazos caídos a los costados del cuerpo.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—VEN A MI LADO —dijo. Me encaminaba hacia él cuando la puerta se abrió de una patada y apareció Dick Jarvits en el vano, casi tan alto y delgado como el alto y

delgado servicio; sujetaba una granada Chicom, cuidadosamente, con ambas manos —. HOLA, DICK —dijo Owen Meany.

—¡Pequeño renacuajo! —gritó Dick. Uno de los niños chilló; supongo que ya habían visto hombres en traje de fajina... creo que el pequeño que chilló también había visto antes una granada Chicom. Dos o tres niños se echaron a llorar.

—DOONG SA —les dijo Owen Meany. «NO TEMÁIS», dijo a los niños—. DOONG SA, DOONG SA —insistió. No fue sólo el oír su idioma, sino la voz de Owen lo que les hizo prestarle atención... era una voz como la *suya*. Por eso confiaron en él, por eso lo escucharon—. DOONG SA —dijo, y dejaron de llorar.

—Este es el sitio justo para que mueras —dijo Dick a Owen—. ¡Con todos estos monos... con todos estos *pequeñajos*!

—NAM SOON! —dijo Owen a los niños—. NAM SOON! —«¡AL SUELO!»: hasta el pequeño lo entendió. «¡AL SUELO!», les dijo Owen—. NAM SOON! NAM SOON! —todos los niños se echaron al suelo... se taparon las orejas, cerraron los ojos—. AHORA SE POR QUÉ MI VOZ NUNCA CAMBIA —me dijo Owen Meany —. ¿ENTIENDES POR QUÉ? —me preguntó.

—Sí —dije.

—TENDREMOS EXACTAMENTE CUATRO SEGUNDOS —me dijo serenamente—. NO LLEGARAS A VIETNAM, DICK —le dijo al truculento larguirucho... quien arrancó la cuerda de la espoleta y me arrojó la granada en forma de botella.

—Tendrás que pensar a toda velocidad... Jodido Mister de *Inteligencia* —me dijo.

Atajé la granada, aunque no era tan fácil de manipular como una pelota de baloncesto... Tuve suerte. Miré a Owen, que ya avanzaba hacia mí.

—¿LISTO? —dijo; le pasé la Chicom y abrí mis brazos para recibirlo. Saltó ligeramente hacia mis manos; lo alcé... con la misma facilidad de siempre.

A fin de cuentas, siempre había practicado eso de alzar a Owen... eternamente.

A la monja que había estado esperando a los niños, al otro lado de la puerta del «Servicio Temporal para Hombres», no le había gustado la pinta de Dick y salió corriendo a buscar a los otros soldados. Fue el mayor Rawls quien atrapó a Dick cuando huía del lavabo.

—¿Qué has hecho, jeta de mierda? —le gritó.

Dick tenía desenfundada la bayoneta. El mayor Rawls se apoderó del machete del larguirucho... y le partió el pescuezo de un solo golpe, con el borde romo de la hoja. Yo había percibido algo más amargo que la ira en los ojos glaucos y poco comunes del mayor Rawls; tal vez sólo fueran los lentes de contacto, pero no por nada había ganado un despacho de oficial en Corea. Quizá no estaba preparado para matar a un desafortunado chico de quince años, pero estaba menos preparado aún para dejarse

matar *por* un chico que —como le había dicho a Owen— «no tenía salvación» (al menos en esta tierra).

Cuando Owen Meany dijo «¿LISTO?», calculé que le quedaban dos segundos de vida. Pero se levantó muy por encima de mis brazos... cuando lo alcé, se elevó más que de costumbre; no quería correr ningún riesgo. Subió recto, sin volver la cara hacia mí, y en lugar de dejar caer la granada en el antepecho de la ventana y abandonarla allí, se sujetó del antepecho con ambas manos, apretándola y sosteniéndola a buen resguardo con las manos y los antebrazos. Quería cerciorarse de que la granada no rodara por el antepecho y volviera a caer en el servicio. Apenas logró meter la cabeza —toda la cabeza, gracias a Dios— debajo del antepecho. Estuvo aferrado menos de un segundo.

Entonces detonó la granada; produjo un crujido de astillas, como un rayo que cae muy cerca. Hubo una proyección de fragmentos a alta velocidad; la fragmentación suele dispersarse en un diseño uniforme (me explicó el mayor Rawls, más tarde), pero el antepecho de cemento evitó que ningún fragmento nos alcanzara a mí ni a los niños. Lo que nos golpeó fue el material que rebotaba del techo... una granizada cerrada y punzante que tableteó como una ametralladora alrededor del lavabo, y cayeron sobre nosotros los trocitos de cemento y azulejo, los escombros de yeso. La ventana reventó y sentí un hedor acre, ardiente. El mayor Rawls, que acababa de matar a Dick, abrió la puerta de par en par e introdujo el palo de una fregona en los goznes... para que no se cerrara. Necesitábamos aire. Los niños se tapaban las orejas y lloraban; algunos sangraban por las orejas... y entonces noté que las mías también sangraban y que no oía nada. Supe —por sus expresiones— que los niños estaban llorando y supe, mirando al mayor Rawls, que estaba tratando de decirme que *hiciera* algo.

Me pregunté qué quería que hiciera, escuchando el dolor en mis oídos. Entonces las monjas empezaron a moverse entre los niños... y todos los niños se movieron, gracias a Dios; hacían algo *más* que moverse: se abrazaban, tironeaban de los hábitos de las monjas, señalaban el techo arrancado del recinto en forma de ataúd, y el agujero que despedía humo negro por encima del antepecho de la ventana.

El mayor Rawls me estaba sacudiendo por los hombros; intenté leer sus labios, porque no lo oía.

Los niños miraban a su alrededor; señalaban arriba, abajo, a todas partes. Empecé a mirar con ellos. Ahora las monjas también miraban. Entonces se me destaparon los oídos; sentí el sonido de algo que estallaba o se rasgaba, como si mis oídos se hubieran demorado en hacerse eco de la explosión, y luego oí las voces de los niños que hablaban atropelladamente, y lo que me gritaba el mayor Rawls mientras me sacudía.

—¿Dónde *está*? ¿Dónde está Owen? —chillaba el mayor Rawls.



Levanté la vista hacia el agujero negro, donde lo había visto aferrado por última vez. Uno de los niños tenía la mirada fija en el enorme fregadero; una monja se acercó y se asomó... se persignó y el mayor Rawls y yo avanzamos deprisa para ayudarla.

Pero la monja no necesitó nuestra ayuda; Owen era tan ligero que hasta ella podía levantarlo. Lo sacó del fregadero como si hubiera alzado a uno de los niños; después no supo qué hacer con él. Otra monja se arrodilló en el suelo lleno de escombros; se asentó sobre sus caderas y extendió delicadamente el hábito a través de sus muslos; la monja que tenía a Owen en sus brazos le apoyó la cabeza en el regazo de la que se había acomodado en el suelo. Las otras dos monjas trataban de calmar a los niños, de hacer que se apartaran de él, pero todos rodearon a Owen; todos lloraban.

—DOONG SA... NO TEMÁIS —les dijo, y dejaron de llorar. Las niñas huérfanas se habían reunido en la puerta.

El mayor Rawls se quitó la corbata y trató de aplicar un torniquete... por encima del codo de uno de los brazos de Owen. Yo le quité la corbata a Owen y traté de aplicarle un torniquete —de la misma manera— en el otro brazo. A Owen Meany le faltaban los dos brazos... estaban cortados justo debajo de los codos, aproximadamente hasta las tres cuartas partes de los antebrazos; pero no había empezado a sangrar gravemente, todavía no. Después, un médico me dijo que en los primeros momentos las arterias de sus brazos debían de haber tenido un acceso de espasmos; tenía una hemorragia, pero no tan profusa como cabe esperar en una amputación tan violenta. El tejido que colgaba de los muñones de sus brazos era tan diáfano y sutil como una telaraña... tan fino e intrincado como el encaje antiguo. No tenía más heridas.

Sus brazos empezaron a sangrar copiosamente; cuanto más apretábamos los torniquetes el mayor Rawls y yo, más sangraba Owen.

—Vaya a buscar a alguien —dijo el mayor a una de las monjas.

—AHORA SE POR QUÉ TENÍAS QUE ESTAR AQUÍ —me dijo Owen—. ¿ENTIENDES POR QUÉ? —me preguntó.

—Sí —dije.

—¿RECUERDAS CUANTO PRACTICAMOS? —me preguntó.

—Lo recuerdo —respondí.

Owen trató de levantar las manos; intentó tenderme los brazos... creo que quería tocarme. En ese instante se dio cuenta de que sus brazos habían desaparecido. No pareció sorprenderse por el descubrimiento.

—¿RECUERDAS A WATAHANTOWET? —me preguntó.

—Lo recuerdo —dije.

Entonces sonrió al «pingüino» que estaba tratando de acomodarlo en su regazo; tenía la toca cubierta de sangre de Owen, y lo había envuelto en su hábito tan bien

como pudo... porque Owen estaba tiritando.

—«... QUIEN VIVA Y CREA EN MI, NUNCA MORIRÁ» —le dijo Owen. La monja asintió mostrando su acuerdo y le hizo la señal de la cruz sobre su cuerpo.

Entonces Owen sonrió al mayor Rawls.

—POR FAVOR, OCÚPESE DE QUE ME DEN ALGUNA MEDALLA POR ESTO —el mayor bajó la cabeza... y oprimió más el torniquete.

Sólo durante un brevísimo instante Owen pareció afligido... algo más profundo y oscuro que el dolor cubrió su rostro y dijo a la monja que lo sostenía:

—TENGO UN FRÍO ESPANTOSO, HERMANA... ¿NO PUEDE HACER ALGO?

Entonces lo que lo había inquietado quedó atrás y volvió a sonreír... nos miró a todos con su antigua sonrisa exasperante. Después me miró sólo a mí.

—¡TE ESTÁS VOLVIENDO MÁS PEQUEÑO PERO TODAVÍA TE VEO! —dijo Owen Meany.

Entonces nos dejó. Supe, por su expresión casi alegre, que por fin había llegado tan alto como las palmeras.

El mayor Rawls se ocupó de que a Owen Meany le dieran una medalla. A mí me pidieron que hiciera un informe como testigo ocular, pero él resultó fundamental empujando el correspondiente papeleo a través de la cadena de mando militar. Otorgaron a Owen Meany la Medalla del Soldado: «Por heroísmo que implica el riesgo voluntario de la vida en condiciones distintas a las de un conflicto con una fuerza armada adversaria». Según el mayor Rawls, la Medalla del Soldado tiene más categoría que la Estrella de Bronce, aunque menos que la Legión del Mérito. Naturalmente, a mí me importaba un rábano en qué puesto se clasificaba la medalla, pero creo que Rawls tenía razón al suponer que le importaba a Owen Meany.

El mayor Rawls no asistió al funeral. Cuando hablamos por teléfono, se disculpó por no hacer el viaje a New Hampshire; yo le aseguré que entendía muy bien sus sentimientos. El mayor Rawls ya había visto su cuota de ataúdes envueltos en banderas; también había visto su cuota de héroes. El mayor Rawls nunca supo todo lo que Owen había *sabido*; el mayor sólo sabía que Owen había sido un héroe... no sabía que también había sido un milagro.

Digo a menudo una oración por Owen. Es una de las breves oraciones que él dijo por mi madre la noche que Hester y yo lo encontramos en el cementerio... donde había llevado la linterna porque sabía cuánto odiaba mi madre la oscuridad.

«QUE LOS ÁNGELES TE GUÍEN AL PARAÍSO», había dicho sobre la tumba de mi madre; yo digo la misma por él... sé que era una de sus favoritas.

Siempre estoy diciendo oraciones por Owen Meany.

Y con frecuencia trato de imaginar cómo podría haber respondido a Maribeth

Baird cuando me habló... en el entierro de Owen. De haber podido hablar, de no haber perdido la voz... ¿qué podría haberle dicho, cómo *podría* haberle respondido? ¡Pobre Maribeth Baird! La dejé en el cementerio con la palabra en la boca.

«¿Te acuerdas cuando lo alzábamos?», me había preguntado. «¡Era tan fácil alzarlo!», me había dicho Maribeth Baird. «Era tan *ligero*... no pesaba nada. ¿Cómo podía ser tan ligero?», me había preguntado la antigua Virgen María.

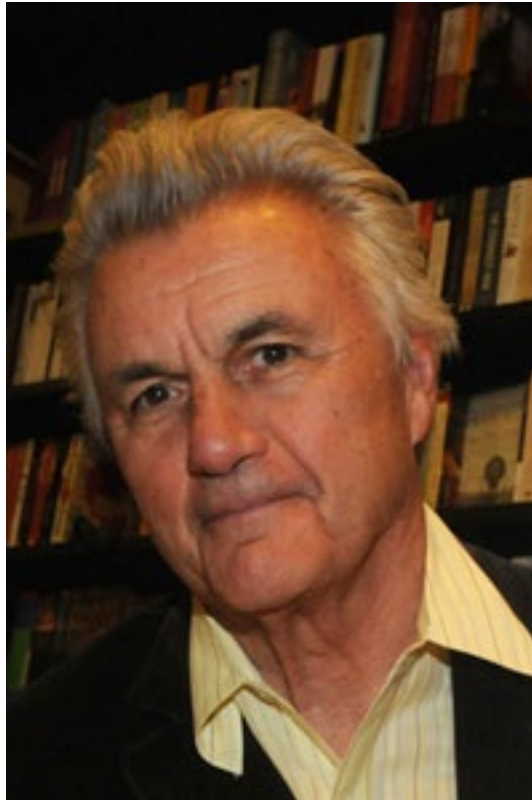
Podría haberle dicho que sólo era una ilusión nuestra que Owen Meany no pesaba «nada». Sólo éramos niños —sólo *somos* niños—, podría haberle respondido. ¿Qué supimos nunca de Owen? ¿Qué sabíamos realmente? Teníamos la sensación de que todo era un juego... pensábamos que inventábamos todo a medida que crecíamos. De niños, teníamos la impresión de que casi todo era divertido... sin intención de hacer daño, sin hacerlo.

Cuando alzábamos a Owen Meany por encima de nuestras cabezas, cuando nos lo pasábamos de uno a otro —sin el menor esfuerzo—, creíamos que Owen no pesaba nada. No comprendíamos que había fuerzas más allá de nuestro juego. Ahora sé que ésas fueron las fuerzas que contribuyeron a nuestra ilusión de la ingravidez de Owen; eran las fuerzas que no percibimos por falta de fe, las fuerzas en que no creíamos... y también las fuerzas que alzaban a Owen Meany, quitándonoslo de las manos.

¡Oh, Dios... por favor devuélvenos a Owen Meany! Seguiré pidiéndotelo.

## Agradecimientos

El autor expresa su gratitud a *History of the Town of Exeter, New Hampshire* (J. E. Farwell & Co., Boston, 1888), y a *Phillips Exeter Academy in New Hampshire: A Historical Sketch* (William B. Morrill, News-Letter Press, Exeter, N. H., 1883), ambas obras de Charles H. Bell; en mi novela, todas las referencias a «*Historia de Gravesend, N. H.*, de Wall» provienen de estas fuentes. Otro valioso libro de consulta fue *Vietnam War Almanac* (Facts On File Publications, New York, 1985), de Harry G. Summers, Jr.; también agradezco al coronel Summers su amable correspondencia. La reverenda Ann E. Tottenham, directora de The Bishop Strachan School, me prestó una ayuda inestimable; valoro especialmente su atenta lectura del manuscrito. Asimismo señalo mi reconocimiento a estudiantes y cuerpo docente de dicha escuela; en numerosas ocasiones fueron pacientes conmigo y generosos con su tiempo. Soy un agradecido lector de *Your Voice*, de Robert Lawrence Weer (Keith Davis, New York, 1977), revisado y corregido por Keith Davis; Mr. Davis, maestro de canto y vocalización justamente respetado, padeció muy cordialmente mis intentos de aficionado con la «respiración para cantantes». El consejo del personaje de ficción «Graham McSwiney» se corresponde *verbatim et literatim* con las enseñanzas de Mr. Weer; agradezco a Mr. Davis haberme introducido en el tema. Debo un reconocimiento especial a los escritos de mi antiguo maestro Frederick Buechner, sobre todo a *The Magnificent Defeat* (Harper & Row, New York, 1966), *The Hungering Dark* (Harper & Row, New York, 1969) y *The Alphabet of Grace* (Harper & Row, New York, 1970). La correspondencia del reverendo Buechner, sus críticas al manuscrito y la constancia de su estímulo han significado muchísimo para mí: gracias, Fred. Y estoy en deuda con tres viejos amigos, minuciosos lectores con conocimientos especiales: el doctor Chase E. («Skipper») Bickel, maestro del granito; el general de brigada Charles C. («Brute») Krulak, mi héroe; y Ron Hansen, el «escolta» de cadáveres. Y gracias, por supuesto, a mis primos hermanos del «territorio norteño», Bayard y Curt.



JOHN WINSLOW IRVING (Inglaterra, 2 de marzo de 1942) Es escritor de numerosos *bestsellers*. Estudió literatura inglesa en la Universidad de New Hampshire y en 1963 se trasladó a Viena, donde pasó dos años en el Instituto de Estudios Europeos.

Entre 1965 y 1967 escribió su primera novela, *Libertad para los osos*, a la que seguiría *La epopeya del bebedor de agua*, pero con la aparición de *El mundo según Garp*, en 1976, consiguió por el fin el éxito y la fama tanto en Estados Unidos como en las múltiples lenguas a las que fue traducida. Desde entonces crítica y público han aclamado al unísono cada una de sus siguientes obras: *El Hotel New Hampshire*; *Príncipes de Maine*, *Reyes de Nueva Inglaterra*; *Oración por Owen*; *Un hijo del circo* y, en especial, *Una mujer difícil*.

Irving ha recreado asimismo sus experiencias personales con la escritura y el cine en dos jugosos volúmenes, *La novia imaginaria* y *Mis líos con el cine*. Autor de *La cuarta mano* y *Doble pareja* (2002).

Varios libros de Irving, así como muchas historias cortas que ha escrito han tenido como escenario a la Phillips Exeter Academy en Exeter, New Hampshire donde Irving creció como el hijo de un profesor de la Exeter, Colin F. N. Irving (1941), y sobrino de otro, H. Hamilton «Hammy» Bissell (1929). (Tanto Irving como Bissell, y otros miembros de la comunidad de Exeter, aparecen de manera algo disfrazada en varias de sus novelas).

Irving estuvo en el programa de lucha de Exeter bajo el entrenador Ted Seabrooke. La lucha tiene un lugar prominente en muchos de sus libros. También ganó el Óscar en el año 2000 por «Mejor Guion Adaptado» por su guion de *The Cider House Rules* (*Príncipes de Maine, reyes de Nueva Inglaterra - Las normas de la casa de sidra*).

# Notas

[1] *Firewater* significa, en lenguaje coloquial, «aguardiente» o «matarratas». (N. de la T.) <<



[2] *Barb* significa, literalmente, «púa», «dardo», etc. (N. de la T.) <<

[3] Aunque en este caso Grave es el apócope de Gravesend, literalmente significa «tumba», «lápida»; Gravesend, a su vez, podría interpretarse aproximadamente como «enviar a la tumba». (N. de la T.) <<

[4] *Thorny* significa, literalmente, «espinoso», «peliagudo». (N. de la T.) <<

[5] La sigla de este organismo militar (en inglés) es ROTC y su enunciación corriente «rotee», que con un leve matiz en la pronunciación se transforma en «rot-see», literalmente «sede podrida». (N. de la T.) <<

[6] *LaToad* significaría, aproximadamente, «LaSapo». (N. de la T.) <<

[7] Entre otras acepciones, *slop* significa «bazofia», y *slope* «vertiente de montaña». (N. de la T.) <<

[8] *Sky Harbor* significa, literalmente, «Puerta del Cielo». (N. de la T.) <<

[9] *Hubcap* significa, literalmente, «Tapacubos». (N. de la T.) <<